

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**Departamento de Historia Antigua, Sección de Historia**



**TESIS DOCTORAL**

**Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica : ensayo de  
interpretación fundamentado en un análisis de los factores  
internos**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR

**Carlos G. Wagner**

**Madrid, 2015**

Eduardo Carlos González Wagner

TP  
1983  
030



x-49-036699-9

**FENICIOS Y CARTAGINESES EN LA PENINSULA IBERICA: ENSAYO  
DE INTERPRETACION FUNDAMENTADO EN UN ANALISIS  
DE LOS FACTORES INTERNOS**



Departamento de Historia Antigua  
Sección de Historia  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense de Madrid  
1983

Colección Tesis Doctorales. Nº

30/83

© Eduardo Carlos González Wagner  
Edita e imprime la Editorial de la Universidad  
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía  
Noviciado, 3 Madrid-8  
Madrid, 1983  
Xerox 9200 XD 480  
Depósito Legal: M-1709-1983



BIBLIOTECA

EDUARDO CARLOS GONZALEZ WAGNER

FENICIOS Y CARTAGINESES EN LA PENINSULA IBERICA

Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos y de los mecanismos de la colonización fenicio-púnica en Occidente.

Director: D. Jose M<sup>a</sup> Blazquez Mar  
tinez. Catedrático de Historia An-  
tigua de España:

Departamento de Historia Antigua.  
Facultad de Geografía e Historia.  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE.

Madrid, 15 de Abril de 1981.





**A Pilar y Circe.**



## INTRODUCCION.

La elección del tema de este trabajo ha partido de dos motivaciones fundamentales. Aunar en una síntesis los numerosos - avances que, desde la obra ya clásica de A. García y Bellido, han venido enriqueciendo nuestros conocimientos sobre la colonización fenicio-púnica en la Península Ibérica, es una de ellas. La otra plantear desde una óptica global determinadas cuestiones inherentes al proceso colonizador, con el fin de que, inmersas en el propio contexto del que no pueden ser desligadas, obtengamos una visión coherente de conjunto, punto de partida para entender el funcionamiento y las consecuencias de la presencia de fenicios y cartagineses en estas tierras mediterráneas durante su protohistoria.

Otras dos inquietudes nos han venido motivando al mismo tiempo; la primera, fruto de la antigua atracción que sobre nosotros han ejercido las civilizaciones semitas en general y la fenicio-púnica en particular. La segunda se debe al impacto causado - por las lecturas de algunos trabajos sobre los aspectos socio-políticos y la aplicación de los estudios antropológicos al mundo - antiguo.

Tal y como el mismo título indica, no hemos pretendido realizar un estudio de tipo arqueológico, ni un trabajo histórico basado en la simple relación exhaustiva de la información procedente de las fuentes literarias, en un sentido meramente descriptivo. Se trata más bien de una aproximación interpretativa, ciertamente limitada por las propias características de la documentación existente, de la que emergen una serie de planteamientos que en mayor o menor medida pueden servir para guiar futuras investigaciones.

La principal dificultad en esta tarea ha radicado, precisamente, en el carácter fragmentario y la mayor de las veces os curo de nuestra información literaria, que no siempre puede ser - completada y esclarecida por los descubrimientos y los trabajos de los arqueólogos, que fundamentalmente se refieren a estudios parciales, en un momento en que, a pesar de los indudables progresos realizados, aún queda mucha labor por delante.

Es por ello, que hemos creído necesario suplir las deficiencias de nuestra información concreta relativa a la Península Ibérica, extendiendo el horizonte geográfico de nuestra investigación, con el propósito de obtener una apreciación más amplia que pudiera posteriormente ayudarnos a particularizar en torno al objetivo de nuestro trabajo.

Siguiendo este método, hemos creído necesario llamar la atención sobre una serie de cuestiones que, o bien han sido relegadas, o insatisfactoriamente planteadas por la mayoría de los actuales investigadores, y que salen a la luz tras un análisis de los mecanismos de la expansión fenicio-púnica en Occidente y de los factores internos que los han impulsado. El replanteamiento de problemas tales como el carácter e intensidad de los contactos; la necesidad de diferenciar entre asimilación de determinados elementos culturales propios del mundo semita por las poblaciones indígenas y la aculturación de éstas, vinculada al problema que plantea la interpretación de la cultura tartésica; la desmitificación de los monopolios comerciales, la competencia económica y la actuación cartaginesa a este respecto, y su relación con el problema de la desaparición de Tartessos; el carácter de la presencia de Cartago en la Península Ibérica, sus formas de actuación, y su evolución, determinada por la transformación de los factores internos y de las circunstancias históricas internacionales, son algunos de los ejemplos más significativos.

Como conclusión no se obtienen soluciones definitivas, cosa imposible dadas las características ya señaladas de nuestra

actual documentación, sino una interpretación de los datos existentes más acorde con la problemática reciente que presentan los estudios sobre la expansión fenicio-púnica en Occidente, y que creemos puede servir para acercarnos a la realidad histórica que implicó - la presencia de fenicios y cartagineses en nuestras tierras.

Expresados los planteamientos y objetivos que han guiado nuestra tarea, queda por manifestar nuestro agradecimiento al profesor J. M. Blazquez, bajo cuya dirección hemos realizado este trabajo y de cuya ciencia y asesoramiento hemos participado en todo momento. Nuestro agradecimiento también al profesor H. Schubart por todas las informaciones amablemente facilitadas. Igualmente deseamos agradecer a los doctores J. Arce y J. Alvar la paciencia de haber discutido con nosotros diversos aspectos de nuestro trabajo, así como todas las sugerencias realizadas, si bien debe quedar claro que los posibles errores son de nuestra única responsabilidad. Por último, agradecer a éstos y a todos los restantes compañeros del Departamento de Historia Antigua y del Instituto de Arqueología del C.S.I.C. el encomio con que nos han venido animando durante la realización del mismo.

**CAPITULO I.****LA EXPANSION FENICIA EN OCCIDENTE.**

"En esta época la flota tiria que dominaba el mar, funda Gadir en la extremidad de España y en el termino del mundo... Pocos años más tarde, en Africa fue fundada por los mismos Utica".  
(Veleyo Paterculo, I, 2, 3 )

## 1.- LOS ORIGENES DE LA EXPANSION FENICIA.

La cuestión de los orígenes de la expansión fenicia se plantea a la luz de las informaciones contenidas en las fuentes literarias antiguas, y de los resultados de la investigación arqueológica. Es aquí donde surge precisamente el principal problema: las fechas proporcionadas por las tradiciones literarias no han sido confirmadas hasta el momento por los materiales sacados a la luz en las excavaciones.

### a. Las fuentes literarias.

Tres son fundamentalmente las tradiciones literarias que nos proporcionan los datos acerca de los orígenes de la expansión fenicia en el Mediterráneo: las fuentes de carácter oriental, principalmente los textos bíblicos del Antiguo Testamento, reforzados por la narración egipcia del Viaje de Ounamón, así como por las estelas de los emperadores asirios y la inscripción de la estela de Nora ( Cerdeña ), las obras atribuidas a Homero, y los textos de los autores antiguos griegos y romanos.

Por lo que se refiere a las fuentes de carácter orinetal, de la tradición recogida por los textos bíblicos se desprende, como recientemente ha observado G. Bunnens, que los fenicios estaban en condiciones de emprender navegaciones



de cierta envergadura por lo menos desde el siglo X a. J.C., en que las "naves de Tarsis" de Hiram de Tiro realizaban viajes de tres años de duración (1). Esta actividad marítima, confirmada por el Viaje de Dunamón y las inscripciones asirias, encuentra otro testimonio en la célebre estela de Nora, cuya inscripción es datada por la mayoría de los autores en el siglo IX a. J.C., (2), lo que de alguna forma atestigua la presencia fenicia en Cerdeña para esta época. Por otra parte, las pateras de Limassol ( Chipre ) documentan la existencia de una ciudad ( Qarthadast ) gobernada por un funcionario del rey de los sidonios por lo menos desde el siglo VIII a. J.C. (3).

Homero también evoca estas navegaciones fenicias , y de su información, más abundante en la Odisea que en la Ilíada, se desprende que los marineros fenicios frecuentaban los puertos griegos. Pero su testimonio, como ha sido ya observado, solo demuestra que la expansión fenicia no es posterior al siglo VIII a. J.C. (4).

Las tradiciones clásicas proporcionan apenas unas pocas fechas en relación con la fundación de algunos enclaves fenicios en el Mediterráneo Occidental. Aquellas que hacen referencia a Gadir, Lixus y Utica coinciden en situarlas en torno al año 1100 a.J. C. Velejo Patérculo sitúa la fundación de Gadir como contemporánea del retorno de los Heráclidas, esto es ochenta años después de la Guerra de Troya. Según él la fundación de Utica sería algo posterior (5). Para Plinio la fundación de esta última se remontaría al año 1101 a. J.C., a la vez que señala que el templo de Lixus era en algo anterior al de Gadir (6). Por su parte, Estrabón afirma que la fundación de Gadir aconteció poco después de la Guerra de Troya, mientras que Mela, aunque de una manera muy vaga, la atribuye a las fechas dadas por Plinio y Patérculo (7).

Un segundo grupo de fuentes hablan de la fecha de la fundación de Cartago en el Norte de Africa. Dejando a un lado

la tradición recogida por Filisto de Siracusa, Eudoxo de Cnido y Apiano, en relación con la leyenda de Azoros y Karchedón, que la sitúa unos años antes de la Guerra de Troya, y sobre la que volveremos más adelante al tratar de la fundación de Cartago, la fecha que se ha impuesto es la que proporciona Timeo que sitúa los orígenes de la ciudad en el 814 a. J.C.(8).

Solo nos queda por mencionar que Menandro de Efeso recuerda la fundación de una ciudad denominada Auza en Africa en el siglo IX a. J.C., y que Tucídides habla de una presencia fenicia en Sicilia anterior a la llegada de los griegos en el siglo VIII a. J.C. (9).

#### b. Los documentos arqueológicos.

En Chipre, que lógicamente debió constituir la primera escala de los marineros fenicios en sus navegaciones hacia Occidente, los objetos más antiguos atribuibles a una presencia fenicia se remontan al siglo XI a. J.C. (10). Recientemente ha sido descubierto un templo fenicio que al parecer fue destruido por primera vez hacia el 800 a. J.C. (11).

En Malta la tumba más antigua descubierta hasta el momento pertenece a la segunda mitad del siglo VIII a. J.C. En esta isla el santuario de Astarté, fechado a partir del siglo VI a. J.C., sucede a un santuario indígena en el que algunos objetos muestran paralelos orientales del siglo VIII a. J.C. (12).

En el Norte de Africa, los materiales más antiguos descubiertos en Cartago proceden del santuario de Tanit y no se remontan más allá del siglo VIII a. J.C. (13). Utica tampoco proporciona en conjunto fechas anteriores. No obstante, y procedentes de algunos enterramientos en fosas profundas, algunas cerámicas parecen sugerir fechas de inicios del siglo VIII a. J.C., mientras que algunos materiales asociados con

ellas son sin duda anteriores al siglo VII a. J.C., y aún cuando no se puede establecer su fecha con precisión, en algunos casos podían sugerir un momento anterior a los comienzos del primer milenio (14). En Lixus, en la costa atlántica de Marruecos, los estratos más antiguos se sitúan en el siglo V a. J.C., aunque algunos objetos parecen indicar una fecha anterior (15). Mogador ha proporcionado materiales que se pueden fechar en el siglo VII a. J.C., mientras que algunos procedentes de las necrópolis de la región de Tanger podrían indicar una fecha del siglo VIII a. J.C. (16).

En Sicilia las fechas más altas, según los resultados de las excavaciones de Motya, son de finales del siglo VIII a. J.C. (17). En cuanto a Cerdeña, aparte de la mencionada es tela de Nora, algunos materiales aislados podrían dar una fecha en torno a finales del siglo IX, comienzos del VIII a. J.C. (18).

Por lo que se refiere a la Península Ibérica, los yacimientos arqueológicos, cuyo número se ha incrementado considerablemente a raíz de las últimas investigaciones, no nos permiten remontarnos más allá del siglo VIII a. J.C. (19).

A pesar de todo, el argumento de que no existe testimonio arqueológico alguno que confirme las fechas atribuidas por las tradiciones literarias para una presencia temprana de los fenicios en Occidente, ha sido contestado por J.M. Blázquez, apoyándose en algunos materiales dispersos que indicarían por lo menos un conocimiento de estas regiones por los fenicios a partir del siglo XI a. J.C. (20). Por otra parte, las excavaciones arqueológicas difícilmente pueden zanjar por ahora el problema. Para el caso concreto de Utica, A. Lezaine ha señalado que su exploración ha estado muy lejos de ser exhaustiva, opinión compartida por H. Schubart respecto al conjunto del Mediterráneo Central y Occidental (21). Pero además, si bien no es siempre posible localizar materiales

claramente fenicios, en algunas ocasiones se puede advertir la huella indirecta de su presencia, como en el caso de L. Bernabó Brea que ha puesto de relieve la influencia fenicia que parece acusar la civilización local de Sicilia durante los siglos IX y VIII a. J.C. (22).

Ante este estado de cosas, si bien hoy ya no resulta admisible la tesis de R. Carpenter, que rebajaba la fecha de penetración de los fenicios en el Mediterráneo Occidental hasta el siglo VII a.J.C. (23), no faltan tampoco quienes, como P. Bosch Gimpera, afirman que en el siglo XII a. J. C. las ciudades fenicias no estaban en condiciones de emprender navegaciones de gran alcance, debido a la crisis creada por las incursiones de los "Pueblos del Mar". Este autor considera que la presencia fenicia en Occidente no se puede situar más allá de comienzos del siglo VIII a. J.C. (24).

#### c. Las fases de la expansión fenicia

Si bien, como acabamos de ver, existe un evidente hiatus entre las fechas proporcionadas por las fuentes literarias, y los materiales arqueológicos que no se remontan en conjunto por encima del siglo VIII a. J.C., o finales del IX en algunos casos, la creencia en las fechas altas para los orígenes de la expansión fenicia está ampliamente generalizada, siendo aceptada por autores como P. Cintas, S. Moscati, A.M. Bisi, G. Ch Picard, C.R. Whittaker, A. Garcia y Bellido, J. Maluquer, M. Tarradell, y J. M. Blazquez, entre otros (25).

La tesis sostenida por los partidarios de las fechas que proporcionan las tradiciones literarias establece la existencia de una fase inicial de contactos, lo que F. Decret ha denominado un "estudio de mercado", de carácter más o menos esporádico, cuyos vestigios materiales, al no existir todavía una estructura urbana propiamente dicha, son difícilmente identificables por la arqueología, y que se situaría cronológica-

mente en el período comprendido entre el siglo XI a. J. C., y finales del IX, comienzos del VIII (26). En este sentido, L. H. Lorimer considera que, desaparecido el poderío micénico los fenicios habrían podido navegar por el Mediterráneo desde el siglo XI a. J.C. (27).

Para comprender mejor el funcionamiento de esta primera fase de la expansión fenicia es preciso considerar el carácter de las actividades desarrolladas por estos navegantes. Tanto de la lectura de los textos bíblicos como de los datos que proporciona Homero se desprende el carácter comercial de la temprana expansión fenicia (28). Las tradiciones clásicas son algo más parcas al respecto; sin embargo en Homero encontramos una primera referencia a este comercio ultramarino, lo que leemos también en Diodoro de Sicilia, Cicerón y Flavio Josefo (29). El conocimiento de como estaba organizado este comercio fenicio aportará un poco más de luz sobre el tema. Debemos reconocer, no obstante, que no sabemos mucho al respecto.

Algunos autores, como P.K. Hitti y H.J. Katzenstein consideran que los fenicios mantenían una especie de representaciones comerciales en aquellos países con los que los intercambios eran frecuentes (30). Recientemente G. Bunnena ha desarrollado una hipótesis, según la cual el Próximo Oriente en general, y la Sirio-Palestina en particular, habrían conocido un sistema de organización del comercio internacional, caracterizado por el establecimiento de representaciones permanentes en aquellos territorios con los que se mantenían regularmente relaciones de este tipo. Según este autor, tales representaciones serían análogas a los "karu" asirios y babilonios, y corresponderían al escaso número de pequeñas factorías necesarias para el buen funcionamiento y desarrollo del comercio fenicio (31). Establecimientos de este tipo habrían dejado un rastro arqueológico muy difícil de localizar. A este respecto, es interesante señalar que

J. A. Bundgard ha observado que nada permite a los arqueólogos distinguir los "karu" asirios de Anatolia de los establecimientos indígenas (32).

También es interesante conocer cuales eran los productos con que habitualmente comerciaban los fenicios, de cara a una localización de su rastro arqueológico. Las fuentes literarias son bastante explícitas en este punto. Los mencionados textos bíblicos hacen referencia a las importaciones de materias primas, metales sobre todo, y objetos exóticos o de lujo (33). En Ezequiel encontramos una lista de los productos con que comerciaba Tiro: plata, hierro, estaño, y plomo procedentes de Tarsis; esclavos y objetos de bronce de Javán (Jonia), Tubal (Cilicia) y Mesec (Frigia); colmillos de marfil y ébano procedentes de las islas; malaquita, púrpura, recamados, lino, coral y rubíes de Edom; trigo perfumes, miel, aceite y bálsamos de Judá e Israel; vinos y lanas de Siria; corderos, carneros y machos cabríos procedentes de Arabia; vestidos preciosos, mantos de jacinto recamado, tapices, aromas, piedras preciosas y oro de otros lugares de Asia, se encuentran entre las mercancías citadas por el profeta (34). El interés por los metales se refleja también en un célebre pasaje de Diodoro de Sicilia, en el que los fenicios consiguen la plata de la Península Ibérica a cambio de pequeñas mercancías de escaso valor (35). Por otra parte, a menudo nuestras fuentes señalan el carácter intermediario del comercio fenicio. Tal se desprende, por ejemplo, de Ezequiel, Heródoto, Diodoro y Flavio Josefo (36).

Es a partir de las informaciones de las fuentes que J.M. Blázquez ha podido afirmar que en el comercio con las poblaciones indígenas de Occidente los fenicios utilizaban como elementos de intercambio: aceites, vinos, perfumes, amuletos, telas estampadas, joyas, vasos de metal, y cerámica pintada, a cambio fundamentalmente de metales, particular

mente escasos en el Mediterráneo Oriental (37).

De esta forma, un comercio organizado sobre la base de un reducido número de factorías, y con una cierta proporción de productos deleznable entre sus mercancías, no ha podido dejar un rastro arqueológico muy amplio. Hay que considerar, por otra parte, que los objetos de lujo, y son estos muchas veces los que testimonian fundamentalmente la llegada de los mercaderes fenicios ( por objetos de lujo se debe entender aquellos que desempeñarían esta función en las sociedades indígenas -bronces, marfiles, joyas etc...- y no en la propia cultura fenicia materialmente más desarrollada ), estarían destinados a lo que podríamos denominar como "aristocracias indígenas", en un período de creación, consolidación e incipiente desarrollo de las relaciones de comercio. Si admitimos además como probable que en sus navegaciones hacia Occidente los fenicios no establecieron, en una primera etapa, núcleos de población densa, y que por el contrario, pudieron utilizar los ya existentes, como se ve que utilizaban los puertos griegos en el *Iliada* y la *Odisea* (38), establecer sus pequeñas delegaciones en los centros indígenas, o proceder mediante un comercio silencioso, como el señalado por Heródoto (39), en un lugar neutral que se adaptase a los requisitos de un puerto de comercio, no debe extrañarnos, por ejemplo, la ausencia de cerámica, ya que ésta constituye un producto destinado al consumo de una población sedentaria (40). Es preciso también considerar, que si los vestigios materiales del comercio fenicio, en esta primera época, se han podido perder en gran parte, debido a todas las circunstancias señaladas, han podido, en cambio, perdurar sus influencias sobre la cultura material indígena, como se observa, por ejemplo en Sicilia durante los siglos IX y VIII a. J.C. (41) y tal vez en la Península Ibérica, en relación a la cerámica bruñida, en la que H. Schubart y J.M. Bjaquez encuentran claras influencias orientales (42).

Por otra parte, es muy interesante observar, como ha señalado nuestro colega J. Alvar en un reciente trabajo sobre la navegación prerromana en Occidente, que los barcos fenicios tardarían aproximadamente unos cien días en recorrer la distancia que separa sus puertos de origen de las lejanas tierras occidentales ( Columnas de Hercules ). El viaje por mar, teniendo en cuenta la duración de la estación navegable, así como las propias características del comercio fenicio, no se realizaría de una sola vez. Por lo tanto, el viaje de ida y vuelta tendría una duración aproximada de tres años (43). Esto es precisamente lo que encontramos en los textos bíblicos respecto a la duración de los viajes de las "naves de Tarsis" (44). A la vista de todo esto, debemos admitir que, por lo menos hasta que la estructura comercial, basada en el establecimiento de cierto número de factorías y colonias, no fue creada, con lo que se facilitaba la aparición de círculos comerciales conectados que evitarían el viaje directo desde Oriente hasta Occidente, y con lo que entramos ya en la segunda fase de la expansión fenicia, el número de viajes durante el primer período no debió de ser muy elevado. Y como consecuencia, evidentemente, los restos arqueológicos tampoco muy numerosos.

En resumen, podemos concluir afirmando que el hiatus comprendido entre las fechas proporcionadas por las fuentes literarias en torno al 1100 a. J.C., y aquellas que corresponden al conjunto de los materiales arqueológicos más antiguos, que en general no se remontan en Occidente más allá del siglo VIII a. J.C., corresponde a un período de navegaciones y contactos de carácter esporádico, cuyos vestigios materiales son difícilmente localizables. El comercio silencioso, común en las estructuras de comercio administrativo entre culturas con distintos modelos económicos, y la utilización de los núcleos indígenas debió privar, según los casos, durante esta primera fase. Posteriormente los



contactos se incrementaron, organizándose sobre la base de unas representaciones de carácter permanente, que no siempre son identificables arqueológicamente hablando de los yacimientos indígenas, y de factorías de tamaño reducido y escaso número, uno de cuyos ejemplos más ilustrativos está representado por la primera fase de Toscanos, en la costa mala queña de la Península Ibérica (45). En una etapa posterior de esta segunda fase, estas factorías crecieron en número y tamaño, debido al desarrollo de sus actividades económicas, y, sobre todo, a la llegada de elementos externos, con lo que se inicia una tercera fase de la expansión fenicia, que presenta unas motivaciones y características distintas de las anteriores. Pero se trata de un problema que analizaremos más adelante.

## 2. LOS FENICIOS EN OCCIDENTE.

Parece evidente que desde finales del segundo milenio los navegantes fenicios se encontraban en condiciones de realizar grandes empresas marítimas. El carácter comercial de estas se encuentra documentado unánimemente en todas nuestras fuentes; y parece que la riqueza metalífera de las lejanas tierras occidentales fue uno de los principales impulsos que les animaron en esta aventura.

### a. Tras las rutas de los metales.

Las navegaciones de los fenicios hacia el Mediterráneo Occidental no fueron las primeras que se realizaron en el mundo antiguo en este sentido. Las relaciones entre Oriente y Occidente son tan antiguas, por lo menos, como el nacimiento de la cultura megalítica, y se encuentran perfectamente documentadas por la aparición de testimonios arqueológicos que lo confirman. Los precursores directos de los fenicios, fueron los micénicos, que habían heredado el dominio

del mar de la desaparecida talasocracia minoica, y cuyo límite más occidental para sus actividades marítimas podemos situarlo en las costas de Sicilia o Italia. Quizá llegaron más allá, pero por el momento no tenemos una evidencia clara de ello (46).

El hundimiento de la civilización micénica abrió una crisis en las comunicaciones entre las dos cuencas del Mediterráneo. Pasados los momentos de mayor efervescencia debidos a las incursiones de los "Pueblos del Mar", los navegantes fenicios, cuyas ciudades gozaban ahora de independencia tras la desaparición del Imperio Hitita, el debilitamiento de Egipto, y el acoso a que sometían a los israelitas los filisteos, se lanzaron tras las rutas frecuentadas antaño por los micénicos. Es bastante probable que debieran, además, a aquellos su conocimiento, ya que como es sabido, los micénicos habían establecido delegaciones comerciales en las ciudades fenicias (47). Y hay que recordar que la Cultura del Argar, localizada en el Sureste de la Península Ibérica, presenta en su fase B evidentes conexiones con el Mediterráneo Central, y probables con el Egeo, como han señalado principalmente J. P. Evans, B. Blance y H. Schubart (48).

En sus actividades comerciales los fenicios desempeñaban fundamentalmente un papel de intermediación entre las regiones con las que traficaban. Una de ellas estaba dominada por el Imperio Asirio. Las inscripciones de sus monarcas nos informan de que desde los reinados de Tiglat-Pilaser I (1112-1074), Asurbanipal II (883-859) y Salmanasar III (858-824), las ciudades fenicias eran tributarias de Asiria (49). Desde comienzos del primer milenio, debido al nuevo sistema económico regional creado en el Próximo Oriente por la expansión asiria, las ciudades fenicias se convirtieron en centros de abastecimiento de una serie de productos manufacturados, artículos de lujo, que bien se adquirían en otras regiones

como Egipto, o bien se producían en ellas mismas, así como materias primas, que a través de los tributos satisfechos por los fenicios se incorporaban al sistema regional de comercio controlado por los asirios. Como recientemente ha sugerido S. Frankenstein, es probable que las nuevas demandas impulsaran a los fenicios a realizar una ampliación e intensificación de sus tradicionales áreas comerciales (50).

Convertidas así en una salida al mar de la que carecían los asirios, las ciudades fenicias unieron a su propio impulso comercial la necesidad de satisfacer las nuevas demandas de sus potentes vecinos, y la oportunidad de adquirir sustanciosas ganancias en un tráfico en el que no contaban con competidores (51).

Siguiendo las rutas que anteriormente habían frecuentado los micénicos, los navegantes fenicios tuvieron conocimiento de la existencia de las tierras occidentales. Ya hemos mencionado las conexiones con el Mediterráneo Central que presenta la Cultura del Argar, así mismo, las relaciones prehistóricas entre Cerdeña y la Península Ibérica están documentadas por la Arqueología. (52) La mitología tartésica guarda el recuerdo del rey Norax, hijo de Geryon, que había fundado una ciudad en Cerdeña. Se recogen de esta manera in directamente la existencia de relaciones entre la isla y la Península Ibérica, según opina J. Maluquer, en el período de máximo florecimiento de Micenas (53). Por otra parte, J. D. Muhly ha señalado la probable existencia de un comercio de cobre entre Cerdeña y el Egeo, mientras que M. Guido señala que el estaño para la fabricación de los bronceos sardos procedía de la Península Ibérica o de la Galia (54).

En sus navegaciones hacia Occidente, los marineros fenicios siguieron la denominada ruta de las islas que, desde Chipre y Creta enlazaba con el Mediterráneo Central, y a

partir de allí, desde Sicilia o Tunez, con Cerdeña y las Baleares, para alcanzar finalmente las costas de la Península Ibérica. Esto era debido, aún en contra de lo que creía P. Cintas, a que no era necesaria una navegación de cabotaje siguiendo la línea de las costas (55). En Homero leemos que los fenicios eran capaces de navegar durante varios días con sus noches sin necesidad de ninguna escala intermedia; por lo demás, conocemos recientemente la existencia de un dispositivo que permitía iluminar desde el barco la navegación nocturna (56). Pero, además, la ruta de las islas era aconsejable por la sencilla razón de que existe una fuerte corriente marítima que bordea el litoral africano en dirección E., a partir del Estrecho de Gibraltar, lo que dificultaría la navegación hacia Occidente siguiendo estas costas, por lo que esta era, probablemente, una de las rutas utilizada para el regreso (57).

Siguiendo esta ruta de las islas, es lógico suponer que los fenicios llegaron primero a las costas del Sureste ibérico, lo que también parece sugerir el relato de la fundación de Gadir, recogido por Posidonio y transmitido por Estrabon (58), y en donde P. Cintas ha creído encontrar los más antiguos vestigios de la presencia fenicia, anteriores según él a los comienzos del primer milenio, en la región de Villarricos ( Almería ) (59). Según se desprende del mencionado relato, los navegantes fenicios atravesaron posteriormente el Estrecho de Gibraltar para llegar a la región de Huelva, y finalmente fundarían Gadir en el emplazamiento de la actual Cadiz.

En el transcurso de estos primeros viajes de exploración, los fenicios no necesitarían de otras escalas que bue nos fondeaderos donde reparar los barcos y abastecerse de agua potable y alimentos, lo que podían adquirir, llegado el caso, mediante trueque con las poblaciones indígenas que encontraban. De su contacto con ellas iría surgiendo también la infor-

mación sobre las posibilidades comerciales de la zona y la existencia o no de los productos que les interesaban. En este último sentido la Península Ibérica ofrecía grandes posibilidades. Plata, cobre, oro y hierro eran metales que abundaban en estas lejanas tierras occidentales, donde poseían un valor distinto entre los autóctonos que aquel que les era dado en las culturas orientales donde escaseaban (60). Al punto se dieron cuenta los fenicios de las ventajas económicas que la comercialización de todos estos productos, obtenidos a un coste mínimo, reportaba. Comenzaba de esta manera la presencia fenicia en Occidente motivada, en un principio, por intereses puramente mercantiles.

#### b. La Península Ibérica y la fundación de Gadir.

Según una tradición literaria bastante sólida, Gadir fue fundada por los fenicios en torno al año 1100 a. J.C. Velejo Paterculo, historiador latino del siglo I, lo sitúa en los tiempos del retorno de los heráclidas, unos ochenta años después de la caída de Troya. Como este último acontecimiento es fechado tradicionalmente en el año 1184 a. J.C., la fundación de Gadir se remontaría por tanto a la fecha citada. El mismo historiador refiere que Utica fue fundada en Africa pocos años después (61). Ahora bien, por el Pseudo Aristoteles, que recoge una noticia de Timeo, historiador griego del siglo III a. J.C. que bebió en fuentes púnicas, sabemos que la fundación de Utica acaeció doscientos ochenta y siete años antes que la de Cartago (62). Con respecto a esta última, el propio Timeo afirma que tuvo lugar treinta y ocho años antes de la primera olimpiada (776 a. J.C.), lo que proporciona una fecha del 814 a. J.C. (63). Como ha demostrado P. Cintas, esta cronología se encuentra reforzada por las propias tradiciones orientales recogidas por Menandro de Efeso, que tuvo acceso a los Anales de Tiro (64). Por lo tanto, se-

gún se deduce de un simple cálculo, la fundación de Utica debió ocurrir en el 1101 a. J. C., lo que coincide con la fecha proporcionada por Velejo Paterculo.

Por su parte, Plinio afirma que el templo de Melkart en Lixus era en algún tiempo anterior a aquel de Gadir, y que Utica se remontaba a mil ciento setenta y ocho años antes de aquel en el que él escribía. Como este último era el 77 d. J.C., la fecha de la fundación de Utica se remontó una vez más al 1101 a. J.C. (65) Otro historiador más, Mela, llega, a su vez, a semejantes conclusiones (66).

La fecha de la fundación de Gadir se encuentra por tanto documentada en su sincronía con aquella otra de Utica, en el hecho de que todos los autores que a ella se refieren la sitúan algo después de la caída de Troya, y en su relación con otros hechos perfectamente fechados en torno a la misma época, como la guerra de Kodros, rey de Atenas, contra los dorios, y la fundación de Mégara (67).

En cuanto al origen de los colonos, nuestras fuentes son unánimes al señalar su procedencia de Tiro, como se lee en Posidonio, Estrabon, Velejo Paterculo y Justinó (68), lo cual coincide con el papel predominante que parece ejerció esta ciudad fenicia en la expansión hacia Occidente; como ha señalado G. Bunnes: "Una cierta convergencia de opinión, tanto entre los autores orientales como entre los autores griegos y latinos, atribuyr a Tiro el papel esencial, si no exclusivo, de la expansión marítima de la Fenicia... Podría ser que la influencia de los Cartagineses, a los que se designa a veces con el nombre de Tirios, hubiera facilitado entre los autores clásicos, una cierta exageración del papel jugado por Tiro, pero los textos orientales, independientes de la tradición clásica, muestran que es efectivamente de Tiro de donde partía la principal iniciativa (69).

Poseemos el relato que acerca de la fundación de su ciudad recogió Posidonio de boca de los sacerdotes del templo de Melkart en Gadir, el cual nos ha sido transmitido por Estrabón. Según esta narración, un oráculo había ordenado a los fenicios de Tiro fundar un establecimiento en las Columnas de Hércules. Una primera expedición llegó hasta Kalpe, (Gibraltar) y desembarcó en la costa de más acá del Estrecho; pero los oráculos no fueron favorables y los tirios regresaron a su tierra. Una segunda expedición atravesó el Estrecho llegando hasta Onoba (Huelva) donde, en vista de que los oráculos volvían a ser adversos, emprendieron de nuevo el camino de regreso. Por fin, tras una tercera expedición, fundaron Gadir, construyendo en esta isla una ciudad en la parte occidental, y en la oriental un santuario (70).

En nuestra opinión, las tres expediciones a que alude este relato se corresponden con una primera fase de contactos y exploraciones de carácter esporádico. De él se desprende también la importancia de los oráculos y los templos, que tenemos atestiguados en la fundación de otros establecimientos, como Lixus y Utica. Esta importancia de los templos ha sido señalada por J.M. Blázquez, que piensa que los oráculos debieron ejercer un papel muy importante como estimulantes de la colonización, al igual que sucede con la colonización griega (71), y por G. Gunnens, para quien los templos debieron actuar como lugares neutrales, situados bajo la protección divina, que garantizaba la honestidad de las transacciones, en donde se llevaban los registros y se dirimían los litigios y que participarían financieramente, con bastante probabilidad, en la expansión del comercio marítimo, actuando a la vez como agentes de la metrópolis (72).

La elección del sitio para el establecimiento de Gadir no podía ser más ventajosa. La antigua isla, que en la actualidad se encuentra soladada al litoral debido a las

aportaciones fluviales (73), ofrecía seguridad y agua potable en abundancia (74). Se encontraba, además, lo bastante alejada de las poblaciones autóctonas como para no despertar la desconfianza de estas, requisito indispensable en las relaciones entre dos culturas extrañas en distinto nivel de evolución (75). Por su situación, se convertía en un punto idóneo para centralizar y comercializar los minerales del Suroeste peninsular, mientras que podía conseguir de su tráfico con las poblaciones locales el estaño procedente de la fachada atlántica, que llegaba al sur de la Península a través de un doble camino terrestre y marítimo, que desde los tiempos prehistóricos comunicaba esta región con la Europa Occidental (76).

Queda por señalar que no poseemos evidencia arqueológica clara de la existencia de un núcleo urbano en Gadir para las fechas propuestas por las fuentes literarias. El único objeto que presenta una fecha anterior al primer milenio es una estatuilla del dios Ptah, con claros paralelos en la costa sirio-palestina, señalado por P. Cintas y J.M. Blázquez, y aparecido sin ningún contexto arqueológico (77). Es poco probable, no obstante, que Gadir, cuyo significado en lengua semita es el de "lugar cercado" (78), se configurase desde un principio como un núcleo urbano de cierta densidad de población permanente. Es más lógico pensar que en un primer momento se limitase a una pequeña factoría situada bajo la protección de un templo, encargada de organizar el comercio con las poblaciones autóctonas del interior. Por lo demás, los estratos más antiguos de este establecimiento subyacen bajo las construcciones de la ciudad actual, por lo que los arqueólogos deben renunciar a su exploración.

Se podría objetar, sin embargo, que frente a la imposibilidad de encontrar los materiales más antiguos de Gadir, cabría en cambio apreciar la influencia que su presencia debió ejercer entre las poblaciones locales del interior, con "



las que se supone comerciaba. En este sentido, H. Schubart ha señalado lo que él considera presencia de influencias mediterráneas en las cerámicas bruñidas que aparecen en los yacimientos del Suroeste peninsular correspondientes al Bronce Tardío, con una cronología de los siglos X-IX a. J.C. Tales influencias se encontrarían presentes en la técnica del bruñido y en la elaboración de la decoración (79). Al parecer, entre los hallazgos de este tipo de cerámica en El Carambolo (Sevilla), se descubrieron algunas características del tipo de Samaria de los siglos IX-VIII a.J.C. (80). No obstante, O. Ruiz Mata ha encontrado cerámicas bruñidas en Valencina de la Concepción (Sevilla), con una fecha de comienzos de la Edad del Bronce, lo que plantea desde una óptica radicalmente distinta los orígenes de esta cerámica, ya que se trataría de pervivencias de técnicas locales de gran antigüedad (81).

Como vemos, la cuestión tampoco está clara en este punto. Aún así, cabría considerar que las fechas proporcionadas por las fuentes literarias para la fundación de Gadir no hacen alusión al establecimiento definitivo de una factoría, sino probablemente a la época en que se produjeron los primeros contactos, sin duda muy esporádicos, de los fenicios con estas costas peninsulares.

### c. La expansión comercial.

A partir de comienzos del siglo VIII a. J.C., el panorama arqueológico en relación con la presencia fenicia en Occidente cambia de una manera total. Ya no se trata de algunos objetos aislados, ni de una probable influencia oriental sobre determinadas culturas locales. Por todas partes comienza a documentarse la aparición de asentamientos estables sobre cuyo origen no cabe ninguna duda. En Sicilia, Motya, Solunto y Panormo se remontan, por lo menos, a la segunda mitad del siglo VIII a. J. C. (82). En Cerdeña, Tharros y Sul-

cis presentan también una cronología similar (83). Lo mismo sucede en la Península Ibérica donde Toscanos, Chorreras y Mezquitilla, en la costa malagueña, alcanzan las mencionadas fechas (84).

El motivo de este cambio obedece, en nuestra opinión, a dos causas fundamentales. La primera de ellas está relacionada con los propios mecanismos de la expansión fenicia. Los anteriores viajes de carácter esporádico han permitido realizar un "estudio de mercado" acerca de las posibilidades comerciales de Occidente. La respuesta ha sido, en todo caso, positiva por lo que se muestra necesaria una intensificación de los contactos con el fin de crear una demanda que garantice de una manera regular el desarrollo de los intercambios, así como una estructura más elaborada que permita la aparición de una serie de enclaves intermedios para facilitar el tráfico entre Oriente y Occidente, sin necesidad de largos viajes en los que había que recorrer la totalidad del itinerario. Con esto, no queremos dar la impresión de que pensamos que la expansión fenicia en su aspecto comercial obedeció a unas directrices emanadas desde algún centro que desde las costas orientales centralizara todo este proceso. Los trabajos de G. Garbini y C.R. Whittaker han mostrado que la colonización fenicia en el Mediterráneo Occidental no fue nunca un movimiento coordinado bajo la dirección de una única metrópolis (85). Lo que, sin embargo, no impide que a la vista de las posibilidades comerciales, grupos de fenicios se establecieran a lo largo de la ruta de las islas, con el fin de beneficiarse de las ganancias de un tráfico que se revelaba sumamente provechoso.

La segunda causa, antes aludida, está en relación con la presencia de los griegos en estos mares. La colonización griega en el Mediterráneo Central alcanzó un gran impulso ya durante el siglo VIII a. J.C. (86) Por una parte, esto

favorecía las expectativas comerciales de los fenicios, si tenemos en cuenta que se suele aceptar que Sicilia fue el mercado de la plata ibérica que los fenicios instalados en la isla vendían a sus vecinos helénicos. Las relaciones entre ambos en Sicilia están ampliamente documentadas por los testimonios arqueológicos, como más adelante comprobaremos (87). Pero, por otra parte, la presencia de los griegos podía significar la existencia de competidores para los fenicios, que hasta entonces habían realizado sus contactos con Occidente sin competencia alguna, por la sencilla razón de que esta no existía. Ahora bien, la colonización griega se basaba en la fundación de núcleos urbanos de notable densidad, lo que le confería una estructura más sólida que aquella de la primitiva expansión fenicia. Es probable que ante esto, como sugiere J. Boardman, los fenicios decidieran salvaguardar sus intereses mediante fundaciones coloniales al estilo de las de los griegos (88).

En la Península Ibérica, aparte de los establecimientos anteriormente citados, Guadalhorce ( Málaga), presenta una fecha inicial de la segunda mitad del siglo VII a. J. C. (89); la necrópolis de Trayamar ( Málaga) se remonta a finales del siglo VIII o comienzos del VII a. J.C. (90); la necrópolis de Frigiliana, igualmente malagueña, es, en cambio, bastante posterior, fechándose en el siglo VI a. J. C. (91). Además de todos estos yacimientos conocidos recientemente por los descubrimientos arqueológicos, las fuentes literarias mencionan la existencia de otras colonias fenicio-púnicas en las costas peninsulares. Malaka es citada por Estrabón, acuña moneda de tipo púnico en época romana y últimamente, gracias a las prospecciones de B. Isserlin, conocemos la presencia de materiales fenicios desde, por lo menos, el siglo VII a. J. C. (92). Sexi es mencionada por Hecateo de Mileto y Estrabón, como la anterior acuñó moneda de caracteres púnicos en época romana, y su necrópolis ha sido descubierta en Almuñecar

(Granada) por M. Pellicer, con una cronología de comienzos del siglo VII a. J. C. (93); Abdera, citada también por Estrabón e igualmente con acuñaciones púnicas en época romana, ha sido localizada en Adra (Almería) por M. Fernández Miranda, y no parece remontarse más allá del siglo VI a. J. C. (94). De la antigua Baria se conocen sus necrópolis en la actual Villaricos (Almería) con una fecha inicial similar a la anterior. Pero en este caso se trata ya de un establecimiento de carácter cartaginés, al igual que la necrópolis de Jardín (Málaga), que se fecha igualmente en el siglo VI a. J. C. (95). De orígenes cartagineses debió de ser también Sexi, como opinan J. Ferrón y P. Cintas, lo que nosotros compartimos por los argumentos que exponemos en otro lugar de este trabajo. Solo nos queda por citar Aljaraque, y el Cerro del Prado (Algeciras) en donde se detecta una probable presencia fenicia desde el siglo VII a. J. C. (96), pero sin que podamos afirmar en ambos casos, por ahora, que se trate, como los anteriores, de dos establecimientos de claro carácter colonial.

En lo que se refiere a las factorías aparecidas durante el siglo VIII a. J. C., Toscanos, Choreras y Mezquitilla, su fundación debió de ser, en algunos casos, iniciativa de Gadir. Tal es lo que nos sugiere el hecho de que en la primera fase de Toscanos, estudiada por G. Niemeyer y H. Schubart, la cerámica fenicia es en una alta proporción de fabricación local, mientras que en la segunda, existe un 80 % de importaciones (97).

En nuestra opinión, la existencia de todas estas factorías no obedece a una necesidad exclusiva de dar salida a los minerales de la Alta Andalucía, ni de servir de escalas para la navegación por estas costas peninsulares. Su presencia podía también estar en función del mineral de hierro de esta parte del litoral. Así, hay evidencia estratificada de una actividad metalúrgica en general, como del hierro en

particular en Toscanos, Cerro del Mar y Adra (98). Estas actividades se complementarían con una función agrícola que a menudo ha sido olvidada y que recientemente ha sido señalada por C. R. Whittaker. No en vano se sitúan estos establecimientos en un área de poca densidad de población local y en las proximidades de las fértiles vegas que riegan los ríos que desagúan en estas costas (99)

La proyección comercial de Gadir se documenta igualmente sobre las costas afrácanas, lo que ha dado motivo a M. Tarradell para hablar de un "Círculo del Estrecho" (100). En Mogador, gracias a los trabajos de A. Jodín, tenemos constancia de una presencia fenicia desde el siglo VII a. J. C., con materiales de gran semejanza y paralelismo con los del mediodía peninsular (101). M. Ponsich ha subrayado las influencias presentes en una serie de necrópolis indígenas de la región de Tanger desde el Siglo VII a. J. C. (102). En Lixus algunos materiales pueden proporcionar una fecha del siglo VI a. J. C., e incluso algo anterior (103) Pero esta proyección comercial no se limita a las costas de Marruecos y por el contrario la encontramos también documentada en las de Argelia. En estas últimas, G. Vuillemot ha estudiado las necrópolis de Rachgoun y Mersa Madakh, situadas al Oeste de Orán, y que él considera estaciones cartaginesas. No obstante, como ha señalado C. R. Whittaker, los más próximos paralelos de la cerámica fenicia que contienen se dan en el sur de la Península Ibérica y a lo largo de las costas atlánticas de Marruecos, y no en Cartago (104).

Estamos, por tanto, ante la presencia de un circuito de actividades comerciales desarrollado desde Gadir y por iniciativa de esta, totalmente autónomo y sin interferencias de las metrópolis orientales, como sugieren las características de los materiales y su propia distribución.

Ahora bien, esta proyección de la presencia fenicia

se presenta también en el interior peninsular y se puede seguir por la penetración de las influencias culturales traídas por los fenicios que se localiza en tres áreas bien diferenciadas: El Bajo Guadalquivir con proyecciones en Extremadura y la Meseta Superior, la Alta Andalucía y las costas de Levante y Cataluña.

- Area del Suroeste.

El impacto de la presencia fenicia está documentado arqueológicamente en Cadiz ( Hasta Regia, Cerro del Prado), Huelva (La Joya, Cabezo de la Esperanza, Cabezo de San Pedro, Cerro Salomón), Sevilla ( Carmona, El Carambolo, Osuna, Cerro Macareno, Setefilla), por la presencia de cerámicas de importación a torno de claro ambiente fenicio ( cerámicas pintadas, de barniz rojo y cerámicas grises ), en un horizonte que se fecha a partir del siglo VIII a. J. C (105).

Desde esta área del Suroeste se aprecia una penetración por Extremadura ( castro y necrópolis de Medellín, Mengabril, La Aliseda) hacia la Meseta superior, documentada por la aparición de una serie de materiales de carácter orientalizante, de los cuales los más característicos son: la cerámica gris a torno, característica de los yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir a partir del siglo VII a.J.C., que se localiza abundantemente en Extremadura y en algunos puntos de la Meseta (106), fibulas de codo de tipo chipriota y joyas orientalizantes con prototipos en el Mediterráneo Oriental, presentando ambos una dispersión desde el Suroeste hacia Extremadura y la Meseta (107), jarros piriformes de bronce, de prototipos chipriotas, que desde el foco Huelva-Sevilla penetran hasta Coca con una cronología de los siglos VII y VI a. J. C. (108), braserillos rituales con prototipos en Egipto y Chipre, con una dispersión desde el Suroeste hasta las provincias de Avila y Salamanca, y cronología similar a la anterior (109), thymiaterria, objetos de culto de carác-

ter oriental que desde Huelva-Sevilla se dispersan hacia el interior de la Península (110).

La presencia de todos estos materiales de carácter orientalizante revela la existencia de un comercio en relación con las posibilidades metalúrgicas de estas regiones. Las minas de Río Tinto (Huelva) fueron explotadas por los autoctonos, como demuestra el poblado de mineros excavado por A. Blanco, J.M. Luzón y D. Ruiz Mata en Cerro Salomón, que presenta evidentes muestras de una actividad metalúrgica de tipo familiar (111). Las cerámicas importadas, y las influencias orientales presentes en la arquitectura del poblado así como en las técnicas del tratamiento de los minerales denotan estrechas relaciones con los colonizadores fenicios, por lo menos desde el siglo VII a. J. C. (112). Igualmente, son las motivaciones de carácter económico las que explican la penetración de las influencias coloniales por Extremadura y la Meseta; como ha señalado M. Almagro Gorbea, las comarcas extremeñas presentan el atractivo de su riqueza agrícola y ganadera, y sobre todo minera, además de suponer un jalón obligado para adentrarse en la Meseta superior, desde donde se alcanza la región minera del Noroeste peninsular (113).

Es de suponer que este comercio interior no fue desarrollado por los fenicios sino por las poblaciones locales, estimuladas por la demanda que se ejercía desde las costas. El itinerario seguido se encuentra documentado por los diversos materiales orientalizantes que jalónan este camino interior hacia el N.O., camino que en época romana se convertirá en la Vía de la Plata. En su tramo inferior, este itinerario enlazaría con el camino que, partiendo de las minas del norte de Huelva, conectaba, a través de Tejada la Vieja, con la región de Hispalis (Sevilla). Como ha señalado J.M. Gajazquez: "este es el paso natural de salida de esta región y además más corto, llevándose el mineral hasta Cadiz, muy probable-

mente por transporte fluvial, como en época romana, desde donde se embarcaría hacia Oriente. Ello explica la importancia de toda la zona de Sevilla, El Carambolo, Carmona, Setefilla etc...principalmente la de la orilla derecha del Guadalquivir" (114). La existencia de este tramo inferior terrestre que enlaza con la vía fluvial, explica la importancia alcanzada por Tejada la Vieja que, además de controlar esta parte del camino de salida de los metales, era la capital del distrito minero, lo que explica sus excelentes murallas, la gran cantidad de anforas púnicas, de cerámica de barniz rojo y las influencias fenicias que presenta en su arquitectura (115).

#### - Area de la Alta Andalucía.

El impacto orientalizante se documenta arqueológicamente en Cordoba ( Colina de los Quemados y Ategua), Jaen (Castulo) y Granada ( Galera y Monachil), en donde aparecen cerámicas típicas de la Baja Andalucía desde comienzos del siglo VII a. J. C (116). La riqueza minera se presenta, una vez mas, como la principal motivación de estos contactos. Restos de escorias estan documentados en Colina de los Quemados, martillos de mineros similares a los del Arabab Oriental se encuentran a centenares por todas las sierras de esta región, abundando particularmente en Cerro Muriano (Córdoba). Son idénticos a los encontrados en Río Tinto y Tejada (Huelva) (117). Las ánforas de Cástulo prueban la existencia de un comercio de vino, aceite y tal vez salazones con la Baja Andalucía hacia donde se exportaba el mineral de la región. También se importarían, probablemente, telas y marfiles, como sugiere el que los temas habituales en la decoración de estos - productos aparezcan reproducidos en las toscas cerámicas elaboradas por los autóctonos. (118)

El itinerario seguido era a través de Antequera hacia el litoral malagueño, o la vía fluvial del Guadalquivir



hasta Gadir. Es probable que para este último, Ategua con sus fortificaciones, desempeñase un papel análogo al de Tejada la vieja. Esta localidad parece responder a un control territorial de la campiña cordobesa, con una función agrícola y otra probablemente comercial. Ambas localidades se fortifican en el momento de aparición de la cerámica incisa digitada, la misma que corresponde al comienzo de la explotación minera en Río Tinto (119).

- Area de Levante y Cataluña

La influencia de la presencia fenicia se documenta también en Levante. Los Saladares (Alicante) y Vinarragell (Castellón) acusan el impacto y la presencia de materiales importados similares a los que proporcionan las factorías del Sudeste y los yacimientos andaluces a excepción de la cerámica de barniz rojo, que no aparece en el último de los sitios mencionados. Ambos presentan una cronología de los siglos VII y VI a. J.C. (120). Como vemos, también en este área se produce una penetración hacia el interior de las influencias y elementos coloniales; así lo demuestra además, el hallazgo del Tesorillo de la Sierra de Crevillente, que contiene una serie de joyas emparentadas con la producción tartésica y típicos amuletos de fayenza egipcia (121).

Hace algunos años J. Maluquer llamaba la atención sobre la existencia de un comercio fenicio en torno a las bocas del Ebro y el litoral catalán (122). Cerámica de origen fenicio ha sido localizada en el poblado de Puig de Bonicarió en el Bajo Maestrazgo, junto con materiales de tradición local, confirmando así la tesis de una presencia semita en estas regiones (123). Por lo demás, en el Sur de Cataluña la presencia de material fenicio se detecta en los poblados de la Ferradura, Coll Alt Coll del Moro y San Cristófol y en

las necrópolis de Mass de Tussols y Coll del Moro, a lo que - hay que añadir los hallazgos del Piuró del Barranc Fondo y - del Tossal Redó (124). Más al norte tenemos documentada la - existencia de ánforas fenicio-púnicas en el yacimiento indíge - na de la Illa D'en Reixach (125).

Esta presencia fenicia en el litoral catalán conoce una irradiación septentrional que ha sido puesta de relieve - en los estudios de F. Benoit, J. J. July e Yvés Solier, funda - mentalmente (126). Todos estos trabajos documentan la exis - tencia de un comercio fenicio sobre las costas del Golfo de León, con una cronología, como en Cataluña, a partir del si - glo VII a. J.C., y manifiesto por la presencia de ánforas fe - nicio-púnicas y por la imitación en la cerámica indígena de - formas de ambiente chiprio-fenicio o púnico (127). Por lo que se refiere a los núcleos de irradiación se puede pensar en - Gadir y el "Círculo del Estrecho" y las factorías con ella re - lacionadas, y en un procedencia más directa desde Ibiza. En - este último sentido J. Maluquer atribuía ya un origen fenicio para la isla, lo que no es incompatible con una posterior co - lonización cartaginesa (128). Esta presencia fenicia en Ibi - za junto con elementos procedentes directamente de Cartago, como afirma la tradición acerca de la fundación de un estable - cimiento cartaginés en la isla a mediados del siglo VII a. J. C., recogida por Diodoro de Sicilia (129), podría venir con - firmada por los recientes hallazgos en el área de la necrópo - lis de Puig des Molins. Se trata de una lucerna de barniz ro - jo, claramente fechable en los siglos VII-VI a. J.C., que se convierte en la primera pieza que se identifica en Ibiza con el barniz rojo característico de la fase arcaica de la colo - nización fenicia (130). El interés de los fenicios por estas costas mediterráneas fué en su día señalado por F. Benoit, - para el cual la colonización rodía y focense en el Golfo de León seguirían las antiguas rutas fenicias, hipótesis que -

las posteriores investigaciones han ido confirmando día tras día (131).

Los metales y la sal parecen haber sido los elementos fundamentales que impulsaron estos intercambios, desde el Levante peninsular hasta las costas de la Galia, pasando por el litoral catalán (132). Y un comercio de vinos y aceite, como se deduce de la presencia de las ánforas, parece haber sido utilizado por los semitas en contrapartida de las riquezas locales, al cual habría que añadir las diversas manufacturas que aparecen en alguno de estos yacimientos. Tal es el caso de las cerámicas que podían tener un valor utilitario de por sí ( vasos, platos, lucernas ), o servir de recipientes de otros productos: esencias, perfumes etc...como el "aribalo" fenicio de la necrópolis de Mass de Mussols (Tortosa) (133).

Nos queda por último señalar la presencia de elementos de ambiente fenicio en Portugal, como la cerámica de barniz rojo presenta en Lagos, Azougada, Alcacer Do Sal y Santa Olaya, y otros diversos materiales de procedencia oriental en las necrópolis de Ourique (134). La presencia de esta cerámica, característica de los yacimientos andaluces, y de otros objetos de probable procedencia fenicia ( escarabeos, cuentas de vidrio etc ) habría que ponerla en relación con el comercio del estaño atlántico, recogido por Avieno (135), aunque en los lugares del interior, como por ejemplo es el caso de Azougada, parece estar más vinculada con el tráfico interno hacia el Noroeste peninsular, del que ya hemos hablado antes.

.....

Estaño, oro, plata, cobre, hierro, eran comercializados por los fenicios hacia el Mediterráneo Central y Oriental. Si atendemos a la más pura evidencia arqueológica podemos establecer dos lugares principales que parecen haber desempe-

Hado el papel de mercados internacionales de los productos obtenidos por los fenicios en Occidente. Los materiales cerámicos de los yacimientos andaluces presentan claras analogías con los encontrados en las costas africanas ( Mogador, Rachgoum, Utica), y en Sicilia ( Motya ). En las dos primeras pervive además la tradición del barniz rojo, mucho después de que este haya desaparecido en Cartago (136). Los ajuares de las tumbas de Almuñecar son muy parecidos a los de las necrópolis arcaicas de Motya. Determinadas urnas de la necrópolis de Frigiliana son hermanas de las recogidas en Motya, Panormo y Cartago (137). De la misma manera, cerámica griega, análoga a la aparecida en Motya se documenta, por ejemplo, en Toscanos, mientras que F. Villard sostiene una procedencia siciliota para la cerámica griega de Marruecos (138).

De todo esto se deduce que Sicilia debió ser el mercado de la plata obtenida por los fenicios en Occidente, como recientemente admiten A. Arribas y O. Arteaga, entre otros (139). El mineral sería vendido a los griegos de la isla, en donde sería adquirido también probablemente por los cartagineses. De hecho, como ya hemos señalado y estudiaremos con más detalle en el siguiente capítulo, la existencia de estrechas relaciones entre los fenicios y griegos en Sicilia desde la época arcaica está ampliamente documentada por los descubrimientos arqueológicos (140).

Las influencias y modelos chipriotas de las corrientes orientalizantes presentes en la arquitectura funeraria, en los marfiles, cerámicas, bronce y joyas, señalan, como sostienen M. Almagro Basch y M. Almagro Gorbea, una procedencia desde Chipre (141). Aunque, como observa H. Schubart, el origen de los colonos fenicios asentados en Occidente hay que buscarlo fundamentalmente en Fenicia, y no en esta isla, que serviría de escala intermedia en sus viajes hacia el Mediterráneo Occidental (142). no cabe duda que, si bien los obje-

tos orientalizantes presentes en los yacimientos del medio-  
da peninsular son en su mayoría obra de talleres locales  
que siguen prototipos orientales, como ya han mostrado A. Gar-  
cia y Bellido, A. Blanco, J. M. Blazquez, H. Schubart y J. Ga-  
rrido (143). existen otros, como es el caso de los thimiate-  
ria, en que se trata de importaciones seguras, lo que lle-  
va a M. Almagro Gorbea a inclinarse en el mismo sentido res-  
pecto a alguno de estos objetos orientalizantes a los que se  
atribuye una fabricación local (144).

A la vista de estos datos, consideramos que Chipre  
debió desempeñar en el Mediterráneo Oriental un papel análo-  
go al de Sicilia en el Mediterráneo Central. La isla fue, se-  
guramente, el gran mercado de los productos traídos por los  
fenicios desde Occidente, para lo cual nos apoyamos también  
en una consideración de tipo histórico, ya que Chipre no se  
vió tan amenazada por la presión que ejercían sobre Fenicia  
los grandes imperios circundantes (145).

Por último es preciso decir que la presencia en  
el Bajo Guadalquivir de formas cerámicas desconocidas en los  
establecimientos semitas de la costa malagueña y granadina, y  
cuyos prototipos se encuentran en Cartago desde el siglo VIII  
a. J. C., hacen pensar en la existencia de contactos proceden-  
tes de esta última (146), cuyo carácter y circunstancias es  
difícil de establecer, y cuya intensidad y expansión, ante to-  
da la evidencia anterior, se nos revelan mínimos.

#### d. La actividad industrial.

El comercio desarrollado por los fenicios en Occi-  
dente se inscribe dentro de una economía de corte colonial  
que proporciona productos manufacturados a cambio de materias  
primas y otros recursos naturales. Las importaciones tuvieron  
un peso específico evidente: objetos producidos en Egipto, co

mo los vidrios y los escarabeos de Naucratis, cerámicas griegas, manufacturas diversas de Chipre y Sirio-Palestina fueron empleadas como elementos de intercambio con los autóctonos.

Pero al lado de ellas, floreció pronto una industria local, impulsada por los colonizadores fenicios, y siguiendo los viejos prototipos y tradiciones orientales, tanto en la técnica como en la decoración. La cerámica, destinada también al consumo cotidiano de una población de carácter permanente, debió de ser de las primeras en organizarse en los nuevos territorios a los que llegaban los colonos, habida cuenta de su importancia en el mundo antiguo como vajilla, objetos rituales, de lujo, o meros recipientes destinados a contener otros productos. La fabricación local de cerámica esá documntada desde un principio en Toscanos en donde se empleó un tipo de barro local (147). La industria metalúrgica alcanzó especial desarrollo. Los análisis de los objetos de bronce aparecidos en la necrópolis orientalizante de La Joya (Huelva) revelan el conocimiento de técnicas avanzadas en una serie de piezas de fabricación local (148). Tales son la utilización intencinal del zinc, que no fue conocido como metal hasta el siglo XVIII de nuestra era, con el propósito de conseguir una apariencia aurea, la utilización de tornillos en lugar de remaches, o el correcto juego de las bisagras de plata de una arqueta aparecida en la tumba nº 18 (149). Muestras evidentes de una activa metalurgia del bronce son los grandes jarros estudiados por A. Garcia y Bellido, A. Blanco, J. M. Blazquez y W. Culican esencialmente, quienes no consideran que se traten de importaciones (150). Su ausencia en los numerosos yacimientos fenicios del Mediterráneo andaluz junto con determinadas características, como la palmeta en la parte inferior del asa y la presencia de serpien-  
tes y tallos, que no se observa en los jarros piriformes de Etruria, ni en los pertenecientes al tesoro de Curium, ni en

el ejemplar de Tamasos ( Chipre), abogan también por una producción local (151), en el Suroeste de la Península Ibérica, que J. Garrido sitúa en el núcleo orientalizante de Huelva(152)

Esta actividad local relacionada con el trabajo de los metales se extiende también a la orfebrería. El análisis realizado de los objetos de oro hallados en la necrópolis de Trayamar ha puesto así mismo de manifiesto que nos encontramos ante piezas de elaboración local (153).

Otra industria desarrollada en Occidente por los fenicios fue la relacionada con la obtención de la púrpura a partir de determinadas especies de moluscos, lo que a su vez viene a indicar la existencia de una actividad textil, pues este producto se utilizaba para el teñido de telas y vestidos. Restos de conchas de murex y de púrpura han aparecido en las excavaciones de Toscanos, y en otros lugares, como Gadir, Ibiza ( Isla Plana) y Villaricos ( Baria) (154).

Por lo que se refiere a la fabricación de los marfiles aparecidos en Carmona, Osuna, Setefilla y Villaricos, la cuestión está menos clara, existiendo gran divergencia de opiniones al respecto. G. Bonsor y E. Hübner los consideraban producto del comercio fenicio (155). La fabricación fenicia es también admitida por F. Poulsen ( este autor, no obstante, separaba el grupo de Acebuchal, que tenía por obras de un taller cartaginés ), A. García y Bellido y W. F. Albright (156). Sin embargo, para P. Paris, R. O. Barnett y P. Cintas proceden de Cartago (157). Finalmente, A. Blanco ha puesto de relieve que, aunque no cabe duda del origen fenicio de su escuela, estos marfiles peninsulares no pueden atribuirse, ni por su estilo ni por su temática a un taller oriental, opinión compartida por J. M. Blázquez (158), y que a nosotros nos parece la más aceptable.

Es probable que los fenicios introdujeran en la Pe-

Península Ibérica la industria del vidrio. aunque no tenemos una evidencia clara de ello. Anforiscos, ungüentarios y cuentas de vidrio policromado se encuentran en los lugares relacionados con el comercio fenicio. Pieza excepcional, aunque claramente importada, probablemente del Norte de Siria, es el jarro piriforme de la Alisada, realizado en cristal de roca verde oscuro, que sigue claros prototipos egipcios y orientales (159).

Finalmente, solo nos queda por mencionar la industria de salazones de pescado, de cuya existencia tenemos noticias por las fuentes literarias a partir del siglo V a. J. C., que alaban especialmente el garón de Gadir y Sexi ( Almuñecar) (160) Los arqueólogos no han podido documentar materiales procedentes de esta actividad anteriores a la época romana. No obstante, y como se desprende de un estudio realizado por M. Ponsich y M. Tarradell, las fábricas de salazones romanas ocupan la misma área que fue sometida a la presencia colonial fenicia, a ambos lados del Estrecho, lo que, unido al testimonio citado de las fuentes, permite suponer que los romanos no hicieron si no continuar con una industria que ya contaba con siglos de tradición en la Península (161). Esta industria de salazón vinculada con las actividades pesqueras, necesitaba a su vez de una industria accesoria relacionada con la extracción de la sal, abundante en todas estas costas, así como de fabricación de recipientes, aljibes, ánforas, redes, y de construcción naval, necesaria también para el comercio ultramarino por lo que huelga insistir en ella.

Los productos de estas industrias desarrolladas por los fenicios en la Península constituían parte importante de los elementos de intercambio en el comercio con los autóctonos, destinados, muchos de ellos, dado su carácter de objetos de lujo, a las élites indígenas. La cerámica ordinaria aparte de servir para el consumo de la población colonial, se comercializaba, por lo menos algunos de sus tipos, entre los autócto-



nos de ambos lados del Estrecho. De cerámica se fabricaban también recipientes para otros productos ( aceites, vinos, perfumes, esencias ) como los "aribalos" y las ánforas globulares, características de la fase arcaica de la colonización fenicia en Occidente. Similar función tenían los marfiles, bronce y vidrios. Marfiles idénticos a los encontrados en la Península han sido hallados en Cartago y en el Heraion de Samos en niveles no posteriores a la mitad del siglo VII a. J. C (162). Lo excepcional de estos hallazgos en el ámbito mediterráneo nos lleva a considerar que, al igual que los bronce, se trataba de una producción destinada fundamentalmente a satisfacer la demanda local. La industria textil alimentaba también las necesidades locales, y el excedente debió ser a su vez comercializado, aunque dado su carácter deleznable no poseemos restos de su presencia arqueológica. los se-lazones, además de consumidos localmente, eran exportados al Mediterráneo. Las fuentes literarias atestiguan un gran consumo de ellos en el mundo griego, y sabemos por un texto de Timeo que los de Gadir eran exportados a Cartago, en donde se consumían en parte, y en parte se comercializaban hacia otros lugares (163). Todo ello indica una considerable producción.

#### e. La colonización agrícola.

A partir de comienzos del siglo VII a. J. C., se produce un cambio en la expansión de los fenicios en Occidente que no ha sido suficientemente valorado por la Arqueología y la historiografía moderna. Toda una serie de datos apuntan con claridad a la existencia de una corriente migratoria desde las costas sirio-palestinas hacia el Mediterráneo Central y Occidental. Como veremos a continuación, sus manifestaciones están tan generalizadas que no cabe poner en duda la existencia de este fenómeno.

En el Norte de Africa, Cartago documenta la repentina llegada de un influjo de población, que la hace crecer súbitamente, en la multiplicación de los enterramientos de las necrópolis y de las ofrendas en el santuario de Tanit, problema que abordaremos con más detalle en el capítulo siguiente (164). Por las mismas fechas, mediados del siglo VII a. J. C., en que en el Tofet de Cartago se procede a una remodelación iniciándose la fase de Tanit II, se pueden datar los primeros momentos de ocupación de Leptis Magna y Sabratha (165). El fenómeno no es exclusivo de las costas africanas. En Sicilia la evidencia arqueológica de Motya apunta en el mismo sentido. En torno al 600 a. J. C., la antigua necrópolis fue transferida desde el pequeño islote cercano al litoral a tierra adentro, lo que parece indicar que el cementerio anterior se había quedado pequeño para la población actual, la cual había crecido de tal manera que no podía ceder un solo palmo de terreno para la ampliación de la vieja necrópolis de la ciudad (166). De la misma manera, en la Península Ibérica la evidencia no es menos notable. La segunda fase de Tosacnos se caracteriza por la presencia de un 80 % de importaciones cerámicas, en clara contraposición a la anterior en la que, como ya habíamos señalado, la más alta proporción corresponde a la de fabricación local (167). Contemporánea de esta segunda fase de Tosacnos es la aparición de un nuevo asentamiento fenicio en Guadalhorce, cuyos más antiguos materiales presentan una clara identidad con los de la anterior factoría malagueña (168).

La situación en Fenicia justificaba la corriente migratoria hacia Occidente. La presión de Asiria fue en aumento desde el reinado de Tiglat-Pilaser III (754-727), que inauguró una política de anexión territorial, hasta el de Assurbanipal (668-629), que en el 668 a. J. C., realizaba el último e infructuoso intento de tomar Tiro (169). Pero esta presión alcanzó su máximo apogeo durante el reinado de Asarhadón

(681-608). Como señala F. Moscati: "el reinado de Asarhadón marcó el declive más pronunciado de la independencia de Fenicia. El territorio fue dividido ahora en provincias de Asiria: Symira en el norte, la región de Sidón en el centro, la de Tiro en el sur. Solo permanecieron independientes y aisladas unas pocas ciudades-estado: Aradus, Biblos y la isla de Tiro" (170). Todo esto es ciertamente interesante, ya que observamos que las áreas más castigadas por la expansión asiria fueron las regiones agrícolas del interior, y no los núcleos comerciantes de la costa, por lo que los emigrantes debieron de ser fundamentalmente "gente de campo", que una vez instalados en los nuevos territorios occidentales tenderían a reproducir, como todos los colonos, sus tradicionales sistemas de vida.

Por tanto, este influjo de población que se documenta en los antiguos asentamientos fenicios y en la aparición de otros nuevos, no tuvo nada que ver con motivaciones de carácter comercial. Los autores que se han ocupado del estudio de la expansión fenicia en Occidente han olvidado de una manera sistemática la existencia de una proyección agrícola de esta con todo lo que supone. Únicamente, y a nuestro conocimiento, C. R. Whittaker y O. Arteaga han llamado la atención sobre la presencia de una función agrícola en lo que normalmente se considera como puras factorías o emporía, sin más orientaciones que la estrictamente comercial (171). Y, sin embargo, la evidencia es concluyente al respecto. En Cerdeña, la expansión territorial fenicia se documenta a partir del siglo VII a. J. C en las fortificaciones de Monte Sirai y de Pani Loriga, en las terracotas votivas fenicias de Narbolia y en los fragmentos de vasos fenicios de Monastir y Cuccurú Nuraxi (172). Este repertorio arqueológico hace pensar a C. R. Whittaker y F. Barreca en un control de las regiones agrícolas del interior "con una profundidad de al menos veinte kilómetros desde el mar" (173). La presencia de

las fortalezas de Monte Sirai y Pani Loriga en función de un control de las regiones agrícolas del Suroeste por parte de Sulcis, no es un fenómeno aislado en Cerdeña. "Hay signos de que Cagliari y Tharros pueden revelar el mismo contorno de fortalezas satélites, edificios aislados tierra dentro con un pequeño grupo de tumbas, extendiéndose de Norte a Sur en la fértil región del Campidabo, en un radio de unos quince kilómetros desde la ciudad costera, aproximadamente el tamaño medio, como observa Barreca, del territorium de una ciudad-estado griega, y con una clara intención de explotar la tierra agrícolamente", ha subrayado C. R. Whittaker (174).

En Sicilia, en la región de Punta di Solanto, se ha encontrado cerámica fenicia con una fecha de los siglos VII y VI a. J. C., en Monte Porcara y La Cannita, ambas en un fértil valle situado a unos cinco kilómetros tierra adentro de la necrópolis de la costa, lo que por lo menos viene a indicar la existencia de algún tipo de penetración (175). Aunque aquí la evidencia arqueológica es mucho menos clara, de momento, la información literaria nos viene, afortunadamente, a sacar de dudas. Hacia el 379 a. J. C., Dionisio I de Siracusa realizaba una serie de incursiones de pillaje por la "Chora" de Solunto y Panormo. Años antes, Harmocrates había hecho lo propio en los territorios de Panormo y Motya (176). Las tres ciudades fenicias poseían por tanto, a tenor de esta información, su propio territorio circundante, a la manera de una colonia (apoikia) griega.

En la Península Ibérica podemos encontrar algo semejante. Sin negar la función comercial de las factorías fenicias de la costa mediterránea andaluza podemos encontrar claros indicios de la repentina llegada de un influjo de población, de una cierta organización territorial con visos presumiblemente agrícolas, a la vez que ¿es posible pensar que se haya desaprovechado las ricas posibilidades agrícolas

de las pequeñas y fértiles vegas en cuyas proximidades se localizan los diversos asentamientos fenicios? Tal y como observa C. R. Whittaker, si Toscanos fue una vez considerado un buen emplazamiento para la griega Malnake, ¿porqué es difícil considerar que la agricultura no pudo haber estado incluida entre las actividades de los colonos fenicios? —consideración que se puede extender al resto de los asentamientos semitas que ocupan unas costas que muchas veces fueron consideradas propicias a la existencia de colonias griegas— ¿o porqué, incluso, Toscanos y Trayamar, junto con sus fortificaciones satélites, o los poblados descubiertos en las alturas circundantes, no han podido estar relacionadas en una misma área de explotación agrícola? (177). La presencia de cerámica a mano de clara tradición indígena, no escasa en la primera fase de Toscanos, tal vez pueda sugerir que los autóctonos eran empleados como fuerza de trabajo en la explotación agrícola de la zona (178). La fundación de Guadalhorca, en las proximidades de la fértil vega que riega el río del mismo nombre se produce, como ya hemos dicho, coincidiendo con la aparición de la segunda fase de Toscanos, y en un momento en que se registre la presencia de un influjo de población en los diversos establecimientos fenicios del Mediterráneo Central y Occidental (179).

En nuestra opinión, es difícil pensar que los recién llegados se incluyeran automáticamente en la estructura comercial de los fenicios occidentales, sin prestar atención a las posibilidades agrícolas que las vecinas tierras ofrecían, máxime teniendo en cuenta su procedencia fundamentalmente rural. Por lo demás, es lógico suponer que el crecimiento de algunas antiguas factorías fue otra de las causas que convergieron para terminar por convertir a los primitivos núcleos fenicios en auténticas colonias con proyecciones territoriales. En lo que a la propia Gadir se refiere, A. García y Bellido,

que seguía a U. Kahrstedt, calculaba su población en unos dos mil habitantes antes de la llegada de los Bárquidas, cifra que M. Tarradell eleva a más de cuatro mil (180). Con una población semejante, obtener la mayoría de los recursos agrícolas por medio del comercio entrañaría un coste económico nada despreciable. Y si en Cerdeña y Sicilia las colonias fenicias contaban con su propio territorio no vemos la razón por la cual Gadir hubiera de ser en esto una excepción. Pero este territorio se limitaba a sus posesiones insulares, o como en el caso de Motya, Tharros y Sulcis contaba la vieja fundación fenicia con su "Chora" tierra dentro?. Algunos datos apuntan en este último sentido. En un pasaje de Justino, con ocasión de narrar los ataques de los tartesios contra Gadir, se menciona el territorio de esta, que según el epitomador de Trogo Pompeyo se habría incorporado al imperio cartaginés en contrapartida por la ayuda afrecida a sus hermanos gaditanos (181)

En cuanto a su riqueza agrícola, Gadir es llamada por Aristofanes y Plinio, recogiendo al parecer información de Timeo, Kotinousaa, debido, según el último a sus olivos (182). Esto indica, sencillamente, tanto si se trataba de acebuches o de árboles cultivados, que la superficie dedicada a otros cultivos no debía ser muy extensa, habida cuenta de la superficie de la isla, que nos transmite Estrabón, de unos cuatro kilómetros cuadrados, en los que se situaban la ciudad, la necrópolis y el santuario de Melkart (183), por todo lo cual los fenicios de Gadir debieron de recurrir a los territorios del continente para su abastecimiento agrícola.

Queda por plantear la cuestión de si en la Península Ibérica se produjo una penetración fenicia desde el litoral con un objetivo fundamentalmente agrícola. En Carmona (Sevilla), G. Bonsor excavó la ya célebre necrópolis de Cruz del Negro, que en contraste con las demás necrópolis descubiertas por este investigador en la zona de Los Alcores, se caracteri

za por su ritual funerario; se trata de incineración con tamizado posterior de las cenizas que eran separadas de los huesos calcinados, estos eran colocados en una urna junto con los objetos de uso personal, urna y ajuar se depositaban sobre las cenizas en un orificio practicado en el suelo, junto a la pira funeraria, y esta última situada en una fosa rectangular poco profunda (184). Un ritual funerario idéntico se documenta en las necrópolis de Rachgoum, Frigiliiana y Setefilla (185). Según el excavador de la necrópolis argelina de Rachgoum, G. Vuillemot, ésta presenta un carácter indudablemente púnico, que él llega a paralelizar con el asentamiento de Motya y crea de origen cartagines, aunque ya hemos señalado que la cerámica púnica presenta claros paralelos con la encontrada en Sicilia, Marruecos y la Península Ibérica, y no precisamente con Cartago (186). Setefilla, considerada indígena por G. Bonsor y M. E. Aubet, tenía, sin embargo, el carácter de una necrópolis púnica para A. García y Bellido, al igual que las necrópolis de Carmona (187). Por lo que se refiere a la necrópolis de Frigiliiana, se suele aceptar su carácter fenicio (188). Volviendo a Cruz del Negro, que G. Bonsor y M. Ponsich consideran fenicia también (189). la presencia de este ritual característico no debe solamente entenderse como el producto de los contactos comerciales intensos mantenidos por los autóctonos con los fenicios de la costa. Si tal cosa fuera así, el alcance de semejante aculturación se nos escapa, ya que las simples relaciones comerciales, por muy intensas que se las suponga, no implican un conocimiento por parte de los indígenas de las prácticas funerarias de los colonizadores. En todo caso esto hubiera sido posible de haber existido un núcleo fenicio lo bastante próximo como para que los contactos entrañasen un conocimiento de las prácticas funerarias semitas, amén de los modos de vida, lo que ya es admitir la presencia de fenicios en el interior. En este sentido una consideración antropológica viene en nuestra ayuda: el nivel religioso, y

por supuesto el aspecto funerario, es el más marcadamente conservador de toda la estructura ideológica, y por tanto el que más tiende a permanecer intransformado frente a la actuación de los factores y agentes de la aculturación. ¿Como explicar, por consiguiente, la adopción de un ritual funerario semita por parte de algunas poblaciones locales del mediodía peninsular sin admitir la existencia de contactos culturales mucho más estrechos que las simples relaciones comerciales desde la costa?. Por lo que, aunque se admita el carácter autóctono de necrópolis como Cruz del Negro y Setefilla, la propia presencia de su ritual nos está indicando la más que probable existencia de una penetración fenicia hacia el interior.

Por otro lado, los argumentos esgrimidos para calificar a esta necrópolis de tartésica carecen en nuestra opinión de validez. La presencia de urnas hechas a mano, que se documenta también en Frigiliana, de un tipo de urna esférica pintada que no es muy abundante en lo que considera territorio propiamente fenicio, aunque algunas aparecen en Toscanos y Mogador; así como la presencia de objetos de bronce y hierro de ambiente tartésico que acompañan a las urnas, solo significa que los fenicios establecidos en esta zona no tuvieron a mal adquirir estos productos locales (190), y el elevado número de importaciones fenicias, algunas de ellas muy características, como los peines de marfil ya mencionados en el epígrafe anterior, documentan a nuestro entender una presencia semita más que "una alto poder de adquisición por parte de la población local que contrasta con otros núcleos vecinos relativamente más pobres, como los Alcores y Setefilla", en palabras de M.E. Aubet (191).

¿Y qué decir de la pequeña estatua de bronce, representación de una deidad, encontrada en el Carambolo, y que presenta una dedicación a Astarté, realizada por dos hermanos fenicios? (192) ¿Se trata una vez más de un producto llegado



mediante la penetración comercial desde la costa? Nos resulta ciertamente difícil admitir que se comerciara con objetos sagrados y menos con un ex voto. Y suponiendo que un indígena - aculturado fuera su propietario ¿por qué no realizó su propia dedicación personal y poseía en cambio una ofrenda que no había sido realizada por él? Si por el contrario se trataba de un simple objeto exótico adquirido por un habitante local es difícil admitir una vez más que un fenicio, por mucho sentido práctico comercial que se le suponga, haya podido traficar con algo que tendría un indudable significado sagrado para él. ¿Y qué sentido tiene que dos comerciantes fenicios realicen una ofrenda a Astarté en un lugar lejano al que solo han ido a comerciar? Parece más sencillo suponer, junto con C.R. Whitaker, la existencia de un culto local a esta divinidad en la - región (193).

Ante todo lo visto, nuestras conclusiones al respecto son las siguientes: desde inicios del siglo VII a. J.C., y como consecuencia de la nueva política de expansión asiria - inaugurada por Tiglat-Pilaser III, se produjo una corriente - migratoria desde Sirio-Palestina hacia el Mediterráneo Central y Occidental. Este influjo de población se documenta en el repentino crecimiento demográfico de centros como Cartago y Motya, y queda patente en la segunda fase de Toscanos, a la vez que aparecen nuevos asentamientos en Leptis Magna, Sabratha y Guadalupe. A partir de ahora los fenicios occidentales muestran una clara tendencia a la expansión territorial, lo que se ha evidenciado en Cerdeña, o simplemente claras preocupaciones agrícolas, patentes en Sicilia. La Península Ibérica no es por supuesto una excepción; las fortificaciones - del Cerro de Alarcón parecen sugerir un control territorial - por parte de los fenicios establecidos en Toscanos. Por estas mismas fechas se documenta lo que nosotros pensamos se trata de una penetración fenicia a lo largo del Valle del Guadalquivir

vir hacia las fértiles tierras de la región de Sevilla. No hay razón alguna para suponer que los fenicios peninsulares no estuvieran motivados por las mismas preocupaciones agrícolas que sus hermanos de raza en Africa, Cerdeña y Sicilia. Es de esta manera, que resulta más fácil comprender la existencia de fuertes y generalizadas influencias púnicas en el Bajo Valle del Guadalquivir durante el periodo propiamente ibérico, puestas de relieve recientemente por las investigaciones de M. Ponsich (194), resultado de la existencia de un sustrato étnico de origen fenicio-púnico y de las activas relaciones económicas con los centros coloniales de la costa. En época cartaginesa Carmona revela la presencia de un fuerte elemento púnico, muy arraigado, ya que sus manifestaciones funerarias perduran hasta la entrada de la dominación romana (195), lo que posiblemente sugiere que los cartagineses se establecieron, al igual que en Sicilia y Cerdeña, en un centro habitado ya por gentes de origen semita. Por lo demás, no debemos suponer la inexistencia de funciones agrícolas en los primitivos asentamientos fenicios occidentales. Si bien es cierto que su aparición responde a una necesidad de organización comercial, no lo es menos que sus emplazamientos están casi siempre situados en las proximidad de fértiles territorios, por lo que ambas consideraciones parecen haber sido tenidas en cuenta.

### 3. TARTESSOS: EL IMPACTO SOBRE EL ELEMENTO INDIGENA.

Términos como "semitización" y "cultura orientalizante" son frecuente y abundantemente empleados por los investigadores modernos para definir el impacto cultural de los colonizadores fenicios sobre las poblaciones autóctonas locales. Tales términos, son enormemente imprecisos y presentan el grave inconveniente de hacer referencia a un impacto generalizado y global de la cultura de los colonizadores sobre las poblaciones indígenas. En otras palabras, no permiten

toda una serie de matizaciones siempre presentes en un fenómeno de cambio cultural, y que son las que precisamente revelan su verdadero alcance, y lo que es más grave, dan por supuesto de una manera apriorística que tal proceso de cambio se ha consumado. El término "orientalizante", puede sin embargo ser empleado, como nosotros mismos hemos hecho en este trabajo, para definir las características concretas de determinados materiales de un determinado horizonte cultural, lo que, no obstante, no le permite ir más allá. Este término define, en todo caso, un impacto ciertamente superficial. "Semitización" o "semitizado" define, por el contrario, un cambio cultural, lo que los antropólogos denominan una trasculturación; en la que se produce una pérdida de la identidad cultural propia en favor de la del grupo colonizador. Y en el caso del contacto cultural entre los fenicios y las poblaciones del mediodía peninsular es un apriorismo sin base científica alguna, ya que el problema en sí es mucho más complejo.

En nuestra opinión, la cuestión debe plantearse en términos de un proceso de aculturación, resultado del contacto entre dos culturas distintas, en el que es preciso tener en cuenta elementos tales como los factores y agentes externos e internos de aculturación, o los factores de asimilación y rechazo, además de los distintos niveles sobre los que actúa el cambio cultural y las características propias de cada uno de ellos. Según esto, la "aculturación" debe ser entendida como el conjunto de fenómenos que resultan del contacto entre grupos de individuos de culturas diferentes y de los cambios que se producen en los patrones culturales originarios de uno de los dos grupos. La aculturación debe ser distinguida del cambio cultural de la que no es más que uno de sus aspectos, y de la asimilación, que no es sino una de sus fases. Igualmente hay que distinguir entre aculturación y difusión, que si bien se produce en todos los procesos de aculturación, es tam

bién un fenómeno que se produce frecuentemente sin que haya contacto entre los grupos culturales, y que solamente constituye uno de los aspectos de un proceso de aculturación" (196).

a. Precedentes.

Durante el segundo milenio se documentan en el sur de la Península Ibérica, área que será fundamentalmente afectada por la presencia de los colonizadores semitas en los siglos venideros, la presencia de estímulos culturales y aportaciones técnicas procedentes de la cuenca oriental mediterránea, que se remontan incluso al tercer milenio, y que, en directa conexión con factores y elementos autóctonos posibilitaron la aparición y el desarrollo de comunidades que poseían un nivel cultural superior a aquellas otras de las restantes áreas peninsulares. Es de esta manera que observamos la formación y expansión desde el Sureste de la cultura megalítica, que corresponde al primer período de la Edad del Bronce en la Península (197). Esta cultura estaba basada en una economía fundamentalmente ganadera que conocía y aplicaba las técnicas metalúrgicas, y organizada en comunidades relativamente jerarquizadas que habitaban en poblados de carácter pre-urbano con viviendas de planta oval o circular. Su cronología se remonta a mediados del tercer milenio, y durante la segunda mitad de este y los primeros siglos del siguiente esta cultura conocerá una expansión en las dos áreas principales que nos interesan: Sureste y Suroeste peninsular (198).

Posteriormente la cultura del Argar o Bronce Medio, que tiene su foco principal también en el Sureste, conoce ya una técnica metalúrgica de fundición, así como la elaboración de un bronce de tipo arsenical que se conjuga con la base ganadera de su economía. El habitat aparece ahora caracterizado por poblados con casas de planta rectangular que presentan un ordenamiento que se podría definir como proto-urbano, a la

vez que los ajuares de los enterramientos, que son ahora de inhumación individual, parecen sugerir una cierta diferenciación social. Su cronología inicial parece remontarse a finales del segundo milenio, y la dispersión de esta cultura alcanza con fuerza la Alta Andalucía y en menor medida alguna de sus manifestaciones penetran en el Suroeste (199).

En la Baja Andalucía, el Bronce Medio se caracteriza por la pervivencia de elementos residuales megalíticos así como por influencias argáricas indirectas. La zona montañosa conoció una cultura pastoril que se extiende hacia el área portuguesa del Suroeste, con una cierta actividad en la minería del cobre, y cuya base económica estaba fundamentada en un régimen ganadero seminómada, y en el conocimiento de los yacimientos de este metal (200). En el Valle del Guadalquivir se desarrolló, por el contrario, una cultura de agricultores que habitaban poblados rurales formados por la agrupación de toscas cabañas. Esta doble situación cultural se mantiene durante el Bronce Final, hasta que en un momento en que comienzan ya a detectarse las primeras influencias fenicias, las dos áreas, cultural y geográficamente diferenciadas, se unifican por la superposición sobre ambas de una nueva cultura portadora de la característica cerámica incisa digitada, que en opinión de algunos, parece responder a una penetración de gentes septentrionales (201).

La alta Andalucía, región en que la cultura argárica conoció una notable expansión, presenta los impactos iniciales de un Bronce Final procedente de las manifestaciones "postargáricas" del Sureste con posteriores influencias de la Meseta y el Suroeste. La base de la actividad económica estaba constituida, fundamentalmente, por una ganadería con desplazamientos estacionales, lo que facilitaba el conocimiento de los caminos y pasos naturales (202). En el Sureste, área de poblamiento desigual y de contacto con la Alta Andalucía,

se produce una fusión de los restos de las poblaciones argáricas con elementos procedentes de la Meseta. En la costa sur mediterránea, la ausencia de restos arqueológicos correspondientes a este período, tal vez se pudiera interpretar como un síntoma de escaso poblamiento (203).

b. El impacto socio-económico.

Como acabamos de ver, las comunidades indígenas meridionales de la Península Ibérica desarrollaron una economía fundamentalmente agrícola y ganadera, aunque el conocimiento de ciertas técnicas metalúrgicas poseía en determinadas áreas una vieja tradición local. Es por ello que es preciso diferenciar entre el área del Sureste, foco inicial de las culturas megalíticas y argáricas, y aquella otra del Suroeste, donde las manifestaciones metalúrgicas no se nos presentan tan evidentes.

Sobre este último punto existe una abundante controversia acerca de una posible antigua explotación de las minas del Suroeste peninsular. En opinión de M. del Amo: "es probable que la gran riqueza en minerales de la franja media de la provincia de Huelva atrajera a los primeros prospectores de metales, ya desde los comienzos de la Edad del Bronce, aunque tal hipótesis no está totalmente demostrada. En cuanto a la etapa posterior es evidente que la metalurgia adquiere un notable desarrollo de forma que el utillaje lítico se ve sustituido por el metálico. Pero hasta el momento no es posible demostrar que los yacimientos onubenses fueran explotados entonces, aunque tal hipótesis nos parece viable. Así pues, atendiendo a los documentos estrictamente arqueológicos, difícilmente podríamos situar más allá del siglo VIII a. J. C, los comienzos de las explotaciones mineras en Huelva, aunque ya con anterioridad pudieran aprovecharse los metales que pueden presentarse en forma nativa" (204). Por su parte, C. Cerdán, G.V. Leisner, J.P. Garrido, J.M. Luzón y H. Schubart, ad

miten un conocimiento de los recursos minerales de la zona desde comienzos de la Edad del Bronce, y una probable explotación de las minas de cobre desde estas fechas y con toda seguridad durante el segundo milenio (205). Ahora bien, como señala M. Fernandez Miranda, no existe ninguna evidencia de una metalurgia local del bronce en Huelva con anterioridad a la llegada de los fenicios (206). Esto mismo ha sido subrayado por S. Frankenstein, para quien, aun admitiendo una explotación local del cobre, la metalúrgica atlántica fue introducida en el Suroeste por los fenicios a partir del siglo VIII a. J. C., a la vez que señala que presenta muy escasas manifestaciones (207). El propio H. Schubart reconoce que los hallazgos de metal son muy poco abundantes durante la fase II del Bronce del Suroeste (208).

Por otra parte, la técnica metalúrgica empleada por los mineros del poblado del Cerro Salomón para la obtención del mineral de plata, en un momento en que se acusan ya en Río Tinto las primeras influencias fenicias, no deriva de la empleada por las gentes del Argar, y todos los avances observados en ella se encuentran documentados en la Palestina del siglo X a. J. C., en las minas del desierto de Arabia. A esto hay que añadir que los martillos de piedra documentados en Río Tinto, Tejada y Cerro Muriano (Córdoba), son similares a los utilizados por los mineros del Arabab Occidental (Palestina) en sus campamentos de trabajo del siglo X a. J. C. (209). Todo ello, unido al hecho de que la industria de broncees "tartésicos", que revela prototipos y técnicas orientales, no parece haberse desarrollado según sus manifestaciones arqueológicas hasta el siglo VII a. J. C., nos lleva a pensar que fueron los fenicios los que introdujeron en esta área de la Península Ibérica los conocimientos técnicos necesarios para la realización de una metalurgia del bronce, y para la extracción y obtención de los minerales de plata y cobre, amén del conocimiento del hierro. No debemos olvidar que las pro-

pias fuentes literarias afirman que los indígenas desconocían el valor y el uso de la plata cuando los primeros comerciantes fenicios llegaron a estas tierras peninsulares (210).

Lo dicho hasta el momento viene reforzado por el hecho de que fueron los fenicios los primeros que obtuvieron el estaño de la Fachada Atlántica, necesario para la fabricación de los bronce meridionales. Así lo ha admitido recientemente S. Frankenstein, para quien los comerciantes fenicios proporcionaban a cambio del estaño el cobre del Suroeste peninsular, posibilitando de esta manera la aparición de una industria del bronce en el Noroeste, precisamente por estas mismas fechas (211). El papel desempeñado por los fenicios en este tráfico atlántico ha sido, por lo demás, recientemente puesto de relieve por J. Alvar, en contra de la opinión generalizada que lo atribuye a los navegantes tartesios (212).

La ausencia de una metalurgia local del bronce anterior a la presencia de los fenicios en el Suroeste, vendría cierto modo a ser confirmada por el hallazgo del depósito de la Ria de Huelva (213) que a nosotros nos sugiere que el bronce era tan escaso en este área que se empleaban materiales reutilizados procedentes de talleres atlánticos y mediterráneos. En este mismo sentido apunta la representación de objetos de metal en las estelas decoradas del Suroeste, de las que volveremos a tratar más adelante, (214) lo que nos indica que la rareza de tales objetos les confería un valor extraordinario que aumentaba el prestigio de sus propietarios, y que su escasez era tal que se representaban en las estelas funerarias, como símbolo de su rango, pero no se enterraban con los ajuarres.

La evidencia arqueológica de una metalurgia de plata es así mismo muy escasa antes de la presencia de los fenicios. Además de la mención de las fuentes ya citada, explotaciones mineras del tipo de las del Cerro Salomón, con sus nue



vas aportaciones técnicas solo se documentan a partir del siglo VII a. J. C.

Todo lo que hasta ahora hemos expuesto pone en evidencia que la presencia de la demanda comercial fenicia actuó como un factor determinante en el desplazamiento del eje económico de las poblaciones autóctonas, que a partir de estos momentos va a incidir con mayor peso en las actividades mineras y metalúrgicas. Dicho con otras palabras, fue factor determinante de una transformación parcial de las estructuras productivas, lo que de una manera u otra habría de terminar por afectar a los restantes niveles de sociedad autóctona. Los fenicios actuaron, por consiguiente, como agentes del cambio socio-económico ( uno de los aspectos del cambio cultural en un proceso de aculturación) entre las poblaciones locales, en virtud de la demanda de metales que ejercieron sobre ellas y de las aportaciones técnicas que introdujeron. Pero además -de operar esta transformación económica al integrar a los autóctonos en un espacio económico considerablemente ampliado y de proveerlos de nuevas técnicas y productos, sentaron las bases necesarias para su consolidación independientemente de la posterior presencia de los colonizadores. Las aportaciones técnicas, como los procesos metalúrgicos observados en Cerro Salomón, la introducción del torno y del conocimiento del hierro (215), jugaron un papel definitivo en este último aspecto. Y es preciso tener en cuenta que los fenicios no participaban directamente en la explotación de los recursos económicos en cuya obtención estaban interesados. Por el contrario, emplearon medios de control indirecto, a través de las propias relaciones comerciales, garantizando el suministro de toda una serie de productos que gozaban, por su rareza, de gran demanda entre las poblaciones locales, algunos de los cuales estaban destinados al consumo de las élites indígenas, que de esta manera reforzaban su prestigio y poder (216), a la vez que abas

tecian de estaño, necesario para el desarrollo de la industria de los broncees cuyos conocimientos técnicos habían aportado. Ejercían de esta manera un control indirecto que les aseguraba que la explotación de los minerales que buscaban seguiría su curso. De esta manera dejaron la explotación de los minerales y el control del comercio interno en manos de los autóctonos, sentando así las premisas para una evolución socio-política de estos, en la que las influencias y aportaciones fenicias actuaron a modo de catalizadores. Por último cabe señalar que el desarrollo de las actividades artesanas e industriales, consecuencia de la transformación socio-económica, había de incidir en un desplazamiento de la vida rural hacia formas de carácter más urbano que se adaptaban mejor a las nuevas formas económicas, como observamos en la mayor abundancia de materiales, que están denotando una ocupación más amplia, y en los restos de una actividad metalúrgica, en los Cabezos de Huelva, la Colina de los Quemados, Ategua y el castro de Medellín (217).

Sin embargo, la transformación socio-económica no solo estuvo relacionada con la metalurgia y las actividades vinculadas a ella, como el propio comercio y los nuevos bienes que a través de él se conseguían, lo que seguramente actuó como un factor estimulante en la transformación hacia formas más consolidadas de posesión personal, sino que también tuvo su presencia en el ámbito puramente rural. Si se acepta la existencia de una colonización agrícola de comunidades fenicias en el mediodía peninsular, adquieren mayores visos de probabilidad las consideraciones en torno a la introducción de nuevos cultivos, como la vid y el olivo, que junto con otros factores difíciles de evaluar ( introducción de nuevas técnicas, difusión de estas, etc ) debieron ejercer una cierta transformación del paisaje agrícola local, cuya intensidad queda por lo demás desconocida.

c. El impacto socio-político.

Las comunidades autóctonas del Suroeste presentan durante la Edad del Bronce, por lo menos en el área portuguesa que es de donde procede el grueso de nuestra documentación, una cierta estratificación social, como se deduce de los hallazgos arqueológicos de las necrópolis. En una primera fase se encuentran tumbas individuales frente a los enterramientos colectivos más antiguos. Como señala H. Schubart, "esta costumbre de enterramiento del Bronce contrasta con el sentido colectivo del Cobre y da al individuo más importancia, cosa que en la sociedad anterior, más colectiva y cerrada no ocurría" (218).

En estas sepulturas individuales se puede comenzar ya a establecer una cierta diferenciación entre las tumbas en virtud de la riqueza de los ajuares. En las tumbas individuales más antiguas, que corresponden en el Suroeste a la primera fase del Argar ( Argar A ), aparecen ajuares funerarios bastante ricos que sugieren una diferenciación social (219). A partir del 1500 a. J. C., la estratificación social parece acentuarse como observamos en la disposición de los enterramientos donde los túmulos centrales son más grandes y presentan ajuares más ricos, tal y como ocurre en la necrópolis de Atalaya (220). Desde el año 1000 a. J. C. aproximadamente, a esta diferenciación social corresponde el empleo de losas decoradas en tumbas individuales con representación de un armamento completo que se pueden atribuir a un guerrero que ocupaba un lugar prominente en la comunidad (221).

Aún cuando para la zona andaluza carecemos de información tan concreta, parece seguro que el territorio montañoso del interior de Huelva estaba vinculado culturalmente con el Sur de Portugal, como sugiere la identidad de ritos y prácticas funerarias y la homogeneidad tipológica de los ajuares. En-

terramientos individuales en túmulos se extienden por las sierras onubenses, siendo sucedidos también por enterramientos en cistas de los mismos caracteres que las tumbas de inhumación del Sur de Portugal (222). Por otra parte, en época en que se acusan ya las influencias fenicias, la diferenciación de los ajuares en las necrópolis andaluzas revela la existencia de una estratificación social, por lo que se puede sospechar que esta, al igual que en el área portuguesa, viene del período anterior (223).

En Extremadura, que constituye el área de expansión natural del Suroeste, no poseemos necrópolis correspondientes al Bronce Final cuyo estudio pueda arrojar alguna luz sobre la jerarquización social de sus comunidades. No obstante, parece cierto que esta debió existir antes de la llegada de las influencias colonizadoras, como se deduce de las representaciones de las estelas decoradas extremeñas. Los individuos allí representados con los diversos atributos que definen su situación social fueron sin duda guerreros que alcanzaron un alto rango dentro de sus comunidades. La presencia de una serie de joyas durante el período anterior nos confirma la existencia, como señala M. Almagro Gorbea, de determinados elementos sociales que habían alcanzado un rango ciertamente diferenciado (224).

Es sobre estas élites sociales que se va a apoyar la demanda fenicia con el fin de reorientar las actividades económicas de las comunidades locales e insertarlas en su propio circuito económico. En palabras de J. Maluquer: "el comercio fenicio, superada la etapa inicial precisa el establecimiento de ciudades permanentes que solo pueden subsistir con la regularización de un tráfico y de unos intercambios intensos. Es evidente que por el alejamiento de las costas de los distritos mineros, los fenicios tuvieron que tratar con los jefes de las poblaciones interiores únicos capaces de garantizar por su prestigio y su fuerza un comercio regular" (225).

Como ha señalado K. Polanyi y otros autores de su escuela, las propias condiciones económicas de la Antigüedad convertían a menudo las relaciones comerciales en una actividad política, regulada tácita o formalmente mediante acuerdos recíprocos. "Como por ambas partes lo determinante es el interés por importar, los intercambios se desarrollan por canales controlados por el Gobierno, y el comercio de exportación se organiza de forma similar. Por consiguiente toda la actividad comercial está regida por métodos administrativos. El comercio administrativo presupone cuerpos comerciales relativamente permanentes, como Gobiernos, o por lo menos compañías concesionarias. El entendimiento con los nativos puede ser tácito, como en el caso de las relaciones tradicionales o consuetudinarias" (226).

Queda claro que dentro de unas formas comerciales de estas características las élites indígenas ocupaban un papel de primer plano como organizadoras del comercio interno destinado a satisfacer la demanda fenicia. Pero además, dichos grupos sociales dominantes, amén de controlar la redistribución de las importaciones (227), consolidaban y desarrollaban mediante el control de las relaciones comerciales su propio rango socio-político. Esto se producía fundamentalmente de dos formas: mediante la apropiación de determinados productos obtenidos del comercio externo, lo que se traducía en una acumulación de riquezas a nivel concreto de estas, y mediante el propio control de las nuevas formas de explotación de riquezas introducidas por los fenicios.

Lo que pretendemos sugerir es que las élites indígenas se beneficiaron especialmente del desarrollo del comercio con los fenicios, en cuanto que mediante este obtenían una serie de productos que definían su categoría social, y en cuanto a la necesidad de controlar la organización de los trabajos de extracción minera, y de asegurar el tráfico in-

terno de los metales hacia los centros coloniales de la costa.

Y en último termino todo ello proporcionaba elementos de control político. Ducho de otra manera: controlando la explotación de metales y el tráfico interno de estos se garantizaba en contrapartida el abastecimiento de una serie de productos que eran proporcionados por los fenicios y que gozaban de una amplia demanda entre la comunidad, lo que aumentaba los lazos de dependencia de esta respecto al grupo social dominante.

Como ocurre en toda sociedad tribal primitiva, y como hemos podido observar en las estelas decoradas del Suroeste, las élites indígenas fundamentaban su posición social en una actividad fundamentalmente guerrera, además de en el juego de las relaciones de parentesco. Esto supone ya una cierta estratificación social y económica, ya que los jefes guerreros no producen directamente los alimentos necesarios para su consumo, que son proporcionados por el trabajo de los miembros de la comunidad cuya actividad militar dirigen. La presencia de la demanda fenicia actuó en este sentido como un factor de catálisis acelerando el proceso evolutivo interno en que se encontraban inmersas las poblaciones autoctonas, en un estadio de tránsito entre las tribus igualitarias y las sociedades jerarquizadas. Como consecuencia los grupos sociales dominantes se convirtieron en grupos políticos dominantes que ejercían sus prerrogativas sobre cuerpos sociales más desarrollados. Esto se comprende fácilmente si pensamos que la demanda fenicia implicó también una especialización más acusada del trabajo que requería mano de obra cualificada para las actividades mineras y metalúrgicas, lo que habría de incidir en una diversificación social. Pero únicamente los jefes guerreros redistribuidores (+) estaban capacitados para organizar toda aquella actividad comunal que robustecía su pró-

(+) M. Sahlins fue el primero en señalar la relación entre redistribución y estratificación social (cfr: Social Stratification in Polynesia. Seattle. 1958.) Nosotros hemos tomado el término de M. Harris (cfr: Caníbales y Reyes. Barcelona. 1978. p. 95-116).

pia posición económica y social. Por lo demás, la introducción de las técnicas metalúrgicas del bronce, el desarrollo de su industria, el conocimiento del hierro y el propio uso del torno favoreció sin duda la aparición de cuerpos artesanales e industriales especializados e influyendo de esta manera en la estratificación social, a la vez que dotaba de mayores medios de poder a la élite dominante guerrera.

La presencia de los fenicios actuó por tanto como un factor que aceleró la evolución socio política de las sociedades autóctonas. La propia evidencia arqueológica pone de manifiesto el nacimiento de una aristocracia militar, como parece sugerir la presencia de armas y carros en los enterramientos de la necrópolis de La Joya, precisamente en aquellos en que el ajuar es más abundante y rico (228), y las potentes fortificaciones de Tejada la Vieja y Ategua, puntos estratégicos que controlaban el territorio de sus respectivas comarcas y los caminos por los que se realizaba el transporte de los metales hacia la costa (229). En Extremadura, el hinterland tartésico, observamos algo semejante: "las estelas decoradas extremeñas indican la existencia de una élite aristocrática de guerreros que parece recoger ciertas tradiciones de la élite social del período anterior pero en la que el carácter sagrado, originario tal vez del mundo megalítico, parece haber remitido hacia una tendencia meramente aristocrática de carácter guerrero", ha señalado M. Almagro Gorbea (230).

Parte de los medios militares de esta aristocracia guerrera parecen haber respondido al influjo de la presencia fenicia, como los escudos redondos de escotadura en V y los carros de guerra, a los que se atribuye un origen oriental (231). Si bien es cierto que el control de los yacimientos mineros y de las vías de comunicación interior imponía alguna forma de expansión territorial —por la sencilla razón de que la unificación de la infraestructura económica tiende a una unificación de la estructura política—, pensamos que no se

puede hablar de la existencia de un imperio o de un reino que controlara todas estas tierras meridionales de la Península Ibérica.

Sabemos por las fuentes literarias que el territorio de Tartessos comprendía desde las costas atlánticas andaluzas del Suroeste hasta las proximidades de la actual Cartagena (232). Las fuentes, por lo demás, mencionan a un tal Argantonio que gobernaba sobre Tartessos en la segunda mitad del siglo VII a. J. C., cuando un tal Colaio, navegante procedente de Samos, desviado de su ruta por vientos desfavorables llegó al legendario reino peninsular (233). El reciente análisis de A. García Moreno sobre el mito de Gargoris y Habis transmitido por Justino, donde se pone de relieve el carácter artificial del mismo, fruto de la teoría antropológica característica de los últimos siglos helenísticos, nos lleva a rechazarlo como fuente para estudiar la realidad histórica de Tartessos (234). También recientemente L. García Iglesias ha subrayado que las tradiciones míticas griegas referentes a Occidente, como es el caso del mito de Gerión, son artificios de época tardía y que su ubicación occidental "es posterior al menos a la colonización helénica del Mediterráneo Central y en ocasiones son de época helenística" (235).

Los mismos textos literarios antiguos presentan bastante unanimidad al situar el emplazamiento de Tartessos en algún lugar del litoral atlántico andaluz, lo que es admitido desde los trabajos de A. Schulten por la mayoría de los investigadores modernos, a excepción de algunos que como P. Cintas y N. Sureda Carrión proponen su localización en la región de Cartagena (236). De las fuentes literarias también se deduce que el territorio controlado por Tartessos debía de ser bastante extenso, abarcando prácticamente todo el sur de la Península, lo que viene a ser confirmado por los datos arqueológicos del poblado de los Saladares que en su primera fase no tiene nada que ver con el Bronce Valenciano, sino que en-



tronca directamente con el Bronce final del Suroeste andaluz (237), y que una autoridad política se extendía de alguna manera sobre estos territorios, o buena parte de ellos, y que el foco central parece haber girado en torno a la región atlántica andaluza.

Como hemos señalado antes, la unificación de la infraestructura económica, dada la importancia del control de los yacimientos mineros y de las vías internas de comunicación, -implicaba a su vez la tendencia a algún tipo de unificación política de las comunidades que habitaban todas estas tierras. Tal unificación puede variar desde la existencia de un Imperio -o Estado centralista hasta la de una confederación tribal que reconozca en última instancia el mando de un caudillo único. Esto último es lo que a nuestro entender se produjo en Tartessos. Toda una serie de consideraciones nos llevan a aceptar esta solución: en primer lugar, el Estado territorial es el producto de una larga evolución política que no parece responder al caso que estudiamos. La evidencia arqueológica relativa al Bronce Final del Suroeste no nos permite hablar más que de unas sociedades que en ningún caso parecen haber atravesado el umbral de una pura primitiva organización tribal. En segundo lugar las propias diferencias regionales y las particularidades culturales características de cada área es un factor más a tener en cuenta. Tales se aprecian ya desde comienzos del Bronce Final; la fachada occidental se va a orientar hacia la Europa Atlántica recibiendo una serie de influencias que reelabora en mayor o menor grado, en el Suroeste se distinguen dos áreas culturales diferenciadas, caracterizadas con la montaña o el Valle del Guadalquivir, aún cuando presentan elementos culturales comunes como la denominada cerámica de retícula bruciada y la pintada con decoración geométrica, a la vez que el antiguo Suroeste argárico va a ir perdiendo importancia progresivamente (238).

Tales diferenciaciones subsisten en época plenamente tartésica como resume L. Abad Casal: "no es posible medir con el mismo rasero ni esperar que aparezcan facies culturales idénticas en zonas tan diferentes como la Ría de Huelva; el Valle del Guadalquivir o Extremadura. Todo ello puede englobarse dentro de lo tartésico, pero Huelva está orientada a una economía de explotación minera, el Valle del Guadalquivir a una agrícola, aunque no hay que olvidar los ricos yacimientos que lo jalonan, sobre todo en su cabecera, y Extremadura está en la ruta de la Meseta, bien sea como terreno de pastos y de reserva ganadera, bien como camino hacia las ricas minas del Bierzo. Cada una de estas zonas tendrá unas características peculiares, habrá experimentado influencias diferentes y en diverso grado, y mostrará variantes en su cultura material. Así, no hay más que comparar los materiales de Setefilla con los de Huelva, Badajoz, Málaga o la Alta Andalucía. Son variantes dentro de un esquema común" (239).

Por último, y en tercer lugar, las propias diferenciaciones socio-políticas que se superponen a la diferenciación regional y cultural señalada. En este sentido el contraste de los ajuares entre las zonas fundamentalmente metalúrgicas, como Huelva (La Joya) y las de carácter más agrícola, como Sevilla (Carmona), apunta hacia una mayor prosperidad y riqueza entre los grupos sociales dominantes de las primeras, lo cual puede también decirse del nivel del vida general (240). La propia dispersión de las estelas decoradas del Suroeste, representativas de las élites indígenas, presenta una mayor concentración en la parte de Extremadura comprendida entre el Tajo y el Guadiana, donde se han hallado quince ejemplares, haciéndose menos numerosas al sur de este río, con siete hallazgos, y en el Valle del Guadalquivir donde solo se han encontrado cinco (241). Un dato significativo es su total ausencia en Huelva, lo que habría quizá que poner en relación con el carácter rural de las élites sociales indígenas que re

presentan estos monumentos, como ha observado M. Almagro Gorguea, frente al carácter más netamente humano e industrial que parece presentar la zona de Huelva (242). Por otra parte, la evolución económica y política no parece haberse realizado con la misma intensidad en todas las áreas tartésicas. En la Alta Andalucía, Cástulo que corresponde al único ejemplo que poseemos, no presenta indicios de la formación de una élite socio-política hasta comienzos del siglo VI a. J. C. (243).

En el Suroeste, Huelva parece haber sido la zona que recibió con mayor fuerza el impacto de la presencia fenicia. La potencia de este foco ha sido puesta de manifiesto por J.P. Garrido (244), y a nuestro entender supone una transformación mucho más intensa de las estructuras socio-económicas y socio-políticas locales que se puede identificar con el Tartessos de las fuentes literarias. Las actividades mineras y metalúrgicas, con la introducción de las nuevas técnicas aportadas por los fenicios, tanto en el tratamiento de los minerales como en la producción de los bronceos, son claramente predominantes en esta área, a lo que hay que añadir la amplia extensión del habitat prerromano y la riqueza de los ajuares de sus necrópolis. Todos ellos son factores que la diferencian de las restantes áreas tartésicas.

Como ha observado J. M. Luzón, existen sobrados indicios en las fuentes literarias que nos permiten localizar Tartessos en la Ría de Huelva. La descripción de Etesícoro, recogida por Estrabón, sobre las fuentes del río Tartessos se ajusta con asombroso rigor al nacimiento del Río Tinto, en la Cueva del Lago. Las fuentes señalan también que el Tartessos transportaba plata entre sus aguas, lo que puede corresponder a la disolución de sulfato férrico que llevan las aguas del Río Tinto, lo que le proporciona una singular apariencia. Además sabemos también que de Gadir a Tartessos había dos días de navegación, lo que a una media de unos cincuenta kilómetros

diarios proporciona los cien que existen entre Huelva y Cádiz (245). Por lo demás el relato de la fundación de Gadir contiene el recuerdo de los contactos fenicios con Huelva (Onuba). Como ha sugerido C. R. Whittaker, ya que Gadir es solo una palabra fenicia para designar a un recinto fortificado, pudiera ser que la confusión atestiguada en los textos tardíos entre Gadir y Tartessos correspondiera a la existencia de un asentamiento fenicio en una isla de Huelva, homónimo de aquel otro gaditano (246). Tal idea encaja perfectamente con una hipótesis de J. P. Garrido, según la cual la explicación del carácter metalúrgico del foco "orientalizante" de Huelva bien podría responder a la presencia de algún grupo de metalúrgicos -procedentes de alguno de los centros especializados de Oriente y vinculados originalmente al comercio fenicio, establecido cerca de las fuentes productoras de metal (247).

A la vista de todo este panorama, nuestras conclusiones siquiera a modo de hipótesis de trabajo son que la presencia fenicia actuó con una mayor intensidad sobre la zona de Huelva, en donde precisamente se encontraba el mineral que los semitas buscaban, transformando en mayor profundidad las estructuras socio-económicas y socio-políticas de las poblaciones locales correspondientes al Bronce Final. El rey Argantonio de Tartessos, que Heródoto sitúa más allá de las Columnas de Hercules (248), sería el resultado de esta transformación socio-política, y habría que entenderlo como el jefe de una Confederación Tartésica más o menos amplia que controlaba los yacimientos mineros de Andalucía y las vías internas de comunicación, más que como el monarca de un Estado centralista y territorial. Las aristocracias querreras rurales se vinculaban de esta manera al caudillo de una confederación tribal procedente del foco de mayor potencia -Huelva- garantizando así el control de los nuevos factores económicos que habían hecho a su vez posible esta transformación.

d. El impacto cultural.

La transformación de las formas de cultura material y espiritual es otro de los aspectos de un proceso de aculturación. Al plantearnos esta cuestión respecto a Tartessos caemos en la cuenta del primer obstáculo que representa el carácter limitado de nuestra información. La falta de fuentes literarias nos impone la utilización exclusiva de la documentación arqueológica, ante la cual es preciso moverse con mucha precaución. Como ejemplo ilustrativo de nuestras dificultades en este punto podemos citar el hecho de que la incorporación de objetos materiales procedentes del mundo cultural colonizador no siempre significa un impacto profundo sobre la cultura autóctona ya que a menudo representan objetos de prestigio que se pueden añadir a las prácticas locales sin modificarlas(249)

Frente a estas limitaciones hemos creído conveniente escoger para nuestro análisis las manifestaciones rituales funerarias y las manifestaciones del lenguaje, en tanto que nos pueden ilustrar mejor acerca de la transformación de las estructuras mentales, que implica a su vez la modificación de las estructuras y de los mecanismos del pensamiento y las transformaciones del inconsciente étnico(250), como índice que nos pueda ilustrar acerca de la profundidad del impacto o aculturación. Acerca de las manifestaciones del lenguaje es preciso hacer una matización en cuanto que por lenguaje hay que entender, en un sentido amplio, todas las formas de expresión consciente que permiten la comunicación, la liberación, la manifestación, por lo que éste no comprende solo los cuerpos lingüísticos, sino también las creaciones plásticas, los universos musicales, míticos y cosmogónicos (251).

Comencemos pues, por las manifestaciones del lenguaje, y en primer lugar, ya que disponemos de ello, por el análisis de la escritura tartésica. Dos hechos resaltan de

una primera apreciación: en primer lugar que no hace su aparición hasta el siglo VII a. J. C., en segundo, la adaptación del sistema fenicio a las peculiaridades de la lengua indígena (252). De ello se deduce la indudable importancia de la influencia que ejerció la presencia fenicia en el Suroeste peninsular, área de mayor concentración de los textos, en la adaptación de un sistema de escritura hasta entonces desconocido, y al mismo tiempo la pervivencia de la lengua autóctona. Dicho de otra manera, los autóctonos no asimilaron la lengua fenicia, sino que tan solo adoptaron de esta el sistema de escritura del que carecían. Esto puede ya ser un índice que nos permita más adelante evaluar el alcance de las transformaciones de las estructuras mentales frente a los impactos coloniales fenicios.

Los primeros testimonios que conocemos de la escritura tartésica corresponden a grafitos sobre cerámica y a lápidas sepulcrales (253). Este uso debió corresponder, como señala J. De Hoz, al hecho de que los primeros ejemplos de escritura conocidos por los nativos serían sin duda los grafitos sobre recipientes cerámicos, por lo que "no es extraño que una vez en posesión de su propia escritura, a través de un contacto más estrecho con los colonos fenicios, uno de los primeros usos a que la destinaron fuese el marcar la propiedad", y la epigrafía funeraria que "por su carácter público y su función evidente llamaría la atención de cualquier indígena que visitara los establecimientos fenicios en mucho mayor grado, que otros usos más sofisticados de la escritura y más dependientes de las peculiaridades internas, políticas y administrativas, de la cultura colonial" (254). Por lo que respecta a esta última, hay que destacar el aspecto original que presenta en su utilización entre los autóctonos el desarrollo de un tipo especial de inscripción funeraria que se graba en las mismas piedras con que se construye la cista, por lo que no es visible desde el exterior, presentando una fórmula típica que se repite en gran número de textos (255).

Permítasenos considerar otra manifestación del lenguaje autóctono; nos referimos ahora a las ya varias veces citadas estelas decoradas del Suroeste, en cuanto que estos monumentos manifiestan, expresan, la categoría social de un individuo. Tales estelas corresponden a una tradición funeraria local derivada de los enterramientos de inhumación en cistas, y como manifestaciones del lenguaje amplio que expresan el rango del difunto, su origen hay que buscarlo en el propio proceso de evolución socio-política de las comunidades autóctonas, atestiguado desde muchos siglos atrás(256), por lo que no creamos procedente considerarlas como "elementos culturales íntimamente vinculados al Mediterráneo Oriental", ni que obedezcan a una auténtica inmigración de elementos grecochipriotas, como piensa M. Boudala Galán (257).

Las estelas decoradas del Suroeste van a ser posteriormente sustituidas por otras formas de manifestación y de expresión similares: los enterramientos tumulares y las estelas con inscripción tartésica. Por lo que respecta a los primeros, dejando a un lado el hecho de su relación con otros túmulos de la Península Ibérica y del Suroeste de Europa o con el influjo de un ambiente socio-económico parecido(258), lo cierto es que su presencia no obedece a una manifestación propia del ambiente colonial fenicio en estas tierras occidentales. De la misma manera deben interpretarse las estelas con inscripción tartésica que responden a una evolución de las anteriores con representación de difunto y armas, como se comprueba en el ejemplar de Abódaba(259). La inscripción, que presenta ciertas fórmulas casi comunes, no presupone necesariamente, como cree M. Almagro Gorbea, la existencia de cambios mentales que él documenta en lo que considera un cambio de ritual funerario(260). El ritual en sí no ha variado en absoluto y solo documenta la posesión de un nuevo medio de expresión -la escritura- para manifestar una serie de inquietudes ancestrales. Como es sabido, los ajuares y monumentos funerarios tienen una doble función

en tanto que sirvan para destacar la categoría social del di funto, y en cuanto que aseguran y protegen la existencia del individuo en el mundo de ultratumba. En este último término, poseen una función mágica simbólica ya que se considera que su presencia en el enterramiento o su simple representación en él mismo bastan para acompañar al difunto (261).

Como hemos señalado anteriormente, estamos convencidos de que las representaciones de armas en las estelas del Suroeste suponen una gran escasez de estos objetos, lo que evidentemente aumentaba su valor, dada la ausencia de ellos en los enterramientos y la no existencia de una evidencia sobre una actividad metalúrgica considerable antes de la presencia de los fenicios. Por el contrario, cuando estas representaciones son sustituidas por una inscripción, las actividades metalúrgicas conocían ya un desarrollo local, manifiesto en la fabricación de bronce y en los objetos metálicos que aparecen con mayor profusión en las necrópolis. En nuestra opinión, el hecho de que en el mencionado ejemplar de Abódaba se den todavía juntos el epígrafe funerario y la representación humana del difunto, que desaparecerá ya en los otros ejemplares posteriores, podría indicar que estas inscripciones corresponden a fórmulas de carácter mágico similares a las anteriores representaciones de armas (262). Por todo ello, creemos que no es posible considerarlas como una muestra de las transformaciones mentales en el universo religioso-funerario de los autóctonos. Por el contrario, este subsiste manifestando las mismas inquietudes anteriores con los nuevos medios de expresión de que ahora dispone.

El examen de los ritos funerarios puede también sernos útil como elemento de análisis de las estructuras mentales de los autóctonos y las posibles transformaciones derivadas del impacto cultural externo. Sin embargo, el problema se presenta con una complejidad extraordinaria, por lo que tan



solo podemos emitir nuestras opiniones a título de meras hipótesis de trabajo que deberán encontrar o no su confirmación en posteriores investigaciones.

Llama la atención en primer lugar, la adopción del rito de incineración que en determinados lugares, como La Joya, Setefilla, y Carmona se presenta junto con el de inhumación (263). Esto ya indica para empezar una persistencia del rito anterior. Por lo que se refiere a la incineración con su carácter de novedad cabe en principio la posibilidad de que responda a influencias semitas o indoeuropeas, o incluso a una mezcla de ambas.

Por lo que respecta al influjo indoeuropeo, es preciso tener en cuenta la existencia de algunos datos que podrían señalar una penetración de gentes septentrionales en los territorios tartésicos. Tales son la aparición de la cerámica incisa digitada y de las casas de planta rectangular. Tales son también las manifestaciones tumulares de los enterramientos. El propio nombre de Argantonio es considerado comunmente de procedencia indoeuropea (264). Estas nuevas manifestaciones son características del poblado minero de Cerro Salomón, lo que nos lleva a considerar que gentes de ambiente indoeuropeo podrían haber penetrado de una manera pacífica en Tartessos, ya que no existen huellas de violencia durante todo este período, atraídas quizá por las posibilidades económicas de la región, siendo empleados en alguna ocasión como mano de obra en los trabajos mineros y metalúrgicos.

Las manifestaciones de esta presencia indoeuropea se encontrarían documentadas en los túmulos de incineración presentes en Setefilla, Carmona y Medellín (265). En este sentido puede resultar interesante que los enterramientos más ricos y monumentales correspondan al rito de inhumación que sería una clara pervivencia local, como la tumba 17 de La Joya,

los tumulos A y H de Setefilla, y dos de los enterramientos tumulares de Carmona, mientras que las incineraciones son manifestamente más pobres (266). Lo que esto nos sugiere es la existencia de élites indígenas de antigua tradición ciertamente influídas, como indica la presencia del túmulo, por elementos de procedencia indoeuropea:

Las manifestaciones propias del mundo colonial fenicio se documentan en las cámaras de tipo púnico que cubren los túmulos de Setefilla, y probablemente en algunos aspectos del rito de incineración (267). En Oriente las prácticas funerarias de incineración están atestiguadas en necrópolis como las de Atlit, Tell el Faria y Khalde. La incineración también está presente en Cartago y Rachgoun, donde se presenta junto a inhumaciones, así como en Motya donde es ya exclusiva en la necrópolis arcaica de esta localidad (268). En Rachgoun la ur nacineraria predomina totalmente, a diferencia de Motya que presenta incineraciones en pequeñas fosas. Idéntico ritual se manifiesta en la que nosotros hemos considerado necrópolis fenicia de Cruz del Negro, y también se documenta en Medellín (269).

Aún cuando las incineraciones parecen haber sido predominantes en los asentamientos fenicios de la Península, no deja de resultar curioso el hecho de que se interprete su influencia sobre los autóctonos en yacimientos típicos del Suroeste, en cuyo litoral son más escasos los establecimientos semitas en comparación con el Sureste. A esta pequeña dificultad hay que añadir algunas otras. No parece muy lógico pensar que la existencia de estos rituales de incineración entre los autóctonos hayan obedecido a la presencia de un gran número de ellos en los establecimientos coloniales de la costa durante el suficiente tiempo para resultar aculturados en profundidad, hasta el punto de transformar sus niveles ideológico-religiosos ( precisamente el aspecto funera-

rio suele ser el más conservador del universo religioso y por tanto el más resistente a toda transformación ) y que posteriormente hayan regresado al interior, actuando como vehículo de la aculturación entre los restantes nativos. Por otra parte, como hemos indicado anteriormente, los simples contactos comerciales, aún reconociéndoles una intensidad máxima, no explican satisfactoriamente la adopción por parte de los indígenas de los ritos funerarios de los comerciantes fenicios ya que difícilmente suponen un conocimiento de éstos.

Si como parece, algunos aspectos de la incineración entre los autóctonos obedecen al impacto de la presencia fenicia forzosamente nos vemos obligados a admitir la existencia de un contacto mucho más estrecho entre los dos mundos del que hasta ahora se ha admitido, y resultado de la penetración de pequeñas comunidades fenicias a lo largo del Valle del Guadalquivir en un proceso de colonización agrícola que hemos señalado más arriba. Solo un contacto permanente de tal magnitud permitiría la paulatina transformación, mediante los elementos de incorporación cultural y mestizaje, de las creencias funerarias ancestrales y sus ritos de determinadas poblaciones autóctonas.

Por lo demás la asimilación es un proceso doble, el cual ha sido recientemente reivindicado para el mundo fenicio de Occidente (270). Ello significa que muy probablemente, y al margen del mestizaje étnico, los fenicios de las colonias agrícolas del interior adoptaron elementos culturales propios del mundo autóctono, y un ejemplo típico podría ser el de la necrópolis de Medellín, con la asociación al enterramiento en urnas, procedente del mundo colonial semita y con claros paralelos en el ritual observado en Cruz del Negro, de monumentos turmuliformes que parecen responder a un influjo indoeuropeo (271). Manifestaciones culturales de doble procedencia se documentan, por ejemplo, en Satefilla y Carmona, en la adop-

ción de los túmulos, en la existencia de cámaras funerarias de tipología púnica y en la propia presencia del rito de incineración en urnas. La asimilación de todos estos elementos debió verse facilitada por una fácil incorporación étnica, como sugieren los enterramientos mixtos -inhumación e incineración- que se presentan en La Joya y Setefilla (272), probable mezcla de autóctonos con indoeuropeos y tal vez con fenicios. Y esto último no debe resultar extraño si consideramos que la incorporación cultural e incluso el mestizaje étnico es un fenómeno patentemente documentado en el mundo colonial fenicio de Occidente, como por ejemplo en Cartago (273).

A esta diferenciación étnica en las manifestaciones rituales funerarias hay que añadir sin duda una diferenciación de tipo socio-económico. Esta última parece haber despreciado en algunas ocasiones los criterios étnicos ya que encontramos -en una misma necrópolis, como Setefilla, túmulos de incineración en urnas frente a incineraciones en urnas depositadas en una simple fosa y a fosas que solo contenían cenizas. De la misma manera, frente a los grandes túmulos de inhumación en cámara encontramos túmulos de inhumación en simples fosas, y en algunas ocasiones inhumaciones e incineraciones en fosas se asocian a enterramientos de mayor categoría. Es de señalar que la diferenciación de ritual funerario como expresión de las diferencias sociales se encuentra ampliamente documentada entre pueblos muy diversos (274).

Ante todo este complejo panorama es preciso manifestarse con suma cautela. Qué duda cabe que nos encontramos ante la presencia de un proceso de aculturación, pero emplear el término "semitización" una vez más nos parece sumamente arriesgado. En lo que se refiere a las estructuras mentales e ideológicas de los autóctonos las transformaciones parecen haber sido francamente mínimas, lo cual no es precisamente de extrañar, pues ya hemos observado que son los niveles más re-

sistentes al impacto aculturador. Las pervivencias locales se manifiestan con toda su fuerza en las manifestaciones del lenguaje y en los ritos funerarios de inhumación. Las élites autóctonas han podido ejercer de agentes internos de aculturación habida cuenta de la adopción en algunos casos de cámaras funerarias de tipología púnica. Esto no debe de resultar en absoluto extraño si comprobamos la existencia del mismo fenómeno en otros ejemplos históricos similares (275). A pesar de ello la aculturación no parece haber sido profunda en el sentido de haberse producido una trasaculturación que justificase el empleo del término "semitización". Además, los aculturadores, y en este caso principalmente las pequeñas comunidades fenicias instaladas en las fértiles tierras del interior, resultaron a su vez aculturados, y esto hace que pasadas unas generaciones no se puede hablar de semitización de las poblaciones tartésicas. Evidentemente se trata de un proceso doble al que hay que añadir la presencia más que probable de influencias indoeuropeas. El resultado no fue la aparición en el meridión peninsular de una cultura de corte semita, sino el desarrollo de unas formas culturales de vieja tradición local que participaron de todas aquellas diversas manifestaciones externas y que se acabará concretizando en lo ibérico-turdeta no cuya propia originalidad hoy nadie pone en duda (276).

Si en el campo de las estructuras mentales e ideológicas la aculturación no parece haber sido profunda, incluso probablemente no se haya producido, no cabe decir lo mismo en los aspectos de la cultura material en donde asistimos a la adopción de toda una serie de elementos procedentes del mundo colonial semita por parte de los autóctonos. Sin embargo esto quiere decir más bien poco y sería preciso realizar un amplio y minucioso estudio que por sus propias características escapa a los límites y objetivos de este trabajo. No obstante es preciso realizar una consideración en el sentido de que los objetos orientalizantes, recogidos en la síntesis

de J. M. Blazquez (277), no son en modo alguno expresivos ni definitorios del ambiente cultural del mundo tartésico. En general se trata de objetos de prestigio y lujo cuya posesión por los nativos, aún cuando para algunos admitamos una producción local, no supone en principio su aculturación, sino simplemente una manifestación de la categoría del individuo que los posee. Este mismo autor admite ante la evidencia, que los poblados tartésicos no parecen haber desarrollado una gran cultura material (278), y esto aumentaba sin duda el valor de todos estos objetos, cuya producción no parece haber sido por otra parte muy elevada.

Si queremos llegar a comprender el verdadero significado de la cultura tartésica, los arqueólogos deberán preocuparse menos de estas llamativas manifestaciones orientalizantes y centrar especialmente su atención en las mucho más sutiles manifestaciones de la vida cotidiana. En este sentido resultará interesante traer a colación unas recientes palabras de J.J. July: "Si se deja aparte ciertas sepulturas arcaicas de la costa andaluza donde en efecto se encuentran los vasos habituales de las sepulturas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental, se sorprende uno por el carácter limitado a la vez de las aportaciones y los préstamos duraderos en Andalucía en lo que concierne a las formas de cerámica que eran corrientes en los siglos VIII y VII en el mundo fenicio-púnico del oeste. Por ejemplo, no es más que en un "ambiente puramente fenicio", que se encuentra en La Cruz del Negro la anforilla de cuello cilindroide tipo B 11 b 5 (Dra. D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Eugenia Aubet Semsüber), principalmente el vaso a "chardon" y sobre todo el plato de borde ancho han sido verdaderamente adoptados por los ceramistas de las regiones meridionales de la Península Ibérica."

Un vaso como la ampolla para ungüento no parece haber estado en uso en el mundo indígena andaluz. El mercado indígena imitaba únicamente lo que podía serlo verdaderamen-

te útil" (279). Tal apreciación se asemeja mucho más a las formas de una asimilación de determinados elementos culturales que se superponen a las prácticas locales sin modificarlas que a una aculturación profunda y extensiva.

Como colofón no exento de paradoja nos queda por señalar que la incorporación cultural y en este caso la "semitización" parece en cambio haberse producido en los asentamientos coloniales del Sureste, considerada como áreas marginal del mundo tartésico. A este respecto, la evidencia arqueológica sugiere la incorporación de autóctonos a los establecimientos fenicios de esta región. La relativa abundancia de cerámica local modelada en los niveles I y II de Toscanos es interpretada por sus excavadores como fruto de un comercio con los indígenas que aprovisionarían a los colonos fenicios de miel y otros productos agrícolas contenidos en estos toscos recipientes. Y su posterior desaparición sería consecuencia del incremento del uso de cerámica torneada producida en Toscanos por las vecinas poblaciones indígenas (280). El argumento en sí podía ser aceptable, aún cuando desprecia toda intencionalidad agrícola en los colonos fenicios de esta factoría, si no fuera que recientes excavaciones han puesto de manifiesto la ausencia de objetos fenicios en el interior, con lo que tales intercambios no pueden ser documentados (281).

En Alarcón los contactos con los indígenas se documentan en las técnicas constructivas bastante simples de sus fortificaciones (282), lo que supone, junto a la evidencia anterior, la existencia de autóctonos conviviendo estrechamente con los fenicios, si no ya de comunidades autóctonas aculturadas, como piensa C. R. Whittaker (283). La importancia de la incorporación de elementos indígenas en los establecimientos coloniales fenicios ha sido puesta de manifiesto por este autor y por S. Frankenstein, aún cuando cada uno considera que obedece a causas y fenómenos diferentes (284). La

presencia de la cerámica indígena y su progresiva desaparición, hecho este que se encuentra también documentado en otros yacimientos occidentales como Mersa Madakh y Moqador (285), no estaría pues señalando otra cosa que la asimilación de los nativos a la cultura de los colonizadores en sus propios establecimientos coloniales, lo que podría venir a explicar la "muchedumbre fenicia" que en palabras de Avieno habitaba antaño estas regiones (286).

La diferencia ahora entre el Suroeste y el Sureste se nos presenta más clara. Allí pequeñas comunidades fenicias habitando en las fértiles tierras del interior en estrecho con tacto con los autóctonos, aquí comunidades indígenas incorporadas a los establecimientos coloniales y asimiladas culturalmente por los colonizadores fenicios. Tales diferencias, fenicios viviendo en un medio indígena, e indígenas viviendo en un medio fenicio, marcan la divergencia de la aculturación en las dos regiones: asimilación cultural de autóctonos en las costas del Sureste, y una más compleja y parcial aculturación, que solo posteriores investigaciones podrán desentrañar, en los te rritorios tartésicos del Suroeste.



## NOTAS AL CAPÍTULO I.

- (1) Reyes, I, X, 11, 21. G. Bunnens, L'expansion phenicienne en Méditerranée. Bruxelles, 1979, p. 74. Este autor recoge en un estudio analítico los diversos textos que documentan la expansión fenicia. En él se encontraron las referencias a las fuentes de carácter oriental mencionadas.
- (2) W. F. Albright: "New light on the early history of phenician colonization", B.A.S.O.R., 83, 1941, p. 20. B. Peckham, "The new inscription", O.N.S., XII, 1972, p. 467, cfr: J. M. Blázquez, Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. Salamanca, - 1975, p. 32.
- (3) C.I.S. I, nº 5 (cap. 41), cfr: G. Bunnens: L'expansion... 349.
- (4) Iliada, XXIII, 743-745, Odisea, XIV, 288-289, XV, 415, R. Carpenter, "Phoenicians in the west", A.J.A. LXII, 1958, p. 36, G. Bunnens: L'expansion... p. 98.
- (5) Veleyo Paterculo, I, 2, 3.
- (6) Plinio N.H. XVI, 40, XIX, 4, 63.
- (7) Estrabón III, 6, 48, Pomponio Mela, III, 6. Para todas estas consideraciones cronológicas, cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid, 1942, p. 5-12.
- (8) Filistos, en F.G.H., (Ed. Jacoby) III, B, nº 556, F. 47, p. 127. - Eudoxo de Cnido frag 360, (Ed. Lasarra, p. 128). Apiano, Libyca, - VIII, 1, Timeo en F.G.H., (ed. Jacoby), III, B, nº 566, F. 60, p. - 132.
- (9) Menandro de Efeso en F.G.H., (ed. Jacoby), III, C, nº 783, F. 3. - p. 140. Tucídides, VI, 2, 6.
- (10) H. Donner-W. Rölling. Kanaanäische und aramäische inschriften, Wiesbaden, 1962-1964, nº 30, V. Karageorghis: "Les fouilles de Kition, 1969", ibid, p. 515-522, T. J. Oziol-J. Poilloux, Salamine de Chypre I, Les Lampes, Paris, 1969, p. 8, M. Von, Salamine de Chypre - II, La tombe T. I. du XII<sup>e</sup> siècle avant J. C. Paris, 1970, p. 4 y - 80, O. Hassón-M. Szzyrmer, Recherches sur les phéniciens à Chypre. Genève, Paris, 1972, p. 13-20 y 102-140.
- (11) V. Karageorghis: "Les fouilles...", p. 6-13 y 515-522.

- (12) T. J. Dunbabin: "Rock tomb at Chajm Gajjet, near Rabbat, Malta", P.B.S.R., XXI, 1953, p. 39-40, S. Moscati, "Un pilostrino di Tas-Silg", R.S.O., XXXIX, 1964, p. 151-154, idem "Alcune colonette di Tas-Silg", O.A., V, 1966, p. 15-18, idem, "Un averio di Tas-Silg", O.A., IX, 1970, p. 63-64.
- (13) P. Cintas: La ceramique punique, París, 1950, p. 490-504, idem, - Manuel d'archeologie punique, I, París, 1971, p. 309-462, A. M. Bisi, La cerámica púnica, Napoli, 1970, p. 72-75.
- (14) P. Cintas, "Deux campagnes de fouilles a Utique, Karthago, II, -- 1951, p. 5-88, idem "Nuovelle recherches a Utique", Karthage, V, 1954, p. 82-154, idem, Manuel d'archeologie I.... p. 297-307.
- (15) M. Tarradell: "Notas acerca de la primera época de los fenicios en Marruecos", Tamuda, VI, 1958, p. 77, idem, La ciudad de Lixus, Tetuán 1959, p. 25-26, idem, Marruecos púnico, Tetuán, 1960, p. 140-158.
- (16) F. Villard, "Ceramique grecque du Maroc", B.A.M., IV, 1960, p. 1-26, A. Jodín, "L'archeologie phenicienne au Mogador", Hesperis, - VII, 1966, p. 9-16, idem, Mogador comptoir phenicien du Maroc Atlantique, Rabat, 1966, p. 191-193, M. Ponsich, Recherches archeologiques a Tanger et dans sa region, París, 1970, p. 67-128.
- (17) J. I. S. Whittaker: Motya a phoenician colony in Sicily; London, - 1921, B. S. J. Isserlin: "Motya 1955", P.B.S.R., XXVI, 1958, p. 19-28, P. Cintas: "La cerámica de Motya et le probleme de la date de la fondation de Carthage", B.A.C., 1963-1964, p. 107-115. A. Ciasca: "Moza (Sicilia)", A.F.O., XXIV, 1973, p. 181-183.
- (18) G. Pesce, Sardegna Púnica, Cagliari, 1961, p. 94-95, M. Guzzo Andisi: Le iscrizioni fenicie e puniche della colonia in Occidente, Roma, 1967, p. 87-88, (Sobre una segunda inscripción procedente de Nora), F. Barreca, "La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte", Simposio de Colonizaciones, - Barcelona, 1974, p. 2-4.
- (19) La abundante bibliografía se encontrara en J. M. Blázquez, Tartessos... y en G. López Monteagudo: "Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica", R.S.F., V, 1977, p. 195-204.
- (20) J. M. Blázquez, Tartessos... p. 21-32, idem, "Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía", P. L. Arq., V, XI, - 1975, p. 209-212, idem, "Ultimas aportaciones al problema de los orígenes de la colonización fenicia en Occidente", S.C.I.E.C.M.O., Barcelona, 1973, p. 41-53.

- (21) A. Lezine, Ulrique, 1970, p. 23, H. Schubart: "Las excavaciones de Torre del Nar y el panorama arqueológico de las fundaciones de -- las colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica", P. L. Arq. V, XI, 1975, p. 199.
- (22) L. Bernabé Brea: "Leggenda e archeologia nella protostoria siciliana", Kokalos, X-XI, 1964-1965, p. 12-23.
- (23) R. Carpenter: "Phoenicians...", p. 35-53.
- (24) P. Bosch Gimpera, "Les phéniciens, leurs prédecesseurs et les étapes de leur colonisation en Occident?" C.R.A.I. 1972, p. 466-468.
- (25) A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 17-21, H. Tarradell, "El impacto colonial de los pueblos semitas", I. Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, Pamplona, 1960, p. - 269-270, J. Maluquer: "Introducción al problema de Tartessos", V, Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 3, S. Moscati, The world of the phoenicians, London, 1973, p. - 131, J. M. Blázquez, Tartessos... p. 22-23, P. Cintas: Manuel d'archéologie, I, p. 269-273. A.M. Nisi: La cerámica púnica, p. 171 y 177, G. Ch. y C. Picard, Vie et mort de Carthage, Paris, 1970, p. 13-26, C. R. Whittaker: "The western phoenicians: Colonisation and assimilation", P. C. Ph. S. 200, (NS, 20), 1974, p. 69. F. Decret, Carthage ou l'empire de la mer, Paris, 1977, p. 32-39.
- (26) H. Tarradell, Marruecos púnico, Tetuán, 1960, p. 32-33. P. Cintas: Ceramique punique... p. 572-580, G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 22-26, F. Decret: Carthage... p. 34-35.
- (27) H. L. Lorimer, Homer and the monuments, London, 1950, p. 52-60.
- (28) Reyes I, X, 21-22, Isaias, XXIII, 1-4, Ezequiel, XXVII, 3-4, 25, - 33, Iliada, XXIII, 743-745, Odisea, XV, 415-483.
- (29) Herodoto, I, 12, Diodoro, V, 12, 3; 20, 1; 35, 4. Cicerón De Re pública, III, frag 3, Flavio Josefo: Contra Apión, I, 12, 61-63.
- (30) P. K. Hitti: History of Syria, London, 1951, p. 100, H. J. Katzenstein: The history of Tyre, Jerusalén, 1973, p. 299.
- (31) G. Donnens: L'expansion... p. 275-282.
- (32) J. A. Burgard, "Why did the art of writing spread to the West?, - Reflexions on the alphabet of Marsiliiana", A.R.I.D. III, 1965, p. 56.
- (33) Reyes I, X, 21 y 22, Para Jipomenos, II, 9-21.
- (34) Ezequiel XXVII, 12-27.

- (35) Diodoro V, 35, 4.
- (36) Ezequiel XXVII, 33, Herodoto, I, 1, 2, Diodoro, V, 35, 4, Flavio Josefo, Contra Apión, I, 12, 63.
- (37) J. M. Blázquez, Tartessos... p. 44.
- (38) Iliada, XXIII, 743-745, Odisea, XV, 455.
- (39) Herodoto, IV, 196.
- (40) G. Bunnens, L'expansion... p. 328.
- (41) Cfr, nota 22.
- (42) H. Schubart, "Acerca de la cerámica del Bronce tardío en el sur y oeste peninsular", Trabajos de Prehistoria, 28, 1971, p. 171, J. - M. Blázquez, "Últimas aportaciones...." p. 41-46.
- (43) J. Alvar, La navegación prerromana en la Península Ibérica, (Tesis doctoral) Madrid, 1980, p. 82-89.
- (44) Reyes I, X, 21, Paralipomenos, , II, 9, 21.
- (45) H. G. Niemeyer - H. Schubart, "Untersuchungen zur alt punischen - archäologie von Torre del Mar, 1967", A.A. 1968, p. 344-358, idem, "Toscanos und Trayamar. Vorbericht über die grabungskampagne, 1967" N.M. IX, 1968, p. 76-105, idem, "La factoría paleopúnica de Toscanos", V, Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 203-215, idem, "Toscanos (Spanien). Arbeiten zur - westphönizischen archäologie in der zone von Torre del Mar seit - 1971", R.S.F. I, 1973, p. 224-227, cfr: J. M. Blázquez, Tartessos.. p. 311-333.
- (46) G. Buchner: Origine e passato dell'Isola d'Ischia, Napoli, 1948, p. 36. W. Taylour: Mycenean pottery in Italy and adjacent areas, Cambridge, 1958. G. Pugliese Carratelli, "Prima fasi della colonizzazione greca in Italia", A.C.S.M.G. Taranto, 1961, p. 137-149, - idem, "Per la storia della relazioni micenee con l'Italia" P.I. - 13, 1958, p. 205-220. C. E. Ostenberg, Luni sul Mignone e problemi della preistoria d'Italia, Lund, 1967, p. 128-139.
- (47) J. Boardman, The greeks overseas, London, 1964, p. 39. D. Harden, - The phoenicians, London, 1962, p. 50.
- (48) J. D. Evans: "Two phases of prehistoric settlement in the western Mediterranean", A.R.I.A., 13, 1955-1956, p. 65-70, B. Blance, "The argaric bronze age in Iberia", Revista de Guimaraes, 74, 1964, p. 129-142, H. Schubart, "Mediterrane Beziehungen der el argar-kultur" H.H. 14, 1973, p. 41-59.

- (49) D. Harden, *The phoenicians...* p. 52-54, S. Moscati, *The world...* p. 35-44, cfr: *infra* p. 97 ss.
- (50) S. Frankenstein, "The phoenicians in the far west, a function of neo-Assyrian imperialism", *Power and propaganda. A symposium on Ancient empires, Mesopotamia*, 7, 1979, p. 269-273.
- .....
- (51) Los intentos de rebajar la cronología de la expansión fenicia hacia Occidente se han visto frustrados por los nuevos descubrimientos arqueológicos, cfr: *Supra*: p. 7 ss; Homero nos presenta a los fenicios como responsables del tráfico comercial en el Egeo, cfr: nota 4.
- (52) P. Bosch Gimpera: "I rapporti fra le civiltà mediterranee nella fine della età del bronzo", *Convegno archeologico Sardo*, 1926, Reggio nell'Emilia, 1929, p. 95-109, *idem*, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México, 1944, p. 93-106, - cfr: J. Huguier: "Tartessos y su historia", *V. Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1968, p. 393.
- (53) J. Huguier: "Tartessos...", p. 394-395.
- (54) J. D. Muhly, "Copper and tin, The distribution of mineral resources and the nature of the metals trade in the bronze age". *T.C.A. A.S.* 43, 1973, p. 185, H. Guido, "Sardinia", London, 1963, p. 156.
- (55) P. Cintas, *Contribution a l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*, Paris, 1954, p. 11.
- (56) Odisea, XV, 416 ss; S. Moscati: "L'expansion phénico-punique dans la Méditerranée Occidentale", *S.C.I.E.C.H.O.*, Alger, 1978, p. 17.
- (57) *Derrotero de las costas del Mediterráneo*, Instituto Hidrográfico de la Marina, Cádiz, 1956, p. 20-21.
- (58) Estrabón, III, 5, 4-5.
- (59) P. Cintas, *Manuel d'archéologie I...* p. 269-274.
- (60) Diodoro V, 35, 5. S. Frankenstein, "The phoenicians...", p. 281.
- (61) Veleyo Patérculo, I, 2, 3. cfr: A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses...* p. 11-12.
- (62) Pseudo Aristóteles, *De mirabilibus auscultationibus*, 844a, 6.
- (63) Tíneo (anad. Dionisio de Halicarnaso, I, 74, 1).
- (64) P. Cintas, "Laurentianus, LXIX, 22, ou la torture d'un texte", -- *Mélanges André Piganiol*, III, Paris, 1966, p. 1681-1692. *idem*. *Manuel d'archéologie I...* p. 22-242, especialmente p. 181 ss.

- (65) Plinio N. H. XVI, 40, 4, 63.
- (66) Pomponio Mela, III, 6, 4.
- (67) Cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 12.
- (68) Posidonio (Apud Estrabón III, 5, 5), Estrabón III, 4, 5. Velocyo - Patérculo, I, 2, 3.
- (69) G. Bunnens, L'expansion... p. 393.
- (70) Estrabón, III, 5, 5.
- (71) J. M. Blázquez, "Los fenicios en la Península Ibérica", Historia de España Antigua I, (Ed. Cátedra), Madrid, 1980, p. 288.
- (72) G. Bunnens, L'expansion... p. 283, El papel de los templos como -  
garantes de las transacciones había sido establecido ya por D. --  
Van Berchen, (cfr: \*Santuarios d'Hércules Melkart, Contribution a -  
l'étude de l'expansion phenicienne en Méditerranée", Syria, XLIV, 1967, p. 76).
- (73) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 95-97.
- (74) Estrabón III, 5, 7.
- (75) Se entiende, por tanto, la función de Gadir como la de un puerto -  
de comercio. Acerca de este concepto, cfr: K. Polanyi C. N. Arens -  
berg, H. W. Pearson, Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos,  
Barcelona, 1976, p. 98-99 y 308. S. C. Humphreys, Antropology and  
the greeks, London, 1978, p. 53-57.
- (76) E. Mac. Whitte. Estudios sobre las relaciones atlánticas de la --  
Península Hispánica durante la Edad del Bronce, Madrid, 1951, M. -  
Vigil, "Edad Antigua", Historia de España Alfaguara I, Madrid, --  
1975, p. 211.
- (77) P. Cintas. Manuel d'archéologie I... p. 263-268, J. M. Blázquez, -  
Tartessos... p. 95-97, idem: "Las colonizaciones...", p. 209.
- (78) Plinio, N.H., IV, 120. A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses..  
p. 101-102.
- (79) H. Schubart: "Acerca de las cerámicas...", p. 171.
- (80) J. M. Blázquez: "Últimas aportaciones...", p. 43.
- (81) D. Ruiz Mata: "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de -  
la Concepción (Sevilla). M. N. 16, 1975, p. 80-110.
- (82) V. Tusa, "I centri punici della Sicilia", Kokalos, XVIII-XIX, ---  
1972-3, p. 33-42, V. Tusa: "Ricerca puniche in Sicilia", Ricerca  
puniche nel Mediterraneo Centrale, Roma, 1970, p. 39-58, J. de  
la Geniere: "Saggi sull'Acropoli di Selinunte, Relazione prelimi  
nare", Kokalos, XXI, 1975, p. 102-107.

- (83) F. Barreca: "Nuove iscrizioni fenicie da Sulcis", Oriens Anti-  
quus, IV, 1965, p. 55-57, Idem, "Recherche punique in Sardegna", -  
Ricerche puniche nel Mediterraneo Centrale, Roma, 1970, p. 21-38,  
idem: "La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce de  
lle nuove scoperte", Sinposio de Colonizaciones, Barcelona, 1976,  
p. 2-4.
- (84) Sobre Toscanos, cfr: nota 45, M. E. Aubet, "Excavaciones en las -  
Chorreras, (Mezquitilla, Málaga), Pyrenae, 10, 1974, p. 79-108, -  
M. E. Aubet, G. Nass-Lindemann- H. Schubart "Chorreras. Eine pho-  
nizische niederlassung ostlich der Algarrobo Mündung", N.H. 16, -  
137-178, H. G. Niemeyer, H. Pellicer, H. Schubart, "Alpunische --  
funde von der Mündung des Rio Algarrobo", N.H. 5, 1964, p. 73-90,  
H. Schubart, H. G. Niemeyer, "Excavaciones paleopúnicas en la zona  
de Torre del Mar", N. Arq. H. 13-14, 1971, p. 382-384. H. Schubart  
y H. G. Niemeyer, Trayamar, (Los hipogeos fenicios y el asentamien-  
to en la desembocadura del río Algarrobo), E. Arq. E. 90, 1976, -  
p. 12-25, H. Schubart, "Horro de Mezquitilla, informe preliminar-  
sobre la campana de excavaciones, 1976". (N. Arq. H. 6, 1979, p. -  
175-218).
- (85) G. Garbini, "I fenici in occidente", Studi Etruschi XXXIV, 1966, -  
p. 111-147, C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 58-  
79,
- (86) Cfr: Infra p. 113 ss
- (87) A. Arribas, O. Arteaga. El yacimiento fenicio de la desembocadura  
del río Guadalhorce (Málaga). Cuadernos de Prehistoria de la Uni-  
versidad de Granada, 2, 1973, p. 96, J. M. Blázquez, "Ultimas ---  
aportaciones...", p. 57. Acerca de las relaciones entre fenicios  
y griegos en Sicilia durante la época arcaica, cfr: Infra p.121
- (88) J. Boardman: The greeks... p. 216.
- (89) A. Arribas, O. Arteaga. El yacimiento fenicios... p. 39
- (90) H. Pellicer, H. G. Niemeyer, H. S. Schubart, "La factoria paleopú-  
nica en la desembocadura del río Algarrobo (Málaga)", CAN, IX, 1965,  
p. 246-248. H. G. Niemeyer, H. Schubart: "Toscanos und Trayamar, -  
grabungskampagne 1967", N. H. 9, 1968, p. 96-104. Idem, "Trayamar,  
die phöenizischen kammergräber und die niederlassung am der Alaga  
robo-Mündung", Madrid: beiträge, 4, Mainz, 1975, H. Schubart, H.  
G. Niemeyer "Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en  
la desembocadura del río Algarrobo", E. Arq. E. 90, 1976.

- (91) A. Arribas, J. Wilkins, "La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras", (Frigiliana, Málaga), Lycenae, 5, 1969, p. 187-197, cfr: J. N. Blázquez, Tartessos... p. 335-343.
- (92) Estrabón III, 4, 2, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 121, B. Isserlin, "Preliminary note on archeological trial excavations undertaken in Malaga (1974-1975)" S.C.I.E.C.M.O. Algar, 1978, p. 43-45.
- (93) Estrabón III 4, 2. cfr: A. García y Bellido, Fenicios y cartagineses... p. 121, Fellicer, Excavaciones en la necrópolis púnica --- "Laurita" del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada). E. Arq. E, 17, 1962, idem, "Ein altepunisches gräberfeld bei Almuñecar", - M. M., 4, 1963, p. 9-38.
- (94) Estrabón III, 4, 3. Cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 123-124, M. Fernández Miranda, I. Caballero Zoreda, - Abdera, Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería), - E. Arq. E. 85, 1975.
- (95) M. Astruc, La necrópolis de Villaricos, I. N. C. G. E., 25, 1951, - G. Lindemann, H. G. Niemeyer, H. Schubart, "Toscanos, Jardín und Alarcón, Vorbericht über die grabungskampagne 1971", M. M. 13, -- 1972, p. 125-157, H. Schubart, H. G. Niemeyer, G. Lindemann: "Toscanos, Jardín y Alarcón", N. Arq. H. (arg) 1, 1972, p. 11-41, G. - Maass-Lindemann, H. Schubart, "Jardín, Vorbericht über die grabung 1974 in der Nekropole des 615, Jhs, v, Chr", M. M., 16, 1975, p. - 179-186.
- (96) Cfr: infra n. 210; J. N. Blázquez, J. H. Luzón, F. Ruiz Mata: "La factoría púnica de Aljarque en la provincia de Huelva", N. Arq. H. XIII-XIV, 1971, p. 304-351. M. Fellicer, L. Menanteau, P. Rouillard "Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas. El Cerro del Prado," Habis, 8, 1977, p. 217-251.
- (97) H. Schubart, H. G. Niemeyer: "La factoría...", p. 219, cfr: C. R. Whittaker: "The phoenicians...", p. 60.
- (98) O. Arteaga: "Problemática general de la iberización en Andalucía - Oriental y en el Sureste de la Península", Simposi Internacional. Els Orígens del món iberic (Ampurias 38-40, 1976-1978), p. 43-44, nota 154.
- (99) C. R. Whittaker: "The western phoenicians..." p. 60-61 y 78. No deja de ser significativo que O. Arteaga no incluya entre los ya-



cimientos del Bronce Final con perduraciones en el Hierro Antiguo a ninguno del litoral de Málaga (cfr: O. Arteaga. "Problemática...", p. 45-47).

- (100) Idem, "Sobre la última etapa de los fenicios en Occidente" Zephyrus, 14, 1953, p. 511-515. H. Tarradell: Harruecos púnico, p. 212, y 228-240.
- (101) A. Jodín: Hogador... p. 191-193.
- (102) H. Ponsich, "Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région du Tânger", V. Symposium de Préhistoire Peninsular, Barcelona, 1969, p. 173-184.
- (103) H. Tarradell: Harruecos púnico, 140-158.
- (104) G. Vuillemot, Reconnaisances aux échelles puniques d'oranie, Autun, 1965, p. 79, 122 y 155, cfr: C. R. Whittaker, "The western-phoenicians...", p. 68.
- (105) H. Esteve Guerrero: "Astá Regia, una ciudad tartésica", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 111-118, J. - P. Garrido: "La tumba orientalizante de "La Joya", Huelva, Trabajos de Prehistoria, XI, 1962-1963, idem, Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva, E. Arq. E. 71, 1971, idem: "Las nuevas campañas de excavaciones arqueológicas en la necrópolis de "La Joya en Huelva", C.A.N., XII, 1973, p. 395-400, idem y E. Ortiz García, Excavaciones en la necrópolis de "La Joya" Huelva II, E. Arq. E. 96, 1978, H. Schubart, y J. P. Garrido: "Probegrabung auf dem Cerro de La Esperanza in Huelva", M. M., 1967, 8, p. 123-158, J. P. Garrido: Excavaciones en Huelva, El Cabezo de la Esperanza, E. Arq. E. 63, 1968, J. M. Blázquez, J. M. Luzón, F. Gómez, K. Claus, Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva, Arqueológico, Huelva, 1970, H. Fernández Miranda: "Avance sobre los trabajos realizados en el Cabezo del Castillo de S. Pedro de Huelva", C.A.N., XIII, 1975, p. 587-592, idem, Cabezo del Castillo de S. Pedro y problemas del poblamiento de la actual ciudad de Huelva durante el primer milenio, Huelva, Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1975, p. 221-234, A. Blanco, J. M. Luzón: "Antigüedades de Río Tinto", Zephyrus, XIII, 1962, p. 31-46, idem, -- "Pre-roman silver miners at Río Tinto", Antiquity, XLIII, 1969, p. 124-131, A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata: "Panorama tar-

tésico de Andalucía Occidental", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 153-197, idem, Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salómón (Huelva), A. U. Hisp. 4, Sevilla, -- 1970. J. N. Carriazo-k. Raddatz: "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", Archivo Hispalense, 1960, p. 103-104, idem, "Ergebnisse einer ersten stratigraphischen untersuchung in Carmona", M. M. 2, 1961, p. 71-106, J. N. Carriazo, Las joyas y excavaciones del Carambolo, Archivo Hispalense XXX, 1959, idem, "el Cerro del Carambolo", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, - Barcelona, 1969, p. 311-340, idem, El Tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo, B. Arq. E. 68, idem, Tartessos y el Carambolo, Madrid, 1973, E. Kukhan, A. Blanco: "El tesoro del Carambolo", A. E. Arq. 32, 1959, p. 38-49, J. Maluquer, El Tesoro tartésico del Carambolo, Lisboa, 1959. M. E. Aubet: "Los hallazgos púnicos de Osuna", Pyrenae, 7, 1971, p. 111-127, J. Clemente Martín: El corte F. Del Cerro Macareno, La Rinconada (Sevilla), - C. P. Arq. 3, 1976, M. Pellicer, M. Bendala "La estratigrafía -- del Cerro Macareno y su contribución a la cronología de la proto historia tartésica", VIII Symposium de Prehistoria Peninsular, - Barcelona, 1977, M. E. Aubet: "Materiales púnico-tartésicos de la necrópolis de Setefilla en la colección Bonsor", B.S.E.A.A., - XXXIX, 1973, p. 5-27, idem, La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla C.S.I.C, Barcelona, 1975; idem, La cerámica púnica de Setefilla, Studia Archaeologica, 42, 1976; Recientes visiones de conjunto en: M. Pellicer: "Problemática general -- de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental", Symposium Internacional. Els Orígens del món ibèric, (Ampurias 38-40, 1976-1978), p. 3-21, D. Ruiz Mata, "El bronce final en Andalucía Occidental, Ensayo de definición de sus cerámicas", A. E. Arq. - 52, 1979, p. 3-20.

- (106) M. Almagro Gorbea, "La necrópolis de las Madrigueras", Biblioteca Prehistórica Hispana, X, 1969, p. 127-134. F. Hernández: "excavaciones en el castro de las Villa viejas del Tamuja, Botija, - (Cáceres)", C.A.N. XI, 1970, p. 431-436, M. Almagro Gorbea, "La necrópolis de Medellín", N. Arq. II, 16, 1971, p. 183-199, M. Belón, "Estudio y tipología de las cerámicas grises en la provincia de Huelva", R.A.E.N. 79, 2, 1976, p. 353-369, M. Almagro Gor

bea: El bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura, Madrid, 1977, p. 218-219, 204, y 372-373.

- (107) A. Blanco, "Orientalia", A. E. Arq. 29, 1956, p. 359. N. Almagro Basch, Las fíbulas de codo de la Ría de Huelva, Madrid, 1957, E. Cuadrado, "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica", Trabajos de Prehistoria, 7, 1963, p. 14, ss, idem, "Penetración de las influencias colonizadoras greco-fenicias en el interior peninsular", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1976, - p. 95-96, fig 1, A. Blázquez, Tartessos... p. 115-144. G. López-Montecagudo: "Panorama actual", p. 199, N. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 181-183 y 203-236.
- (108) A. Blanco, "Orientalia", p.345; A. García y Bellido: "Inventario de las jarras púnico-tartésicas", V. Simposium de la Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 170-171, E. Cuadrado: "Penetración... p. 96, A. García y Bellido: "Algunas novedades sobre arqueología púnico tartésica". A. E. Arq. 43, 1970, p. 35-44, J. N. Blázquez, Tartessos... p. 60-73. N. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 237-241.
- (109) E. Cuadrado: "Brascerillos metálicos del mundo ibérico", C.A.N. - IV, 1957, p. 151-162, idem, "Los recipientes metálicos llamados - "Brascerillos púnicos", A. E. Arq. 29, 1956, idem: Repertorio de los recipientes rituales con "anas de manos" de la Península Ibérica, Trabajos de Prehistoria, 21, 1966, J. N. Blázquez: Tartessos... p. 106-110, E. Cuadrado, "Penetración...", p. 96, N. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 242-243.
- (110) N. Almagro, Las Thymateria llamados candelabros de Ebrija, Trabajos de Prehistoria, 13, 1964, N. Almagro Gorbea, "Dos Thymateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica", Miscelanea Arqueológica I, Barcelona, 1974, p. 41 ss, J. N. Blázquez: Tartessos... p. 263-271, N. Almagro Gorbea, el Bronce Final... p. 245-247.
- (111) A. Blanco, J. N. Luzón, D. Ruiz Mata: "Excavaciones arqueológicas...", p. 12-15. idem, "Panorama tartésico..." p. 155-156.
- (112) A. Blanco, J. N. Luzón: "Prerroman...", p. 130. A. Blanco, J. N. Luzón, D. Ruiz Mata: "Panorma tartésico..." p. 132-136.
- (113) N. Almagro Gorbea: "La necrópolis de Medellín" (Badajoz), p. 200-201.

- (114) J. M. Blázquez: "Últimas aportaciones... p. 48.
- (115) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata: "Panorama tartésico...", p. 153, 158 y 160. A. Blanco, Investigaciones históricas en torno a Tejada de la Vieja; conferencia en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, el 14 de diciembre de 1979.
- (116) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata, "Panorama tartésico...", - p. 154-158 y 160-162. J. M. Luzón, D. Ruiz Mata, las raíces de - Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados, C.S.I.C. - - Córdoba, 1973, J. M. Blázquez, J. Valiente Malla, "Prospección en un poblado del Bronce Final en Cástulo", C.A.N., XV, 1979, p. 309-318. M. Pellicer, W. Shule: El Cerro del Real, Galera (Granada), E. Arq. E., 12, 1962, idem, El Cerro del Real (Granada). El corte estratigráfico IX, E. Arq. E. 52, 1966. A. Arribas: "Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce, "Cerro de la Encina", Monachil (Granada), E. Arq. E., 81, 1974.
- (117) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata "Panorama tartésico...", p. 152-158.
- (118) J. M. Blázquez y F. Molina Fajardo: "La neдрópolis ibérica de los Patos en la ciudad de Cástulo (Linares, Jaén)", C.A.N., XII, 1973, p. 651, e información verbal de J. Valiente Malla.
- (119) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata: "Panorama tartésico...", p. 125-126, 152-153 y 160.
- (120) O. Arteaga. M. R. Serna: "Los Saladares, Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura", C.A.N. XII, 1973, p. 437-450, idem "Influjo fenicio en la región del Bajo Segura", C.A.N. XIII, 1975, p. 737-750, idem, "Die ausgragungen von los Saladares (Prov. Alicante)", M. N. 15, 1974, p. 108-121, idem, "Los Saladares 71", N. Arq. H. (Arqueología 3), 1975, p. 7-140, N. Mesado, Vinarro--gell (Burriana-Castellón), Valencia 1974. Acerca del influjo fenicio en esta área véase también, F. Gusi Jener. E, Sanmartí Greco: "Asentamientos indígenas preibéricos con materiales fenicio-púnicos en el área costera del País Maestrat (Provincia de Castellón de la Plana)" Síposium Internacional. Els orígens del mon-iberic (Ampurias, 38-40, 1976-1978), p. 361-386.
- (121) A. González Prats: "Nota preliminar sobre el yacimiento protoibérico de Crevillente, provincia de Alicante", C.A.N., XIV, 1977, - p. 671-680, idem, "El tesorillo de tipo orientalizante de Crevi-

- llente", Simposi Internacional. Els orígens del món iberic (Ampurias, 38-40, 1976-1978), p. 314-360.
- (122) J. Maluquer: "Los fenicios en Cataluña", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 251-256.
- (123) Cfr: F. Gosi Geney, E. Sanmartí Gregori: "Asentamientos indígenas...", p. 364-369.
- (124) O. Arteaga, J. Padró y E. Sanmartí: "El factor fenici a les costes catalanes i al Golf de Lío", Actes del II colloqui Internacional d'arqueologia de l'Alt Cerdà, Barcelona, 1978, p. 129-135, E. Sanmartí, J. Padró: "Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las costas meridionales de Cataluña", Simposi Internacional. Els orígens del món iberic, (Ampurias 38-40, 1976-1978), p. 162.
- (125) E. Sanmartí, J. Padró: "Ensayo de aproximación...", p. 162, M. A. Martín Ortega: "Los orígenes de la iberización en la zona costera del nordeste de Cataluña" Ibid, p. 190, M. A. Martín. E. Sanmartí, "Aportación de las excavaciones de la "Jila d'en Reixach" al conocimiento del fenómeno de la iberización en el norte de Cataluña", Ibid, p. 442.
- (126) F. Benoit, "Relations commerciales entre le monde ibero-punique, et le Midi de la Gaule". R.E.A., 63, 1961, p. 321-330, idem, Recherches sur l'Hellenisation du Midi de la Gaule, 1965, p. 51-56, J. J. Joly: "Roine commerciale et culturelle phenico-punique et ibero-languedocienne en Méditerranée Occidentale a l'Age du Fer", A. E. Arg. 48, 1975, p. 22-90, Y. Solier, "Ceramiques puniques et ibero-puniques sur le littoral du Languedoc du VI siecle au debut du II siecle avant J. C", Omaggio a Fernan Benoit (R.S.L., XXXIV, 1968), p. 127-150, idem: "La culture ibero-languedocienne aux VI<sup>e</sup>-V<sup>e</sup> siècles" Simposi Internacional. El orígens del món iberic (Ampurias, 38-40, 1976-1978), p. 220-234.
- (127) Cfr: nota anterior.
- (128) Y. Solier: "La culture...", p. 232, J. Maluquer, "Los fenicios..." p. 246-250.
- (129) Diodoro V, 16, 2-3, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 31-32.
- (130) J. Ramón: "Necrópolis del Puig des Molins d'Evissa: Solar nº 40 del carrer Via Romana", Fonaments, I. 1978, p. 65-83.

- (131) Cfr: nota 126.
- (132) Cfr: F. Benoit: Recherches sur l'hellénisation, p. 200.
- (133) J. Maluquer, "Los fenicios...", p. 245, fig. 2. J. J. July, "Koiné commerciale...", p. 88-89.
- (134) E. Cuadrado, "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo Tartésico", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 283-185, idem, "Penetración...", p. 96, fig. 1.
- (135) Avieno, Ora Marítima, p. 109-115.
- (136) P. Cintas, Manuel d'archéologie I... 370 y 375-382, E. Cuadrado, "Origen y desarrollo...", p. 271-283, C. R. Whittaker: "The western Phoenicians...", p. 60 y 66.
- (137) M. Pellicer: "Excavaciones...", p. 53-66, idem, "Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristobal de Almuñecar en el Mediterráneo Occidental", C.A.N., VIII, 1964, p. 399, A. Arribas, J. Wilkins: "La necrópolis...", p. 213-217.
- (138) H. Schubart, H. G. Niemeyer, M. Pellicer, Toscanos, p. 140-141, - F. Villard: "Céramique grecque du Maroc", B.A.N., 4, 1960, p. 19, 24.
- (139) A. Arribas- O. Arteaga; "El yacimiento fenicio...", p.96
- (140) Cfr: Infra p. 117
- (141) M. Almagro Basch, Las raíces del arte ibérico, P.L.A.U.V., 11, -- 1975, p. 259-279, M. Almagro Gorbea, "Das thymiatéria...", p. 55.
- (142) H. Schubart: "Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica. P.L.A.U.V., 11, 1975, p. -- 204.
- (143) Cfr: nota 109, 110 y 160, A. García y Bellido, "Algunas novedades...", p. 28-44. J. M. Blázquez. Tartessos... p. 59-198, E. -- Garrido (en nota 151), Sobre la cerámica de barniz rojo, cfr: E. Cuadrado: "Origen y desarrollo...", p. 257-290.
- (144) M. Almagro Gorbea, "Das thymiatéria...", p. 66.
- (145) S. Cassón. Ancient Cyprus, London, 1957, p. 144-151.
- (146) M. E. Arbet: "La cerámica púnica de Betefilla", B.S.A.A. 42, 1976, p. 19-33.

- (147) H. G. Niemeyer, H. Schubart, Toscanos. Die altpunische factoria an der mündung des Rio de Velez. Lieferung 10 Grabungskampagne, -- 1964. H. F. 6, 1969, p. 80, 83-4, H. Schubart, H. G. Niemeyer: "La factoria...", p. 219.
- .....
- (148) J. P. Garrido, E. M. Ortiz: Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huclva II, E. Arq. E, 96, 1978.
- (149) J. P. Garrido: "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Adiá", A. E. Arq. 52, 1979, p. 39-44.
- (150) Cfr: nota 109. M. Culican: "Quelques aperçus sur les ateliers phéniciens", Syria, 45, 1968, p. 275-293.
- (151) J. M. Blázquez: "Las colonizaciones...", p. 246.
- (152) J. P. Garrido: "Mundo indígena...", p. 42.
- (153) H. Schubart, H. G. Niemeyer, Troyamar... p. 240-245.
- (154) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 90. H. Schubart: "Las excavaciones de Torre del Nar..." p. 204.
- (155) G. Bonsor. "Les colonies agricoles preromaines de la Vallée du Guadalquivir", R. Arq. II, 1899, p. 153. E. Hübner: "Objetos del comercio fenicio encontrados en Andalucía", R.A.H.N. 1, a, 1900. p. 330.
- (156) F. Poulsen. Der orient und die frühgeschichtliche kunst, Berlin-Leipzig. 1912, p. 53-55. A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 227, W. F. Albright, "New light...", p. 22.
- (157) P. Paris, Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive, I, Paris, 1903, p. 96. R. D. Barnett, "Early greek and Oriental - Ivories", J.E.S. LVIII, 1943, p. 24, nota G. P. Cintas, Cerámica punique, Paris, 1950, p. 585-591.
- (158) A. Blanco, "Orientalia II", A. E. Arq. XXIX, 1966, p. 22, J. M. Blázquez, Tartessos... p. 164, Contra: A. H. Bial, "I pettini d'Avorio di Cartagine", Africa, II, 1968, p. 11-52, quien piensa - de nuevo en una producción de artesanos cartagineses instalados - en la Península Ibérica. No obstante no existe evidencia alguna - de intereses por parte de Cartago en estas tierras occidentales - durante el periodo arcaico, al igual que no conocemos sus estable - cimientos, cfr: infra p. 145 ss.

- (159) J. R. Mélida: Tesoro de Aliseda, Madrid, 1921, p. 30-31, nº 4. M. Almagro Gorbea: El Bronce Final... p. 216.
- (160) Cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 84-87, R. E. Tienne: "A propos du "garum sociorum", Latomus, XXIX, 1970, - p. 297.
- (161) M. Ponsich, M. Tarradell: Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale, Paris, 1965.
- (162) B. Freyer-Schauberg, Elfenbeine aus dem Samischen Heraion, Hamburg, 1966, p. 29-30, idem: "Kolaies und die westphönischen elfenbeine", M.M. 7, 1966, p. 89-108.
- (163) Las salazones hispánicas son mencionadas por Eupolis y Antifanes, (Cfr: F.C.A., I, 184 y II, 43, Ed. Kock). La cita de Cartago en - Pseudo Aristóteles, De mirabilibus auscultationibus, 844, 24-34.
- (164) Cfr: Infra p. 121ss.
- (165) T. H. Carter: "Western Phoenicians at Lepcis Magna", A.J.A. LXIX, 1965, p. 143-200, D.E.L. Haynes, The antiquities of Tripolitania, 1955.
- (166) J. I. S. Whittaker, Notya, a phoenician colony in Sicily, London, 1921, p. 48-56.
- (167) Cfr: nota 147.
- (168) A. Arribas O. Arteaga, "El yacimiento fenicio...", p. 93-94.
- (169) D. Harden, The phoenicians.. p. 52-54. S. Moscati: The world of.. p. 39-45. Cfr: Infra p. 118 ss.
- (170) S. Moscati, The world of... p. 43.
- (171) C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 59-76, O. Arteaga: "Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sureste de la Península", Simposi Internacional. Els orígens del món iberic (Ampurias, 38-40, 1976--1978), p. 43, nota - 148
- (172) Monte Sirai, I, II, III, IV, Roma, 1964, 1965, 1966 1967, F. Barreca: "Ricerche puniche...", p. 27-28, S. Moscati, "Statuette - puniche da Narbolia", R.A.N.I., 22, 1968, p. 197, F. Barreca: "Sardegna", L'espansione fenicia nel Mediterraneo, Roma, 1971, p. 17.
- (173) C. R. Whittaker: "The western phoenicians...", p. 63-64, F. Barreca: "La colonizzazione...", p. 4.



- (174) C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 64.
- (175) C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 65.
- (176) Diodoro, XIII, 63,4; XIV, 48,5.
- (177) C. R. Whittaker: "The phoenicians...", p. 60-1.
- (178) Sobre la incorporación de fuerza de trabajo autóctono en un proceso colonial, cfr: E. Durkheim, The division of labor in society, London, 1960, p. 131.
- (179) Cfr: Supra p. 39, Infra p. 121 ss
- (180) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 95 y 105 nº 2 cfr: H. Kahrstedt, Geschichte der Karthager, III, Berlin, 1913, - p. 120-122, M. Tarradell: "Economía de la colonización fenicia", E.E.A.P.I., Barcelona, 1960, p. 89.
- (181) Justino XLIV, V, 3.
- (182) Aristófanes, Plutos, 586, Plinio, N.H, IV, 120.
- (183) Estrabón III, 5, 3. A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... 102-113, idem, "Hércules gaditano", A. E. Arq. 36, 1967, p. 70-134. J. H. Blázquez, "El heracleión gaditano, un templo semita en Occidente", Imágen y Mito, Madrid, 1977, p. 17-28.
- (184) G. Bonsor: "Les colonies..." passim. H. E. Aubet, "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmena, Sevilla)", Simposi Internacional, Els orígens del món ibèric (Ampurias, 38-40, 1976-1978), p. 268.
- (185) G. Vulliamot: "La necropole punique du phare dans l'île Backeum (Orán)", Ibbica, III, 1955, p. 10-11, A. Arribas, J. Wilkins: "La necrópolis fenicia...", p. 187, 1977, H. E. Aubet: La necrópolis de Setefilla... p. 155-157.
- (186) Cfr: nota 104
- (187) G. E. Bonsor- R. Thouvenot, Necrópolis ibérica de Setefilla, Burdeos, París, 1923, H. E. Aubet: La necrópolis de Setefilla... Passim. A. García y Bellido: "Algunas novedades sobre arqueología punico-tartésica", A. E. Arq. 43, 1970, p. 35-36.
- (188) J. H. Blázquez, Tartessos... p. 337, A. Arribas, O. Arteaga, El yacimiento fenicio... p. 22.
- (189) H. Foucault: "Influencias feniciennes..." p. 181. De la misma manera J. J. Joly habla de un "ambiente puramente fenicio en la Cruz del Negro". (Cfr: "Rapprochement avec Pute (Nécropole) et Carthage (ophet): céramiques"). Simposi International. El Origen

del mon iberic. (Ampurias 38-40, 1976-1978) p.386

- (190) N.E. Aubet: "La ceramica..." p. 270; A. Jodin, Mogador...p.150; H. Schubart-H.G. Diemeyer-M. Pellicer; Toscanos, 1964, E. Arg. E., 66, 1969, p. 72
- (191) N. E. Aubet: "La ceramica..." p. 270;
- (192) Cfr: J. M. Blazquez, Tartesos...p.111-112, donde se proporciona la bibliografía y M. G. Giusto-Amadisi: Le iscrizioni fenice e puniche delle colonie in Occidente. Roma, 1967, p. 46-51.
- (193) C. R. Whittaker: "The Western Phoenicians..." p. 61. Si esto fuera así, aun cuando fuera obra de autoctonos aculturados, lo que no creemos, implicaría la presencia de fenicios en el interior capaces, por su contacto directo y continuo con los indígenas, de actuar como agentes externos de aculturación. Cfr: Infra p. 66 ss
- (194) M. Fonsich, Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir, París, 1974.
- (195) M. Bendala, La necrópolis romana de Carmona I, Sevilla, 1976, p. - 35-43.
- (196) R. Bastide, Anthropologie applique, París, 1971, p. 44-45.
- (197) M. Almagro y A. Arribas, El poblado y la necrópolis megalítica - de los Millares, Madrid, 1963. J. P. Garrido E. M. Orta, Excavaciones en Niebla (Huelva), el "Tholos" de "El Moro", E. Ar. E., 57, 1957. M. García Sánchez, J. C. Spahni: "Sepulcros megalíticos de la región de Gorafea (Granada)", A.P.L., 8, 1959, p. 43-113. A. Blanco, "Monumentos megalíticos de la provincia de Sevilla", C.A.N. - VIII, 1963, p. 9-23.
- (198) M. Almagro, A. Arribas, "El urbanismo peninsular del Bronce primitivo", Zephyrus, X, 1959, p. 81-128. A. M. Muñoz: "La civilización preartésica andaluza durante la Edad del Bronce", V. Simpósium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 34-40.
- (199) E y L. Siret: Las primeras edades del metal en el Sureste de España. Barcelona, 1980. M. Tarradell, "La Península Ibérica en la época del Argar", C.A.N., I, 1950, p. 72-82. B. Blance "Early --- Bronze age colonist in Iberia", Antiquity, 35, 1961, p. 162-202. H. Schubart, "Mediterrane beziehungender...", p. 41-59. A. M. Muñoz: "La civilización... p. 42-44.
- (200) H. Schubart: "La cultura del Bronce en el Sureste peninsular. -

- Distribución y definición", Miscelánea Arqueológica I, Barcelona, 1974, p. 345-370.
- (201) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata: "Panorama tartésico...", p. 119-132.
- (202) J. Valiente: Las cerámicas de Bronce Final de la Alta Andalucía, (Tesis Doctoral), Madrid, 1977, p. 525-526.
- (203) H. Schubart: "Cronología relativa de las cerámicas sepulcrales - de la cultura del Argar", Trabajos de Prehistoria, 32, 1975, p. 90, (para la cerámica de Doquique), B. Artengo: "Problemática general...", p. 35-38.
- (204) H. del Amo: "Enterramientos en cista de la provincia de Huelva", Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1974, p. 117.
- (205) C. Cerdán, G. V. Leisner: "Sepulcros megalíticos de Huelva", --- ibid., p. 70 y 74-85. J. P. Garrido, Poblados de la Edad del Bronce y otros elementos culturales", ibid., p. 184-199, H. Schubart, "La cultura del bronce...", p. 362-364.
- (206) M. Fernández Miranda: "Cabezo del Castillo o de San Pedro y problemas de poblamiento de la actual ciudad de Huelva durante el primer milenio", ibid., p. 234-236.
- (207) S. Frankenstein: "The phoenicians...", p. 278-286.
- (208) H. Schubart: "Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el suroeste peninsular", Trabajos de Prehistoria, 28, 1971, p. 3-12, fig. 4, idem, "Die kultur der bronzzeit im sudwesten der iberischen halbinsel", M.F., 9, Berlin, 1975, p. 75.
- (209) A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz Mata, "Panorama tartésico...", p. 153-157.
- (210) Blodoro, V., 35, 5.
- (211) S. Frankenstein: "The phoenicians...", p. 280-281.
- (212) J. Alvar: La navegación prerromana en la Península Ibérica. Indígenas y colonizadores (Tesis doctoral), Madrid, 1980, p. 284-293.
- (213) H. Almagro: "El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el occidente de Europa", Ampurias, 11, 1940, p. 35-143, idem: "Depósito de bronce de la ría de Huelva", Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1974, p. 213-220.
- (214) H. Almagro: "Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular. B.P.H. VIII, 1966, idem, "Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica",

- rica", Miscelánea Arqueológica, Barcelona, 1974, p. 5-40. M. Almagro Gorbea: El Bronce Final... p. 159-194, M. Bendola Galán, - "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes - de Tartessos", Habis, 8, 1977, p. 177-205.
- (215) J. M. Blázquez: "Las colonizaciones...", p. 249, E. Cuadrado: -- "Penetración...", p. 102.
- (216) Ver en último lugar S. Frankenstein: "The Phoenicians...", p. 283-286.
- (217) J. M. Blázquez, J. M. Luzón, F. Gómez, K. Claus: "Las cerámicas.." passim, M. Fernández Miranda, "Cabezo del Castillo...", p. 221-234. J. P. Garrido, Excavaciones en Huelva... passim, A. Blanco. J. - M. Luzón. D. Ruiz Nata, "Panorama tartésico...", p. 123-153, J. - M. Blázquez, Tartessos... p. 353-375. M. Almagro Gorbea: El Bronce Final... p. 415-482.
- (218) H. Schubart: "La cultura del Bronce...", p. 368.
- (219) H. Schubart: "La cultura del bronce...", p. 369.
- (220) H. Schubart, "Atalaia", Archivo de Beja, XXII, 1965, p. 7-136.
- (221) H. Schubart: "La cultura del Bronce...", p. 370. M. Almagro Benda la: El bronce Final... p. 192-194.
- (222) A. Blanco. J. M. Luzón. D. Ruiz Nata: "Panorama tartésico...", p. 119-120.
- (223) Cfr: J. M. Blázquez, Tartessos... p. 380-397. M. E. Aubet: La necropolis de Setefilla... passim y la bibliografía proporcionada - en la nota 105
- (224) M. Almagro Gorbea: El Bronce Final... p. 493-494.
- (225) J. Maluquer: "Tartessos y su historia", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 397.
- (226) K. Polanyi, C. M. Aronberg. H. W. Pearson: Comercio y Mercado... p. 307-308.
- (227) Sobre los jefes redistribuidores, cfr: M. Sahlins, Social stratification in Polynesia. Seattle, 1958, C. Renfrew, Before civilisation, New York, 1975, M. Harris. Canibales y Reyes. Los orígenes de las culturas, Barcelona, 1978, p. 95-116.
- (228) J. P. Garrido. Excavaciones en la necrópolis de La Joya. (Huelva). E. Arq. E. 71, 1971, p. 13-51, cfr: J. M. Blázquez, Tartessos... p. 380-394.
- (229) Cfr: Supra p. 27 ss.

- (230) H. Almagro Gorbca. El Bronce Final... p. 493.
- (231) H. Almagro: "Los primeros escudos españoles ¿eran orientales o nórdicos?". S.E.I., I. Madrid, 1965, p. 73 ss, idem, Las estelas decoradas... p. 156-170.
- (232) Aviero, Ira Haritima, 233 y 462, cfr: A. Schulten, Tartessos, Madrid, 1972, p. 234.
- (233) Herodoto IV, 152; Estrabón, III, 2, 14.
- (234) A. García Morono, "Justino 44, 4, y la historia interna de Tartessos", A. E. Arg. 52, 1979, p. 111-130.
- (235) A. García Iglesias: "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico", ibid, p. 131-140.
- (236) N. Sureda Carrión: "El mundo de las colonizaciones y Tartessos", II, C.I.E.C.H.O. Barcelona, 1978, p. 109-118, P. Cintas, Manuel - d'archéologie punique I, París, 1971, p. 274-282.
- (237) O. Arteaga. N. R. Serna: Los Saladores... p. 85-86.
- (238) Sobre las cerámicas de retícula bruñida, cfr: C. López Roa: "La cerámica con decoración bruñida en el suroeste peninsular", Trabajos de Prehistoria, 34, 1977, p. 341-370. H. Almagro Gorbca, - El Bronce Final... p. 125-136. Acerca de la cerámica pintada con decoración geométrica, cfr: J. Remesal Rodríguez: "Cerámicas orientalizantes andaluzas", A. E. Arg. 48, 1975, p. 3-21.
- (239) L. Abad Casal: "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica", A. E. Arg. 52, 1979, p. 184.
- (240) Cfr: nota 105
- (241) H. Almagro Gorbca. El Bronce Final... p. 100, fig. 61.
- (242) H. Almagro Gorbca. El Bronce Final... p. 193.
- (243) A. Blanco, "El ajuar de una tumba de Cástulo", Oretania, 19, 1965, p. 8-60, Cástulo III, (en prensa).
- (244) J. P. Garrido, "Mundo indígena...", p. 39-94.
- (245) J. M. Luján "Tartessos y la Ría de Huelva", Zephyrus, 13, 1962, - p. 100-143.
- (246) C. R. Whitaker: "The western phoenicians...", p. 62. Sobre la confusión en los textos latinos entre Gadir y Tartessos, cfr: J. M. Blázquez. "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 92-93.
- (247) J. P. Garrido: "Mundo indígena..." p. 94.
- (248) Herodoto V, 152, I.

- (249) A. Drupont; "De l'acculturation", XII, C. I.S. II., I. Vienne, 1965, p. 35, notas 20 y 21.
- (250) Sobre el inconsciente étnico cfr: G. Deverux: Essais d'Ethnopsychiatrie générale; Paris, 1970, p. 4-5.
- (251) A. Drupont: "De l'acculturation", p. 26
- (252) J. de Hoz: "La epigrafía prelatina meridional en Hispania": Actas del I Coloquio sobre Lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica Salamanca, 1976, p. 227-237; Idem: "Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la península" A. E. Arq. 52, 1979, p. 227-250
- (253) M. Almagro Gorbea: "La epigrafía orientalizante en Extremadura", Homenaje a García y Bellido I, Madrid, 1976, p. 45-59, J. de --- Hoz: "La epigrafía prelatina...", p. 247, idem "escritura e influencia...", 228.
- (254) J. de Hoz: "Escritura e influencia...", p. 228.
- (255) M. Almagro Gorbea: "La epigrafía...", p. 57, J. de Hoz: "escritura e influencias...", p. 229.
- (256) Cfr: nota 217, H. Schubart: "La cultura del Bronce...", p. 362-370.
- (257) M. Bendala Galán, "Notas sobre las estelas...", p. 187. En nuestra opinión la hipótesis de este autor es escasamente defendible. Ninguna evidencia arqueológica, salvo las estelas decoradas, puede sugerir la llegada de inmigrantes egipcios a la Península, ya -- que no encontramos en parte alguna, ni "sus armas característi--cas, sus carros de batalla, sus ritos y costumbres religiosas y funerarias, su música y sus cantos", (loc cit. p. 200). Por el contrario, estos solo aparecen representados en las estelas lo -- que indica que era tal su escasez que no se incluían en los ajua--res funerarios. No existe, por tanto, ningún cambio cultural, ya que el uso de las estelas funerarias para indicar la categoría--social del difunto obedece a la propia evolución socio-política--interna de las comunidades locales, la cual se atestigua ya des--de comienzos de la Edad del Bronce (cfr: H. Schubart: "La cultu--ra del bronce..." p. 366-369), aunque esta pudo haber sido impul--sada en virtud de las influencias económicas externas. Por lo de--mas no poseemos ningún asentamiento característico de gente de origen egipcio en la Península Ibérica en este periodo, habiendo apa--recido los escasos materiales de esta procedencia en yacimientos

tipicamente indígenas, por lo que creemos que este autor cae en la "Trampa influenciista" recientemente denunciada por E. A. --- Llobregat (cfr: en nota 275. p. 71).

- (258) H. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 501.
- (259) H. Almagro Gorbea, "La epigrafía..." p. 56, *idem*, El Bronce Final... p. 275.
- (260) H. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 276.
- (261) E. O. James: La religión del hombre prehistórico, Madrid, 1973. - p. 186-189.
- (262) En este sentido es interesante observar que tales fórmulas se inscriben en las propias piedras con que se construyen las cistas no resultando visibles desde fuera, lo que en nuestra opinión acentúa su carácter de fórmulas mágicas. cfr: J. de Hoz, "Escritura e influencias..." p. 229.
- (263) J. P. Garrido: "Excavaciones...", p. 63, *idem* y E. H. Orta: "Excavaciones..." p. 17, H. E. Aubet, La necrópolis, p. 78.
- (264) A. Blanco, J. M. Luzón D. R. Mata "Panorama tartésico...", p. -- 125-126, por su parte H. Almagro (cfr: "Las estelas decoradas..." p. 212) considera la presencia de influencias célticas. H. Monte negro, (cfr: "Los pueblos del mar en España y la nueva revisión de la historia de Tartessos", B.S.E.A.A. 36, 1970, p. 237-286) y H. Bendala Galán (cfr: "Notas sobre las estelas..." p. 182-204, y "Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos". A. E. Arg. 52, 1979, p. 33-38) ven por el contrario la presencia de elementos ajenos procedentes del Mediterráneo --- Oriental.
- (265) H. E. Aubet: La necrópolis... p. 59-67, H. Almagro Gorbea: El -- Bronce Final... 307-387. H. Almagro Gorbea, El Bronce Final... p. 290-306.
- (266) J. P. Garrido: "Excavaciones...", p. 21-36 y 39-66, *idem* y E. H. Orta, "Excavaciones...", p. 63-124. H. E. Aubet, La necrópolis... p. 65-84.
- (267) A. García y Bellido: "Algunas novedades...", p. 37.
- (268) E. Petrie, Bellapitri I, Londres, 1930. C. H. Johns "Cremated burials of Phoenician origin", Q.D.A.L. 1937, p. 121-145. H. Sidde: "Fouilles de Khalde", E.N.B. 19, 1956, p. 51-72. F. Giffon, *in*---

- nucl d'archaologie, II, p. 284-303. G. Vuilleminot: "Le necropole pu-  
nique..." p. 123. W. Tusa, "La necropoli arcaica e adiacenze", Mozia  
VII, Roma, 1972, p. 34-62.
- (269) A. Arribas. J. Wilkins: "La necrópolis...", p. 187-193, N. E. Au-  
bet, "La cerámica...", p. 268. M. Almagro Gorbea, El Bronce Fi-  
nal... p. 378-382
- (270) C. R. Whittaker: "The western phoenicians...", p. 70-77.
- (271) M. Almagro Gorbea: El Bronce Final... p. 386.
- (272) J. P. Garrido. M. Orta: "Excavaciones..." p. 18-19. N. E. Aubet: -  
La necrópolis... passim...
- (273) Cfr: infra p. 122, y 292-293
- (274) F. O. James: La religión... 180-184.
- (275) S. Gruzinski. A. Rouveret: "Histoire et acculturation dans le --  
Maxique colonial et l'Italie meridionale avant la romanisation",  
M.F.R.A. 88, 1976, p. 117-118.
- (276) A. E. Llobregat, considera, en nuestra opinión con acierto, que -  
"una novedad formal, un nuevo tipo cerámico o metálico no impli-  
ca modificación si ésta no se da a niveles profundos revelados -  
por los dos anteriores coeficientes (el de factores inamovibles -  
y el de novedades estructurales)". cfr: "Orígenes de la cultura -  
ibérica en la Contestarisa", Simposi internacional. Els origins -  
del món iberic. (Ampurias 38-40, 1976-1978), p. 73.
- (277) J. M. Blázquez, Tartessos... passim.
- (278) J. M. Blázquez, Tartessos... p. 305-308.
- (279) J. J. July "Rapprochements...", p. 386.
- (280) H. G. Niemeyer. H. Schubart, Toscanos, Die alt punische... p. --  
115, cfr: C. R. Whittaker: "The western phoenicians...", p. 72.
- (281) J. J. M. y E. Gran Aymerich W. Saade: "Cerca Niebla. El Vado, --  
1972", N. Arq. II. (Arqueología 3), 1975, p. 141-190.
- (282) H. G. Niemeyer. H. Schubart. Toscanos, Die altpunische.. p. 148.
- (283) C. R. Whittaker: "The western phoenicians...", p. 72-73.
- (284) C. R. Whittaker piensa en un proceso colonial de caracteres fun-  
damentalmente agrarios (cfr: "The western phoenicians...", p. 72-  
74), por el contrario, S. Frankenstein, sostiene la necesidad de  
incorporar mano de obra indígena en los centros industriales fe-  
nicios (cfr: "The phoenicians...", p. 284-285).



(205) G. Vuillemot: "Fouilles puniques...", p. 209-342, A. Jodin, Hoga-  
der... p. 166-169.

(206) Avieno, Ora Maritima 440.

CAPITULO II.

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE CARTAGO

"De toutes les villes phéniciennes  
d'Afrique une seule, Carthage, a  
joué un grand rôle Historique".  
(S. Gsell. H.A.A.N., París, 1913,  
p. 374)

Los fenicios, en su movimiento de expansión hacia Oc-  
cidente, habían establecido contacto con las costas del Norte  
de Africa, en donde, según la tradición, habían fundado en fe-  
chas tempranas, en torno al 1.100 a. J.C., Lixus (1) sobre la  
costa atlántica de Marruecos, y Utica (2) en las riberas del -  
actual Túnez.

#### 1. FUNDACION Y ORIGENES.

La importancia estratégica de Utica, como escala si-  
tuada en las proximidades del pasillo marítimo que comunica -  
las dos cuencas del Mediterráneo, dentro de las rutas maríti-  
mas frecuentadas por los fenicios en sus navegaciones hacia Oc-  
cidente, se mantendrá desde la fecha tradicional de su funda-  
ción, durante unos cuatro siglos, siempre que aceptemos la fe-  
cha propuesta por los autores antiguos que en opinión de algu-  
nos investigadores no ha encontrado confirmación en los testi-  
monios proporcionados por la arqueología (3). Con el tiempo, -  
esta nueva factoría fenicia se verá eclipsada por una nueva -  
fundación realizada por los habitantes de la ciudad de Tiro. A  
partir de entonces, Utica pasará a ocupar un papel secundario  
dentro de la historia fenicia en el Mediterráneo.

Acerca de los orígenes de Cartago se plantea el mismo tipo de problema que en todos los demás establecimientos fundados por los fenicios en un periodo anterior. Los datos cronológicos que sobre su fundación nos proporcionan las fuentes literarias no han sido confirmados, hasta el momento, por los resultados de la investigación arqueológica.

Dentro del conjunto de los numerosos autores antiguos que nos han dejado noticia acerca de la fundación de Cartago, se pueden distinguir dos corrientes bien diferenciadas, que responden, a su vez, a dos tradiciones distintas. En primer lugar, aquella que atribuye la fundación de la ciudad a los Tírios, Azoros y Karchedon. Esta versión se encuentra por primera vez en un fragmento de Filisto de Siracusa (4), historiador griego de la primera mitad del siglo IV a. J.C., que sitúa el acontecimiento en los tiempos inmediatos a la Guerra de Troya. La misma noticia es reproducida por un contemporáneo suyo, Eudoxo de Cnido (5). Posteriormente se encuentra también recogida en Apiano (6).

S. Gsell había rechazado ya esta versión calificándola de fábula inventada por un griego (7). En realidad, la improbabilidad de esta tradición viene dada por el hecho de que los nombres de los dos fundadores de la ciudad son una distorsión de aquellos de la ciudad de Tiro y de la propia Cartago. La opinión de este investigador ha sido aceptada sin discusión prácticamente por la mayoría de los autores posteriores. P. Cintas ve en esta tradición el recuerdo de las primeras navegaciones (8). Recientemente, se ha considerado que la fecha establecida por esta tradición está en íntima conexión con el contexto legendario que rodea los relatos relativos a la expansión fenicia (9).

La otra versión de la fundación de Cartago, de la que tenemos la primera noticia en Timeo (10), autor griego del siglo III a. J.C., atribuye la fecha del acontecimiento al año

814-813 a. J.C., en que la ciudad fué fundada por Elissa, hermana de Pigmalión, soberano de Tiro. Un mismo relato de este acontecimiento, más extenso, aunque mezclado de numerosos elementos legendarios, nos es proporcionado por Justino (11), epitomista del historiador romano Trogo-Pompeyo. Esta misma versión, si bien con ligeras variantes, es recogida por otros diversos autores de la Antigüedad, particularmente por Virgilio (12) -aunque el relato de este último está mezclado con innumerables ficciones poéticas-, Apiano (13) y Servio (14), entre otros.

Un historiador judío, que escribía en el primer siglo de la era, Flavio Josefo (15), recoge una información procedente de Menandro de Efeso, primer autor del cual se sabe con certeza que había tenido acceso a los Anales de Tiro (16). Según estas noticias, la fundación de Cartago se debería a una hermana del rey Pigmalión, y sucedió en el séptimo año del reinado de este monarca. Este acontecimiento se habría producido ciento cincuenta y cinco años y ocho meses después de la subida al trono de Tiro de Hiram, el aliado de Salomón, lo que proporciona una fecha en torno al 826 a. J.C. Esta es aproximada a la que daba Timeo, el cual la establecía en relación a la fecha de la Primera Olimpiada, y la diferencia podría explicarse fácilmente debido a la imprecisión de los métodos cronológicos empleados por los escribas, así como del cálculo por generaciones utilizado por los historiadores griegos (17).

Bajo el suelo de Cartago, los materiales sacados a la luz por los arqueólogos, no proporcionan en conjunto una fecha anterior a la primera mitad del siglo VIII a. J.C. (18). Los más antiguos proceden del denominado santuario de Tanit, que se extiende sobre el barrio de Salambo. Por lo que se refiere a las necrópolis, los objetos allí encontrados proporcionan una datación de comienzos del siglo VII; no obstante, parece muy probable que las primeras sepulturas de Cartago estén

aún por descubrir (19).

Todo esto ha planteado la controversia entre los modernos investigadores. La fecha establecida por Tímeo, admitida por numerosos autores ya en la Antigüedad, es generalmente aceptada por los autores modernos. Ultimamente, G. Bunnes, basándose en un estudio crítico de las fuentes literarias, ha señalado que no se puede probar que sea artificial o legendaria (20). Entre los partidarios de la fecha del 814-813, la cual ya aceptaba S. Gsell (21), se encuentra muy generalizada la idea de que a la ocupación permanente del territorio, que habría de dar lugar al nacimiento de un núcleo de carácter urbano, debió preceder una primera fase de descubrimiento, contactos más o menos esporádicos, y de utilización como punto de escala en las navegaciones hacia Occidente. Esta fase correspondería, de un modo aproximado, a las fechas mencionadas por Tímeo y Menandro de Efeso (22).

Tal sería una de las interpretaciones más pausibles que coincide, por lo demás, con lo que ya expusimos en el capítulo anterior acerca de los rasgos que caracterizaron la primera etapa de la expansión fenicia (23), y que, se encuentra perfectamente resumida en las siguientes palabras de S. Moscati: "Los comienzos de la documentación arqueológica no implican necesariamente los comienzos de la colonización fenicia, sino al comienzo de un asentamiento estable y suficientemente desarrollado" (27).

No obstante, si bien esta interpretación puede resultar aceptable para los lugares más antiguos frecuentados durante los primeros momentos de la expansión fenicia, no fué ese, en nuestra opinión, el caso de Cartago, nacida al margen de las aventuras comerciales que habían dado lugar al nacimiento de otros establecimientos. Desde un primer momento, un pequeño contingente de colonizadores llegó a la Península del Cabo Bon con otras preocupaciones que el comercio; las causas que produ

jeron el posterior desarrollo demográfico y urbano serán examinadas a lo largo del presente capítulo.

Respecto a los obstáculos planteados por los hiper-criticistas para admitir una fecha dentro del último cuarto - del siglo IX a. J.C., que en su opinión es demasiado temprana y carece de base arqueológica que la sustente, debemos señalar que el principal elemento empleado por los arqueólogos para tener una cronología es la cerámica y su datación respecto a la cerámica griega con la que aparece asociada. Sin embargo, no - existe ningún tipo de certeza de que en un cementerio púnico, (y en este caso en los de Cartago, en los cuales las excavaciones no se han distinguido siempre por su método y excurpulosidad científica), las tumbas que no proporcionan cerámica griega no sean anteriores a aquellas otras en la que ésta sí aparece. Por otra parte, si en una primera fase los asentamientos fenicios no mantuvieron una población relativamente numerosa, como parece que ocurrió, no hay motivo alguno de asombro en - constatar la ausencia de cerámica, material destinado al uso - de una población de carácter estable (25), y muy escaso en los más antiguos enterramientos de las necrópolis de Cartago.

A pesar de todo, P. Cintas ha reunido una serie de - diversos datos arqueológicos que, junto con una nueva interpretación del relato transmitido por Josefo, le permiten suponer la veracidad de las noticias transmitidas por las fuentes que señalan la fundación de Cartago en el último cuarto del siglo IX antes de J.C. (26).

Un hecho es evidente: Cartago existe desde el siglo VIII a. J.C. como demuestran los materiales encontrados en el tofet y en las tumbas, y las teorías de aquellos autores partidarios de rebajar aún más esta cronología (27) no pueden mantenerse en pie. La arqueología, a la que tantas veces han invocado en apoyo de sus argumentos, los desmiente.

Del análisis de la información transmitida por los autores antiguos sobre la fundación de Cartago se desprende la - evidencia de los siguientes hechos: Los fundadores de la ciudad son originarios de Tiro, en lo que coinciden tanto la tradición que sitúa el acontecimiento en los tiempos cercanos a - la Guerra de Troya, como la que lo sitúa en los últimos años - del siglo IX a. J.C. La aparición de Cartago no tiene nada que ver, por otra parte, con el desarrollo de las actividades comerciales de los fenicios en el Mediterráneo, aunque en un tiempo posterior, la ciudad alcanzase verdadero rango de potencia comercial. El hecho de que el lugar escogido se encontrase delimitado por dos lagunas, formando de este modo una península fá - cilmente defendible de ataques procedentes de Tierra adentro, parece sugerir que las consideraciones territoriales estuvie - ron presentes desde un primer momento. La leyenda nos muestra a Elisa y sus acompañantes como un auténtico grupo de coloniza - dores que se había provisto incluso del elemento femenino en el curso de su escala en Chipre. Por lo demás, las únicas ri - quezas que podían atraer a estos colonizadores eran precisamen - te la fertilidad de estas tierras, unas de las pocas excepcio - nes en las áridas costas norteafricanas. Su función como base comercial en el itinerario marítimo hacia Occidente se nos presenta ciertamente oscura en un lugar donde a pocos kilómetros se contaba ya con la antigua factoría de Utica (28).

Pensamos, por tanto, que la fundación de Cartago es - tuvo directamente condicionada por los acontecimientos inter - nos de la propia Tiro. De la tradición conservada por Justino se desprende la existencia de una querella que enfrentaba a - dos facciones de la casa real de esta ciudad fenicia. Y cree - mos que las relaciones con los imperios circundantes pueden - proyectar algo de luz sobre la condición de éste enfrentamien - to (29).

Es conocido de todos que Egipto utilizó en varias -



ocasiones a las ciudades fenicias, según sus propios intereses, como contrapeso a la política expansionista de Asiria en estos territorios. Durante las revueltas que en el siglo VII mantendrán los pequeños estados sirios y las ciudades fenicias contra la dominación asiria, Egipto habría de jugar un importantísimo papel de incitadora a la vez que prestaba su apoyo a los sublevados (30). No poseemos ninguna información tan evidente acerca de una política egipcia de este tipo en Siria-Palestina durante los últimos años del siglo IX a. J.C. Pero existen algunos datos que pueden ser bien significativos.

El último cuarto de este siglo coincide con una fase de inactividad de Asiria en esta región, sumida en la crisis interna que estalló a la muerte de Salmaneser III. Las expediciones efectuadas durante el reinado de este monarca contra los pequeños estados occidentales, renovaron el tributo que las ciudades fenicias de Tiro, Sidón, Biblos y Aradus pagaban a los asirios desde el reinado anterior de Asurbanipal II. Es posible que aprovechando esta etapa de tranquilidad determinada por los propios conflictos internos en Asiria, una facción de la realeza de Tiro propusiera una reorientación de la política externa de esta ciudad, buscando el apoyo de Egipto al que el reinado de Sheshonq I, 950-929, había devuelto la importancia internacional con su intervención en Palestina, en donde se apoderó de los tesoros de Jerusalén. El monarca Zinbaal de Biblos se encontraba entre los aliados de este faraón. Alianza que renovaron ambos sucesores en los tronos de sus respectivos países (31).

El prestigio exterior de Egipto sobrevivió a pesar de las dificultades por las que hubo de atravesar el país de los faraones, como indica la confianza que dos siglos más tarde le otorgaron los pequeños príncipes asiáticos en sus luchas contra los ejércitos asirios.

Inmersa en esta situación internacional, es posible

que la facción encabezada en la Tradición por Elisa representa en el seno de Tiro a la opción proegipcia que veía en la crisis interna de Asiria una ocasión para consolidar su autonomía garantizada por el propio apoyo egipcio. La propia tradición de las ciudades fenicias, que en el pasado fueron en más de una ocasión piezas clave de la política asiática de los faraones, era un factor más que contribuía en este sentido (32).

Aunque estas sean las líneas generales que expliquen el conflicto, en lo que no es más que una nueva hipótesis en torno a los orígenes de la fundación de Cartago, parece evidente que las propias ambiciones personales y disputas dinásticas han debido jugar su papel de importancia en el desarrollo de éste. Del relato de Justino se desprende que Elisa estaba casada con el sumo sacerdote de Melkart, cuya dignidad en Tiro era solo eclipsada por la propia figura del rey, Pigmalión, que finalmente determinó el asesinato del cuñado (33). Sabido es el carácter fuertemente conservador de las castas sacerdotales en el Antiguo Oriente y su poderosa influencia política que en este caso se encontraba reforzada por su parentesco indirecto con la propia familia real. Es posible que este individuo haya sido el principal inspirador de la política proegipcia de la facción dirigida por su esposa, actuando de esta manera en consorcio con sus propias ambiciones de poder personal.

No queremos dar la impresión de que consideramos todos los elementos presentes en el texto de Justino como verídicos. Sin embargo, del conjunto de su relato parecen desprenderse algunos hechos fundamentales: la existencia de un enfrentamiento interno entre miembros de la realeza de Tiro, apoyados por las castas superiores del estamento sacerdotal que gozaban de gran influencia política. La derrota de estos últimos que siguieron el camino del exilio estableciéndose en un lugar de las costas de Africa, vecino a la vieja Utica, y conocido de antiguo por los navegantes fenicios. El apoyo logrado



Chipre por este grupo colonizador por parte de altas jerarquías religiosas, y la ausencia de cualquier tipo de consideración comercial entre los seguidores de Elisa.

## 2. LA EPOCA OSCURA. SIGLOS VIII Y VII.

Fundada según la tradición más generalizada en el 814-813 a. J.C., y ocupada con certeza como un núcleo de población permanente de cierta densidad por lo menos desde mediados del siglo VIII, como indican los documentos arqueológicos (34) Cartago nos ha dejado una gran laguna en lo que se refiere a los dos primeros siglos de su existencia. La falta de información literaria relativa a estos "siglos oscuros" de la ciudad y de su historia, es únicamente salvada gracias a los trabajos y esfuerzos de los arqueólogos. Es mediante la información que sus investigaciones nos proporcionan que hoy podemos proyectar un poco de luz sobre la oscuridad que cubre esta primera época de la historia de Cartago.

### a. Desarrollo demográfico. Sus causas.

El primer asentamiento de Cartago debió ser ciertamente reducido. El estudio de los materiales aparecidos en los niveles inferiores del santuario de Tanit, así como de las tumbas más antiguas denota la existencia de algún tipo de relaciones con el mundo fenicio-chipriota y con el mundo griego (35). Parece evidente que los contactos comerciales debieron jugar un cierto papel en todo ésto, una vez que los recién llegados se encontraron definitivamente asentados en su nuevo territorio. Su carácter directo o indirecto es, no obstante, difícil de precisar. Aún así, las importaciones son muy escasas en los estratos más antiguos de Cartago, signo más de pobreza y de escasa actividad comercial que de aislamiento.

En un principio, la cerámica utilizada en Cartago era en su práctica totalidad importada, excepción hecha de algunas piezas modeladas que pudieron servir para cubrir las necesidades más inmediatas. La aparición de una cerámica local, que en sus orígenes siguen los prototipos fenicios, no se produce antes del segundo cuarto del siglo VII, lo que vendría a indicar la creación de un núcleo propiamente urbano en torno al año 700 a. J.C. (36). Esto que podría parecer una contradicción con lo afirmado más arriba acerca de la presencia de una pequeña población permanente desde mediados del siglo VII, se resuelve con facilidad si consideramos que los primeros colonos asentados, numéricamente escasos como parece documentar la escasez de materiales, vivirían en unas instalaciones precarias mientras se organizaban y desarrollaban los trabajos necesarios para dotar al lugar de una configuración urbana, lo cual requiere una infraestructura adecuada y la puesta en producción de los recursos locales, todo lo cual lleva evidentemente su tiempo.

La ampliación del registro arqueológico, a la vez que el aumento de las importaciones, tanto griegas y etruscas (37) como egipcias (38) son dos hechos que se relacionan directamente con el desarrollo urbano y el crecimiento demográfico del primitivo asentamiento de una forma continua y progresiva durante los siglos siguientes. Como ha señalado G. Picard (39) tal fenómeno no es un hecho aislado ni espontáneo. Por el contrario, se encuentra estrechamente vinculado con dos acontecimientos que se producen durante los siglos VIII y VII a. J.C., tales son la expansión de Asiria y el desarrollo de la colonización griega en el Mediterráneo.

La colonización griega en el Mediterráneo Central, que está ya presente en el siglo VIII, con el establecimiento de una serie de colonias en el Sur de Italia-Cumas, Istchia - y en Sicilia-Naxos, Siracusa- se va a acentuar durante los dos

siglos siguientes (40). El resultado será la multiplicación de los asentamientos griegos, muchos de los cuales llegaron a alcanzar el rango de prósperas e importantes ciudades por todo el Mediterráneo Central, y la creación de nuevas colonias, en un periodo posterior, en Occidente. Esto provocará la aparición de un nuevo sistema económico regional y la intensificación de los contactos económicos y culturales.

De una manera general, se afirma que las causas del movimiento colonizador griego obedecieron, prioritariamente, a la escasez de tierras cultivables y a un fenómeno de superpoblación en sus tierras de origen, acompañados de una inestabilidad social a la que la colonización sirvió como válvula de escape (41). No obstante, el conocimiento previo de los lugares más adecuados para el establecimiento de las colonias solo podía proceder de viajes anteriores, cuya motivación comercial parece bastante clara, y gracias a los cuales se poseían noticias de diferentes regiones del Mediterráneo (42). El papel predominante que desempeñó el comercio en la fundación de algunos establecimientos, como en el caso de Cumas, es, por otro lado, innegable. En muchos de aquellos en los cuales las actividades comerciales desempeñaron un papel ciertamente secundario en los primeros momentos, éstas adquirieron con el tiempo una importancia cada vez más grande.

La expansión griega por el Mediterráneo, con el establecimiento de colonias a lo largo de las rutas marítimas que antaño solo eran frecuentadas por los navegantes fenicios en el curso de sus esporádicas aventuras comerciales, es amenudo considerada como un factor que provocó un cambio en la estructura y la organización del comercio fenicio. Estos semitas veían ahora amenazada su supremacía por la presencia de las ciudades griegas frente a sus pequeñas factorías, y decidieron imitar el modelo de sus competidores con el fin de consolidar sus propias posiciones. De esta forma, los antiguos pequeños

asentamientos dieron paso a otros más grandes y más poblados - que se convirtieron en verdaderas ciudades (43).

Pero esta teoría no presupone necesariamente la existencia de una rivalidad comercial que enfrentaría a griegos y fenicios por el control de las principales rutas marítimas que garantizaban el acceso a los diversos mercados y regiones proveedoras de materias primas, así como un sistema organizativo central que dirigiera el mecanismo comercial fenicio. Los trabajos de G. Garbini y C.R. Whittaker han demostrado que la expansión fenicia no obedeció a un funcionamiento de este tipo y que lejos de existir una ciudad o ciudades que ejercieran un papel de dirección en este sentido, se trató en realidad de - "una mucho más compleja historia policéntrica" (44).

Por lo que respecta a un enfrentamiento entre fenicios y griegos, consecuencia de intereses comerciales encontrados, la cuestión y su evidencia será discutida enseguida.

Sicilia era sin duda lugar clave para el control de la comunicación por mar entre las dos cuencas del Mediterráneo. La llegada de los primeros colonos griegos a la isla no inquitó a los fenicios, que de creer a Tucídides, contaban con una serie de pequeños asentamientos en la costa (45). De hecho, - las factorías fenicias situadas en la parte occidental de la - isla bastaban para asegurar las actividades de los semitas en el estrecho, a la vez que no resulta fácil suponer una hostilidad inicial de los helenos en un momento en el que aún estaban consolidándose en sus nuevas tierras. Pero además, ¿por qué desaprovechar la oportunidad de realizar intercambios y adquirir de esta manera una serie de productos, mediante el comercio con las factorías fenicias? Desde esta perspectiva, es de creer - que la presencia de los fenicios en Sicilia supuso para los - griegos recién establecidos una provechosa vecindad.

El siglo VIII, fecha que marca la acentuación del proceso colonial griego en el Mediterráneo Central, es un momento

clave en el desarrollo de la historia fenicia en Occidente. Los antiguos establecimientos de reducido tamaño y escasa población debido a su carácter de pequeñas factorías o puertos de comercio, comienzan a proporcionar a partir de ahora un registro arqueológico que denuncia de manera inequívoca, como en los casos de Utica, Motya y Cartago, un considerable aumento de población (46). ¿Podemos realmente responsabilizar a la competencia griega de haber producido este cambio? ¿Existió además tal competencia?

La explicación a través de un desarrollo natural de la población preexistente en aquellos centros parece poder descartarse fácilmente ante la propia evidencia arqueológica. Por el contrario, todos los datos apuntan hacia un incremento repentino que solo encuentra una respuesta satisfactoria en una llegada de inmigrantes producida en torno a estas fechas. El problema reside en precisar cuales fueron las razones que hicieron posible esta presencia en unos asentamientos que hasta entonces se habían caracterizado por lo reducido de su contingente humano. Y si su llegada respondía a una necesidad de estas factorías o por el contrario a una necesidad de los inmigrantes.

Los materiales aparecidos en Motya, al contrario de lo que piensa R. Carpenter, no demuestran una acción directa de Cartago sobre este centro fenicio (47). El desarrollo de ambas ha debido ser pues independiente y sin embargo paralelo. Es probable que en ambos casos tal fenómeno responda a una causa común. Lo mismo es aplicable para Utica. Pero, ¿cuál es la naturaleza de esta causa?

Las importaciones de objetos griegos en Cartago no cesan de aumentar durante todo el siglo VII y aún durante el siguiente (48). Fenómeno que tenemos igualmente documentado en Motya (49). Las relaciones con elementos griegos quedan pues bien documentadas. Esta última va a permanecer sin fortificarse durante todo el siglo VII, según se desprende del resultado

de recientes excavaciones, lo que no habla en favor de un ambiente propicio a las hostilidades (50). Las relaciones comerciales entre fenicios y griegos en Sicilia debieron ser frecuentes, si no intensas, y la propia Cartago no debió permanecer al margen de ellas (51). Los materiales griegos de Motya y particularmente los epigráficos documentan la existencia de una comunidad griega en esta ciudad fenicia durante el periodo arcaico (52). Esto mismo puede decirse respecto a Panormo y Solunto (53). El contacto entre fenicios y griegos en Sicilia no fue por lo tanto, escaso y, por el contrario, parece haberse producido de una manera intensa, facilitado por la vecindad de ambos. En el caso concreto de Himera y Motya está perfectamente documentado (54).

Razones, por otra parte, para una enemistad no existían. Los centros griegos adquirirían las materias primas necesarias por mediación de sus relaciones con los etruscos y de la misma manera con los propios fenicios, y el hecho de que no intentaran avanzar más la colonización hacia Occidente indica de forma clara que tampoco estuvieron nunca muy interesados en ello. Si bien es cierto que a mediados del siglo VII a. J.C. se produjo según el testimonio de Herodoto, el célebre viaje de Colaios (55), los primeros asentamientos de los focenses en la cuenca occidental del Mediterráneo no aparecen hasta algún tiempo después, y aquellos griegos y su movimiento colonizador tenían escasa relación con los de las colonias establecidas en la Magna Grecia y Sicilia.

Las relaciones de estas últimas con las ciudades fenicias, y entre ellas con Cartago, fueron sin duda buenas, como parecen indicar la presencia de pequeñas comunidades griegas en Motya y Panormo con bastante certeza, y quizá también en Solunto y la propia Cartago, amén de los contactos económicos y culturales documentados de forma inequívoca por la arqueología. Relaciones de este carácter entre los centros griegos y



fenicios de Sicilia parecen haber sido las auténticas responsables del enriquecimiento y del florecimiento experimentado durante la época arcaica por algunas de estas colonias, como es el caso de Salinunte (56).

La evidencia no parece, pues, propicia a la existencia de una peligrosa competencia comercial que hubiera determinado un cambio de tipo estructural en el mecanismo de las actividades económicas de los fenicios en el Mediterráneo. Por el contrario, la presencia de los griegos fué ventajosa para los fenicios que de esta forma vieron ampliarse sus mercados y aproximarse sus clientes. El origen de la colonización fenicia, aquella que supuso la aparición de verdaderas ciudades donde antes solo se encontraban pequeñas factorías, debe ser, por lo tanto, buscado en otra parte.

Durante la misma época en que se desarrolla la colonización griega, el Próximo Oriente en general, y la costa de Siria-Palestina en particular, fueron testigos de la expansión del Imperio Asirio, que terminó por afectar violentamente a las ciudades fenicias del litoral, geográficamente alejadas de su núcleo de irradiación.

En el año 911 a. J.C., con la subida al trono de Adad-Ninari II, Asiria comienza su política de conquista. La presión del nuevo imperio comenzó a hacerse sentir en el litoral fenicio durante el reinado de Asumarsipal (883-859) que, profundizando la penetración asiria hacia el oeste, llegó hasta el Mediterráneo sometiendo a tributo en el año 875, según tenemos documentado en sus inscripciones (57), a las ciudades de Tiro, Sidón, Biblos y Aradus, que no opusieron ninguna resistencia. Durante el reinado siguiente de Salmanasar III (858-824) el tributo fué renovado en sucesivas ocasiones en el curso de expediciones contra los estados occidentales (58).

La crisis interna que padeció Asiria a la muerte de

Salmanasar proporcionó un periodo de cierta tranquilidad, interrumpido únicamente por la campaña de Adad-Ninari III en el año 803, hasta que con la llegada de Tiglat-Pilaser III (754-727) la expansión de Asiria encontró un nuevo y poderoso vigor. La táctica anterior de las incursiones militares con el fin de amedrentar al enemigo y exigir el pago del tributo, es sustituida, a partir de ahora, por la anexión territorial de las nuevas regiones conquistadas, que con el tiempo termina rá por afectar a los territorios de las ciudades fenicias.

En el año 743, Tiro era sometida a un nuevo tributo, si bien las ciudades fenicias continuaron gozando de autonomía a cambio del pago de estas contribuciones al Imperio Asirio - (59). Durante el reinado de Senaquerib (705-681) las ciudades fenicias tomaron parte en una coalición de estados sirios con tra la dominación de Asiria. En la represión que siguió a la revuelta, Tiro fué sometida a un sitio infructuoso que duró - cinco años (60). El asesinato del monarca asirio fué aprovecha do por Egipto, que se mantenía en el fondo de todas estas agi taciones, con el fin de reestablecer su influencia en una re gión disputada desde siglos a causa de su importancia económi ca, para reavivar la agitación contra su rival, Asiria. El nue vo monarca, Asharadón (681-688) reprimió la revuelta destruyen do Sidon en el año 667 y concluyendo un tratado con Baal, el - rey de Tiro, con lo que el orden quedó reestablecido (61).

El tratado entre el soberano asirio y el monarca fe nicio ha sido recientemente estudiado por G. Pettinato (62), quien, en base a consideraciones de orden histórico, así como del análisis del texto, propone una datación para este documen to posterior al año 671 a. J.C., fecha de la alianza de Tiro - con Egipto contra Asiria, seguida de la represión de esta últ ima contra la revuelta. El tratado que hasta ahora se venía - considerando como aceptado por ambas partes en calidad de igua les, es en realidad un edicto que contiene una imposición du-

"

rísima hacia el vencido (63). La ciudad de Tiro quedó reducida a sus posesiones insulares perdiendo sus territorios en el continente que pasaron a engrosar una de las provincias del Imperio Asirio, como anteriormente había sucedido con los de otras ciudades fenicias.

El reinado de Asharadon significó el golpe más fuerte asestado hasta el momento por los asirios a la independencia fenicia (64). A partir de ahora gozaron tan solo de una mermada autonomía Biblos, Aradus y la isla de Tiro que conocieron el pago de nuevos tributos y la presencia de gobernadores asirios. Esta situación se mantendrá durante el reinado de Asurbanipal (668-626), durante el cual se produjo una nueva rebelión de Tiro, apoyada por Egipto. La ciudad sufrió un nuevo cerco en el año 668 a. J.C., pero tampoco en esta ocasión pudo ser tomada por los sitiadores. No obstante hizo acto de sumisión y acordó pagar un nuevo tributo. Poco después, Asurbanipal sometió a Aradus que se había sublevado a su vez y estorbaba seriamente el comercio naval asirio (65).

La decadencia del Imperio Asirio y su destrucción por los Medos en el año 612 a. J.C. significó un respiro temporal para las ciudades del litoral fenicio. Pero en el año 586 Nabucodonosor II, monarca babilonio, atacó Tiro, que resistió un cerco de trece años de duración gracias a los abastecimientos que Egipto hacía llegar por mar. Finalmente la ciudad capituló, al igual que Sidon y otras localidades, y en ella fue instalado un gobernador babilonio encargado de vigilar el gobierno del soberano fenicio (66).

El aumento de la presión asiria, desde el reinado de Tiglet-Pilaser III, que conoció su punto álgido con los de Sennacherib y Asharadon debido a la fuerte represión desencadenada a raíz de las revueltas instigadas por Egipto, constituyó un poderoso factor que motivó la emigración de contingentes de pobladores de las posesiones rurales de las ciudades fenicias,

incorporadas, ahora en forma de provincias al Imperio Asirio.

En Cartago el número de tumbas crece muy rápidamente durante el segundo cuarto del siglo VII a. J.C. (67). Las cerámicas que contienen no tienen semejanza en la forma y la decoración con las del estrato más profundo del Tofet, que corresponde al siglo VIII (68). Este nivel denominado como Tanit I, se encuentra separado del siguiente por un pequeño estrato uniforme de tierra amarillenta y arcillosa que marca una clara ruptura con el anterior. Las cerámicas de Tanit II, datado por las importaciones griegas hacia mediados del siglo VII, no corresponden tampoco con las del nivel inferior del santuario (69) y las necrópolis correspondientes a este segundo periodo presentan una mayor abundancia de materiales que contrasta con la pobreza de las tumbas más antiguas.

La aparición del Tofet de Motya durante el siglo VII a. J.C. (70) ha sido atribuida a una influencia directa y a una imitación de aquel otro de Cartago (71). No obstante, la influencia directa cartaginesa no se detecta arqueológicamente en esta localidad hasta comienzos del siglo VI (72). Por otra parte, la práctica del sacrificio infantil efectuado en estos recintos era ya conocida desde antiguo por los fenicios orientales (73) y su aparición tanto en Motya como en Cartago debe ser considerada como una importación del puritanismo fenicio (74). Ahora bien, la marcada separación entre Tanit I y Tanit II de Cartago se sitúa cronológicamente a comienzos del siglo VII, y es en este mismo siglo cuando tenemos las fechas más antiguas del Tofet de Motya. Este momento coincide con uno de los de mayor presión de Asiria sobre las ciudades fenicias del litoral sirio-palestino, como ya indicábamos anteriormente. Existen pues numerosos indicios que nos llevan a considerar que el desarrollo de estos dos establecimientos está directamente relacionado con una emigración de elementos sirios y fenicios procedentes de aquellas regiones incorporadas territo-

rialmente al Imperio Asirio. Este repentino incremento de población ha sido también observado en otros lugares fenicios de Occidente, así como la aparición en este momento de nuevos establecimientos, desde Leptis Magna, en la costa de la Sirte, hasta Gualdhorce, en la costa malagueña de la Península Ibérica (75).

En resumen, el crecimiento demográfico de Cartago durante los que hemos denominado "siglos oscuros" de su historia está estrechamente vinculado con una serie de factores tales como: a) el crecimiento natural de la población establecida en un primer momento, numéricamente escasa, como demuestra el número de ofrendas aparecidas en Tanit I, y el número de las tumbas más antiguas. Este factor debió de tener una mínima incidencia; b) La asimilación de elementos autóctonos, que parece claramente indicada por la presencia en las necrópolis de ciertos componentes ajenos a las prácticas funerarias fenicias, como es el uso de ocre rojo para recubrir el cadáver, la posición fetal de los cuerpos, y la aparición de ajuares con cerámica modelada cruda de tradición típicamente neolítica (76). La incidencia de este factor en el desarrollo demográfico de la ciudad nos es imposible de precisar, aún cuando todo hace sospechar que no debió ser muy fuerte; c) Por último, -el más importante de los tres, así como el mejor documentado- la llegada de gentes procedentes de las ciudades fenicias orientales y probablemente, de otros estados sirios, que escapaban de la amenaza que implicaba la ocupación militar asiria.

#### b. Formación de una personalidad propia.

La ciudad de Cartago sufrió un gran desarrollo demográfico y urbano durante los siglos VII y VI a. J.C. a la vez que mantuvo buenas relaciones comerciales con el mundo griego, particularmente con las colonias de Sicilia y el Sur de Italia. Por lo que se refiere a las relaciones de la ciudad norteafrí-

cana con su metrópoli sabemos, por las fuentes, que Cartago en viaba periódicamente, ya desde los primeros tiempos de su historia, una embajada portadora de una ofrenda al templo de Melkart, en Tiro (77).

En lo que se refiere a la actividad desarrollada por Cartago durante este periodo no parece que la ciudad haya emprendido una actuación de cierto alcance en el Mediterráneo - por lo menos hasta mediados del siglo VI a. J.C. Diodoro de Si cilia nos informa acerca de la fundación en la isla de Ibiza, en el archipiélago de las Baleares, de una colonia cartaginesa hacia la mitad del siglo VII (78), sin embargo, no existe una clara evidencia arqueológica de una ocupación densa del sitio hasta casi dos siglos después (79), lo que no impide suponer - una cierta presencia semita en este lugar que sería utilizado, probablemente, como escala en la ruta de las islas. Materiales recientemente descubiertos que se remontan al siglo VII parecen indicar un conocimiento de Ibiza por parte de los fenicio-púnicos para estas fechas (80). Todo esto nos lleva a pensar en la posibilidad del establecimiento, en primer lugar, de una facto ría en la isla de Ibiza, en torno a la fecha mencionada por - Diodoro, conocida probablemente desde antiguo por los fenicios y que sería utilizada como punto de apoyo en las navegaciones a lo largo de la ruta que, a través de las Baleares, Cerdeña y Sicilia, comunicaba el Mediterráneo Central con las ricas tier res de Occidente. En un segundo momento en torno a mediados - del siglo V a. J.C., la factoría de Ibiza recibió un contingen te colonizador que según la evidencia arqueológica está estrechamente relacionado con Cartago y se diferencia claramente - del resto de los establecimientos fenicios del Mediterráneo Oc cidental.

En Motya, la cerámica cartaginesa hace su aparición hacia mediados del siglo VI a. J.C., fecha en que la Arqueología denuncia una cierta penetración cartaginesa en Cerdeña -

(81). No obstante, en esta última, la aparición de una denominada *facies púnica*, por oposición a la anterior fase arcaica - fenicia, es bastante posterior, no produciéndose hasta comienzos del siglo IV a. J.C. (82). Otros objetos típicamente cartagineses, tales como las máscaras de terracota, así como las "navajas", los huevos de avestruz decorados, hacen su aparición en Ibiza, así como en Motya y Cerdeña a partir de la mitad del siglo VI a. J.C. (83).

Existe pues todo un conjunto de presunciones en favor de la idea de la inexistencia de una activa intervención cartaginesa en el Mediterráneo durante una primera etapa de su historia. Sin embargo, a lo largo de esta etapa de inactividad exterior hacen su aparición en Cartago una serie de indicios - que llevan a pensar en una progresiva formación de un propio mundo local, cada vez más diferenciado de aquél que caracterizaba a la metrópolis y que encuentra su reflejo en otros centros fenicios de Occidente. Así, la llamada cerámica de barniz rojo, de tradición fenicio-chipriota, desaparece totalmente de Cartago en torno al año 600 a. J.C. (84). Las navajas de bronce, si bien tienen algún precedente en Egipto, son desconocidas del mundo fenicio oriental (85), mientras que en Cartago hacen su aparición a partir de la segunda mitad del siglo VII a. J.C. (86). Los huevos de avestruz decorados, o bien trabajados en forma de pequeñas máscaras, para los que tampoco existe ningún precedente fenicio, aparecen durante el siglo VII y son ya abundantes en el siguiente siglo (87). Por las mismas fechas hacen su aparición en Cartago las típicas máscaras de terracota que en determinadas ocasiones ofrecen claros rasgos de influencia procedente del mundo africano (88).

Asistimos por lo tanto durante este período a la aparición de una originalidad creadora que se documenta principalmente en los objetos de uso común y en aquellos dedicados a los rituales religiosos. La diferenciación progresiva de la co

munidad cartaginesa respecto al mundo fenicio oriental, del que en un principio era originaria, es cada vez más patente. Este proceso hacia la formación de una personalidad propia, documentado por los materiales arqueológicos, como acabamos de comprobar, en los caracteres de la vida cotidiana y religiosa de los cartagineses, debe ser sin duda puesto en relación con las propias condiciones que durante esta época de su historia determinaron su evolución particular.

La llegada masiva de inmigrantes orientales debido a las causas arriba señaladas, debió producir un aumento de la cohesión interna entre los habitantes de Cartago en vista de las nuevas necesidades creadas. Las fuentes literarias nos dicen que la ciudad hubo de pagar un tributo a los autóctonos vecinos durante los primeros siglos de su historia (89). La expansión territorial de Cartago por su hinterland africano es, en efecto, tardía. Un aumento rápido de la población implicaba a su vez un aumento equivalente de los recursos alimenticios - que, como ha señalado C.R. Whittaker (90) no podía producir el limitado territorio originario de la ciudad. Nuevas tierras debían por lo tanto ser puestas en explotación y es lógico considerar que los autóctonos, con los que hasta ahora se habían mantenido relaciones más o menos cordiales, no vieran con buenos ojos los intentos de expansión determinados por el aumento demográfico producido.

El auxilio que pudiera prestar la metrópolis en estas condiciones no debía ser mucho ni muy eficaz, si es que en realidad existía. Por su propia configuración geográfica, la Fenicia Oriental no disponía tampoco de tierras de cultivo sin límite (91) y no es muy probable que contara con la existencia - de un excedente de producción agrícola, teniendo en cuenta además las técnicas de explotación empleadas y los difíciles momentos por los que atravesaban aquellas ciudades, acosadas primero por el Imperio Asirio y luego por el nuevo Imperio Babilónico.



Por otra parte, las regiones situadas en torno a Cartago, estaban ocupadas desde antes de la llegada de los fenicios por una población de agricultores sedentarios (92).

Sicilia contaba ciertamente con tierras muy propicias para la agricultura, pero las colonias griegas de la isla llevaban a cabo en esta época un amplio movimiento de expansión territorial y no existe ninguna evidencia de que los centros fenicios a ella hubieran desarrollado una gran política agraria, con anterioridad a la penetración cartaginesa. Esto último puede decirse también con relación a Cerdeña (93).

Todo este proceso que acabamos de describir, la llegada masiva a Cartago de nuevos inmigrantes, la consiguiente demanda de nuevos recursos alimenticios que trajo a su vez la necesidad de una ampliación de las tierras productivas, el conflicto a raíz de esto con los indígenas (94), no se desarrolló por supuesto en un periodo cronológico reducido. Por el contrario, coincide con lo que hemos denominado "siglos oscuros", etapa durante la cual las crecientes dificultades antes señaladas tuvieron la virtud de provocar la aparición de un sentimiento de pertenencia a una comunidad propia, enfrentada a una problemática común que atañía directamente a todos y cada uno de sus integrantes. Tal es lo que arqueológicamente parece indicar el hecho de que durante el siglo VII a. J.C. se produjera por primera vez una unificación general del mobiliario contenido en todas las tumbas de la necrópolis de Cartago (95).

El fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad probablemente documentado en la uniformidad de los ajuares funerarios, se encontraba además indirectamente reforzado por el propio origen de la ciudad, nacida al margen de las líneas generales de la expansión fenicia, como consecuencia de un enfrentamiento en el seno de la casa real de Tiro. Las condiciones internas de su desarrollo fueron los factores que determinaron la aparición de esta comunidad diferenciada culturalmente del resto

de sus hermanas de raza, creadora de una personalidad propia, en la que se mezclaban los elementos tradicionales propios de la cultura fenicia con aquellos otros debidos a su propia originalidad, matizados por las diversas influencias procedentes de Egipto, Grecia y el mundo africano. Y los mejores documentos que atestiguan que en realidad sucedió así son todos estos materiales "típicamente cartagineses" -máscaras, "navajas" cerámica, huevos de avestruz, etc.- que si bien aislados tienen escasa significación, tomados en su conjunto nos informan acerca del nacimiento y evolución de esta personalidad propia del mundo cartaginés que abarca desde las prácticas mismas de la vida cotidiana hasta las creencias religiosas.

c. Situación interna y relaciones con el exterior.

Nacida al margen del planteamiento estratégico-comercial que caracterizaba a la expansión fenicia por el Mediterráneo, Cartago adquirió durante este periodo oscuro de su historia los rasgos que la individualizaban en cierta manera de los demás establecimientos fenicios, tanto orientales como occidentales. Su primera existencia como factoría comercial carecía por completo de sentido, ya que Utica, su vecina de mucha mayor antigüedad cumplía perfectamente este cometido (96). Lo único que diferenciaba los dos asentamientos fenicios es la mejor localización de Cartago de cara a una expansión hacia el interior, por lo que la proximidad de un territorio fértil y de fácil acceso debió de ser una de las principales consideraciones, si no la única, a la hora de elegir el lugar para el nuevo establecimiento (97).

Es muy probable que Elisa y sus acompañantes, si concedemos algún crédito a la tradición, se instalasen en un lugar conocido desde antiguo por los navegantes fenicios. Sea cual fuere el valor que le demos a la información transmitida por Tímeo y Justino acerca de cómo sucedió la fundación de Car

tago, lo cierto es que nos ilustra de la llegada a esta región del N. de Africa de gentes que partieron de Tiro sin espíritu de retorno, éste es: de auténticos colonizadores. El reducido grupo inicial ocuparía las mejores tierras que disponía a su alcance y sus sucesores se convirtieron en la nueva aristocracia de la naciente ciudad (98).

La dependencia que unía a Cartago con su metrópoli, si es que puede hablarse en realidad de una dependencia, no lo fué nunca en el plano político ni económico y se trataba más bien de los lógicos lazos culturales y religiosos. Así es como debe interpretarse la embajada periódica que los cartagineses enviaban, portadora de una ofrenda que constituía la décima - parte del beneficio público, al templo de Malkart, en Tiro, y no como signo de ningún tipo de dependencia política. Esta independencia de Cartago no constituye en sí nada insólito dentro del mundo fenicio; como ha señalado P. Cintas: "...S'il est vrai que Carthage se conduisit comme la véritable métropole de l'Ouest et non fut jamais sous la tutelle de Tyr, ni pour ses entreprises militaires ou commerciales, ni pour le développement de sa propre culture, c'est qu'elle ne fit que poursuivre un comportement qui fut sans cesse celui des cités de Phénicie même qui avaient toutes leur roi, leur autonomie, leur politique personnelle et qui, bien que liées par des intérêts analogues et des sympathies de voisinage ou de ménage, n'en restèrent pas moins toujours étrangères les unes des autres" (99).

En el plano de lo económico no existe tampoco evidencia alguna de una dependencia de Cartago respecto a Tiro. La actuación comercial cartaginesa no parece haberse iniciado con anterioridad de mediados del siglo VII, por lo menos con un amplio alcance, fecha en que se produce el establecimiento de una factoría en la isla de Ibiza.

Quizá pueda resultar sugestivo el que la penetración cartaginesa en Sicilia y Cerdeña sea casi coetánea a las campa

nas de Nabucodonosor en Fenicia y a la interrupción momentánea de la monarquía en Tiro, sustituida por los magistrados - "sufetes"-, lo que indica una cierta conflictividad interna (100). ¿Hasta qué punto se puede atribuir ésto a la existencia de una dependencia de Cartago hacia su metrópoli, la cual aprovecharía la difícil situación por la que atravesaba la tierra madre para sustituirla en su presencia comercial en el Mediterráneo, y no como el fruto del propio desarrollo comercial cartaginés que aprovecharía sin duda lo que no fué sino una favorable coyuntura?. La ausencia de una política exterior cartaginesa hasta comienzos del siglo VI, no hay que buscarla tanto en la decadencia de su metrópoli a partir de estas fechas, como en la propia situación de Cartago que durante todo el periodo anterior ha luchado por consolidar su presencia en Africa.

Durante los primeros siglos de su historia la condición de Cartago no dejó de ser precaria constituyendo una auténtica isla en medio del mundo africano. No tenemos seguridad sobre la fecha en que aparecen las murallas de la ciudad, pero últimamente se consideran tempranas (101). Las fuentes literarias mencionan su existencia por lo menos desde mediados del siglo VI (102), lo cual viene a indicar la existencia de dificultades con los indígenas. En el último tercio del citado siglo los cartagineses no controlaban aún su hinterland africano ya que continuaban pagando un tributo a los libios por el territorio que ocupaban (103). De igual manera en el siglo VII tiene lugar la fundación de un establecimiento en Almuñécar documentada arqueológicamente, y motivada probablemente por la imposibilidad de dar una solución local al excedente de población (104).

Poco es lo que sabemos acerca de las condiciones sociales y de las instituciones políticas de Cartago durante esta época. Recientemente G. Picard ha vuelto a la idea ya mante

nida por K. J. Beloch (105) que considera muy probable la existencia de una monarquía religiosa en los primeros tiempos de Cartago. Tal hipótesis descansa únicamente sobre la historia del origen real de Elisa y en el hecho documentado de la existencia de monarquía en las ciudades de Fenicia. Por el contrario, G. Bunnens (106) apoyándose en un análisis de diversos textos cree que por lo menos durante los primeros momentos, la ciudad estuvo regida por jueces -sufetes-, representantes de la metrópoli. Esta teoría tiene en su contra el que estos magistrados aparecen únicamente señalados en Cartago por fuentes tardías respecto a la época que ahora nos ocupa (107). No obstante, ante la falta de datos sobre los que apoyarnos es del todo aventurado pronunciarse en un sentido o en otro acerca de las instituciones de gobierno de los cartagineses durante los primeros siglos de su historia.

La vocación comerciante y marinera de Cartago parece haber sido tan antigua como su propia existencia como núcleo urbano organizado de cierta entidad, con lo que se suma a las primeras consideraciones territoriales de los colonos de Elisa la vieja tradición del comercio ultramarino inherente a los fenicios, a juzgar por los objetos importados aparecidos en los niveles más profundos del santuario de Tanit y en las tumbas más antiguas. Podemos imaginar, sin mucho temor a equivocarnos que los cartagineses debieron comenzar sus actividades comerciales por el Mediterráneo tan pronto como hubieron creado la infraestructura necesaria para ello. El establecimiento de una factoría en Ibiza constituye un buen límite cronológico a este respecto a la vez que permite sospechar la existencia de un cierto efectivo naval cartaginés. Aún así, el comercio de Cartago durante una primera fase no parece haber sido de gran envergadura.

Debemos considerar también la no descartable posibilidad de la llegada, junto a elementos rurales, de comercian-

tes fenicios y sirios, deseosos al igual que el resto de sus compatriotas de escapar a la inseguridad que reinaba en sus tierras de origen a raíz de la agresiva política desarrollada por Asiria. Una parte de la flota habría llegado con todos estos inmigrantes. A este respecto, puede resultar interesante la presencia de ritos de inhumación e incineración en las necrópolis arcaicas de Cartago (108). Los primeros se localizan en el cementerio de Demerch, mientras que los segundos son propios del de Junon, desapareciendo al extenderse ésta última necrópolis durante el curso de los siglos VII y VI a. J.C. En opinión de P. Cintas, la práctica de la inhumación sería propia de elementos de vida sedentaria que en sus lugares de origen disponían de espacio suficiente para construir amplias sepulturas, mientras que la incineración correspondería preferentemente a los marineros, originarios de pequeñas islas con poco espacio para la ubicación de grandes cementerios. Quizá esto podría confirmar la llegada de gentes acostumbradas a la vida en el mar, con sus actividades económicas centradas en torno a este, con sus propios enterramientos diferenciados de los sedentarios, y que, con el paso del tiempo, fueron alterando sus ritos sepulcrales en virtud de una serie de influencias que nos son difíciles de precisar (109).

Parece lógico pensar que las dificultades territoriales de los cartagineses durante estos siglos tuvieron el efecto de dirigir sus intereses de una manera fundamental hacia las actividades marítimas, y en concreto al comercio en ultramar (110), de antigua tradición entre todos los fenicios. La creación de una industria púnica cuyo excedente fuera comercializable, y que está documentada en el caso de la cerámica para el segundo cuarto del siglo VII, pero que no se produce en otros sectores hasta el VI (111), no era requisito indispensable si tenemos en cuenta el carácter de intermediario, tradicional en el comercio fenicio.

Aunque Cartago continuaba siendo sin duda una escala utilizada por los navegantes fenicios en sus viajes hacia Occidente, la ciudad parece haber podido desarrollarse perfectamente una iniciativa comercial propia con una total autonomía, según toda evidencia, a partir de comienzos, por lo menos, del siglo VII a. J.C. De hecho parece una explicación en excesivo simplista el atribuir a iniciativas externas la totalidad de los objetos importados aparecidos en Cartago a partir de estas fechas (112).

Parece evidente que en una primera fase de su desarrollo, el comercio cartaginés estaría reducido a un círculo bastante limitado que se iría ampliando con el tiempo. A este respecto, la ocupación de Ibiza tuvo el efecto de ensanchar el horizonte comercial de Cartago hacia Occidente, aproximándole de un modo más directo a las zonas productoras de metales, eliminando de paso los posibles intermediarios. En este sentido, la aparición de Baria (Villarivos) en un momento un poco anterior al siglo VI es de gran significación y creemos que debe interpretarse como un asentamiento de carácter cartaginés, claramente diferenciado, por sus materiales, del resto de las factorías fenicias de la Península Ibérica y que nos estaría informando acerca del interés mostrado por Cartago sobre los productos mineros del sureste hispano (113).

Los beneficios económicos producidos por el comercio de ultramar, centrados principalmente en la importación de metales procedentes de Occidente y de cereales de la rica región de la Sirte determinaron la formación, durante este periodo - que ahora estudiamos, de una aristocracia financiera en el seno de la ciudad, que impedida de conseguir su status sociopolítico mediante la posesión de tierras había volcado sus actividades hacia el comercio marítimo de gran envergadura.

### 3. EL PERIODO ARCAICO. SIGLO VI.

Lo que hemos dado en llamar época oscura de la historia de Cartago finaliza al aparecer, durante el siglo VI, las primeras referencias literarias proporcionadas por los autores griegos. Estas fuentes son, sin embargo, tardías, siendo los acontecimientos que narran los que se refieren al periodo ahora inaugurado y que denominaremos arcaico por oposición a la etapa anterior, así como a la siguiente, en la que se consolida la expansión cartaginesa por el Mediterráneo. Las primeras noticias literarias que poseemos acerca de Cartago presentan - por lo demás, una coincidencia con la generalización de los materiales arqueológicos de caracter propiamente cartaginés en Sicilia y Cerdeña. (114).

#### a. Malco. El comienzo de la Dinastía Magónida y la intervención en el Mediterráneo Central.

Hacia el tercer cuarto del siglo VI a. J.C. hay que situar la presencia en Cartago de un tal Malco, cuya existencia conocemos únicamente mediante un texto de Justino (115). Este general cartaginés había realizado una serie de campañas militares por Africa, Sicilia y Cerdeña, según la información del epitomista de Tiro-Pompeyo. Un intento fallido de instaurar la tiranía le habría acarreado la muerte. Bien que el nombre de Malco, que no es sino una simple corrección de las diferentes variantes con que aparece mencionado este personaje en los diversos manuscritos (116), haga alusión simplemente a la existencia de un título real -MKL significa rey en lengua púnica-, como quiere Picard (117), o que por el contrario se trate de un auténtico nombre de persona, lo cierto es que este misterioso individuo es desconocido por otras fuentes, tales como Heródoto y Diodoro.

Lo mismo puede decirse acerca de Magón, sucesor de -

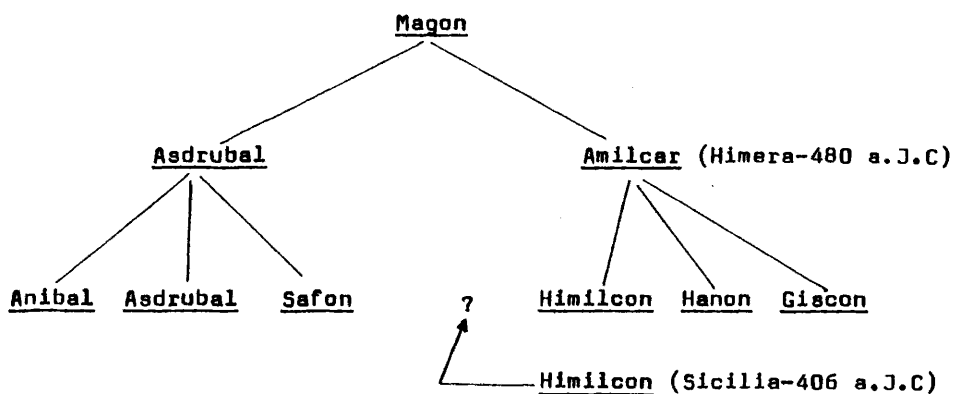


Malco, al frente de la política exterior cartaginesa, según Justino (118) y que también según este autor fué el fundador de la potencia militar de los cartagineses. Su dos hijos, Asdrúbal y Amílcar llevaron la guerra en Africa y Cerdeña y a la muerte del primero en esta isla, el segundo habría llevado la intervención militar de Cartago a Sicilia (119). Este Amílcar parece haber sido el mismo, según los detalles de su muerte - que équel que fué derrotado en Himera en el año 480, del cual Diodoro desconoce sus antecesores, limitándose a señalar que fué elegido general en virtud de sus muchos méritos (120). Por su parte, Herodoto le hace hijo de un tal Hanon del que señala que estaba casado con una siracusana (121). Ante todo esto no es fácil suponer que este historiador hubiese confundido el nombre de Magon, con el de Hanon, como pensaba Gsell, aún cuando hay una cierta similitud, ya que por los detalles que proporciona, su narración parece estar muy bien documentada (122), al igual que nada nos induce a sospechar, como también se ha argumentado, que este último fuera el segundo hijo, en realidad, de Magon y no el llamado Amílcar, tal y como señalaba Justino, que sería en este caso su nieto. Justino solo conocer un Hanon y este es precisamente hijo de Amílcar (123).

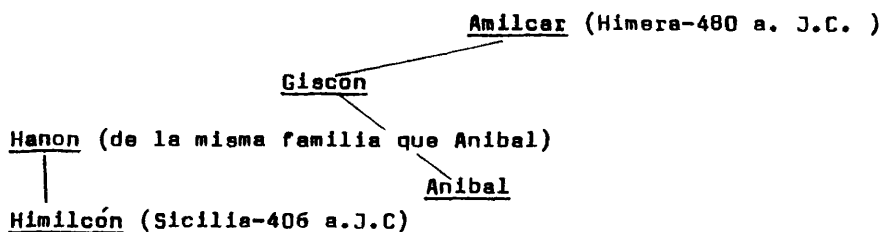
Antes de seguir adelante, con el fin de facilitar al lector la identificación de los personajes mencionados por nuestras fuentes así como sus lazos de parentesco, es preciso presentar una tabla de sus genealogías tal y como podemos reconstruirlas a partir de las informaciones que los autores antiguos nos han proporcionado:

.....

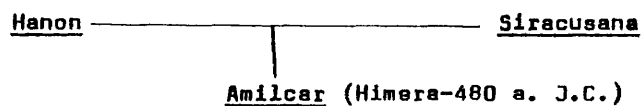
LOS MAGONIDAS SEGUN JUSTINO



LA FAMILIA DE AMILCAR SEGUN DIODORO DE SICILIA



LA INFORMACION DE HERODOTO



Un simple golpe de vista sobre estas genealogías nos revela la fácil tentación que supone para el investigador el -completarlas unas con otras, -salvando la incompatibilidad de la noticia de Heródoto, y el hecho de que tales nombres no debieron de ser raros, sino frecuentes, en Cartago-, hasta formar una lista dinástica completa.

En efecto, Justino menciona tres hijos de Amilcar: Hanon, Giscon e Himilcon. En el epígrafe siguiente, y sin señalar su parentesco, se menciona a un otro Himilcón que según -nuestro autor había sucedido a Amilcar en la guerra de Sicilia (124). Por los detalles que contiene su narración haciendo referencia a la epidemia que mermó su ejército, así como a su -posterior suicidio en Cartago, este general parece ser el mismo que aquel otro Himilcón, que según Diodoro combatió en Sicilia en el año 406 a. J.C. (125). Ahora bien, según este último autor, la guerra en Sicilia había sido reemprendida en el 410 a. J.C. por un tal Anibal, hijo de Giscon y nieto de Amilcar, el general vencido en Himera. Este general a causa de su avanzada edad habría dejado posteriormente el mando de las operaciones a Himilcon, hijo de un tal Hanon y de la misma familia que él (126).

Justino nada sabe de este Anibal, que según Diodoro reemprende la guerra en Sicilia en el 410 a. J.C. Respecto a Hanon, el padre de Himilcon, que habría de sucederle en el mando, según Diodoro, Justino menciona un personaje de este nombre tal y como hemos visto, hijo de Amilcar derrotado en Himera. También menciona a un Anibal, que junto con Asdrubal y Saffon fueron los hijos de un otro Asdrubal, que a su vez era el otro hijo de Magon (127). No parece posible debido a una cuestión simplemente temporal, que este Anibal, hijo de Asdrubal, sea el mismo que menciona Diodoro como reiniciador de las hostilidades cartaginesas en Sicilia, en el año 410, si consideramos que su tío Amilcar habría muerto en Himera en el 480 a. J.C.

Sobre todas estas noticias tan fragmentarias y hasta en alguna ocasión contradictorias, se ha reconstruido la hipotética dinastía de los Magónidas, a la que se le ha venido atribuyendo la dirección de los asuntos de Cartago durante tres generaciones (128). Recientemente, L. Maurin piensa, por el contrario, que el poder de esta familia no se eclipsó tras el desastre sufrido en Sicilia en el año 480 (129), como generalmente se venía creyendo, sino que existen numerosos indicios que permiten considerar que la dinastía continuó ejerciendo su influencia política durante bastantes décadas después (130).

Tal y como se desprende de nuestras fuentes y principalmente de Justino y Diodoro, los primeros nombres conocidos en la historia de Cartago, después de aquellos de los fundadores de la ciudad, van unidos a intervenciones militares en - Africa, Cerdeña y Sicilia. A menudo se ha interpretado esto como el signo evidente de un sentimiento imperialista que caracterizaba ya a los primeros dirigentes conocidos de Cartago y - que habría de llevarles a un enfrentamiento inevitable con los otros pueblos, y fundamentalmente con los griegos de Sicilia.

Los textos griegos comienzan a proporcionarnos noticias sobre los cartagineses a medida que estos comienzan a desarrollar una presencia militar en Sicilia. Como la existencia de Cartago es bastante anterior, esta falta de información sobre sus actividades viene a demostrar, por tanto, la poca importancia que, desde el punto de vista de los griegos, tenía la actuación cartaginesa en el Mediterráneo durante el periodo anterior a los primeros conflictos. Sin duda, esto no debe achacarse a la escasa importancia que tuviera la ciudad en sí, ni a una falta de su presencia en el Mediterráneo, que está documentada desde mitad del siglo VII a. J.C. Por el contrario, se debe al hecho de que sus relaciones con los otros pueblos estaban caracterizadas, como buenos fenicios, de un modo fundamental, por los intercambios comerciales.

Los griegos, para quienes en un principio los comerciantes cartagineses no debieron diferenciarse en nada de los otros comerciantes fenicios, conocidos por ellos desde antiguo, no vieron en sus actividades, como es lógico, nada excepcional, sino únicamente la existencia de un hecho que ya les era familiar. Homero nos ilustra acerca de las actividades comerciales de los fenicios en el mundo griego y sus noticias no permiten en ningún momento mantener la impresión de que esté - refiriéndose a un acontecimiento extraordinario, sino a una - práctica habitual, por lo menos para su época (131).

El comercio de Cartago con Grecia se encuentra documentado arqueológicamente, como ya hemos visto, sobre todo a - partir del siglo VII a. J.C. por la aparición de vasos griegos importados en las necrópolis de la ciudad. Sicilia jugó sin duda un importante papel en todos estos contactos como indica la misma evidencia arqueológica y aún literaria (132). Relaciones económicas de este tipo parecen haber sido muy probables entre Cartago de un lado e Himera y Selinunte por otro. Si, como ya hemos visto, existe un componente helénico en centros como Motya, Panormo y Solunto que permite sospechar la existencia de comunidades griegas en aquellas ciudades fenicias durante el - periodo arcaico, lo mismo puede decirse a la inversa, como en el caso de Selinunte, donde la arqueología ha documentado la - presencia de un grupo fenicio residiendo en la ciudad. Por lo demás, en el siglo VI es cuando más estrechas aparecen estas - relaciones; fecha en que asistimos al inicio del supuesto imperialismo antihelénico de Cartago. Por si pudiera resultar significativo recordemos que el padre del general cartaginés derrotado en Himera en el año 480 estaba casado con una siracusana (133).

Todo lo expuesto parece indicar claramente la ausencia de una política expansionista por parte de Cartago que hubiera podido perjudicar los intereses de las ciudades griegas

de la Magna Grecia y Sicilia, y cuyo recuerdo se habría conservado, como de hecho ocurrió después, transmitiéndose en las - fuentes literarias. Ciertamente existen algunas oscuras noticias recogidas por Pausanias, Heródoto y Diodoro que en algunos puntos podrían indicar una correlación con las campañas militares de Malco y las de los hijos de Magon, de las que nos informa Justino.

En los comienzos del siglo VI, la intervención de Pentatlo en la parte occidental de Sicilia provocó una reacción de los fenicios (134) a los que no podemos atribuir la única responsabilidad del conflicto, por lo demás, muy localizado. La - penetración en el territorio de los Elymeos, a los que unían - fuertes lazos de amistad con los fenicios de Motya (135), motivó la intervención de éstos últimos en ayuda de los primeros, que habrían requerido su auxilio. Una intervención cartaginesa en este suceso debe ser excluida, tal y como acertadamente señala V. Merante, y aún así la participación fenicia en el acontecimiento que enfrentó a los autóctonos con los recién llegados griegos debió de ser realmente secundaria (136).

En el último cuarto del siglo VI tenemos noticias sobre la expedición del espartano Dorio que, tras fundar una colonia en la Sirte, de efímera vida, pasó a Sicilia donde fundó otra junto al monte Eryx, entrando en conflicto con los Elymeos y los cartagineses. Tras una corta existencia, la colonia africana de Dorio fué destruida por una acción conjunta de los autóctonos y Cartago (137). Dejando a un lado una probable participación de elementos púnicos procedentes de Leptis, que se vería más directamente afectada por el establecimiento de la colonia espartana, la participación cartaginesa en este suceso debe ser puesta en relación con el evidente peligro que suponía la presencia de los espartanos en un lugar situado de pleno en la ruta que aseguraba las relaciones comerciales con Egipto, y el importante abastecimiento de cereal procedente de esta re

glón costera del Norte de Africa, en un momento en que Cartago aún no había logrado una expansión profunda por el hinterland que le asegurara el suministro necesario (138). No cabe duda de que Cartago consideraba vital mantener el control sobre es ta zona que aún no había colonizado y en la que sólo contaba con puntos avanzados como Leptis y Sabratha. La importancia de la región de los emporios queda manifiesta en el tratado con Roma del año 509 a. J.C. en el que expresamente se prohíbe la navegación más allá del Bello Promontorio -el cabo Bon-, es de cir, hacia el Este de Cartago (139). La presencia permanente de intrusos en esta costa podría significar además la amenaza de la piratería, forma de adquisición institucionalizada y en -démica en la época.

Tras el fracaso de su intentona africana, Dorio pasó a Sicilia en donde como ya hemos mencionado, estableció una - nueva colonia, Heracleia, dentro del territorio elymeo y que - pocos años más tarde fué destruída por cartagineses e indíge- nas (140).

El núcleo del problema reside en si debemos atribuir esta noticia de Diodoro de Sicilia a la sola iniciativa de una Cartago celosa de mantener su hegemonía sobre los centros feni cios de Sicilia, amenazados por la política antipúnica de Do- rio, o si, por el contrario, aquella no hizo sino participar - dentro de un frente común formado por todos los directamente - amenazados: fenicios y autóctonos, y en el que no era sino uno más entre todos.

En el estado actual de nuestros conocimientos no es posible afirmar la existencia de una hegemonía cartaginesa so- bre los fenicios de Motya, Panormo o Solunto, aún cuando Carta go había alcanzado un mayor desarrollo que los pequeños centros de Sicilia (141). Por lo demás, observamos que la reacción va dirigida contra unos recién llegados, promotores de una agresiva política antipúnica y no contra ninguno de los establecimien

tos griegos existentes, que dicho sea de paso, prestaron poco o ningún apoyo a sus hermanos de raza a la hora decisiva. La coalición Dorio-Himera-Selinunte fué efímera y en los últimos años del siglo VI y primeros del V, encontramos ambas ciudades regidas por gobiernos filopúnicos. (142).

Las fundaciones de Himera y Selinunte no habían provocado ningún tipo de reacción hostil por parte de los fenicios y aún menos de los cartagineses. Además, como hemos visto, están bien documentadas por ambas partes relaciones comerciales junto con la presencia de comunidades griegas en centros fenicios y viceversa. Tanto en el caso de Pentatlo, como en el de Dorio, el conflicto se produjo como reacción a la agresiva política de ambos en el área occidental de Sicilia, perjudicando directamente a los Elymeos y a sus amigos fenicios, e indirectamente a Cartago que veía peligrar el libre acceso a determinados puertos de la isla. Tal y como piensa M. J. Finley: "The first faint heint of conflict can be dated to about 580 and then the sole responsibility must be assigned to greeks, not phoenicians" (143). Tanto este suceso como el posterior, no expresan en modo alguno la existencia de una política expansionista en Sicilia por parte de Cartago, o de las otras ciudades fenicias, en detrimento de los intereses griegos. Unicamente cabe hablar de una voluntad de autodefensa.

En Cerdeña también tenemos noticias de una presencia militar cartaginesa durante el siglo VI y comienzos del siguiente (144). Las campañas de Malco en esta isla y la posterior intervención Magónida que narra Justino podría quizás justificar se por la presencia de los focenses y sus actividades piráticas en Alalía y Olbia, a partir de mediados del siglo VI a. J. C. Sin embargo, después de la batalla de Alalía, en el 535 es tos dos centros griegos no desaparecen y las importaciones de- nuncian la existencia de relaciones comerciales y, por tanto, de una vida económica de cierta envergadura. Y es que la bata-



lla de Alalía no tuvo más significación que un esfuerzo conjunto de cartagineses y etruscos por terminar con la piratería focense que infestaba el Tirreno y suponía poderosas trabas a las actividades comerciales de ambos pueblos (145).

La Arqueología ha documentado en Cerdeña diversos signos de destrucción y consiguiente restauración en las fortalezas fenicias del interior (146). Tales signos se presentan - por ejemplo, en Monte Sirai y su datación oscila en un período cronológico comprendido desde el siglo VII hasta el VI a. J.C. Sin descartar del todo una indirecta participación focense, cuya evidencia no aparece ni muchos menos clara, la responsabilidad de estas destrucciones parece que debe recaer sobre los indígenas sardos. Los signos de violencia son patentes no en las factorías y ciudades costeras, sino en las fortificaciones del interior de la isla.

Que Cartago tenía intereses, por lo menos desde el siglo VI, en los puertos de comercio de Cerdeña, se demuestra en el tratado con Roma del 509 a. J.C., en el que se estipula que las transacciones deberán efectuarse en presencia de funcionarios púnicos que ofrecerán las oportunas garantías. Esta actividad económica no implica ningún otro tipo de presencia y de hecho la colonización cartaginesa de la isla es bastante posterior (147).

#### b. ¿Reyes o sufetes?

La discusión en torno a la naturaleza del poder de los Magónidas se ha centrado, de una manera principal, en dos posiciones opuestas. De una parte se encuentran aquellos que les otorgan un cargo de altos magistrados civiles (sufetes) entre los que ya destacó S. Gsell y más recientemente B.H. Warrington, entre otros (148). En la parte contraria se sitúan aquellos investigadores que los consideran revestidos del po-

der de la realeza y suponen la existencia de unas instituciones de tipo monárquico. Tal era ya la opinión de J. Beloch y más recientemente de G. Picard (149). Este último autor ha se Malado que en todos los textos griegos Magon y sus sucesores reciben el título de Basileus, lo cual, además de no ser del todo cierto, tampoco es muy significativo. Hablando de Amilcar, el comandante del ejército púnico en la batalla de Himera del año 480 a. J.C., Diodoro nos dice que fué escogido general a causa de sus méritos (150). En otras ocasiones son mencionados únicamente en su cargo de generales (151). Justino, al hablar de Magon y sus sucesores, en ningún momento les otorga el título propio de la realeza y sí el de imperator, característico del mando militar que es el que se encuentra mejor definido en las actuaciones conocidas de los Magónidas. Sin embargo, - Orosio, refiriéndose a Himilcón, el general del ejército púnico en Sicilia en el año 406, le otorga el título de rey (152).

Si concedemos toda credibilidad a las noticias proporcionadas por Justino respecto a la existencia de los Magónidas y a su poderosa influencia en los asuntos de Cartago, como generalmente se admite, resulta extraño comprobar la ausencia to tal en su narración de cualquier tipo de mención relacionada - con la existencia de un sistema monárquico. Si, por el contrario, negamos su autoridad, la dinastía de los Magónidas se cae por su propio peso (153).

La primera vez que aparece el título de Basileus en los textos es al respecto de Amilcar que luchó y murió en Himera en el 480, derrotado por Gelon, Tirano de Siracusa. No te nemos absoluta certeza de que Herodoto no lo haya empleado - aquí para designar al jefe supremo del poder ejecutivo de Cartago, lo cual es un caso frecuente de la interpretatio graeca. Una cosa queda bien clara en su narración: la sucesión no era en modo alguno hereditaria, ya que especifica que Amilcar fué escogido a causa de su valor (154). Diodoro al hablar de Ani-

bal, que reemprendió la lucha en Sicilia en el 410 nos documenta acerca de la ocupación del cargo y lo mismo para su sucesor Himilcon, que al igual que él fué elegido "de acuerdo con la - Ley". Pero, como además éste último no era hijo del anterior, la sucesión en el poder no se nos aparece como en absoluto hereditaria (155). Todo esto nos ilustra acerca de la existencia en Cartago de un procedimiento legal para elegir al "primero de los ciudadanos", como a veces son llamados en los textos, - los Magónidas.

Sin embargo, en Tiro, al igual que en las otras ciudades fenicias, era la monarquía el sistema político vigente en un principio y es lógico pensar que en los primeros momentos, los fenicios de Cartago tratarían de imitar el modelo político de la metrópoli. Si una mujer pudiera ser reina, indudablemente Elisa sería reina de Cartago. En caso de que no pudiera serlo, es probable que Cartago comenzara su historia gobernada por un Consejo que oíría de manera especial la voz de Elisa, según parece vislumbrarse por la influencia de Elisa en los primeros momentos de Cartago. Pero con todo, parece que la monarquía deja de existir en todas las ciudades fenicias en un momento determinado, cediendo el puesto a una oligarquía representada por un Consejo y magistrados sufetes, encargados del poder ejecutivo. Lo mismo podía haber ocurrido en Cartago, si admitimos que ésta se constituyó desde un principio como una monarquía.

Todos aquellos personajes de la historia de Cartago que se caracterizan por haber dirigido la actuación militar exterior cartaginesa no gobernaban, según parece, en virtud de un derecho propio. Sus facultades debían girar, sobre todo, en torno a la esfera militar y a la religiosa, esto último indicando muy probablemente por los sacrificios realizados por el propio Amilcar durante la batalla de Himera (156). Sin embargo, es difícil discernir hasta que grado monopolizaban en sus personas el poder militar y religioso, aún cuando parece que los

miembros de un reducido círculo de la aristocracia hayan llevado el peso de la política exterior de Cartago durante bastantes décadas.

Por lo que se refiere a la autoridad política, si bien es cierto que debieron gozar de mucha influencia, no parecen detentarla en régimen de monopolio personal, por lo menos para cuando nuestras fuentes comienzan a ser más explícitas. Cuando en los últimos años del siglo V a. J.C. Dionisio de Siracusa decide declarar la guerra a Cartago, envía su decisión ante la asamblea -gerusia es la palabra empleada por Diodoro- de la ciudad y no a uno u otro Magónida. De la misma manera en el primer tratado entre Roma y Cartago del año 509, nadie habla en nombre del pueblo cartaginés, como sería de esperar en el caso de que el ejercicio del poder se concentrara en una sola persona (157).

Contrariamente a lo que afirma G. Picard, existen textos que demuestran la existencia de la magistratura de los sufetes en Cartago en un periodo no muy tardío. Tales documentos tienen la particularidad además de ser inscripciones cartaginesas y no noticias transmitidas por algún autor griego - que hubiera podido deformar su contenido. Una inscripción del santuario de Tanit que remonta a la primera mitad del siglo IV a. J.C., proporciona la larga genealogía de su dedicante que se remonta, durante dieciséis generaciones a los mismos orígenes de la ciudad. Pues bien, dejando a un lado la veracidad o no de su supuesta ascendencia, el antepasado de la cuarta generación es denominado como sufete. Basándonos en un cálculo - aproximado de generaciones de treinta años resulta que este magistrado ejerció su cargo durante los años comprendidos entre el último tercio del siglo VI y el primero del V a. J.C.

Pero este documento epigráfico no se encuentra alado, sino que por el contrario contamos con un centenar aproximado de inscripciones de este tipo, en las que dentro de la ge

nealogía del oferente aparece mencionado algún sufete. El problema reside en precisar si debemos atribuir a esta denominación el rango de supremos magistrados del Estado, o bien el de simples jueces, como han señalado Gsell y M. Sznycer (158). - Por otra parte, una cosa es bien cierta, no poseemos ningún documento púnico en el que aparezca mencionada la palabra MLK, utilizada para designar el concepto de realeza, en relación con las instituciones cartaginesas.

Aún así, dos inscripciones más, procedentes de Cartago, sobre las que recientemente ha llamado la atención C. Krehmalkov en un artículo destinado a demostrar la existencia de la magistratura de los sufetes durante el siglo V, terminan de redondear la evidencia. La más temprana se sitúa cronológicamente en torno al año 450 a. J.C. y aunque solo se conserva parte del texto, nos proporciona la fecha en que se erigió el monumento; en el vigésimo año de Ypt Ytm bqrthdYt, la magistratura de los sufetes de la ciudad (159). La segunda de estas inscripciones se fecha en el año 406 a. J.C. y contiene un breve relato de la batalla de Agrigento. La fórmula de la fecha es característica del año epónimo republicano, fijado según la magistratura de los sufetes que ejercieran el cargo. Pero, además, los comandantes del ejército púnico, Aníbal e Himilcon, no son denominados con el título mlk -"rey"- sino que la fórmula empleada es la de rb, cuyo significado es el de "general". Lo mismo sucede respecto a sus predecesores Giscon y Hanon (160).

El argumento esgrimido por Picard, según el cual en el nombre de Malco se esconde ya la raíz mlk y que esta misma raíz aparece en la inscripción bilingüe de Pyrgi, refiriéndose a la situación de Thefario Velinus en la ciudad de Caere, no es, en modo alguno, convincente (161). El ejemplo de Malco no es válido, ya que este nombre es una corrección, generalmente aceptada, de las diversas variantes con que aparece mencionado este misterioso personaje en los manuscritos de Justino, y na-

da certifica su autenticidad. Por lo que respecta a la inscripción aparecida en Pyrgi, redactada en lengua etrusca y púnica (162) y que contiene en esta última versión del texto la expresión "reinando sobre Caere" -LMKY-, para definir la situación de Veluinas en la ciudad, nada indica que los púnicos, si es - que el redactor lo era, y no etrusco, lo cual no es fácil de - averiguar, hayan empleado la raíz mlk, como quiere el autor, porque para ellos significaba la plenitud de la soberanía. El redactor se ha servido de ella para indicar la posición del dirigente etrusco y es perfectamente posible que lo haya mencionado "reinando" aún cuando él, personalmente, perteneciera a una comunidad dotada de un estado republicano. En este sentido, es aceptable la opinión de J. Ferron para quien la expresión "reinando sobre Caere" tuvo por motivo oponer el régimen ejercido por Veluinas a aquel de los magistrados anuales propios de Cartago (163), y estos últimos, como acabamos de ver, están perfectamente documentados. También es probable que "the carthaginians used the word "melek" in the manner of the greeks, who called indifferently "basileis" all the barbarian chiefs with whom they came into contact. "Melek" then would nor mean anything more than the supreme authority in Caere", como bien afirma J. Heurgon (164).

Sea cual fuere la situación en la ciudad etrusca, lo importante para nosotros es que Cartago se configura, por lo menos desde comienzos del siglo V, como una república. Los dirigentes que toman parte en las guerras de Sicilia y en la expansión por Africa no son reyes sino generales pertenecientes a una poderosa e influyente facción de la aristocracia que controla los mecanismos legales de acceso al poder, tanto en el plano civil, como en el militar. El que sean o no miembros todos de una sola familia, la de los Magónidas, lo cual no es descartable, ni se puede afirmar tampoco, es lo de menor importancia. Lo importante es que su poder superaba el de muchos reyes, concentrando en pocas manos las magistraturas civiles y militares y amenazan

do de esta manera, tal y como dice Justino, la libertad del Estado (165).

c. La expansión focense y la alianza con los etruscos.

Existe toda una corriente dentro de la historiografía moderna, por lo demás hasta hace poco generalizada, según la cual la actuación cartaginesa en el Mediterráneo estuvo motivada por el fin último de expulsar a los griegos de las rutas que mantenían el comercio marítimo entre Oriente y Occidente. Como consecuencia se supone una hostilidad inicial hacia los griegos desde el mismo momento en que estos comienzan su expansión mediterránea.

La batalla de Alalía es a menudo invocada como la muestra patente de este conflicto inevitable que habría de enfrentar a griegos y púnicos por la salvaguardia de sus mutuos intereses encontrados (166). Esto supone la concepción de dos bloques monolíticos opuestos girando cada uno de ellos en torno a unos mismos intereses que en momento alguno se pueden identificar con los del bloque contrario. Tal idea es a nuestro juicio equivocada y nos responde a los diversos datos que apuntan, más bien, hacia una realidad muy diferente. A una nueva visión que va abriéndose camino dentro de la moderna historiografía, han contribuido especialmente los trabajos de aquellos investigadores acerca de la parcialidad que subyace en las tradiciones literarias conservadas, y que con una nueva lectura de las fuentes literarias intentan conjugar, desde nuevas ópticas, la información extraída de la crítica de los textos con los nuevos documentos arqueológicos, que a menudo obligan a una reconsideración de muchas de las soluciones planteadas.

En realidad se ha concedido en muchas ocasiones demasiada importancia a los acontecimientos bélicos recordados por nuestras fuentes, exagerando su significación en menosprecio de otro tipo de relaciones como las políticas, las comerciales, e,

incluso, las culturales. También se ha exagerado, en virtud de unos pocos datos aislados, la configuración de las distintas - fuerzas presentes en el mundo mediterráneo antiguo, concibiéndolas como grandes bloques étnicos globalmente aliados o enfrentados.

La evidencia arqueológica y epigráfica nos muestra como la convivencia entre griegos y púnicos en Sicilia durante el periodo arcaico es una realidad incuestionable, al margen de - episodios aislados provocados la mayor parte de las veces por - las ambiciones de aventureros poco escrupulosos. Ni la fallida intentona de Pentatlo ni la de Dorio provocaron el fin de las relaciones amistosas entre las dos partes, fundamentadas a la vez por la complementación de los mutuos intereses económicos. No faltan quienes opinan que las primeras monedas de Himera es-taban acuñadas con plata hispana comercializada por los feni-cios (167).

En Cerdeña algunos documentos aislados, no muy nume-rosos por hoy, permiten entrever una cierta presencia jonia en la isla, cuyo caracter y consecuencias son de momento, difíci-les de determinar. Tales son las cerámicas de estilo jónico de la villa Nurágica de Monte Olladiri, a unos veinte kilómetros al norte de Cagliari, fechable en torno al 560-535 a. J.C., una posible influencia jónica sobre algunos edificios de este cen-tro indígena, algunos fragmentos de cerámica en bandas de "estilo jónico" procedentes de Cuccuru Nuraxi, igualmente en las proximidades de Cagliari, dos copas jónicas procedentes de Tharros, hoy en el British Museum, y otras dos copas jónicas del Museo de Cagliari, una procedente de aquel último lugar y la otre de Monte Sirai (168). F. Barreca, excelente conocedor de la arqueolo-gía de Cerdeña, cree que si bien es posible hablar de la exis-tencia de dos colonias griegas en la isla, Olbia y Ogryté, la vida de estos establecimientos no ha podido ser más que muy efí-mera (169). Quizá habría que responsabilizar de ello a la expe-



dición de Malco, como quiere V. Merante, que justifica la empre sa militar de Cartago en Cerdeña por la presencia de los focen ses en el Mediterráneo Occidental (170). ¿Habría que pensar en una intervención bélica destinada a sofocar la inquietud de los indígenas provocada por la presencia indeseada de los griegos? De todas formas, nada nos impide considerar que no se haya podi do tratar al igual que en los casos conocidos de Sicilia, de un hecho aislado destinado a hacer frente a una agresión no justifi cada.

Hacia mediados del tercer cuarto del siglo VI a. J.C. y según testimonio de Heródoto, se produjo frente a Alalía, en Córcega, un enfrentamiento naval entre cartagineses y etruscos, por una parte, y griegos focenses por la otra, que años antes habían fundado una colonia en la mencionada localidad (171). An teriormente, en torno al 600, los focenses habrían establecido otra colonia, Massalia, situada en la desembocadura del Ródano en el litoral de la Provenza, en un lugar en el que la Arqueolo gía ha detectado la existencia de contactos comerciales púnicos y etruscos, materializados por la presencia de los oinchoes - ánforas y bucceros de los primeros y las ánforas de los segun dos (172). La fundación de Ampurias, más al sur, sobre el lito rel catalán, que parece poder fecharse en los primeros años del siglo VI a. J.C., se realiza en una región donde igualmente tam poco faltan trazos de este comercio (173).

Ningún esfuerzo parece haber sido realizado por fenicios, cartagineses o etruscos con el fin de impedir el acceso o el establecimiento de los focenses en unos lugares teóricamente situados dentro de unas cerradas áreas de influencia. Por el con trario, como señala J.P. Morel, la constatación que se impone a la luz de la información procedente de los más recientes investi gadores, es la de que, durante decenios, diversas corrientes co merciales coexistieron y se entrecruzaron (174).

De la misma manera, no parece que haya existido ningú

na sería traba para la fundación de Alalía en Cprcega, y el famoso conflicto solo surge en un periodo posterior.

Existen indicios suficientes que permiten reinterpretar la batalla de Alalía, así como sus pretendidas consecuencias en el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo Occidental. El mencionado combate naval, en el que por cierto no intervinieron los massaliotas -hecho insólito, si lo que se jugaban eran los intereses de los focenses en el Mediterráneo- no puede seguir invocándose por más tiempo como la prueba evidente de la incompatibilidad de la actuación económica de púnicos y etruscos, por un lado, y griegos por el otro. Heródoto, es, por lo demás, explícito respecto a las causas que provocaron el enfrentamiento: la piratería de los griegos focenses establecidos en Alalía que perjudicaba sin duda las actividades comerciales de etruscos y cartagineses (175).

El resultado adverso a los griegos de la batalla de Alalía no supuso, y esto cada vez parece más evidente, trauma alguno para las actividades comerciales desarrolladas por los focenses en Occidente. Y una vez más se considera la necesidad de dejar de pensar en términos de bloques étnicos monolíticos. En este sentido, los lazos económicos, que pudieron justificar una identidad de intereses, dentro del supuesto bloque focense no ha existido nunca, y si bien es cierto que el mundo focense de Occidente parece haber mantenido durante todo el periodo arcaico una cohesión que se manifiesta en el dominio monetario, artístico y religioso, cada centro particular mantuvo su propia área de irradiación comercial y no se puede hablar de la existencia de un comercio interfocense (176). La Arqueología ha venido a demostrar que Alalía siguió existiendo, aunque conoció un lógico declive y parte de sus habitantes se trasladaron a Velia, fundada poco tiempo antes en la costa de Lucania. Las excavaciones realizadas en la necrópolis de aquella muestran una diversidad en las importaciones durante el periodo comprendido entre

comienzos del siglo V y la mitad del IV a. J.C., que indica - claramente la existencia de un comercio libre realizado por - etruscos, griegos y fenicios (177).

En el otro extremo de Occidente, Massalia, no sufrió ningún colapso como consecuencia de la batalla entre etruscos, cartagineses y griegos de Alalía del 535. Por el contrario, las actividades comerciales adquirieron cada vez mayor desarrollo aún después de esta fecha, lo cual viene documentado por las importaciones de cerámica ática que no hacen sino aumentar durante la segunda mitad del siglo VI a. J.C. (178).

Las actividades de los griegos en general, y de los - focenses en particular, no sufrieron, pues, ningún quebranto, a excepción de los habitantes de Alalía, que sufrieron las consecuencias de una operación de policía marítima a gran escala desencadenada por etruscos y cartagineses para hacer frente a sus propias actividades piráticas en el Tirreno, que ponían en serias dificultades la comunicación entre Cartago y Etruria, una de cuyas rutas principales recorría la costa oriental de Cerdeña y pasaba, como ha demostrado M. Gras, frente a la de Córcega, en la que estaba situada la base de los piratas (179). Otros - centros focenses en el Tirreno, como el de Valia conocieron un desarrollo posterior que apunta una vez más hacia la inexistencia de una política anti - focense por parte de la coalición púnico-etrusca.

La batalla de Alalía se presenta, pues, como un conflicto aislado, en conexión quizá con la intervención en Cerdeña del misterioso Malco (180), pero que no afectó en modo alguno a las relaciones entre griegos, cartagineses y etruscos en - el Mediterráneo Occidental. Ni los massaliotas intervinieron en favor de los focenses de Córcega, ni éstos recibieron apoyo alguno de cualquier otra fuerza helénica, presente en el Mediterráneo. La vieja concepción de los bloques antagónicos se desvanece del todo ante los resultados de la investigación arqueoló-

gica en Porto Clemente, el emplazamiento del antiguo puerto de Gravisca, que ha puesto a la luz los restos de un santuario dedicado por los jonios a Hera y frecuentado desde los inicios - del siglo VI a los del II a. J.C. (181). La existencia de un - santuario jonio en la proximidad de Tarquinia y los recientes descubrimientos en las necrópolis de esta ciudad etrusca, testimonian la intensidad de las influencias jonias sobre esta región en los mismos momentos en que se produce el conflicto de Alalía, en el que participaron activamente los etruscos de Caere, es un argumento definitivo que aboga en favor de una nueva interpretación de la correlación de fuerzas en Occidente, durante la época arcaica (182).

Las noticias que a cerca de oscuros combates navales entre massaliotas y cartagineses nos proporcionan Pausanias, - Tucídides y Justino no justifican tampoco la hipótesis de un - enfrentamiento general entre griegos y púnicos en el Mediterráneo por el control de las rutas comerciales. Los textos de Pausanias y Tucídides que mencionan una victoria naval de los massaliotas sobre los cartagineses (183), han sido elucidados por F. Villard, quien ha establecido la fecha de este conflicto en un momento situado en torno a los primeros años de la segunda mitad del siglo VI a. J.C. Una otra victoria naval sobre los cartagineses, posiblemente indentificada con la batalla de Artemisión, narrada por el historiador griego Sosilo, contemporáneo y amigo de Anibal (184) es situada por este investigador en torno al año 490 a. J.C., mientras que el conflicto narrado por Justino (185), motivado por la captura de unas naves de - pesca, habría que situarlo, siempre según Villard, en algún momento comprendido entre el segundo cuarto del siglo VI y comienzos del V. a. J. C. (186).

P. Bosch Gimpera piensa, por su parte, que la victoria naval de los massaliotas sobre Cartago narrada por Tucídides, es identificable con la misteriosa batalla de Artemisión localizada en las costas orientales de la Península Ibérica, y



vestigaciones, ni aún después de la batalla de Alalía. Las ánforas etruscas continúan presentes hasta finales del siglo V a. J.C. En el yacimiento de la Monédière, en el Languedoc Oriental, en el que abundan las ánforas púnicas, su llegada masiva se produce en un momento posterior a la mitad del siglo VI. Estas importaciones púnicas se encuentran, en dicho siglo, en proporción de igualdad con las etruscas y púnicas en los yacimientos de Pech-Maho, Bessan, Montlaures y Mailhac, en el Languedoc occidental. Durante todo el siglo siguiente, la Arqueología indica la existencia de buenas relaciones entre Ampurias de un lado, e Ibiza, del otro (191 ).

¿Qué significación atribuir, pues, a las noticias de combates en el mar entre barcos massaliotas y cartagineses a partir de mediados del siglo V. a.J.C.? Los datos proporcionados por la Arqueología nos impiden hablar de una conflictividad global que hubiera enfrentado a dos bloques contrapuestos. Por otra parte, las fuentes no mencionan ningún encuentro con los etruscos, cuyas buenas relaciones con los focenses de Occidente vienen demostradas por los resultados de las excavaciones.

Desde esta óptica, los conflictos señalados aparecen como hechos aislados, en modo alguno significativos de una hostilidad permanente entre Massalia y Cartago, sino motivados probablemente por cuestiones de piratería y de policía marítima, y difícilmente relacionables con acontecimientos como la batalla de Alalía, y la expedición de Malco en Cerdeña. Cabría preguntarse acerca de la identidad de intereses de los griegos massaliotas con los de sus hermanos de raza de Córcega y Sicilia, si es que tal identidad ha existido alguna vez. Desde un primer momento, la ausencia de éstos y aquellos en Alalía no viene precisamente en apoyo de esta idea. Pero, además, es verdaderamente imposible relacionar los intereses de los massaliotas con los de los griegos de la Magna Grecia y Sicilia, hablar

de concierto comercial y económico, del desarrollo conjunto de una política antipúnica de bloque, y meterlo todo en un mismo saco. Los horizontes comerciales de cada uno eran distintos y ninguno de ellos excluía las relaciones económicas con los púnicos y los etruscos. Y aunque es probable que hubiera una coincidencia en cuanto a algunos intereses -libre acceso frente a algunos peligros, como la piratería, la misma necesidad de algunas importaciones- no puede generalizarse y la Arqueología es tajante a este respecto, en la descripción de un bloque helénico monolítico fundamentado en la base de unos intereses comunes a todos sus integrantes. Tanto en la misma Sicilia, como en el mundo focense de Occidente, la diversidad de intereses es patente. En este último, por los argumentos ya señalados, cuyo reflejo encontramos en las fuentes tanto literarias como arqueológicas (192). En el caso de Sicilia, los ejemplos de Himera y Agrigento, que llegaron a condicionar su actuación política exterior acercándose a los púnicos la primera y desarrollando - una política de hostilidad hacia ellos la segunda, no pueden - ser más significativos (193). En tales condiciones, teniendo en cuenta la necesidad de importar determinados artículos o materiales que fundamentaba los contactos comerciales en la gran mayoría de las ocasiones, la cooperación pacífica era mucho - más fructífera que la política de monopolios y hostilidades. Lo fundamental era garantizar el libre acceso a los puertos y la seguridad en los mares, y la mejor manera de realizarlo no es mediante prohibiciones y mercados cerrados. Naturalmente, - hubo conflictos; pero su verdadero alcance no debe ser exagerado y situado por encima de factores como los que acabamos de - señalar y como el de la propia demanda, determinante en el mayor número de los casos, de la interrupción de las importaciones en un yacimiento o de la continuidad de éstos (194).

Otro de los argumentos invocados a menudo en favor - de la tesis de los diversos bloques enfrentados por el control económico del Mediterráneo, es el que presenta la alianza en-

tre etruscos y cartagineses contra el peligro griego común. En el caso concreto de la actuación de la flota púnico-etrusca en Alalía se trata simplemente de una operación de limpieza frente a un nido de piratas. Los diversos testimonios de la existencia anterior y posterior de buenas relaciones entre griegos etruscos y púnicos en Occidente han sido ya señalados. Por lo demás, la alianza de estos dos últimos en Alalía no deja de presentarse como un hecho aislado dentro de la época arcaica, como han señalado F. Villard y J. Heurgón, entre otros. En el 480 ningún ejército, ni flota etrusca, interviene a favor de los púnicos en Hímera y lo mismo puede afirmarse respecto a los cartagineses que tampoco acuden en auxilio de sus "aliados" en Cumas, en el 475 (195).

La existencia de buenas relaciones entre Cartago y Etruria, documentada por las fuentes y la Arqueología, no significa, en principio, más que éso: buenas relaciones. La existencia de convenciones y tratados entre los dos pueblos, de los que nos informa Aristóteles, además de no haberse interpretado correctamente, no implica nada de extraordinario (196). Pactos político-económicos realizados en este sentido debieron de ser muy frecuentes en el Mundo Antiguo con la finalidad de asegurarse un mutuo beneficio en las importaciones necesarias y de excluir una serie de posibles riesgos, entre los cuales la piratería no debe ser olvidada. Y desde tiempos antiguos, la cooperación económica con otros pueblos es una práctica tradicional entre los fenicios de la que conservamos un buen ejemplo en las empresas de Hiram y Salomón (197).

Una cooperación de este tipo existió entre Cartago - de un lado y algunos centros etruscos de otro. Pero esto no debe interpretarse en el sentido de una alianza cerrada a todos los niveles entre los dos pueblos. Aún admitiendo la existencia de un pacto sagrado entre Cartago y Caere, como interpreta J. Ferron, a partir de la inscripción bilingüe de Pyrgi, data-



da a fines del siglo VI (198), este dato, por sí solo, no indica la existencia de un bloque púnico-etrusco cuyo principal objetivo sería hacer un frente común contra la presencia fenicia en el Mediterráneo Occidental. El propio autor reconoce que este tipo de tratados debió de ser frecuente entre los fenicios y los diversos pueblos con los que mantenían relaciones. La argumentación de Ferron se basa, por tanto, en un apriorismo, ya que considera Alalía como el ejemplo de la unión de etruscos y cartagineses contra los griegos, cuando, en realidad se trata de un caso aislado.

Por lo que se refiere a la inscripción bilingüe de Pyrgi, en la que un alto magistrado de Caere conmemora un ritual de misterio en honor de Astarté, cuyo templo se alzaba en la ciudad, hacemos nuestra la opinión de J. Heurgon, quién, contestando a una hipótesis de M. Pallotino, considera este tratado como una alianza circunstancial dentro de lo que entiende como una entente cordial entre púnicos y etruscos y no como una alianza cerrada (199).

Otro de los argumentos invocados a menudo en favor de esta alianza entre Cartago y Etruria, verdadero eje económico, político y militar como a veces se entiende, es el de la presencia de importaciones etruscas en los establecimientos púnico-fenicios de Occidente y en particular en las necrópolis de Cartago. Pero, de hecho, ésto lo único que atestigua es la existencia de importaciones griegas en Cartago y en las ciudades fenicias de Sicilia. De la misma manera que la presencia de importaciones etruscas en los centros griegos de Sicilia, la Magna Grecia y en la Provenza francesa o de importaciones griegas en las ciudades de Etruria, no clama en favor de una alianza Helénico-Tirrena. Además, en este supuesto momento de mayor intensidad en las relaciones entre Cartago y Etruria, se produce un notable descenso de las importaciones etruscas en la primera, lo cual viene a indicar, por lo menos, que los cartagineses

ses orientaron parte de su demanda en otra dirección (200). En el otro lado de la balanza, Caere, después de su intervención en Alalía se muestra cada vez más filohelénica.

La expansión griega por Occidente, en general, y la focense, en particular, no provocaron la hostilidad de los fenicio-púnicos y los etruscos, ni tampoco la unión de ambos con el fin de cerrar el paso a los helenos. Ninguna evidencia, ni literaria ni arqueológica, indica que se hubiera desarrollado una política de agresividad por cualquiera de las tres partes. Los conflictos que hubo y que ha habido siempre en todas las épocas, cuyo recuerdo conservamos por los autores griegos, estaban relacionados con casos muy concretos que impiden una generalización más amplia. En todos ellos se lesionaron determinados intereses particulares y fué necesaria una réplica violenta, dirigida contra un oponente también muy particularizado. Tales son los casos de Dorio y Pentatlo que no recibieron ningún apoyo de los griegos de Sicilia, interesados éstos en mantener buenas relaciones con los púnico-fenicios. Tal ocurrió también en la batalla de Alalía, en la que tampoco estos griegos recibieron ayuda de las demás fuerzas helénicas y tras la cual no se turbaron las relaciones con el mundo etrusco y el fenicio-púnico. Y tal fué, por último, el caso de las victorias navales de Massalia sobre Cartago que no impidieron el desarrollo cada vez mayor de una cooperación comercial cartaginesa con Ampurias.

Fundada en el último cuarto del siglo IX a. J.C., - por una facción disidente de la aristocracia de Tiro, la ciudad de Cartago desarrolló durante los dos siglos siguientes - una marcada personalidad propia en lo cultural, que comenzó a diferenciarla del resto de los centros fenicios del Mediterráneo, y una particular cohesión interna, fenómenos ambos influidos tanto por su propio origen como por las condiciones que rodearon su presencia en el suelo africano. Tales condiciones -

estuvieron caracterizadas por su precariedad en razón del rápido aumento demográfico, provocado por la presión asiria en el litoral sirio-palestino, y por la resistencia de los autóctonos a una expansión territorial que pudiera darles cabida. Durante esta época, la "Ciudad Nueva" asistió a la formación y consolidación del poder de una aristocracia de sangre, que fundamentaba su influencia y prestigio en la posesión de la mayor parte y de las mejores tierras de la "Chora", pero sobre todo en los beneficios producidos por las actividades comerciales en ultramar. Representantes típicos de esta aristocracia, cuando las primeras noticias sobre la situación interna en la ciudad comienzan a llegarnos, son los Magónidas, pertenecientes a una familia que concentró en pocas manos las magistraturas civiles y militares, controlando así el aparato del Estado.

Cartago no dependió nunca, ni política ni económicamente, de su metrópoli. A partir de mediados del siglo VII y comienzos del VI a. J.C., comenzó a desarrollar una expansión ultramarina que la llevó a la progresiva extensión de su horizonte comercial en el Mediterráneo. Esta actuación, en cuyo fondo se encontraban los intereses de la clase dirigente de la ciudad, se caracterizó en Occidente por la cordialidad y la cooperación en sus relaciones con los demás pueblos, como los griegos, etruscos y con los otros establecimientos fenicios.

Es a partir de entonces, que los autores antiguos comienzan a transmitirnos noticias sobre la ciudad, que en la inmensa mayoría de los casos se limitan a descubrir la actuación militar en Sicilia, y en muy pocas ocasiones se refieren al ambiente cultural, económico y político que impregnaba su existencia y sus instituciones. Por ello, estas fuentes nos proporcionan una visión deformada por una óptica unilateral, a la que además de la diferente mentalidad e ideología hay que añadir la deformación propagandística de ciertos tiranos de Sicilia - primero y de ciertos autores griegos, así como de la historio-

161

grafía romana posterior.

## NOTAS AL CAPITULO II.

- (1) Plinio, XIX, 63.
- (2) Plinio, XVI, 216; Veleyo Paterculo, I, 2,4.
- (3) La posición hipercrítica respecto a las fechas proporcionadas -- por las tradiciones literarias para los comienzos de la expansión fenicia en Occidente cuenta cada vez con menos partidarios. Entre ellos cabe destacar a R. Carpenter, cfr.: "Phonicians in the West" AJA, LXII, 1958, p. 35-53 y P. Bosch-Gimpera, cfr.: "Les phéniciens: Leurs prédecesseurs et les étapes para, cfr.: "Les predecesseurs et les étapes de leur colonisation en Occident", CRAI, 1972, pag. 466-68.
- (4) Sobre Philistos de Siracusa cfr.: R. Laquer, R. E. de Pauly Wissowa, XIX, 1938, Philistos, nº 3, col. 2409-2429. Se trata de -- una citación de Eusebio, cfr.: Eusebi Ehronicorum Libri duo, vol. II, p. 50, en la edición de A. Schöne (Berlín, 1866).
- (5) Citado en un pasaje de las "Troyanos" de Eurípides, cfr.: Cobet, "Eurípidis Phoenissae", p. 304, edición de Geelius (Leyde, 1846), F. Jacoby, F.G.H. Leyde, 1940, III, b.p. 512.
- (6) Apiano, Lybica, I.
- (7) S. Gsell, H.A.A.N., I, p. 375.
- (8) P. Cintas, Manuel d'archeologie punique, I. París, 1970, p. 164-177.
- (9) G. Bunnens, L'expansion phenicienne en Mediterranee, Bruselas, - 1979, p. 143.
- (10) Recogido por Dionisio de Halicarnaso, Antigüedades Romanas, I, - 74, I. F. H.G. Edición de Müller, I, p. 197; F. Jacoby, F.G.H. - III, 3. nº 566, frag. 60 de Timco.
- (11) Justino, XVIII, 4-6.
- (12) Virgilio, Encida, cantos I-IV.
- (13) Apiano, Lybica, XI.
- (14) Servio, Ad. Aeneidam I. 340-443; IV, 36 y 355.
- (15) F. Josefo, Contra Apion, I, 125-6.
- (16) G. Bunnens, L'expansion phenicienne..., p. 139.
- (17) G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort de Carthage, París, 1970, p. 34. Por su parte P. Cintas ha analizado el texto de Josefo concluyendo que la tradición tiria, transmitida por Menandro y recogida -

- por el historiador judío, está apoyada por documentos del archivo de Salmanasar y permite fijar la fecha de la huida de Elisa - en el 820-819 a. J.C., cfr.: P. Cintas, "Laurentianus, LXIX, 22 ou la torture d'un texte", Melanges Piganiol, III, París, 1966, - p. 1681-1692; idem. Manuel d'archeologia..., I, p. 181-203.
- (18) D. B. Harden, "The Pottery of the Precinct of Tanit at Salambo" - Iraq, IV, 1937, p. 59-89; P. Cintas, Manuel d'archeologie..., I, p. 322-340; A. N. Bisi, La cerámica púnica, Nápoles, 1970, p. -- 72-75.
- (19) P. Cintas, Manuel d'archeologie..., I, p. 310-311 y 440-442.
- (20) G. Bunnens, L'expansion phenicienne..., p. 144.
- (21) S. Gsell, H.A.A.N., I, p. 400-401.
- (22) P. Cintas, Ceramique punique, París, 1950, p. 574-575; G.-C. H. - y C. Picard, Vie et mort..., p. 34.
- (23) Cfr. Supra. 8 ss.
- (24) S. Moscati, The World of the Phoenicians, Londres, 1973, p. 129.
- (25) G. Bunnens, L'expansion phenicienne..., p. 327-328.
- (26) P. Cintas, Manuel d'archeologie..., I, passim, cfr.: p. 463-470.
- (27) E. O. Forrer, "Karthago wurde erst, 663-673 v. Chr. Gegrundet"; - Festschrift Franz Dornseiff, Leipzig, 1953, p. 85-93; E. Frezouls, "Une nouvelle hypothese sur la fundation de Carthage", B.C.H., -- LXXIX, 1955, p. 153-79.
- (28) Justino XVIII, 4-6; cfr: C. R. Whittaker; "The Western Phoenicians: Colonisation and assimilation", P. C. Ph. S., 200 (N 5,20), 1974, p. 67 y 70.
- (29) Justino, XVIII, 4.
- (30) S. Moscati; The World... p. 44, E. Drioton-F. Vandier, Historia de Egipto, Buenos Aires, 1977, p. 469, P. Garelli, V. Nikiprowetzky, El Próximo Oriente Asiático II, Barcelona, 1977, p. 67-68.
- (31) S. Moscati; The World... p. 38, E. Drioton, F. Vandier, Historia de Egipto, p. 449-450
- (32) J. Pirenne; Historia de la civilización del Antiguo Egipto II, - Barcelona, 1963, p. 173-175, 201-202 y 348 ss.
- (33) Justino, XVIII, 4.
- (34) Existen tumbas en Cartago que se pueden fechar con toda seguridad en el siglo VIII a. J.C. Por la pobreza de sus ajuares y por su número, así como por el cambio que se detecta a comienzos del siglo VII en que enterramientos y ajuares son más abundantes, se

puede considerar que hacia mediados del VIII, Cartago se establece como un centro urbano permanente de notable densidad. La documentación arqueológica cfr.: P. Cintas, Ceramique..., p. 472; - Idem, Manuel d'archeologie..., I, p. 429-442; II, p. 254-257 y - 266 ss.

- (35) P. Cintas, Ceramique..., p. 482; S. Moscati, The World..., p. 217, G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 38-39. E. Boucher, "Ceramique archaïque d'importation au Musée Lavigerie de Carthage", - Cahiers de Byrsa, III, 1953, p. 11-86; J. Neurgon, "La Carthage primitive en Méditerranée Occidentale", Archeologie Vivante, 1, - 2, 1968, p. 24.
- (36) G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 38-39.
- (37) E. Boucher, "Ceramique archaïque...", p. 37-38.
- (38) J. Veroutier, Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois, Paris, 1945, p. 338.
- (39) G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 42.
- (40) En el siglo VIII a. J.C., los pioneros de la colonización griega fueron los calcídios y los eubeos, que fundaron Ischia y Cumas en la Campania y Naxos en Sicilia. Poco después fueron fundados Zancle y Rhegion a uno y otro lado del Estrecho de Messina. Antes de terminar el siglo eran fundadas en Sicilia Mylae e Himera, por colonos procedentes de Zancle. A su vez, Siracusa había sido fundada por Corinto hacia el 733 a. J.C. Colonos rodios y cretenses se establecieron en Gela en los primeros años del siglo VII, y en la segunda mitad de dicho siglo era fundada Selinunte, que aparecía como subcolonia de Megara. Por fin, durante el primer cuarto del siglo VI era fundada Agrigento, por dorios procedentes de Creta y Rhodus. Hacia principios de este siglo o finales del anterior se fecha la expansión de los locenses hacia Occidente que dió lugar a la fundación de centros como Alalia, Velia, Olbia, Massalia y Ampurias. cfr.: A. G. Woodhead, The Greeks in the West, Londres, 1962, p. 34-71; J. Boardman, The Greeks Overseas, Londres, 1964, p. 180-200. T. S. Dunbabin, The Western Greeks, Oxford, 1948, p. 1-48, 95-170; C. Moise, La colonisation dans L'Antiquité, Paris, 1970, p. 30-69.
- (41) G. Glotz- R. Cohen, Histoire grecque, I, p. 153 ss; A. G. Woodhead, The Greeks in the West, p. 31 y 34. Tal es la explicación que ya proponía Platón (Leyes, 735c - 736a).

- (42) "Más que la avidez de buenas tierras, el motor de la colonización calcidia parece que fué la conquista de un mercado y la creación de una ruta comercial. Cumas (y Pithecussae) no son tan sólo los más antiguos, sino también los más lejanos de esas primeras fundaciones griegas en Occidente; no nos explicamos que sus oikistai buscaran a tal distancia, más allá de las generosas llanuras de la Magna Grecia y Sicilia, el país donde volcar el excedente de su población" (J. Hourgon, Roma y el Mediterráneo Occidental, -- Barcelona, 1976, o. 85.86); cfr.: J. Boardman, The Greeks Overseas, p. 177; M. I. Finley, Ancient Sicily, Londres, 1968, p. 18.
- (43) G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 42-46; J. Boardman, The Greeks Overseas, p. 216.
- (44) G. Barbini, "I fenici in Occidente", Studi Etruschi, XXXIV, 1966, p. 111-147; C. R. Whittaker, "The Western Phoenicians..." p. 58-79, especialmente p. 78.
- (45) Tucídides, VI, 2,6.
- (46) En Utica, si bien algunos materiales parecen más antiguos, (cfr.: P. Cintas, Manuel d'archéologie..., I, p. 283-308) el conjunto de las necrópolis se fecha desde el siglo VII a. J.C. (cfr.: P. Cintas, "Deux campagnes de fouilles à Utique", Karthago, II, 1951, p. 5-79; idem, "Nouvelles Recherches à Utique", Karthago, V, 1954, p. 89-154). Por lo que respecta a Cartago, si bien algunos enterramientos parecen anteriores, (cfr.: supra, nota 28), las necrópolis más antiguas se sitúan a finales del siglo VIII y comienzos del VII a. J.C. Durante este último, el número de sepulturas aumenta considerablemente (cfr.: P. Cintas, "Les carthaginois et leur cité", Archeologie Vivante, 1, 2, 1968, p. 63; idem, Manuel d'archéologie..., II, p. 266-ss; S. Tatli, La Carthage punique. Etude urbaine, París, 1978, p. 211; ss). Notya presenta también, aparte de algunos enterramientos de finales del siglo VIII, una cierta densidad de la necrópolis más antigua a partir del siglo VII a. J.C., fecha a que corresponde el estrato más profundo de su Tothet (cfr.: S. Moscati, Tra Cartagine e Roma, Milán, 1971, p. 61; A. Ciasca, "Mozia (Sicilia)" Afo, XXIV, 1973, p. 181-183; A. M. Bisi, La Cerámica púnica, p. 141-142).
- (47) R. Carpenter, "The Phoenicians in the West", A.J.A., LXII, 1958, p. 43. S. Moscati, "La Sicilia en el mundo púnico", Kokalos, ---



- XIV-XV, 1968-1969, p. 259-307; A. N. Bisi, "Irradiazione semitica in Sicilia", Kokalos, XIII, 1967, p. 42-43; idem, La cerámica púnica, p. 140-141 y 150; J. Neurgon, "La Carthage primitive en-Mediterranée Occidentale", Archeologie Vivante, 1, 2, 1968, p. - 26.
- (48) E. Boucher, "Ceramique archaïque...", p. 37-38; G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 40-41.
- (49) C. R. Whittaker, "The Western Phoenicians...", p. 78; E. Titone, Civiltà di Motya, Trapani, 1966, p. 59-60.
- (50) V. Tusa, "I centri púnici della Sicilia", Kokalos, XVIII-XIX, -- 1972-1973, p. 34; idem, Mozia VII, Roma, 1971, p. 79-81; S. Noscati, The World..., p. 252.
- (51) V. Merante, "Sui rapporti greco-púnici nel Mediterraneo Occidentale nel VI secolo a. C." Kokalos, XVI, 1970, p. 98-138; M. I. - Finley, Ancient Sicily, p. 24-25 y 34 y 42.
- (52) E. Mani, "Tra Mozia e Imera", Mélanges A. Piganiol, p. 699-706; idem, "Imera nella leggenda e nella storia", Atti del II Convegno del Centro Internazionale di Studi Numismatici, Nápoles, 1969, p. 95, ss.
- (53) I. Tamburello, "Púnici e Greci a Palermo nell'età arcaica?" Kokalos, XII, 1966, p. 234, ss; V. Tusa "I centri púnici...", p. 39, 40 y 41.
- (54) Cfr.: nota 53, G. Garbini, "Le Stele", Mozia-I, Roma, 1964, p. - 85-86, 92-94, 98-99; A. N. Bisi, "Iconografie religiose greche o fenicie a Mozia?", Byblos-Press, VI, 1965, p. 62-66. A. Tusa, "Ritrovamenti monetali ad Imera e nel suo territorio nel periodo arcaico. Loro significato" AIIN, 15-16, 1971, p. 71 ss.
- (55) Herodoto, IV, 152.
- (56) M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 22, 35 y 42.
- (57) E. A. Wallis Budge - L. W. King, Annals of Kings of Assyria, 1902, I, p. 199 ss. D. D. Luckenbill, Ancient Records of Assyria and - Babylonia, (ARAB), Chicago, 1926, I. 479; P. Garelli-V.No Nikiprowetzky. El Próximo Oriente... p. 34; S. Noscati, The World..., p. 36.
- (58) Cfr.: ARAB I, 611, 672, 578; P. Garelli, El Próximo Oriente..., - p. 39-42; S. Noscati, The World..., p. 37-38.
- (59) Cfr.: ARAB I, 772, 802, 803, 815, 821; P. Garelli y Nikiprowetzky. El Próximo Oriente..., p. 58 y 61; S. Noscati, The World..., p. 39.

- (60) D. Harden, The Phoenicians, p. 54; S. Moscati, The World..., p. - 41.
- (61) P. Garelli y N. Nikiprowetzky: El Próximo Oriente..., p. 68; S. - Moscati, The World..., p. 41-43.
- (62) G. Pettinato "I rapporti politici di Tiro con L'Asiria alla luce del "Trattato tra Assarhaddon e Baal". R.S.F. III 2, 1975, p. -- 145-160.
- (63) G. Pettinato, "I rapporti politici...", p. 159.
- (64) G.-C.H. y C. Picard, Vie et mort..., p. 42; S. Moscati, The World ..., p. 43.
- (65) D. Harden, The Phoenicians, p. 74; S. Moscati, The World..., p. - 43-44.
- (66) F. Josefo, Contra Apion, I, 156, proporciona la lista de los monarcas de Tiro durante todo este período conflictivo; S. Moscati, The World..., p. 45.
- (67) Cfr.: supra nota 34; G.-C.H. y C. Picard, Vie et Mort..., p. 42.
- (68) P. Cintas, Ceramique..., p. 478; idem. Manuel d'archeologie, I, - p. 405-406 y 440.
- (69) P. Cintas, Ceramique..., p. 478; idem, Manuel d'archeologie, I, - p. 316, 369 ss. 405-406; D. Harden, The Phoenicians, p. 95.
- (70) A. Cisca, Mozia IV, Roma, 1970, p. 79-80.
- (71) A. M. Bisi. La cerámica púnica, p. 141.
- (72) El horizonte cerámico de Motya que se extiende entre el 700 y el 550 a. J.C., presenta un reflejo directo en cuanto a su orientación cultural hacia Fenicia. Unicamente a partir de mediados del siglo VI a. J.C., se detecta la penetración de la Tipología Cartaginesa. cfr.: A.M.BISI; La Cerámica Púnica, p. 141; idem; "L'irradiazione Semitica in Sicilia in base ai dati ceramici dei centri fenici-punici dell'isola" Kokalos, XIII, 1967, p. 58.
- (73) S. Moscati, "Il sacrificio dei fanciulli", R.P.A.R.A., XXXVIII, - 1965-1966, p. 61, F. Decret, Carthage ou L'empire de La Mer, París, 1977, p. 141.
- (74) C. R. Whittaker; "The Western Phoenicians...", p. 75 y 77.
- (75) Cfr.: Supra p. 38 ss
- (76) P. Cintas, "Les carthaginois...", p. 57; C. R. Whittaker; "The - Western Phoenicians...", p. 70.
- (77) Diodoro, XX, 14,2.

- (78) Diodoro, V, 16, 2-3.
- (79) M. Tarradell, M. Font; Elvissa Cartaginesa, Barcelona, 1975, p. 242-244.
- (80) Las terracotas de la Isla Plana a las que se les venían atribuyendo una fecha alta (cfr.: A García y Bellido, Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid, 1942, p. 217-219; J. M. Blázquez; -- Tartessos y Los orígenes de la colonización fenicia en Occidente, Salamanca, 1975, p. 145-149) parece que no se remontan más allá del siglo I a. J.C. (cfr: M. E. Aubet, "Los depósitos votivos púnicos de la Isla Plana (Ibiza) y Bithya (Cerdeña). Studia Archaeologica, Santiago de Compostela, 1969, p.3 ss. Contra: P. -- San Nicolás. Las Terracotas Figuradas de la Ibiza Púnica. (Tesis doctoral) Madrid 1981 p. 609 y 611: quien atribuye una fecha del siglo VII a. J.C.). No obstante recientemente ha sido descubierta en Puig des Molins una lucerna de barniz rojo que se fecha en el siglo VII a. J.C. Cfr: J. Ramón "Necrópolis del Puig des Molins d'Elvissa: solar nº 40 del cannon Via Romana", Fonaments, I, 1978, p. 65-83.
- (81) Cfr.: Supra nota 72 V. Merante considera que por lo menos hasta la mitad del siglo VI a. J.C, las ciudades fenicias de Sicilia habrían mantenido una relativa independencia política frente a Cartago (cfr: "Sui rapporti greco-Punici...", p. 101). Un buen ejemplo de esto puede verse en la originalidad artística de Motya -- frente al mundo cartaginés (cfr: S. Moscati; "La Sicilia nell -- mundo púnico, Considerazioni sulle etele de Mozia", Kokalos, -- XIV-XV, 1968-1969, p. 293-307). En torno a la penetración cartaginesa en Cerdeña consultase: F. Barreca: La civiltà de Cartagine, Cagliari, 1964, p. 39; idem "Lo scavo del templo", Ricerche Puniche all Antas, Roma, 1969, p. 9-46, idem; "La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte", Symposio de Colonizaciones, Barcelona, 1968, p. 1-13.
- (82) F. Barreca, "Monte Sirai III", Studi Semitici XX, 1966, p. 43, -- nota 1.
- (83) G. Ch y C. Picard: Vie et mort..., p. 60. Las cáscaras decoradas de huevos de avestruz presentes en Cartago, Ibiza y Villaricos, -- son sin embargo raros en Cerdeña y Sicilia, Cfr: H. Astruc, "Traditions funéraires de Carthage", Cahiers de Byrsa VI, 1956, p. 57-58). En esta isla no han aparecido hasta el momento las "na-

- vajas" (cfr: E. Acquaro, I Rasoi Punici Roma, 1971, passim). Al respecto, S. Moscati distingue diversos talleres en Cartago, Cerdeña y la Península Ibérica (cfr: I fenici e Cartagine, Turín, - 1972, p. 444-451).
- (84) P. Cintas: "Ceramique rouge brillante de l'ouest Meditteranean - et de l'atlantique", C.R.A.I. 1953, p. 74; idem: Manuel d'archeologie... p. 375 ss, A. M. Bisi, La cerámica púnica, p. 75.
- (85) E. Acquaro; I Rasoi punici, p. 186; S. Moscati: The World..., p. 210.
- (86) E. Acquaro; I Rasoi punici, p. 20-23 y 82.
- (87) M. Astruc: "Traditions funeraires..." p. 32; S. Moscati, The World ..., p. 215.
- (88) C. R. Whittaker: "The Western Phoenicians...", p. 71.
- (89) Justino, XVIII, 5, 14... XIX, 1, 3-4.
- (90) C. R. Whittaker: "The Western Phoenicians...", p. 67
- (91) D. Harden, The Phoenicians, p. 25
- (92) J. Tixier, "Reflexions sur l'implantation ancienne de l'agriculture en Tunisie", Karthago, X, 1959-1960, p. 23-39, especialmente p. 38; G. C. H. Picard; La vie quotidienne a Carthage, Paris, 1958, p. 83-85; G. Camps; "Aux origines de la Berbérie: Massinisa, ou les debuts de l'Histoire", Libyca, XIII, 1.960, p. 46-50.
- (93) Diodoro XIII, 63,4; XIV, 4,8,5, (acerca de la "Chora", de las ciudades fenicias de Sicilia. No parece probable que la producción de estas tierras hubiera permitido un excedente destinado a la exportación). En Cerdeña, Monte Sirai y otros lugares semejantes parecen sugerir una explotación agrícola de los fértiles valles del interior, cfr: F. Barreca; "La Colonizzazione fenicio-punica ..." p. 4.
- (94) C. R. Whittaker, "The Western Phoenicians...", p.67.
- (95) P. Cintas, "Les Carthaginois...", p. 63
- (96) P. Cintas, Manuel d'Archeologie... I, p. 55-56.
- (97) S. Moscati, The World... p. 162. C.R. Whittaker, "The Western Phoenicians..." p. 67
- (98) Justino, XVIII, 4-6; F. Jacoby. F.G.H. III B, nº 556, frag. 60 de Timeo; P. Cintas, Manuel d'archeologie... I. P. 467-469; C. R. Whittaker: "The Western Phoenicians..." 69-80.

- (99) P. Cintas, Manuel d'archéologie... I p. 61. Acerca de la delegación periódica enviada por Cartago al templo de Melkart en Tiro cfr: - Diodoro, XX, 14; Polibio, XXXI, 12; Quinto Curcio, IV, 2, 10; Arriano, Anábasis, II, 24, 5. V. Merante ha subrayado acertadamente que dentro de las relaciones Cartago-Tiro, los lazos religiosos debían ser los más potentes cfr: "Malco e la cronologia cartaginese fino alla battaglia d'Almera" Kokalos, XIII, 1967, p. 108-109).
- (100) Flavio Josefo, Contra Apion, I, 156-159. cfr: S. Moscati; The -- World..., p. 51; G. Dunnens, L'expansion phenicienne..., p. 287-288.
- (101) S. Tatli; La Cartaghe Punique.. p. 93 y 97; C. R. Whittaker, "The Western Phoenicians..." p. 67.
- (102) Justino, XVIII, 7, 1-6.
- (103) Justino, XVIII, 5, 14; XIX, 1, 3-4, cfr: G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 63.
- (104) H. Pellicer; Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de S. Cristobal (Almuñecar, Granada), E. Arq. E, 17, 1962.
- (105) K. J. Beloch, "Die Könige von Karthago", Klio, VII, 1907, p. 19-28; idem, Griechische Geschichte III, 2, Berlin, 1923, p. 107-121; G. Ch. Picard; "De la fundation de Carthage a la revolution Barcide", Archeologie Vivante, I, 2, 1968, p. 150; idem, "La revolution democratique de Carthage", Conferences de la Societé d'études latines de Bruxelles, 1965-1966 Bruselas, 1968, p. 123-125; idem, Vie et Mort... p. 49 y 57.
- (106) G. Dunnens; L'expansion phenicienne... p. 286-289, B. H. Warming ton considera igualmente improbable la realiz. en Cartago aún en un primer momento (cfr: Histoire et civilization de Carthage, - París, 1961, p. 173).
- (107) Tito Livio, XXX, 7, 5; XXXIV, 61, 15; Cornelio Nepote, Hannibal, - VII, 4; Zonaras, VIII, 8. Los documentos epigráficos procedentes de Cartago mencionan a los sufetes en un período igualmente posterior al que estamos estudiando, cfr: Infra p. 144 ss
- (108) P. Gaukler, Necropoles puniques a Carthage, I y II, París, 1915, passim, R. P. Delattre, Les Tombeaux puniques de Carthage, Lyon, 1890, p. 47-48. P. Cintas, "Les Carthaginois..." p. 62-63; idem- Manuel d'archéologie... II, p. 266-302.

- (109) P. Cintas, Manuel d'archeologie...II, p. 290.
- (110) C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth Centuries", "Imperialism in the ancient world". (P. D. A. Garnsey C. R. Whittaker) Cambridge, 1978, p. 59-60 y 81.
- (111) G. Ch. Picard, Vie et Mort... p. 38, 40 y 114-115.
- (112) Cfr: Supra notas 35, 37 y 38.
- (113) L. Siret; Villaricos y Herrerías, Madrid, 1908; M. Astruc; La Necropolis de Villaricos, (I. N. C. G. Ex. Arq), Madrid, 1951.
- (114) S. Moscati, The World..., p. 245, 259 y 263. Para la cerámica cfr: A. M. Bisi, La cerámica púnica, p. 121 ss y 139 ss; sobre las "navajas", cfr: E. Acquaro, I Rasoi Punici, p. 123 ss; acerca de las máscaras de terracota, cfr: G. Ch. y C. Picard, Vie et mort..., - p. 60, P. Cintas, Ammulettes puniques, Tunis, 1946, p. 32-61.
- (115) Justino XVIII, 7, 1-8; la misma noticia es reproducida por Orosio (IV, 6, 6-9); cfr: P. Meloni, "La cronología della campagna di - Malco", Studi Sandi, 1947, p. 108; V. Merante, "Malco e la cronologia..." p. 105-116.
- (116) G. Bunnens, L'expansion phenicienne... p. 288-289.
- (117) G. Ch. Picard, Les religions de l'Afrique antique, Paris, 1954, - p. 44, Idem: "De la foundation..." p. 150; idem y C. Picard. Vie et mort... p. 55.
- (118) Justino, XVIII, 7, 18.
- (119) Justino, XIX, 1, 9.
- (120) Diodoro, XI, 20.
- (121) Herodoto, VII, 165-167.
- (122) S. Gsell. H.A.A.N. I. p. 420 nota 5.
- (123) Justino, XIX, 2, 1, cfr: G. Ch. y C. Picard, Vie et mort..., p. 58.
- (124) Justino, XIX, 2-7.
- (125) Diodoro, XIII, 80, 1-4; XIV, 64, 4; 76, 3-4, cfr: V. Merante "Malco e la cronologie...", p. 114-115.
- (126) Diodoro, XIII, 43, 5; 59, 5; 62, 5; 80, 1-4.
- (127) Justino, XIX, 2, 2.
- (128) S. Gsell, H.A.A.N. I, p. 420-421; B. H. Warmington, Histoire et civilization... p. 157; S. Moscati, The World... p. 155.
- (129) Los efectos desastrosos para Cartago de la derrota en Himera han sido cuestionados por A. R. Hands (cfr: "The consolidation of -- Carthaginian Power in the fifth century" Africa in classical an-

- tiquity ( L. Thompson, J. Ferguson) Ibadan, 1969, p. 93) y por -  
C. R. Whittaker; (cfr: "Carthaginian Imperialism..." p. 65).
- (130) L. Maurin; "Himilco le Hagonide. Crises et mutations a Carthage au debut du IV siecle A. J. C?" Semitica, XII, 1962, p. 5-43.
- (131) Iliada, XXIII, 743, Odisea, XV, 415-482.
- (132) Zenobio, (I, 54) habla de las relaciones comerciales entre púni-  
cos y griegos en Gela en la mitad del siglo VII a. J.C. Para la -  
documentación arqueológica, cfr: J. Marconi: "Palermo necropoli -  
punica", E.A., IX, 1954, p. 219-220; A. N. Disi, "I dischi fittili  
punicj, sardi e Sicilianj", Sefarad, XXVIII, 1968, p. 203 ss: --  
idem, "La irradiazione semitica...", P. 48-50; V. Tusa, "La ques-  
tione fenicio-punica in Sicilia" Atti del I convegno de Studi --  
Annibalicj: A.A.E.C. N. S, V, 1961-1964, p. 44-46; y las notas -  
52, 53 y 54.
- (133) Herodoto, VII, 165; V. Tusa; "Selinunte punica", R.I.N.A.S.A. XVIII  
1971, p. 47-58.
- (134) Pausanias, X, 11, 3.
- (135) Tucídides, VI, 2, 6.
- (136) P. H. Gauthier, "Grecs et pheniciens en Sicille pedant le periode  
archaique", R.H., 1960, p. 265; V. Merante, "Sui rapporti...", p.  
100-101.
- (137) Herodoto, V, 42.
- (138) C.R. Whittaker: "Carthaginian imperialism..." p. 59.
- (139) Polibio, III, 22.
- (140) Diodoro, IV, 24, 3.
- (141) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 64-67.
- (142) Herodoto, VII, 167, Diodoro XI, 21; cfr: V. Merante: "La Sicilia -  
e Cartagine del V secolo alla conquista romana", Kokalos, XVIII-  
-XIX, 1972-1973m p. 40-41.
- (143) H. I. Finley. Ancient Sicily, p. 25.
- (144) Justino, XVIII, 7, XIX, 1, 6.
- (145) Herodoto, I, 166-167 cfr: Infra p. 148 ss.
- (146) F. Barreca, La Sardegna fenicia e punica, Sassari, 1974, p. 45-51.
- (147) Polibio, III, 22, cfr: C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism..."  
p. 69.
- (148) S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 183-201; B. H. Warmington, Histoire et  
civilisation... p. 137.

- (149) Cfr: Supra nota 105.
- (150) Diodoro, XI, 20.
- (151) Herodoto, VII, 168, 5; Diodoro, XIII, 43, 5-7; 80, 1; 54, 55.
- (152) Justino, XIX, 1, 1; 2, 5; 2, 7; 3, 1; Orosio IV, 6, 10-15.
- (153) Justino, XIX, 1, 7. En este pasaje de Justino se recuerda que Asdrubal, hijo de Magón, había celebrado once dictaduras y cuatro triunfos. El primero de estos detalles, si consideramos autorizada a nuestra fuente, se compagina mal con un posible carácter -- real del poder de Asdrubal.
- (154) Herodoto, VII, 166, 165.
- (155) Diodoro, XIII, 43, 5; XIV, 54, 55.
- (156) D. Harden, The Phoenicians, p. 79.
- (157) Herodoto, VII, 167; Diodoro XI, 21, 4.
- (158) Diodoro, XIV, 47, 1-3; Polibio III, 22. Por el contrario, en el tratado concluido en el año 215 entre Aníbal y Filipo V de Macedonia (Polibio, VII, 3, 9) se hace en nombre del Bárquida. Lo mismo ocurre en el Tratado del Ebro (Polibio III, 27, 9), firmado por Asdrubal, sin que el Senado de Cartago tenga en él la menor intervención. Cfr: J. P. Brisson, Carthage ou Rome?, París, 1973, p. 143 y 157.
- (159) CIS III, p. 124; pl. XIII y XIV, nº 3778. Cfr: P. Cintas, Manuel d'archeologie... I p. 467-488; S. Gsell. H.A.A.N., II, p. 194; M. Sznycer, "Carthage et la civilisation punique", Rome et la conquête du monde méditerranéen. (C. Nicolet), París, 1978, 567-575.
- (160) CIS, I, 5632, cfr: C. R. Krahmalkov, "Notes on the rule of the Softim in Carthage", R. S. F., IV, 2, 1976, p. 153.
- (161) CIS, I, 5510, cfr: C. R. Krahmalkov. "A Carthaginian Report of the Battle of Agrigentum 406 B.C." R. S. F. II, 1974, p. 172-177 idem, "Notes on the role...", p. 155-157.
- (162) C. Ch. y C. Picard. Vie et mort... p. 81-82.
- (163) J. G. Frevier: "L'inscription punique de Pyrgi", C.R.A.I. 1965, - p. 9-15.  
J. Heurgon, "The inscriptions of Pyrgi", J. R. St., LVI, 1966, p. 1-5, donde se da toda la bibliografía.
- (164) J. Ferron. "Un traité d'alliance entre Caere et Carthage, contemporain des derniers temps de la royauté étrusque a Roma", A.N.R.W. 1, 1972, p. 195, nota 18.



- (165) J. Hourgon, "The inscriptions...", p. 12.
- (166) Justino, XIX, 2, 2.
- (167) S. Gsell, H.A.A.N.I. p. 424; (B. H. Warmington, Histoire et civil-  
lization,... p. 49-53; G. Ch. y C. Picard Vie et Mort... p. 71.  
A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 37.
- (168) G. Vallet. Rhegion et zancle. Paris, 1958, p. 325. ss.
- (169) M. Torelli-F. Boitani- G. Lillu. "Gravisca (Tarquinia). Scavi -  
nella città etrusco-romana". N.S.A. 1971, p. 295-298; M. Grass, -  
"Les importations du VI siècle avant J. C. à Tharros (Sardaigne);  
Museo Cagliari et Antiquarium arborense d'Oristano", H.E.F.R.A.,  
86, 1974, 1, p. 79-139.
- (170) F. Barreca. "La colonizzazione fenicio-punica...", p. 1- 13.
- (171) V. Merante; "Sui rapporti...", p. 126.
- (172) Herodoto, I, 165.
- (173) Acerca de la fecha de la fundación de Massalia, cfr: F. Villard  
"La ceramique grecque de Marseille, Paris, 1966, p. 76-81. So-  
bre la presencia de un comercio púnico y etrusco en el Languedoc  
y la Provenza, cfr: F. Benoit. "Les fouilles d'Aleria et l'expan-  
sion hellénique en Occident". C.R.A.I., 1961, p. 161; idem; Re-  
cherches sur l'hellenisation du Midi de la Gaule 1965, p. 51-66,  
J.P. Morel. "L'expansion phocéenne en Occident; Dix années de -  
recherches (1966-1973)" H.C.H. 99, 1975, p. 870-873; J. J. July  
"Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-Lan-  
guedocienne en Méditerranée Occidentale à l'âge du fer", A. E. -  
Arq. 48, 1975, p. 22-90.
- (174) J. Maluquer. "Los fenicios en Cataluña", V. Symposium de Prehis-  
toria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 248-249; J. J. July, "Koi-  
né commerciale...", p. 22-90, O. Arteaga-J. Padró- E. Sanmartí:  
"El factor fenici a les costes catalanes: del Golf de Lio", II,  
Coloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, 1978, p. --  
129-130.
- (175) J. P. Morel, "L'expansion phocéenne...", p. 872.
- (176) F. Villard considera que fueron los etruscos los que llevaron el  
peso de la actuación del 535 a. J.C. contra Alalia (cfr: La Cera-  
mique grecque...p. 84). No obstante la participación cartaginesa  
quedaría justificada si consideramos que la piratería de los  
locenses de Córcega ponía en peligro el acceso a los puertos de

- comercio de Etruria, y no hay que olvidar que Cartago frecuentaba uno de los puertos de Caere, denominado precisamente Punicum, cfr: R. Rebufat, "Les pheniciennes a Rome", M.E.F.R.A., 78, 1966, p. 7-48; C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", - p. 83; F. Decret, Carthage ou L'empire de la mer, París, 1977, p. 37.
- (177) J. P. Morel, "La ceramique archaïque de Velia et quel ques problemes connexes". Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1968, - p. 156-157.
- (178) J. Jehasse, J. P. Boucher, "Les fouilles d'Aleria" Studes Copi-ses, XXII, 1959, p. 19-20, M. Pallotino, Etruscologia, Milán, - 1968, p. 135, nota 1; J. Jehasse, "Les nouvelles donnees archeologiques d'Aleria", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1968, p. 205-210; F. Villard, La ceramique grecque... p. 33 y 85.
- (179) M. Gras; "A propos de la bataille d'Alalia", Latomus XXXI, 1972, p. 698-716.
- (180) M. Gras, "A propos...", p. 710-711.
- (181) F. Boitani-Visentini: "Comunicazione sui risultati delle prime-re campagne di scavo (1969-70) effettuate nell'area dell'antica Gravisca" Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1968, p. 79-91. M. Torrelli, "Gravisca" u Nuovi tesori dell'antica Tuscia, Vitenberg 1970, p. 55-59; idem, "Il Santuario di Hera a Gravisca" P. P. CXXXVI, 1971, p. 44-67.
- (182) Cfr: nota anterior; cfr: J. P. Morel, "L'expansion phocéenne..." p. 862.
- (183) Pausanias X, 8, 6; 18, 7; Tucídides I, 13.
- (184) F. Villard, La ceramique grecque... p. 85-96. De la misma opinión respecto a los conflictos narrados por Pausanias es F. Benoit, - cfr: Recherches sur L'hellenisation... p. 40; El fragmento de Sosilos ha sido estudiado por V. Wilcken (cfr: "Ein Sosylus fragment", Hermes, XII, 1906, p. 103).
- (185) Justino, XLIII, 15.
- (186) F. Villard. La ceramique grecque... P. 85-96.
- (187) P. Bosch Gimpera, "Una guerra fra Cartaginesi e Greci in Spagna: la ignorata battaglia di Artemision". R.F.C. XXVIII, 1950, p. - 313 ss.
- (188) P. Cintas, Manuel d'archéologie... II, p. 19.

- (189) Herodoto, IV, 162, 1.
- (190) F. Villard, "La ceramique grecque du Maroc", D.A.H. IV, 1960, - 1-26, A. Jodin, Mogador, comptoir phenicien du Maroc atlantique, Rabat, 1966, p. 57-64. Este último autor considera segura a la luz de los testimonios, la presencia de griegos en Marruecos durante la época arcaica. cfr: "Les grecs d'Asie et l'exploration du littoral marroccain" Homenaje a García y Bellido II (R.U.C., - XXV), 1976, p. 57-91.
- (191) Y. Solier: "Ceramiques puniques et ibéro-puniques sur le littoral du Languedoc du VI<sup>e</sup> siècle a debut du III<sup>e</sup> siècle avant J.C." -- Omaggio a Renand Benoit II (R. St. L. XXXIV, 1968). p. 125-150, Y. Solier, "La culture ibero-Languedocienne del VI<sup>e</sup>-IV<sup>e</sup> siècles", Simposi Internacional: Els orogens del mon iberic (Ampurias 38-40, 1976-1978). 1977, p. 211-264, especialmente p. 222-223 y -- 227-239. F. y N. Wy. "Les amphores etrusques de Vauvage et de Villevielle". M.E.F.R.A. 86, 1974, p. 141-254, especialmente p. 193 ss; A. Nickels- P. Y. Genty: "Une fosse à offrandes du VI<sup>e</sup> siècle avant notre ère a la Monediere, Bessan (Herault)". R.A.N. 1974, p. 25-57, especialmente p. 38, J. J. July, "La Monediere, factorie du commerce etrusco punique et grec au VI<sup>e</sup> siècle avant j. C". Archéologia, 48, 1972, p. 65-67. N. Almagro, Las necrópolis de Ampurias I y II. Barcelona, 1953-1954. G. Trias, Cerámicas griegas de la Península Ibérica, Valencia, 1967, p. XXXV.
- (192) Cfr: supra, p. 137 ss y 148 ss
- (193) V. Merante: "Sui Rapporti..." p. 98-115
- (194) J.P. Morel, "L'expansion Phocéenne..." p. 873, se constata en relación con la desaparición del "buceno" etrusco y la continuidad de las ánforas a partir de mediados del siglo VI a.J.C. en el Languedoc.
- (195) Diodoro, XI, 51; F. Villard, La ceramique Greque de Marseille, Paris, 1960, p. 85 nota 5; J. Neurgoni: "Les Inscriptions..." p. 93-94.
- (196) Aristoteles. Politica, 1280 a cfr: F. Villard, La Ceramique Grecque... p. 85, nota 5
- (197) Reyes, I, x, 22
- (198) J. Ferron, "Un traité..." p. 189-216, especialmente p. 209-213.
- (199) En opinión de N. Pallotino la presencia de Thofario Vellunas se debería a un golpe de fuerza cartaginesa sobre Caece que tendria como resultado la instauracion de una tiranía adicta, con el fin

de neutralizar la acción de un partido filohelénico (cfr: "Scavi Nel Santuario Etrusco de Pyrgi", Arq. C. XVI, 1964, p. 116). Por el contrario, J. Heurgon considera más probable en relación a una petición de Caere ante el peligro de los piratas de las islas Lipari (cfr: "Les inscriptions de Pyrgi et li alliance etrusco-punique autour 500 av. J. C.", C. R. A..I., 1965, p. 89-103).

- (200) E. Colozier; "Les etrusques et Carthage". M. E. F. R. A. LXV, - 1953, p. 66.

CAPITULO III

LA EXPANSION CARTAGINESA EN ULTRAMAR.

"Aquello~~s~~ que vengan a comerciar no podrán concluir ninguna transacción sino es en presencia de un oficial o un escriba. Por lo que respecta al pago de las compras efectuadas ante estos funcionarios, el Estado se constituirá en garante del vendedor..." (Polibio, III, 1, 22).

Las mismas noticias transmitidas por los antiguos sobre las que se argumenta la existencia de una hostilidad general que enfrentaría a púnicos y griegos por el control comercial del Mediterráneo durante el periodo arcaico, nos ilustran acerca de la presencia activa de los cartagineses en Occidente a partir de la mitad del siglo VI a. J.C.

#### 1. LA INTERVENCION EN SICILIA.

Después de un largo periodo, significado por las buenas relaciones entre Cartago, las ciudades griegas de Sicilia y los centros fenicios de la isla, y apenas turbado por episodios aislados entre los cuales el de Dorio es el ejemplo más característico, se va a producir el conflicto que ha dado lugar al na-

cimiento en autores antiguos y modernos a la idea de un imperialismo cartaginés, cuyo fin último consistiría en expulsar a los griegos de Sicilia, y cuyo verdadero alcance y características estudiaremos a lo largo de las páginas siguientes.

a. La batalla de Himera y sus consecuencias.

Para poder entender la intervención cartaginesa del año 480 a. J.C. en Sicilia es preciso examinar una serie de factores cuya conjunción condicionó la ruptura del equilibrio existente. Por parte de Cartago debemos señalar la existencia de un poderoso grupo social, surgido del enriquecimiento producido por las actividades comerciales en ultramar. Este estamento, al que nos aproximamos ya en el capítulo anterior, identificado la mayor parte de las veces con la aristocracia de sangre, ejercía un papel de primer plano en la vida política de la ciudad, y sus intereses, que es tanto como decir los intereses del Estado, se encontraban bien representados en Sicilia, en donde, además de las habituales relaciones económicas con los centros fenicios y griegos, habían desarrollado toda una política de alianzas y pactos políticos, cuyo fin era el de garantizar la libertad de comercio y el libre acceso a los puertos de la isla. Tales pactos se plasmaban en la forma de alianzas matrimoniales con las aristocracias de Sicilia y de intercambios de hospitalidad (xenia)(1). Tal situación no era sino el reflejo de las condiciones existentes en la época, caracterizadas por un comercio administrativo dentro de cuyo engranaje los puertos de comercio llegaron a constituirse en factores políticos y los pactos y alianzas de este carácter fueron los medios necesarios para asegurar el intercambio (2).

Los intereses comerciales de Cartago se encontraban, por consiguiente, bien representados en una Sicilia que va a conocer ahora la aparición de regímenes personalistas antioligárquicos, personificados en la figura de los diferentes tiranos.

A la turbulencia político-social interna propia de las ciudades griegas de la isla, y que favoreció la ascensión al poder de estos personajes, hay que añadir una turbulencia externa, - en lo que se refiere a las relaciones entre unos y otros. En este contexto, se sitúa la expansión del poder de Gelón, Tirano primero de Gela y más tarde de Siracusa, y la formación del bloque Siracusa-Agrigento, que es lo mismo que decir el bloque Gelón-Therón, tirano éste de la última, que llegó a controlar la mayor parte de la Sicilia griega (3). La nueva situación política ahora creada había dado al traste con el anterior equilibrio de fuerzas, ocasionando durante su gestación, entre - otros sucesos, el enfrentamiento a ambos lados del estrecho de Messina entre Hipócrates, hermano de Gelón, que había sometido Zancle en la parte siciliota, y Anaxillas, que se había constituído en tirano de Rhegion, del lado italiano; así como el conflicto entre Selinunte y Theron de Agrigento, apoyado éste por Gelón (4).

La política de expansión y dominación del bloque, Siracusa-Agrigento ponía en peligro determinados intereses económicos de griegos y fenicio-púnicos en Sicilia. En el conflicto entre Agrigento y Selinunte, ciudad que mantenía desde antiguo buenas relaciones comerciales con Cartago, peligraba para ésta última el libre acceso a un puerto de comercio.

Un último factor a señalar lo constituye la presencia de piratas en aguas de Sicilia, entre los que pareció distinguirse un tal Dionysos de Focea, recordado por Herodoto, que en palabras de este historiador dirigía sus actividades "contra - cartagineses y tirrenos sin atacar a ningún griego" (5)

La política expansionista desarrollada por el bloque Siracusa-Agrigento llegó a amenazar de forma directa a otros poderes griegos de la zona. Entre ellos uno fué, como hemos dicho, Anaxillas de Rhegion, que se encontraba unido por lazos de hospitalidad con el general cartaginés Amilcar y estaba casado con "



una hija de Terillo, tirano de Himera; el otro fué el propio Terillo. En el año 483 a. J.C., Theron de Agrigento despojaba de su poder al tirano de Himera, que era expulsado, con lo que sólo Selinunte y Messina (6) se mantenían independientes.

El desposeído, que formaba parte de una coalición integrada por Selinunte y Messina-Rhegion, hizo venir en su apoyo, para lo que contó con la inestimable ayuda de Anaxillas, - un ejército integrado por elementos de diversa procedencia, entre los cuales se encontraban fenicios y cartagineses, al mando del cual estaba el cartaginés Amilcar (7).

La ocasión le vino al pelo a Cartago, -léase a la aristocracia cartaginesa representada por Amilcar- para intentar restablecer en Himera, ciudad con la que desde antiguo se mantenían buenas relaciones comerciales, a un aliado de confianza que garantizara la libertad de comercio, y lanzar una seria advertencia a Siracusa-Agrigento con el fin de hacerlas desistir de cualquier propósito que pudiera comprometer los intereses fenicio-púnicos en Sicilia. Las dos únicas ciudades que mantenían su independencia en la isla, Selinunte, amiga tradicional de Cartago, y Messina, ahora bajo el control de Anaxillas, aliado de la aristocracia cartaginesa, se comenzaban a encontrar en una situación bastante precaria frente a la coalición Gelon-Theron, lo que podía llegar a poner en peligro los intereses comerciales de Cartago. Las mismas ciudades fenicias de Sicilia debieron haber sentido temor en algún momento, frente a las aspiraciones de los dos tiranos griegos, de ver peligrar su comercio y desaparecer el libre acceso a los puertos de comercio de la isla (8). Era, pues, momento, y la cuestión de Himera brindaba una excelente oportunidad, de restablecer el equilibrio de fuerzas y delimitar cuales eran y dónde se encontraban los intereses de cada uno. Pero no debemos pensar que Cartago era la única o principal afectada por todos estos acontecimientos.

En el año 480, Amílcar desembarcó sus tropas en Panormo, y desde allí, acompañado de Terillo, se dirigió por mar y tierra contra Himera (9). En la campaña, en la que junto a los partidarios de Terillo y sus aliados cartagineses, participaron sin duda los fenicios de Sicilia, o por lo menos algunos de ellos, como se deduce del texto de Herodoto (10), contaron con el apoyo más o menos activo de Selinunte, según se desprende de algunos pasajes de Diodoro (11).

La reacción de Gelon, auténtico dueño de la Sicilia griega, fué fulminante. Una victoria de sus adversarios habría tenido el efecto, además de poner un límite a su expansión, de debilitar su propia posición en sus dominios, donde muchos de los sometidos verían la oportunidad adecuada para oponérsele. En todo este juego, Theron no parece haber sido más que un peon de segundo orden al servicio de las ambiciones del tirano de Siracusa.

Las fuerzas comandadas por Amílcar fueron derrotadas frente a Himera, lo que supuso la firma de un tratado de paz con Cartago en el que se estipulaba el pago de una indemnización de guerra (12). Similares disposiciones debieron establecerse con respecto a los demás componentes de la coalición vencida, por mucho que Diodoro se esfuerce en mostrarnos a los cartagineses como a los únicos responsables del conflicto. De hecho la evidencia histórica apunta hacia lo contrario. La participación de Cartago en unos acontecimientos en los que se encontraban mezcladas además, Messina y Selinunte, y las ciudades fenicias de Sicilia, no fué sino la de una más entre todos los restantes (13). Su posible imagen de promotora de las operaciones contra Theron viene dada por el hecho de que fuera un general cartaginés el que se contraban al mando de las tropas que atacaron Himera. Pero éste, cuyos intereses no debían de ser del todo ajenos a los asuntos de Sicilia, si consideramos que su madre pertenecía a la nobleza siracusana, fué requerido en auxilio en -

"

virtud de unos pactos de hospitalidad que le vinculaban con los gobernantes de las ciudades amenazadas por el expansionismo de Siracusa-Agrigento.

Durante un largo periodo de tiempo, los ejércitos cartagineses no volverán a poner pié en Sicilia, aún cuando ocasiones favorables no faltaron; y esto coincide con la desaparición de las tiranías en la isla y con el desarrollo de toda una serie de circunstancias que impidieron la formación de un nuevo poder expansivo en cualquiera de los centros griegos (14). Lo que se ha interpretado en el sentido de que la derrota de Himera, donde pereció el propio Amílcar, y que según una tradición tuvo lugar en el mismo día en que los persas eran derrotados en Salamina, supuso para Cartago una catástrofe económica que abrió un periodo de crisis y aislamiento, a la vez que se replanteaban las líneas generales de su política en el Mediterráneo (15). Tal idea presupone, además, la existencia por parte de los cartagineses de un sentimiento arcaico de hostilidad hacia los griegos y de un continuado deseo de expulsarlos de Sicilia.

Nada de esto se produjo durante la época arcaica, como vimos en el anterior capítulo, y tal y como acabamos de señalar, la intervención del 480 a. J.C. no obedeció tampoco a ningún propósito de semejante signo. Que la derrota en Himera no significó tal catástrofe para Cartago, como a menudo se ha señalado, parece desprenderse por lo demás de la información literaria y arqueológica.

Herodoto nos dice que Amílcar recibió homenajes póstumos en todas las ciudades fenicias (16), lo que no acaba de encajar muy bien con el fracaso que hubiera supuesto su actuación respecto a la política cartaginesa. Tal fracaso es, por lo demás, ilusorio, ya que no se planteaba un deseo de dominación, sino la salvaguardia de determinados intereses. Y de que éstos continuaron presentes en Sicilia tenemos posterior evidencia: a finales de este mismo siglo un grupo notable de comerciantes -

cartagineses residía en Siracusa y las relaciones entre fenicio-púnicos y griegos, como veremos más adelante, no parecen haberse interrumpido (17).

La arqueología nos muestra que las tumbas de las necrópolis de Cartago empobrecen sus ajuares durante el siglo V a la vez que escasean las importaciones, sobre todo en lo referente a la cerámica ática. He aquí por tanto el testimonio de la crisis y el aislamiento (18).

Recientes trabajos han demostrado que "el problema - del siglo V" en Cartago es falso. Las tumbas correspondientes a este período han sido en ocasiones mal fechadas. Materiales y tumbas que han sido asignados a los siglos VI y IV, corresponderían en realidad al V, aún cuando la ausencia de objetos de lujo y de importaciones es un hecho cierto en un determinado número de enterramientos. No obstante, es ahora cuando aparecen en las tumbas numerosas jarras de bronce que indican el desarrollo de una importante industria metalúrgica, hecho que no encaja bien dentro de un período de recesión económica aguda. Este desarrollo de la industria metalúrgica se manifiesta también en el enriquecimiento en estaño que presentan las navajas de bronce, hacia mitad del siglo, y que ahora empiezan también a decorarse (19). Por otra parte, la moneda hace su aparición en Cartago a comienzos del siglo IV, conteniendo una tal cantidad de oro como no volverá a aparecer en las emisiones de la ciudad, lo que presupone una acumulación de este metal precioso durante un período anterior. Además, en el último cuarto del siglo V, Tucídides nos presenta una Cartago muy rica en oro. De la noticia del historiador, que la pone en boca de Nicías, y de documentos epigráficos encontrados en Atenas, se desprende, por lo demás, que la tesis del aislamiento y del repliegue en sí misma después de Himera, es falsa (20).

Aún así, el vacío de objetos de lujo e importaciones que caracteriza a las necrópolis cartaginesas durante el segun-

do y tercer cuarto del siglo V a. J.C. es un hecho indiscutible. La solución habría que buscarla quizá, como ya se ha apuntado, en una serie de disposiciones tendentes a implantar una política de austeridad. Esta reducción de gastos suntuosos podría muy bien estar relacionada, pensamos, con el esfuerzo que desarrolla durante esta época Cartago con el fin de profundizar su expansión territorial, que será estudiada en el capítulo próximo.

Después de Himera cesaron las hostilidades por ambos lados. Ni los púnicos intervinieron militarmente en Sicilia, y ocasiones favorables no faltaron, ni se detecta hostilidad por parte de los griegos contra los cartagineses y fenicios residentes en la isla. Nos consta que éstos y aquéllos residieron en algunas ciudades griegas de Sicilia, al igual que es muy probable la presencia de griegos habitando en centros púnicos aquí y en el N. de Africa (21). El resultado del 480 a. J.C. no parece haber sido del todo estéril en cuanto al intento de restablecer un equilibrio entre las fuerzas e intereses presentes en Sicilia. El cese de las hostilidades comprendió también a los poderes griegos enfrentados. De hecho, Anaxillas pareció haber reconocido el poder superior de Siracusa y logró incluso unirse a la familia de Gelon; mientras, Selinunte conoció una próspera existencia (22).

Las principales consecuencias de Himera se nos presentan ahora totalmente opuestas a como se han venido interpretando. Por una parte aparece clara la delimitación y consolidación de las respectivas áreas de influencia en Sicilia, por otra parte y como consecuencia, la salvaguardia de los intereses comerciales de Cartago y otras ciudades fenicias frente a las ambiciones expansionistas de algunos tiranos y aventureros griegos. En este sentido, Himera, aún cuando resultó una derrota militar para la coalición formada en torno a Terillo, supuso también la constatación palpable de que los intereses econó

micos de las ciudades griegas independientes y de los púnicos, estrechamente relacionados en algunos casos, no serían atropellados por el bloque Siracusa -Agrigento impunemente. La advertencia pareció haber sido encajada. El propio Gelon negoció un acuerdo de paz en un momento óptimo para arremeter contra sus antagonistas en Sicilia (23). Sin lugar a dudas, el tirano de Siracusa y señor de la mayor parte de la isla debió comprender a tiempo las ventajas de unas buenas relaciones con Cartago y las ciudades fenicias en condiciones de amistad antes que un conflicto de gran envergadura con los púnicos que habría destruido la libertad de acceso y de intercambio en los puertos de comercio siciliotas, lo que a la larga no podía sino perjudicarlo.

Durante el periodo que ahora se abre las ciudades fenicio-púnicas de Sicilia conocieron gran prosperidad y enriquecimiento, patente en el caso de Motya y recordado en palabras de Diodoro, quien habla también de las relaciones comerciales que existieron entre Cartago y Agrigento, a las que esta última debía buena parte de su prosperidad (24).

Estas buenas relaciones entre los púnicos y los griegos en la isla, vienen además demostradas por el hecho de que cuando en Siracusa se recibe la noticia de la existencia del proyecto ateniense de intervención en Sicilia, Hermócrates considera oportuno solicitar la ayuda de Cartago (25). Por lo que respecta a esta última, si consideramos la política de la aristocracia cartaginesa en Sicilia encaminada, no a desarrollar un imperialismo destinado a expulsar a los griegos, sino a preservar la independencia de todas aquellas ciudades que les ofrecieran derechos de acceso a los puertos, y seguridades comerciales, como piensa C.R. Whittaker, ya no se nos presenta Himeras como un gran desastre (26).

b. Segesta y Selinunte. La intervención cartaginesa del 410-406 a. J.C.

---

El periodo que se abre en Sicilia después de Himera y que dura casi setenta años, hasta que se produce la nueva intervención cartaginesa en el año 410 a. J.C., se caracterizó por la desaparición de la tiranía siracusana, precedente de la instauración de regímenes democráticos en las demás ciudades griegas de las islas, por la aparición de un movimiento "nacionalista" entre los autóctonos capitalizado por un tal Ducetio, que llegó a enfrentarse incluso a Agrigento y Siracusa en la mitad del siglo, y por la intervención ateniense en la isla en el año 415 a. J.C. (27).

Durante el desarrollo de todos estos sucesos, complicados además por el estallido de conflictos locales, los púnicos permanecieron al margen de las cuestiones que se dirimían en el seno de la Sicilia griega. Las respectivas peticiones de ayuda de Atenas y Siracusa, dirigidas a Cartago, cuando la expedición de la primera solicitada por Segesta, la cual se encontraba amenazada por la política expansionista de Selinunte, no encontraron en aquella ningún eco. Un año atrás Cartago no había respondido ante una petición de ayuda de Segesta (28).

Tras el fracaso de la intervención ateniense en Sicilia auténtica proyección de la Guerra del Peloponeso en Occidente, estalló de nuevo y con renovada crudeza el conflicto que desde antiguo enfrentaba a Segesta y Selinunte, temiendo ahora la primera ser aniquilada totalmente. Fracasadas las gestiones diplomáticas en Selinunte y Siracusa, Segesta volvió a demandar la ayuda cartaginesa en el 410 a. J.C. Esta vez después de una serie de vacilaciones, Cartago decidió intervenir. Lo hizo, sin embargo, de una manera indirecta: costeando el mantenimiento y el equipo de cinco mil ochocientos mercenarios desocupados, los cuales anteriormente habían sido emplea-

dos por los partidarios de los atenienses para ayudarles en su lucha contra Siracusa (29).

La ayuda prestada a Segesta en esta ocasión no parece corresponder a la culminación de un plan premeditado. Además, Selinunte, la otra parte en litigio, se había distinguido siempre por sus buenas relaciones con Cartago. El ejército fué dirigido, por otra parte, a lo largo de las operaciones, por un general elymeo (30). Todo esto nos lleva a considerar que la participación directa de Cartago fué mínima, y ni siquiera entusiasta, decidida quizás por una facción muy influyente de su aristocracia con intereses directos en el asunto.

El conflicto entre Segesta y Selinunte no encontró término y al año siguiente Cartago volvió a intervenir, esta vez de una manera mucho más directa y efectiva. Aún así, y pese a todo, resulta imposible achacarle la única responsabilidad de los acontecimientos. A su lado encontramos la participación de Segesta y de los otros aliados en palabras del propio Diodoro (31).

Tras la caída de Selinunte, el grueso del ejército cartaginés, al que se habían unido ahora contingentes de autóctonos, marcha contra la ciudad de Himera, en su deseo de revancha motivado por el odio, según nuestras fuentes. Las verdaderas causas de tal actuación permanecen oscuras y no es de extrañar que amplios sectores de la historiografía moderna hayan acogido sin crítica las razones propuestas por los textos. Después de la caída de Himera, Aníbal, que había comandado la expedición cartaginesa, regresó con sus tropas a África, lo que no deja de ser una extraña actuación imperialista. No parece tratarse de una reconquista de Sicilia por parte de los ejércitos cartagineses, como últimamente había señalado P. Cintas, sino más bien de la protección del área occidental elimeo-púnica, en lo que estamos de acuerdo con R. Vattuone (32). Los intereses elimeo-púnicos en esta región de la isla se encontra-



ban cada vez más amenazados por la política de expansión desarrollada por Selinunte, que al parecer contaba con el apoyo de Himera, como parece desprenderse del recibimiento hostil que - ésta última ciudad hizo a los atenienses de Nicías, cuya ayuda había solicitado Segesta. El propio Aníbal quiso aclarar desde el primer momento que las operaciones no iban dirigidas contra Siracusa cuando hizo varar la flota en Motya (33).

La intervención cartaginesa en Sicilia del año 410-409 a. J.C. respondió a la necesidad de asegurar los intereses púnicos y los de sus aliados frente a la actividad cada vez - más hostil y violenta de Selinunte e Himera. Y no es difícil - ver que esta intervención se haya logrado por la presión que en Cartago ejercieron determinados elementos de la aristocracia - cuyos intereses se encontraban representados en el área del - conflicto. El mismo Aníbal, que fué el que más destacó en este sentido, era nieto del general Amílcar, derrotado en Himera en el 400 a. J.C., y miembro, por lo tanto, de una familia que se había caracterizado desde antiguo por sus intereses comerciales en Sicilia, para salvaguardar los cuales se había realizado toda una política de alianzas con las grandes casas de la - isla mediante lazos de hospitalidad y matrimonio (34). La existencia de rivalidades y luchas internas en el seno de la aristocracia cartaginesa viene indicada por el hecho de que el padre de Aníbal, un tal Gisco, fué exiliado a Selinunte, aún - cuando consideramos que estas rencillas no son causa necesaria del enfrentamiento de intereses entre la aristocracia agraria recién constituida y la tradicional aristocracia mercante, sino fruto más bien del deseo de poder que ha caracterizado a - los miembros de todas las oligarquías del mundo (35).

Que se trataba de la simple defensa de unos intereses comprometidos vinculados con una parte de la aristocracia cartaginesa, parece venir indicado por el hecho de que, aparte de la no intervención ante los anteriores requerimientos de Se

gesta, la actuación cartaginesa en el 410 fué del todo exigua, limitándose a reforzar militarmente a su aliada. Unicamente - después, ante la inminencia de un aniquilamiento de ésta por - parte de Selinunte, los ejércitos púnicos desembarcaron en la isla. Esta ciudad, si bien había chocado siempre con Segesta - por cuestiones territoriales, se había mantenido tradicionalmente amiga de los púnicos. Pero ahora parece estar dirigida - por un grupo radical no muy dispuesto al entendimiento con sus vecinos occidentales. Tal es lo que se desprende de las palabras de Diodoro cuando nos habla acerca de la existencia de un partido procartaginés en Selinunte (36).

La intervención de Siracusa, agitada por luchas internas, durante todos estos acontecimientos parece haberse limitado al plano meramente diplomático y a la evacuación y acogida de refugiados de Himera, mientras que por parte de Cartago existió una continua preocupación por no despertar sus susceptibilidades (37). La neutralidad de hecho y el cierto apoyo - prestado después a los griegos de Selinunte e Himera por Siracusa, que parece querer evitar a toda costa un enfrentamiento directo con los púnicos, es otro de los argumentos que viene a favor de la localización del conflicto en el área occidental - de la isla, y en contra de aquella idea que pretende generalizarlo a toda Sicilia.

El retorno del ejército expedicionario cartaginés a Africa coincide, a poco, con el regreso a Sicilia de Hermocrates, del cual se ha dicho con razón que fué "il fondatore di fatto della Tirannide di Dionisio o, per lo meno, il suo immediato precursore" (38). Este personaje se va a presentar como un elemento perturbador de primer grado en lo que se refiere al equilibrio y la correlación de las distintas fuerzas presentes en Sicilia, así como un nuevo factor complicador de la situación.

En el año 408 a. J.C. Hermócrates emprende, más a título personal que en nombre de Siracusa, una serie de acciones de pillaje contra las ciudades fenicias de Motya y Panormo en una actuación destinada a granjearse las simpatías y el apoyo de las facciones helénicas hostiles a los púnicos, radicalizadas y engrosadas, que duda cabe, después de los asaltos a Selinunte e Himera (39). Pero un otro motivo podría muy bien haber sido el de mantener latente la hostilidad con el elemento semita, aún corriendo el riesgo presumiblemente calculado de provocar una reacción violenta, con el fin de presentar el "peligro púnico" ante los griegos de Sicilia, y presentarse a sí mismo como el paladín del helenismo contra la barbarie, a fin de fortalecer su propia posición en la isla y en Siracusa, dando rienda suelta a sus ambiciones particulares, favorecidas por la agitación social que estremecía la ciudad, en la cual se enfrentaba con el partido democrático dirigido por Diocles (40).

Que la amenaza de un "peligro púnico" sobre la Sicilia griega era un ardid imaginado y empleado por Hermócrates para la realización de sus propios intereses, no ajenos a la tiranía, como sugiere V. Merante, queda, por lo demás, manifiesto en la desautorización de sus acciones por parte del gobierno de Siracusa ante el de Cartago (41).

En el año 406 a. J.C. un nuevo ejército cartaginés, al mando esta vez de Himilcon, general que pertenecía a la misma familia que Anibal, desembarcó en Sicilia. El objetivo era Agrigento, la antigua ciudad dorica que se había distinguido siempre por su hostilidad hacia los calcidios y sus intentos de expansión en perjuicio de sus vecinos occidentales. Pero tampoco en esta ocasión se puede tomar la actuación de los púnicos como pretexto para atribuir a Cartago la intención de realizar una auténtica campaña contra el helenismo en Sicilia. Una actividad diplomática entre Cartago y Atenas, destinada a asegurar la neutralidad de Naxos, Catana y Leontini, ciudades

que por lo demás se encontraban en conflicto con Siracusa, había precedido al desembarco de las tropas (42). Aún antes de desencadenarse definitivamente las hostilidades los cartagineses propusieron un pacto de paz y alianza a los de Agrigento, que fué rechazado por la ciudad. Deseos, por lo tanto, de encontrar una solución pacífica al problema no faltaron (43).

Las causas de este nuevo conflicto no están ni mucho menos claras, aún cuando la sucesión de los acontecimientos parece indicar que el objetivo de la intervención cartaginesa lo constituían las ciudades dorias y probablemente Siracusa en particular. De hecho, las ciudades calcidias, enfrentadas con esta última, permanecieron al margen de la contienda. Es interesante observar que, junto a un recrudecimiento de la agitación social, que facilitaba el acceso al poder de los tiranos, se puede detectar durante esta época en Sicilia la presencia de potentes sectores griegos hostiles a un entendimiento con los púnicos, muy radicalizados a raíz de los últimos acontecimientos, sobre los que se apoyaban de una manera u otra todos aquellos que ambicionaban alzarse en el poder. Una facción antipúnica de este tipo parece haber tomado la dirección de los asuntos públicos en Agrigento y parece haber sido la responsable del fracaso de las negociaciones iniciales que decidió a los púnicos a poner sitio a la ciudad. El cerco habría de durar ocho meses y durante este tiempo, en el que en esta ocasión Siracusa envió una expedición militar en ayuda de los sitiados, continuas acusaciones de traición y de cooperación con el enemigo dividieron a los griegos (44).

La caída de Agrigento, que fué saqueada por la soldadesca púnica y muchas de cuyas obras de arte fueron enviadas a Cartago, supuso un deterioro del clima social en Siracusa y en otras ciudades griegas de Sicilia. Los propios siracusanos fueron acusados por otros griegos de no saber elegir a sus jefes entre aquellos que percibieran en su real alcance la amenaza que pesaba sobre la isla entera. Tal situación fué aprovecha-

de por el hijo de Hermocrates, Dionisio, para, apoyándose en los elementos más inquietos de la población, acusar de traición a todos aquellos líderes más destacados del partido democrático, y presentarse a sí mismo como alternativa de fuerza contra el peligro púnico, lo cual convenía muy bien a sus llamadas ambiciones de poder que, por otra parte, no dejaban de pasar desapercibidas a los más avisados de sus conciudadanos (45).

Después de Agrigento le llegó el turno a Gela, ciudad que se había distinguido con Siracusa por la ayuda prestada a la primera. Tras una nada brillante expedición de socorro dirigida por el propio Dionisio, tirano ya de Siracusa, la población de la ciudad fué evacuada. Poco después era evacuada Camarina y sus habitantes pasaron a aumentar la población de Siracusa. Cabría preguntarse si esta febril actividad de cambiar poblaciones de su sitio, que recuerda análogas medidas desarrolladas por antiguos tiranos con el fin de consolidar y extender su poder, no estaría más encaminada a fortalecer la posición del propio Dionisio en la isla, que a liberar de una masacre a los habitantes de estas ciudades. Algunos datos apuntan en este sentido: la evacuación de Gela y Camarina, así como la falta de una actuación directa y decisiva contra el siempre invocado peligro púnico despertaron, o mejor dicho, acrecentaron el malestar contra el tirano el cual, en palabras del propio Diodoro, utilizaba el temor hacia los cartagineses para hacerse dueño sin ningún peligro de las ciudades de Sicilia (46).

La revuelta estalló de hecho en Siracusa y en estas circunstancias, prácticamente a las puertas de una ciudad agitada por la división interna, los cartagineses realizaron una propuesta de paz que fué rápidamente aceptada por Dionisio. En consecuencia se firmó un tratado en el que quedaban claramente delimitadas las respectivas áreas de influencia: los cartagine

ses mantenían la parte occidental de la isla; los habitantes - de Selinunte, Himera, Agrigento, Gela y Camarina podían vivir en sus ciudades a condición de no fortificarlas y deberían pagar a Cartago una indemnización de guerra; por su parte, Dionisio conservaba el poder sobre Siracusa y su territorio y se comprometía a respetar la libertad de las ciudades griegas independientes (47).

Las condiciones de este tratado, así como el momento y las circunstancias en que fué realizado, arrojan nueva luz sobre las causas de la intervención cartaginesa en Sicilia, - del 406-405 a. J.C. No parece muy probable que las negociaciones de paz se hubieran producido en un momento tan favorable para los ejércitos púnicos si las verdaderas intenciones de Cartago hubieran sido las de conquistar toda la Sicilia griega. En realidad, de lo que se trataba por todos los medios, y tanto los diplomáticos como los militares eran perfectamente válidos, era de evitar políticas hostiles y poderes expansionistas que pudieran dañar los intereses presentes en el área elymeo-púnica de la isla, así como en las ciudades griegas que ofrecían facilidades de comercio. En otras palabras: se trataba de garantizar la libertad de comercio en Sicilia, y a este respecto hay que señalar, como buen índice de su importancia, que la Sicilia púnica aparece como zona de comercio libre en los tratados firmados con Roma a finales del siglo VI y mediados del IV (48). Había que defender pues esta libertad a cualquier precio.

Concluida la paz con Dionisio, mediante la cual quedaba restablecido el equilibrio de fuerzas existentes desde la época arcaica, las tropas cartaginesas regresaron a Africa. Extraña conducta por parte de aquellos a quienes se ha atribuido el deseo de expulsar a los griegos de las rutas comerciales - del Mediterráneo.

c. Las guerras con Dionisio I de Siracusa.

La intervención militar de Cartago en Sicilia durante los últimos años del siglo V a. J.C., lejos de conjurar el peligro de una política agresiva por parte de algunas ciudades griegas, y particularmente de Siracusa, peligro que se había ya insinuado de una manera bien evidente con la actuación de Hermocrates, obró del modo contrario. En realidad sirvió de abono a una situación que venía ya madurándose desde los años de la expedición ateniense, y prestó un punto psicológico de apoyo para el retorno de la tiranía (49). El mismo Dionisio hizo de la lucha antipúnica la justificación de su dominio personal sobre la Sicilia griega.

Una vez firmada la paz con Cartago, el tirano no perdió mucho tiempo en violar los términos del tratado que había suscrito, atacando varias comunidades siculas, esclavizando a los habitantes de Catania y Naxos, cuyas ciudades fueron destruidas y ocupadas por fuerzas mercenarias adictas al déspota, en represalia por haber pactado una anterior neutralidad con los cartagineses por mediación de Atenas, y deportando a los habitantes de Leontini, a los que trasladó a Siracusa.

La defección comenzó a cundir entre los griegos y muchos de ellos buscaron refugio en la epicrateia cartaginesa, donde sin ninguna duda su libertad se encontraba menos amenazada (50). El malestar llegó a ser tan grande que el propio Dionisio, viendo peligrar su posición de amo indiscutible de la Sicilia helénica, consideró necesario distraer la atención de sus desafortunados súbditos de los verdaderos problemas que los aquejaban, y para ello nada mejor que alzarse de nuevo en campeón del helénismo contra la amenaza de los bárbaros cartagineses (51).

Una auténtica histeria de guerra parece haber sido provocada en Sicilia, al tiempo que un gran despliegue de medios técnicos y de recursos económicos eran empleados en los

preparativos bélicos, todo lo cual mantenía las mentes ocupadas y los ánimos sujetos. De forma simultánea se desarrollaba una intensa actividad diplomática destinada a asegurarse por medio de alianzas matrimoniales el apoyo de ciudades como Rhegion, que rechazó los vínculos con el tirano, y Messina, de las cuales se temía que pudieran participar en el conflicto - del lado de los cartagineses (52). Un verdadero odio racial - fué estimulado por los agitadores a sueldo de Dionisio y las propiedades de los adinerados comerciantes púnicos que residían en Siracusa y en otras tantas ciudades griegas fueron expropiadas, mientras que los griegos residentes en los territorios de la epicrateia cartaginesa eran invitados a la revuelta por una activa campaña de propaganda (53). De esta manera, la agitación interna que ponía en peligro la posición del tirano fué reconvertida en una agitación contra el elemento púnico, mediante la creación de una oleada de xenofobia.

Una declaración formal de guerra fué hecha ante el Senado de Cartago, cogiendo totalmente de sorpresa a las autoridades de la ciudad y en absoluto preparadas para hacer frente al desencadenamiento de las hostilidades. Motya fué arrasada ante la incapacidad de Cartago de prestarle una rápida ayuda efectiva y los habitantes griegos de la ciudad fenicia que lucharon en su defensa hasta el último momento fueron masacrados por los asaltantes. La agresión siracusana había cogido - desprevenidos a los púnicos que no pensaban, sin duda, en una acción tan inminente y la mejor prueba de ello es que hasta - un año después Cartago no dispuso de un ejército que enviar a Sicilia para defender sus intereses (54).

La primavera siguiente, 396 a. J.C., un ejército cartaginés al mando de Himilcon ponía de nuevo pie en Sicilia. - Desde el primer momento, sicanos y siculos se pusieron del lado del invasor, al igual que los habitantes de Himera y de la fortificación de Cafalodium. De la misma forma, la ciudad de



Lipara aseguró su neutralidad mediante la entrega de treinta talentos. El grueso del ejército cartaginés se dirigió hacia Messina, ciudad clave para el control del estrecho y que había aceptado la alianza propuesta por Dionisio, desde la que se amenazaba a los puertos comerciales de la costa italiana, en particular a Rhegion, que permanecía contraria a Siracusa. La ciudad fue destruida y en su avance las tropas púnicas llegaron a saquear los suburbios de Siracusa, en la que el tirano tenía que hacer frente al estallido incipiente de una revuelta contra su autoridad (55). Una oportuna epidemia vino en ayuda de Dionisio mermando el ejército sitiador, según nuestra fuente, lo que aprovechado por éste sirvió para infringirle una severa derrota y aceptar su inmediata propuesta de paz. De tal manera, quedaban de nuevo reconocidas las antiguas áreas de respectiva influencia.

Un nuevo conflicto estalló en el 393-392, en el que apoyaron a Cartago todos aquellos elementos desafectos a Dionisio, tanto de Sicilia como del sur de Italia, donde Rhegion se encontraba particularmente amenazada por las ambiciones del tirano. La contienda se saldó con una nueva convención que ratificaba los términos del tratado del 405 a. J.C. (56). Pero aún habrían de estallar nuevas hostilidades. En el 383, el tirano desencadenó un conflicto a causa de una serie de maniobras diplomáticas dirigidas contra los cartagineses. Fracasadas las negociaciones previas, los púnicos aliados con los griegos italianos que habían sufrido directamente las pretensiones de Dionisio -Rhegion y el puerto etrusco de Pyrgi habían sido anteriormente atacadas- decidieron llevar de nuevo la guerra contra el tirano de Siracusa y asegurar la libertad de navegación y comercio en el Bajo Tirreno. La duración de este conflicto no parece clara, ya que Diodoro narra los acontecimientos dentro del marco del mismo año, pero parece que se prolongaron hasta el 374 a. J.C., en el que en la batalla de Cronion fueron derrotados los siracusanos, con lo que se firmó una nueva

paz que reconocía las respectivas esferas de influencia, cu ya frontera natural se situó en el río Halycus (57).

Aún tenemos noticias de un breve conflicto más en el año 367, provocado, otra vez, por Dionisio, que traspasó la - frontera adentrándose en los territorios púnicos. La muerte le sorprendió en la campaña y la paz fué firmada por su sucesor - en los mismos términos que en 374.

Tal y como hemos visto, no se trataba de expulsar a los griegos de Sicilia, ni todos éstos tragarón el anzuelo presentado por la propaganda antipúnica desplegada por el tirano y sus agentes. Por el contrario, a menudo les encontramos en - una actitud de neutralidad y más frecuentemente, luchando del lado de Cartago contra Siracusa. Los sículos y los sicanos estuvieron casi siempre del lado de los cartagineses lo que en - realidad muestra que sus verdaderos opresores estaban en la - parte de los griegos y no en la de los semitas (58). Por otra parte, y como ha destacado C.R. Whittaker, es del todo imposible concebir en los cartagineses la única resistencia activa - contra la política agresiva de Siracusa. Aparte de las mencionadas alianzas con griegos y autóctonos, las ciudades fenicias de Sicilia se encontraban igualmente amenazadas y en este sentido su participación en las campañas debió de ser ciertamente importante. Cartago no fué sino una, quizá la más poderosa, en tre todas (59).

De esta manera, las guerras mantenidas entre los cartagineses y los griegos en Sicilia, lejos de aparecerse como la consecuencia de una política imperialista inspirada por las ambiciones de dominación territorial de Cartago, se nos - presentan, cada vez con más claridad, como un instrumento destinado a mantener un equilibrio que asegurara la libertad de - comercio en la isla y las oportunas garantías para ello. Y no solamente este aspecto económico es el que debe llamar nuestra atención: el control de los puertos de comercio se había con-

vertido también en una cuestión de prestigio político y es en este sentido que debemos entender también la intervención cartaginesa en Sicilia frente a una Siracusa que, arrastrada por sus dirigentes, lucha por convertirse en la fuerza hegemónica de la isla. Desde esta óptica, se aprecian mejor los esfuerzos realizados por Dionisio para situar bajo su control a los puertos de comercio de uno y otro lado del estrecho y de la Magna Grecia (60).

A la muerte de Dionisio, en el año 368 a. J.C. sucedieron una serie de luchas por el poder durante las cuales Cartago no intervino directamente en los asuntos de Sicilia. Desde ahora y hasta la subida al poder de Agatocles en el 317 se abre un paréntesis en el cual la fuerte animosidad bélica que caracterizó el periodo anterior, no se encuentra presente, a excepción de la breve intervención de Timoleon. Ahora bien, la intervención de este último, como ha sido ya mostrado, se dirigía no contra Cartago, sino, por el contrario, contra Dionisio II, aunque la encadenación de las circunstancias motivara un encuentro con los púnicos, siendo deformada por la historiografía posterior, muy influenciada por prejuicios antipúnicos. A pesar de ello, los cartagineses mantuvieron excelentes relaciones con los pequeños tiranos de la isla (61).

La paz firmada con Timoleon volvió a reconocer las respectivas áreas de influencia sancionadas por los anteriores tratados. Pero la esfera cartaginesa de Sicilia, limitada ahora por el cauce del río Halycus, no constituía, en modo alguno una provincia de un imperio púnico. "In spite of the historiographic tradition which saw in Carthage a Persia of the West, the sources have produced no satrapy systems, no governors of satellite territories like those of the Persian empire" (62).

.....

## 2. LA EXPANSION DE CARTAGO EN LA CUENCA OCCIDENTAL MEDITERRANEA

La ampliación del horizonte comercial cartaginés durante los siglos VII y VI a. J.C., constituye un hecho fuera de toda posible discusión. La arqueología y los autores antiguos documentan la presencia de estos fenicios norteafricanos en lugares como Sicilia, Cerdeña, Etruria, La Sirte o las Baleares. Los siglos V y IV conocerán el apogeo de esta presencia ultramarina de Cartago que obedecía, al parecer, a motivaciones comerciales. ¿Pero cuál fué el modo de actuación y qué elementos sirvieron para consolidarla?

### a. Los cartagineses en el Extremo Occidente y la cuestión del Estrecho:

Los recursos de esta región del Mediterráneo, en particular las materias primas y entre ellas los metales, habían atraído desde antiguo a navegantes procedentes del Mediterráneo Oriental y del Egeo. Los contactos entre las dos cuencas de este mar parecen remontarse hasta el tercer milenio, y será a partir del primero que los fenicios, atraídos por las riquezas que ofrecían estas tierras se aventuraron siguiendo los pasos de aquellos predecesores.

Conocidas por estos navegantes semitas, las regiones situadas hacia el Ocaso habrían de despertar también la atracción entre los cartagineses, y éstos fundaron según la tradición transmitida por Diodoro, un establecimiento en el archipiélago balear, en la isla de Ibiza, en una fecha que se sitúa a mediados del siglo VII a. J.C. y en un lugar inserto dentro de una ruta frecuentada ya con anterioridad por los fenicios (63). Aún cuando la fecha propuesta por nuestras fuentes pueda parecer de masiado temprana para pensar en una iniciativa motivada por el interés en desarrollar un plan, dentro del cual la fundación de una colonia en Ibiza no sería sino el primer paso, y cuyo obje-

tivo final sería el de la monopolización de Occidente en beneficio del comercio de Cartago, como ya había señalado A. García y Bellido, en un momento en que además no tenemos evidencia de una presencia activa de los cartagineses en otros lugares del Mediterráneo, la fundación de este establecimiento frente a las costas de la Península Ibérica podría muy bien obedecer a diversos factores. Y entre ellos hay que considerar junto con la necesidad de dar salida a un excedente de población en Cartago, señalado por C.R. Whittaker, pero que hoy por hoy no posee confirmación arqueológica clara, la propia elección del sitio, alejado totalmente de lo que constituía el área natural de expansión de Cartago, y situado en una zona que parece haber conocido el comercio de fenicios y etruscos con los autóctonos (64).

Los contactos económicos de Cartago con la Península Ibérica se beneficiarían lógicamente de la presencia de este eslabón que acercaba su horizonte comercial a las regiones productoras de las materias primas deseadas. Además, aparte de su presencia en las Baleares, debemos considerar la existencia de comerciantes cartagineses residiendo en algunos centros fenicios de la Península, al igual que los encontramos en las ciudades fenicias y griegas de Sicilia; en un periodo posterior está documentada la existencia de establecimientos cartagineses en Villaricos y en la costa malagueña (Jardín), fechadas ambas en el siglo VI a. J.C. (65).

Por su posición estratégica en el término occidental de la ruta de las islas, la presencia de cartagineses en Ibiza se ha interpretado frecuentemente como la de un enclave estratégico en función de cerrar el paso al comercio griego hacia el sur de la Península. Tal idea se basa, por supuesto, en la concepción de un abierto enfrentamiento comercial entre el blo que helénico y el púnico en el Mediterráneo Occidental que habría producido una política de monopolios y mercados cerrados

por parte de los primeros. Tal cosa no parece haber existido - durante el periodo arcaico -siglos VII-VI, a. J.C.- como hemos visto en el anterior capítulo. Durante los siglos siguientes - una serie de testimonios apuntan también hacia la pervivencia de una libertad de comercio, sin descartar, la existencia de - unas ciertas áreas de influencia.

La colonia cartaginesa de Ibiza no representó, durante la época clásica, un serio impedimento a las actividades comerciales de los griegos en el Extremo Occidente. Si bien es - cierto que Massalia parece haber desarrollado durante un cierto tiempo una política anti-púnica, que más bien habría que matizarla como el resultado de determinadas acciones piráticas - que en algunos momentos concluyeron en un enfrentamiento con - los cartagineses, las noticias acerca de una conflictividad en este sentido no vuelven a producirse. Durante el siglo V, la - ciudad griega presenta un panorama arqueológico que ha hecho - pensar en un periodo de crisis, de aislamiento e incluso de retroceso económico (66). Y es precisamente en este punto que no se puede hablar de una unidad de actuación respecto a Massalia y sus colonias en la Península Ibérica, concretamente de Ampurias. Esta última presenta una panorama arqueológico del todo opuesto a la anterior, hasta el punto de que se llega a cuestionar su origen como resultado de una fundación massaliota. Ampurias presenta su florecimiento paralelo a la decadencia de - Massalia, atestiguado en una evolución arqueológica diferente. Junto a una ausencia de la cerámica jónica y focense se produce un gran aumento de las importaciones áticas, que por el contrario, faltan en Massalia, y éstas se nos presentan muy relacionadas con las que durante el mismo periodo aparecen en Ibi-za, a la vez que tenemos documentada la existencia de materia-les púnicos en la necrópolis de Ampurias (67). Los contactos - entre una y otra se nos aparecen pues como evidentes.

El enfrentamiento entre griegos y púnicos en la Pe-

ínsula Ibérica, si es que ha existido, no se nos aparece, -  
 pues, como un fenómeno general. Fuera de la pretendida área de  
 monopolio cartaginés tenemos documentada también la existencia  
 de un comercio fenicio-púnico en torno a las bocas del Ebro, -  
 comercio que parece extenderse, aún cuando admitimos que po-  
 dría tratarse de relaciones esporádicas, hacia el norte, alcan-  
 zando la costa gala (68).

Hay un hecho cierto, los establecimientos fenicios -  
 de la costa del Sudeste hispano e incluso de Marruecos y Arge-  
 lia presentan una fase de decadencia, llegando a desaparecer -  
 algunos, en un momento que podríamos situar en el final del si-  
 glo VI y comienzos del V. a. J.C. ¿Habría que ponerlo en rela-  
 ción con la supuesta política antipúnica desarrollada por los  
 focenses occidentales, y en particular los massaliotas, duran-  
 te estas fechas? Tal actuación no parece haber sido la propia  
 de Ampurias, concretamente, y en el caso de Massalia nos incli-  
 namos a pensar, como enseguida veremos, en cuestiones deriva-  
 das de la presencia de piratas procedentes de esta última. --  
 Además, el fenómeno no es generalizable al conjunto de todos -  
 los establecimientos fenicio-púnicos en las costas del sudeste  
 de la Península. Los recientes descubrimientos en la necrópo-  
 lis de Almuñecar documentan la pervivencia de un núcleo de no-  
 table densidad (69).

¿Cuál es el papel que habría que atribuir a los car-  
 tagineses en todo este oscuro panorama? Una réplica a la ac-  
 tuación de los piratas massaliotas parece evidente, al igual -  
 que también lo parece la existencia de relaciones comerciales  
 entre Ibiza de un lado y Ampurias de otro. Sin embargo, es pre-  
 ciso establecer si la actuación de los cartagineses de Ibiza -  
 respondía a unas directrices marcadas por la metrópoli africa-  
 na o por el contrario, era el resultado de una iniciativa pro-  
 pia y autónoma. En otras palabras: determinar las relaciones -  
 existentes entre la colonia y Cartago.

Una fuerte influencia de la metrópoli en la isla es un hecho que se sabe fuera de toda posible discusión. Esta influencia se documenta en la existencia de determinados materiales arqueológicos y su tipología -enterramientos, cerámicas, terracotas, navajas de bronce-, que son características de los establecimientos cartagineses y que no aparecen, por el contrario, en otros centros fenicios de Occidente. Aún así es posible negar la existencia de ciertas particularidades propias - que nos indican una propia personalidad dentro del conjunto de la cultura cartaginesa (70). Pero existen otros materiales arqueológicos, y entre ellos el principal es la cerámica ática - del siglo V, que diferencian los horizontes arqueológicos de Ibiza y Cartago durante este período. Esta cerámica es abundante en la isla, mientras que lo es mucho menos en la propia Cartago en contraposición con lo que ocurre en Kerkouane donde se encuentra también en cantidades apreciables. Las tumbas de las necrópolis ibicencas se caracterizan por sus ricos ajuares - mientras que en Cartago, por las mismas fechas, apreciamos un empobrecimiento de los suyos y la escasez de objetos de importación. Por lo demás, la cerámica púnica de Ibiza, aún cuando presenta una semejanza en las formas con la de Cartago, presenta tantas variantes y matices, muchos de los cuales no aparecen en la última, que ha sido preciso la elaboración de un catálogo específico, ante la imposibilidad de utilizar el realizado por P. Cintas. Otro tanto se puede afirmar de las terracotas ebusitanas. Por último, algunas de estas representaciones plásticas parecen estar indicando una originalidad relativa a determinadas concepciones del universo religioso (71). Las fuertes influencias culturales no documentan más que eso: influencias culturales, cosa lógica si consideramos el origen de los colonos establecidos en Ibiza, pero no poseemos evidencia alguna que nos hable de la existencia de una dependencia estrecha política y/o económica respecto de la metrópoli.

Con esto no pretendemos afirmar que las relaciones -



entre ambas e incluso con los demás centros fenicios occidentales no hayan sido cordiales ni frecuentes. Al igual que en Sicilia la intervención de Cartago frente a los piratas de Massalia o a la presión de los indígenas puede entenderse en el sentido de proteger los intereses de los demás establecimientos - fenicios amenazados y los suyos propios, representados por sus relaciones con éstos. Una oscura noticia de Justino, cuya cronología es difícil de precisar, pero que de una manera general se considera que pertenece a este periodo, nos habla de la presión a la que fué sometida Gadir por parte de los vecinos autóctonos. La ayuda prestada por Cartago a la ciudad fenicia tuvo su contrapartida en la incorporación de esta y sus territorios al imperio cartaginés (72).

Que Cartago haya podido ayudar a la ciudad hermana - en peligro es perfectamente lógico, si consideramos además que los intereses propios debían estar amenazados. Determinados tipos de entierros en la necrópolis gaditana hablan en favor de una presencia de cartagineses en esta ciudad: era necesario, pues, garantizar el libre acceso y la libertad de intercambios en este importante puerto de comercio, lugar de salida y centralización de los productos del rico hinterland tartésico. Pero esta ayuda no significa una actuación imperialista por parte de Cartago, movida aquí presumiblemente por las mismas - causas que habían determinado su actuación en Sicilia. Aparte de la extrema dificultad de datar la noticia de Justino, la posterior evidencia, si admitimos que se refiere a las fechas que tratamos, se encarga por sí sola de desmentirlo. Los fenicios de Gadir mantuvieron, como se verá más adelante, su autonomía económica junto con el control del comercio con los autóctonos vecinos y del tráfico del esteño atlántico, y conservaron, aún en los años de la intervención Bárquida en la Península, una considerable autonomía (73).

Podría pensarse en que una serie de dificultades pa-

recen haber existido para los fenicios del extremo occidental mediterráneo durante el siglo VI. Algunos establecimientos del mediodía hispano desaparecerán por estas fechas como en el caso de Toscanos y Trayamar. Sin embargo, la necrópolis de Jardiñ, situada al N. de Toscanos, se relaciona en algunos de sus hallazgos con la fase última de áquel y proporciona materiales del siglo IV a. J.C., aunque en un ambiente arqueológico de clara procedencia cartaginesa (74). En el yacimiento cercano de Morro de Mezquitilla recientes excavaciones han detectado un hábitat fenicio que se considera el poblado correspondiente a la necrópolis de Trayamar, en el cual se aprecian estratos de derrumbe de las edificaciones que se pueden fechar, a grosso modo, en la segunda mitad del siglo VI y la primera del V a. J.C. Sobre estos niveles desocupados se volvió a construir en un periodo que podría situarse en la segunda mitad o finales del siglo V, a la vez que algunos materiales -cerámica de barniz rojo, cerámica ática de barniz negro- pueden fecharse en el siglo IV a. J.C. Todo esto lleva a considerar a sus excavadores que el yacimiento conoció una ocupación, dejando a un lado el hábitat prehistórico correspondiente a la edad del Bronce, "desde aproximadamente el año 750 a. J.C. y sin interrupción hasta el último siglo precristiano" (75).

Los asentamientos de la costa occidental africana, -cuya vinculación con Gadir, dentro de lo que Tarradell ha denominado como el "Círculo del Estrecho" es evidente, presentan una evolución arqueológica caracterizada por la existencia de un "hiatus" entre la presencia de la cerámica arcaica, de barniz rojo, propia de este área, considerada generalmente de procedencia gaditana, y la aparición de cerámica púnica en un momento no anterior a finales del siglo V. De la misma manera, -la presencia de influencias fenicias también consideradas como procedentes de Gadir y de los centros fenicios del sur de la Península Ibérica, en las necrópolis de Tánger, cesa a comienzos del mencionado siglo, fenómeno que se observa también en -

la necrópolis de Rachigoun (Angolia) (76).

Lo que resulta más difícil de precisar son las causas que produjeron esta decadencia o abandono patente en algunos yacimientos fenicios, que no en todos, de la P. Ibérica y de las costas de Africa. Las excavaciones, por otra parte, deberán realizarse en otros puntos a fin de ampliar nuestro panorama actual. Con la documentación de la que hasta el momento disponemos puede establecerse una interrupción de los contactos fenicios, que a partir de ahora serán muy esporádicos, con las costas africanas del otro lado del Estrecho, en torno a los comienzos del siglo V a. J.C. La situación en las costas de la Península es menos clara, pues si bien algunos establecimientos presentan fases de decadencia, llegando a desaparecer otros, algunos, y sirvan de ejemplos Guadalhorce, Jardín y Almuñécar, continuaron su existencia durante el siglo V (77).

Existen algunos datos literarios que podrían llevarnos a buscar una explicación en una política de expansión desarrollada por Massalia. Tales son las noticias de combates entre cartagineses y massaliotas, comentadas en el anterior capítulo, y las referencias a la desaparición de la colonia griega de Mainake. Respecto a las primeras, repetimos nuestro convencimiento, a la luz de toda la evidencia ya planteada, de que debió de tratarse de conflictos derivados de la actuación de piratas. Por lo que se refiere a la segunda, que a primera vista podría llevar a pensar en un enfrentamiento general entre griegos y púnicos en las costas de la Península, es preciso señalar que únicamente es mencionada por fuentes tardías, y a este respecto consideramos interesante adherirnos a una sugerencia de H. G. Niemeyer, desarrollada por F.J. Fernández Nieto, y según la cual, los puertos de comercio fenicios del mediodía peninsular serían conocidos por los navegantes griegos con nombres helénicos, y en este caso debemos señalar, con los anteriores, que la factoría de Toscanos ha aparecido en el lugar -

en que Shulten había identificado el establecimiento de la griega Mainake. Los materiales griegos aparecidos en este yacimiento han hecho pensar que "contactos muy reiterados ligaban a la factoría fenicia de Toscanos con el horizonte griego orientalizante del ámbito mediterráneo central y oriental" (78). Por otra parte, ninguna evidencia arqueológica ha venido a confirmar por el momento, pese a la intensificación de las investigaciones, la existencia de una colonización massaliota en las costas de la P. Ibérica (79).

¿Pero, puede la actuación de unos piratas tener tan considerable impacto sobre algunos centros fenicios tan alejados de su base de procedencia? Parece bastante dudoso y una expansión massaliota hacia el Sur queda descartada, como acabamos de ver. ¿Habría que buscar las causas en conflictos locales con los autóctonos? ¿Hay que relacionar la decadencia y abandono de alguno de estos establecimientos con la interrupción de los contactos manifiestos en los yacimientos de la costa africana al otro lado del Estrecho? En este caso la anterior solución se descarta por sí sola ya que no es posible pensar en una generalización de los conflictos con los autóctonos a ambos lados. La respuesta, a nuestro entender, está vinculada con una serie de circunstancias económicas externas que examinaremos más adelante.

En cualquier caso, la decadencia de la actuación fenicia en el Estrecho parece haber sido aprovechada por Cartago para realizar unas exploraciones oceánicas de las que trataremos enseguida. Aún así es preciso reconocer que la evidencia arqueológica de la cual disponemos acerca de una presencia de cartagineses en la P. Ibérica durante los siglos V y VI a. J. C. es ciertamente escasa. Y lo mismo podría decirse en lo que a la evidencia literaria se refiere.

En lo que respecta a la información procedente de los documentos arqueológicos, son los enterramientos y su tipo

logía los que pueden proyectar mayor luz acerca de una presencia de cartagineses en la Península. En las necrópolis de Cádiz han aparecido tumbas de cámara con sarcófago y pozo, características de Cartago y de la necrópolis del Puig des Molins, en Ibiza, con una cronología que parece indicar hacia el siglo V a. J.C. (80). En la necrópolis de Jardín (Málaga) han aparecido tumbas de fosa rectangular, cistas, sarcófagos, y de cámara con corredor, tipos funerarios que se encuentran también presentes en Gadir. Algunos de estos enterramientos se presentan con mayor antigüedad en las necrópolis de Cartago, localizándose en una etapa posterior algunos de ellos en otros lugares de Occidente. Este es el caso de las fosas rectangulares, que aparecen en Cerdeña no antes del siglo IV, es decir, coincidiendo con la fase púnica de la isla. También las cistas rectangulares aparecerán en Ibiza y Cerdeña a partir de los siglos IV y III, respectivamente. En Jardín, ha aparecido una tumba, la número 66, formada por una cámara excavada en la roca, y en su interior fosas destinadas a enterramientos de inhumación e incineración que sólo tienen paralelo en Malta y en Cartago, en este último lugar a partir del siglo IV a. J.C. - (81).

Un caso particularmente interesante lo compone la necrópolis de Almuñecar (Granada) que su excavador M. Pellicer - considera la Sexi púnica, conocida por algunas menciones aisladas en los textos, y por su emisión de moneda púnica ya en época romana. La cronología de los materiales apunta hacia mediados del siglo VII a. J.C. En esta necrópolis han aparecido enterramientos en pozos excavados en la roca, algunos de los cuales tienen claros paralelos en Isla Plana (Ibiza) y en Cartago con una posible cronología del siglo VII. Otros, con una urna de incineración en el fondo sólo aparecen en Almuñecar, con ciertos paralelos parciales en el cementerio de Junon en Cartago. De la misma manera, los pozos con cámara lateral indicada, con o sin vaso cinerario, sólo aparecen en la mencionada necró-

polis de Cartago con una cronología de los siglos VII-VI a J.C. Los pozos con dos cámaras laterales opuestas, como el de la 19 de Almuñécar, tienen su paralelo en tumbas encontradas en las necrópolis de Demerch y Junon en Cartago (82).

La estructura funeraria de esta necrópolis de Almuñécar es radicalmente distinta de la de otros cementerios fenicios en la P. Ibérica, como por ejemplo, Trayamar, lo que, como ha indicado A. Tejera Gaspar, aboga en favor de orígenes también distintos. Para el caso de Almuñécar, que presenta una cronología coetánea a la fecha de la fundación de Ibiza transmitida por Diodoro, y posterior a yacimientos más antiguos, como - Toscanos, y basándonos en la tipología de los enterramientos, - estos orígenes parecen encontrarse en Cartago (83).

Por lo que se refiere a la cerámica de influencia cartaginesa, esta es particularmente escasa en la P. Ibérica. Su presencia está constatada sobre todo en la necrópolis de Villaricos y en algunos yacimientos levantinos y del Sureste, aunque falta un estudio global de la misma para estas regiones (84). De la misma manera. Las ánforas fenicio-púnicas, algunas de ellas con una impronta muy peculiar cartaginesa, aparecen en el litoral ibérico del Levante y Cataluña, así como en las costas del Golfo de León. Otros documentos pertenecientes a este ambiente púnico, y que han sido también localizados en las anteriores regiones, son los objetos de pasta de vidrio, de un tipo muy común en Cartago en los siglos IV y III a. J.C., las placas de terracotas representando a Ball Hammon, los inciensarios en forma de Demeter-Tanit, aparecidos en Ullastret, Benidorm, Alicante y Murcia, entre otras. Algunas de estas piezas, como las ánforas del tipo B dentro de la clasificación propuesta por J. M. Maña, parecen perpetuar una forma heredada de la técnica cartaginesa. En cuanto a la cronología, los materiales que presentan un mayor carácter e influencia del mundo púnico vinculado a

Cartago presentan una data de finales del siglo V, comienzos - del IV a. J.C. continuándose durante el siguiente (85).

Ahora bien, todas estas piezas corresponden más a - una actividad comercial que a una presencia constante de elementos púnicos cuyos asentamientos no han podido ser localizados. Además, aunque en algunos de ellos los influjos cartagineses son bien patentes es, hoy por hoy, imposible delimitar - en todas las ocasiones un origen concreto en Cartago, o en - otros establecimientos púnicos occidentales, o aún si se trata en casos de imitaciones ibéricas locales.

Algunos otros documentos podrían apuntar hacia un - origen cartaginés o bien podrían ser imitaciones u objetos salidos de una misma corriente cultural en los que se pueden - apreciar variantes regionales y otros dudosamente se entroncan con este mundo. Sirvan de ejemplo, el disco de barro decorado aparecido en San Fernando (Cádiz), y la dudosa máscara púnica gaditana (86). En cualquier caso no pueden emplearse como testimonios inequívocos de la presencia colonizadora de cartagineses en la Península Ibérica.

La documentación literaria presenta la misma parquedad de información que las anteriores pruebas arqueológicas. - Su característica estriba en que a menudo nuestras fuentes son ambiguas y en muchos casos contradictorias. No en vano había señalado ya Gsell que la historia de los cartagineses en España en el periodo anterior a la conquista de los Bérquidas es - muy oscura (87).

En el primer tratado entre Roma y Cartago de finales del siglo VI a J. C. no se especifica mención alguna a la P. Ibérica, al contrario de lo que ocurre en el segundo, de mediados del siglo IV, en que se prohíbe a los romanos navegar y colonizar más allá de Mastia Tarseion (88). Pero esto no descarta tampoco que para la fecha del primer tratado existiera algún tipo de presencia cartaginesa por mínima que fuera en estas -

tierras de Occidente. Es a partir del siglo IV a. J.C., que poseemos una más relativa abundancia de noticias acerca de la existencia de cartagineses en estas regiones. Así, en el Periplo del Pseudo Scylax se indica la presencia de emporia cartagineses situados sobre las costas de Europa, más allá de las Columnas de Hércules. Eforo, a su vez, menciona a los libiofenicios, colonos de Cartago, establecidos en el mediodía hispano, en las costas de más acá del Estrecho (89). En la Ora Marítima de Avieno, sobre cuya exactitud como fuente histórica existe una amplia literatura producto de la discusión que suscita, se menciona también a los cartagineses navegando por las costas atlánticas de la Península, en las que también poseyeron pueblos y ciudades, y se les atribuye una ocupación primitiva y la dominación sobre la isla Eritia, la antigua isla gaditana hoy soldada al continente por las colmataciones procedentes del estuario del Guadalquivir (90).

Hacia el año 265 a. J.C. los cartagineses, según Polibio, mantenían grandes posesiones en la Península Ibérica; pero la información de este autor se contradice con la afirmación de Diodoro cuando habla de las nuevas conquistas de Amilcar Barca en las tierras del Estrecho. Según Polibio el desembarco de Amilcar y sus campañas posteriores tuvieron la virtud de restablecer la situación de Cartago en la Península "That means either Spain was lost and won back in thirty years with out a single comment from any source o that nature of the relations with Spain and western territories before the Barcas was of a much looser kind than is commonly admitted" (91).

Desde el año 480 a. J.C. tenemos noticia segura de los contingentes de mercenario íberos que actuaron en los ejércitos de Cartago. Pero no ha de entenderse por fuerza que estos guerreros eran reclutados en las tierras sometidas a la autoridad de los púnicos. Las fuentes mencionadas anteriormente abogan en favor de una cierta presencia de cartagineses en la P. Ibéri-



ca, pero ninguna evidencia concluye en favor de una dominación que hubiera podido incorporar estas regiones a un supuesto imperio de Cartago en Occidente. Tal y como pensaba Gaell, estos mercenarios podían muy bien ser reclutados en lugares - que no dependían de los púnicos. La perspectiva de un cuantioso botín y de una buena paga habría bastado para ello (92).

La información que acabamos de examinar documenta - la presencia de elementos procedentes de Cartago, establecidos en la P. Ibérica, en algunos lugares que por lo general - eran ya habitados o frecuentados por otros fenicios occidentales. Los datos arqueológicos y literarios apuntan hacia una - cronología, a partir por lo menos del siglo V. a. J.C., con la excepción de los establecimientos de Villaricos y Jardín que - se remontan al siglo anterior. Estos mismos datos, y mientras no poseamos nuevas fuentes de información, indican una presen - cia de carácter comercial y nada nos autoriza a hablar de la existencia de conquista y anexión de los territorios peninsu - lares. Y respecto a esto, es interesante observar, como ha se - ñalado Whittaker, que frente a los innumerables emporio carta - gineses en la Península citados por las fuentes antes del pe - riodo romano sólo en una ocasión se habla de una colonia -apoi kia- y en este caso los colonizadores son libiofenicios pro - cedentes de Cartago (93).

Cartagineses hubo, por lo tanto, en los puertos de comercio de la P. Ibérica, al igual que en Sicilia y en otros lugares del Mediterráneo y difícilmente esta presencia se pue - de explicar buscando sus causas en un deseo de cerrar el paso al comercio griego en Occidente, monopolizando, mediante una política de bloqueos y controles, el acceso a las más ricas - regiones productoras de las materias primas buscadas. El des - conocimiento de Tartessos por los autores griegos del siglo V a. J.C., que se ha venido explicando como producto del bloqueo establecido al comercio griego por los púnicos en el Mediterra

neo Occidental, es un hecho que no prueba nada si consideramos que la existencia de tal bloqueo es falsa. Tal actuación de control y de política marítima, aparte de las dificultades técnicas que entrañaba, queda desmentida por la propia evidencia arqueológica que nos señala la presencia de materiales griegos en el área teóricamente clausurada (94). A no ser que caigamos en el simplismo de considerar que todas, sin excepción, las importaciones griegas que aparecen en estos lugares fueron transportadas por los navegantes púnicos. Ciertamente existían formas de controlar las mutuas actividades comerciales, como veremos más adelante, pero la política de monopolios y mercados cerrados generalizada a todo el Occidente Mediterráneo debe ser, a nuestro entender, descartada definitivamente. Al lado de la evidencia arqueológica se añade la propia evidencia literaria que manifiesta claramente la existencia de libertad de desplazamiento, cuando no de acceso a los puertos de comercio, en las áreas supuestamente prohibidas.

Recientemente ha sido valorado un discurso de Demostenes, datado en los comienzos de la segunda mitad del siglo IV a. J.C. que trasluce una clara visión de la seguridad y concurrencia en las rutas marítimas entre Massalia y Atenas, así como de su frecuente utilización y de sus activas relaciones comerciales, que no encaja con la existencia de un bloqueo por parte de Cartago (95). El vértice oriental, que junto con Ibiza y las posesiones en el Estrecho, cerraría el paso a los navegantes griegos se revela, pues, inexistente. Lo mismo se puede decir de los dos vértices restantes. El explorador massaliota Pitheas franqueó las Columnas de Hércules, a fines del siglo IV o comienzos del III a. J.C., sin ser molestado por ninguna patrulla cartaginesa, en un momento en que, según la interpretación más frecuente del segundo tratado entre Cartago y Roma, las costas situadas al sur de Mastia caían dentro del área de exclusivo monopolio de Cartago (96).

De la misma manera, el almirante alejandrino Timóstenes poseía una buena información acerca del Occidente que llegaba incluso al Estrecho. Aún cuando esta información le hubiera sido facilitada por los púnicos y no hubiera él recorrido el litoral que describe, tampoco concuerda bien con la idea de mantener ocultas las rutas de monopolio cartaginés. A no ser que se tratara de una excepción, motivada por las buenas relaciones entre Egipto y Cartago; en este caso serían ya muchas las excepciones (97).

El tantas veces aludido bloqueo del Estrecho con el fin de guardar el secreto sobre las rutas del Atlántico Sur y Norte, se nos manifiesta además de la misma manera, improbable. Pero ¿existió en realidad tal bloqueo del Estrecho? Las aventuras de Pitheas y los conocimientos geográficos de Timóstenes parecen sugerir lo contrario (98).

Se podría sin duda argumentar que todas estas evidencias corresponden a un momento situado a partir del siglo IV - lo que no indicaría necesariamente que en una época anterior hubiera ocurrido igual. Parece que sí; a fines del siglo VI, una flota mercante espartana en ruta desde Cirene a Túnez, no encontró obstáculo alguno al llegar al emporio cartaginés de Neapolis, en la costa sur del Cabo Bon, en supuesto territorio prohibido (99). Aunque de hecho no poseemos ninguna noticia de este tipo aplicable al siglo V a. J.C., nada nos permite afirmar que durante aquel se estableciera una política de bloqueos y monopolios que no concuerda con las líneas generales de la actuación cartaginesa en Occidente durante toda esta época.

Ciertamente existen algunos datos dispersos que podrían llevar a pensar en el establecimiento de un monopolio comercial cartaginés en la cuenca occidental del Mediterráneo. Dejando a un lado el desconocimiento patente en el Pseudo Scylax de las costas africanas comprendidas desde Cartago a Cerné ya que aunque la redacción del periplo se fija en el tercer -

cuarto del siglo IV, "le caractère arcaïque des données du Périple par cette partie du littoral africain le rend irréductible à l'ensemble de notre documentation géographique d'époque anti-que" (100), conservamos algunas noticias de Estrabon acerca de los expeditivos métodos empleados por los púnicos para proteger el secreto de sus rutas comerciales, métodos que consistían, lisa y llanamente, en el hundimiento de los barcos extraños e incluso de los propios cuando estos eran seguidos con el fin de conocer el camino de los puertos a los que se dirigían (101). No obstante, la primera de estas noticias sólo menciona a los fenicios de Gadir en su comercio con las islas Cassitérides y se sitúa ya en época romana. Por lo que se refiere a la segunda, que recoge una información procedente de Eratóstenes, se especifica que sólo los extraños -xenoí- eran tratados de este modo en Cerdeña, por lo que habría que preguntarse si en esta denominación entran todos aquellos con los que no se habían concertado relaciones comerciales y garantías de seguridad en el tráfico marítimo. Como ha señalado Whittaker el comentario se realiza en el contexto de los puertos de comercio de Egipto, donde el acceso estaba cuidadosamente controlado cuando no excluido totalmente (102).

Todo lo que hemos considerado hasta ahora nos induce a pensar que efectivamente debió existir por parte de Cartago alguna forma de controlar el acceso a los puertos de comercio frecuentados por los púnicos, pero, en modo alguno, nos autoriza a hablar de una prohibición total y generalizada a todos aquellos que no formaran parte del supuesto bloqueo púnico teó-ricamente enfrentado con el bloque helénico. Tal política de bloques enfrentados, no es más que una invención de los investigadores modernos. El simple ejemplo de las ya mencionadas re-laciones entre Ibiza y Ampurias apunta en este sentido. Pero hay más datos; en Kerkouane, la necrópolis de Jbel Mlezza se caracteriza por una serie de tipos funerarios que no aparecen en Cartago, por lo menos en época antigua, mientras que se

encuentran presentes en otras necrópolis de Sicilia, Cerdeña, Argelia y Villaricos, en la P. Ibérica. Y como ya hemos dicho antes, la cerámica ática del siglo V ha aparecido relativamente abundante en las excavaciones de la ciudad de Kerkouane, mientras que es mucho más escasa en Cartago, al tanto que las importaciones son abundantes durante el siglo V en la primera y escasas durante el IV; exactamente al contrario que ocurre en la segunda donde abundan en el IV habiendo escaseado en el V. (103). Se puede pensar, por tanto, en diversos focos de irradiación cultural y actuación comercial que funcionaban de una manera totalmente independiente dentro del mundo púnico.

La evidencia ahora se nos aparece más clara: ni bloques monolíticos enfrentados por la supremacía comercial en Occidente, ni política hostil de bloqueos y prohibiciones que no ha podido emanar de unas circunstancias inexistentes. Si la mención de Tartessos en los autores griegos desaparece durante el siglo V no fué porque todos los navegantes helenos se vieran impedidos de navegar hacia Occidente y habrá que buscar por tanto la explicación por otro camino.

¿Cómo se planteó y qué elementos caracterizaron la actuación de Cartago en Occidente durante el siglo V? ¿Cuáles fueron las causas que motivaron la presencia de éstos púnicos en este sector de la cuenca mediterránea? En las líneas que siguen intentaremos responder a estas preguntas.

En este sentido, los tratados concluidos entre Roma y Cartago y transmitidos por Polibio nos son de gran utilidad. En ambos, nos referimos al rechazo a finales del siglo VI y al de mediados del IV a. J.C., se delimitan claramente las áreas en que se permite el acceso a los puertos de comercio, se establecen las pertinentes garantías y se especifican las facilidades otorgadas para el intercambio (104). Tanto en uno como en otro se prohíbe a los romanos la navegación más allá del Kalon Akroterion, generalmente identificado con el Ras-Sidi Al El -

Mekki (Cabo Farina). La cuestión de hacia qué dirección deben entenderse la expresión "más allá" ha suscitado un largo debate iniciado ya por el propio Polibio. El historiador considera que la prohibición se refería a las costas situadas al sur de Cartago, esto es: hacia el litoral de la Sirte y de la fértil región de Bizantium. La historiografía moderna, a partir de los trabajos ya clásicos de J. Meltzer y S. Gsell, ha considerado frecuentemente errónea la interpretación polibiana debido a - que según ésta quedaría cerrado el acceso a la propia Cartago. Debía entenderse, por consiguiente, que los territorios prohibidos serían aquellos situados al oeste de la ciudad con lo - que los cartagineses defendían su monopolio de las rutas que - conducían a Tartessos (105).

No existen, sin embargo, motivos de peso para dudar de la afirmación de Polibio en un momento, sobre todo el representado por el primero de estos tratados, en el que los supuestos intereses de Cartago en la región prohibida no son más que hipotéticos. Esto último es lo que parece indicar el hecho de que no se mencione ningún punto situado en la Península Ibérica en el documento, al contrario de lo que sucederá con el segundo de los tratados. Por otra parte, la arqueología no señala una presencia activa de los cartagineses en las costas occidentales de Africa hasta entrado el siglo V. En cambio, sí - existían intereses en las costas situadas a lo largo de la Sirte, ricas regiones agrícolas donde se encontraban situados los emporía y con las que se mantenía un tráfico de cereales en un momento en que aún no se había logrado una penetración profunda por el hinterland africano de Cartago.

Esta interpretación de los autores modernos según la cual, como hemos visto, Cartago intentaba defender su monopolio de Tartessos y el comercio atlántico, se basa en la inexacta localización del Kalon Akroterion mencionado por Polibio - en el cabo de Farina como ha demostrado J. Desanges, que se ba

sa a su vez en la falsa identificación de aquel con el Pulchrum Promontorium mencionados por Livio (106). Polibio es lo bastante explícito al indicar que el Kalon Akroterion se extienden ante Cartago y éste no puede ser más que el Cabo Bon, el único que se divisa desde la ciudad. De esta forma se protegía los emporía y el tráfico con la Sirte, prohibiendo la navegación hacia estas regiones pero quedando garantizado el acceso al puerto de Cartago (107).

En el tratado del 348 a. J.C. la prohibición se extiende también a los territorios situados más allá de Massilia Tarseion, en el litoral del sudeste hispano. ¿Qué significado ha de atribuirse a esta restricción si consideramos la inexistencia de impedimentos serios para navegar hacia el Estrecho? ¿Se prohibía de esta manera el paso a todos los navegantes no púnicos o sólo a los romanos y sus aliados? La arqueología de muestra que las importaciones griegas en los poblados ibéricos del Sudeste y Levante hispano no hace sino aumentar durante la primera mitad del siglo IV en contraste con la escasa proporción de materiales encontrados correspondientes al siglo anterior. ¿Debemos pensar que todos estos objetos eran aportados - necesaria y únicamente por los comerciantes púnicos? ¿Se debe - su desaparición durante la segunda mitad del siglo IV a las restricciones impuestas en el segundo tratado firmado con Roma? Si concedemos algún crédito a la idea de que los puertos de comercio púnicos pudieron ser conocidos con un nombre griego por los comerciantes helénicos, lo que explicaría la mención de las supuestas colonias griegas en el sur de la Península por fuentes tardías, abogamos de un modo indirecto por la libertad de comercio en la zona. Pero además, nada nos autoriza a pensar que en los tratados firmados con Roma se restringiera la navegación griega en ciertos sectores del Mediterráneo Occidental, ya que en ello solo se especifica a los "romanos y sus aliados" por mucha amistad que se invoque entre Roma y Massilia.

Aún así la cuestión de posibles intermediarios no queda del todo esclarecida, aún cuando consideramos que navegantes y comerciantes griegos han podido visitar más o menos esporádicamente las costas meridionales hispanas, tal y como Pitheas pudo desarrollar sin impedimentos su viaje. En el siglo IV reaparece de nuevo, además, la mención de Tartessos en las fuentes griegas y estas fuentes están ahora mejor informadas en lo que se refiere a su situación en las costas de la Península Ibérica, y a su proximidad con la fenicia Gadir, lo que no indica precisamente un celoso secreto de estos territorios por parte de los púnicos. El argumento de que después del segundo tratado con Roma cesa la libertad de comercio en esta parte meridional de la Península, ya que desaparece la cerámica ática siendo sustituida por la cerámica sud-itélica nos parece poco convincente ya que esto corresponde a un fenómeno generalizado que se observa en todo Occidente. En la misma Cartago, la cerámica ática es sustituida por los nuevos modelos que llegan a imitarse localmente. Por otra parte, la idea de que por los aliados de Roma, mencionados en el tratado del 348 a. J.C. se debe entender principalmente a Massalia queda diluida ante la ausencia de los testimonios arqueológicos de una colonización massaliota en estas costas. F. Cassola, apoyando la sugerencia realizada por C. Paretí ha subrayado la importancia marítima de Roma por estas fechas (108).

La diferencia entre los dos tratados, por lo que aquí nos interesa, estriba en que durante el siglo V los cartagineses parecen haber establecido relaciones con algunos núcleos indígenas del Sudeste peninsular, relaciones que en cierto modo les permitían controlar el acceso a estos puertos de comercio y garantizar la libertad de intercambio frente a la posible presencia de elementos extraños perturbadores que hubiesen podido significar una distorsión grave en las relaciones comerciales establecidas con estos centros. Y en este sentido es interésante subrayar con C.R. Whittaker que el propio Polibio



consideraba la prohibición de navegar más allá del Kalon Akroterion contenida en el primero de los tratados como referida - únicamente a los barcos de guerra romanos (109). Con esto no - se prohibía todo tipo de navegación, sino específicamente aquella que podía perjudicar las actividades de los comerciantes. En otras palabras, se prevenía contra la actuación de posibles piratas.

Precisamente, otra de las diferencias concerniente a los dos tratados es la prohibición expresa en el segundo de comerciar, ejercer la piratería y colonizar por parte de los romanos y sus aliados más allá de los citados lugares, cuando en el primero, como acabamos de ver, solo parecía impedirse la navegación con barcos de guerra. Esto quiere decir que las consideraciones de los cartagineses acerca de la presencia de extraños, siempre potencialmente enemigos, en los puertos de comercio con los que tenían garantías de seguridad de acceso habían variado. No solo los buques armados eran considerados peligrosos, sino también los comerciantes y todos aquellos que pudieran tener quizá la intención de asentarse en aquellos lugares. Evidentemente las condiciones en las relaciones con los puertos de comercio señalados se habían modificado, pues se detecta un mayor control de acceso a estos. Creemos que aquí está - la clave del problema para explicar la actuación de Cartago en Occidente durante los siglos V y IV a. J.C.

Lo que en un principio no fueron sino relaciones en grado de igualdad por ambas partes se habrían ido convirtiendo paulatinamente en un instrumento indirecto de control, puesto que no creemos que pueda hablarse de dominación en el sentido pleno de la palabra. Qué duda cabe que el interés creciente - por los recursos de esta parte del litoral hispano, principalmente por la plata, máxime si tenemos en cuenta la ausencia de establecimientos cartagineses, o lo que es lo mismo, de puertos de comercio administrados directamente por Cartago, habría

hecho necesario el establecimiento de relaciones con centros - indígenas de la zona, con el fin de convertirlos en puertos de comercio adecuados que garantizaran el suministro de este metal. Ahora bien, en condiciones como esta era preciso garantizar la libertad de acceso y de intercambio, lo que queda bien - expresado en el segundo tratado concluido con Roma (110). La - forma habitual de hacer ésto se concretizaba en pactos políticos con las autoridades en cuyo territorio se situaba el puerto de comercio y mediante tratados con otros estados con el - fin de controlar el funcionamiento de las relaciones comerciales frente a posibles intrusiones que pudieran ponerlas en peligro. Este control se convertía en un factor político de primer orden para la aristocracia cartaginesa que fundaba en gran parte su status en los beneficios económicos y políticos obtenidos mediante el comercio en ultramar en un momento en que - Cartago se afirmaba como potencia desarrollando una expansión marítima que habría de convertirla en uno de los primeros estados mediterráneos. La superioridad de Cartago respecto a los - indígenas con quienes mantenía relación y que le permitía tratar, al menos como igual, con otras potencias comerciales definiendo sus áreas de intereses y regulando las operaciones - dentro de ellas, implicaba la capacidad de definir indirectamente las propias relaciones internacionales de los puertos de comercio indígenas con los que trataba, o por lo menos de aquellos que no poseerían la misma capacidad de establecer relaciones en condiciones de igualdad con otras potencias comerciantes.

La diferencia consiste, por lo tanto, en que mientras a finales del siglo VI Cartago no se encontraba en condiciones de definir las relaciones de los puertos de comercio con los - que trataba, a mediados del siglo IV, convertida en gran potencia mediterránea, consolidada su posición en Sicilia, así como su propia presencia en Africa y Cerdeña (111), extendía su red comercial en Occidente mediante una serie de acuerdos a título

de igualdad con otros estados de similar categoría, lo que la - permitió adecuar indirectamente la actividad de los puertos de comercio situados en territorios indígenas en beneficio propio y según su interés, imponiendo de este modo unas relaciones internacionales en las que ella operaba en posición de fuerza.

El siglo V a. J.C., lejos de presentársenos como un periodo de crisis interna y aislamiento, se nos aparece, por - el contrario, como una época de expansión que lleva la presen- cia de Cartago por todo el Occidente. Todo este auge tiene en realidad poco que ver con la decadencia de la metrópoli -Tiro- ya que desde mucho antes Cartago desarrollaba unas líneas de - actuación totalmente independientes, y corresponde en realidad a la afirmación y extensión del propio estado cartaginés en - Africa y a su propia evolución como tal. Es a partir de la se- gunda mitad del siglo VI y sobre todo a comienzos del V que - las fuentes nos proporcionan la visión de un Estado capaz de - establecer relaciones internacionales a título de igualdad con otros estados mediante lazos de hospitalidad y matrimonio, y - de una importancia tal que le brinda la posibilidad de interve- nir militarmente en ayuda de sus aliados y de ser solicitado - por otras ciudades fenicias más pequeñas en ocasiones en peli- gro (112). Este proceso se va a desarrollar acentuándose duran- te los siglos siguientes.

Pero hablar de la importancia política, económica y militar del estado cartaginés es tanto como hablar de la impor- tancia y poder de su aristocracia dirigente en continuo desa- rrollo durante toda su historia. Aristocracia interesada en am- pliar sus bases de influencia y de poder interno mediante la - ampliación de las relaciones externas que aseguraban su status predominante. Por tanto, cuanto mayor era la influencia y poder de la clase dirigente cartaginesa mayores eran las necesidades de controlar esas relaciones en que buena parte de su poder se basaba. Y no debemos olvidar que durante el siglo V a. J.C. es

ta aristocracia había ampliado su campo de poder con la conquista de grandes territorios en el hinterland africano y durante el IV en Cerdeña.

b. Las exploraciones oceánicas.

Las grandes exploraciones oceánicas desarrolladas - por Cartago, que debían suponer un coste nada despreciable, - deben entenderse en función de la necesidad de ampliar el horizonte de relaciones internacionales creando nuevos puertos de comercio y poniendo de nuevo en funcionamiento aquellos - que los fenicios del Círculo del Estrecho habían dejado de - frecuentar años atrás. Su realización se puede atribuir al poder de una aristocracia que no hacía sino continuar una evolución emprendida siglos atrás.

Como ya hemos señalado las propias dificultades territoriales de Cartago abocaron a su aristocracia a basar su posición mediante el control y la regulación del comercio en ultramar y de los beneficios de él obtenidos. No queremos insinuar que se tratara de un funcionamiento capitalista en el cual la inversión de capitales en la actividad comercial proporcionaba unas ganancias extras que aseguraban una nueva inversión. Estos beneficios eran más políticos que económicos. Lo importante era asegurar el suministro de las manufacturas y las materias primas necesitadas, así como de otros productos destinados a ser comercializados en otras regiones, y esto lo realizaban las grandes familias cartaginesas mediante sus alianzas con las aristocracias de otros estados que le aseguraban así la libertad de acceso y daban garantías para el intercambio en sus puertos de comercio. Y esto proporcionaba autoridad e influencia dentro del aparato político de la ciudad, aparte de indudables riquezas. La importancia del nacimiento en una sociedad que no fundamentaba su economía de un modo principal en la posesión de la tierra terminó siendo un fac-

tor de segundo orden, y de esto nos informa Aristóteles cuando nos dice que la riqueza era un factor esencial para acceder a los cargos políticos en Cartago. No es casualidad que algunas de estas familias se vieran mezcladas en los asuntos de Sicilia, desarrollando un papel tan activo durante siglos con el fin de garantizarse la libertad de acceso a los puertos de comercio de la isla (113). La propia intervención en Sicilia nos da idea del poder y riqueza de esta aristocracia capaz de movilizar grandes ejércitos mercenarios en sucesivas campañas, de erigirse, en definitiva en garante del equilibrio de fuerzas que aseguraba la presencia de sus intereses en la isla. No era el deseo de conquista, ni la hostilidad visceral contra los griegos lo que causó la potente intervención a partir del 410 a. J.C., sino la necesidad de asegurar las bases de sus relaciones con los puertos de comercio independientes y aún de ampliar sus límites de influencia en un momento en que Cartago comenzaba a configurarse como un gran imperio africano.

El poder de estas familias aristocráticas parece haber alcanzado un punto culminante durante este periodo, en lo que se muestran de acuerdo los modernos investigadores aún cuando difieran acerca de la naturaleza de tal poder. El propio Justino nos lo confirma cuando nos dice que ellos llevaron la dirección de los asuntos de Cartago, llegando a hacer temer por la libertad del Estado (114). Pero tal poder, que dió un empuje decisivo a la expansión cartaginesa por Africa, solo podía ser consecuencia de la ampliación de horizontes de relaciones internacionales, con la incorporación de nuevos puertos de comercio en sus esferas de influencia, y del ejercicio de un mayor control sobre estos.

Es en este contexto que debemos entender los periplos realizados por Hanon e Himilcon más allá de las Columnas de Hércules, con una fecha de finales del siglo VI a. J.C., -

en un momento de gran esplendor de Cartago, según Plinio (115) La bibliografía sobre el Periplo de Hanon por el Atlántico Sur bordeando las costas africanas, es ingente y si bien hoy se admite, de una manera general, su autenticidad, no existe común acuerdo acerca de la identificación de todos los lugares visitados por el almirante cartaginés durante su viaje, lo que tampoco tiene mayor importancia a nuestro propósito (116). Lo que realmente nos interesa es precisar la intencionalidad del viaje. En este sentido el comienzo del relato hecho por Hanon no puede ser más significativo. Se trataba de fundar establecimientos sobre la costa africana más allá de las Columnas de Hércules (117). ¿Pero cuál era el sentido de esta colonización? A nuestro entender se trataba de crear asentamientos en nuevos lugares y en aquellos ya frecuentados anteriormente por los navegantes fenicios y de establecer relaciones con los autóctonos con el fin de erigir una serie de puertos de comercio que asegurasen el suministro de nuevos recursos. Entre estos recursos el más importante parece haber sido el oro de Guinea a pesar de un reciente trabajo en el que se niega la existencia de este tráfico aurífero con destino a Cartago (118).

Que los cartagineses tenían conocimiento de la existencia de este "mercado del oro" se desprende de la misma noticia de Herodoto según el cual este tráfico se efectuaba con los autóctonos mediante un comercio silencioso. En el último cuarto del siglo V, Tucídides documenta la abundancia de oro en Cartago. La evidencia arqueológica también apunta hacia este sentido indicando una presencia cartaginesa en las costas atlánticas de Marruecos. Recientes descubrimientos ponen de relieve la existencia de un verdadero asentamiento en Korass (Tánger) en el que se ha identificado un centro de producción de cerámica, y de una influencia púnica en los estratos de Lixus a partir del siglo V a. J.C. De la misma manera, la presencia de cartagineses entre los autóctonos y la influencia que esta presencia ejerció sobre ellos está hoy documentada por

los testimonios arqueológicos, al igual que éstos nos hablan - de visitas esporádicas, sin duda no muy frecuentes, de los navegantes cartagineses a la isla de Mogador, identificada por - su excavador A. Jodin con la Cerné del Periplo (119).

La expedición de Hanon no volvió a repetirse, lo que en un principio podía llevarnos a pensar que sus objetivos habían fracasado y que la aventura no resultó provechosa. En realidad no fué así, y el que no se repitiera, junto con la evidencia arqueológica citada, nos indica que sus objetivos fueron cumplidos satisfactoriamente. El contacto se estableció con las poblaciones indígenas, lo que significó la aparición - de nuevos puertos de comercio que no necesitan mayor estructura que la descrita por Herodoto en el texto anteriormente aludido; esto es, una playa donde fondear y realizar el comercio silencioso con los indígenas. Por si quedara alguna duda, recordemos que el Pseudo Scylax hace mención de los emporía cartagineses situados en la costa africana más allá del Estrecho (120).

Del periplo que el almirante cartaginés Himilcón - efectuó por el Atlántico Norte, y que según Plinio tuvo lugar en la misma época que el viaje de Hanon a lo largo de las costas atlánticas africanas, solo conservamos algunas referencias aisladas contenidas en la Ora Marítima del poeta Avieno (121). Las motivaciones de este viaje de Himilcón serían semejantes a las que impulsaron a Hanon a realizar el suyo aunque en esta - ocasión lo que se buscaba era el estío de la Oestrimnida y - las Cassitérides, cuya localización permanece incierta (122). La evidencia arqueológica es aquí aún mucho más oscura, como - veremos, si bien es cierto que la investigación, en este caso, no se ha desarrollado con una intensidad comparable a los ejem - plos africanos. Aún así, el comercio por el Atlántico Norte pa - rece haber sido desarrollado por los fenicios de Gadir todavía en época romana (123).

El periplo de Himilcon no parece tampoco haberse repetido, quizá por las mismas consideraciones que hemos efectuado con respecto a la labor realizada por Hanon en las costas africanas. Si bien es cierto que no poseemos una evidencia arqueológica clara que señale la presencia de asentamientos púnicos en este litoral, sí poseemos algunas pruebas dispersas de lo que puede haber sido una presencia comercial a lo largo de todas estas costas (124). Si lo que se buscaban eran las fuentes del estaño, los yacimientos en que estos han aparecido no son sino puntos intermedios y sus materiales de ambiente púnico delatarían esa presencia comercial que no necesitaba de más infraestructura que una buena cala para fondear y una playa en donde tratar con los autóctonos (125). Aún cuando esta pequeña evidencia no señale por el momento, más que una presencia esporádica de los comerciantes semitas sobre el litoral atlántico de la P. Ibérica, es preciso recordar que la existencia de emporia cartagineses en estas costas de Europa es así mismo mencionada por el Pseudo Scylax (126)

Pero hay más datos: durante el siglo V se percibe en Cartago una mejora de la industria metalúrgica del bronce consecuencia del enriquecimiento en estaño de las piezas manufacturadas. El estaño llega, por tanto, en mayor abundancia a los puertos de Cartago, lo cual podría estar muy bien en relación con el éxito del viaje de Himilcon. Por lo demás, los peligros durante la travesía relatados por el almirante cartaginés -nieblas, calmas prolongadas, bajos fondos, barcadas de algas, monstruos marinos-, pueden haber obedecido a dificultades reales que encontrarían de esta forma su expresión literaria, en caso de que Himilcon se aventurase en el Océano, y no ser simples leyendas destinadas a aterrorizar a posibles competidores en una ruta cuyo secreto se quería mantener (127).

Las exploraciones oceánicas realizadas por Cartago en una época que concide en líneas generales con la fase de de



candencia presentada por algunos asentamientos fenicios del - Círculo del Estrecho, no se nos presentan tampoco como un claro intento de monopolizar la actividad comercial más allá del Estrecho. A pesar de que en las costas africanas, la evidencia arqueológica podría apuntar en este sentido, ya que cesan las importaciones arcaicas características del círculo fenicio del Sur de la Península Ibérica, como generalmente se admite, siendo sustituidas por una facies arqueológica claramente púnica, en las costas atlánticas europeas no poseemos dato alguno que nos permita realizar una afirmación en este sentido. En todo - caso, en época romana, Gadir seguía dirigiendo el tráfico comercial en este área y su creciente prosperidad durante los siglos anteriores encaja mal con la idea de una sustitución de - sus actividades tradicionales por parte de los cartagineses. Como más adelante argumentaremos, estamos convencidos de que - Gadir siguió ejerciendo el control del comercio atlántico del estaño después del viaje de Himilcón.

Cerámica ática del siglo IV aparece en Portugal, - concretamente en Alcacer do Sal, en la desembocadura del Tago, y más al interior en Azougada y Almodovar. Estos hallazgos podrían indicar que el Estrecho no se encontraba cerrado al comercio griego, o, si pensamos, dada su escasa proporción, que fueron aportados por intermediarios semitas, tendríamos un testimonio más de la presencia del comercio de estos en la emporía de la costa portuguesa (128). Por lo que se refiere al litoral atlántico africano, en donde la cerámica ática del siglo - IV aparece en las excavaciones, aunque en menor proporción que en los yacimientos peninsulares, la información del Pseudo Scylax al respecto es particularmente interesante. Este autor mantiene que los comerciantes fenicios llevaban cerámicas áticas entre sus mercaderías para traficar con los indígenas (129). De todas maneras, el ya mencionado viaje de Pitheas es, a nuestro entender, un buen testimonio en favor de la inexistencia de un control riguroso del Estrecho por parte de los fenicio-

púnicos.

c. El problema de la desaparición de Tartessos.

No han sido pocos los investigadores que han venido afirmando que la ruina de Tartessos, producida a finales del -siglo VI a. J.C., se debió a una actuación directa de los cartagineses. Otros autores se inclinan por una fecha un poco posterior, durante el siglo V. a. J.C. y que a partir de ese momento los ejércitos de Cartago asolaron todos aquellos centros indígenas que osaban resistirse. El imperialismo cartaginés actuaría aquí de la misma manera que se pretendía había actuado en Sicilia para barrer a sus competidores griegos. Y la política filohelénica del rey Argantonio habría sido la causa de esta intervención. En realidad la cuestión no es tan sencilla y quedan aún por plantear numerosas dudas al respecto (130).

Apoyándonos en los descubrimientos arqueológicos se puede hablar de una cierta unidad cultural en la Baja Andalucía por lo menos desde el periodo del Bronce Final. Dejando a un lado las referencias de Justino acerca de la monarquía mítica tartésica, cuyo carácter artificial ha sido señalado recientemente por L. García Moreno, sabemos por Herodoto de la existencia de una rey llamado Argantonio que, por lo que se deduce del relato, parecía estar en condiciones de controlar buena parte del territorio tartésico (131). Esto ha llevado a pensar en la existencia de algún tipo de unidad política que superpondría a la unidad cultural mencionada. Pero no existe ninguna otra evidencia de tipo alguno. Por lo demás, el desconocimiento en las fuentes antiguas acerca de la realidad concreta de Tartessos parece haber sido la norma general, a no ser que la historiografía moderna haya querido adaptar las informaciones de los antiguos a su propia concepción del problema.

Las primeras fuentes que nos hablan de Tartessos es-

tán bastante mal informadas en cuanto a su localización geográfica. Etesícoro de Himera, a través del testimonio de Estrabón menciona un río Tartessos, cuya doble desembocadura se abría - frente a la isla Erytheia, la más occidental de las islas gaditanas. Por desgracia, no sabemos si la ciudad homónima, cuya - localización entre las dos desembocaduras del río se da a continuación, corresponde también a Etesícoro, aunque parece que no, o si por el contrario Estrabón ha obtenido esta noticia de alguna otra fuente. Nos inclinamos más bien por la segunda de estas soluciones (132). Hecateo de Mileto habla, por su parte, de Elybirge, ciudad de Tartessos en Europa. Según Herodoto, - Tartessos sería un emporio situado más allá de las Columnas de Hércules y gobernado por el ya aludido monarca Argantonio. Como se advierte, las fuentes mencionan unas veces un río, otras un territorio o un emporio, pero nunca una ciudad (133).

Durante el siglo V cesan las menciones a Tartessos - en las fuentes, lo que se ha interpretado, bien porque ha sido ya destruida por los cartagineses, bien porque estos han cerrado el acceso al Mediterráneo Occidental. Sin embargo, ya en el siglo IV, Eforo se nos aparece mejor informado en cuanto a la localización de Tartessos, que nuestras fuentes anteriores, - cuando sitúa a la ciudad de este nombre a dos días de navegación de Gadir. Resulta ciertamente extraño que fuentes posteriores a su supuesta desaparición posean una información más - concreta que aquellas otras contemporáneas de su momento de mayor esplendor (134). A no ser que por la desaparición de Tartessos debamos entender otra cosa que la destrucción de un reino peninsular y su capital por los ejércitos cartagineses. De todas formas, en el siglo III a. J.C. durante el periodo de la - conquista Bárquida, en la P. Ibérica los territorios que deberían haber ocupado la antigua Tartessos aparecen fragmentados políticamente y gobernados por una serie de regulos locales (135).

Las causas que se invocan para justificar la participación de Cartago en el desastre de Tartessos no pueden ser - más frágiles. La supuesta política filohelénica de Argantonio como contrapeso a la dominación semita en su reino no encuentra ningún apoyo en las fuentes ni en la arqueología. Herodoto se limita a decir que los griegos fueron bien recibidos por este monarca sin más alusiones a sus relaciones con los fenicios. En nuestra opinión esto sólo significa una cosa: los tartesios gozaban de absoluta libertad para dirigir sus relaciones internacionales, lo cual, por otra parte, no tenía porque ser de - otra manera. Esta amenaza griega para los intereses fenicios - en Tartessos se nos revela además inexistente ya que a pesar de la multiplicación de las investigaciones, no poseemos rastro arqueológico alguno, como ha señalado J.P. Morel, que nos permita hablar de una colonización griega en estos territorios peninsulares (136).

Resulta verdaderamente interesante observar que la - desaparición de Tartessos se ha venido situando en torno a una fecha que coincide a poco cronológicamente con la fase de decadencia o abandono observada en algunos asentamientos fenicios a ambos lados del Estrecho. Hecho éste, a nuestro entender, al que no se ha prestado suficiente atención (137).

Si examinamos la región del Sudoeste peninsular en - comparación con la del Sudeste, observamos que en la primera no tenemos evidencia clara acerca de una actividad metalúrgica intensa con anterioridad a la presencia fenicia detectada por la arqueología en esta región. A partir de entonces comienza la - explotación de los yacimientos minerales tartésicos, como han demostrado los trabajos de A. Blanco y J. M. Luzón. A partir - también de esta presencia fenicia en los territorios de Tartessos, se desarrolla una producción de bronce, estudiada por A. García y Bellido, A. Blanco y J. M. Blázquez, que alcanzará su apogeo, de acuerdo con los testimonios arqueológicos, durante los siglos VII y VI a. J.C. (138).

Pero el estaño, elemento fundamental para el desarrollo de esta industria, no era un producto propio de la región tartésica, por lo que era preciso conseguirlo mediante intercambios comerciales con las regiones atlánticas productoras de este mineral. Recientes investigaciones de mi colega J. Alvar han puesto de manifiesto, en contra de todo lo que se ha supuesto hasta el momento, que los responsables de este tráfico hacia las Cassytéridas, no eran los tartesios, pueblo de escasa tradición marinera, y que las fuentes tardías confunden a menudo con Gadir, sino por el contrario, los marineros fenicios de esta localidad. Estos comerciantes acudirían a un punto situado en la región de la desembocadura del Duero o del Vouga, hasta el cual el estaño era transportado en una navegación de cabotaje muy rudimentaria por los indígenas procedentes de las regiones productoras de la fachada atlántica (139). Junto a esta ruta marítima existía un camino terrestre, controlado más directamente por los tartesios, por el cual el estaño confluía igualmente hacia el Sudoeste de la Península. Este camino, que se convertiría en época romana en la Vía de la Plata, se encuentra jalonado por el descubrimiento a lo largo de él, de toda una serie de los mencionados bronceos tartésicos y otros objetos procedentes del mundo "orientalizante" peninsular.

A partir de ahora consideramos que es preciso poner en relación toda una serie de datos, que si bien aislados no contribuyen especialmente a aportar mayor luz sobre el problema de la desaparición de Tartessos, entendidos en su conjunto forman el punto de partida para la elaboración de una nueva hipótesis de trabajo, en la cual no es necesario recurrir a los cartagineses como últimos responsables del drama final de aquella. Y en este sentido no deja de resultar curioso, el que ni en las fuentes literarias ni la arqueología encontremos presencia colonizadora cartaginesa en el mediodía de la Península Ibérica, durante el periodo cronológico que nos ocupa.

El establecimiento de Massalia sobre las costas del Golfo de León tuvo, sin duda alguna, el efecto de crear un nuevo foco de demanda del estaño atlántico. La aparición de un camino terrestre que siguiendo el curso del Ródano atravesaba la Galia, poniendo en contacto el litoral atlántico con la colonia focense, está manifiestamente documentado por la propia evidencia de los descubrimientos arqueológicos (140). ¿Es quizás una casualidad que no contemos a partir de fines del siglo VI a. J.C. con ninguna de aquellas singulares representaciones de la metalurgia del bronce en Tartessos, o habría que relacionarlo más bien, con el papel de desviación de la demanda del estaño que podría haber jugado Massalia?

Parece lógico suponer que si la demanda massaliota fue capaz de aproximarse a las mismas regiones productoras del estaño, como parece sugerir la existencia de una intensa actividad comercial a lo largo de la ruta que atravesaba la Galia, los principales perjudicados con esto habrían de ser los fenicios de Gadir que vieron interrumpido o notablemente disminuido su abastecimiento en este mineral. Que duda cabe que resultaría antieconómico para los autóctonos responsables de este tráfico desplazarse navegando con sus rudimentarios medios hasta la desembocadura del Duero o del Vouga, lugar de cita con los comerciantes semitas, teniendo ahora, como quien dice, a los compradores en las mismas puertas de casa (141).

La interrupción del tráfico marítimo del estaño atlántico, monopolizado hasta entonces por los fenicios de Gadir habría de tener grandes repercusiones para éstos y para Tartessos. Aunque sabemos por Scymno de Quíos, que recoge una noticia de Eforo que, los tartesios importaban el estaño aluvionario de la Céltica, es probable que este fuera insuficiente para el mantenimiento de la industria de bronce o incluso que fuera también absorbido en parte por la demanda creada desde Massalia (142).

Las propias relaciones de intercambio entre los fenicios y Tartessos habrían de verse afectadas por esta interrupción, si consideramos que el estaño atlántico debió jugar un papel de primer orden como elemento de intercambio para obtener en contrapartida la plata producida en el mediodía peninsular. Una prueba indirecta de ésto la tenemos en la misma desaparición de la industria del bronce en Tartessos, en la crisis que atraviesan durante el siglo VI determinados asentamientos fenicios del Círculo del Estrecho y en el hecho de que la explotación de las minas de plata del Sudoeste conocen un periodo de apogeo sincrónico con el momento más esplendido de la industria tartésica del bronce. Sin estaño que vender no había plata que comprar y las consecuencias fueron graves para las dos partes. La tradicional actividad económica de estos fenicios occidentales se vió afectada en su propia base, y el resultado fué la decadencia de su proyección comercial y el cese de las relaciones con los puertos de comercio de las costas atlánticas africanas y con las regiones del Levante Peninsular. Algunos establecimientos peninsulares acusaron también esta decadencia sobre todo aquellos insertos más directamente en el circuito comercial desarrollado por Gadir. ¿Es acaso otra casualidad que un asentamiento como Toscanos, probable fundación de los gaditanos, como parece indicar el alto porcentaje de objetos de fabricación local frente a los importados en su primera fase, en función quizás de la explotación de los minerales de cobre y hierro de la región y de la industria del murex, haya acusado esta crisis, mientras que otros como Guadalhorca y Almuñécar, con una función más específicamente agrícola, o por lo menos con un origen y vinculaciones distintas, lo que ya hemos señalado en otro lugar de este trabajo, no la hayan conocido? (143)

Las consecuencias fueron también graves para Tartessos. La dislocación en las relaciones de intercambio con los

fenicios, hubo de suponer un duro golpe para uno de los elementos básicos de su estructura económica, como era el de la explotación de los yacimientos argentíferos a raíz de la demanda provocada por la aparición de los semitas en sus costas. En el orden político, la aristocracia local, que controlaba la explotación de estos recursos y que debía de fundamentar buena parte de su autoridad y prestigio en las riquezas obtenidas mediante el comercio con los fenicios, perdió parte importante de su razón de ser. La desaparición de la industria del bronce de la que sin duda obtenían cuantiosos beneficios, les privó de otra fuente de ingresos económicos y de la posibilidad de utilizar sus productos como fuente de riqueza y de prestigio, y como elementos de intercambio con otros pueblos autóctonos, tal y como la distribución de los hallazgos de estos objetos parece sugerir (144).

El resultado incluyó también el desmoronamiento de la estructura confederativa, y una fragmentación política del territorio tal y como nos la encontramos en la época de las conquistas Barquidas. Es posible que inmersos en esta situación, algunos cabecillas locales aprovecharon la crisis por la que atravesaba la propia Gadir para intentar apoderarse de sus riquezas y cimentar con ellas un mayor poder político, lo que explicaría las alusiones que en este sentido se recogen en un pasaje bastante oscuro de Justino (145). Pero la confederación tartésica que nosotros ya intuíamos en base a la conjunción de las escasas noticias literarias y los datos arqueológicos, y que parece ha sido establecida por las investigaciones lingüísticas de M. Pérez Rojas, desapareció, fragmentándose en un mosaico de "reinos" en los que a partir de entonces ningún cabecilla o jefe local se encontraría en condiciones de controlar un territorio más amplio que aquel perteneciente a su propio clan o tribu (146).

Tartessos desapareció, sí; pero como estructura política inmersa en un proceso evolutivo que apuntaba a la apari-



ción de organismos de carácter estatal y siguió viva en cuanto al lugar geográfico cuya importancia radicaba en sus riquezas mineras y en sus enormes posibilidades comerciales. Es de esta manera, que adquieren mayor sentido las noticias de Eforo, en el siglo IV, mucho más precisas que las fuentes anteriores, y el mismo hecho de que no se vuelva a repetir ninguna alusión a algún otro Argantonio en los textos posteriores.

#### d. Los cartagineses en la Península Ibérica.

El estaño atlántico no era solo uno de los elementos esenciales de intercambio para obtener la plata de los yacimientos tartésicos. En buena proporción debía exportarse hacia otros lugares del Mediterráneo donde este mineral escaseaba, - produciendo pingües beneficios para aquellos que controlaban - su tráfico. En sus relaciones con los fenicios occidentales, - Cartago sería probablemente uno de los centros importadores de este producto. Y aprovechando la crisis por la que atravesaron los establecimientos fenicios del Círculo del Estrecho, los - cartagineses decidieron restablecer el tráfico atlántico del - estaño por su propia cuenta. El viaje de Himilcón se enmarca - dentro de esta política comercial y su éxito, en cuanto que - consiguió reorientar la demanda anteriormente desviada por Massalia, vendría a ser corroborado por el propio panorama que durante el siglo V presenta esta colonia griega. Durante este periodo, la antigua fundación de los focenses sufre una crisis - bien patente en su registro arqueológico, como ha observado F. Villard, a la vez que el camino interior de la Galia, hasta entonces jalonado de testimonios arqueológicos, desaparece. No - poseemos evidencia sólida de que todo esto pueda ser el resultado de una serie de movimientos tumultuosos de los pueblos - célticos del interior, como ha sugerido el mencionado autor, y bien podría tratarse de las consecuencias de la nueva orientación de la demanda del estaño atlántico tras el viaje de Himil

con (147).

Parece evidente que para garantizar el éxito, era necesaria una aproximación de la demanda semita hasta las propias regiones productoras y el establecimiento de unas relaciones de intercambio en unas condiciones más favorables para los autóctonos que los anteriormente desarrollados por los massaliotas. - Ciertamente se nos puede objetar que no existe una evidencia arqueológica de tales relaciones de intercambio. En nuestra opinión sí poseemos algunos indicios, aunque escasos, que podrían señalar la reanudación de este tráfico, indicios que no son más evidentes que aquellos otros pertenecientes al periodo anterior a su interrupción (148). En todo caso, es preciso considerar - cuáles eran los objetos de intercambio utilizados principalmente por los fenicio-púnicos en su comercio con los pueblos indígenas, muchos de ellos de carácter deleznable y por tanto, dificilmente localizables por los arqueólogos. Pero de esta cuestión hablaremos más adelante.

En época romana nos encontramos a los gaditanos en - ejercicio del control del tráfico del estaño atlántico, como se deduce de un texto de Estrabon, lo que parece indicar que los - cartagineses no monopolizaban de forma absoluta este comercio, aún cuando debieron haberlo controlado de alguna manera. Nos lo sugiere el ya mencionado desarrollo de la industria del bronce en Cartago durante el siglo V. Probablemente Cartago, que no contaba con las bases propias en el Sur de la Península desde las que poder organizar este comercio, consideró más rentable dejar lo de nuevo en manos de los fenicios de Gadir a cambio de toda una serie de contrapartidas económicas. Entre ellas la adquisición, en condiciones especialmente favorables, de parte del mineral obtenido por aquellos y probablemente también, la cesión en exclusiva de los derechos de tráfico en las costas africanas; todo ello a cambio de la anterior ayuda prestada al reiniciar - el interrumpido comercio con las regiones atlánticas product-

ras del estaño (149). La consecuencia fué que Gadir se convirtió en un instrumento de la política comercial de Cartago en Occidente, aunque conservaría su autonomía política y cierta autonomía económica que le permitió recuperarse de la anterior crisis, como demuestran buena parte de sus materiales arqueológicas correspondientes a esta época. De esta manera, la vieja ciudad fenicia conservó su propio comercio con los indígenas, ejercido ahora desde posiciones de fuerza después del desmoronamiento político de Tartessos, y el control del comercio atlántico, - aunque perdió el acceso a los puertos de comercio de las costas africanas, en donde fué sustituida ahora por los cartagineses y se convirtió en el intermediario de Cartago con respecto al comercio del estaño. Igualmente Gadir, desarrolló una floreciente industria de salazones de pescado, aprovechando la riqueza pesquera de los mares meridionales, y la abundancia de salinas en las costas de la Península, cuyos productos comercializados le valieron la justa fama de que gozaron en el mundo griego. Todos estos factores contribuyeron a su engrandecimiento (150).

Al tiempo que Gadir conservaba su propio circuito comercial, convertida en intermediaria de la política económica cartaginesa en lo que se refiere al tráfico del estaño atlántico, los púnicos de Cartago desarrollaban una actividad comercial progresiva en Occidente.

Comerciantes cartagineses se establecieron en Gadir, como se deduce, sobre todo de la tipología de algunos de sus enterramientos. Cartago poseería también algún pequeño establecimiento en las costas meridionales de la Península, como apuntan las excavaciones de la necrópolis de el Jardín (Málaga), fechada en los siglos VI y V a. J.C., y que continuó siendo utilizada durante el siguiente (151). Asentamientos de origen cartaginés de mayor envergadura se localizan en Almuñecar (Granada) y en Villaricos (Almería), que corresponden a las antiguas Sexi y Baria. Almuñecar es, ante todo, una fundación antigua, mientras

que Villaricos apareció en un momento posterior, durante el curso del siglo VI, aunque la mayoría de los materiales que presenta, pertenecen ya a los siglos IV y III a. J.C. y nos indican la presencia en este establecimiento de un importante elemento ibérico (152).

Mayor complejidad presenta el análisis de la actividad de cada uno de ellos. Para el caso de Almuñécar, las excavaciones siguen su curso y aún no ha aparecido una publicación de sus resultados, ni un estudio sistemático de sus materiales. Sin embargo, gracias a la información verbal que amablemente nos proporcionó su excavador F. Molina, sabemos que los enterramientos presentan unos paralelos muy claros con las necrópolis de Sicilia y prueban, en sus ajuares, una prosperidad económica evidente. El análisis de los materiales de los restantes yacimientos parece sugerir la superposición en unas mismas áreas de distintos circuitos comerciales, algunos de los cuales podrían pertenecer a una iniciativa de Cartago, mientras otros parecen haber sido de elaboración autónoma. (153). Esto es lo mismo que se puede observar en los materiales de claro ambiente púnico encontrados en las costas del Suroeste, de Levante y de Cataluña, como las cerámicas, ánforas, objetos elaborados en pasta vítrea, máscaras, terracotas, etc., que presentan una filiación claramente cartaginesa, y que nos podrían permitir diferenciar básicamente dos núcleos de procedencia: Ibiza, con una mayor intensidad, y en menor medida, Cartago. A este respecto es muy interesante observar que el área de dispersión de las monedas procedentes de Ibiza se superpone a aquella en la difusión de la cerámica y ánforas púnicas en el mundo ibérico, muchas de las cuales tienen probablemente su origen en la isla (154).

Si comparamos el panorama que presentan los establecimientos semitas de la P. Ibérica durante los siglos V-III a. J.C., con aquel manifiesto en las colonias fenicio-púnicas de

Sicilia y Cerdeña, de los que sabemos que conservaron su autonomía económica y política, y que presentan sus propias peculiaridades culturales que en muchos casos las diferencian de Cartago, aún cuando sirvieron de intermediarios de sus intereses económicos (155), llegamos a la conclusión de que la política desarrollada por Cartago en el Mediterráneo, no significaba el desplazamiento de las antiguas colonias fenicias occidentales, mediante la fundación de nuevos establecimientos cartagineses, ni su incorporación a un imperio económico púnico dirigido desde Cartago. Las excavaciones han demostrado la existencia de ciertas peculiaridades, particulares en cada caso y de distintas evoluciones que no presentan un panorama homogéneo generalizable.

Consideramos algunos datos: algunas de las formas de enterramiento típicas de Cartago durante el siglo V, no aparecen en las necrópolis vecinas a Kerkouane, mientras que éstas, presentan formas características que no aparecen en Cartago. La complejidad de los terracotas de Ibiza es muy superior a aquellas encontradas en Cartago y la Sicilia púnica, y no comparables a las de Cerdeña. Objetos tan característicos del mundo púnico, como son las estelas de los santuarios son casi totalmente desconocidos en Ibiza, mientras que las estelas de Tharros - (Cerdeña) testimonian el empleo verdaderamente excepcional y autónomo de pintura roja. De la misma manera, las formas de la cerámica púnica de Ibiza presenta tantas variantes y matices que no es posible aplicarla al esquema establecido para Cartago, a la par, muchas de aquellas que son corrientes en esta última, están totalmente ausentes en Ibiza (156).

Pero aún hay más; como ya hemos señalado en otro lugar de este capítulo, buena parte de los enterramientos de Cartago presentan una manifiesta pobreza en los ejuares, durante el siglo V. a. J.C., mientras que ocurre lo contrario, por ejemplo, en Motya, Kerkouane y la propia Ibiza. De la misma manera los establecimientos púnicos de Cerdeña, manifiestan una gran -

prosperidad durante este periodo. La cerámica ática del siglo -V, que es particularmente escasa en las tumbas cartaginesas de esta época, a pesar de que la existencia de buenas relaciones con Atenas está documentada, está presente por ejemplo, - en Ibiza y en Kerkouane donde es abundante. Por el contrario, en este último yacimiento escasea la cerámica ática del siglo IV, bien presente en Cartago, Ibiza y Villaricos, entre otros. Los materiales importados, tan escasos durante buena parte del siglo V en Cartago, son de nuevo abundantes durante el siglo -siguiente; exactamente lo contrario que se aprecia en Kerkouane, donde el nivel más bajo de importaciones corresponde precisamente al siglo IV, siendo el V de gran abundancia (157).

Parece bastante claro que la evolución de todos estos centros ha sido distinta y autónoma, condicionada por factores que han actuado en algunos casos, estando ausentes en - otros. La homogeneidad de un imperio económico púnico, cuyo - centro sería Cartago, queda destruida ante todo este cúmulo - de evidencias. La actividad de cada uno de estos centros parece haber correspondido a sus propias iniciativas, circunstancias e intereses, estableciendo cada uno por su cuenta sus - propias relaciones comerciales, sin perjuicio de poder haber servido como intermediario en las de los otros. Creemos, aunque aquí los datos son mucho más escasos, que lo mismo puede aplicarse para la presencia fenicio-púnica en la P. Ibérica.

La riqueza argentífera de la Baja Andalucía parece haber beneficiado, durante este periodo de los siglos V y IV a. J.C. particularmente a los fenicios de Gadir, cuya prosperidad en estas fechas está documentada por los descubrimientos arqueológicos, y no tanto a Cartago, que si se hubiera en - contrado en condiciones de obtenerla, difícilmente presentaría ese panorama de pobreza durante el siglo V, fruto probable de medidas antisuntuarias emanadas del gobierno púnico para estabilizar la situación económica, que si no era de quiebra, se veía gravada por la imposición de una importante in-

demnización de guerra tras la derrota sufrida en el 480 en Himera (158). A partir de finales de este siglo, y durante todo el siguiente, los enterramientos de Cartago vuelven a ser testimonio de una situación económica desahogada. Un factor importante, aunque no debió ser el único, podría corresponder a un mayor control de las riquezas argentíferas de la Península, - que servirían para sufragar los gastos de la expansión africana, la intervención en Sicilia, reanudada en el 410 a.J.C. y - para equilibrar el déficit de la balanza comercial, permitiendo un nuevo desarrollo de las importaciones. En este sentido, no creemos que sea una casualidad que las primeras monedas púnicas de plata fueran acuñadas en Sicilia a finales del siglo V a. J.C., para pagar a los ejércitos mercenarios que operaban en la isla (159).

Los testimonios arqueológicos y literarios nos muestran que Cartago buscó el abastecimiento de la plata necesaria para todo lo señalado en áreas distintas a las del Sudoeste peninsular, respetando la autonomía económica y comercial de los fenicios de Gadir, sin intromisiones en su circuito de comercio. Para ello era necesario establecer alguna forma de control que asegurase el libre desarrollo del tráfico emprendido con las comunidades indígenas.

El segundo tratado entre Roma y Cartago, que prohíbe la navegación, el comercio y la colonización a los romanos y sus aliados más allá de Mastia Tarselion es bastante significativo a este respecto. La mención de esta localidad ibérica, a partir de la cual el acceso a los extraños, considerados como elementos potencialmente disturbadores de las relaciones de intercambio con los indígenas, era estrictamente vigilado, es un dato particularmente interesante. La citada localidad se indentifica generalmente con Cartagena, lo que nos estaría indicando que Cartago se encontraba particularmente interesada en los yacimientos de plata de esta región (160). Aquellos - que consideran una estricta actuación territorial de Cartago

en este área, aluden a la destrucción de una serie de poblados ibéricos levantinos, consecuencia de la intervención de los ejércitos cartagineses (161). Olvidan, sin embargo, que estas destrucciones sistemáticas de poblados ibéricos, que se localizan también en el Sudeste, se constatan igualmente en Cataluña, región en la que ya es más difícil percibir rasgos de una intervención directa de Cartago. El propio Levante parece ajeno a los intereses de estos púnicos ya que ningún tipo de control se establece en esta zona en el tratado del 348. El mismo yacimiento del Cigarralejo, que acusa de la misma manera esta destrucción, queda fuera del área sometida a control por los cartagineses (162).

Debemos tener en cuenta que en estos poblados ibéricos destruidos es donde se encontraba la gran escultura ibérica del tipo de la Dama de Elche, lo que es un claro indicio, junto con muchos otros, de una cultura desarrollada y una situación económica próspera. Todo esto nos lleva a pensar en la posible responsabilidad en estas destrucciones de pueblos de economía marginal, procedentes del interior, que encontrarían en las operaciones de saqueo y pillaje una alternativa a su precario modo de vida (163). Por lo demás, como hemos venido observando a lo largo de este capítulo, la intervención armada y la conquista territorial, que contradice la propia esencia del comercio administrativo, el cual implica la aparición de garantías de seguridad por ambas partes, no ha sido nunca elemento principal de la política económica de Cartago en el Mediterráneo. Las medidas de fuerza fueron exclusivamente empleadas cuando la amenaza de una ruptura del equilibrio existente ponía en peligro las garantías de seguridad y el libre acceso a determinados puertos de comercio (164).

Otra región en la que los cartagineses parecen estar particularmente interesados es la cuenca minera de la Alta Andalucía, Las atalayas y recintos fortificados, estudiados por J. Bernier y F.J. Fortea, que se extienden a lo largo de la -



margen izquierda del Guadalquivir y que jalonan las vías naturales de penetración hacia la región minera de Cástulo (Jaén) son particularmente interesantes a este respecto. Con una cronología en cuanto a su construcción desde comienzos del siglo V a. J.C. y que se extienda durante el siguiente, presentan manifestaciones analogías con estructuras similares localizadas en Cerdeña y el N. de Africa (165). Parece que existen muchos más que los estudiados en el trabajo citado anteriormente, y aún cuando es necesario un estudio sistemático en conjunto de todos ellos para poder establecer patrones de asentamiento que saquen a la luz un sistema de organización del territorio, en nuestra opinión, su existencia se debería fundamentalmente a dos funciones: establecer un sistema de vigilancia frente a las operaciones depredadoras de los pueblos de las áreas marginales, y asegurar el control de las vías naturales de comunicación por donde discurría el tráfico del mineral hacia la costa, originado por la demanda de los cartagineses. La presencia de unos cuantos técnicos púnicos entre los indígenas con los que se mantenían buenas relaciones bastaba para la realización de esta labor. Creada la demanda, los medios de control quedaban bajo la autoridad de los autóctonos como indica el simple hecho de que no poseamos ningún testimonio arqueológico de una presencia permanente de cartagineses en estas tierras.

Es probable que el asesoramiento técnico necesario para establecer este control territorial, fuera empleado como elemento de intercambio en el comercio de la plata del sureste. Junto a este, y al lado de los vinos, aceites y salazones, que sabemos por las fuentes eran comercializados por Cartago y cuyos recipientes serían las ánforas encontradas en los yacimientos ibéricos del sudeste, Levante y Cataluña, (166), la cerámica ética del siglo IV debió jugar un papel de gran importancia. Quizá no se trate de una simple casualidad, que la mayor concentración de estos hallazgos en la Alta Andalucía se produzca precisamente en Cástulo y en algunos yacimientos ibéricos -

vecinos, mientras que su presencia es escasa en el Sudoeste. En la misma Ibiza y Villaricos, estas cerámicas griegas son abundantes, lo que indicaría el papel de intermediarios de estos dos centros (167). En el caso de Villaricos habría que relacionarlas con el comercio local de la plata y con el tráfico argentífero con la región productora de Cástulo. Basta recordar que río Almanzora es una excelente vía natural de penetración hacia aquella región, y que en Herrerías, lugar vecino a Villaricos, se encontraron escorias y mineral de plomo argentífero en las proximidades de una serie de enterramientos de incineración (168). Este puede ser uno de los factores que explicase la eclosión urbana que se dió en Ibiza en el siglo IV y el propio aumento demográfico y auge económico que se manifiesta en este mismo periodo en Villaricos (169).

El itinerario seguido para la llegada a la P. Ibérica, de estas cerámicas áticas, sería aquel que ponía en contacto Córcega con Andalucía, a través de Ibiza en la Baleares. En estas tres regiones, como han puesto en evidencia los trabajos de J. y C. Jehasse, el ritmo de las importaciones áticas es el mismo, al menos durante la primera mitad del siglo IV a. J. C. El descubrimiento del pecio del Sec, un navío probablemente cartaginés cargado de la misma cerámica ática que aparece en los sitios mencionados y fechado en la primera mitad del siglo IV a. J.C., es un argumento más que viene en apoyo de todo lo anteriormente expuesto (170).

La importancia de la cerámica ática como elemento de intercambio comercializado por los cartagineses, viene determinada por las propias características de la industria púnica y por el elevado desarrollo de la cultura material ibérica. Por lo que sabemos, las manufacturas propias de la industria púnica no estaban destinadas, por lo general, a una comercialización exterior. En la mayoría de los casos eran productos necesarios para satisfacer las necesidades locales. Tal es, por ejemplo, la cerámica, que producía objetos utilitarios y otros

destinados al mobiliario ritual funerario (171). Lo mismo se puede afirmar de la metalurgia y la orfebrería. Otros objetos, como las ánforas, servían de recipientes de los vinos, aceites y salazones de pescado exportados por los cartagineses. Junto a estos, hay que señalar los productos de la industria textil de Cartago, elogiados por los autores antiguos, y los artículos suntuosos y exóticos -perfumes, finos aceites, tinturas-, objetos de pasta de vidrio, muchos de los cuales contenían los anteriores, marfiles, pieles de animales, plumas de aves, etc., comercializados por los cartagineses entre los pueblos indígenas con los que traficaban (172). Eran estas pequeñas maravillas las que despertaban la atracción en pueblos como los iberos que poseían una cerámica, una metalurgia y una capacidad artística muy desarrollada. Sus producciones materiales no tenían que envidiar nada en cuanto a calidad y elaboración técnica a aquellas otras, pero se veían atraídos por los artículos exóticos que los púnicos traían en sus barcos y que daban un indudable prestigio a aquellos que los poseían. Un papel semejante debió desempeñar la cerámica ática, decorada con escenas mitológicas y dionisiacas, y otras procedentes del universo religioso helénico, y su gran influjo sobre las poblaciones indígenas está documentado en la imitación por parte de los ceramistas ibéricos de formas típicamente griegas (173).

Pero además, estas cerámicas adquiridas por los indígenas, desempeñaron también un papel económico dentro de su propio sistema. Esto es lo que parece indicar la dispersión de numerosos hallazgos en la Meseta, todavía no publicados, cuyas piezas debieron de ser utilizadas como elementos de intercambio del comercio entre distintas comunidades indígenas.

Ibiza debió jugar un papel de primer orden en este comercio con las áreas ibéricas productoras de plata, como se deduce del ritmo de sus importaciones áticas y de la presencia de otros materiales probablemente procedentes de la isla, mientras que los contactos directos con Cartago, debieron ser,

como señalaba ya hace algunos años M. Astruc, de una intensidad mucho más escasa (174). En el litoral, Villaricos, debió configurarse como un segundo centro redistribuidor, habida cuenta de su comunicación a través del Valle del Almanzora con los yacimientos argentíferos de la región de Cástulo. Un papel semejante podría haber desempeñado, en nuestra opinión, el poblado ibérico del Cigarralejo, donde la concentración de cerámica ática es muy elevada, en este ocasión probablemente en relación con las minas de plata de la región de Cartagena (175)

En resumen, al margen de la intervención de Himilcón para reorientar la demanda del estaño atlántico y de la existencia de algunos establecimientos de origen cartaginés como "El Jardín" y Almuñecar, la presencia de Cartago en las costas meridionales de la Península se centró en torno al comercio de la plata del Sudeste, por mediación de Ibiza y de Villaricos. Este se caracterizó por el establecimiento de relaciones pacíficas con los indígenas, lo que permitía garantizar el acceso a estos puertos de comercio, estableciendo un control indirecto del tráfico argentífero mediante el asesoramiento técnico - que permitió la construcción de fortificaciones que controlaban las vías de comunicación y vigilaban frente a las incursiones depredadoras de pueblos marginales, y mediante la orientación de las actividades económicas y las relaciones externas de estos centros ibéricos por Cartago a través de la fuerza de la demanda y de los tratados concluidos por los púnicos con otras potencias mediterráneas.

Almuñecar parece haber permanecido al margen de este comercio, si bien es necesario prescindir de emitir más juicios antes de la publicación de los resultados de las recientes excavaciones; su prosperidad, como se desprende de la información a la que hemos tenido acceso, podría estar relacionada con su industria de salazones de pescados documentada en nuestras fuentes (176). Si bien creemos que su origen pudo estar relacionado con la llegada de gentes procedentes de Cartago, parece ha-

ber seguido posteriormente una evolución autónoma. Tal parece haber sido también el caso de algunos establecimientos fenicios, como Trayamar. Finalmente, la plata proporcionada por la P. Ibérica debió de ser empleada por Cartago para hacer frente a las necesidades de la balanza comercial y a los gastos externos, ya que no poseemos el testimonio de acuñaciones de moneda de plata en la propia Cartago, hasta el periodo helenístico.

### 3. EL IMPERIALISMO CARTAGINES EN EL MEDITERRANEO.

A lo largo de todo lo expuesto en el presente capítulo, hemos apreciado que la actuación cartaginesa en el Mediterráneo difiere notablemente de aquella que podría caracterizar a un imperialismo claramente expansionista. Las conquistas territoriales, e incluso su simple intención, están manifiestamente ausentes en todo este panorama. Aún así, la existencia de un protagonismo hegemónico por parte de Cartago sobre el resto de las colonias semitas, bien representado en sus intervenciones en Sicilia, parece un hecho evidente y generalmente aceptado por los investigadores, aún cuando este no partiera, en algunos casos, de su propia iniciativa. Es preciso, por tanto, determinar los caracteres esenciales de tal protagonismo y hegemonía, y precisar el verdadero alcance y contenido de la política realizada por Cartago.

#### a. La tradición imperialista de Cartago en la historiografía antigua.

Existe toda una tradición en la historiografía antigua que nos presente a los cartagineses como un pueblo bárbaro y hostil que ambicionaba dominar a los civilizados griegos. Una Persia de Occidente frente a la cual habría que tomar las mismas precauciones que ante la amenaza oriental. Hay que decir, sin embargo, que esta tradición que concibe el peligro púnico como una constante amenaza flotando sobre el mundo griego de -

Occidente, no es ni mucho menos generalizada y que existen autores que presentan un punto de vista radicalmente opuesto.

La primera vez que encontramos el término "bárbaros" aplicado a los cartagineses es en Heródoto, el cual lo pone en boca de Gelon en su réplica al discurso de los emisarios griegos que solicitaban su ayuda en la guerra contra los persas. Como ha sido observado por V. Merante, en el contexto de la réplica del tirano, la barbarie cartaginesa se contrapone a la barbarie persa, como pretexto empleado por éste para mostrar la amenaza bárbara que también se cernía sobre los griegos de Occidente y denegar el auxilio solicitado (177).

Gelon intenta presentarse como campeón del Helenismo en Occidente contra sus propios bárbaros, pero de su discurso se desprende además un interés político y económico de controlar los puertos de comercio de Sicilia (178). El propio Heródoto, que en todo su relato no parece mostrarle la menor simpatía, cuenta que el tirano de Siracusa destacó un enviado para conocer el desarrollo de la guerra contra Persia con las siguientes instrucciones: si los bárbaros ganaban, había de entregarles la plata que portaba y hacerles acto de sumisión, si por el contrario perdían, regresar tal cual a Sicilia (179). Extraño comportamiento para todo un campeón del Helenismo.

Por lo que se refiere a las causas del conflicto que habían de desembocar en la batalla de Himera, ya hemos señalado en otro lugar las verdaderas características de éste. El propio Heródoto no sabe nada de la supuesta alianza entre persas y cartagineses para golpear al unísono a los griegos en Oriente y Occidente y respecto al sincronismo entre la batalla de Himera y la de Salamina, refiere el historiador de Alicerna so haberlo oído en la misma Sicilia, y no parece concederle más crédito que al de una mera coincidencia (180). "

Diez años después de Himera, escribía Píndaro su primera Pítica en la que establecía un paralelo entre aquel con-

flicto y la victoria de Cumas sobre los etruscos con los éxitos obtenidos por los griegos contra los persas. Su carácter propagandístico de la tiranía siciliota y la presentación del peligro externo, simbolizado en los cartagineses y etruscos, - como justificación y legitimación del poder de Hieron y de sus medios, que se empleaban solo por motivaciones patrióticas, ha sido suficientemente puesto de relieve por M.I. Finley y V. Magrante, por lo que huelgan más consideraciones a este respecto (181).

En el siglo IV a. J.C., Eforo atribuyó el mencionado paralelismo a una acción concertada entre Persia y Cartago, - que respondería a un plan de conjunto destinado a barrer a los griegos de la faz del mundo. En nuestro anterior análisis de la intervención cartaginesa en Sicilia en torno a Himera, creamos haber puesto de manifiesto cuales fueron las auténticas motivaciones que provocaron el conflicto. Las posteriores intervenciones de Cartago en Sicilia, convierten la idea de Eforo - en sumamente sospechosa y ciertamente improbable (182).

El siglo IV a. J.C. va a presenciar también la aparición de concepciones panhelenísticas desarrolladas por Isócrates y Platón que habrían de influir decisivamente en una nueva puesta en escena de la "barbarie púnica". El panhelenismo de la retórica de Isócrates, propugnando la guerra nacional contra los persas, parece haber influido en la interpretación hecha - por Eforo del sincronismo recogido por la tradición del siglo precedente, como ha observado Ph. Cautier (183). El de Platón, inspirado en distintas preocupaciones, le impulsó a exponer en su Epístola octava su temor ante una barbarización de Sicilia por parte de los cartagineses. M. I. Finley ha expuesto serias dudas sobre la autenticidad de este texto de Platón, en el que por lo demás, el peligro de la barbarización es invocado como exhortación para que las facciones griegas en Sicilia abandonen sus disputas (184).

Diodoro de Sicilia autor del siglo I a. J.C. recoge de nuevo el tema de una alianza entre persas y cartagineses, a la vez que hace una amplia exposición de las pretensiones de Cartago sobre Sicilia (185). No obstante, algunas informaciones del mismo autor tienden a disipar esta opinión; por su pluma sabemos de la existencia de un partido procartaginés en Selinunte y Agrigento, a finales del siglo V a.J.C.; los conflictos posteriores serían provocados por la iniciativa de determinados griegos, como Hermócrates y Dionisio de Siracusa, tomando por sorpresa a las fuerzas fenicio-cartaginesas implicadas. Durante éstos, las ciudades calcídias de la isla permanecieron generalmente al margen de los enfrentamientos. La política de Dionisio en Sicilia hizo cundir el malestar entre los griegos, muchos de los cuales se refugiaron en las ciudades fenicias de la región occidental. Revueltas populares estallaron en Siracusa, y según el propio Diodoro, eran muchos los griegos de Sicilia que preferían la vecindad con los fenicios y cartagineses a soportar las pretensiones del tirano (186).

El tema de la barbarie púnica y su amenaza para los griegos occidentales, no se encuentra sin embargo generalizado en todos los autores que de una forma u otra se ocuparon de Cartago. Como hemos visto, Herodoto ignoraba el supuesto pacto entre persas y cartagineses, cosa insólita, de haber sido cierta, en un autor que dedicó gran parte de su obra a narrar los acontecimientos de las Guerras Médicas. Tucídides, que dedicó dos libros al relato de la intervención ateniense en Sicilia, no se hace eco de los conflictos anteriores entre púnicos y griegos y en ningún momento considera a Cartago como una amenaza para el mundo helénico de Occidente. Por el contrario, atenienses y siracusanos esperan obtener, en las palabras del historiador, la ayuda de aquella (187). En el siglo IV, Aristóteles, que se muestra particularmente atraído por las características del sistema político de Cartago, debido a las virtudes de su Constitución, considera el sincronismo Himera-Salamina,



como un hecho meramente fortuito, y en modo alguno considera a los cartagineses como una amenaza para los griegos occidentales (188). De la misma manera, en el siglo III, el geógrafo - Eratóstenes afirmaba que no había que incluir entre los pueblos bárbaros a los cartagineses, que gozaban de instituciones políticas dignas de admiración (188b).

Por lo que se refiere a la posición hegemónica de Cartago respecto a las restantes ciudades fenicias de Occidente, la terminología empleada por las fuentes es bien ambigua. Para el caso de Sicilia, sobre el que se centra la mayor parte de nuestra información, la utilización del término Epicrateia, para definir los territorios controlados por Cartago, es bastante significativa, como ha señalado C.R. Whittaker, ya que la palabra griega que define el sentido de una provincia imperial no es otra que Eparchia (189).

#### b. Los factores internos en Cartago.

Existen algunos datos en nuestras fuentes, que han hecho considerar la posible existencia en Cartago de dos facciones políticas enfrentadas en cuanto a la concepción de las relaciones exteriores de la ciudad. Según esta interpretación, una de ellas, los Magónidas, representaría la política intervencionista en el Mediterráneo frente a los griegos (190).

El primer desastre parcial de esta poderosa familia de la aristocracia cartaginesa se habría producido a raíz de la derrota en Himera y se encontraría documentado por el exilio - que padeció Giscon, hijo de Amilcar, que perdió aquella batalla en el 480 a. J.C. (191). Esto explicaría la prolongada ausencia de una nueva intervención de Cartago en Sicilia, causada por un replanteamiento de la política exterior, cuyas líneas generales serían a partir de ahora la expansión por Africa, y la ampliación de las zonas de influencia en el Extremo Occidente. Explicaría también las reticencias del Senado de Cartago ante la proposición de Anibal de intervenir en el conflicto que -

enfrentaba a Segesta y Selinunte en los primeros años de la última década del siglo V a. J.C. (192)

La derrota definitiva de la facción imperialista Magónida, se habría producido tras el fracaso de Himilcon, ante las puertas de Siracusa, en el 396 a. J.C., pues se consideraba que una maldición divina había caído sobre esta familia, a raíz de la profanación de algunos templos griegos por los ejércitos cartagineses dirigidos por Himilcon (193). A partir de entonces, la familia de los Hanónidas habría de regir los destinos de Cartago.

En la primera sección de este capítulo, hemos manifestado nuestro convencimiento acerca de las verdaderas causas que motivaron la intervención cartaginesa en Sicilia. No serían otras que la necesidad de mantener el equilibrio político en la isla, que garantizara la pervivencia de los intereses económicos que Cartago mantenía en las ciudades fenicias y en determinadas ciudades griegas.

La conflictividad interna, está documentada durante el siglo IV por el enfrentamiento entre Hanon el Grande y su rival Suniatus, y los frustrados golpes de estado de Hanon y de Bomilcar (194). Creemos, sin embargo, que no existen suficientes datos para plantear la existencia de una contradicción de intereses en torno a una política imperialista que parece no haber existido nunca. En este sentido, la política más pacífica desarrollada por los Hanónidas en Sicilia, se explica por la sencilla razón de la ausencia de un fuerte poder expansionista en la isla durante buena parte del siglo IV. No olvidemos que el propio Hanon se vió implicado en nuevas guerras con Dionisio I de Siracusa (195).

Lo que sí constituyó un factor interno decisivo fué la propia existencia de una aristocracia que a falta de riqueza mueble -por las fuentes sabemos que Cartago pagaba un impuesto territorial a los autóctonos vecinos hasta el siglo V

"

a. J.C. (196)-, fundamentó su prestigio y poder político en el desarrollo del comercio ultramarino, tradición y ganancias que no se encontraba dispuesta a abandonar. Las ambiciones políticas personales de diversos miembros de esta oligarquía, motivaron las querellas internas de este estamento dirigente de la sociedad cartaginesa, más que el enfrentamiento de intereses económicos contrapuestos. La expansión territorial por Africa, que como veremos habría de producir hondas transformaciones en la política de Cartago, había beneficiado sobre todo a la antigua aristocracia comerciante, que al fin y al cabo, fué la responsable de su ejecución, y es por tanto difícil ver, a partir de este hecho, la existencia de una aristocracia terrateniente enfrentada a una oligarquía comercial. Unas y otras eran simplemente las mismas, y de esta manera, vemos que el periodo de mayor esplendor ultramarino de Cartago coincide con aquel de su expansión territorial por Africa (197).

c. Definición y características del imperialismo de Cartago.

Gran parte de la historiografía moderna ha recogido el tema de la "barbarie púnica", desarrollado por una tradición parcial entre los antiguos, influida muchas veces por la fenicofobia y antisemitismo que ha animado buena parte de los estudios sobre el mundo antiguo desde finales del pasado siglo hasta el desenlace del último conflicto mundial (190). Concepciones racistas contemporáneas han jugado un papel importante en el desarrollo de esta tendencia que persigue, desde un principio, "reivindicar los derechos de Europa contra las pretensiones de Asia". De este manera, se ha llegado incluso a escribir que "la victoria gemela de Salamina e Himera había demostrado de manera contundente la superioridad de la raza" (199). La misión histórica de los griegos occidentales habría sido certar el paso a la barbarie púnica como fué la de los griegos orientales enfrentarse a la barbarie persa.

Por supuesto que todas estas ideas están hoy practicamente abandonadas, pero de ellas subsiste la consideración de dos bloques monolíticos y antagónicos, enfrentados por la defensa de sus respectivos intereses económicos en el Mediterráneo, influida muy probablemente por las características generales de nuestra propia época (200). Dos bloques económicos políticos e ideológicos, el púnico y el helénico, pugnarían - por el control exclusivo de las áreas de influencia en el Mediterráneo. Estos bloques, sin embargo, han sido inexistentes y recientes trabajos, a la luz de las nuevas aportaciones de la arqueología y de una reinterpretación de los textos, manifiestan la existencia de distintas corrientes económicas superpuestas en una misma área (201).

Un hecho evidente es que Cartago ocupaba una posición, sino central, sí hegemónica, en el mundo fenicio-púnico de Occidente, como demuestra el hecho de que su ayuda fuera - requerida por las otras ciudades en caso de problemas (202). Recientemente ha escrito S. Moscati: "El peligro griego no era el único; el caracter eminentemente comercial de las colonias fenicias, que eran pequeños almacenes marítimos alejados los unos de los otros, les exponía también al ataque de las pobla ciones locales; y tales ataques llegarían sobre todo si las - colonias daban signos de debilidad y no tenían ninguna posibilidad de revancha. Por esta razón también se comenzaba por consiguiente a sentir la necesidad de una alianza en torno a un centro único, que debía naturalmente ser la colonia más fuerte. A estas consideraciones, que explicarían la razón por la cual se llegó progresivamente a la creación de lazos políticos entre Cartago y las otras colonias fenicias de Occidente, se debe añadir la crisis sufrida entonces por el Oriente fenicio: crisis lenta, progresiva, más o menos profunda según los momentos, pero que no carecía, a la vez, de ser real, comprometiendo la posibilidad de ayudar a las colonias lejanas" (203).

La mención de los aliados de Cartago, la encontramos

en los tratados concluidos con Roma, en el segundo de los cuales aparecen también mencionadas, a título de igualdad, las ciudades de Tiro y Utica. Evidentemente, Cartago se encontraba ahora en situación de hablar en su nombre (204). Sin embargo, los elementos que caracterizaban esta alianza de Cartago con los demás centros semitas de Occidente, permanecen bastante oscuros en nuestras fuentes. La palabra empleada para definir la presencia de Cartago en la Sicilia púnica es Epicrateia, que evidentemente está expresando una idea de dominio, pero que difiere de Eparchia, que define el sentido de una potencia imperial. Un reciente trabajo de C.R. Whittaker, ha venido a demostrar la inexistencia de un aparato de administración imperial en Sicilia, Cerdeña y la P. Ibérica (205). Un Imperio Púnico parece, por tanto, haber sido inexistente, por lo menos en el sentido de los imperios territoriales asiáticos. Sin embargo, la utilización del término "imperialista", que es por cierto bastante ambiguo, en tanto en cuanto pueda implicar la existencia de determinadas formas de control indirecto sobre los "aliados", creemos que puede ser aplicada a la política mediterránea desarrollada por Cartago.

El peso de la economía cartaginesa descansaba sobre el comercio en ultramar. Mediante él, se obtenían materias primas procedentes de lejanas regiones, lujosas manufacturas, vinos y aceites de calidad, cereales en caso de crisis o peligro, objetos exóticos que eran reexpedidos a otros puertos del Mediterráneo. Pero también se obtenía mediante este comercio las riquezas y el prestigio político que cimentaban la autoridad de su aristocracia, que se encontraba, por tanto, particularmente interesada en su desarrollo y extensión.

Una serie de características inherentes al comercio de las sociedades primitivas y arcaicas, le habían convertido en una actividad predominantemente política. Las largas distancias que era necesario recorrer, la inseguridad en los mares y caminos, hicieron necesario que la actividad comercial fuera -

regulada por tratados entre distintos Estados, mediante los -  
 cuales se garantizaba la seguridad, el libre acceso y la lim-  
 pieza en las transacciones. Se trata del denominado comercio -  
 administrativo, término acuñado por K. Polanyi y su escuela, -  
 que define una actividad comercial ajena a las leyes de la ofer-  
 ta-demanda, caracterizada por la necesidad de importar y atra-  
 er por tanto los productos ofreciendo facilidades y garantías,  
 para lo que se establecían unas normas que eran aceptadas por  
 ambas partes (206). El elemento principal de este comercio ad-  
 ministrativo es el denominado "puerto de comercio", hacia el -  
 que se canalizan las actividades de intercambio, situado bajo  
 un poder judicial cuya autoridad aceptan todos, con el fin de  
 evitar las tensiones y conflictos entre individuos procedentes  
 de distintas comunidades (207).

El comercio administrativo puede realizarse entre -  
 dos culturas con instituciones económicas de diferente modelo,  
 esto es: entre una sociedad no mercantilista y otra de comer-  
 ciantes profesionales, en cuyo caso adopta generalmente las ca-  
 racterísticas del denominado "comercio silencioso", como el que  
 practicaban los cartagineses con los pueblos indígenas de Africa,  
 según el testimonio de Heródoto y el Pseudo Sylax (208).  
 En esta ocasión, se excluían los contactos físicos entre las -  
 dos culturas ante la ausencia de una autoridad neutral que ga-  
 rantizase el proceso de intercambios. Podía también realizarse  
 entre sociedades dotadas de sistemas económicos semejantes, am-  
 bas con instituciones comerciales desarrolladas, ante lo cual,  
 el puerto de comercio, que seguía actuando como un punto de -  
 control en el proceso de las relaciones de intercambio, podía  
 estar sometido a la autoridad de un poder neutral, o incluso -  
 a la autoridad de alguna de las partes implicadas que garanti-  
 zaba el libre acceso, la seguridad y la limpieza de las trans-  
 acciones mediante tratados políticos firmados y aceptados por  
 las otras partes. Este sería el caso del comercio practicado -  
 por Cartago con otros Estados mediterráneos, en el que, según

"

se aprecia en los tratados firmados con Roma, los cartagineses canalizaban las operaciones comerciales hacia aquellas áreas en que el Estado cartaginés se constituía en garante de las transacciones y en las que se otorgaban facilidades de acceso y garantías de seguridad para los comerciantes extranjeros (209).

En un sistema de este tipo, la ausencia de conflictos que pudieran interrumpir el proceso de intercambios, era más importante que una política de competencia a ultranza y de bloqueo y monopolios, que podía degenerar en choques violentos que alejaran a comerciantes y mercaderes de los puertos de comercio en las áreas afectadas. La seguridad en éstos era importante además porque estaban "típicamente involucrados en el abastecimiento de una serie de productos que proporcionaban, por sí mismos, control político -cereales, esclavos, metales preciosos- y en la distribución de una serie de artículos de lujo a una reducida clase privilegiada. El poder político es más efectivo en el abastecimiento de estos productos que las mismas instituciones de mercado" (210).

El aumento de poder de la aristocracia cartaginesa, favoreció por consiguiente, el desarrollo del comercio ultramarino de Cartago, ampliando a la vez las bases en que tal poder se sustentaba. Las grandes familias cartaginesas, se vincularon mediante lazos de matrimonio y hospitalidad con sus homólogos de algunas ciudades griegas de Sicilia (211), de esta manera, obtuvieron garantías de acceso y concesiones para utilizar determinados puertos de comercio de aquella isla, lo que en ocasiones habría de provocar la hostilidad de otros poderes griegos que aspiraban a controlar aquellos en beneficio propio (212). Los mismos resultados se obtenían de las relaciones con otras colonias fenicias a cambio de la ayuda prestada en caso de peligro y crisis, y de la protección de sus barcos en algunos puertos de comercio sometidos al control de Cartago (Africa y Cerdeña), en el primer tratado con Roma, de los cuales el

más importante era, evidentemente, la propia Cartago, con lo que se establecía una dependencia indirecta entre éstos y aquellos (213).

Del mismo modo, la situación de Cartago como gran potencia militar y marítima le permitía representar los intereses de otras ciudades (Tiro y Utica) y los respectivos aliados, como vemos en el segundo tratado con Roma, y concluir tratados en plano de igualdad, cuando menos, con otras potencias del Mediterráneo; tratados que se convertían en un instrumento indirecto de control que posibilitaba orientar las relaciones económicas externas de sus propios aliados y de los pueblos indígenas con quienes traficaban (214). Sobre estos tratados, de los que sabemos que fueron realizados con determinadas ciudades etruscas, por los documentos arqueológicos de Pyrgi (Caere) y por un texto muy significativo de Aristóteles, y cuyo ejemplo más característico son los ya mencionados concluidos con Roma, descansaban las líneas generales de la política mediterránea de Cartago (215).

A la vista de todo lo considerado, esta política cartaginesa cabría definirla como un "imperialismo indirecto" más parecido a los modernos neocolonialismos, o en todo caso, al imperialismo desarrollado por Atenas durante el siglo V a. J. C., con la diferencia de que los aliados de Cartago no estaban sometidos a los foros, de los que no existe evidencia alguna en nuestras fuentes, que a los imperialismos clásicos de las grandes potencias militares asiáticas o que al posterior imperialismo romano. La paz y el entendimiento diplomático con las otras potencias era el requisito indispensable y cuando este equilibrio desapareció a raíz del primer enfrentamiento con Roma, fué necesaria, como a su tiempo veremos, la aplicación de otros métodos, que implicaban un control más directo de los territorios cuya economía se manipulaba en beneficio propio (216).



El imperialismo indirecto de Cartago no tiene nada que ver con la definición de Tucídides en el sentido de una voluntad de hegemonía sobre otros pueblos, aún en contra de una tradición literaria iniciada en el siglo V a. J.C., en torno al paralelo Himera-Salamina, en ambientes próximos a la tiranía siciliana y con un evidente carácter propagandístico. Por el contrario se aproxima mucho más a la definición establecida por Lenin, en cuanto a la existencia de motivaciones económicas.

Las causas de este imperialismo cartaginés hay que buscarlas en el seno de su poderosa aristocracia empeñada en una expansión comercial ultramarina que constituía la propia base de su poder; sus fundamentos en el prestigio y potencia de la ciudad, fundada por la princesa Elisa de la casa real de Tiro, y en la debilidad de las restantes colonias fenicias ante la presión de los acontecimientos -ataques de los autóctonos en Cerdeña y Gadir, conflictos con los griegos en Sicilia- que no obstante, conservaron su autonomía política y económica después de convertirse en intermediarias de los intereses de Cartago; sus instrumentos en el control sobre los puertos de comercio y los tratados firmados con otras potencias mediterráneas; su objetivo en el desarrollo y extensión de las actividades comerciales sobre las que se fundamentaba el control político de la aristocracia cartaginesa. Una última prueba: después de la expansión territorial por África iniciada en el siglo V a. J.C., aparecen nuevas bases sobre las que se asienta este poder: para protegerlas se sacrifican determinadas fuentes que proporcionaban buena parte de la riqueza anterior: en el segundo tratado entre Roma y Cartago, África y Cerdeña aparecen cerrados al comercio y a la colonización; la primera debido a la posibilidad de revueltas entre los autóctonos, producidas por la incitación de agentes extranjeros, la segunda, debido a su papel de granero de reserva de Cartago. Una lenta transformación se estaba produciendo en las

concepciones imperialistas cartaginesas (217).

## NOTAS AL CAPITULO III.

- (1) Herodoto. VII, 165. Acerca de las alianzas mediante matrimonios y los lazos de hospitalidad en el mundo antiguo cfr: P. Gauthier; Symbola, Nancy, 1972, p. 17-22; M. I. Finley; The World of Odysseus, Londres, 1977, p. 98-102. Para el caso concreto de las relaciones entre Cartago y Sicilia cfr: C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries", Imperialism in the - Ancient World (P.D.A. Garsney - C.R. Whittaker), Cambridge, 1978, p. 77.
- (2) Acerca del comercio administrativo y los puertos de comercio cfr: K. Polanyi, Origins of Our Time. The Great Transformation. New - York, 1944; idem: Primitives, Archaic and Modern Economies --- (Ed. G. Dalton) New York, 1968; S. C. Humphreys; Anthropology and the Greeks, London, 1972, p. 53-57. K. Polanyi, C. H. Aronberg - H. W. Pearson, Comercio y mercado en los Imperios Antiguos, Barcelona, 1976, p. 99-108; 303-308.
- (3) M. I. Finley. Ancient Sicily, London, 1968, p. 51-52.
- (4) M. I. Finley. Ancient Sicily, p. 49-51.
- (5) Herodoto VI, 17. La piratería que era considerada como forma natural de adquisición (Aristóteles, Político, 1256 a 36) fue endémica en la Antigüedad, principalmente junto a las grandes rutas comerciales, cfr: V. Garden: War in the ancient World: A social History. London, 1975, p. 33.
- (6) Tal es el nombre con que fue rebautizada Zancle después de su conquista por Anaxilla, cfr: M. I. Finley. Ancient Sicily, p. 50.
- (7) Herodoto, VII, 165.
- (8) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 64-65.
- (9) Diodoro, XI, 20, 2-3.
- (10) Herodoto, VII, 165.
- (11) Diodoro, XI, 21, 5; 22, 1; XIII, 55. 1.
- (12) Diodoro, XI, 20, 2.
- (13) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism...", p. 65.
- (14) M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 58-73. V. Morante, "La Sicilia e Cartagine dal V secolo alla conquista romana", Kokalos, XVIII-XIX, 1972-1973, p. 98.

- (15) G. Ch. Picard; Le monde de Carthage; París, 1956, passim, idem: - Les religions de L'Afrique antique, París, 1954, p. 64 ss; Idem, y C. Picard; Vie et mort the Carthage, París, 1971, p. 87-89. P. Cintas; Manuel d'archeologie punique, II. París, 1976, p. 20.
- (16) Herodoto, VII, 167.
- (17) Diodoro, XIV, 46; cfr: V. Merante, "La Sicilia e Cartagine...", pag. 97-98; y Supra p. 196-197
- (18) P. Cintas, Manuel d'archeologie... II, pag. 320-343; C. Ch. Picard, Les religions... p. 64 ss, C. Picard "Notes de chronologie punique: Le probleme du Vº siecle", Karthago XII, 1965, p. 26-27.
- (19) Para los jarros de bronce, cfr: P. Cintas, Manuel d'archeologie... II, p. 340; acerca del desarrollo de la industria del bronce en Cartago durante el siglo V: cfr: G. Ch. y C. Picard. La Vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal, París 1958, p. 102 y - 243. Se consultará también ———, para las "navajas": C. Picard, Kokalos, XVIII-XIX, 1972-1973, p. 105-106; sobre el problema del siglo V en general C. Picard, "Notes de Chronologie..." p. 15-29.
- (20) Tucídides V, 34, 2. En contra del aislamiento de Cartago, cfr: G. Garbini, "I fenici in Occidente", Study Etruschi, XXXIV, 1966, - p. 127 ss. Sobre las relaciones entre Cartago y Atenas durante el siglo V, cfr: B. D. Merritt: "Athens and Carthage", H. St. C. Ph, Supl I, 1940, p. 247-253; K. F. Stroheker, "Die Karthager Gesandtschaft in Athen 406 v. c.", Historia, III, 1954-1955, p. 163-171; M. Treu: "Athen und Karthage un die Thukydideische Darstellung" Ibid, p. 41-57; R. Vattuone; "L' alleanza fra Atene e Cartagine alla fine del V secolo. a. c." Epigraphica, XXXIX, 1977, - p. 41-50.
- (21) Diodoro XIV, 46; V. Merante, "La Sicilia e Cartagine..." p. 91 y 97; J. P. Morel: Kokalos, XIV-XV, 1968-1969, p. 326-328.
- (22) M. I. Finley. Ancient Sicily, p. 54.
- (23) Diodoro XI, 20.
- (24) Diodoro XIII, 81, 4; XIV, 53, 3; F. Decret: Carthage ou L'empire de la Mer; París, 1978, p. 110.
- (25) Tucídides VI, 43, 2.
- (26) C. R. Wittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 65.
- (27) M.I. Finley. Ancient Sicily p. 58-70; D. Merritt, "Athens and Carthage". p. 247 ss.

- (28) Tucídides VI, 43, 2, 86, 6; Diodoro XII, 82, 6.
- (29) Diodoro XIII, 43, 3; 44, 1; Entre los autores que han sostenido la existencia en Cartago de una aristocracia agraria enfrentada a una aristocracia comercial, cuyos representantes típicos, los Bagónidas orientaban sus intereses la protección y desarrollo del comercio en el Bajo Tirreno, factor que explicaría la pasividad cartaginesa después de Himera, recientemente sobresale I. Hahn - (cfr: "Die Hellenisierung Karthagos und die Punisch-Griechischen Beziehungen im V. Jahr Hundert" Hellenische Poiesis, II, Berlin, - 1974, p. 841-854) también G. Krahmalkov (cfr: "A Carthaginian Report of the battle of Agrigentum 406 B.C. CIS I, 5510, 9-11" ---- R.S.F., II, 1974, p. 171-177) aunque solo distingue entre intereses anti e imperialistas.
- (30) Diodoro, XIII, 44, 4.
- (31) Diodoro, XIII, 54, 4-7.
- (32) P. Cintas, Manuel d'archéologie... II, p. 21; R. Vattuone; "L'alcantara fra Atene..." p. 47.
- (33) Tucídides, VI, 62, 2; Diodoro XIII, 54, 5.
- (34) Herodoto, VII, 162, cfr: C. R. Whitaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 77.
- (35) Diodoro, XIII, 43, 5; 55, 1-3.
- (36) Diodoro, XIII, 59.
- (37) Diodoro, XIII, 54, 5; 59, 60, cfr: V. Herante: "La Sicilia e Cartagine..." p. 99; C. R. Whitaker, "Carthaginian Imperialism..." p. 66.
- (38) F. Grasso, "Ermocrate di Siracusa", Kokalos, XII, 1966, p. 126.
- (39) Diodoro, XIII, 63, 4.
- (40) Diodoro, XIII, 75, 2, -76.
- (41) Diodoro, XIII, 79, 8, cfr: V. Herante, "La Sicilia e Cartagine..." p. 100; C. R. Whitaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 66.
- (42) K. F. Stroheker: "Die Karthagergesellschaft..." p. 165-169; B. D. Merrill, "Athens and Carthage", p. 247-253, B. H. Warmington: -- Histoire et civilisation de Carthage, París, 1961, p. 113-115.
- (43) Diodoro, XIII, 85, 1.
- (44) Diodoro, XIII, 87; 87, 7; 90, 2; N. I. Finley, Ancient Sicily, p. 71.
- (45) Diodoro, XIII, 91, 2; 94.

- (46) Diodoro, XIII, 112.
- (47) Diodoro, XIII, 114.
- (48) Polibio, III, 23.
- (49) M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 72.
- (50) Diodoro, XIV, 41, 1; 65, 2, cfr: V. Merante, "La Sicilia e Cartagine..." p. 101.
- (51) Diodoro, XIV, 41, 1-2; 45.
- (52) Diodoro, XIV, 44, 3-7.
- (53) Diodoro, XIV, 45.
- (54) Diodoro, XIV, 53, 4; cfr: C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 68.
- (55) Diodoro, XIV, 63-69.
- (56) Diodoro, XIV, 96, 3, cfr: M. I. Finley, Ancient Sicily p. 82.
- (57) Diodoro, XV, 16, 3; 17, 5, cfr: M. I. Finley: Ancient Sicily p. 23; C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 68.
- (58) V. Merante: "La Sicilia e Cartagine..." p. 100.
- (59) Diodoro XV, 15, 3-4; 17, 1-4, C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." pag. 67-68.
- (60) Diodoro, XIV, 40; 44, 3-6; 78, 5-7; 87.
- (61) Diodoro, XVI, 67. Sobre la intervenció de Timoleón en Sicilia. - B. H. Warmington, Histoire et civilisation... p. 143, H. D. Westlake: "The purpose of Timoleon's Mission", A. J. Ph. LXX, 1949, p. 65-75; M. J. Fontana: "Fortuna di Timoleonte, Resegna delle fonti letterarie", Kokalos, IV, 1959, p. 22.
- (62) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 71.
- (63) Diodoro, V, 16, 2-3. F. Benoit, "Relations commerciales entre Le Monde Ibero punique et le midi de la Gaule", R.E.A. 63, 1961, p. 321-330. Idem, T. Recherches sur L'Hellenisation du midi de la Gaule, 1965, p. 51-66, J. Maluquer, "Los fenicios en Cataluña", - Y Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969, p. 241-250; J. J. July; "Koine commerciale et culturelle phenico-Punique et Ibero-Languedocienne en Mediterranee Occidentale a L'age du fer: A. E. Arq. 48, 1975, p. 22-90. O. Arteaga-J. Pardo-E. San Marti, "El factor fenici a les costes catalanes y del Golf de Lio" II Coloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá, 1978, p. -- 129-130.

- (64) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid, 1942, p. 33, nota 2; C. R. Whittaker, "The western Phoenicians: Colonization and Assimilation", P. C. Ph. S., 200 (n 5, 20), 1974, p. 66, 67 y 68.
- (65) Diodoro, XIV, 46, N. Astruc. La necrópolis de Villaricos, I.N.C. C.Ex. Arg., Madrid, 1951; H. Schubart - H. G. Niemeyer - G. Lindemann, "Toscenos, Jardín y Alarcón", N. Arg. H. Arqueología, I, 1972, p. 11-41; G. Haas-Lindemann-H. Schubart; "Jardín-Vorbericht über die Grabung 1974 in der nekropole des 6/5 Jhs. v. Chr. N.H. XVI, 1975, p. 179-186. cfr: nota 74.
- (66) F. Villard. La Ceramique grecque de Marseille, Paris, 1966, p. - 132-135 y 159.
- (67) H. Almagro: Las necrópolis de Ampurias I y II, 1953-1954.  
G. Trías. Las cerámicas griegas de la Península Ibérica, Valencia, 1967, p. 297-312.
- (68) Cfr: Supra nota 63 y p. 30 ss.
- (69) A. Arribas - O. Arteaga. El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga) = C. Preh. Univ. Granada, 2, 1975, p. 95. H. J. Pena, "La (supuesta) cláusula referente al Sudeste y al Levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago", Símpo. Internacional. Els Origena del món Ibéric (Ampurias 38-40, 1976-1978), Barcelona-Empuries. 1977, p. 527, cfr: nota 76. Sobre la pervivencia de la necrópolis de Almuñécar a partir de fines del siglo VI a. J.C., la información me ha sido amablemente facilitada por su excavador, F. Molins.
- (70) H. Tarradell, H. Font, Elvissa Cartaginesa, Barcelona, 1975, p. - 131-212.
- (71) Para Cartago, cfr: C. Picard, "Notes de chronologie...", p. 15-29. En relación a Ibiza, cfr: H. Tarradell - H. Font. Elvissa Cartaginesa, p. 67-72, y 148-176; A. H. Hall: "Le terracote figurate di tipo greco-punico di Ibiza", I, II y III, R.S.F. I, 2, 1973, p. - 201-244, VI 2, 1978, p. 161-226.
- (72) Justino XLIV, 5, 3.
- (73) Livio XXVIII, 37, 1; A. Tejera Gaspar: Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental; Sevilla, 1979, p. 44 y 46.
- (74) cfr: nota 65 y H. Schubart - H.G. Niemeyer: "La factoría paleopúnica de Toscanos". V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelo

- na, 1969 p. 201-219, H. Schubart, "Jardín, Informe preliminar de 1976 en la necrópolis de los siglos VI-V a. J.C. N. Arqu. H., 6, 1979, p. 153-173; H. Schubart - G. Nass Lindemann; "Jardín informe preliminar sobre las excavaciones de 1974", *Ibid*, p. 141-149, especialmente p. 146.
- (75) H. Schubart, "Norro de Mezquitilla", Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1976, N. Arq. H. 6, 1979, p. 177-207, especialmente p. 192 ss, 201 y 206.
- (76) A. Jodin, "L'archéologie Phénicienne au Mogador" Hesperis, VII, 1966, p. 9-16, M. Donsich: Necropoles phéniciennes de la région de Tanger, Rabat, 1967, p. 24; *idem*, Recherches archéologiques a Tanger, París, 1970, p. 163-5 y 169; G. Vuillemot: Reconnaisances aux échelles púniques D'Oranie, Autum, 1965, p. 75.
- (77) A. Arribas - O. Arteaga, El yacimiento fenicio... p. 97 cfr: nota 69 (Almuñecar) y 74 (Jardín).
- (78) H. G. Niemeyer, "Toscanos: Campañas de 1973 y 1976", Not. Arq. H. G. 1979, p. 244; J. Fernandez Nieto. "Los griegos en España", Historia de España Antigua (Edit. Cátedra) Protohistoria, Madrid, -- 1980, p. 547 y 578; A esta hipótesis de que Mainake debía ser el nombre dado por los griegos a un emporio paleopúnico se adscribe también R. Rosenstingl (cfr: "Mainake: el enigma de un emporio", C.A.N. XIV, 1977, p. 769-780) para quien la denominación en el texto de Avieno proviene de un original semítico: "MNH".
- (79) J. P. Morel, "L'expansion phocéenne en Occident. Dix Annes de recherches (1964-1975)", B.C.H. 99, 2, 1975, p. 885-889.
- (80) A. Tejera Gaspar: Las tumbas fenicias... P. 46, y 95-97.
- (81) A. Tejera Gaspar: Las tumbas fenicias... p. 58-61; 63-65; 69-78, 75-77, y 126-127.
- (82) M. Pellicer: Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada). E. Arq. E. 17, 1962. Sobre las noticias numismáticas y literarias de la antigua Sexi, cfr: A. Garcia y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 121-123. Para el estudio tipológico de los enterramientos, cfr: A. Tejera Gaspar: Las tumbas fenicias... p. 45-46, 79-81, 85, 105 y 106.
- (83) A. Tejera Gaspar, Las tumbas fenicias... p. 44. P. Cintas ha señalado la identidad existente entre el ritual funerario de la necrópolis de Almuñecar y aquella de Junon en Cartago (cfr: Manuel



- D'archéologie Punique..., p. 411 y 435-437. Por su parte J. Ferrón está convencido del origen cartaginés de esta apoyándose en un - grafito cuyos caracteres son claramente cartagineses. (cfr: "La - Inscripción cartaginesa pintada en la urna cineraria de Almuñecar". Trabajos de Prehistoria, XXVII, 1970, p. 177-190).
- (84) M. Astruc. La necrópolis de Villaricos, p. 17-82. J. M. Maña, "So - bre tipología de ánforas púnicas", VI, C. Arq. Sd. E. Alcoy, 1950, p. 203-209. A. M. Bisi, La cerámica púnica, Nápoles, 1970, p. 117-119.
- (85) Y. Saller, "Ceramiques puniques et ibero-puniques sur le littoral du Languedoc du VI siècle au début du II siècle avant J. C". Oma - ggio a Fernand Benoit C.R.S.I. XXXIV, 1968, p. 127-150; (cfr: no - ta 63); A. Chabot. "Sur un epigraphe imprimée en relief au dos de brûle-parfums en Terra Cotta découvert par M. Siret pñes de Villa - ricos", B.A.C., 1933, p. XXI-XXIII, M. Astruc, "Echanges entre - Carthage et l'Espagne". R.E.A., 64, 1962, p. 71-81; J. M. Maña, - "Sobre tipología... p. 203-209. A. M. Nuñez, Febeteros, Ibéricos en forma de cabeza femenina (De Conoplastia ibérica) Barcelona, - 1963, p. 12-32. E. A. Llobregat, "Las relaciones con Ibiza en la protohistoria Valenciana", VI Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1974, p. 291-305.
- (86) A. García y Bellido: "Algunas novedades sobre la arqueología pu - nico-Tartésica", A.E.Arg., 43, 1970, p. 49; C. Blanco: "Nuevas - piezas fenicias del Museo Arqueológico de Cádiz", ibid., p. 61.
- (87) S. Gsell. B.A.A.N., I, p. 440.
- (88) Polibio III, 22-24.
- (89) Pseudo Syllax en G.G.N. I, p. 16 (Ed. Müller). Esta noticia de Efo - ra es recogida por el Pseudo Scymnos, 196-198. En G.G.N. I, p. - 203, Posteriormente estos liblo-fenicios son citados por Avieno, (Ora marítima, 421).
- (90) Avieno, Ora Marítima, 115, 310-315 y 375-377. A. García y Belli - do: Fenicios y Cartagineses... p. 95-98.
- (91) Polibio: I, 1, 6; Diodoro, XXV, 10, 1-4, cfr: C. R. Whitaker: "Car - thaginian Imperialism..." p. 71.
- (92) Sobre los mercenarios en los ejércitos cartagineses, cfr: S. Gsell B.A.A.N. I, p. 442, A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses.. p. 133-169.

- (93) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 75.
- (94) A. García y Bellido, Hispania Graeca II, Barcelona, 1948, p. 67, 194 y 207-218. G. Trias, Las cerámicas griegas de la Península Ibérica I, Valencia, 1967, P. Rouillard; "Les coupes attiques a figures rouges du IV s. en Andalousie", H.C.V., XI, 1957, p. 21-49. R. Olmos: "Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de la cultura material (cerámica y bronce) griegos o de estímulo griego hallado en España". A. E. Arq. 52, 1979, p. 87-104.
- (95) A. N. Oikonomides: "The alleged carthaginian Blockade of the -- western Mediterranean and the adventures of a Massaliot "Tramp-ship". Demóstenes XXXII "Contra Zenotenus", T.A.W., I, 2, 1978, - p. 83-88.
- (96) Estrabón II, 4, 1-2.
- (97) Estrabón II, III, 1, 41, 1, 7, C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism..." p. 80. Sobre las relaciones Cartago-Imperio Lagida, cfr: *infra* p. 327 ss.
- (98) Es interesante observar, siguiendo a M. I. Rostovtzeff que Timóstenes poseía una buena información sobre las costas africanas situadas al Oeste de Cartago, aún cuando este autor considera la existencia de un monopolio comercial cartaginés en Occidente. - (cfr: Social and Economic history of the hellenistic world. I. - Oxford, 1941, p. 395). En contra del cierre del Estrecho se han pronunciado, entre otros, A. Blanco (cfr: "Excavaciones arqueológicas en la Provincia de Jaén". B.I.E.G., 22, 1959, p. 100) y F. Benoit (cfr: Recherches sur l'hellenisation... p. 44 ss.)
- (99) Tucídides, VII, 50, cfr: "Carthaginian Imperialism..." p. 80.
- (100) J. Desanges; Recherches sur L'activité des Méditerranéens aux confins de L'Afrique, Roma, 1978, p. 87-120. Un cierto conocimiento de estas regiones por parte de los griegos cabría deducirlo del periplo del massaliota Euthymenes, si aceptamos la datación propuesta por este mismo autor en la segunda mitad del siglo VI a. J.C. (cfr: *idem*, p. 17-27). Contra: F. Villard que piensa que es contemporáneo del de Pytheas (cfr: "Ceramique grecque du Maroc", 21, B.A.H., 4, 1960, p. 16).
- (101) Estrabón, III, 5, 11; XVIII, 1, 19.
- (102) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism..." p. 81.

- (103) G. Gebert - P. Cintas. "Les tombes puniques de Jebel Njezza" -- Revue Tunisienne, 38-40, 1939, p. 136-160; A. Tejera Gaspar: - Las tumbas fenicias... p. 29 y 181; J. P. Morel "Kerkouane, Ville punique du cap Bon", R.E.F.R.A., 81, 1969, p. 474-518.
- (104) Polibio, III, 22-24. Un resumen con bibliografía de la discusión científica acerca de los Tratados entre Roma y Cartago se encuentran en: J. Heurgon: Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las guerras púnicas. Barcelona 1976, p. 283-290; H. Bengtson: - Die staatsverträge des altertum II; Die verträge der griechischen-Römischen welt von 700 bis 300 v. Chr. Munich, Berlin, --- 1962, p. 16 ss y 309 ss, A. J. Toynbee, Hannibal's Legacy I. -- Londres, 1965, p. 519-555 y 571-572. Posteriormente, K. E. Petzold: "Die beiden ersten Römische-Karthagischen Verträge und das foedus Cassianum", A.N.R.W.; I. Berlin, 1972, p. 364-381. S. Calderone: "Livio e il secondo trattato romano-punico di Polibio", Miscellanea di Studi Classici in onore di E. Nanni, Roma, II, - 365-375.
- (105) Polibio III, 23, O. Heltzer: Geschichte der Karthager I, Berlin, 1978, p. 181 y 489; S. Gsell, H.A.A.N. I, p. 457.
- (106) Tito Livio, XXIX, 27, 6-13. Contra la identificación Kalon Akrotirion = Cabo de Farina, cfr: R. L. Beaumont, "The date of the -- first treaty between Rome and Carthage", J.R.S. XXXIX, 1939, p. 77-86. J. Desanges. "Etude et importance du Byzacium", Cahiers de Tunisie, 1963, p. 9 ss.
- (107) La interpretación de Polibio es además aceptada por J. Heurgon - cfr: "La Carthage primitive en Méditerranée Occidentale". Archéologia Vivante, 1, 2, 1968, p. 25) y por C. R. Whittaker, cfr: - "Carthaginian Imperialism... p. 59 y 81). La ausencia de toda referencia, aún indirecta, a la Península Ibérica en el Tratado del 509 a. J.C., ha sido recientemente señalada por H. J. Penn, cfr: "La supuesta cláusula..." p. 511-530.
- (108) Scymnos de Oulis. quid Eforo, 162, C.G.H. I, (Ed. Müller) p. 201, Sobre la cerámica suditalica. Cfr: G. Ch. Picard, "Carthage au temps d'Hannibal", Studi Annibalicci, Cortona, 1964, p. 20-22. P. Cintas, Manuel D'archéologia...II, p. 366 y 386. (para Cartago). E. San Martí Grego, "El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica", Ampurias, 35, 1973, p. 221-234, E. Ripoll y

E. San Martí, "La expansión griega en la Península Ibérica". Segundo 'Congreso Internacional de Estudios sobre las Culturas del Mediterráneo Occidental', Barcelona, 1978, p. 37. M. Beltrán Llorca: Cerámica romana, Tipología y clasificación, Zaragoza, 1978, p. 15-50. J. P. Morel: "La céramique campanienne: acquis et -- problèmes", Ceramiques Hellenistiques et Romaines, A.B.H.B., -- 242, París, 1980, p. 87-100. Respecto a los aliados de Roma, G. Nenci: "La relazione de Mausiglia nella politica estera romana" R.S.L., XXIV, 1958, p. 71-77, 93, 94) considera que debe entenderse principalmente a Massalia. Contra cfr: F. Cassola, I gruppi politici romani nel III sec. A.C., Roma, 1968, p. 36, M. J. Pena: "La (supuesta) cláusula...", p. 522-523. Acerca de la potencia marítima de Roma durante el siglo IV a. J.C. cfr: L. Paroli: -- Storia di Roma I, Torino, 1962, p. 562 ss. R. Heiggs, Roman Ostia, Oxford, 1960, p. 20 ss. F. Cassola, I gruppi politici... - p. 27-38.

(109) Polibio, III, 23, 2. cfr: C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism".

(110) Polibio, III, 23.

(111) cfr: infra p. 285 ss.

(112) Polibio, III, 22-24; Aristóteles, Política, 1280 a 36. Justino - XIV, 5, 3.

(113) Aristóteles, Política 1272 b- 1273 a. C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism..." p. 86.

(114) Justino XIX, 2, 1-7.

(115) Véase en Plinio, N.H., II, 169; V, 8. No son pocos los autores que como G. C. Picard (cfr: Vie et mort... p. 98-97) fechan estos viajes en la primera mitad del siglo V a. - J.C. Argumentan para ello la pertenencia de Baón o Hiatón a la familia de los Magónidas, lo que no deja de ser un argumento bien frágil. F. Villard, piensa por el contrario en una fecha en torno al 500 a. J.C. (cfr: "La céramique grecque..." p. 32, nota 2), D. Harden lo sitúa en el último cuarto del siglo VI a. J.C. (cfr: "The phoenicians on the West coast of Africa", Antiquity, XXII, 1948, p. 142), J. Desanges indica por su parte que Herodo ~~tiparece~~ hacer una alusión a antiguos periplos cartagineses que podría referirse al viaje de Baón (cfr: Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique, Roma, 1978, p. 34-37.

- (116) La bibliografía sobre el Periplo de Hanón se puede localizar en A. Diller, The Tradition of the minor Greek Geographers; 1952, - p. 48-99 y 179. Los trabajos posteriores están recogidos en J. - Desanges, Recherches sur L'activité... p. 39-85. Acerca de su - falsedad ven el estudio de A. Germain, "Qu'est ce que le périple d'Hannon", Hesperis, LXIV, 1957, p. 205-248, Contra G. Ch, Picard "Authenticité du Periple d'Hannon", Cahiers de Tunisie, XV, 1967, p. 27-31.
- (117) G.G.M. (Ed. Müller), I, p. 1. Traducción al francés en S. Gsell, H.A.A.N., I, p. 476; hay una versión española de J. M. Blázquez - (cfr: La expansión cartaginesa", Historia de España Antigua, -- Protohistoria, 1980, p. 396-397).
- (118) J. Desanges, "Remarques critiques sur l'hypothèse d'une importation de l'or africain dans le monde phénico-punique", S.C.I.E.C.N.O. Alger, 1978, p. 52-55.
- (119) Herodoto IV, Tucídides VI 34, 2, 196, M. Ponsiche, Recherches - archeologiques... p. 169-183 y 185 ss; idem: "Fouilles puniques et romaines a Lixus", Hesperis, VII, 1966, p. 17-22; A. Jodín, - "L'archéologie phénicienne..." p. 9-16; idem, Mogador. Comptoir Phénicien du Maroc Atlantique, Rabat, 1966, p. 187-193.
- (120) Herodoto IV, 196, Sobre el comercio silencioso, cfr: K. Polanyi - C. M. Arensburg - H.W. Pearson, Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos. Barcelona, 1976, p. 99. Pseudo Sylax, en G.G.M. - (ed. Müller), I, p. 16 (51), p. 91 (111).
- (121) Plinio, II, 19; Avieno, Ora Marítima, 115-130, 380-390 y 406-415.
- (122) Acerca de la localización de la Oestrimnida y las Cassiterides, cfr: R. Dion, "Le problème des Cassiterides"; Latomus, XI, 1952, p. 306-314; J. Ramin: El problème des Cassiterides, París, 1963, *passim*.
- (123) Estrabón III, 5, 2.
- (124) J. M. Blázquez: "Relaciones entre Hispania y los semitas, sirios, fenicios, chipriotas, cartagineses, y Judíos en la Antigüedad", Beiträge zur alten geschichte und deren nachleben, Berlín, 1969, p. 66; G. Ch y C. Picard: Vie et mort... p. 161, J. J. July: "Céramiques anglo-armonicales et céramiques puniques. Voi maritime de l'étain", C.A.N. 10, 1969, p. 280-287. cfr: Nota 148.
- (125) cfr: nota 120.
- (126) Pseudo Scylax en G.G.M. (Ed. Müller), I, p. 16.

- (127) S. Gsell. H.A.A.N. I, p. 471, nota B, cfr: nota 19.
- (128) P. Rouillard, "Les coupes attiques à figures rouges du IV siècle en Andalousie?" H.C.V. XI, 1975, p. 47.
- (129) Pascual Scylax en G.G.H. (Ed. Müller) p. 94; F. Villard: "Céramique grecque du Maroc" B.A.H. IV, 1960, p. 14.
- (130) Cfr: A. Schulten: Tartessos, Madrid, 1971 (reedición), p. 123--135; F. Figueras Pacheco: "Griegos y púnicos en el Sureste de España. Proceso geográfico-histórico de la colonización", C.A.S.E. III, Murcia, 1974, p. 193. G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... - p. 65 (no cree en la destrucción de la ciudad, sino en la ruptura de unidad del Imperio). Otros autores mantienen una posición más moderada y cifran la desaparición de Tartessos como un resultado de la competencia comercial entre griegos y púnicos en Occidente: cfr: J. Maluquer, "Tartessos y su historia", V. Simposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1967 p. 402; S. Moggi, The world of the phoenicians, London 1973, p. 287.
- (131) L. Abad Casal, "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica" A. E. Arq. 52, 1979, p. 178-180. L. A. - García Moreno: "Justino 44, 4, y la historia interna de Tartessos" Ibid., p. 111-130.
- (132) Estrabón III, 2, 11.
- (133) Euteo en F.G.H. (ed. Jacoby) I, p. 16; Herodoto, IV, 152.
- (134) Symnos de Quíos (apud Eforo), 162, G.G.H.I. p. 201.
- (135) Diodoro, XXV, 10; Polibio, II, 1, 7.
- (136) J. P. Morel, "L'expansion phocéenne en Occident: Dix années de recherches (1966-1975)" H.C.H. 99, 1975, p. 885-892.
- (137) Cfr: nota 69 y 76.
- (138) Cfr: Supra p. 51 ss.
- (139) J. Alvar: La navegación prerromana en la Península Ibérica. Colonizadores e indígenas, (Tesis Doctoral), Madrid 1980, p. 286-391.
- (140) Diodoro, V, 23, F. Villard, La céramique grecque de Marseille, Paris, 1966, p. 154-158; J. Ramín, Le problème... p. 84-87.
- (141) J. Alvar. La navegación... p. 297.
- (142) Scymno de Quíos, 164-166. En G.G.H. I, (Ed. Müller), p. 201, (cfr: J. Ramín. Le problème... p. 61-62.
- (143) Cfr: Supra p. 25 y 30 ss.

- (144) A. García y Bellido: "Los bronceos tartésicos", V. Symposium --- de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 161-171, fig. 8, cfr: Supra p. 56 ss.
- (145) Justino 44, 5,1, cfr: Macrobio, Saturnalia, I, 20, 12.
- (146) Cfr: Supra p. 61 ss; M. Perez Rojas: Estudio estructural de las - instituciones civiles a través de la epigrafía hispánica. Madrid 1978, (Tesis Doctoral), p. 348.
- (147) F. Villard: La ceramique grecque... p. 132-135 y 159. La idea - de las dificultades de Massalia con los autóctos parte de una - noticia de Justino (LXIII, s), por lo demás difícil de encuadrar - y fue desarrollada ya por J. Bruvel (cfr: "Une tradition milé- sième et la légende marseillaise de Catumandas", B.S.H.A.N.G., I, 1933-4, p. 51-56) quien piensa en una conquista por los indíge- nas. No obstante, recientemente, M. Clavel-Leveque, ha reconoci- do que "el problema del V siglo", y sus posibles causas permane- cen sin solucionar, y que la escasez de los conocimientos para- este período es casi total. (cfr: "Das griechische Marseille, - entwicklungs tufen und Dynamik einer handelsmacht", Hellenische poleis, II (Ed. E. Ch. Welkopf), Berlin, 1974, p. 911).
- (148) Tales son el aribalos de vidrio púnico del castro O-Neixon --- (cfr: A. Romero Masia. El habitat castreño, Santiago, 1976, p. 9) los braserillos rituales de Figuera da Foz (cfr: J. P. Garrido F. M. Orta: Excavaciones en la necrópolis de la Joya (Huelva), - E. Arq. E., 91, 1978, p. 176, fig. 106). Los escaraheos de Alca- cer do Sal (cfr: a. M. Cavaleiro: "O recente adrodo detrás esca- ravehos na necrópole de Semtor dos Martires en Alcacer do Sal", Actos del II Congreso Nacional de Arqueología, Coimbra, 1971, - p. 309-14. Algunos otros materiales son citados por J. M. Bláz- quez: "Relaciones entre Hispania y los semitas, (sirios, fení- cios, chipriotas, cartagineses y judíos) en la Antigüedad", --- Beiträge zur alten geschichte und deren nachleben, Berlin, 1969, p. 66), y G. Ch. y C. Picard (Vie et mort... p. 161). Sobre los influjos púnicos en la Fachada Atlántica, cfr: J. J. Joly: "Ce- ramiques..." p. 286-287.
- (149) Estrabón III, 5, 11; P. Cintas; Manuel d'archeologie II... p. - 340; G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 102 y 243. So- bre los emporios de Cartago en la Península Ibérica, cfr: M. J. Pena: "La "supuesta" cláusula...", p. 526.

- (150) Acerca de la prosperidad a la vista de los hallazgos arqueológicos de Gadir, y los salazones, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 82-93 y 253-280.
- (151) Cfr: nota 65 y 74.
- (152) H. Astruc, La necrópolis de Villaricos... p. 185-188, H. Pelliter, Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita... p. 65-66.
- (153) H. Astruc, La necrópolis de Villaricos, pl 165, 169, 172, 177, - 183; H. Pelliter, Excavaciones en la necrópolis púnica, p. 51, - 54, 56 y 64; H. Schubart - G.N. Lindemann, "Jardín, informe preliminar sobre las excavaciones de 1974", N. Arg. II, 6, 1979, p. 146-149.
- (154) H. Astruc, "Echanges...", p. 80-81, M. Tarradell, H. Font, Elivissa Cartaginesa, p. 267-274, especialmente, p. 268. E. A. Llobregat: "Las relaciones con Ibiza...", p. 291-302.
- (155) Sobre la autonomía cultural de los establecimientos púnicos --- cfr: S. Roscatti: "Interazioni culturali nel mondo fenicio", --- R.S.F. II, 1, 1974, p. 6-7. Acerca de la autonomía política --- cfr: C.R. Whitaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 54-90, especialmente p. 86-88.
- (156) A. Tejera Gaspar, Las tumbas fenicias... p. 29 y 81, (cfr: nota 103); M. Tarradell - H. Font: Elivissa Cartaginesa, p. 149-150 y 176-195; E. Acquaro, "Tharros a la lumière des nouvelles recherches", S.C.I.E.C.N.O., Alger, 1978, p. 87, P. Cintas: Ceramique punique, Paris, 1950, p. 517-532.
- (157) Acerca de la pobreza de los enterramientos de Cartago en el siglo V, cfr G. Ch. Picard: Les religions... p. 64 ss; C. Picard, "Notes de chronologie...", p. 26-27. Sobre la prosperidad de Mōtya, cfr: Diodoro XIV, 53, 3, A. Giacca: "Lo scavo del 1965", - Notia II, Roma, 1966, p. 50. Igualmente se presenta la necrópolis de Jebel Melezza (cfr: E. G. Gohert, P. Cintas, "Les tombes puniques..." p. 135-158, H. Fantar: "Presence punique au Cap. Bon", Kerkouane, XVIII-XIX, 1972-1973, p. 270, y lo mismo puede decirse de la ciudad de Kerkouane (cfr: P. Cintas: "Une ville punique au Cap-Bon", CRAI, 1953, p. 256-260, M. H. Fantar, "L'aviementa punica", et situe de Tanit dans les habitations de Kerkouane", Studi Nagrebini, 1, 1966, p. 57-66; J. P. Morel: Kerkouane, ville punique du Cap Bon", H.E.F.R.A., 1969, p. 473-518) y de las necrópolis de Ibiza (cfr: M. Tarradell - H. Font: Elivissa Cartagi-



- nesa, p. 39-79). Para Cerdeña cfr: G. Pesce, Sardegna púnica, - Cagliari, 1961, p. 23. E. Acquaro : "Tharros à la lumière..." - p. 78-89. Sobre el problema de la cerámica ática y las importaciones: cfr: J. P. Morel, "Kerkouane...", p. 499-501, M. Astruc, La necrópolis de Villaricos, p.234 . M. Tarradell - M. Font, - Eivissa Cartaginesa p. 41-71 y 264-265; G. Trías, Las cerámicas griegas... p. 297-312 (Ibiza), y 437-443, (Villaricos); P. Rouvillard: "Les coupes attiques..." p. 43, nota 4.
- (158) Diodoro, XI, 20, 2; A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses, p. 253-277; J. P. Morel, Kokalos, XIV-XV, 1968-1969, p. 327.
- (159) P. Cintas, Manuel d'archologie II... p. 343-380, D. Harden, The Phoenicians, p. 167,, F. Decret, Carthage... 119. cfr: Supra: - p.55 ss. S. Moscati, The World..., p. 226.
- (160) Polibio III, 23, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 46-47. Sobre la plata de Cartagena, cfr: Estrabón, III, 2, 10.
- (161) M. Tarradell: "Ensayo de Estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos", Saitabi, XI, 1961. p. 3, ss; idem, Historia del País Valencià, Prehistoria y Antiquitat, Barcelona, 1965, p. 86, J. M. Blázquez: "Colonización cartaginesa en la Península Ibérica", Historia de España Antigua I. Protohistoria, 1980, p. 429-431; L. Abad Casal, "Consideraciones.." p. 192, entre otros.
- (162) G. Nieto Gallo: "La necrópolis Hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)" B.S.E.A.A. X, 1944, p. 173. E. Cuadrado, "Excavaciones en el santuario Ibérico del Cigarralejo" I.M.E.G.E.A. 21, 1950, p. 166; M. Oliva Prat, "Excavaciones arqueológicas en la ciudad ibérica de Ullastret", 1950 (separata de A.I.E.G.), p. 93.
- (163) Los pueblos de la Neseta Este sufrían una falta de tierra determinada por la pobreza de los territorios que habitaban (Estrabón, III, 4, 12 y 13) frente a la eclosión agrícola de las regiones ibéricas, documentada en el gran número de aperos que han aparecido en los poblados (cfr: F. Pla. Ballester, "Instrumentos de trabajo ibéricos en la región Valenciana", E.E.A.P.I. Barcelona, - 1968, p. 143-196. Las incursiones sobre territorios vecinos se convirtieron de esta manera en una práctica habitual, cfr: J. M.

Blázquez. La Romanización I, Madrid, 1974, p. 42. "Recientemente, hemos estudiado en un trabajo la expansión celthérica en Bética, Carpetania, Levante y sus causas (cfr: "La expansión celthérica en Bética, Carpetania, Levante y sus causas", Celtium, - 3, 1962); creemos que esta expansión obedece a una causa económica, la mala situación de la juventud celthérica, que les obliga a reunirse en bandos más o menos numerosos, a veces a formar grandes ejércitos y a dedicarse al saqueo e invadir el territorio de los pueblos más ricos y civilizados" (J. H. Blázquez, "Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto", E.E.A.P.I., Barcelona, 1968, p. 223). El hecho de que no se hayan encontrado objetos de procedencia celthérica en los yacimientos destruidos no es un argumento de peso, ya que, se trataba de operaciones de saqueo.

- (164) Cfr: Supra p. 181 ss.
- (165) J. Bernier y J. Fortea: Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética, Salamanca, 1970; P. Bartolín, R.S.F., I, 1, 1973, p. 109.
- (166) Apiano, Libyca 71, Pseudo Aristoteles, De mirabilibus d. Auscultationibus, 844 n. 24-34, cfr: S. Talli, La Carthage Punique. Etude Urbane, París, 1978, p. 127.
- (167) G. Trias, Las cerámicas griegas, p. 297-312 y 437-444; P. Rouliard "Les coupes attiques...", p. 21-40. Fig de la p. 46.
- (168) A. García y Bellido. Fenicios y Cartagineses, p. 289.
- (169) M. Tarradell, M. Font, Eivissa Cartaginesa, p. 242-252, H. Astruc, La necrópolis de Villaricos, p. 186.
- (170) J. y L. Jehasse: "La nécropole pré-romaine d'Aleria" XXXV<sup>e</sup> supplément a Gallia, París, 1973, p. 14, 46 y 47. Idem: "El pecio del Sec y su significación histórica", Símpoio de Colonizaciones, - Barcelona, 1976, p. 211-217. F. Pallares, "Exploración sistemática del pecio del Sec", R.E.H. XXXVIII, 3-4, 1972, p. 287-326.
- (171) F. Decret, Carthage, p. 96, S. Talli, La Carthage punique, p. 142-147.
- (172) F. Decret, Carthage, p. 94 y 98; Ateneo, XII, 5B, cfr: S. Talli: "La Carthage punique", p. 150-151.
- (173) R. Elmos, "Perspectivas y nuevos enfoques...", p. 101 y 103, J. Pereira, "La cerámica ibérica procedente de Toya, (Peal de Beco

- rrero, Jaén), en el Museo Arqueológico Nacional" Trabajos de Prehistoria, 36, 1979, p. 294-337.
- (174) M. Astruc. "Echanges...", p. 80-81; G. Trías: Las cerámicas griegas... p. 297-312.
- (175) P. Rouillard, "Les corpes attiques...", p. 43. G. Trías, Las cerámicas griegas... p. 395-402.
- (176) Ateneo, III, 121, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 85.
- (177) Herodoto, VII, 158, cfr: V. Merante: "La Sicilia e Cartagine..." p. 82.
- (178) Herodoto, VII, 158, cfr: C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 83-84.
- (179) Herodoto, VII, 163, 5.
- (180) Herodoto, VII, 165-6, cfr: nota siguiente.
- (181) Píndaro, Píticas I, 4; R. Van Compernelle, Etude de Chronologie et d'Historiographie Siciliotes, Bruxelles-Roma, 1959, p. 339, M. I. Finley: Ancient Sicily, p. 54-55, V. Merante: "La Sicilia e Cartagine...", Acerca del paralelo que realiza Píndaro entre Cumas-Salamina y Platea-Himera, cfr: Ph. Gautier: "Le parallèle-Himère-Salamine", R.E.A. 68, 1966, p. 8-14.
- (182) Eforo en F.G.H. II, (Ed Jacoby) nº 70, fr, 186. cfr: Supra p.149 s. En cuanto a la historicidad de esta noticia y el origen de la información de Eforo, así como la discusión científica sobre el problema, cfr: K. Meister; "Das persisch-Karthagische Bündnis von 481 a. Chr", Historia, 5, 1970, p. 607-612. Este autor niega la validez histórica del tratado entre Cartago y Persia transmitido por Eforo.
- (183) Isócrates, Filípicas, 81, Ph. Gautier, "Le parallèle...", p. 25-31. Sobre Isócrates cfr: C. Nasáé, La fin de la démocratie athénienne, París, 1962, p. 426-447.
- (184) Platón, Epístola VIII; M. I. Finley. Ancient Sicily p. 91-93. - Contra: J. Souilhé (Platón, Ouvres Completes), XIII, 1, (Ed. Belles Lettres), París, 1960, 3ª edición, p. 58-67) quien considera que no hay motivos de peso para negar su autenticidad. Sobre Platón, cfr: G. Pasquali: Le lettere di Platone, Firenze, 1938, - p. 7 ss.

- (185) Diodoro, XI, 1, 4-5; 20, 1.
- (186) Diodoro, III, 59, 63, 4; 79, 8; 85-87, 5; 91-2; 94; XIV, 41, 1-2, 45.
- (187) Tucídides, VI, 43, 2; 86, 6.
- (188) Aristóteles, Política, 1159, a, 25.
- (188 b) Eratóstenes, (Apud Estrabón I, 4, 9).
- (189) C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 68-69.
- (190) G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 63-81 y 102-111. C. R. Kramalkov; "A Carthaginian Report of the battle of Agrigentum 406, B.C". R.S.F. 11, 1974, p. 175-176; F. Decret, Carthage... p. 72.
- (191) Herodoto, VII, 165, Diodoro, XI, 20, 2, XIII, 43, 5, 55, 1-3.
- (192) Diodoro, XIII, 43, 3; G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 89, C. R. Kramalkov "A Carthaginian report..." p. 175-176.
- (193) L. Naurin; "Himilcón le Magónida. Crises et mutations a Carthage au debut du IV<sup>e</sup> siècle avant J.C". Semitica XII, 1962, p. 5-43, especialmente p. 36 ss. C. Ch y C. Picard, Vie et mort..., p. 123-129. Este último autor considera que la caída de los Magónidas no fué la consecuencia de un acto revolucionario ocasionado por el desastre de Himilcón, como piensa L. Naurin, sino el resultado de una gradual evolución entre el 396 y el 373.
- (194) Suniatus, cfr: Diodoro, XV, 73; Justino, XX, 5, 4, Hannon, cfr: -- Justino, XXI, 4; Bomilcar; cfr: Diodoro, XX, 44-46; Justino, XXII, 7, 8-11.
- (195) Diodoro, XVI, 67, 2; cfr, C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism...", p. 78-79.
- (196) Justino, XIX, 11, 4.
- (197) C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 79, cfr: infra p. 295 ss. y 303 ss.
- (198) Sobre esta cuestión cfr: J. Bourgon: Roma y el Mediterráneo Occidental... p. 68-69. G. Bunnens: L'expansion phénicienne en Méditerranée, Bruselas, 1979, p. 5-12.
- (199) S. Reinach, "Le mirage oriental", L'anthropologie IV, 1893, p. 3. G. Glotz, Histoire grecque II, París, 1931, p. 101.
- (200) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 33-48; J. Ma Inquer, Tartessos. La ciudad sin historia, 1970, p. 99; S. Nescatj, The World... p. 155-157, C. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 61. P. Cintas; Manuel d'archéologie II, ... p. 17-21. S. Talli La Carthage... p. 252-254.

- (201) J. Jheasse, "Les nouvelles données archéologiques d'Aleria et - la persistance des courants commerciaux grecs en mer Tyrrhénienne aux V et IV siècles av. J.C.", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1974, p. 207-210, J. J. July "Koine commerciale...", p. - 22-90.
- (202) Justino XLIV, 5, 3. cfr: supra p. 182 ss.
- (203) S. Moscati: "L'expansion phenice-punique dans la Mediterranee - Occidentale". S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978, p. 15.
- (204) Polibio, III, 24.
- (205) Platón, Epístola VII, 7.349 c; Diodoro, X, 18, 6; XII, 26, 3. El primero en emplear el término Eparchia es Polibio, I, 15, 10; 17, 5; III, 22, 10; III, 24, 12; C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism..." P. 7.-74.
- (206) Sobre las formas económicas de la antigüedad y el comercio administrativo: K. Polanyi, Origins of our time, The Great Transformation, New York, 1944, idem. Primitives, Archaics and Modern Economies (ed. G. Dalton) New York, 1968, M. I. Finley, The World of Odysseus, London, 1977; idem, Ancient Economy, London 1973, - K. Polanyi, C. M. Aremberg, H. W. Pearson, Comercio y Mercado - en los Imperios Antiguos, Barcelona, 1976.
- (207) K. Polanyi - C. M. Aremberg - H. W. Pearson; Comercio y Mercado.. p. 99-168 y 308. Acerca de los puertos de comercio cartagineses, cfr: C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 82-83.
- (208) Herodoto IV, 196: Pseudo Syllax 112 en G.G.M., (Ed. Müller). p. 94.
- (209) Polibio, III, 22-24, K. Polanyi, Trade and Market in the early - empires, Glencoe, 1957, p. 265. K. Polanyi - C. M. Aremberg - H. W. Pearson, Comercio y Mercado... 306-307. C. R. Whittaker, "Carthaginian imperialism...", p. 85.
- (210) S. C. Humphreys Anthropology and the Greek, Londres, 1978, p. 55-56.
- (211) Herodoto, VII, 165-7. Mediante estas alianzas se posibilitaba la actividad de los comerciantes púnicos que residían en ciudades griegas como Agrigento y Siracusa (Diodoro, XIII, 81 y 84, 3, XIV, 46, 1-2).
- (212) Herodoto, VII, 158 (Gelón) Diodoro, XIV, 44, 3-7. (Dionisio).
- (213) C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 84.
- (214) Polibio, III, 24, cfr: supra p. 222 ss.

- (215) Aristóteles, Política 1290 a 36, cfr: J. Neugebauer, "The inscriptions of Pyrgi", J.R.S. LV1, 1966, p. 1-5
- (216) Cfr: Infra p. 391 ss.
- (217) Polibio. III, 24; C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism..." p. 88-89. Las fortalezas construidas sobre el litoral africano dan fe del control que se ejercía sobre el acceso a las costas, cfr: S. Moscati, Tra Cartagine y Roma, Milano, 1971, p. 26-33.

CAPITULO IV.

LA EXPANSION CARTAGINESA POR AFRICA.

"Hanón transformó a los cartagineses, de Sirios que eran en Libia, gracias a él habitaron la Lybia, adquirieron muchas riquezas y numerosos mercados"

(Dion Crisóstomo, Discursos, XXV)

Quizá pueda resultar en una primera impresión sorprendente el hecho de que en un trabajo dedicado fundamentalmente a la colonización fenicio-púnica en la Península Ibérica se incluya un capítulo dedicado a la expansión cartaginesa por África. No obstante, como comprobaremos a lo largo del mismo, tal acontecimiento histórico habría de tener importantes repercusiones en la presencia mediterránea de Cartago.

# 1. LA CONQUISTA DEL TERRITORIO AFRICANO.

Por una paradoja de la Historia Cartago, se encontró ante las mismas limitaciones territoriales que antes habían hecho que las antiguas ciudades de Fenicia encontraran en el mar su vía natural de desarrollo y expansión. Ningún condicionamiento geográfico era el responsable de esto y sí un factor humano que se identifica con las vecinas poblaciones indígenas. La propia leyenda de su fundación, transmitida por Justino, pone de manifiesto la precariedad territorial a la que hubo de hacer frente Elisa (1). También por las fuentes sabemos que los cartagineses continuaron pagando un impuesto por las tierras que ocupaban a los nativos libios, práctica que continuó hasta bien entrado el siglo V a. J.C. (2).



a. Los precedentes.

El desarrollo demográfico de Cartago, cuyas causas han sido estudiadas en el capítulo segundo, habría de constituirse en el principal factor que desde muy pronto impulsaría a los cartagineses en un intento de expansión por las vecinas tierras del primitivo y reducido núcleo urbano. Las necesidades de los nuevos colonos que habían escapado de la amenaza asiria se limitaban a reproducir sus condiciones pre-existent de vida. Esto significaba, naturalmente, una mayor demanda de tierra y la consecuencia habría de ser la alteración de las pacíficas relaciones con los indígenas (3).

Desde el asentamiento inicial en la playa (Salam-bó) y el primitivo núcleo urbano en torno a la acrópolis de Byrsa (Colina de St Louis), ocupado en un momento posterior (4), la expansión por los territorios vecinos (Megara) había comenzado pronto. El momento exacto de la ocupación de esta zona nos es desconocido pero existen algunos datos que parecen sugerir una fecha muy temprana.

El primero de ellos son las propias características del lugar. Según el testimonio de nuestras fuentes, Cartago se encontraba rodeada de agua por todas partes, salvo del lado del istmo que unía esta especie de península al continente (5). La existencia de este territorio, fácilmente defendible de ataque procedentes del interior, nos lleva a pensar que fue una consideración de peso para la elección del lugar por Elisa y sus compañeros (6). Hacia finales del siglo VI a. J.C., Hecateo menciona la "hueva ciudad" de Cartago en oposición a la antigua Byrsa, lo que parece indicar que por estas fechas el crecimiento urbano había rebasado ya el recinto de la primitiva ciudad extendiéndose por las vecinas tierras de Megara (7). Por noticias tardías, así como por un hallazgo

arqueológico producido a raíz de las observaciones aéreas del general Duval, sabemos que esta región, con una superficie aproximada de unos sesenta y cuatro kilómetros cuadrados, fue incorporada al sistema defensivo de Cartago mediante una línea de fortificaciones, cuyo perímetro de treinta y cuatro kilómetros rodeaba el contorno de la península y cerraba el itg mo al continente (8). De esta manera los cartagineses demostraban claramente que consideraban estos territorios como de su propiedad. Algunas indicaciones contenidas en las fuentes literarias permiten suponer que la construcción de esta muralla es anterior al siglo IV a. J. C., aunque recientemente se la considera mucho más temprana (9).

Las, en un principio, cordiales relaciones con los autóctonos se habían convertido en francamente malas por lo menos para el siglo VI a. J. C., según se desprende de un pasaje de Justino (10), y la ocupación progresiva de las tierras vecinas al primitivo asentamiento debió ser el principal factor desencadenante, sobre todo si tenemos en cuenta que esta ocupación no debió siempre efectuarse por procedimientos muy escrupulosos (11).

Un término ante quem para la ocupación territorial de Megara por parte de los cartagineses podría situarse, por consiguiente, a mediados del siglo VII a. J. C., esto es: en el momento en que la Arqueología advierte en el primitivo asentamiento un incremento súbito de la población (12). El término post quem es más difícil de precisar, pero si consideramos que el enfrentamiento con los autóctonos libios es un hecho materializado ya, según nuestra información, en el siglo VI. a. J. C., fecha en que los textos griegos nos hablan del desarrollo urbano de la vieja Byrsa, y que a partir del siglo V a. J. C., comienza la expansión en profundidad por el territorio africano, podemos situarlo aproximadamente entre estas dos fechas.

b. Las conquistas de Hanón.

Los datos de que disponemos para trazar un cuadro de la expansión territorial cartaginesa por Africa son ciertamente escasos pero, no obstante, suficientes como para poder formarnos una idea acerca de una de las empresas de mayor envergadura acometida por los cartagineses a lo largo de su historia.

Las tentativas de expansión territorial, atestiguadas por los conflictos con los indígenas libios durante el siglo VI a. J. C., no debieron revertir gran alcance y consecuencias ya que casi hasta mediados del siglo V a. J. C., los cartagineses continuaban pagando un tributo por las tierras que ocupaban a los autóctonos africanos. Es a partir de entonces que se enprende con éxito la expansión territorial: "la guerra fue llevada contra los Maures, se combatió también a los Numidas, y los africanos fueron obligados a renunciar al tributo que percibían por la fundación de Cartago" (13).

Aparte de esta escueta noticia que nos ha transmitido Justino, poseemos un texto de Dión Crisóstomo según el cual un tal Hanón había transformado a los cartagineses de tirios que eran en libios, proporcionandoles con la conquista de las tierras africanas numerosas riquezas y nuevos mercados (14). Este Hanón, al que se ha considerado hijo de Amílcar, el general derrotado el 480 a. J. C. en Himera, y que pertenecería por tanto a la dinastía de los Magónidas, es identificado también, aunque esto es bastante más hipotético, con el almirante del mismo nombre que llevó a cabo el periplo por el Atlántico Sur (15). Por simples razones de cronología creemos que tal identificación no es posible. Las exploraciones oceanicas de Hanón e Himilcón se desarrollaron con toda probabilidad en torno al 500 a. J. C., mientras que la expansión africana no parece haber comenzado hasta mediados del siglo V a. J. C. (16).

De todas maneras, es preciso admitir que este personaje representa la culminación de una ambición contenida desde tiempo atrás en la aristocracia cartaginesa, ya que los primeros intentos por desbordar el territorio de Menara pueden situarse de una manera razonable durante el siglo VI a. J. C. (17).

La aristocracia de Cartago, formada de modo natural por los descendientes de los primeros colonos, y que había encontrado hasta entonces el principal fundamento de su poder político en la expansión ultramarina que hemos analizado en capítulos anteriores, realizaba de esta manera, y dirigida por Hanón, uno de sus más acariciados propósitos. Las grandes familias comerciantes que habían impulsado la presencia de Cartago en ultramar se convirtieron a partir de las conquistas africanas en grandes propietarias terratenientes, con lo que se introducían las nuevas bases que habrían de propiciar una transformación económica, y un cambio en las concepciones y estructuras políticas, así como en la superestructura ideológica, que habría de afectar incluso el nivel religioso.

#### c. La organización del territorio africano.

La expansión territorial acometida por Hanón durante el siglo V a. J. C., habría de proporcionar a Cartago el dominio sobre una amplia región que se extendía por el Cabo Bon y casi todo el territorio del actual Túnez, con una superficie de unos dieciocho mil kilómetros cuadrados, que englobaba los fértiles campos del Tell Inferior y del Bajo y Medio Medjerda (18). En los tiempos de la invasión de Agatocles, esta región dominada por los cartagineses se extendía hasta Bizerta por el Oeste y hasta Hadrumeto y Thapsa por el Este (19)

"Por restringido que nos pueda parecer este territorio -señala G. Ch. Picard- enteramente limitado por una línea trazada desde

Bizerta hasta Sfax, no contenía menos que la mayor parte de las tierras rentables de Tunez. Su adquisición dotaba a Cartago de un dominio mucho más extenso que el que cualquier ciudad poseía en la cuenca del Mediterráneo" (20).

No es mucho, por desgracia, lo que sabemos acerca de la organización de este territorio y de la situación de los autóctonos con respecto al estado cartaginés. El mismo Picard ha llamado hace algún tiempo la atención sobre un texto de Polibio en el que se diferencian dos regiones distintas: en primer lugar aquella que comúnmente abastece a la ciudad y una segunda que mediante la aplicación de impuestos contribuía a los gastos extraordinarios de Cartago. La primera de ellas era sin duda la "chora" cartaginesa, en la que la tierra pertenecía a los púnicos y era explotada directamente por ellos. Esta se distinguía de los otros territorios en los que la tierra permanecía en manos de los autóctonos, quienes debían contribuir con una serie de diezmos con que se gravaban sus cosechas (21).

Si bien es cierto que la situación documentada por Polibio corresponde ya al siglo III a. J.C., concretamente al momento de la revuelta de los mercenarios tras la Primera Guerra Púnica, parece probable que los cartagineses hayan actuado de esta forma desde un primer momento, reservándose la propiedad y la explotación directa de las tierras más cercanas a su ciudad. Al menos, esta situación se encuentra ya documentada en el Cabo Bon para fines del siglo IV a. J.C., en que se produce la invasión de Agatocles (22).

También debemos a G. Ch. Picard el haber disipado un poco las tinieblas que se cernían sobre la organización de los territorios africanos conquistados por Cartago. Este autor ha mostrado cómo los cartagineses habían procedido a organizar racionalmente el territorio conquistado en Africa entre

los siglos V y III a. J.C., dividiéndolos en una serie de distritos administrativos -RSI (los pagi latinos)- que correspondían en general a las regiones naturales (23). Dentro de ellos los núcleos urbanos gozaban de una cierta autonomía y la administración era encargada a grandes funcionarios, procedentes de la aristocracia púnica, equivalentes a los pretores romanos que se encontraban asistidos por funcionarios de menor rango, salidos de las clases medias urbanas (24).

De todas estas circunscripciones administrativas, - cuya organización era un hecho por lo menos para el siglo III a. J.C., solamente el Cabo Bon, junto con el Bajo Medjerda - constituían propiamente la "chora" de Cartago, habitada por - los púnicos que levantaron allí sus haciendas rurales y fincas de recreo. La mayor y mejor parte de estas tierras pertenecía a las grandes familias cartaginesas, mientras que las - peores fueron ocupadas por los pequeños agricultores púnicos. Los restantes distritos estaban habitados por los autóctonos africanos, quienes residían en aldeas rurales de pequeños tamaño, de las que nuestras fuentes literarias señalan la existencia de unas doscientas (Dionoro de Sicilia) a trescientas (Estrabón) (25). El número no parece muy exagerado si consideramos su carácter de aldeas más que de auténticas ciudades, - aunque también existieron aglomeraciones más grandes, verdaderas ciudades en el sentido más pleno de esta palabra, como - fué el caso de Vaga y Mactar, entre otras. Todos estos centros gozaban, como hemos dicho, de una cierta autonomía municipal y los más importantes fueron sedes de gobernadores provinciales enviados por Cartago, subordinados éstos a la autoridad de un gobernador general (26).

Desconocemos bastante todo lo que se refiere a la situación jurídica de los autóctonos africanos que habitaban los territorios conquistados y administrados por Cartago, y no tenemos claro cuales eran sus obligaciones respecto al es

tado cartaginés. Sabemos por una parte que estaban sometidos a la prestación de un tributo anual en especies, probablemente - un diezmo de las cosechas y ha hacerse cargo de una parte de - los presupuestos militares y contribuciones de guerra de los - cartagineses. Esto último se conseguía por el sencillo método de aumentar los impuestos que gravaban la producción de las cosechas, los cuales en algunos momentos particularmente críticos llegaron a equivaler a la mitad de su producto (27).

Aunque poseemos algún testimonio que parece sugerir que autóctonos libios eran empleados como esclavos en los trabajos rurales de las propiedades cartaginesas, como las menciones a estos en los tratados de los agrónomos púnicos y como el propio caso de los veinte mil hombres que movilizó Hanon en su frustrado golpe de estado (28), existen toda una serie de datos que nos llevan a sospechar que por lo menos determinados - sectores de la población autóctona africana fueron asimilados a la cultura y a la sociedad cartaginesa en un grado que no podemos precisar, y que éstos adoptaron incluso características formas culturales.

Las primeras necrópolis de Cartago contienen ya cierto número de elementos funerarios bastante ajenos a las prácticas fenicias. Según P. Cintas, "se ha constatado, en efecto, - en algunas sepulturas muy antiguas de asiáticos, la aplicación de ritos funerarios locales...En otras también reposaban parejas formadas de un asiático y de una libia, o inversamente. De la misma manera se ha encontrado en algunas tumbas, al lado de la vajilla fenicia hecha a torno y pintada, ofrendas complementarias de cerámicas groseras, simplemente modeladas: éstas habían sido fabricadas por los autóctonos en la mejor tradición neolítica" (29). Todo esto viene a demostrar que las consideraciones étnicas y raciales no jugaron un papel de importancia en la primitiva sociedad cartaginesa. El propio relato transmitido por Justino sobre la fundación de Cartago, parece suge-

rir que los matrimonios mixtos eran empleados como forma de integración de los autóctonos en la comunidad cartaginesa (30)

Ciertamente se podría objetar que todos estos testimonios pertenecen a un momento muy antiguo; pero tampoco nos faltan para los siglos posteriores. En la recientemente excavada necrópolis de Arg El Chazuaní, en Cabo Bon, dos enterramientos de facies netamente púnica contienen sendos epitafios en los que los nombres de los allí enterrados son extraños a la onomástica púnica. "Nos encontramos en presencia de libios punicizados", ha señalado al respecto M. Fantar (31). Enterramientos claramente autóctonos, pertenecientes al período de la expansión cartaginesa, han sido localizados por los arqueólogos en Thapsa, Leptis Minor, Mahadía y El-Aliac( la antigua Acholla) que son similares a los enterramientos de Teboura, en Cabo Bon, los cuales muestran indicios de una mezcla étnica o al menos de gentes autóctonas que utilizan prácticas púnicas (32).

También los textos antiguos arrojan un poco de luz sobre este problema. Según Diodoro de Sicilia, los libiofénicios -autóctonos mas o menos aculturados- poseían los mismos derechos matrimoniales que los cartagineses. De la misma manera, sabemos por Salustio que en Leptis Magna los matrimonios con los autóctonos no eran considerados como una práctica extraña (33).

Todos estos testimonios que acabamos de exponer parecen indicar que la asimilación de determinados elementos de la comunidad autóctona africana, que implicaba una cierta equiparación con la capacidad jurídica de los ciudadanos cartagineses, fue un hecho en la sociedad púnica. Esta asimilación debió de dirigirse preferentemente hacia aquellos individuos más aculturados, probablemente miembros de los estratos superiores de la sociedad indígena.



## 2. EL IMPERIO TERRITORIAL Y SUS CONSECUENCIAS PARA CARTAGO.

La expansión territorial que convirtió a Cartago en una potencia agrícola que venía a añadirse a su ya antiguo poderío marítimo y comercial, habría de significar la aparición de una serie de transformaciones que terminaron por afectar en todos los niveles a la civilización cartaginesa, y a su propia presencia en los territorios de ultramar, así como a los elementos en que esta última se fundamentaba.

### a. La explotación agrícola y la nueva situación económica.

La puesta en producción de los territorios conquistados durante el siglo V a. J. C., debió de ser sin duda alguna una tarea lenta y progresiva, por lo menos hasta alcanzar cotas realmente significativas para la economía cartaginesa. Desconocemos el desarrollo de ese proceso, pero, no obstante, podemos realizar algunas suposiciones.

En primer lugar, una ciudad como Cartago, que había tenido hasta entonces problemas de abastecimiento en cereales debido a la reducida extensión de los territorios que controlaba, no disponía evidentemente de grandes potenciales humanos que poder destinar a la colonización de las regiones ahora conquistadas. Ante esto, cabían dos soluciones: importar el potencial humano necesario o utilizar la fuerza de trabajo de los autóctonos, canalizando la producción mediante una organización territorial y administrativa adecuada. Las dos soluciones fueron empleadas paralelamente por los cartagineses: de tal modo, mano de obra esclava, obtenida entre los numerosos prisioneros de guerra y del comercio de esclavos que las fuentes dicen que los cartagineses practicaban en las Baleares y con pueblos del continente africano, fue empleada en los trabajos agrícolas (34). Junto a estos también trabajaban en los campos hombres libres, en un régimen similar, se

gún S. Gaell, al de los aparceros o colonos. Además de las obras de los agrónomos cartagineses Magón y Amilcar reconocidas por los especialistas romanos, se poseen testimonios sobre la forma de propiedad y producción que en ocasiones han permitido ver en Cartago un precedente del colonato (35).

Pero muchos de los territorios que habían pasado bajo la dominación cartaginesa permanecieron en manos de los autóctonos, quienes los explotaban directamente, aun cuando con mucha probabilidad serían considerados como propiedad del estado cartaginés. En estas tierras, preferentemente dedicadas al cultivo de cereales frente a la arboricultura en que se empleaba la "chora" de Cartago, los libios debían de satisfacer un impuesto que gravaba parte de la producción de sus cosechas (36). Sus condiciones de vida no debieron de ser particularmente buenas, sobre todo en aquellas ocasiones en que para hacer frente a los gastos exteriores el impuesto era sensiblemente aumentado. El malestar latente se manifestó en varias revueltas de africanos durante los siglos IV y III a. J. C., que llegaron a causar situaciones muy críticas, y de las que tenemos conocimiento por las fuentes literarias (37).

Es preciso considerar también, en segundo lugar, que por las propias circunstancias anteriores a este período de su historia Cartago no poseía una gran tradición agrícola, que tuvo que desarrollar ahora para proceder a la explotación de las tierras conquistadas. "Olivos, viñas, higueras, almendros, existían desde los tiempos más lejanos en estado silvestre en Africa del Norte, y de igual manera parecen haber sido indígenas. El papel esencial de los fenicios, hábiles en los cultivos frutales de su país de origen, fue introducir variedades de cultivos más rentables, haber adaptado mediante injertos las plantas silvestres existentes, y sobre todo, haber organizado sobre bases racionales la olicultura, que habría de mostrarse al igual que la viticultura como los dos re-

cursos más rentables de la tierras maghrebiana", ha señalado S. Tatli (38). De igual modo, los cartagineses introdujeron en los territorios africanos toda una serie de innovaciones técnicas. Las más características de ellas, o por lo menos las que mejor conocemos, fueron una especie de máquina cosechadora -Plostellum Punicum- mencionada por Varrón, la prensa de aceite y los almacenes y silos subterráneos en que era guardado el grano (39).

De todo lo hasta ahora expuesto se desprende que la puesta en producción de los nuevos territorios debió requerir algún tiempo, lapso al que hay que sumar el necesario para que los cultivos relacionados con la arboricultura proporcionaran una rentabilidad económica. Por Diodoro de Sicilia sabemos que a finales del siglo V a. J. C., el cultivo sistemático de árboles frutales no había sido introducido aún en estos territorios africanos (40).

Los signos de la nueva economía agrícola cartaginesa tardaron en ser detectados por nuestras fuentes literarias. Lo más lógico es pensar en una producción inicial que, si bastaba para satisfacer la demanda local, no producía todavía un excedente comercializable. Esto es lo que parece sugerir la presencia de una serie de ánforas destinadas a contener aceite y vino, cuyos ejemplares más antiguos se remontan al siglo V. a. J. C. Durante este mismo siglo Cartago importaba todavía aceite procedente de Sicilia (41). Por lo que se refiere a los cereales, aunque durante el siglo V. a. J. C. los cartagineses hicieron traer grano de Cerdeña y Africa para abastecer a los ejércitos que operaban en Sicilia en el 480 a. J. C., el procedente de esta última podría ser originario de la fértil región de los emporion que jalonaban el litoral de la Sirte, hacia la que se prohibía la navegación en el primer tratado firmado con Roma (42). Durante los conflictos de Sicilia en los últimos años del siglo V a. J. C., el

grano africano destinado al abastecimiento de los ejércitos cartagineses mencionado por nuestras fuentes, podía proceder ya de los territorios conquistados en Africa, como tal vez sugiera el hecho de que durante la revuelta de los autóctonos africanos en el 395 a. J.C., Cartago se vió obligada a recurrir a Cerdeña para abastecerse (43).

Sin que podamos precisar en que momento introdujeron los cartagineses el cultivo sistemático de árboles frutales, ni en que momento comenzó a disponer Cartago de un excedente de grano comercializable, sabemos que el cultivo organizado de la arboricultura era ya un hecho en Cabo Bon para el 310 a. J. C., en tiempos de la expedición de Agatocles, y que en el 306 a. J. C., Cartago comercializaba ya hacia el mercado exterior sus excedentes de cereales (44).

Cartago desarrolló, pues, a partir por lo menos del siglo IV a. J. C., una explotación agrícola de los territorios africanos que dominaba, racionalmente organizada y científicamente orientada, de cuyos productos dan fe la fama de que gozaron entre los antiguos, y cuya capacidad técnica, claramente manifiesta en los tratados de agricultura de Amílcar y Magón, es alabada por los especialistas latinos como Varrón y Columela (45).

#### b. Los nuevos valores religiosos.

La creación de una nueva base económica en la explotación agrícola, consecuencia de la expansión territorial africana, supuso una transformación de los modos de producción que tuvo su natural reflejo en la superestructura ideológica de la sociedad cartaginesa: "El espacio púnico era una serie de feudos aislados, separados por extensiones marinas que no ofrecían ninguna estabilidad y que no se dejaban cercar por ninguna frontera", ha escrito J. P. Brissan (46). La trans-

formación de este espacio tradicional cartagines con la adquisición de amplios territorios interiores cuyas fronteras era preciso delimitar y con unos nuevos recursos susceptibles de ser explotados, además de transformar las estructuras productivas, influyó de una manera determinante en las propias concepciones de los cartagineses en torno a la realidad aparente y sus vinculaciones con el universo espiritual.

Carentes de información literaria precisa, y provistos de una documentación arqueológica que en este caso debe ser utilizada muy cautelosamente, es sobre el plano religioso, dentro del espectro ideológico de la sociedad cartaginesa, que podemos advertir estas transformaciones, sin que nos sea posible siempre profundizar en su verdadero contenido y esencia.

Dentro del complejo mundo religioso púnico, tan poco y superficialmente conocido hasta el momento, podemos apreciar en el caso de Cartago algunos hechos nuevos que se sitúan en un momento inmediatamente posterior a la expansión africana del siglo V a. J. C. Así, por ejemplo, la supremacía absoluta de Baal-Hammón, divinidad nacional de Cartago, documentada en las primeras inscripciones ex-voto del tofet, comienza a ser desplazada desde finales del siglo V y comienzos del IV a. J. C., por la aparición conjunta en las ofrendas de la diosa Tanit, divinidad de oscuro origen fenicio(47), desconocida hasta entonces en el panteón religioso de Cartago (48).

A partir de este momento, la importancia que esta nueva divinidad va adquiriendo es cada vez mayor, apareciendo incluso frecuentemente sola en los ex-voto (49). Una reciente inscripción fechada en el siglo VII a. J. C. y procedente de Sarepta, ha venido a mostrar que Tanit era ya conocida en el panteón fenicio oriental, en donde se encontraba estrechamente relacionada con el culto a Astarté, poniendo fin de esta manera a la larga discusión sobre los orígenes orientales,

cartagineses o africanos de esta divinidad(50).

Lo que parece quedar fuera de toda duda es el carácter agrícola de esta diosa, unido a una importante función es catológica. lo que sin duda viene a constituir un reflejo en el universo religioso de la nueva situación socio-económica (51).

En los primeros años del siglo IV a. J. C., se introduce en Cartago, por primera vez en su historia, el culto oficial a dos divinidades griegas, Demeter y Core, según sabemos por una noticia de Diodoro de Sicilia (52). El historiador, seguido de muchos autores modernos, explica este singular acontecimiento por el deseo de los púnicos de desagraviar a estas divinidades helénicas, cuyos templos en Sicilia fueron profanados por los ejércitos cartagineses al mando de Himilcon durante el sitio de Siracusa en el 396 a. J. C., lo que le atrajo la cólera divina y el desastre en el campo de batalla (53). Pero ¿se trata de una simple casualidad el que éstas dos divinidades griegas poseyeran unos caracteres manifiestamente agrícolas, o se trata de un signo evidente de otro reflejo de la nueva situación socio-económica en el universo religioso de Cartago?. Nosotros, como C. R. Whittaker, nos inclinamos por la segunda solución (54). La sucesión de desastres y epidemias que asolaron a los ejércitos cartagineses en Sicilia es francamente sospechosa y siempre sucede en momentos muy favorables para su victoria. Quizá esto responda a un intento por parte de las fuentes, todas ellas tardías, de explicar la retirada de los púnicos, en los que se entendía un afán de dominio sobre toda la isla, en ocasiones tan propicias para estos propósitos, contentándose con acuerdos diplomáticos que, como hemos visto en otro lugar de este trabajo, garantizaban el equilibrio político y la pervivencia de sus intereses económicos. Por lo demás, no fue en el 396 a. J. C., la primera vez que los ejércitos cartagineses profanaban santuarios griegos de Sicilia (55).

Existe todavía otro dato, cuya significación se nos escapa por completo, que quizá pueda estar relacionado con todas estas transformaciones en el universo religioso, consecuencia de la transformación socio-económica. En esta ocasión se trata del mundo de ultratumba (56). Justo en el mismo momento en que se aprecia la aparición de Tanit y la introducción de los cultos de Demeter y Core, se produce un cambio radical y generalizado en la orientación de los enterramientos en las necrópolis cartaginesas. Las tumbas, que en su inmensa mayoría presentaban hasta ahora una clara orientación hacia el Este o el Sureste, se orientan a partir de finales del siglo V y comienzos del IV a. J. C., en dirección N.E., con las lógicas excepciones determinadas por las características del terreno (57). ¿Que podemos pensar acerca de este cambio en la orientación de las necrópolis púnicas? ¿Se trata de un simple azar que este se produzca en una fecha en que se registran una serie de transformaciones religiosas como consecuencia de la propia transformación de Cartago en un potencia agrícola? Debemos reconocer que en este sentido ignoramos la respuesta.

Habría que añadir por último, la generalización de los enterramientos de incineración en las necrópolis púnicas a partir de mediados del siglo IV a. J. C., y el hecho de que durante este siglo el examen de las cenizas depositadas en las urnas del tofet, muestra que en Cartago la práctica religiosa del sacrificio ritual de los recién nacidos está siendo reemplazada por sacrificios de sustitución en los que generalmente se ofrendan pequeños animales (58). La idea de que esta evolución de los sacrificios molk obedece en Cartago a una progresiva helenización de la religión es poco convincente, ya que en nuestra opinión, la helenización de la religión cartaginesa no se ha producido nunca en profundidad, como en el próximo capítulo analizaremos (59)

Estos dos datos son nuevos testimonios de las trans

formaciones que durante este período están afectando al universo religioso de la sociedad cartaginesa y que tal vez estén en una hipotética relación con todo lo expuesto más arriba. A título de mera hipótesis nos atrevemos a sugerir que la adopción progresiva de los sacrificios de sustitución pueda estar relacionada con la necesidad de contar con un primogénito en quien delegar la herencia del patrimonio territorial familiar. La práctica del sacrificio molk estaba particularmente extendida entre la aristocracia cartaginesa, y en este sentido es importante señalar la especial importancia de la primogenitura en el mundo semita (60).

c. Las transformaciones políticas y el nuevo imperialismo de Cartago.

La creación del imperio territorial implicó la aparición de una limitada clase de propietarios terratenientes - cuyos dominios se extendían por la "chora" de Cabo Bon. En nuestra opinión esta clase se identifica con la antigua aristocracia comerciante cartaginesa que había fundamentado su control político y su prestigio de los beneficios económicos y políticos obtenidos de la expansión en ultramar (61).

Dejando a un lado la cuestión de si Hanon perteneció o no a la hipotética dinastía Maqónida, lo que sí parece probable es que fuera un miembro de la antigua aristocracia - de Cartago y que otros elementos de este mismo sector social se beneficiaran de las conquistas por él emprendidas. Según Aristóteles, la riqueza era más importante que la dignidad de nacimiento para desempeñar funciones políticas en Cartago, lo que nos muestra hasta qué punto la clase dirigente seguía apegada a los factores tradicionales que había posibilitado su control político (62).

Ciertamente las fuentes literarias nos proporcio-



nan algunas noticias acerca de conflictos surgidos en el seno de esta clase dirigente cartaginesa. Uno de ellos fué el protagonizado por un tal Suniatus (Eshmuniaton) que fué acusado de traición en la guerra del 368 a. J.C. contra Dionisio I de Siracusa. El otro tuvo como protagonista al propio Hanon el Grande, que intentó un golpe de Estado. Un tal Bomilcar intentó también hacerse con el poder a finales de este siglo, y tenemos noticias del exilio de Giscon, hijo de Hanon el Grande, y de su retorno después de Cremiso en el 338 a. J.C. (63). Como señala C. R. Whittaker "esto no significa la existencia de un enfrentamiento entre partidos pro y anti-imperialistas, ni incluso entre intereses africanos y siciliotas, aunque ambas de estas causas han sido a veces sugeridas. Las querellas políticas entonces como siempre, fueron más el producto de rivalidades personales e intrigas familiares que de políticas fundamentalmente opuestas" (64).

No hay duda de que el sistema político presentado por Aristóteles en su examen de la Constitución de Cartago, corresponde al de un régimen de claros caracteres oligárquicos. Su aparición ha sido atribuida unas veces a una revolución destinada a terminar con el poder personal de una de las familias más poderosas, y otras a una transformación progresiva con el fin de establecer el poder conjunto de la aristocracia (65). La segunda de estas soluciones es la que nos parece más razonable, si bien mantenemos nuestro desacuerdo en torno al hecho de que el establecimiento del sistema oligárquico en Cartago haya sido obra de una nueva aristocracia terrateniente, enfrentada a la antigua aristocracia comercial. Por el contrario observamos que tanto Giscon como su padre Hanon el Grande poseían buenos amigos en Sicilia, algunos de los cuales como Hiketas de Leontini llegaron a ser comunes, y aunque el segundo parece haberse distinguido por su política africana también intervino activamente para defender los

intereses cartagineses frente a Dionisio I de Siracusa (66).

El sistema político cartaginés se fué transformando en una oligarquía a medida que su clase dirigente iba adquiriendo cada vez mayores intereses en la explotación de los territorios africanos conquistados, lo que nos le impidió desarrollar su política mediterránea que alcanzó su punto culminante precisamente durante el siglo IV a. J.C. (67). política que no fué nunca abandonada sino por la fuerza de circunstancias externas.

Durante todo el tiempo en que la aristocracia de Cartago fundamentaba su autoridad y prestigio de una manera principal en el comercio en ultramar, la política exterior pesaba de una manera determinante sobre la situación interna del Estado. Determinados miembros de aquella podían asegurar su intereses personales sobre los del resto, ya que mediante un juego de alianzas y tratados con las familias poderosas que regían los destinos de otros estados mediterráneos, controlaban los resortes fundamentales de las relaciones externas de Cartago. Mediante estos, aseguraban el abastecimiento de una serie de artículos y productos —metales y grano, especialmente escasos en esta época, así como diversas manufacturas destinadas a una pequeña clase económicamente potente— que garantizaban el control político sobre la sociedad cartaginesa.

Su influencia en el seno del estado cartaginés debió ser muy grande, llegando incluso a convertirse sus funciones en hereditarias en la práctica, aunque prevaleciera un procedimiento jurídico electivo. Tal fué el caso de la familia a la que pertenecieron los diversos generales que combatieron en Sicilia desde el 480 hasta el 396 a. J.C. (68). Y esto es lo mismo que sugiere un texto de Justino en el que se dice que esta potente familia de generales hacía temer por la libertad del estado ya que hacían y disponían todo por ellos mismos (69).

La posterior formación del imperio territorial significó una repartición más homogénea de las riquezas, que ahora se concebía también en la posesión de la tierra, y por tanto unas aspiraciones a una mayor participación política en los asuntos del Estado. Todo poder de tipo personal tendía por tanto a ser eliminado en favor del establecimiento del poder colectivo de la oligarquía, sin que esto significase renunciar a las antiguas fuentes de beneficios económicos y políticos. Surgió de esta manera El Tribunal Constitucional de los Ciento Cuatro, institución mediante la cual la oligarquía defendía sus intereses de clase política y económica contra las ambiciones demasiado personalistas de determinados aristócratas (70).

La formación del imperio territorial significó del mismo modo una transformación de la política exterior de Cartago en cuanto a su concepción de las relaciones con los otros estados mediterráneos, con sus aliados, y significó igualmente un cambio en su actitud respecto a las relaciones comerciales externas. El sometimiento de la población autóctona de Africa hacía particularmente peligrosa la aparición indiscriminada de elementos externos que podía actuar como un revulsivo propiciando las sublevaciones y revueltas entre los indígenas, como habría de demostrarse más tarde durante la expedición de Agatocles (71). Es por esta razón que en el segundo tratado firmado con Roma quedaba prohibida todo tipo de presencia en los territorios africanos sometidos a la autoridad de Cartago (72). Lo mismo quedaba especificado con respecto a Cerdeña, a lo que hay que tener en cuenta que ésta actuaba como granero de emergencia de Cartago durante las situaciones conflictivas en los territorios de Africa (73). De esta manera, se sacrificaba el acceso a los puertos de comercio de estos dos lugares, y los beneficios obtenidos de ellos, ante la necesidad de garantizar la dominación cartaginesa en Africa,

al tiempo que la Sicilia púnica y la propia Cartago continuaban como áreas libres de comercio, estableciéndose en ellas las oportunas facilidades, y a la vez que se desarrollaba el tráfico de la plata con el Sureste de la Península Ibérica(74) Es una prueba más de la mezcla de intereses de la oligarquía púnica, que se manifiesta por otra parte en la construcción de los dos grandes puertos de Cartago, los cuales han sido fechados por las últimas y recientes excavaciones durante el siglo V a. J.C., el mismo momento en que se acomete la expansión territorial por las tierras africanas (75).

Con el paso del tiempo esta transformación de las condiciones políticas internas y de la concepción de las relaciones externas habría de afectar los propios caracteres de la presencia cartaginesa en ultramar. De igual modo que la expansión territorial había producido un cambio en las condiciones productivas de Cartago, cambio que tuvo su reflejo en la estructura política y en la superestructura ideológica, el imperialismo "directo" practicado en los territorios africanos influyó en el imperialismo "indirecto" puesto en práctica por Cartago en el Mediterráneo (76). Y esto se produjo mediante una transposición de las relaciones de sometimiento características de las poblaciones africanas respecto a Cartago en los elementos de control indirecto que caracterizaban las relaciones de dependencia de sus aliados. Tal transposición había de entrañar como consecuencia la progresiva puesta en práctica de una mayor presión hacia aquellos, esto es, un lento cambio desde las simples relaciones de dependencia hacia las de sometimiento. Este cambio de actitud en la política externa tuvo su reflejo en las iniciales desertiones producidas en Sicilia durante la Primera Guerra Púnica así como en aquellas otras de Utica y Bizerta con ocasión de la guerra de los mercenarios tras el primer conflicto con Roma. (77) De la misma forma puede interpretarse la de-

fección final de Gadir ocurrida ya en tiempos de la Segunda Guerra Púnica. No pretendemos con ello afirmar que de las antiguas relaciones de dependencia que caracterizaban los lazos entre los aliados y Cartago se hubiera pasado a otras de sometimiento, esto es que su papel de aliados se hubiese trocado en el de súbditos. En el caso de Gadir, que siguió gozando de considerable autonomía durante el período barquida, la mayor presión ejercida por Cartago debió ser posterior, por lo menos, a mediados del siglo IV a. J. C., ya que en el segundo tratado firmado con Roma de la misma manera que se mencionan a Tiro y Utica la vieja colonia fenicia occidental se encuentra ausente, lo que indica unas relaciones menores de dependencia hacia Cartago (78).

Parece evidente que esta presión actuaba en mayor medida en los momentos críticos para los cartagineses con la exigencia de una ayuda incondicional por parte de sus aliados lo que llegó a motivar en un momento dado las defecciones antes aludidas. Se trataba, por supuesto, de una transformación lenta y progresiva de las relaciones externas de la gran ciudad púnica que alcanza su expresión culminante en el tratado firmado entre Anibal y Filipo V de Macedonia en el que se mencionan a aquellos sometidos a la autoridad de Cartago (79). Un índice de la presión ejercida por los cartagineses hacia sus aliados nos lo proporciona Aristoteles cuando nos informa que los cartagineses se liberaban de problemas internos enviando periódicamente su exceso de población hacia las otras colonias semitas occidentales, lo que evidentemente indica que obraba desde ciertas posiciones de fuerza para poder realizarlo (80).

## NOTAS AL CAPITULO IV.

- (1) Justino, XVIII, 5, 9.
- (2) Justino, XIX, 11, 4.
- (3) Cfr: C. R. Whittaker, "The Western Phoenicians: Colonisation and - Assimilation", P. C. Ph. 3.
- (4) S. Tatli: La Carthage punique. Etude urbaine, París, 1972, p. 84.
- (5) Polibio, I, 2, 73; Strabon XVIII, 3, 14, Apiano, Libyca, 120, Orosio, IV, 22, 5.
- (6) Polibio, I, 2, 75.
- (7) Decateo, Fragm. 313, y 315, en F.G.H. (Ed. Jacoby), p. 41.
- (8) La superficie de Hegara en Tito Livio (I, 1) y Orosio (IV, 22, 5), - Cfr: S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 3. Para los trabajos arqueológicos en la muralla que cerraba este territorio, cfr: D. L. Cartón, --- "Documents pour servir a l'étude des Byrsa et de l'enceinte punique de Carthage" Revue Tunisienne, 87-96, 1913, p. 1-136, G. Duval: "Mise au jour de l'enceinte de la Carthage punique", CRAI, 1950, - p. 53-59.
- (9) Diodoro, XIX, 106, 4; Justino, XXII, 6, 9, cfr: C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 67.
- (10) Justino, XVIII, 7, 2, XIX, 7, 1, 3-6.
- (11) Tito Livio, XXXIV, 62.
- (12) Cfr: Supra p. 112ss.
- (13) Justino, XIX, 11, 4.
- (14) Dion Crisóstomo, Discursos XXV, 7.
- (15) G. Ch. y C. Picard, Vie et mort de Carthage, París, 1970, p. 89 y 93. F. Decret. Carthage ou l'empire de la mer, París, 1977, p. 86-87.
- (16) Cfr: Supra p. 226
- (17) Sabemos por Justino (XVIII, 7, 4-6), que para esta fecha Byrsa se encontraba ya fortificada, lo que indica que las relaciones con - los autóctonos no eran muy buenas. También tenemos noticias de -- " las campañas africanas de Balco (Justino, XVIII, 7, 2).
- (18) S. Tatli, La Carthage... p. 117.
- (19) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth centuries". Imperialism in the Ancient World. P. D. A. Garnsey -- C. R. Whittaker), Cambridge, 1978, p. 89.

- (20) G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 91.
- (21) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal, París, 1958, p. 83-84, (Polibio, I, 71, 1).
- (22) Diodoro, XX, 8, 2-4.
- (23) G. Ch. y C. Picard, "L'administration territoriale de Carthage", Mélanges Andre Piganiol III, 1966, p. 1257-1265.
- (24) G. Ch. Picard: "L'administration...". p. 1265.
- (25) Estrabón, XVII, 3, 15; Diodoro, XX, 17, 6. Sobre las posesiones de los cartagineses en Cabo Bon, cfr: Diodoro, XX, 8, 2-4, G. Ch. y C. Picard. La vie quotidienne... p. 84-85. A. García Moreno, "La explotación del agro africano por Cartago y la Guerra Púnica. M.H.A., II, 1978, p. 74.
- (26) S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 105, C. Ch. Picard. L'administration... p. 1265. S. Tatli: La Carthage punique... p. 117.
- (27) Polibio, I, 72, 2. G. Ch. y C. Picard. La vie quotidienne... p. 84 y 123. A. García Moreno: "La explotación..." p. 75-76.
- (28) Justino, XXI, 4, 6, cfr: C. R. Whittaker: "Cartaginian Imperialism..." p. 89.
- (29) P. Cintas, "Les Carthaginois dans leur cité". Archeologie Vivante, 1, 2, 1968, p. 57.
- (30) Justino, XVIII, 6, 1. C. R. Whittaker: "The western phoenicians...", p. 70.
- (31) M. H. Fantar, "Presence punique au Cap. Bon", Kokalos XVIII-XIX, - 1972-1973, p. 269.
- (32) C. H. Epinat- D. Novac: "Notes sur les necropoles puniques de Thassus". B.A.C., 1900, p. 57. D. Anziani, "Necropoles puniques du Sahel Tunisien", M.F.R.A. XXXII, 1912, p. 258.
- (33) Diodoro, XX, 55, 4. Salustio, Guerra de Yugurta, 78, 4.
- (34) Diodoro XX, 69, 2; Apiano, Libyca, 15, Dion Casio, 56, 71, Zonaras, VIII, 12, IX, 12, Cfr: S. Gsell. H.A.A.N., II, p. 300, E. Matilla, "Surgimiento y desarrollo de la esclavitud cartaginesa y su continuación en época romana", Hispania Antiqua, VII, 1977, p. 101.
- (35) S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 300-303, E. Matilla: "Surgimiento..." p. 102, A. García Moreno, "La explotación..." p. 76, quien piensa que para el siglo III a. J.C. se presentaba una situación jurídica confusa similar a la de los λαοί de la γή βασιλική de varios reinos del Oriente Helenístico contemporáneo.

- (36) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 84-85, Sobre la productividad de los territorios cartagineses, cfr: S. Talli, La Carthage punique... p. 121-131.
- (37) Diodoro, XIV, 77, 6; Polibio, I, 71.
- (38) S. Talli, La Carthage punique... p. 125.
- (39) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 89. Varrón, I, 77, 4, S. Talli, La Carthage punique, p. 128-129, S. Hoscali: The world of the phoenicians, London, 1973, p. 220.
- (40) Diodoro, XIII, 81, 4, 5.
- (41) Diodoro, XIII, 81, 4, 5; G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 92.
- (42) Diodoro, XI, 20, 4; Polibio III, 22, cfr: supra p. 101.
- (43) Diodoro, XIV, 63, 4, XIV, 77, 6.
- (44) Diodoro, XX, 8, 4; 79, 5.
- (45) J. Heurgon: "L'agronome carthaginois Bagon et ses traducteurs en latin et en grec", C.R.A.J. 1977, p. 441-456.
- (46) J. P. Brisson, Carthage au Rome, Paris, 1973, p. 26.
- (47) Sobre los ex-voto de Carthago, cfr: C. Picard, "Les representations de sacrifices molks sur les ex-voto de Carthago", Karthago XVII, - 1973-1974, (1976), p. 67-183 y Karthago XVIII, 1975-1976, (1977), p. 5-116, M. Fantar y G. Ch. Picard: "Stèles puniques de Carthage" R.S.F. III, 1, 1975, p. 43-60. Acerca de la aparición de Tanit en las inscripciones, cfr: G. Fevrier, "Paralipomena Punica", Cahiers de Byrsa, VI, 1956, p. 17, G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. - 113, 128, 144-151 y especialmente 147-148.
- (48) G. Ch. Picard, Les religions de l'Afrique antique, Paris, 1954, p. 50.
- (49) J. B. Pritchard, Recovering Sarepta, a Phoenician City, Princetown, 1978, p. 104-108, S. Hoscali, "Tanit in Fenicia", R.S.F. VII, 2, - 1979, p. 143-144.
- (50) G. Fevrier, "Paralipomena...", p. 17, G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 147-148.
- (51) G. Ch. Picard, "Les religions..." p. 65, M. Fantar, "Introduction a - la découverte archeologique de Carthage", Archeologie Vivante, I, 2, 1968, p. 37-38, F. Decret, Carthage... p. 135.
- (52) Diodoro, XIV, 77, 5.
- (53) Diodoro, XIV, 70-76. Cfr: Supra n. 196 ss
- (54) C. R. Whitaker: "Carthaginian Imperialism...", p. 89.
- (55) Cfr: Supra p. 155; Diodoro, XIII, 86, 1-2, 90, XIV, 63, 3.



- (56) Sobre las creencias en una vida de ultratumba por parte de los púnicos, cfr: M. Fantar. Eschatologie phénicienne-punique, Tunis, - 1970, *passim*.
- (57) P. Cintas, Manuel d'archéologie II... p. 249-254.
- (58) D. Anziani, Les necropoles puniques de Carthage, París, 1915, p. - 30-40. P. Cintas, Manuel d'archéologie II... p. 386. G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 150. G. Ch. Picard. "Carthage aux temps de Hannibal", Studi Annibali, Cortona, 1964, p. 36. S. Tatli, La - Carthage punique... p. 198, F. Decret, Carthage... p. 143-145. -- La idea de que la adopción y generalización del rito de incineración entre los cartagineses responde a las influencias procedentes del mundo griego no nos parece sostenible. Aparte de que desde la época arcaica nunca desapareció del todo, se produce en un período en que detectamos otras transformaciones en el universo religioso púnico (y Tanit no parece responder a ninguna influencia helénica), a la vez que los contactos estrechos con los griegos datan de la época arcaica, cfr: V. Merante: "Sui rapporti greco-punici nel Mediterraneo Occidentale nel VI secolo a C", Kokalos, -- XVI, 1970, p. 98-138. Lo mismo puede decirse de los sacrificios de substitución, atestiguados epigráficamente desde el siglo VII, a. J.C., y que responden por tanto a una evolución interior, cfr: M. Szynger: "L'expansion phenico-punique dans la Mediterranee --- Occidentale (Problememes et methodes)". S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978, p. 47.
- (59) Cfr: *Infra* p. 319 ss.
- (60) Diodoro, XX, 14, 4.
- (61) No en vano se considera que Hanón que en el siglo V realizó la -- conquista de los territorios africanos, era un Magónida, cfr: G. - Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 89, 91 y 97. F. Decret, Carthage... p. 86.
- (62) Aristóteles, Política, 1272 b-1273a, cfr: Polibio, VI, 56, 4.
- (63) Justino XX, 5, 4; cfr: Diodoro, XV, 73 (Suniatas). Justino, XI, 4, - (Hanón el Grande), Diodoro, XX, 44, 1-6, Justino, XXII, 7, 8, 11, - (Bomilcar), Diodoro, 16, 81, 3, Plutarco, Timoleon, 30, 3 (Giscón).
- (64) C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...", p. 79.
- (65) L. Maurin piensa en una revolución (cfr: "Himilcon le Magónide. Crises et mutations a Carthage au debut du IV<sup>e</sup> s. a.J.C. Semítica -- XII, 1962, p. 36-40. Contra: G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 123-129.

- (66) Sobre la política africana de Hanón. cfr: Diodoro, XIV, 67, 1-2. Sobre su intervención en Sicilia. cfr: Diodoro, XIV, 67, 2, Justino, XX, 5, 4. cfr: G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 131-132. Hietas de Leontini en Plutarco, Timoleón, 30, 2.
- (67) Cfr: Supra p. 201ss. Precisamente a finales del siglo V que recién las excavaciones del equipo de la UNESCO han podido datar la construcción de los puertos de Cartago. cfr: H. Hurst, "Excavations a Carthage, 1974, First interim report", Antiquaries Journal, 59, 1975, p. 11-40.
- (68) cfr: Supra p. 229 ss.
- (69) Justino, XIX, 11, 5.
- (70) Justino, XIX, 2, 5, Aristóteles, Política, 1272 b.
- (71) Diodoro, XX, 17, 38.
- (72) Polibio, III, 24.
- (73) Diodoro, XIV, 77, 6. C. R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism", p. 89.
- (74) Polibio, III, 24, Cfr: Supra p. 246 ss.
- (75) Cfr: nota 69. Recientemente L. E. Stager, C.E.D.A.C. Carthage, 2, 1979, p. 31-32 y H. Hurst, ibid, 3, 1980, p. 38.
- (76) Sobre el imperialismo "indirecto cartaginés cfr: Supra p. 256 ss.
- (77) Polibio, I, 63.
- (78) Polibio, III, 22; Tito-Livio, XXVIII, 13, 10. Sobre la autonomía de Gadir en el periodo Bérquida cfr: Infra p.
- (79) Polibio, VII, 3, 9.
- (80) Aristóteles, Política, 1273b 19 cfr: C.R. Whittaker, "Carthaginian Imperialism...p 76

CAPITULO V.

CARTAGO Y EL MUNDO HELENISTICO.

"L' Occident peut crier à l'indigence artistique, à la stérilité créative, à l'impuissance esthétique: Il veut juger Carthage en fonction de Rome ou d'Athènes, et non de Tyr, de Jerusalem ou de La Mecque"

(S. Yatli. La Carthage punique. Paris. 1978. p. 138)

Las relaciones entre griegos y cartagineses fueron tempranas, amplias y generalmente cordiales, a excepción de los conflictos provocados por algunos aventureros y tiranos en Sicilia. El Mediterráneo Central representó para Cartago la principal área de contacto con la civilización helénica. Pero las relaciones tampoco fueron raras con los griegos orientales, particularmente con Atenas y Corinto, mientras que en Occidente se desarrollaron de forma manifiesta con Ampurias. Después de la muerte de Alejandro tuvo también su lugar en la Koiné helenística que se extendió por el Mediterráneo; finalmente ciertas influencias griegas habrían de penetrar en la cultura cartaginesa.

#### 1. INTRODUCCION: EL HELENISMO EN CARTAGO.

A partir del siglo V a. J. C., determinadas manifestaciones procedentes del mundo griego comienzan a ser detectadas en Cartago. Se trata, sobre todo, de documentos arqueológicos cuyo estudio puede proyectar alguna luz sobre la presen

cia de elementos culturales helénicos en la civilización oriental propia de los cartagineses. No obstante, y desde un punto de vista antropológico, conviene mostrarse precavidos ante la conclusión muchas veces esgrimida de una helenización de Cartago.

a. Influencias griegas en Cartago.

Por lo que respecta, en primer lugar, a la información literaria, esta es particularmente escasa, ya que se reduce a una noticia de Justino que nos hace sospechar la existencia de no pocos cartagineses que, por lo menos para el siglo IV a. J. C., conocían la lengua griega, y a un texto de Diodoro de Sicilia que nos informa acerca de la introducción oficial en Cartago del culto a Demeter y Core en los primeros años del mencionado siglo (1).

Pero son los documentos materiales y fundamentalmente los ajuares de las tumbas, junto con las estelas funerarias y votivas, los que nos permiten seguir el proceso de penetración de las influencias procedentes del mundo griego en la cultura material y espiritual de los cartagineses. En lo que se refiere a la cronología es el siglo V a. J. C., el que asiste al nacimiento de este proceso, como ha observado G. Garbini (2). Es a partir de ahora que las terracotas figuradas, las joyas, los motivos ornamentales, van perdiendo la rigidez hierática de las formas egipcizantes que habían prevalecido hasta este momento, terminando por desaparecer ante un aspecto más suave y más vivo, propio del arte helénico. De la misma manera en las últimas fases de ocupación de las necrópolis de Duimes y Demerch asistimos a la presencia de estatuas puramente griegas de la divinidad femenina, sustituyendo a las imágenes asiáticas precedentes de la misma diosa. Durante el siglo IV a. J. C., se van a ir haciendo corrientes las terracotas figuradas de claro ambiente griego, tanto en la

iconografía, como en su ejecución, algunas de ellas probables representaciones de Demeter (3). En cuanto a la cerámica importada, se advierte una progresiva disminución de la cerámica corintia y etrusca que es reemplazada por piezas de fabricación o de inspiración griega, procedentes con probabilidad de los talleres de la Italia meridional y de Sicilia (4).

Las estelas funerarias y votivas detectan esta misma presencia de influencias griegas patentes en ciertos elementos arquitectónicos como las capillas con frontones triangulares, acróteras, cornisas denticuladas, pilares columnas, capiteles, y en determinados elementos decorativos como las guirnaldas y perlas, y algunos de carácter simbólico como los trofeos, armas, caduceos, delfines, motivos geométricos y vegetales (5).

La arquitectura doméstica acusa también las influencias procedentes del mundo griego. En la vertiente S.O. de Byrsa ha sido excavado parte de un barrio púnico en el que las casas presentan algunos elementos arquitectónicos de indudable influencia helénica, como son ciertos tipos de capitales jónicos, y columnas estucadas y acanaladas, pavimentos helenísticos - Lithostrota-, y una urbanización en torno a calles rectas siguiendo el plano hipodámico (6). En Kerkouane, la ciudad púnica de Cabo Bon, han aparecido en las casas instalaciones higiénicas de tipo helenístico, pavimentos del mismo carácter, un patio peristilo de tipo griego y un sistema de urbanización en torno a calles rectas y largas (7).

Por último, en lo que se refiere a la arquitectura religiosa la cuestión y su evidencia se presenta mucho más oscura. A partir de la segunda mitad del siglo IV a. J. C., y sobre todo del último tercio de este, las estelas votivas de Cartago presentan una ornamentación de tipo arquitectónico representada por dos columnas que sustentan un fronton triangular (8). Para algunos investigadores como S. Gsell, M. Hours Miedan, G. Ch. Picard y C. Picard, se trata de cellae figura

das. representaciones en estos monumentos de lo que sería la morada del dios: esto es, auténticos templos (9). Por el contrario A. Lezaine, cree reconocer en estas representaciones el encuadramiento inmediato de la estatua de culto, baldaquines semejantes a aquellos de los que se han encontrado los vestigios en la "capilla" Carton de Salambó y en el santuario de Tuburbus Majus (10). La opinión de este autor ha sido a su vez contestada por C. Picard, quien considera que los obstáculos invocados por A. Lezaine para identificar a estas representaciones con templos de estilo griego -ausencia en Cartago de elementos arquitectónicos pertenecientes a frontones triangulares, cubierta en terraza de los edificios utilizada por la arquitectura fenicia y púnica, identificación de las representaciones de los ex-voto con edificios distilo-prostilos poco apreciados de los griegos y desconocidos en el África del norte hasta la conquista romana- no son en absoluto insuperables (11). Aún así esta última investigadora adopta una postura moderada al considerar que sería sin embargo temerario reconstruir las fachadas -de monumentos de Cartago a partir de las elevaciones de las cellas representadas sobre los ex-voto, sin considerar por otra parte este dato: que "es prudente limitar su alcance a la arquitectura religiosa menor... Una sola interpretación nos parece posible: se trata de reproducciones de ex-voto con el mismo valor funcional y simbólico que los "cippes" y las estelas, pero de ex-voto construídos, de modelos de lujo" (12).

Como vamos ya a ver, la manifestación de estas influencias griegas se produce, sobre todo, en el siglo IV a. J. C., y su presencia en Cartago no corresponde a un fenómeno aislado. Por el contrario están generalizadas en los establecimientos semitas occidentales, como aquellos de Cerdeña, Sicilia e Ibiza (13).

.....

b. Un punto de vista crítico en torno a la supuesta helenización de Cartago.

A la vista de todo el panorama expuesto en el epígrafe anterior, no son pocos los autores que han llegado a la conclusión de una auténtica helenización de la cultura cartaginesa a partir de comienzos del siglo IV a. J. C. Es más, aquellos que sostienen lo contrario están en franca minoría (14). La idea de la helenización de Cartago, fruto de la superioridad intrínseca de la cultura griega en su contacto con la civilización púnica que se entienda como "barbara" o primitiva, es la mayor de las veces el resultado de una deformación "clasicista" de los investigadores que se han ocupado del estudio de la cultura fenicio-púnica. De la misma manera, las consideraciones acerca del primitivismo e inferioridad de esta cultura frente al "modelo" greco-romano son, en muchas ocasiones, el fruto, consciente o no, de presupuestos culturales e ideológicos, como ha subrayado M. Sznycer, más que de investigaciones históricas racionales (15). Por lo demás, tales juicios han estado en ocasiones vinculados a ciertas corrientes de pensamiento que ensalzan la capacidad creadora de los pueblos indoeuropeos y arios frente a la esterilidad propia de los semitas (16). Añádase a esto la información unilateral que proporcionan las fuentes literarias y tendremos completo el cuadro de los elementos que, de una manera u otra, han determinado frecuentemente los estudios sobre tal o cual aspecto de la civilización cartaginesa.

Analizadas desde la óptica clásica de la cultura greco-romana, las manifestaciones culturales de los púnicos pueden parecer insignificantes cuando en realidad no son más que distintas. Responden a una concepción diferente de la realidad y a motivaciones divergentes de aquellas propias de los griegos y latinos. Y si puede resultar peligrosos, y hasta cierto punto científico, aplicar los cánones propios del mun



do greco-romano al estudio de las manifestaciones culturales púnicas, resulta más peligroso aún, amparados en una imcomprensión radical de la verdadera esencia de esta civilización de raíces orientales, deducir la necesidad de una transformación de esta cultura ante los logros supuesta e infinitamente superiores de la civilización griega, con la cual fenicios y cartagineses van a entrar en contacto. Es preciso, en todo caso, plantear la cuestión en terminos de un proceso de aculturación, con todo lo que ellos supone desde una perspectiva antropológica, cuyo análisis escapa a los límites de este trabajo, resultado del contacto entre dos culturas concebidas, no como una inferior y otra superior, sino como sencilla y manifiestamente diferentes.

Uno de los aspectos que más ha sido invocado como testimonio evidente de la primitiva mentalidad de estos semitas es aquel de los sacrificios molk, cuya practica por los púnicos horrorizaba a las mentalidades de griegos y romanos. El aspecto siniestro y sangriento de estas prácticas rituales representa algo así como la sombra de la barbarie sobre el espíritu del pueblo que las realizaba. Y sin embargo, este no son más que apreciaciones determinadas por concepciones éticas, morales y religiosas totalmente extrañas a la cultura que tales sacrificios practicaba. y conviene también recordar que los sacrificios humanos, y aún el mismo infanticidio, no fueron desconocidos de aquellos a quienes estas prácticas religiosas de los púnicos repugnaban, y no en periodos remotos de su historia, sino en fechas muy próximas a la época que estudiamos (17).

"La civilización púnica no era más bárbara para los recién nacidos que aquellas de otros pueblos antiguos. Las condiciones económicas y sociales que regían el mundo mediterráneo, y las practicas sexuales admitidas no permitían en modo alguno elevar el número de nacimientos y mantener a todos los

recién nacidos. En suma, los griegos y los romanos reprochaban sobre todo a los púnicos ennoblecer, dándole un valor religioso, una triste realidad que ellos mismos practicaban vergonzosamente y a escondidas. Un niño venido al mundo en Cartago, no corría prácticamente más peligro de ser quemado en el fuego del molk, que un pequeño de Atenas o de Roma de ser abandonado en una esquina de la calle, sobre un montón de inmundicias, a merced de las bestias o de un mercader de esclavos que en el mejor de los casos, lo vendría quizá a recoger", ha señalado un gran conocedor del mundo púnico como G. Ch Picard (18). Queda, por tanto, claro, que para los cartagineses, imbuidos de sus particulares concepciones religiosas, que diferían radicalmente de aquellas de los griegos y romanos, el sacrificio de los recién nacidos no constituía ningún acto repugnante, ni censurable, y si la manifestación, como ha observado S. Tatli, de una piedad singularmente profunda, de una religiosidad extrema, al mismo tiempo que un sentido penetrante del respeto de las tradiciones y de la solidaridad hacia la ciudad y sus terribles diosas tutelares (19), y no por ello eran más salvajes que aquellos que enterraban vivos a sus prisioneros para conjurar una amenaza o que practicaban el infanticidio acosados por las presiones socio-económicas (20).

Aún así, los documentos epigráficos y el análisis de las cenizas contenidas en las urnas, muestran que sacrificios molk de sustitución fueron practicados por lo menos desde el siglo VII a. J. C., acentuándose esta costumbre a partir de finales del siglo V a. J. C., y en las centurias sucesivas (21). En esto se ha querido ver también una influencia de la religión griega sobre las creencias y rituales púnicos, sin tener en cuenta, como la propia cronología indica, que se trata más bien de una evolución interna de la religión de este pueblo de espíritu oriental y que no debe apenas nada a las influencias procedentes del universo religioso greco-romano (22)

En el campo de las especulaciones espirituales los cartagineses desarrollaron unas concepciones religiosas muy elaboradas y en continua evolución, caracterizadas por su fuerte tradición oriental y por la presencia de un sistema escatológico sumamente desarrollado (23). Sobre este conjunto de la religión púnica se ha querido advertir transformaciones producidas a raíz del contacto con las influencias helénicas. Estas se aprecián fundamentalmente, como hemos visto, en las estelas votivas y funerarias, en la generalización del rito de incineración y en la introducción de divinidades griegas como Demeter y Core (24).

Por lo que se refiere a la aparición de elementos arquitectónicos, ornamentales y simbólicos típicamente griegos en las estelas votivas y funerarias de Cartago, y de los restantes establecimientos púnicos a partir del siglo V a. J. C., estas sustituyen a las antiguas influencias de procedencia egipcia y serán a su vez sustituidas, en época helenística, por nuevas influencias de tipo egíptizante (25). Esto mismo se observa, como enseguida veremos, en otras manifestaciones materiales de la civilización cartaginesa y, de momento, solo documenta una apertura por parte de los cartagineses hacia los principales focos culturales del momento.

En lo que toca a la adopción del rito de incineración por parte de los púnicos, estamos de acuerdo en señalar con M. Fantar, que sí se trata sin duda de una influencia de la religión griega sobre las creencias funerarias de los cartagineses, se trata de un influencia de tipo catalizador: "Adoptando la incineración los cartagineses no han adoptado una parte de la religión griega. Esta última ha actuado sobre las creencias cartaginesas en la medida que ha desencadenado un movimiento de evolución. Evolucionando las creencias cartaginesas permanecen fieles a sí mismos. Se trata, por consiguiente, y sobre todo, de una nueva interpretación, de suerte que la di

fusión de la incineración en Cartago, en el curso de los últimos siglos, no es más que la manifestación concreta de una evolución en el cuadro mismo del universo cartaginés. La religión griega parece haber permitido a los sacerdotes cartagineses - abrir los ojos sobre las posibilidades de sus creencias. Es lo propio del contacto que enriquece la personalidad sin que caiga en la servidumbre de la imitación" (26).

Por último, la introducción oficial en Cartago del culto a Démeter y Core está documentada por un texto de Diodoro de Sicilia y por las numerosas representaciones figuradas - de estas divinidades griegas encontradas por los arqueólogos - (27). No obstante, nos hallamos aquí ante un fenómeno más parecido al sincretismo que ante la adopción por las cartaginesas de un culto puramente griego. Lo mismo puede decirse acerca de la presencia del caduceo y la crátera sobre los ex-voto del Santuario de Tanit. "La adopción de esta iconografía griega, - no significa forzosamente la adopción del culto griego. Si las imágenes son griegas, no es imposible concebirlas un contenido conforme a las puras tradiciones cartaginesas. Los púnicos podrían adoptar una imaginería griega para traducir sus propias creencias. Podemos, en otros términos, estar en presencia de - un texto de lengua púnica escrito en un alfabeto griego", vuelve a señalar M. Fantar (28). Es preciso tomar en cuenta también, que a través de una interpretatio griega o romana, los antiguos asimilaban los rasgos más semejantes de las divinidades púnicas a sus propios dioses dándoles nombres griegos o latinos, pero deformando su contenido en esta asimilación debido a sus propios condicionantes culturales e ideológicos (29). - No es posible, por consiguiente, utilizar estas identificaciones para trazar los rasgos de la religión fenicio-púnica y menos utilizarla como una muestra del grado de helenización de la religión cartaginesa.

Algunos datos más vienen a corroborar todo lo expuesto hasta ahora. En el Tofet de Cartago las inscripciones sobre los ex-voto son dedicadas como antes, a Tanit y Baal - Hammon junto con otras divinidades secundarias como Baal-Samin (30). Los nombres teóforos, conocidos por las fuentes y los documentos epigráficos denotan la presencia exclusiva de divinidades púnicas como Baal, Eshmoun y Melkart, sin que podamos advertir - ningún rasgo de asimilación de las griegas (31). Por otra parte la tipología arquitectónica de las tumbas cartaginesas cuyos caracteres se establecen definitivamente durante el siglo VI a. J.C. va a permanecer inmutable hasta los últimos días de Cartago (32). Y no deja de resultar significativo que de época romana avanzada poseamos documentos literarios y arqueológicos que demuestran una persistencia de las creencias religiosas púnicas incompatible con la idea de una profunda helenización durante la época anterior (33).

Un examen de los restos materiales de la civilización cartaginesa nos persuade, a sí mismo, de la persistencia de las viejas tradiciones y raíces orientales de esta cultura. El análisis de los ajuares encontrados en las tumbas nos sirve a su vez para aproximarnos a lo que debió ser la realidad de la cultura material de los cartagineses. Si nos fijamos, para empezar, en los objetos importados, cuya presencia en las necrópolis es tan antigua como la propia existencia de Cartago, nos encontramos con que para la época arcaica estas importaciones proceden de Egipto, Corinto y Etruria fundamentalmente (34). Durante la época clásica son sustituidos por aquellos procedentes del mundo griego de Sicilia, Italia meridional y el último término, de Campania (35). En época helenística predominan las importaciones suditalicas y aparecen de nuevo objetos procedentes de Egipto, particularmente de Alejandría (36). El mismo proceso se observa respecto a las influencias externas en los objetos de fabricación local. A partir del siglo V a. J.C., los

elementos prestados de las influencias egipcias son desplazados por los de influencia griega, asistiendo a una nueva presencia de elementos egíptizantes durante la época helenística (37).

Pero junto a todas estas aportaciones externas, persisten en las necrópolis de Cartago los objetos de tradición púnica, si bien a menudo presentan rasgos de influencia helénica, sobre todo en lo que a la ornamentación se refiere (38). Entre estos cabe destacar la pervivencia de la cerámica corriente, que significativamente es la que menos influencias griegas presenta, siendo estas prácticamente nulas, y de las máscaras realizadas en pasta vítrea multicolor, verdaderas obras maestras del arte cartaginés (39). Lo mismo puede decirse de las navajas de bronce que acusan el mismo proceso de influencias arriba detallado (40).

En todos estos objetos se percibe la originalidad artística y la capacidad creativa de los cartagineses, que a menudo ha sido subestimada e incomprendida por los investigadores que se han ocupado de esta cultura, como ha advertido M. Fantar (41). La aplicación de los cánones clásicos, propios de la civilización greco-romana al estudio de las manifestaciones artísticas de los cartagineses, ha sido una de las peores jugadas que nos ha gastado la Ciencia. El resultado es, muchas veces, la apreciación sistemática de una supuesta esterilidad artística, de una total incapacidad creativa en el espíritu de este pueblo de comerciantes al que solo parece animar un estricto sentido práctico de la existencia, propio más de nuestros condicionantes culturales e ideológicos que de la auténtica sensibilidad oriental de estos semitas.

No obstante, a menudo se ha olvidado, como ha subrayado S. Yatli en una página que constituye la mejor defensa de la civilización cartaginesa, que " los compañeros de Dido eran

orientales y que sus descendientes lo fueron en su comportamiento, su modo de vida, su sentido del comercio, pero también en su inspiración artística y espiritual. Y será así durante seis siglos, es decir, hasta la destrucción de su ciudad, y aún más allá.

Pero uno de los rasgos propios del oriental es el de no distinguir, y todavía menos disociar, las manifestaciones - artísticas de aquellas de la vida. Para el oriental la concepción del "arte por el arte", de una proyección estética gratuita, de una obra de belleza "inútil" no existe. Es la vida misma la que es obra de arte. No es solamente un modelo, sino la materia prima del creador. El no experimenta por tanto la necesidad de expresar, de exteriorizar, sino de vivir. Pero, si expresa, no lo hace más que en la medida en que esta expresión - puede contribuir a embellecer su existencia, a adornarla, a integrarla en su mundo interior. Es decir, finalmente, a aproximarla a las metamorfosis de lo sagrado.

El no ve en el arte otras funciones, otras justificaciones. Las creaciones plásticas gratuitas no le producen - ninguna atracción porque no corresponden a una necesidad de su individuo, porque no son "existenciales", como se diría ahora" (47).

No faltan tampoco quienes han pretendido detectar la presencia de fuertes influencias griegas en el campo de las - ideas e instituciones políticas de los cartagineses. Estas se manifestarían sobre todo a través de la descripción de la Constitución de Cartago que nos ha proporcionado Aristóteles (43). Tal presunción es ciertamente infundada, como muy bien ha mostrado W. Seston en un estudio realizado sobre el trabajo del filósofo a cerca de las instituciones políticas de los cartagineses. Este no las ha sbarcado en su originalidad, sino que ha querido compararlas con ciertas instituciones propias del -

mundo helénico, utilizando por consiguiente para traducir las realidades políticas de Cartago términos griegos, y por tanto inadecuados (44). La pobreza de nuestra documentación no nos permite lanzar hipótesis que serían siempre aventuradas, pero podemos observar algunos datos que pueden resultar significativos. Así, por ejemplo, las magistraturas características de este período -sufetes- responden a una antigua tradición documentada en Oriente (45). Del mismo modo, la aparición del Tribunal Constitucional de los Ciento Cuatro, que corresponde a la afirmación del poder colegiado de la clase senatorial, como veíamos en el capítulo anterior, es más el producto, como ha observado G. Garbini, de una transformación de las condiciones socio-económicas de los cartagineses y su reflejo en la estructura política, que el fruto de influencias procedentes del mundo griego (46).

Religión, ideología política y prácticas cotidianas no parecen haber sido profundamente transformadas conforme al impacto de las influencias griegas, y si, por el contrario, haber permanecido fieles a sus viejas raíces orientales y sufrido un lógico proceso de evolución interna. En lo que respecta a la vida ordinaria de los cartagineses, señalábamos ya que las necrópolis, y en este caso la ciudad de los muertos sirve de reflejo de aquella otra de los vivos, los objetos de antigua tradición púnica permanecen al lado de las importaciones que varían en su procedencia según la época. Estos últimos tienen muy poco valor como documentos de un proceso de aculturación y revelan únicamente un impacto superficial de la cultura externa sobre aquella que los recibe, ya que al ser considerados como objetos de lujo y prestigio se suelen añadir a las prácticas locales sin modificarlas (47). Y es así como observamos que en Cartago el vestuario de los hombres siguió aferrado a las viejas tradiciones de influencia mesopotámica, egipcia y chipriota, mientras que las mujeres parecieron dejarse seducir por la nueva estética de las modas helenizantes (48), cosa lógica si consideramos que las mujeres, y sobre todo las de los esta



mentos sociales más elevados, suelen actuar en muchas ocasiones como agentes internos de aculturación.

En el aspecto urbanístico de Cartago hay que distinguir entre los monumentos públicos y la arquitectura privada. Los primeros, aún cuando reconozcamos la posibilidad de influencias griegas en ellos, son poco significativos. Por sí solos, ya que al pertenecer al desarrollo planificado de la ciudad, pueden representar una helenización muy exterior (49).

En lo que toca a las manifestaciones de la arquitectura privada, aunque se reconocen como hemos visto la existencia de determinados elementos procedentes del mundo griego, estos han podido jugar, al igual que las importaciones, un papel de lujo y prestigio sin modificar necesariamente las prácticas culturales de quienes los adoptan. Junto a ellos se aprecia por lo demás la persistencia de los elementos tradicionales. Por sendas noticias de Diodoro de Sicilia y Apiano sabemos de la existencia en Cartago de numerosos edificios de varios pisos con cubierta a terraza, siguiendo la vieja tradición oriental (50). Estos edificios, de los que conservamos probables representaciones en una pintura mural de una tumba de Djebel Mlizza en Cabo Bon, y en una pieza de oro perteneciente a un collar, se levantaban bordeando las tres calles que ascendían hacia Byrsa, el barrio antiguo de la ciudad (51). La presencia en Cartago de este tipo de edificaciones hasta los últimos días de la ciudad, frente a los edificios de tipo griego de escasa altura y cubierta a dos vertientes (52), es otro documento que nos muestra la pervivencia de las tradiciones locales. Esta se manifiesta también en el empleo de la lengua, que se mantuvo durante siglos de ocupación romana, según el testimonio de San Agustín, junto con antiguas prácticas religiosas, como aquellas de los sacrificios molk, que hubieron de ser combatidos una y otra vez por las nuevas autoridades (53).

.....

Nuestras conclusiones ante todo lo visto son que Cartago permaneció siempre abierta a las influencias culturales - externas que fluctuaron de acuerdo con los principales focos - de irradiación del momento: Egipto y Etruria para la época arcaica, el mundo griego para la clásica y Alejandría y el Sur - de Italia durante el periodo helenístico. El impacto de estas influencias debe entenderse como la presencia de "modas", de acuerdo con las características culturales de cada época, sin que se hayan transformado profundamente las tradiciones locales de la civilización púnica. En este sentido cabría hablar - de una "internacionalización" cultural cartaginesa debido al - contacto con las influencias predominantes de cada periodo: - término éste que se puede aplicar a la presencia de las manifestaciones helénicas en Cartago.

## 2. LAS RELACIONES EXTERNAS DE CARTAGO EN EPOCA HELENISTICA.

Las conquistas de Alejandro produjeron una profunda transformación en el mapa económico, político y cultural del - mundo mediterráneo. Las monarquías helenísticas rivalizaron en poder y riqueza hasta que finalmente fueron absorbidas por Roma. Cartago se enriqueció, como se verá más adelante, con muchas aportaciones de la nueva época pero también habría de sufrir los más graves peligros de su historia.

### a. El Imperio Lágida.

El Imperio Ptolemaico parece ser, según toda evidencia, la potencia helenística con quien más contactos ha mantenido Cartago. Testimonio de estas relaciones son las monedas - ptolemaicas aparecidas en Túnez (54), las influencias alejandrinas documentadas en el mundo cartaginés de época púnica y - neo-púnica, que aparecen a menudo en las tierras africanas sometidas a la autoridad de Cartago (55), los conocimientos geográficos de Timóstenes, almirante de Ptolomeo Filadelfo, sobre

los puertos del Norte de Africa en la costa situada al oeste de Cartago, lo que podría indicar, como piensa M. Rostovtzeff, que Timóstenes había recorrido esta parte del litoral africano pasando por Cartago al menos una vez (56), o que estos conocimientos del almirante alejandrino procedían de una fuente de información de origen púnico, como creía S. Gsell (57). También debemos considerar las inscripciones púnicas del Serapeo de Menfis aún cuando éstas son menos significativas dada la tradición cosmopolita de los fenicio-púnicos, que durante esta época se encuentran documentados en diversas ciudades helenísticas, y ante la imposibilidad de establecer su origen en Cartago (58), y por último, el préstamo de dos mil talentos que durante la Primera Guerra Púnica fué solicitado por Cartago a Filadelfo, lo que indica que a pesar de la cortés negativa de ésta existían por lo menos esperanzas de obtenerlo (59).

Lo que resulta ya más difícil es definir el carácter y alcanza de estas relaciones que M. Rostovtzeff ha calificado de astrachas. Este autor considera que mediante ellas Egipto adquiriría de Cartago plata, estaño y caballos, utilizados los últimos tanto en la industria como en la agricultura ptolemaica (60). Por su parte, E. Will ha señalado que en realidad estamos muy mal informados sobre el contenido de este comercio entre el Egipto helenístico y Cartago, ya que esta última no necesitaría un abastecimiento de trigo, el principal producto de las exportaciones lágidas, más que en circunstancias de excepción, y que no hubo jamás lugar para lazos políticos o militares entre las dos potencias, lo que también es admitido por el anterior (61).

En nuestra opinión, existían las circunstancias adecuadas para que haya tenido lugar un comercio en torno a la plata entre los dos Estados. Sabida es la escasez que de este metal padecía el Egipto helenístico, lo que determinó la creación de la moneda ptolemaica de mucho menor peso que el etalon

ático, establecido por Alejandro en su imperio, y mucho más próximo al etalón fenicio, y sus fluctuaciones relacionadas, como ha observado E. S. G. Robinson, con la abundancia o escasez de plata y oro (62). Según esto, "es preciso abandonar la vieja idea según la cual los tanteos monetarios del reinado de Soter tendrían por motivo establecer conexiones precisas con los mercados exteriores e intensificar las transacciones indispensables para canalizar el metal precioso hacia Egipto", observa E. Will (63). Esta falta de metales preciosos que influyó determinantemente en la creación del sistema monetario ptolemaico, y no como se ha creído que éste haya sido motivado por el deseo de dotar con una coherencia económica a un medio geográfico que se extendía desde Fenicia y Chipre, posesiones de los lagidas, hasta el Africa púnica, puede ser la causa que justificara la existencia de relaciones comerciales entre Egipto y Cartago.

Como hemos estudiado en un capítulo anterior, los cartagineses se encontraban en condiciones de obtener la plata de los yacimientos argentíferos del sureste de la Península Ibérica (64), y un elemento de intercambio podría haber sido el de los conocimientos técnicos helenísticos que, según algunos indicios, Cartago aplicó en el campo de la agricultura y de la minería (65). Es posible, aunque no tenemos ninguna prueba, que especialistas egipcios hayan trabajado a sueldo del gobierno púnico en estos sectores de la economía cartaginesa, lo que podría constituir un sistema de asegurar la entrada en Alejandría de cierta cantidad del precioso metal en forma de moneda púnica, que posteriormente sería reconvertida al numerario ptolemaico. Una prueba más de la existencia de estas relaciones comerciales Alejandría-Cartago en torno al mineral de plata ibérica podría estar constituida por la aparición de objetos manufacturados egipcios en Cartagena, el litoral catalán y las Baleares como ya había observado A. M<sup>e</sup> Muñoz (66).

Todo esto nos lleva a conectar con el problema de los orígenes de la moneda cartaginesa. Para algunos autores, entre los que destacan C. Seltman y G. Ch. Picard, los cartagineses no habían precedido en la adopción de su propia moneda, que sería posterior al último tercio del siglo IV a. J.C., a la inauguración del sistema ptolomaico, del que habían imitado el estalon fenicio (67), mientras que para otros, como C. Breglia, habría sido la conquista de Tiro por Alejandro la que habría impulsado a Cartago a emitir su propia moneda siguiendo el patrón de aquellas fenicias, de las que se había servido en épocas anteriores (68).

**b. La intervención en Sicilia desde Agatocles a Pirro.**

El periodo comprendido entre la muerte de Dionisio I de Siracusa en el 368 a. J.C. y la constitución de la tiranía de Agatocles en el 316 a. J.C., se caracteriza por un descenso de la conflictividad bélica que había imperado durante la etapa anterior, impuesta por las ambiciones expansionistas de Dionisio, y por una presencia cartaginesa más activa en el campo de las intrigas y de la diplomacia (69). Esta intervención, cuyo objetivo era el de asegurar el equilibrio de fuerzas logrado desde las anteriores guerras con Siracusa, mediante una intromisión en los asuntos internos y en las luchas sociales de las ciudades siciliotas, con el fin de mantener a la isla dividida, se veía complicada a causa de las luchas que enfrentaban a las distintas facciones de la oligarquía de Cartago por alcanzar el predominio del poder (70).

Durante el episodio de Timoleon las relaciones pacíficas entre griegos y púnicos fueron brevemente turbadas. El juego de las relaciones internas entre los pequeños tiranos, con alguno de los cuales Cartago mantenía buenas relaciones (71), determinó por el concatenamiento de las circunstancias, como ha señalado M. J. Fontana, el estallido del conflicto en-

tre los púnicos y el "condotiero" corintio (72): "Inevitablemente hubo una llamada a Cartago -subraya M. I. Finley- que respondió aún en contra de las dificultades en casa, quizá en el convencimiento de que le sería ventajoso ayudar a mantener la isla dividida" (73).

En realidad, la batalla de Cremiso y el tratado que la siguió en el 339 a. J.C., no alteró substancialmente el área de influencia de los cartagineses en Sicilia, con lo que las posiciones mantenidas desde los tiempos de Dionisio I quedaban consolidadas, y los intereses económicos salvaguardados - (74).

Este empeño de Cartago por impedir la aparición en Sicilia de un fuerte poder expansionista que mermara sus intereses en la isla, va a utilizar, en palabras de V. Merante, - "el arma de la diplomacia y del compromiso en el juego de los contrastes políticos de las ciudades siciliotas" (75). De esta manera, vemos a los cartagineses apoyar la acción de Sosítrato contra el partido popular de Siracusa, dirigido por Agatocles, de igual forma que anteriormente habían apoyado a Acestóridas, enviado por Corinto para salvar a la oligarquía de esta ciudad, y mediar en el conflicto entre Agatocles y el demos de Agrigento y Mesana, forzando una solución pacífica - de este (76).

En el 311 a. J.C., Agatocles, paladín interesado - de las aspiraciones democráticas de los griegos siciliotas, - que después de una serie de exilios y retornos había establecido su tiranía en Siracusa, fundada sobre las magistraturas más o menos prolongadas, y había devuelto la hegemonía a esta ciudad sobre la Sicilia occidental en contra de la autonomía de las otras ciudades griegas y de los intereses púnicos, atacaba a Agrigento, que solo se salvó ante la llegada de una flota cartaginesa. Como respuesta, el tirano invadió las posesiones

siones púnicas de Sicilia (77). La reacción de Cartago fué contundente y en el 310 a. J.C. Agatocles era derrotado en Enomos junto a la desembocadura del río Himera.

Pero en la lucha contra el tirano los cartagineses no estuvieron solos. Una falange del ejército púnico estaba constituida por griegos, y Dinócrates, cabeza del partido aristocrático de Siracusa, comandaba la caballería al lado de los oficiales cartagineses. Camarina, Leontini, Catana, Tauromenio Mesana y Abaceno se pasaron al lado de los púnicos y el tirano pronto se vió encerrado en Siracusa, cercado por un poderoso ejército greco-púnico que permanecía a las puertas de la ciudad (78).

En un golpe de audacia que intentaba producir un giro a su favor en los acontecimientos, Agatocles rompiendo el cerco de la flota púnica, decidió llevar la guerra a Africa, desembarcando en el verano del 310 a. J.C. en Cabo Bon. Ante la inminencia de un peligro semejante, las diversas facciones que en el seno de la oligarquía cartaginesa pretendían alcanzar una mayor influencia en el poder hicieron causa común. Según Diodoro de Sicilia fueron encargados para dirigir las operaciones dos generales, Hanon y Bomilcar, a los que había enfrentado un odio heredado (79). Hanon murió en un combate contra los invasores, mientras que en Sicilia, otro general, Amilcar, que intentaba tomar la contraofensiva asaltando Siracusa, fué hecho prisionero y murió en el tormento. Bomilcar, que al parecer se había distinguido ya por sus ambiciones personalistas, intentó ahora un golpe de estado que fué abortado por la reacción de las clases populares de Cartago y por el poder colegiado de los Ciento Cuatro (80). Esto nos muestra una vez más las disensiones que agitaban a la clase dirigente cartaginesa, las cuales se habían puesto ya de manifiesto con la caída en desgracia de Amilcar, el mediador en el conflicto entre Agatocles y Agrigento, y su sustitución por otro Amilcar,

hijo de Giscon, el hijo de Hanon el Grande, que había sido a su vez exiliado y recuperado el favor después de Cremiso (81). Por cierto que Hanon, había sido también destituido a raíz de su fracaso en el año 345 a. J.C. y posteriormente patrocinó una intentona frustrada por alcanzar el poder (82).

Mientras tanto, la situación de Agatocles en Africa no era muy buena. El tirano había concertado una alianza con Ofellas, uno de los viejos oficiales de Alejandro, gobernador ahora de la Cirenaica, bajo la soberanía de Ptolomeo, pero de hecho independiente (83). Este individuo pretendía extender sus dominios hacia las posesiones cartaginesas, por lo que en los términos del acuerdo se estipulaba que recibiría los territorios africanos de Cartago a cambio de su ayuda militar a Agatocles, mientras que este último quedaría en posesión de la Sicilia púnica (84). Ofellas fué asesinado por Agatocles que colocó bajo su mando al ejército de aquel, a pesar de lo cual, y de haberse apoderado de Utica y Bizerta no fué capaz de vencer la resistencia cartaginesa, que contaba con el dominio en el mar y con la ayuda de numerosos griegos exiliados de Siracusa (85). La situación se complicaba con las primeras desertiones que comenzaron a producirse entre sus tropas, cansadas y faltas de abastecimiento, y ante las alarmantes noticias procedentes de Sicilia.

En esta isla, la lucha contra Cartago, pretexto bajo el que se ocultaban las verdaderas intenciones del tirano, no había sido asumida por parte de muchos griegos que tenían muchas más razones para temer al poder arbitrario de Agatocles, que la acostumbrada vecindad de los púnicos. Es de esta manera que Agrigento había tomado la dirección de una revuelta en caminata a conseguir la independencia de las ciudades griegas, mientras que las posiciones de los partidarios del tirano eran cada vez más delicadas (86). La situación cada vez más precaria de las tropas de Agatocles en Africa frente a la acción -



conjunta de tres ejércitos cartagineses y la conflictividad - en Sicilia, frustraron las esperanzas del tirano que se vio - obligado a solicitar la paz si quería consolidar su poder entre sus compatriotas griegos. Las condiciones de Cartago en - un momento en que toda la ventaja en la negociación estaba de su parte, prueban una vez más la inexistencia de ambiciones - imperialistas sobre Sicilia que muy amenudo le han sido achacadas. Los términos del tratado firmado en el 306 a. J.C., - restablecían en realidad el equilibrio preexistente marcando la divisoria de las respectivas áreas de influencia en la isla en el cauce del río Halycus (87). "La paz firmada con Agatocles prueba una vez más que la concepción de los cartagineses en lo que respecta a sus intereses en el Mediterráneo Occidental, no comportaba la adquisición de un vasto imperio, - ni la extensión de aquello que había sido suyo desde hacia más de un siglo " ha señalado B. H. Warmington (88).

En opinión de G. Ch. Picard, el conflicto entre Cartago y Agatocles no podría disociarse del que por las mismas fechas enfrentaba en Italia a romanos y samnitas por la posesión de la Campaña, y que terminó por envolver a todos los estados itálicos. Por nuestra parte discrepamos de la interpretación de este autor que considera la existencia de una coalición púnico-romana, cuyo fin sería el de liquidar el helenismo occidental, enfrentada a otra formada por griegos y etruscos (89). Algunos puntos de relación existieron evidentemente pero no son suficientes para explicar los acontecimientos como inmersos en un gran conflicto internacional.

Como ya hemos visto, la responsabilidad de la guerra entre Siracusa y Cartago se debió a la exclusiva iniciativa de Agatocles, que a la imagen de Dionisio I empleó el pretexto de la lucha nacional contra los púnicos, para enmascarar sus - verdaderas intenciones de convertirse en un émulo occidental de Alejandro, unificando bajo su autoridad esta parte del mun

de griego, cruzando los mares para atacar directamente a los "bárbaros", y proclamándose posteriormente rey de Siracusa. En esta tarea contó con la oposición activa de numerosas ciudades griegas que no dudaron en apoyar a los cartagineses en su lucha contra el tirano (90). Agatocles obtuvo efectivamente ayuda etrusca en algunas ocasiones, como cuando una flota de esta procedencia le ayudó, en el 307 a. J.C., a romper el bloqueo naval que los púnicos mantenían ante el puerto de Siracusa (91). Pero todo esto no basta para explicar por sí solo la existencia de un bloque greco-etrusco en Occidente que se revela, por lo demás, inexistente.

Las influencias artísticas y sobre todo las importaciones procedentes de la Campania y de la Magna Grecia, que están firmemente documentadas en Cartago durante este periodo, indican inequívocamente la existencia de unas relaciones económicas estrechas con estas dos regiones de Italia (92). Y la propia división entre los griegos de Sicilia era bien patente por lo que no es necesario abundar más en el tema.

En el mismo año en que se firmaba la paz con Agatocles, Cartago sellaba un nuevo tratado con Roma, según una noticia de Filino de Agrigento, recogida por Tito Livio y que Polibio considera como falsa. Mediante la firma de esta convención, Roma se comprometía a no intervenir en los asuntos de Sicilia y Cartago aceptaba la misma responsabilidad respecto a Italia (93). En nuestra opinión, este doble compromiso solo significaba que Cartago a raíz del conflicto con Agatocles y de la feliz resolución del mismo, intentaba por todos los medios evitar la presencia de nuevos factores que pudieran amenazar en Sicilia el equilibrio de fuerzas restablecido después de tantos esfuerzos. Por su parte, Roma necesitaba asegurarse la neutralidad de los púnicos sobre la zona de expansión italiana en cuya conquista se había empeñado.

Después de la muerte de Agatocles, que fue asesinado en el 289 a. J. C., siguió una década de luchas y anarquía, en Sicilia, al final de la cual un enfrentamiento entre Pitias, tirano de Agrigento, lo bastante fuerte como para contestar el nuevo intento de hegemonía siracusana, e Hicetas, provocó una nueva intervención cartaginesa en el 280 a. J. C., a favor del primero que había reunido en torno a sí a los demás griegos de Sicilia (94)

La expansión romana terminó por amenazar a las ciudades griegas del sur de la Península Itálica cuyas disputas internas brindaron a Roma la ocasión de intervenir, solicitada por las aristocracias locales, para frenar los avances democráticos (95). Ante esta presión, Tarento solicitó la ayuda de Pirro, rey del Epiro, uno de los más celebres aventureros militares de la generación posterior a Alejandro. Mientras tanto, en Sicilia un nuevo conflicto entre Sosistrato de Agrigento y Siracusa, complicado, en unas circunstancias que aparecen muy oscuras en las fuentes, con la intervención de los cartagineses y los Mamertinos, mercenarios de Agatocles que, después de la muerte de aquel se habían apoderado de Messina, provocó la intervención de Pirro en el 278 a. J. C. (96). Después de desembarcar en la isla ante una escasa resistencia de los cartagineses, y de situar bajo su autoridad a los griegos de Sicilia, atacó la región occidental de influencia púnica, de la que solo resistió la plaza de Lilibeo que se había revelado inexpugnable (97). Parece ser que ante la inminencia del desembarco, de Pirro en Sicilia, Cartago firmó un nuevo tratado con Roma, en el cual las dos partes se prestaban apoyo mutuo en la lucha contra el enemigo común, comprometiéndose a no firmar una paz por separado (98). Como sugiere J. Heurgón, es posible que Cartago pretendiera retener al espirota en Italia, proporcionando barcos y dinero a Roma (99), con el fin de que su planeada intervención en ayuda de Siracusa no diera al traste con las victorias conseguidas hasta el momento, garantizando, una vez

más, el equilibrio de fuerzas en Sicilia.

En el 276 a. J. C., Pirro se preparaba en Siracusa para llevar la guerra a Africa, como antaño había hecho Agatocles. Pero al parecer no todos los griegos estaban dispuestos a aceptar su gobierno autoritario y a caer una vez más en la trampa de la amenaza bárbara como justificación de ambiciones de poder personal. Su fama de tirano se fue extendiendo por Sicilia, los griegos se resistían a participar en la expedición contra Cartago, y finalmente, descorazonado, abandonó la isla para intervenir de nuevo en Italia. Una vez allí, la derrota sufrida en Benevento ponía fin a sus aventuras occidentales (100). En poco tiempo, Cartago reconquistaba sus antiguas posiciones en Sicilia.

#### c. La Península Ibérica y Massalia.

El tratado romano-cartagines del 348 a. C. C., la presencia de cerámica ática importada de similares características en Ibiza, el pecio del Sec y los poblados ibéricos de Levante y la Alta Andalucía, la concentración de estas importaciones en torno a la cuenca minera de Cástulo, los recintos fortificados del Sureste de la Península Ibérica, la emisión de la primera moneda de plata en Cartago durante el siglo IV a. J. C., y la presencia de manufacturas del Egipto helenístico en Ibiza, Cartagena y el litoral catalán, son algunos de los datos que parecen indicar la existencia de un activo comercio cartaginés en las regiones argentíferas de Cástulo y Cartagena durante el siglo IV a. J. C. (101).

Las relaciones de los cartagineses con Massalia no parecen haber sido malas, como se desprende del viaje de Pítheas por aguas de influencia púnica. Las restricciones contenidas en el tratado del 348 a. J. C., solo parecen haber afectado a los romanos y sus aliados y en este sentido no conocemos su alcance respecto de Massalia por mucha amistad que en-

tre esta y Roma se invoque (102). Por lo demás, los massalio-  
tas no han parecido mostrar mucho interés por las costas meri-  
dionales de la Península Ibérica, ni aún en el período anterior  
a la firma de este tratado. Las investigaciones arqueológicas  
no han podido documentar la existencia de las supuestas colonias  
massalio-tas en este litoral, desenterrando tan solo estableci-  
mientos semitas y poblados ibéricos (103). Uno de los pocos e-  
lementos que podía servir de testimonio de esta presencia meri-  
dional de Massalia, la cerámica gris monocroma, documentada tam-  
bien en Mogador, se considera recientemente como una realiza-  
ción fenicio-púnica en virtud de una serie de factores, como  
son la pasta menos dura y compacta, la superficie alisada, la  
falta de englobe, la ausencia de decoración ondulada y la pre-  
sencia de formas púnicas, que la diferencian del grupo de cera-  
micas grises focenses (104). Y parece todavía probable que Ma-  
ssalia haya jugado un escaso papel en la presencia de cerámi-  
ca ática en el Sureste y Levante de la Península Ibérica, por  
cuanto que en su registro arqueológico escasean las importacio-  
nes áticas que han sido sustituidas por una producción local  
cuya irradiación no se encuentra documentada en las costas pe-  
ninsulares (105).

Durante el siglo IV a. J. C., Massalia ha sufrido  
una progresiva recuperación económica, a la vez que realiza  
una irradiación cada vez más intensa sobre su hinterland, que  
no hará sino aumentar hasta mediados del siglo III a. J. C.  
(106). Desde finales de la época clásica y comienzos de la he-  
lenística, esta ciudad conocerá una nueva prosperidad manifiesta  
en el desarrollo demográfico y urbano, en su presencia me-  
diterránea, y en su relanzamiento monetario, que documenta una  
nueva iniciativa económica (107). Esta situación hay que rela-  
cionarla con las condiciones internas de la Galia, hacia la  
que Massalia dirige fundamentalmente su irradiación, documenta-  
da en las costas provenzales y a lo largo de los caminos de pe-  
netración interior (108).

La desaparición progresiva de las importaciones áticas en los poblados del Sureste y Levante peninsular y sus sustitución, a partir de la segunda mitad del siglo IV a. J. C., por las importaciones sudíticas, es un hecho que no cabe poner en relación con el caso de la libertad comercial en estas áreas después del 348 a. J. C. (109), ni con una disminución del comercio cartaginés con ellas, sino con el desarrollo e irradiación de los centros industriales del Sur de Italia y la Campania. De una manera general, la denominada cerámica italo-campana de barniz negro va a ir sustituyendo a la cerámica ática en los mercados mediterráneos, lo que en nuestro caso tenemos también documentado en Ibiza, Ampurias y la propia Massalia, en donde se superpone a la anterior producción local (110). Y parece claro que esta haya podido ser utilizada, como anteriormente lo fue la ática, por los púnicos como elemento de intercambio en su comercio de la plata del Sureste peninsular, sin descartar por ello, la presencia de probables intermediarios griegos. Este comercio cartaginés de la plata ibérica estaría ahora en parte indirectamente relacionado con la escasez de este metal en el Imperio Lagida, y con las relaciones económicas que parecen haber existido entre los dos estados (111).

Con el fin de explicar una frase de Polibio que habla del desembarco de Amílcar en Gadir en el 237 a. J.C., para restablecer la situación de los cartagineses en la Península Ibérica, se ha considerado en muchas ocasiones que tal situación debió ser perdida durante la primera Guerra Púnica. Massalia habría aprovechado la oportunidad según esto para desencadenar una ofensiva, sirviéndose tal vez de los autóctonos en contra de la presencia púnica en estas costas meridionales (112). Tal idea encaja mal con el carácter de la presencia cartaginesa en la Península, anterior a los Bárquidas, exclusivamente comercial y fundamentada como hemos visto en un control indirecto de los puertos de comercio mediante las relaciones -

con los autóctonos y con otros estados mediterráneos, ya que - en realidad presupone la existencia de dominios cartagineses - en estas regiones, lo que no se puede deducir del texto de Polibio (113). Pero tampoco parece responder a una tradición en los intereses económicos de Massalia que como ya hemos observado se centran particularmente en la Galia y no pueden ser documentados, tanto en época clásica como en la helenística en - el mediodía ibérico. (114).

En nuestra opinión, Cartago no perdió ninguna de sus posesiones en la Península Ibérica, por la sencilla razón de - que estas no habían existido nunca. En este sentido, Diodoro - de Sicilia nos habla de las nuevas conquistas de Amilcar Barca "tan lejos como las Columnas de Hércules, Gadeira y el Océano" (115). Es probable que un comercio de las características del desarrollado por los cartagineses, en el que la explotación de los yacimientos argentíferos quedaba en manos de las poblaciones autóctonas, no fuera suficiente para hacer frente a los - gastos de la guerra contra Roma, como parece que así pasó (116). La presencia de Amilcar en la Península no hay que entenderla como una reconquista de las riquezas perdidas, sino como una - sustitución de los antiguos elementos de control indirecto por otros nuevos de control directo, a raíz de la transformación - de las circunstancias políticas y económicas después del fin - de la guerra con Roma (117).

## NOTAS AL CAPITULO V.

- (1) Diodoro, XIV, 77, 4-5, Justino, XX, 5, 13.
- (2) A. Merlin- L. Drappier: La necrópolis punique d'Arde-kherath a Carthage, París, 1909, P. Glauker: Les necropoles puniques de Carthage, París, 1915, P. Cintas: Manuel d'archeologie punique II, París, 1976, p. 234-387, S. Tatli: La Carthage punique. Etude urbaine, París, 1978, p. 219-230. G. Ch. Picard: "Les influences classiques sur le relief religieux africain" VIII<sup>e</sup>, Congrès International d'archeologie Classique, París, 1965. C. Picard: "Thèmes hellénistiques sur les stèles de Carthage". Antiquités Africaines, I. -- 1967, p. 9-30. H. Hours-Miedan: "Les représentations égyptiennes sur les stèles de Carthage", Cahiers de Byrsa I, 1951, p. 15-160. J. - Ferron-H. Picard: For Hies de Byrsa, 1953-1954", Cahiers de Byrsa, - V, 1955, p. 31-81, IX, 1966-1967, p. 77-170, J. P. Horel, "Kerkouane, ville punique du cap Bon". H.E.F.R.A., 81, 1969, p. 473-518. F. Rokob: C.E.D.A.C., Carthage, 2, 1979, p. 21-26, F. Chelbi: "De couverte d'un habitat punique sur la flora au-est de la colline de -- Byrsa" C.E.D.A.C., Carthage, 3, 1980, p. 29-38. G. Garbini: "I fenici in Occidente". Studi Etruschi XXXIV, 1966, p. 137.
- (3) P. Cintas, Manuel d'archeologie II, p. 362- 367
- (4) P. Cintas, Manuel d'archeologie II, p. 349 ss. H. Tatli. La Carthage punique, p. 219.
- (5) C. Picard. "Thèmes hellénistiques...", p. 9-26.
- (6) C. Picard. "Vestiges d'un édifice punique a Carthage" Carthage, -- III, 1951, p. 117-126, J. Ferron-H. Picard: "Fouilles de Byrsa", - p. 31-81. (Consideran estos edificios de época romana). Contra: -- G. Ch. Picard: "Un quartier de maisons puniques a Carthage", Revue Archeologique, I, 1958, p. 21-32, F. Chelbi: "Decouverte...", p. - 38-39.
- (7) J. P. Horel, "Kerkouane...", p. 475-518, especialmente p. 515, ss.
- (8) H. Hours-Miedan, "Les représentations...", n. 39-41, pl XIV, fig. - a, b, c, d, y e. C. Picard: "Thèmes hellénistiques...", p. 9-18, -- Ident: "Les représentations de sacrifices mortels sur les ex-voto de -- Carthage", Carthage, XVII, 1973-1974, p. 97-101.



- (9) S. Gsell. H.A.A.N. IV, p. 396. M. Hours-Miedan: Les representations.. p. 39-40, G. Ch. y C. Picard: La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal, Paris, 1958, p. 37-38, C. Picard: "Themes hellenistiques.." p. 14.
- (10) A. Lezaine. Architecture punique, Recueil de documents, Paris, -- 1962, p. 27-33, idem: "Resistance a l'hellenisation de l'architecture religieuse de Carthage", Cahiers de Tunisie, 26-27, 1959, p. 247-256, L. Carton, Un sanctuaire punique de convento a Carthage, - Paris, 1929, A. Merlin, Le forum de Thuburbo Majus. Notes et documents, IV, 1913, p. 32-33.
- (11) C. Picard: "Les representations...", p. 99-100, idem, "Themes hellenistiques...", p. 14-16.
- (12) C. Picard, : "Les representations...", p. 101.
- (13) S. Cecchin, "Les steles du to-phet de Sulail", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978, p. 104-106. E. Acquaro, "Tharros a la luminiere des -- nouvelles recherches" ibid. p. 81. M. C. Guzzo Amadis "Catalogo - delle terracota", Mozia 4, Roma, 1969, p. 53-104. S. Moscati: "Fenici e Cartaginesi in Sicilia", Kokalos XVIII-XIX, 1972-1973, p. - 28. M. Tarradell-M. Font, Eivissa Cartaginesa, Barcelona, 1975, - p. 118, 142-144.
- (14) M. Fantar, Carthage la prestigieuse cité d'Elissa, Tunis, 1970, - p. 215 ss, idem, Eschatologie phenicienne punique, Tunis, 1970, p. 15, S. Tatli, La Carthage punique... p. 219 y 230.
- (15) M. Szynger: "L'expansion phenico-punique dans la Mediterranee -- Occidentale (Problemes et methodes)", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978, p. 46.
- (16) Leasé al respecto el sugestivo párrafo de C. Artrán, (Les phéniciens, Paris, 1920, p. VI y VII).
- (17) Sobre el infanticidio en la Grecia Helenística, cfr: W. Tarn-G.T. Griffith, La civilización helenística, México, 1969, p. 74-75. -- Los sacrificios humanos no fueron prohibidos en Roma hasta comienzos del siglo I a. J.C. Cfr: Plinio, N.H., XXX, 12. S. Gsell. --- H.A.A.N. IV. p. 405, M. Harris. Canibales y Reyes. Los orígenes - de las culturas, Barcelona, 1978, p. 153-154, J. M. Blázquez, Imagen y Mito, Madrid, 1977, p. 446.
- (18) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 152.
- (19) S. Tatli, La Carthage punique..., p. 200.

- (20) Tito Livio, XXII, 57, 6, cfr: nota 17.
- (21) M. Zwyer: "L'expansion...", p. 47, (C.I.S. 1, 123), G. Ch y C. Picard: Vie et mort de Carthage, París, 1970, p. 150. F. Decret, Carthage ou l'empire de la mer, París, 1977, p. 143-145, L. E. Stager, C.D.A.C., Carthage, 2, 1979, p. 33.
- (22) Los sacrificios humanos eran ya conocidos de los antiguos cananeos, (cfr: R. Dussaud: Les origines cananéennes du Sacrifice chez les Israélites et les Phéniciens, París, 1914, p. 13, S. Moscati, "Il sacrificio del fanciullo", R.F.A.R.A., XXXVIII, 1965-1966, p. 1-18. No obstante, el molk no parece haber sido practicado sistemáticamente en Fenicia (cfr: P. Xella, "Un testo Ugaritico recente (R. - S. 24, 266, Verso, 9-19) e el "Sacrifi del primi nati", R.S.F. VI, 2, 1970, p. 127-136.
- (23) Sobre religión fenicia, cfr: R. Dussaud, "La notion de l'âme chez les Israélites et les Phéniciens" Syria XVI, 1953, p. 267 ss, M. - Szycey, "Mythes et dieux de la religion phénicienne", Archeologia XI, 1968, p. 22-36. Mas concretamente sobre los púnicos cfr: G. Ch. Picard, Les religions de l'Afrique antique, París, 1959, J. Ferron, "Le caractère solaire du Dieu de Carthage", Africa I, 1966, p. 57-66. M. Fantar, "Le cavalier marin de Kerkouane", Africa, I, 1966, p. 57-65, idem: Eschatologie phénicienne punique, Tunis, 1970, - idem, Le dieu de la mer chez les phéniciens et les puniques, Roma, 1977. Recientemente G. Arbib, I Fenici. Storia e religione, Napoli, 1980, p. 151-334, La religione fenicia, (Atti del colloquio - in Roma, 6 marzo 1979) Roma, 1981.
- (24) Diodoro, XIV, 74, 4-5. M. Heurs-Hledan. "Les représentations..." - p. 15-60. M. Anziani: Les nécropoles puniques de Carthage, París, 1915, p. 25-40. P. Cintas, Manuel d'archéologie II... p. 366.
- (25) C. Picard, "Thèmes hellénistiques...", p. 14, idem, "Les représentations..." p. 100.
- (26) M. Fantar, Eschatologie... p. 15.
- (27) Diodoro XIV, 74, 4-5, P. Delattre, Una favissa à Carthage, Tunis, 1923. P. Cintas, Manuel d'archéologie punique II... p. 362.
- (28) M. Fantar, "Recherches puniques en Tunisie". Recherche punique - nel Mediterraneo Centrale, Roma, 1970, p. 82.
- (29) M. Szycey, "Mythes et dieux...", p. 28-30. Como señala este mismo autor a través de los documentos de origen púnico "la religión púnica aparece como una religión específicamente semita-occidental,

estrechamente vinculada al fondo ancestral y sobre todo, poco -- afectada, a pesar de todo lo que se ha dicho, por las influencias exteriores. Se puede constatar, por el contrario, una larga y tenaz persistencia de los dioses y ritos púnicos, que sobreviven durante largos tiempos a la caída de Cartago en los antiguos territorios cartagineses, y en las tierras numidas punicizadas, aún en pleno imperio romano": "Carthage et la civilisation punique", Rome e la conquete du monde Meditterranean, París, 1978, p. 586.

- (30) J. G. Feyrier: "Paralipomena Punica", Cahiers de Byrsa, VI, 1956, p. 14-15.
- (31) S. Tatli, La Carthage punique... p. 169-170.
- (32) S. Tatli, La Carthage punique... p. 217.
- (33) Sobre la pervivencia de la religión púnica en el Africa romana, - cfr: G. Picard, Les religions de l'Afrique antique, París, 1954, - p. 22-24. A. Berthier-R. Charlier, Le sanctuaire punique d'El-Hofra á Constantine, París, 1955. M. Leglay, Saturne africain, Histoire, París, 1966. G. Camps, Massimisa ou les debuts de l'histoire, (Libyca VIII), 1960, p. 259. S. Tatli. La Carthage punique... p. 165-167.
- (34) J. Vercoutter, Les objets egyptiens et egyptisants du mobilier funéraire Carthaginois, París, 1954, p. 338. P. Cintas, Ceramique.. p. 482. E. Boucher "Ceramique archaïque d'importation ou Musée Lavignie de Carthage", Cahiers de Byrsa, III, 1953, p. 37-38.
- (35) A. Merlin-L. Drapier: La nécropole punique d'Aud el-Khseraib á Carthage", Notes et Documents, III, 1907. P. Cintas, Manuel d'archeologie II... p. 347-387, especialmente 349, 366, 371 373 y 386, S. Tatli, La Carthage punique, p. 219.
- (36) M. J. Vercoutter: Les objets... p. 37-39, P. Cintas, Manuel d'archeologie II... p. 366, 371 y 386, G. Ch. Picard, "Carthage au -- temps d'Hannibal" Studi Annibalici, Cortona, 1964, p. 20-21.
- (37) P. Cintas, Manuel d'archeologie II... p. 335, 365, 371 y 386, C. Picard, "Themes Hellenistiques...", p. 14, idem, "Les representations...", p. 100.
- (38) P. Cintas, Manuel d'archeologie II... p. 348 y 363.
- (39) R. P. Delattre, "La necrópole punique voisine de la colline de Santo Monique, letroisième mois des fouilles", (extracto de Cosmos), 1899, p. 6-7. idem, C.R.A.I., 1898, p. 214, P. Cintas, Manuel d'archeologie II... p. 354, 364-5 y 371.

- (40) P. Cintas, Manuel d'archéologie II, n. 373, E. Acquaro, I rasoi - punici, Roma, 1971, p. 92-111.
- (41) M. Fantar, Carthage... p. 215.
- (42) S. Tatli, La Carthage punique... p. 137.
- (43) Aristóteles, Política, 1272 b-1273 b.
- (44) W. Seston: "Des portes" de Thugga à la "Constitution de Carthage". Revue historique, CCXXXVII, 1967, p. 277 ss.
- (45) T. Harden, "The phoenicians...", p. 63
- (46) G. Garbini, "I fenici...", p. 137, cfr: Supra p. 251 ss
- (47) A. Dupront, "De l'acculturation", XII, C.I.S.H., Viena, 1965, Vol. I, (Rapports), p. 35, notas 20 y 21.
- (48) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 135-139.
- (49) A. Dupront, "De l'acculturation", XII, Congrès International du - Sciences Historiques, I, 1965, p. 35, notas 20 y 21.
- (50) Diodoro XX, 44, 4, Apiano, Libya, 128.
- (51) G. Ch. Picard, Le monde de Carthage, Paris, 1956, p. 49, E. G. Go bert, P. Cintas: "Les tombes de J'bel Miezza", Revue tunisienne, 37-40, 1939, p. 190, P. Cintas, Manuel d'archéologie II, n. 126-127, S. Tatli, La Carthage punique... p. 106.
- (52) R. Martin, L'urbanisme dans la Grèce Antique, Paris, 1956, pl VIII-1, IX, XX, XX-3, XXIII-2, XXIV-2 etc...
- (53) San Agustín, Ep. ad romanos inchoata expox, 13, pl. T. 35, 2096, - cfr: F. Decret, Carthage... p. 11, J. Desanges, "L'Afrique romaine et Libico-berbere", Rome et la conquête du monde méditerranéen. Paris, 1978. p. 653, S. Tatli, La Carthage... p. 165-166.
- (54) A. L. Delattre, Nécropole punique de la colline de St. Louis, Lyon, 1896, p. 79.
- (55) A. Divita, "Influences grecques et tradition orientale dans l'ag - punique de Tripolitaine", H.E.F.R.A. 80, 1968, p. 7-64.
- (56) Estrabón, II, 1, 40; III, 1, 7; IX, 3, 10; XVII, 36, Ptolomeo, I, - 13, 3.
- (57) H. R. Rostovtzeff, Social and Economic history of the Hellenistic World, I, Oxford, 1941, p. 382.
- (58) S. Gsell, H.A.A.N., IV, p. 130.
- (59) CIG, I, 97, cfr: S. Gsell, H.A.A.N., IV, p. 166, C. Nasson, "Recher ches sur les Phéniciens dans le monde hellénistique", H.C.H. 93, - 1969, p. 679-333.

- (60) Apiano, Sicula, I.
- (61) M. I. Rostovtzeff, Social and Economic history I... p. 382-383.
- (62) M. I. Rostovtzeff, Social and Economic history I... p. 383, E. -- Will, Histoire politique du monde Hellénitique, I, Nancy, 1966, - p. 172-173.
- (63) E. S. G. Robinson, Apéndice III a M. I. Rostovtzeff, Historia Social y económica del mundo helenístico II, Madrid, 1967, p. 1488-1491. E. Will, Histoire politique I... p. 157.
- (64) Cfr: Supra p. 247 ss
- (65) G. Ch. y C. Picard, La vie quotidienne... p. 88-89, R. Etienne, - "A propos du "Garum sociorum"". Latomus, XXIX, 1970, p. 304, G. -
- (66) A.Mª Muñoz, "Sobre el comercio cartaginés en España", Pyrenae, 4, 1968, p. 184 ss
- (67) C. Seltman: Greek coins. A history of mettalic currency and coinage down to the fall of the hellenistic kingdoms, London, 1955, p. 249-50, G. Ch y C. Picard, La vie quotidienne... p. 182.
- (68) L. Breglia, "Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete e pesi", R.A.A.L.B.A.N., XXX, 1955, p. 287-293.
- (69) V. Merante, "La Sicilia e Cartagine del V secolo alla conquista romana" Kokalos, XVIII-XIX, 1972-1973, p. 102-103.
- (70) Cfr: Supra p. 198 ss. Un eco de estas intrigas parece ser la destitución de un tal Hanón en Sicilia en el 345 (Diodoro, XVI, 67, 2); - el retorno de Giscón, el hijo de Hanón el Grande, anteriormente - exiliado, después del desastre de Cremsos, (Diodoro, XVI, 81, 3); y la caída en desgracia de Amílcar que había mediado en los conflictos entre Agatocles y Messina y Agrigento, que fue sustituido por otro Amílcar, hijo, este de Giscón (Diodoro, XIX, 70, 71, Justino, XXII, 2 y 3) cfr: G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 151-154. Para las circunstancias en Sicilia durante este período, cfr: P. Leveque, "De Timolcon a Pyrrhos" Kokalos, XIV-XV, 1968-1969, - p. 135-156.
- (71) Diodoro XVI, 67.
- (72) M. J. Fontana, "Fortuna di Timoleonte", Kokalos, IV, 1958, p. 22.
- (73) M. I. Finley, Ancient Sicily, London, 1968, p. 94.
- (74) Plutarco, Timoleón, 34, Cfr: S. Nazzarino, Introduzione alle guerre puniche, Catania, 1947, p. 48-50.
- (75) V. Merante, "La Sicilia e Cartagine...", p. 102.
- (76) Diodoro XIX, 4, 65, 70-71, cfr: M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 101.

- (79) Diodoro, XIX, 103, 8, cfr: R. H. Warrington, Histoire et civilisation de Carthage, Paris, 1961, p. 154, H. I. Finley, Ancient Sicily, p. 104, Sobre Agatocles, cfr: E. Hanni, "Agatocles", Kokalos, XII, 1966, p. 144-162.
- (70) Diodoro, XIX, 103, 104, 106-110, XX, 3, cfr: R. H. Warrington, Histoire et civilisation... p. 155, H. I. Finley, Ancient Sicily, pl 104, V. Morante, "La Sicilia e Cartagine...", p. 103.
- (79) Diodoro, XX, 10, 1-3.
- (80) Diodoro, XX, 43-44, Justino XXII, 3, 7-11.
- (81) Cfr: nota 70.
- (82) Diodoro XVI, 67, 2, Plutarco, Timoleón, 19, Justino, XXI, 4, cfr: G. Ch y C. Picard, Vie et mort... p. 136-139.
- (83) E. Will: "Ophellus, Ptolémée, Cassandre et la Chronologie", R.E.A. 66, 1964, p. 320-323; Idem, Histoire politique I... p. 98.
- (84) Diodoro, XX, 40, 42.
- (85) Diodoro, XX, 43, 44, cfr: H. I. Finley, Ancient Sicily... p. 104, - Sobre los griegos que lucharon en Africa contra Agatocles, cfr: - Diodoro, XX, 29, 30, 38, 39.
- (86) Diodoro, XX, 56, R. H. Warrington, Histoire et civilisation... p. - 161, H. I. Finley, Ancient Sicily, p. 105.
- (87) Diodoro, XX, 79, 5, Justino XXII, 9, 15, R. Van Capernolle: "La clause territoriale du traité de 306-5 conclut entre Agathocles de Syracuse et Carthage", R. B. Ph. H. 32, 1954, p. 395-421.
- (88) R. H. Warrington, Histoire et civilisation... p. 181.
- (89) G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 171-172.
- (90) Diodoro, XIX, 110, cfr: V. Morante, "La Sicilia e Cartagine...", p. 103.
- (91) Diodoro, XX, 61, 5-B.
- (92) C. Picard, "Themes hellénistiques...", p. 12, 18 y 26, 27. F. Cinlas, Manuel d'archéologie II... p. 366.
- (93) Polibio, III, 26, Tito Livio, IX, 43, 26, cfr: F. Cassola, I gruppi politici romani nel III secolo a. C., Roma, 1968, p. 84-88. K. --- Neister: "Der sogenannte Philinosvertrag", R. E. 1970, p. 408-423, R. E. Mitchell: "Roman Carthaginian Treaties", 306 and 279/8 B.C. - Historia, XX, 1971, p. 633-635. Recientemente E. Badian, ha negado su autenticidad, cfr: "Two polybian treaties", Baccollanea di -- Studi classici in onore di E. Hanni I, Roma, p. 161-169.

- (94) Diodoro XXII, 2, cfr: M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 110.
- (95) F. Sartori, Probleme di storia costituzionale italiana, Roma, 1953, p. 87, P. Lévêque, Pyrrhos, París, 1957, p. 247 y 308.
- (96) Diodoro, XXII, 7, Justino, XXIII, 3, 1-10, Plutarco, Pyrrro, 22-24, P. Lévêque, (Pyrrhos, n. 248, 452-460.) no está más de acuerdo - con la interpretación de este autor en cuanto que la intervención de Pirro en Sicilia fue desencadenada por la ofensiva cartaginesa contra los griegos de la isla. De hecho, el sitio de Siracusa - por los púnicos parece responder a su tradicional alianza con --- Agrigento que se encontraba enfrentada de nuevo con aquella, y al deseo de mantener Sicilia dividida. En nuestra opinión los ejérci- los cartagineses intentaban apoyar la situación de Sosístratos en Siracusa. Aún cuando Plutarco (Pyrrro, 22, 5), sostiene que los si- ciliotas habían ofrecido a Pirro la posesión de Agrigento, Siracu- sa y Leontini, se puede pensar que la demanda de auxilio partió - fundamentalmente de Toinon, al que Sosístratos había arrebatado - Siracusa. Ya desde la época de Agatocles, Agrigento se distinguía por su oposición a Siracusa, reuniendo en torno a sí a otras ciu- dades griegas de Sicilia (Diodoro, XX, 56, XXII, 11, 2). Ante la - llegada del epirota, las fuerzas cartaginesas se replegaron a la - Sparchia púnica intentando, sin duda, no despertar una hostilidad que podía poner en peligro sus intereses en Sicilia. Dueño de Si- racusa, Pirro marcha hacia Agrigento, en donde se encontraba So- sístratos (Diodoro, XX, 8, 4), que finalmente le cede sus dominios y sus efectivos militares. No deja de tener algún sentido sospechar que la guerra contra los cartagineses fue utilizada, una vez más, como distracción de las propias ambiciones personales, tal como - ya había sucedido anteriormente (Supra: 190 ss. Al fin los griegos - comenzaron a sentir el peso de la tiranía de Pirro, y las defeccio- nes se sucedieron, solicitando la ayuda de los cartagineses (Pla- tarco, Pyrrro, 23, 5-6).
- (97) Diodoro, XXII, 8-9. Plévêque, Pyrrhos... p. 475-487. E. Will, Histoi- re politique I... p. 109-11, M. I. Finley, Ancient Sicily, p. 110-111.
- (98) Polibio III, 23, cfr: C. Nenci "Il trattato romano-cartaginesei κατά την σύρρου διαβολή", Historia, VII, 1958, p. 263-299. E. Nanni "Roma e Cartagine (κατά την σύρρου διαβολή)", Kokalos IV, 1959, p. 169-173. R. E. Mitchell: "Roman-Carthaginian..." p. 633-655, espe- cialmente p. 644 ss.

- (99) J. Neurgon: Roma y el Mediterraneo Occidental hasta las guerras púnicas, Barcelona, 1976, p. 241.
- (100) Plodoro, XXII, 10, P. Lévêque, Pyrrhos, p. 475-530.
- (101) Cfr: Supra p. 244 ss
- (102) Estrabón, II, 4, 1-2.
- (103) G. Martín: "La supuesta colonia griega de Hemroskopelou. Estudio arqueológico de la zona Denia-Javea", P. L. Arq. V, 3, 1968, E. - Llobregat: "Hacia una desmitificación de la historia antigua de Alicante", R.I.E.A., I, 1969, p. 36-55, especialmente p. 42, idem, Contestania Ibérica. Alicante, 1972, p. 59. J. P. Morel "L'expansion phocéenne en Occident", dix années de recherches (1966-1975), B.C.H., 99, 1975, p. 887.
- (104) H. Almagro Gorbent: "La necrópolis de Medellín (Badajoz), Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura", N. Arq. H. 16, 1971, p. 161-202, especialmente p. 185-191, C. Arcegui: "La cerámica gris monocroma. Evoluciones sobre su estudio", P. L. Arq. V, 11, 1975, p. 323-379.
- (105) F. Villard: La ceramique grecque de Marseille. Paris, 1960, p. 58-68.
- (106) F. Villard: La ceramique grecque... p. 32-35, 56-57, 101-106, J. - Werner: "La Chora massaliote d'après les fouilles recentes", L'Antiquité classique, XXXV, 1966, p. 71-117, G. Vallet, "La cité et son territoire dans les colonies grecques d'occident", Atti di Taranto, VII, 1967, 138-140.
- (107) H. Chavel-Lévêque, Marseille grecque, la dynamique d'un impérialisme, Marseille, 1977, p. 43-48.
- (108) J. Werner, "La Chora massaliote...", p. 71-117, G. Vallet: "La cité et son territoire...", p. 138-140, J. P. Morel: "L'expansion phocéenne...", p. 879-891.
- (109) Tal es por ejemplo, expuesto por G. Trias, cfr: Las cerámicas griegas de la península Ibérica I, Valencia, 1967, p. XLVII.
- (110) F. Villard, La ceramique grecque..., p. 67. G. Trias. Las cerámicas griegas... n. 50-54, y 296.
- (111) Cfr: Supra p. 327 ss
- (112) Polibio II, I, 8, cfr: L. Pericot, La España primitiva, Barcelona, 1950, p. 282, H. Scullard, A history of the Roman world from 353 to 193 B.C. London, 1951, p. 190-193, J. N. Blázquez: "Las relacio



nes entre Hispania y el Norte de Africa durante el Gobierno Bárquida y la Conquista Romana (237-19 a. J.C)" Saitabi, XI, 1961, - p. 23.

(113) Cfr: Supra p. 221 ss.

(114) En la propia Galia "las relaciones de los phocenses con el interior fueron sin duda más modestas, más esporádicas que lo que a menudo se ha imaginado" (J. P. Morel, "L'expansion phocéenne..." p. 881), a la vez que el papel de Ampurias está siendo cada vez más revalorizado (cfr: Y. Solier, "La culture, ibero Languedocienne aux VI<sup>e</sup>-V<sup>e</sup> siècles" Simposi Internacional, Els orogens del món iberic (Ampurias 38-40, 1976-1978), p. 264.

(115) Diodoro, XXV, 10, 1-4.

(116) El mal estado de las finanzas cartaginesas durante la Primera -- Guerra Púnica se revela en el préstamo que los púnicos solicitaron de Ptolomeo II (Apiano Sícula I), G. Ch. y C. Picard, Vie et mort... p. 196, 197 y 210.

(117) cfr: Infra p. 391 ss.

CAPITULO VI.

CARTAGO FRENTE A ROMA.

"En esta empresa, fué la pura voluntad de vencer la - que jugó el papel más importante" (Polibio, I, 1, 59)

Las relaciones entre Cartago y Roma datan, a la luz de nuestra documentación, de finales del siglo VI a. J.C. Durante los dos siglos siguientes ambas potencias siguieron desarrollandose en sus particulares esferas de interés. Pero en el siglo III a. J.C. Roma surgió como el más implacable rival de Cartago. Una rivalidad en la que finalmente los romanos solo considerarían la aniquilación del adversario.

" 1. LA PRIMERA GUERRA CON ROMA. CAUSAS Y CONSECUENCIAS.

Las únicas fuentes que poseemos para reconstruir el conflicto que habría de enfrentar a romanos y cartagineses -

pertenecan exclusivamente al bando del vencedor. La obra de Filino de Agrigento, que escribió una crónica de los hechos desde el punto de vista cartaginés, como aquellas otras de Sosilo, y Sileno, amigos de Anibal, se han perdido en su conjunto por mucho que se invoque que los relatos de Diodoro y de Polibio recogen buena parte de la tradición filo-púnica (1). Ante esta situación, la posición de Cartago frente al historiador que trata de penetrar en las causas del conflicto es de franca desventaja, por lo que es preciso utilizar con suma precaución las informaciones de aquellos que fueron sus más encarnizados rivales, considerando con lógica que en muchas ocasiones pueden ser tendenciosas y estar deformando desde un punto de vista interesado la auténtica realidad histórica.

a. El incidente de los Mamertinos y el desencadenamiento de las hostilidades.

Durante la segunda mitad del siglo IV a. J.C., se desarrolló la expansión de Roma por Italia, más allá de sus límites tradicionales. Hacia el 340 a. J.C., los romanos afirmaban su dominación sobre la Campania, a la vez que se quebrantaba definitivamente la resistencia de la Liga Latina. Las tres guerras Samnitas significaron durante medio siglo un poderoso avance de la expansión romana; con su término en el 290 a. J. C. Roma aparecía como dueña de toda la Italia indígena. El siguiente paso fue someter a la Italia griega, en lo que se vio ayudada por las discordias internas en cada ciudad. En el caso de Tarento, la situación se complicó cuando los demócratas tarrentinos solicitaron el auxilio de Pirro, rey del Epiro. La victoria romana sobre el epirota en el 275 a. J.C. y la incorporación de Tarento a la Federación Itálica en el 272 a. J.C. junto con el restablecimiento del orden en Rhegion en el 270 a. J.C., situaba a Roma en las orillas del Mediterráneo, frente a Siracusa y Cartago (2).

En Sicilia, una banda de mercenarios campanos que habían servido a las ordenes de Agatocles y que se denominaban a sí mismos Mamertinos se habían apoderado después de la muerte del tirano de la ciudad de Messina, masacrando a sus habitantes y repartiendo sus mujeres y sus bienes. Utilizando esta ciudad como base de operaciones extendían sus correrías sobre la fértil llanura de Leontium (3). Mientras tanto en Siracusa había ocupado el poder Hieron, uno de los jóvenes oficiales de Agatocles, que no parecía dispuesto a soportar por mucho tiempo las rapiñas de sus turbulentos vecinos. Una vez que los Mamertinos se sintieron lo suficientemente amenazados por el nuevo poder establecido en Siracusa llegaron a un entendimiento con Cartago, cuyos términos no están en absoluto claros, debido a la oscuridad de nuestras fuentes. Sin embargo, un entente entre estas dos fuerzas en Sicilia parece poder retrotraerse a los tiempos de Pirro, pues según Diodoro de Sicilia juntos habían intentado impedir el desembarco del espirota en la isla (4). Tal entendimiento no tiene, por otra parte, nada de extraño ya que encaja perfectamente dentro de la política desarrollada por Cartago en Sicilia que como hemos visto utilizaba todos los elementos internos disponibles para mantener dividida la isla e impedir el resurgimiento de un fuerte poder expansionista en Siracusa que pudiera amenazar sus intereses. De esta manera, los cartagineses, que en esta época mantenían cordiales relaciones con Siracusa, respondieron a la llamada de auxilio de los Mamertinos, disuadiendo por medio de la diplomacia a Hieron y situando en Messina una pequeña guarnición destacada por el comandante de las tropas púnicas con base en las islas Lipari (5).

La sucesión de los posteriores acontecimientos no está en modo alguno clara debido al carácter fragmentario de nuestra documentación, por lo que renunciaremos a establecer una secuencia cronológica de éstos (6). Dejando a un lado la proba-

ble existencia entre los Mamertinos de una facción partidaria - de obtener la alianza de Roma, y contraria al entendimiento con los púnicos, como quiere Polibio (7), lo que parece cierto es - que, por razones que permanecen oscuras, los Mamertinos, o al menos una parte de ellos, decidieron un buen día prescindir de la ayuda de Cartago y volver sus ojos a Roma. Esta llamada no habría de quedar sin respuesta, poniendo los romanos el pié en Sicilia en abierta violación de los tratados existentes con Cartago (8). La justificación de la historiografía romana fué la de esgrimir la práctica de una política defensiva ante el peligro que representaba tener a los púnicos al otro lado del Estrecho de Messina, frente a las costas de Italia. Los investigadores modernos, aun cuando admiten de una manera general que la Primera Guerra Púnica fué provocada por Roma en abierta violación de los tratados vigentes, invocan a menudo el principio - de la defensa preventiva, al afirmar que instalándose los cartagineses en el Estrecho de Messina se comprometía la seguridad de la Liga Itálico-Romana (9).

No faltan, sin embargo, quienes, como P. Meyer, S. Mazzarino, y J. P. Brissson, ven el caracter puramente agresivo de la actuación romana (10). Por último están quienes consideran como A. Heuss P. Veyne K. Meister y R.E. Mitchell, que el estallido de la guerra entre Roma y Cartago se debió a un desafortunado azar formado a base de concatenación de malentendidos por ambas partes (11). Tal idea ha sido expresamente rechazada por G.Ch. Picard, quien ha señalado que la parte romana, lejos de estar desinteresada en los asuntos de Sicilia y haberse limitado a socorrer la petición de ayuda de los Mamertinos, aspiraba de una manera muy concreta a la conquista de la isla, aún a sabiendas de todos los riesgos que esto entrañaba (12).

Un hecho está claro: la mala fé que presidía la actuación romana no pasó desapercibida para el propio Hieron, que, en palabras de Diodoro de Sicilia, reprochó a los romanos el ser-

virse de sus obligaciones para con sus aliados como pretexto para encubrir sus ambiciones sobre Sicilia (13). El papel de Cartago en todo este asunto fue verdaderamente pasivo, lo que habría de costarle muy caro, y de hecho, los púnicos conservaron durante todo el conflicto una actitud puramente defensiva, la cual constituya el mejor argumento para demostrar su falta de intenciones agresivas respecto a Roma e Italia.

Las investigaciones de J. Heurgón sobre Capua preromana han mostrado como la formación del estado romano-campano había entrañado la admisión de un cierto número de familias campanas en el aparato político romano y la formación de una facción pro-campana en el seno de la nobilitas romana (14). Este cuadro ha sido completado por F. Cassola quien revela la existencia de una tendencia política mediterránea, representada por la facción pro-campana de la nobilitas, que había salido reforzada en sus intereses mercantiles y su prestigio político después de la incorporación de Tarento en el sistema confederal romano, claramente enfrentada con los sectores conservadores que proponían una política tradicional itálica (15). Según esto, la intervención en Messina fue responsabilidad de este partido minoritario, pero ahora muy poderoso, apoyado por las clases populares en contra de la opinión mayoritaria de la oligarquía conservadora. Esta situación minoritaria que como vemos en las fuentes literarias requirió el empleo de la demagogia para obtener el voto popular en contra de la opinión del Senado (16), se debía a que, a pesar de la influencia alcanzada por la facción que inspiraba la política mediterránea de Roma, esta se encontraba dividida en su seno acerca de la oportunidad del momento y del pretexto elegido para actuar (17).

Por otra parte, como se ha señalado, existían fuerzas políticas tradicionales en Roma contrarias a las directrices planteadas por la facción pro-campana, cuyos representantes por excelencia eran los Fabii, partidarios de una expansión te-

territorial hacia el norte. Estos habían retomado la dirección de la república después de la guerra con Pirro. En el año 265 a.J. C., el jefe de esta familia, Fabio Máximo Gurges moría a consecuencia de una herida recibida en el sitio de Volsinii, agitada por una revolución democrática. Como ha subrayado J. Heurgón "en vísperas de la primera guerra púnica, los fastos revelan un súbito eclipse de los fabii -que siempre habían sido proetruscos- y la consolidación de gentes de origen campano, en particular la de los Atilii, cuyos cognomina -Caleni, Calatini, Serrani (Sarani)- atestiguan que provenían de Cales, Caiatia y el valle del Sarno. Los Atilii ejercieron siete veces el consulado desde el 267 al 245 a. J. C., y tres veces seguidas, del 258 al 256 a. J. C. La primera guerra púnica iba a ser su guerra" (18).

De acuerdo con todas estas consideraciones se desvanece la falacia, mantenida por la historiografía romana y algunos autores modernos, que pretenda la inexistencia de responsabilidades romanas en el estallido de la guerra contra Cartago. En este sentido, el resultado de las investigaciones de J. Heurgón y F. Cassola ha sido aceptado e incorporado a sus trabajos por G. Ch. Picard, J. P. Brissson, F. Decret, S. Tatli y B. Combet Farnoux, entre otros, a la hora de explicar las causas y responsabilidades que desencadenaron el conflicto (19).

Dentro de esta facción pro-campana de la nobilitas, verdadero tándem mercantilista en opinión de G. Ch. Picard, se van a destacar dos familias como conductoras de las hostilidades contra Cartago: en primer lugar aquella de los Claudii, romanos ligados a los intereses mediterráneos de los campanos, cuyo gran representante fue el consul Claudio Caudex, y en segundo, la de los Atilii, de los que Regulo fue el más famoso representante (20).

Volviendo a los hechos, la petición de ayuda de los Mamertinos permanece bastante oscura sin que podamos precisar



con claridad sus causas. De la lectura de Polibio, Zonaras y Dion Casio, se desprende una sola cosa con claridad: la opinión en Messina estaba dividida entre una facción pro-púnica y otra pro-romana (21). En Roma la solicitud de los Mamertinos fue recogida con frialdad entre el Senado que después de largos titubeos decidió rechazar el llamamiento (22). Es en este momento que la situación fue forzada por uno de los cónsules, Apio Claudio Caudex, para conseguir el apoyo popular en favor de la intervención mediante planteamientos demagógicos que entremezclaban la amenaza que supondría para Italia tener a los cartagineses instalados en el Estrecho de Messina y la consecución de riquezas y prestigio político mediante la guerra (23). Todo esto parece responder a la realización de un plan ya concebido de antemano y no sería extraño como quiere G. Giannelli que la petición de los Mamertinos hubiera tenido algo que ver con la intervención de agentes romanos (24). De la misma manera, cabría preguntarse con G. Ch Picard, si se trató de una simple casualidad que el comandante de la guarnición romana destacada en Rhegión, al que los de Messina solicitaron la protección de Roma, fuera pariente del consul Claudio (25) F. Cassola reconoce, en fin, que en Messina ni la facción pro-romana, ni la pro-cartaginesa tenían una neta preponderancia sobre sus contrarios, por lo que el triunfo de la primera respondería, en un momento dado a "un influxo esterno" (26).

Por nuestra parte, consideramos convincente la idea de que los intereses mediterráneos de la facción pro-campana de la nobilitas fueron la causa que desencadenó el conflicto. Junto a estos intereses habría que añadir quizá, como piensa J. P. Brisson, la necesidad de impedir el resurgimiento de Siracusa bajo Hierón, que se podía convertir en un rival inquietante que ya había intentado federar alrededor suyo a las ciudades griegas de Italia, sometidas ahora a la autoridad de Roma (27).

Ante la inminencia de la intervención romana en el 264 a. J. C. cartagineses y siracusanos hicieron un frente común. Un ejército púnico y otro griego acamparon ante los muros de Messina, mientras llegaba el consúl con sus tropas. En una demostración de buena fe, con el fin de manifestar su voluntad de paz y evitar a toda costa la ampliación del conflicto, el almirante cartagines restituyó las naves romanas que habían sido capturadas durante la travesía del Estrecho.(28). Lejos de conmoverse, el cónsul romano, alegando que los Mamertinos eran aliados de Roma y que Messina estaba sitiada, proclamó el estado de guerra. La propia historiografía romana señala la iniciativa personal de Apio Claudio en la declaración de la guerra, lo que no se comprende bien si hubiera actuado simplemente como portavoz del Senado y el pueblo (29).

La guerra había sido impuesta tanto a Cartago y Siracusa como a la propia Roma, por un sector minoritario de la nobilitas, que se apoyaba en las capas populares para oponerse a la política tradicional de los Fabii. Este sector estaba representado por el partido que en el conflicto con Pirro se había opuesto a cualquier clase de negociación, y cuyos intereses económicos y los de las familias campanas que representaban se vinculaban con una expansión mediterránea, cuyo primer paso, después de la sumisión de la Magna Grecia, era el de poner pie en Sicilia.

El pretexto de los Mamertinos, tan ventajosamente manipulado, violaba abiertamente las convenciones existentes con Cartago. Si bien Polibio dudaba de la autenticidad del tratado del 306 a. J. C., transmitido por Filino de Agrigento, y en el que se estipulaba que Roma se abstendría de intervenir en Sicilia y Cartago de intervenir en Italia, Tito Livio y otros autores posteriores parecen haber tenido conocimiento de él y considerarlo auténtico, cuando afirman que la presencia de la flota púnica en aguas de Taranto en el 272 a. J. C., violaba los tra-

tados existentes (30). Por otra parte, una lectura atenta del tratado concluido cuando la guerra con Pirro, citado igualmente por Polibio, muestra, como han señalado K. Meister y R. Mitchell, que este último hacía precisamente una excepción a las anteriores condiciones, autorizando en la eventualidad de la guerra común contra el epirota, a operar a cada uno en los territorios sometidos al otro (31). La realidad para los contemporáneos de los hechos era bien patente: tanto para Filino, como para Hierón, Roma intervenía en Sicilia en abierta violación de los seuer dos internacionales existentes (32).

La actuación de Cartago, una vez declarada la guerra, fue en todo momento defensiva. Los cartagineses habían aprovechado la partida de Pirro para recuperar la hegemonía sobre su eparchia siciliota, y ciudades como Agrigento se encontraban de nuevo bajo su influencia (33). Ante la subida al poder de Hierón, los púnicos prefirieron tenerlo desde el primer momento como amigo. Pero cuando el nuevo líder llegó a amenazar seriamente la existencia de los Mamertinos, antiguos colaboradores de Cartago contra Pirro, se produjo la mediación cartaginesa en el conflicto que enfrentaba a Messina y Siracusa con el fin de "continuar su juego de mantener Sicilia dividida" (34). No existían por tanto, deseos de dominación sobre toda la isla, sino tan solo de frenar cualquier intento expansionista y de evitar la presencia de factores externos que pudieran alterar el equilibrio de fuerzas existente y amenazar los intereses de Cartago en Sicilia.

Desde esta óptica se entiende mejor el cerco de Messina por los ejércitos púnicos y siracusanos, con el fin de debilitar la posición interna de la facción pro-romana entre los Mamertinos y disuadir a sus aliados de Italia de intervenir en los asuntos internos de Sicilia. La guarnición púnica había abandonado sin resistencia la ciudad y las negociaciones fueron emprendidas a iniciativa de Cartago, aunque fracasaron ante la decla-

ración de guerra del cónsul romano (35). Al fin y al cabo, la pérdida del control sobre Messina, que solo poseía desde hacía poco tiempo, no suponía para Cartago nada desastroso, y era preferible buscar una solución pacífica a un conflicto que podía poner de nuevo en peligro el equilibrio mantenido en Sicilia con tanto esfuerzo.

#### b. La guerra en Sicilia y la expedición de Regulo.

Los mayores esfuerzos del ejército expedicionario romano fueron dirigidos contra las tropas de Hierón, y cabría preguntarse ante los acontecimientos posteriores si tal actitud no obedecería a un plan preconcebido, y si solo respondía a las necesidades y circunstancias del momento.

Liberada Messina, la guerra no concluyó, como habría sido de esperar si los móviles que impulsaban a Roma eran tan solo los de ayudar a sus aliados. Por lo demás, la actuación romana del 264 a. J. C. en Sicilia no parece haber sido todo lo triunfal que pretende Polibio. Los ecos de la tradición filopúnica recogidos por este mismo autor, y posteriormente por Zonaras, plantean serias dudas al respecto (36). De hecho, el cónsul no celebró el triunfo a su regreso a Roma, como ha señalado J.K. Beloch, quien junto con De Sanctis y J. P. Brisson, cuestiona en este punto el triunfalismo presente en la historiografía romana (37).

Al año siguiente, 263 a. J. C., dos nuevos ejércitos consulares desembarcaban en Sicilia y ponían sitio a Siracusa. Al igual que en la campaña anterior los cartagineses no mostraron particular celo en socorrer a su aliada. Aunque una flota púnica vino en socorro, según Diodoro de Sicilia, de la ciudad, no habían intentado, como el año anterior, impedir el desembarco de los romanos, y su presencia parece más encaminada a hacer de alistar a Hierón de un pacto unilateral con los invasores. Intentaban quizá de esta manera no atraerse directamente las hos-

tilidades de los romanos. Es posible incluso que Cartago no viera con malos ojos el conflicto que enfrentaba a Hierón con Roma. La experiencia había demostrado que una vez consolidado su poder, los caudillos helénicos se volvían muy peligrosos para los intereses púnicos en Sicilia (38). Era de esperarse que bajo la presión romana las tensiones internas de Siracusa que aparecen vagamente dibujadas en las fuentes literarias -descontento de los siracusanos, según Diodoro de Sicilia; contactos entre estos -y el ejército romano, según el testimonio de Zonaras- estallarían anegando el poder de Hierón y dejando una ciudad dividida que no representaría ningún peligro serio (39). Que estos probables cálculos de los cartagineses no andaban del todo desencaminados parece sugerir el hecho de que Hierón, ante las dificultades y presiones internas, decidió llegar a un entendimiento con los romanos. A partir de entonces su posición se consolidó bajo la protección de Roma, reinando de por vida en Siracusa durante cincuenta años, y tan solo tras la muerte de éste la ciudad se volvió a aliar con Cartago durante la Segunda Guerra Púnica, con lo que pretendía restablecer el régimen republicano (40).

La nueva situación planteada tras la alianza Roma-Siracusa echaba por tierra todas las esperanzas de los cartagineses, y la defección de Segesta, amiga tradicional de los púnicos, marco el límite a partir del cual Cartago comenzó los preparativos de guerra (41). No obstante, la iniciativa partió una vez más de los romanos. El sitio de Agrigento, convertida en base de operaciones de los cartagineses, que es justificado por Polibio desde la habitual óptica de que la mejor defensa consiste en atacar primero, y durante el cual los ejércitos consulares fueron abastecidos con singular celo por Siracusa, muestra bien a las claras cuáles eran las verdaderas intenciones de Roma respecto a la eparchia púnica de Sicilia (42). La caída de Agrigento a comienzos del 261 a. J. C., mostraba que la única solución del conflicto habría de ser, por el momento, la militar. Esta pérdida no era sin embargo desastrosa. El ejército

cartagineses había conseguido abandonar en orden y sin pérdidas la ciudad cercada, y Cartago mantenía sus sólidas posiciones occidentales, Lilibeo, Panormo y Drepano. Durante todo este año los contendientes permanecieron en un estado de expectativa. Cartago, atrincherada en sus posiciones bien defendidas, mantenía una política defensiva; Roma, por su parte enviaba a Sicilia dos nuevos consules: L. Valerio Flaco y T. Octavio Craso, de quienes se ha señalado que su estrecho parentesco con los del 263 a. J. C. manifestaba la voluntad inequívoca de proseguir una política agresiva en Sicilia (43).

Pero el grueso de los esfuerzos romanos fue dirigido a la creación de una flota militar, habida cuenta de la supremacía de los púnicos en el mar, empresa que fue promovida por C. Cornelio Escipión, al que había de suceder en el consulado su hermano L. Cornelio Escipión, pertenecientes, como ha mostrado A. Toynbee, a una familia enfrentada con la concepción del Estado aristocrático representada por los sectores conservadores de la nobilitas (44).

Durante los cinco años siguientes, las operaciones navales gozaron de primacía sobre los combates terrestres. En el 256 a. J. C., ambas partes se encontraban desgastadas y equilibradas por la duración y los gastos de la contienda. Mientras tanto, en Sicilia se desarrollaba una larga guerra de desgaste con victorias y derrotas alternativas, que no modificó sensiblemente las posiciones de ambos contendientes. Algunas ciudades como Enna y Camarina, que en un principio se pusieron del lado romano, volvieron pronto a la alianza con los púnicos. La crueldad mostrada por los ejércitos de Roma tras la toma de Agrigento, cuyos habitantes fueron vendidos como esclavos, determinó que otros tantos permanecieran fieles a Cartago. Por lo demás, la resistencia de las plazas de Panormo, Drepano y Lilibeo bastaba para oscurecer los éxitos romanos y asegurar una respuesta por parte de los cartagineses (45).

A partir del 258 a. J. C., la facción pro-campana que había desencadenado la guerra, intentó dar un nuevo impulso a esta. Desde el año 260 a. J. C. los Atilii, pertenecientes a una de las familias campanas que habían sido admitidas en el Senado romano, ejercieron la dirección de las operaciones bélicas, alcanzando el consulado durante cinco ocasiones (46). En el 256 a. J. C., era elegido cónsul M. Atilio Regulo, quien ensayó, imitando el ejemplo de Agatocles, llevar la guerra a Africa con la intención de darle un impulso decisivo que garantizara la victoria final para las armas romanas (47).

No obstante, la actuación de Regulo, que daba al traste con toda esperanza de llegar a una pronta salida pacífica del conflicto, contaba con la oposición de una gran parte de la nobilitas, según se desprende de los siguientes hechos: después del desembarco del ejército expedicionario romano, el Senado ordenó volver a Roma al cónsul L. Manlio Vulso con parte de las tropas, con lo que Regulo permaneció solo en el territorio africano enemigo con sus dos legiones. La figura de este último se situó en el centro de una viva polémica: un sector de la historiografía antigua lo describe coronado por una aureola de gloria, pero solo en época tardía, mientras que otro, muy difundido, realiza una amplia crítica de su figura y considera bien merecido su trágico fin, todo lo cual ha sido destacado por F. Cassola (48).

A pesar del fracaso de Regulo, motivado en gran parte por su intransigencia en las negociaciones propuestas por Cartago, los Atilii consiguieron mantenerse durante un tiempo en la dirección de la guerra. En el 254 a. J. C. los cónsules A. Atilio Calatino y C. Cornelio Escipión, que habían influido decisivamente en la creación de una nueva flota, se apoderaron en Sicilia de Panormo, capital de la eparchia púnica (49). El éxito fue utilizado por la facción pro-campana para consolidar sus posiciones. Pero a partir de ahora se va a producir un re-

leve en la cúspide de esta facción de la nobilitas. En el 249 a. J. C. era elegido consul A. Claudio Pulcher que sufrió una estrepitosa derrota al frente de la escuadra romana ante Drepano. La facción conservadora de la nobilitas dirigida por los Fabii supo sacar consecuencias provechosas de este acontecimiento. Desde tiempo atrás, los Fabii iban recobrando paulatinamente su influencia y el Senado ralentizaba desde el 252 a. J. C., el ritmo de las construcciones navales, escamoteando los presupuestos. Al mismo tiempo, una campaña de opinión fue dirigida contra los Claudii, que fueron acusados de impiedad. Todas estas maniobras dieron sus frutos y a partir del 247 a. J. C., los Fabii conseguían tres consulados consecutivos (50). A partir de ahora la guerra iba a cambiar de signo.

c. El fin de la guerra. Revuelta de los mercenarios y pérdida de Cerdeña.

Desde este momento los ejércitos consulares operaron en Sicilia bajo el mando de los proconsules, mientras que los cónsules desarrollaban una política de colonización de la Etruria meridional, región en la que desde antiguo se centraban los intereses de la nobilitas conservadora, al tiempo que se consagraba el menor esfuerzo humano y económico posible para la guerra contra Cartago, y la flota no era reconstruida (51).

Este relajamiento por parte de Roma significó la inclinación de la balanza en favor de Cartago. Las tropas púnicas dirigidas ahora por un jefe emprendedor e inteligente, Amilcar Barca, comenzaron a recuperar las posiciones perdidas en Sicilia, desarrollando una auténtica estrategia de guerrillas, al tiempo que los corsarios cartagineses hostigaban las costas itálicas (52).

Ante este estado de cosas, en Roma se decidió la construcción



de una nueva flota. La superioridad naval de los cartagineses era incuestionable y la reciente experiencia demostraba que mientras Cartago se mantuviera dueña de los mares no se podía soñar con una definitiva victoria romana. La política inspirada durante estos años -del 247 al 241 a J. C.- por los Fabii, encaminada a mantener las posiciones de Roma en Sicilia y a prolongar el conflicto hasta que por desgaste del adversario se llegara a una convención digna que pusiera fin a la contienda, había fracasado estrepitosamente. En sus calculos no se había previsto la ofensiva desencadenada por Amilcar que iba recuperando posiciones y no se mostraba propicio a solicitar la paz. El paso de una política meramente defensiva a un autentico contrataque por parte de los cartagineses desvanecía de esta manera la esperanza de llegar a un arreglo que no fuera desventajoso ni deshonoroso para Roma (53).

Es de esta manera que la facción pro-campana decidió realizar un último esfuerzo. Según Polibio no había reservas en el tesoro público para realizar el proyecto de la construcción de una nueva flota. Fue entonces que algunos grandes ciudadanos de Roma decidieron sufragar los gastos de su propio bolsillo, con la condición de que les fuera reembolsados si las operaciones se desarrollaban con éxito, según ellos mismos calculaban (54). No parece muy dudoso que los pro-campanos, que habían dirigido la guerra hasta el desastre de Drepano, consiguieran imponer de nuevo su punto de vista, como piensa G. Ch Picard, ante un Senado y un pueblo descorazonados por la duración del conflicto y la imposibilidad de ponerle término (55).

La nueva flota fue encomendada al mando del cónsul del 241 a J. C., C. Lutacio Catulo, que obtuvo un resonante triunfo echando a pique un convoy militar enviado por Cartago a Sicilia en las islas Aegates. Esta victoria romana en el mar habría de marcar el fin de la guerra, al que se llegó poco después en unas condiciones, que si bien fueron más moderadas que

las que años atrás había exigido Regulo en Africa, no dejaron de exasperar a Amilcar, a quien tocó el triste papel de representar a su gobierno en un armisticio no deseado por él(56).

"La amistad es concluida entre Cartago y Roma en las siguientes condiciones: Cartago evacuará toda la Sicilia, no hará guerra a Hierón y no tomará las armas contra Siracusa, ni contra sus aliados, Cartago devolverá todos los prisioneros a Roma sin rescate y deberá satisfacer una indemnización de guerra de dos mil doscientos talentos euboicos en un plazo de veinte años", rezaban los terminos del tratado que ponía fin a la guerra(57).

Roma agravaría posteriormente las cláusulas financieras del acuerdo, reduciendo a diez años el plazo para pagar la indemnización y aumentandola en otros mil talentos. Así mismo, Cartago debería abandonar las bases situadas en las islas entre Sicilia e Italia (58).

Aún así, las condiciones, pese a su dureza, eran aceptables si se piensa que Regulo había exigido en su día también Cerdeña y pretendido reducir la flota y el ejército cartaginés a una fuerza auxiliar puesta al servicio de Roma. Amilcar había conseguido, por lo demás, la libertad para él y sus hombres, así como para los de Giscon, el comandante de la plaza de Lilibeo (59).

La paz habría de tener sin embargo para Cartago funestas consecuencias: la conocida revuelta de los mercenarios y la cínica anexión de Cerdeña por parte de Roma. Respecto a la primera, los insurgentes, molestos por la falta de pago de las soldadas atrasadas, a los que se unieron los libios sometidos por Cartago, y las ciudades de Utica y Bizerta, solo pudo ser sofocada, tras la desafortunada política del gobierno púnico, tras un esfuerzo titánico del que la mayor parte del mérito recae sobre Amilcar Barca (60). A esta insurrección se añadió la de los mercenarios de los cartagineses estacionados en Cerdeña, igualmente descontentos, que solicitaron el concurso de Roma. La petición fue rechazada por el Senado romano que de la

misma manera rechazó la petición de la sublevada Utica y prohibió a los comerciantes romanos abastecer a los enemigos de Cartago, encomendándoles, en cambio, abastecer la ciudad (61).

La buena voluntad de Roma duró poco. En el 237 a. J. C., el Senado aceptaba el llamamiento de los sublevados en Cerdeña y contestaba a los preparativos militares de Cartago, que ya había restablecido la situación en Africa derrotando a los rebeldes, con un ultimatum: la intervención cartaginesa en Cerdeña sería considerada como un nuevo casus belli (62). Ante la posibilidad de un nuevo conflicto, Cartago hubo de renunciar a la isla y pagar una nueva indemnización de mil doscientos talentos, si quería evitar una nueva guerra para la que no estaba en modo alguno preparada.

¿Que fué lo que motivó este cambio de conducta en Roma, que no encontró siquiera la justificación de Polibio, para quien los cartagineses fueron obligados en contra de toda justicia a renunciar a sus derechos sobre Cerdeña? (63). B. H. Warmington ha argumentado la formación en Roma desde el fin de la guerra de una fuerte corriente de opinión pública, según la cual se habían sacado pocos beneficios de los esfuerzos desarrollados durante tanto tiempo en la lucha contra Cartago (64). Para B. Caven, que expone su opinión en un reciente trabajo sobre las guerras púnicas, no habría que pensar en un cambio radical de opinión dentro del Senado romano. Aunque este autor considera la existencia desde antiguo de voces que clamaban en Roma ante el peligro que suponía una Cerdeña controlada por los púnicos, la actuación habría sido dictada según él "rather by expediency and a certain nervousness about the future than any deep-seated hostility towards Carthage, much less by any long-term plan for the dismemberment of her empire" (65). En opinión de J. P. Brisson y F. Decret, el cambio de actitud del Senado romano respecto a Cerdeña estaría directamente relacionado con el debilitamiento del regimen oligárquico en Cartago y la as-

censión de las aspiraciones democráticas, acaudilladas por Amilcar Barca, verdadero triunfador en la Guerra de los Mercenarios. El partido representado por los Barquidas no estaría dispuesto a abandonar los intereses comerciales tradicionales de Cartago, y esto podía representar un peligro para la oligarquía romana (66). Tal es la hipótesis elaborada también con anterioridad por G. Ch Picard, para quien con la anexión de Cerdeña y la nueva indemnización de mil doscientos talentos, los capitalistas campanos y la facción que los apoyaba en la nobilitas intentaban arruinar definitivamente los últimos trazos de un desarrollo comercial e industrial de Cartago, privando a armadores y fabricantes de los capitales necesarios, a la vez que se intentaba desconsiderar a Amilcar, haciéndole arrastrar las responsabilidades de una segunda humillación nacional (67).

La cuestión reside en precisar el alcance de los intereses mediterráneos de Roma. La existencia de un activo comercio romano se desprende de las mismas fuentes que nos informan sobre el aprovisionamiento, primero a los rebeldes y luego a Cartago durante la Guerra de los Mercenarios, lo que ha sido ya puesto de relieve por F. Cassola (68) Y el problema está en ver si estos intereses comerciales ejercieron un peso decisivo sobre la actuación de Roma, como piensa G. Ch Picard.

La influencia de la facción pro-campana fue debilitándose progresivamente después de la guerra, aunque los Attilii aún consiguieron alguna magistratura durante los diez años siguientes. En el 241 a. J. C., M. Fabio Buteo, que había ya sido cónsul en el 245 a. J. C., alcanzaba la magistratura suprema de la censura. Algunos años más tarde entraba en la escena política un hombre que habría de jugar un papel de primer plano durante más de treinta años, escalonando cinco consulados desde el 233 al 209 a. J. C.: Quinto Fabio Máximo. Mientras tanto, el clan de los Cornelii, artífices de la flota romana durante el pasado conflicto, partidarios de la expansión medite

rránea y enemigos de la idea del Estado desarrollada por los conservadores Fabii, luchaba por abrirse camino político. Durante la Segunda Guerra Púnica fueron los más genuinos representantes del imperialismo romano. ¿Se trata pues de una casualidad que inmediatamente después de la anexión de Cerdeña los Cornelii de las dos ramas, Scipionii y Lentulii, habían suplantado momentáneamente a sus antagonistas en el favor de los comicios? (69). Como más adelante veremos, los Cornelii se encontraban estrechamente vinculados a los negotiatores itálicos y romanos, por lo que parece más que probable que fuera así la presión desarrollada por este grupo económico la que impulsó el cambio de opinión en el Senado romano precipitando la anexión de Cerdeña, con lo que se desmentelaba definitivamente la presencia mediterránea de Cartago, objetivo primordial de esta facción desde los tiempos de la guerra.

## 2. LOS FACTORES INTERNOS EN ROMA Y CARTAGO.

La posición mantenida por Roma y Cartago durante el conflicto que les enfrentó desde el 264 al 241 a. J. C. fue decisiva para el desenlace final de la contienda. En líneas generales, Cartago adoptó una postura defensiva, con excepción del impulso dado durante la fase final de la guerra en Sicilia por Amilcar Barca. La de Roma fue claramente ofensiva, salvo el breve periodo dominado por los Fabii. La respuesta a tan distintos planteamientos reside en las condiciones políticas internas de las respectivas repúblicas.

### a. Los factores internos en Cartago.

Desde finales del siglo V a. J. C., las condiciones políticas de Cartago habían ido evolucionando con el acceso al poder colegiado de la oligarquía, en detrimento de las antiguas familias aristocráticas, a raíz de la expansión territorial por Africa (70). Esto significó, en primer lugar un cambio de acti-

tud para con los aliados, que entrañaba una dependencia mucho más directa de aquellos hacia Cartago, lo que se manifestó en la sublevación de Utica y Bizerta durante la Guerra de los Mercenarios y en el término que emplea Polibio para definir en el tratado entre Aníbal y Filipo V de Macedonia, "a todos los pueblos sometidos a Cartago, que viven bajo las mismas leyes": hyparchoi, frente al anterior eparchia utilizado por las fuentes (71) "The verbal shift is small but the real change great" ha escrito recientemente C. R. Whittaker (72).

En segundo lugar, al no ser la expansión comercial ultramarina el único elemento capaz de proporcionar las bases del control político a las grandes familias de Cartago, el mantenimiento de los intereses púnicos en Sicilia no era considerado por todos como una necesidad imprescindible si entrañaba un coste que era considerado excesivo. Buena parte de la postura de Cartago durante la guerra con Roma estuvo condicionada por esta división de opiniones.

A pesar de las deficiencias de nuestra información, tanto por su carácter fragmentario como por pertenecer exclusivamente al bando de los rivales de Cartago, se desprende de ella la existencia de querellas intestinas en la oligarquía púnica. Basta recordar lo que al respecto señala G. Ch Picard: "En los primeros años de la guerra las sanciones siempre atroces emprendidas por esta jurisdicción (el Tribunal de los Ciento Cuatro) podían parecer relativamente justificadas: así en el 264 el comandante de la ciudadela de Messina, Hanon, fue crucificado por haber entregado sin combate la plaza a los romanos que le habían hecho prisionero por sorpresa. Pero, a partir del 250, los desgraciados generales fueron ajusticiados cuando no eran culpables más que de mala suerte o de impericia, Asdrubal en el 250 por no haber podido reconquistar Palermo (Panormo), en el 241 Hanon, vencido en las islas Aegates. Lo peor era que jefes verdaderamente culpables podían evitar, o atenuar el castigo mediante las intrigas políticas: en el 261 un otro Hanon,

habiendose mostrado incapaz de socorrer Agrigento fue solamente amonestado; Anibal de Agrigento, despues de haber perdido su flota en Mylae (260), se libra del proceso por una treta tan grosera que no podía engañar más que a aquellos decididos a aceptar no importa que pretexto" (73).

Los textos antiguos parecen reflejar la existencia, por lo menos desde la última fase de la guerra, de dos facciones opuestas dentro de la oligarquía de Cartago: una facción dirigida por Amilcar Barca, representante de los tradicionales intereses comerciales de los púnicos, y enemigo de capitular, ante el adversario; otra, representada por Hanon II el Grande, líder de los latifundistas cartagineses, partidarios de un entendimiento con Roma y cuyos intereses económicos se centraban en la ampliación y explotación de los territorios africanos (74). Durante la Guerra de los Mercenarios las fuentes recogen los ecos de la rivalidad que enfrentaba a estos dos personajes, y que tan solo fue superada circunstancialmente ante la necesidad de una acción conjunta ante el enemigo común (75). Según Apiano, Amilcar habría sido incluso procesado, una vez sofocada la revuelta, pues se le pedían cuentas de su gestión como comandante en Sicilia y se le acusaba de haber provocado la rebelión a causa de las desmedidas promesas que había hecho a sus mercenarios (76). Pero esta afirmación parece responder a una tradición recogida por una fuerte corriente historiográfica ampliamente hostil a los Barquidas, que tiene su punto de partida probablemente en Fabio Pictor. Los representantes de esta corriente, entre los que podemos destacar a Tito Livio, Apiano, Cornelio Nepote y Dion Casio, van a atribuir, de una manera u otra, un odio profundo a los Barquidas hacia Roma que alimentaba la necesidad de una revancha, así como toda una serie de ambiciones de carácter monárquico, descargando sobre ellos la responsabilidad entera en el estallido de la Segunda Guerra Púnica, iniciativa personal de estos generales que no contaba con la aprobación de la oligarquía cartaginesa, con

la que nos los presentan amenudo enfrentados (77).

Aún así la existencia de un enfrentamiento entre las facciones dirigidas por Amilcar Barca y Hanon parece un hecho incuestionable en la historia interna de Cartago durante esta época, según se desprende del testimonio de las fuentes literarias (78). Lo que ya no parece tan claro es que esta recíproca hostilidad estuviera fundamentada simplemente en la existencia de intereses económicos antagónicos, según se desprende de la evidencia aportada por algunos datos. El propio Amilcar se encontraba comprometido en la expansión cartaginesa por Africa, como parece sugerir la afirmación de Cornelio Nepote en el sentido de las nuevas tierras por él conquistadas para Cartago después de la Guerra de los Mercenarios (79). De la misma manera, según Diodoro de Sicilia su yerno Asdrubal sometió posteriormente a los Numidas, obligándoles a pagar un tributo (80). También sabemos por Tito Livio y Plinio que la familia Barquida poseía grandes propiedades dedicadas a la producción de aceite cerca de Thapsa (81).

Según esto, la rivalidad que enfrentaba a Hanon y Amilcar parece más haber sido el fruto de hostilidades heredadas, de ambiciones personales, de conceptos enfrentados acerca de la política exterior de Cartago, que de intereses económicos opuestos. El partido de Hanon estaba decidido a renunciar a la política mediterránea cartaginesa y a buscar un entendimiento con la oligarquía conservadora que ahora dominaba la política romana. Como ha puesto de relieve F. Decret: "La facción influyente representada por Hanon el Grande estaba dispuesta a establecer estrechas relaciones con Roma, y encontraba sin esfuerzos ambiciones semejantes a las suyas en las posiciones prouducentes defendidas por los elementos del patriciado conservador, tal como la gens de los Fabii. Las complicidades se anunciaban ricas de promesas, para favorecer los intereses mutuos" (82). Por el contrario, la facción Barquida, sin renunciar a los intereses africanos, recogía la herencia tradicional de la poli-



tica mediterranea de Cartago, ligada a los intereses económicos comerciales que aseguraban, mediante la obtención de las materias primas de Occidente, la independencia económica y política de la ciudad, fundamentada en su caracter de indiscutible potencia marítima en el Mediterráneo. Cuando la infraestructura necesaria -puertos de comercio propios, aliados o sometidos a un control indirecto- desapareció como consecuencia de las cláusulas que ponían fin a la guerra con Roma, y de la posterior perdida de Cerdeña, Amilcar Barca, lejos de renunciar a este sistema económico tradicional, reemplazó los medios de control indirecto que los habían posibilitado por otros que implicaban un control directo de las regiones occidentales cuyas materias primas eran necesarias para la total independencia económica de Cartago (83).

Tal diferencia de concepciones había de dejar sentir su peso en la guerra contra Roma. Mientras Cartago mantenía en Sicilia una postura puramente defensiva, impulsada tan solo por la actuación de Amilcar, en Africa Hanon el Grande se encargaba de ampliar la extensión de los territorios sometidos a los púnicos, lo que le valió ser nombrado comandante de los ejércitos cartagineses en Africa (84). La facción dirigida por Hanon debió influir en gran manera en la decisión de poner fin a una guerra que exigía un esfuerzo financiero considerable y que había arruinado las arcas del estado púnico. Esta crítica situación económica se manifiesta en el préstamo de dos mil talentos -solicitado por Cartago a Ptolomeo II Filadelfo-, y en la imposibilidad de pagar las soldadas atrasadas de los mercenarios tras el final de la guerra (85). Aún así, el desastre naval de las islas Aegætes no asestaba un golpe mortal a las posiciones de los cartagineses en Sicilia, fieramente defendidas por Amilcar, por lo que la intervención de los oligarcas dirigidos por Hanon debió jugar un importante papel en la resolución del conflicto, aceptando las condiciones impuestas por Roma. Amilcar que se había encontrado practicamente solo en su lucha contra

los invasores hubo de aceptar finalmente a regañadientes la decisión de su gobierno de firmar la paz, entregando al enemigo una Sicilia que él no había dado nunca por perdida (86).

La propia concepción de la guerra entre los cartagineses ayudó también al desastre final de estos. Para los púnicos la guerra no era sino una prolongación en el plano militar de sus negocios, de sus actividades económicas fundamentales, y nunca entendida, a diferencia de Roma, cuya única alternativa posible era la victoria, como un conflicto en el que solo cabía la derrota incondicional del enemigo. Esta fue una de las causas que precipitó el desastre de su política defensiva en Sicilia frente a la obstinación de los Atilii y los Cornelii de ganar la guerra cuando en realidad bastaba con no perderla; uno de los malos hábitos de la oligarquía romana, en palabras de P. Veyne (87). Aún la ofensiva desencadenada por Amílcar obedecía a la necesidad de reconquistar las posiciones perdidas, y no a la de aniquilar al adversario, a la vez que las operaciones navales de rapiña sobre las costas itálicas, emprendidas ya después de la caída de Agrigento, y continuadas durante la intervención de Amílcar en Sicilia (88), eran más en realidad medidas de presión destinadas a obligar al enemigo a emprender las negociaciones, y una forma de obtener botín, que acciones emanadas de una auténtica política agresiva contra Italia.

La conjunción final de estos dos elementos -desinterés por Sicilia de la facción de la oligarquía púnica dirigida por Hanon, en vista de los costos que resultaba su mantenimiento dentro de la órbita cartaginesa, y la política puramente defensiva de Cartago durante la guerra, que surgía de sus propias concepciones militares- habría de dar finalmente la victoria a Roma.

#### b. Los factores internos en Roma.

La discusión en torno al problema de un imperialismo

mo romano en esta época ha producido una abundante bibliografía. De una manera general diremos que las posiciones se resumen entre aquellos que advierten un contenido imperialista en la actuación de Roma durante este periodo, y los que niegan tal contenido y tratan de explicar su actuación desde el punto de vista de los conflictos que planteaba su política interna.

Dentro del primer grupo hay que distinguir entre - quienes piensan en un imperialismo en el sentido de deseo de - hegemonía sobre otros pueblos, y los que ven en la actuación - romana, un imperialismo de contenido económico. La segunda de estas posturas es la que ha tenido menor repercusión a la hora de explicar el carácter de la actuación exterior de Roma, además de haber servido como punto de partida para una ya larga discusión sobre el tema. Desde esta última óptica, J. Heurgon ha resaltado el origen campano de los Atilii, que tan destacado papel jugaron durante la guerra contra Cartago, subrayando el interés económico de estos elementos sobre Sicilia (89). F. Cassola ha proseguido en esta línea, poniendo de relieve la - existencia de un sector político en Roma cuyos intereses comerciales se identificaban con aquellos de los aliados itálicos y griegos, y que si no estaba siempre en condiciones de imponer su punto de vista en el Senado, si podía en ocasiones influir sobre las decisiones de éste, si bien considera que no se puede aplicar el término imperialista hasta la Segunda Guerra Púnica (90). Por su parte, G. Ch. Picard llega más lejos al afirmar la existencia de un auténtico "lobby" comercial, verdadero partido imperialista, integrado por los elementos de origen - campano y sus partidarios dentro de la nobilitas, cuyos intereses económicos constituyeron un factor definitivo en el desencadenamiento y desarrollo de la guerra contra Cartago (91). Esta tesis, que subraya la importancia de la facción pro-campana, ligada a intereses económicos muy concretos, ha sido aceptada en sus trabajos por otros autores, como J. P. Brissac y F. Decret (92).

P. Veyne sostiene, por el contrario, que la política exterior de Roma durante todo este periodo responde más a una necesidad de hegemonía que a un deseo consciente de ella. Destaca como elementos principales: la guerra, considerada como una forma normal de vida, impulsada por una necesidad de seguridad frente a los pueblos vecinos; el aislamiento activo que implicaba la práctica de actuaciones unilaterales en donde reside el radicalismo de su política exterior: " uno de los rasgos más característicos del aislamiento es el gusto por las acciones unilaterales. Con sus adversarios Roma no negociaba, sí no que imponía sus condiciones: sus aliados tenían el deber de proporcionarle soldados o navíos, pero ella misma les enzarzaba en conflictos sin tener que consultarles; hacia los estados clientes tenía deberes, sin duda, que se encargaba de cumplir con una fidelidad sin fallo, pero sus clientes no tenían más que el deber de obedecer, mientras que ella misma decidía sus deberes hacia ellos y lo que les era bueno ... Seguridad definitiva o seguridad día a día, tras esta alternativa se puede encontrar un principio bien conocido de la teoría de los juegos de competición: la búsqueda de la seguridad es un juego en suma algebraica nula, los unos pierden lo que los otros ganan. La existencia de otro constituye una amenaza al menos potencial, cada uno busca la seguridad, desgraciadamente, la seguridad de unos hace la inseguridad de otros; arrancando Sicilia a Cartago para asegurar la seguridad de Italia, Roma a su vez, vuelto contra Cartago la inseguridad que Cartago hacia pesar sobre ella. Cualquiera que pretenda asegurarse una seguridad definitiva estaría obligado a tomar toda la seguridad para él solo, es decir, de hacer vivir a los otros en la inseguridad, ellos tendrían por tanto que temer de él, ya que no podían nada contra él" (93).

Esta interpretación que mantiene que Roma conquistó el mundo en busca de seguridad es equivalente a aquella otra de la defensa preventiva, que ha sido recogida por un buen nú-

mero de autores desde los trabajos de G. de Sanctis y T. Frank (94). Tal es la idea expuesta por E. Pais, G. Giannelli M. Holleaux, A. Heuss y E. Badian, entre otros, que señalan la importancia de esta actuación de defensa preventiva, cuyo principal axioma consiste en atacar primero antes de que el enemigo se vuelva peligroso, a la vez que niegan o minimizan la existencia de factores económicos (95).

En nuestra opinión, sin ser especialistas en el tema creemos que existe toda una conjunción de elementos a tener en cuenta. La búsqueda de la seguridad podía ser sentida ciertamente como una necesidad inconsciente. Un cierto deseo de hegemonía, que por lo demás, se desprende de la afirmación de Polibio según el cual Roma no buscaba la tranquilidad ni la seguridad sino la gloria (96), parece haber existido, sobre todo en el Oriente Helenístico, vinculado a una de las características tradicionales de la aristocracia romana que fué transmitida al pensamiento político: aquella del patronaje, en opinión de E. Badian (97). Esta política de hegemonía debía proporcionar mérito y grandeza a sus ejecutores y no se debía a una ambición de poder ilimitado sobre las otras naciones. El factor económico hubo de tener también sin duda su importancia. Tal y como señala M. I. Finley, no se puede sugerir seriamente que a lo largo de doscientos años de grandes adquisiciones de botín, esclavos, indemnizaciones de guerra y tierras confiscadas, el estado romano votara anualmente su ejército sin ningún interés previo, o por lo menos la esperanza de una serie de ganancias materiales: "no desestimo ni el deseo de gloria ni el temor a un poder exterior, pero ninguno de los dos es incompatible con un deseo de ganancias" (98).

Creemos sin embargo, que la política de defensa preventiva jugó un escaso papel en la guerra contra Cartago. La instalación de una guarnición púnica en Messina no representaba una amenaza mayor para Italia que los excelentes puertos -

con que Cartago contaba en Sicilia, y desde los cuales podía operar en el Tirreno, lo que queda demostrado por el simple hecho de que durante la guerra con Roma los cartagineses conservaron hasta el final del conflicto su supremacía marítima apoyada en las bases navales de Lilibeo, Panormo y Drepano, lo que finalmente fue comprendido por Roma que dirigió gran parte de sus esfuerzos para arrebatar al adversario estos puntos de apoyo sobre los que basaban su ofensiva marítima (99). Las consideraciones económicas debieron de pesar más en el ánimo de los romanos que el temor ante la proximidad de los púnicos. Esto es lo que se desprende de un pasaje de Polibio en el cual se dice que ante la duda del Senado, el pueblo, arruinado por las guerras precedentes, votó finalmente la intervención propuesta por los cónsules a la vista de unos "beneficios evidentes y considerables" (100). En otro lugar Polibio afirma que la intención inicial de la guerra era salvar a los Mamertinos y obtener beneficios económicos de esta (101). Cabría preguntarse si estas eran las únicas consideraciones económicas, o si bien se enteñaban objetivos mucho más amplios. La realidad fue que desde un principio los romanos no se mostraron dispuestos a abandonar Sicilia. Aún cuando, como sugiere E. Badian, puede resultar posible la resistencia del Senado ante la anexión de territorios, ya que Roma solo poseía las instituciones propias de una ciudad-estado incapaz por tanto de administrar un gran imperio territorial (102), no es menos cierto, como señala M. I. Finley, que Sicilia y Cerdeña fueron tratadas desde un principio como auténticas posesiones, requiriendo el pago de un tributo anual, aceptando la presencia de oficiales romanos y finalmente de una base naval en Lilibeo. "Un gran paso fue por consiguiente dado desde el complejo "sistema de alianzas" por el cual fue organizada la conquista de Italia hacia el sistema provincial del futuro" (103).

En contra de lo que se ha afirmado muchas veces, los intereses económicos mediterráneos de una facción de la nobili-

tas romana parecen haber desempeñado un papel bien manifiesto durante la guerra. La existencia de un comercio marítimo romano y de un ceto mercantil en el seno de su ciudadanía ha sido subrayada por F. Cassola quien llega a la conclusión de que el final de la guerra supuso, en definitiva, el cese del monopolio marítimo cartaginés, lo que favorecía directamente a los negotiatores romanos: "questi vantaggi erano insiti nello sviluppo della situazione politica e perciò non era necessario assicurarli mediante accordi scritti" (104).

Parece claro que los intereses de los negotiatores romanos, identificados muchas veces con aquellos de los aliados griegos e itálicos, pudieron influir sobre las decisiones del Senado, en donde no siempre contaban con la mayoría. Tal fue el caso del propio origen del conflicto, impulsado por una minoría aristocrática senatorial, representante de los intereses del ceto mercantil, y partidaria de una política mediterránea, mediante el empleo de la demagogia popular (105). Resulta significativo que esto se produjera tras el eclipse de los Fabii, y que a partir de entonces fueran los Atilii, y posteriormente los Cornelii los que dirigieron el impulso de la guerra y los esfuerzos encaminados a lograr una supremacía naval. Por el contrario, durante la fase en que los Fabii ocuparon de nuevo la dirección política de Roma, las operaciones en Sicilia y los esfuerzos navales se ralentizaron, llegando incluso a establecerse negociaciones que resultaron en un intercambio de prisioneros (106).

Junto a la existencia de estos intereses económicos de la facción pro-campana y sus partidarios, es preciso considerar también la existencia de un deseo de ganancias y beneficios económicos más directos. Apiano nos informa del tributo que impusieron los romanos a la Sicilia conquistada y de la imposición de una serie de tasas portuarias (107). Aquellos autores que afirman la inexistencia de cláusulas de contenido económico en las condiciones impuestas por Roma después de

la victoria sobre Cartago, parecen olvidar que los comicios rechazaron únicamente las relativas a la indemnización de guerra, que fue posteriormente aumentada al tiempo que se reducía a la mitad el plazo destinado a satisfacerla (108)

La pérdida de Sicilia y la posterior de Cerdeña aportaba toda una serie de ventajas a los negotiatores romanos que veían favorecidos sus intereses y los de los aliados itálicos y griegos, con los que un sector de la nobilitas mantenía relaciones de amistad, parentesco y clientela (109). La supremacía marítima de Cartago y el sistema sobre el que se estructuraban sus actividades comerciales desapareció, y los negotiatores pudieron imponer sus propias condiciones en los puertos de comercio a los que anteriormente solo tenían un acceso controlado. Si todo esto no se inscribe dentro del ámbito de las consideraciones económicas debemos reconocer que no poseemos otra calificación más apropiada.

Nuestra conclusión es que, al margen de la discusión sobre el imperialismo romano, Roma desarrolló una política claramente agresiva contra Cartago, condicionada por una serie de factores internos: la existencia de intereses económicos mediterráneos vinculados con la nobilitas pro-campana, que aspiraba a convertir a Roma en una potencia mediterránea, frente a la cual la presencia de Cartago en Sicilia se revelaba como un obstáculo; un extremismo inútil, emanado de su falta de equilibrio interno y de su aislamiento exterior, y condicionado por la actuación de la oligarquía romana, en la que las ambiciones individuales de sus miembros se contenían difícilmente las unas a las otras, buscando rápidos éxitos individuales ante la brevedad temporal de los cargos (110); una radicalización, por tanto, de su actuación externa que imposibilitó cualquier tipo de salida pacífica al conflicto, al cual solo podía terminar con la derrota del adversario; la concepción, en fin, de la guerra como forma normal de existencia y medio



de avanzar en la carrera política, amén de fuente de riquezas y de beneficios económicos.

Frente a esta agresividad romana, los púnicos opusieron una resistencia pasiva, ante una guerra que les había sido impuesta y en la que solo querían salvar sus intereses de siempre y no conquistar otros nuevos, lo que finalmente había de convertirse en la causa de su desastre. El comercio administrativo de los púnicos, y su estructura se vino abajo al perder Cartago su papel de gran potencia marítima y el control sobre los puertos de comercio con los que durante siglos había venido tratando. Pero las consecuencias de todo esto y sus repercusiones en la Península Ibérica son el tema de los próximos capítulos.

## NOTAS AL CAPÍTULO VI.

- (1) Para Polibio es fundamental consultar, F. W. Walbank, A historical commentary on Polybius, I, Oxford, 1957, Sobre las fuentes que utiliza el historiador, cfr: P. Pedech, "Sur les sources de Polybe: Polybe et Philinos", R.E.A., LIV, 1952, p. 246-266; que no -- considera que Polibio utilizara a Philinos como fuente. De la misma opinión es F. W. Walbank, cfr: "Polybius, Philinus and the --- First Punic War", Classical Quarterly, 39, 1945, p. 1-18. Lo mismo piensa acerca de Diodoro F. P. Rizzo (cfr: "La prospettiva -- Diodora sugli E'ntizi del primo conflitto púnico", Miscellanea di Studi Classici in onore di E. Hauri, VI, Roma, p. 1899---1920, especialmente p. 1916 ss.
- (2) P. Levêque, Pyrrhos, París, 1957, p. 248 y 516 ss, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las Guerras Púnicas, Barcelona, 1976, p. 228-242.
- (3) A. Vallone: "I Narmertini in Sicilia", Kokalos, I, 1955, p. 22--62.
- (4) Diodoro, XXII, 7, 4, cfr: M. I. Finley, Ancient Sicily, London, - 1968, p. 111.
- (5) Diodoro, XXII, 13, 7-9; Polibio I, 10, 1-3.
- (6) Un ensayo de cronología sobre estos acontecimientos se encuentra en F. Cassola; I gruppi politici romani nel III secolo A.C., - Roma, 1968, p. 204-207.
- (7) Polibio, I, 10, 2.
- (8) Cfr: Infra p. 358-359
- (9) G. de Sanctis, Storia dei Romani, III, Torino, 1916, p. 97-102, - G. Giannelli, Roma nell'età delle guerre púniche, Bologna, 1938, p. 102. Las consideraciones defensivas se añaden a una tendencia "imperialista" en T. Frank; Roman Imperialism, New York, 1929, - p. 88-91, E. Kornemann, Römische Geschichte I. Die Zeit der republik, Stuttgart, 1934, p. 185.
- (10) F. Meyer, Der ausbruch des ersten púnischen krieges, Berlin, --- 1908, p. 19; S. Mazzarino, Introduzione alle guerre púniche, Catania, 1947, p. 100-101. J. P. Brissan, Carthage ou Rome?, Paris 1973, p. 64

- (11) H. Heuss: "Der erste punische krieg und das problem des römischen imperialismus", Historische Zeitschrift, 169, 1949, p. 457-513, - K. Heister: "Der sogenannte Philingsvertrag" R.F. 1970, p. 408---423, R. E. Mitchell: "Roman-carthaginian treaties, 306 and 27918, B.C." Historia, XX, 1971, p. 633-655, P. Veyne: "Y a-t-il en un-imperialisme romain?" M.E.F.R.A. 87, 2, 1975, p. 793-855.
- (12) G. Ch. Picard, Hannibal, París, 1967, p. 45-50; idem, y C. Picard Vie et mort de Carthage, París, 1970, p. 183-186.
- (13) Diodoro, XXIII, 1, 4.
- (14) J. Heurgon: Recherches sur l'Histoire, la religion et la civilisation de Capre Prerromaine. París, 1942, p. 243-294, especialmente, p. 284.
- (15) F. Cassola, I gruppi politici... p. 121-198, especialmente p. --178 ss.
- (16) Polibio, I, 11, 2; cfr: F. Cassola, I gruppi politici... p. 132.
- (17) F. Cassola, I gruppi politici... p. 183.
- (18) J. Heurgon. Roma y el Mediterráneo... p. 243-244.
- (19) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 45-50, idem y C. Picard, Vie et mort... p. 183-186 ss, B. Combet-Farnaux, Les guerres puniques, París, -1960, p. 35. J. P. Brisson, Carthage... p. 27-56, 61, 102 y 103, F. Decret, Carthage au l'empire de lá mer, París, 1977, p. 155, -158 y 164. S. Tatli: La Carthage punique. Etude urbaine, París, -1978, p. 276.
- (20) J. Heurgon, Recherches... p. 285-292. G. Ch. Picard Hannibal, p. 46-48, 50, 54 y 60; idem y C. Picard, vie et mort... p. 184-186 y 191.
- (21) Polibio, I, 10; Zonaras, VIII, 8; Dion Casio 43, cfr: F. Cassola, I gruppi politici... p. 180.
- (22) Polibio, I, 11, 1.
- (23) Polibio, I, 11, 2-4, cfr: F. Cassola, I gruppi politici p. 181-182.
- (24) G. Gianelli, Roma... p. 61.
- (25) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 48, idem y C. Picard, Vie et mort... p. 187.
- (26) F. Cassola, I gruppi politici... p. 180.
- (27) J. P. Brisson, Carthage... p. 36.

- (28) Diodoro, XXIII, 2, menciona las negociaciones de paz a iniciativa de los cartagineses, sin aludir a la restitución de los barcos y sus tripulaciones, esta noticia se encuentra en Zonaras, (VIII, - 9) y Dion Casio (XI, 43, 8).
- (29) Tito Livio, XXX, 1, 4, Ennio, 223, Silio Itálico, VI, 660-662, Eutropio, II, 18, 3, cfr: F. Cassola: I gruppi politici... p. 185 - y nota 137.
- (30) Polibio, III, 25, 3. Tito Livio, XXI, 10, 8. Caton, Orígenes, 14, 10, Dion Casio XI, (43), 1, Servio, Ad-Aeneidam IV, 628.
- (31) K. Meister: "Der sogenannte..." p. 317-325, R. E. Mitchell, "Roman-Carthaginian...", p. 633-655.
- (32) Philinos, (apud Polibio I, 15) Diodoro, XXIII, 1, 4.
- (33) Diodoro, XXIII, 1, 1-2.
- (34) H. I. Finley, Ancient Sicily, p. 111.
- (35) Diodoro, XXIII, 1-2, Polibio (I, 11) afirma que la iniciativa de las negociaciones correspondió a los romanos en lo que es desmentido por Zonaras (VIII, 9), y Dion Casio (XI, (43), 8) cfr: B. - W. Warmington: Histoire et civilisation de Carthage, Paris, 1961, p. 218-219, B. Caven, The Punic Wars, London, 1980, p. 18-19.
- (36) Polibio, 7, 11, 9; 12, 16, 1-15. Zonaras, VIII, 9.
- (37) J. K. Deloch: Römische geschichte bis zum beginn der Punischen - kriege, Berlin, 1907. p. 447-450; G. De Sanctis, Storia di Roma - ni III, 1962, 1, p. 169 nq; J. P. Brissou, Carthage... p. 40.
- (38) cfr: Supra p. 180 ss
- (39) Diodoro, XXIII, 4, Zonaras, VIII, 9. Polibio, I, 16, 4.
- (40) H. I. Finley considera que bajo la presión de la aristocracia de Siracusa, Hieron determinó el cambio de alianzas (cfr: Ancient - Sicily. p. 113). Por nuestra parte nos acercamos más a la idea de J. P. Brissou que piensa que fueron las discordias internas - en Siracusa las que precipitaron la alianza con Roma (cfr: Cartha - ge... p. 42). Tal vez también la opinión reciente de E. Frezouls - (cfr: "Hieron, Carthage et Rome: Polybe d'Philinos", Miscellanea - di studi classici in onore di E. Nanni III, 1980, p. 985).
- (41) Diodoro, XXIII, 5, Zonaras, VIII, 9.
- (42) Diodoro, XXIII, 7, Polibio, I, 17, 5.
- (43) J. P. Brissou, Carthage... p. 49.

- (44) Polibio, I, 20-22, Zonaras, VIII, 10, cfr: A. Toynbee, Hannibal's legacy II, New York, 1965. p. 486-517 especialmente, p. 498 ss. - G. Ch. Picard considera, en nuestra opinión acertadamente que esta empresa fue promovida directamente por los Cornelii Scipiones, que obtuvieron el consulado en el 260, 259, y 257, a. J.C. (cfr: Hannibal, p. 50, Vie et mort..., p. 189-190, T. R. S. Broughton, The Magistrates of the Roman Republic I, New York, 1951, p. 205-204).
- (45) Polibio, I, 20-25, cfr: S. Gsell, H.A.A.N., III, p. 75-79, B. H. - Warmington, Histoire et civilisation... p. 221-225.
- (46) J. Heurgon, Recherches... p. 285-296, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 52, idem y C. Picard, Vie et mort... p. 191, J. P. Brisson, Carthage... p. 61, cfr: T.R.S. Broughton, The Magistrates... p. 206-213.
- (47) J. Heurgon, Recherches... p. 293, F. Cassola, I gruppi politici... p. 186, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 52, J. P. Brisson, Carthage... p. 62.
- (48) Polibio, I, 29-36; F. Cassola, I gruppi politici... p. 186-192.
- (49) Diodoro, XXIII, 18, 4-5; Polibio, I, 38, 6-10, cfr: T. R. S. Broughton The Magistrates... p. 210.
- (50) En Polibio (I, 59), leemos que desde el 247 a. J.C. los romanos - habían renunciado a las operaciones navales. Ya desde el 251 solo se equipan sesenta naves destinadas al reavituallamiento de - las tropas en Sicilia (Polibio, I, 39, 8), y al año siguiente, es - te número desciende a cincuenta (Polibio, I, 39, 15). cfr: T. R. - S. Broughton: The Magistrates... p. 214-217.
- (51) Polibio, I, 59, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 53, Idem y C. Picard, - Vie et mort... p. 195.
- (52) Polibio, I, 56-59, Sobre la estrategia desarrollada por Amílcar - en Sicilia, cfr: B. Caven, The Punic Wars..., p. 57-59.
- (53) El propio Polibio afirma que los cálculos de los romanos de ven - cer en la guerra de Sicilia fracasaron ante la determinación del - comandante cartaginés (I, 59). Por lo demás, sabemos que fueron - emprendidas una serie de negociaciones que, probablemente ante - la firmeza de Amílcar, solo resultaron en un intercambio de pri - sioneros (Zonaras, VIII, 16).
- (54) Polibio, I, 59, 6-9.

- (55) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 54, Idem y C. Picard, Vie et mort... p. 196.
- (56) Polibio, I, 60, 63, 4; III, 9, 7 (cfr: Diodoro XIV, 13).
- (57) Polibio, I, 62, 8.
- (58) Polibio, I, 63, 1-3.
- (59) Diodoro, XXIII, 12; XXIV, 13; Este historiador hace recaer la iniciativa de las negociaciones con Regulo sobre los cartagineses, en lo que es seguido por Zonaras (VIII, 13), y Orosio (XVIII). Por el contrario Polibio (I, 31) afirma que la iniciativa partió de Regulo. Temeroso, según el historiador, de que el cónsul de la siguiente campaña pudiera arrebatarse una victoria que le correspondía. cfr: G. Ch. Picard, Hannibal, p. 55 y 66, Idem y C. Picard, Vie et mort... p. 196.
- (60) Polibio, I, 66-68, cfr: S. Gsell, H.A.A.N., III, p. 100-123. J. P. Brissou, Carthage... p. 107-120.
- (61) Polibio, I, 83, 5-11.
- (62) Polibio, I, 88, 8.
- (63) Polibio, III, 28.
- (64) B. H. Warmington, Histoire et civilisation..., p. 245.
- (65) B. Caven, The Punic Wars... p. 71-72.
- (66) J. P. Brissou, Carthage... p. 123-124, F. Decret, Carthage... p. 177-178.
- (67) G. Ch. Picard, Hannibal... p. 75-76, Idem y C. Picard, Vie et mort... p. 205-206.
- (68) F. Cassola, I gruppi politici... p. 51-52.
- (69) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 76, Idem y C. Picard, Vie et mort... p. 205, cfr: T. R. S. Broughton: The Magistrates... p. 221-222 y ss.
- (70) Cfr: Supra p. 301 ss
- (71) Diodoro, XV, 3, 2, Polibio, I, 82, 8, VII, 9, 5.
- (72) C. R. Whitaker, "Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth centuries" Imperialism in the Ancient World, (P. O. A. Garsney - C. R. Whitaker) Cambridge, 1978, p. 96.
- (73) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 55.
- (74) Cfr: nota 78, S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 252-266, C. Ch. Picard, Hannibal, p. 65-76, Idem y C. Picard, Vie et mort... p. 200-207, F. Decret, Carthage... p. 168-178.

- (75) Polibio, I, 73, 1; 82, 2, 87, 1-7.
- (76) Apiano, Ibérica, 4.
- (77) Polibio, III, 8, 1-7, Tito Livio, XXX, 16, 5; 22, 1-3; 42, 13. Apiano, Hannibal, 2. Zonaras, VIII, 17. cfr: S. Gsell, H.A.A.N. II, - p. 256 y 262 ss, A. Mogliano "Linee per una valutazione di Fabio Pittore" Terzo Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico I, Roma, 1966, p. 55-68.
- (78) Cfr: nota 75. Apiano, Ibérica, 4 y 5. Tito Livio, XXXI, 3, 5, 10, - 4; XXIII, 12-13.
- (79) Cornelio Nepote, Amílcar, II, 5.
- (80) Diodoro, XXV, 10, 3.
- (81) Tito Livio, XXXIII, 48, 1. Plinio, N.H., 17, 93.
- (82) F. Decret, Carthage... p. 168-169.
- (83) Cfr: infra p. 391 ss
- (84) Diodoro, XXIV, 10, Polibio I, 73, 2.
- (85) Polibio, I, 66, 5. Apiano, Sícula 1.
- (86) Diodoro, XXIV, 13; Polibio III, 7.
- (87) P. Veyne, "Y a-t-il...", p. 823.
- (88) Polibio, I, 20, 7; 56, 10.
- (89) J. Heurgon, Recherches... p. 243-294.
- (90) F. Cassola, I gruppi politici...
- (91) C. Ch. Picard, Hannibal, p. 47-57.
- (92) J. P. Brisson, Carthage... p. 27-56. F. Decret. Carthage... p. - 155, 158 y 164.
- (93) P. Veyne. "Y a-t-il..." p. 846, 847 y 852.
- (94) G. de Sactis, Storia dei Romani III, 1. p. 91-102, T. Frank, Roman Imperialism, New York, 1929, p. 59-110
- (95) E. Pais, Storia de Roma durante la guerra puniche, I. Torino, -- 1935, p. 96-98, G. Giannelli, La Rome, La Grece et les monarchies hellénistiques au III siècle, París, 1921, idem. C.A.H., VIII, p. 237-240, A. Heuss: "Der erste punische...", p. 457-513, E. Radian "Notes on Roman Policy in Illyria", P.B.S.R. XX, 1952, p. 72-93, idem, Roman Imperialism in the Late Republic, New York, 1971, La idea de la defensa preventiva es también desarrollada por: J. Vogt, Römische Geschichte, I, Freiburg, 1951, p. 97, y T. A. Dorey -- "Contributory causes of the second Macedonian war", A. J. Ph. -- LXXX, 1959, p. 288-295. Para estos autores la política defensiva

termina con la batalla de Zama y los episodios sucesivos se deducen al desarrollo de un espíritu militarista más que a cualquier tipo de imperialismo.

Habiendo concluido este trabajo he tenido conocimiento de la obra de W. V. Harris (War and Imperialism in Republican Rome, - 327-70, B.C. Oxford, 1979) quien se añade a la consideración de un "Imperialismo" romano entendido como una política defensiva - (cfr: Op. Cit., p. 163-254)

- (96) Polibio, VI, 50.
- (97) E. Badián, Roman Imperialism... p. 14.
- (98) M. J. Finley, "Empire in the Graeco-Roman world", Review, II, 1, 1978, p. 59.
- (99) Polibio, I, 40-49, 59, 9.
- (100) Polibio, I, 11.
- (101) Polibio, I, 20.
- (102) E. Badián, Roman Imperialism... p. 29-43.
- (103) M. J. Finley, "Empire..." p. 58.
- (104) F. Cassola, I gruppi politici... p. 25-64, especialmente p. 50-56.
- (105) Polibio, I, 11, F. Cassola, I gruppi politici... p. 180-183, G. - Ch. Picard, Hannibal, p. 48.
- (106) J. Heurgon, Recherches... p. 283-294; G. Ch. Picard, Hannibal, - p. 47-54 (Zonaras, VIII, 16).
- (107) Apiano, Sicula, 2.
- (108) Polibio, I, 63, 1-3.
- (109) F. Cassola, I gruppi politici... p. 71 y 121-137.
- (110) F. Veyne, "Y a-t-il...", p. 823.



CAPITULO VII.

LOS BARQUIDAS EN OCCIDENTE.



Las nuevas circunstancias creadas tras el desenlace del conflicto imponían un reajuste en el sistema económico cartaginés, que se había caracterizado por la necesidad de importar materias primas, metales sobre todo, siendo además un gran centro redistribuidor de mercancías en el Mediterráneo que se alimentaba de las actividades de su comercio administrativo.

Su actividad comercial había estado dirigida fundamentalmente a cumplir este objetivo, y así vemos el desarrollo de una gran industria de bronce en Cartago durante el siglo V a J. C., a raíz de la expedición de Himilcon hacia las Cassitérides, la abundancia de oro, alabada por Tucídides, en relación con el comercio africano tras el viaje de Hanon, y la aparición de la primera moneda de plata, primero en Sicilia y luego en Cartago, posibilitada por el tráfico argentífero con el Sureste de la Península Ibérica (2).

De la misma manera, ahora, debido además a la indemnización que debía pagar a Roma, era preciso importar todos esos recursos y sustituir los antiguos elementos de control indirecto por un control directo de las regiones productoras, debido a las nuevas circunstancias que impedían a Cartago dirigir, por medio de la diplomacia y de los acuerdos políticos, las relaciones externas de aquellos con quienes traficaba, a no ser que se atendiera a una transformación económica centrada en la explotación y ampliación de los recursos africanos, mediante cuya comercialización externa se podía obtener el mínimo de materias primas necesarias no producidas en África.

Si los Ptolomeos lo habían realizado en Egipto, con virtiendo a aquel país en una potencia, lo mismo se podía hacer en Cartago. Y aquí, en lugar de una monarquía absoluta, un cuerpo oligarquico cerrado que monopolizaba los resortes del poder, se encargaría de proceder a las transformaciones y reformas necesarias a tal fin.

Tales eran las dos alternativas que se presentaban a los cartagineses después de la guerra con Roma, y las dos tenían sus partidarios y detractores en Cartago. La facción dirigida por Hanon II el Grande era opuesta a toda política mediterránea y, al igual que los Fabii en Roma, partidaria de una expansión territorial que convirtiera a Cartago definitivamente en una potencia africana (3). Pero aquí, estos eran los innovadores, mientras que la vieja tradición mediterránea estaba encarnada en la figura de Amilcar Barca, perteneciente a una familia vinculada con la vieja aristocracia cartaginesa, y que había luchado hasta el último momento por mantener las posiciones cartaginesas en Sicilia y no estaba dispuesto a renunciar al papel que correspondía a su ciudad en Occidente (4).

Los "africanos" de Hanon habían gozado de considerable influencia, llegando incluso a imponer el fin de una guerra que les parecía inútil y costosa. Sin embargo, el prestigio de su dirigente se había visto mermado a raíz de la actuación de Amilcar durante la Guerra de los Mercenarios (5). Este había sabido sacar provecho a sus éxitos para consolidar su posición frente a sus adversarios.

En Cartago, agentes sociales, económicos y políticos pugnaban por una consolidación del antiguo sistema, que solo podía subsistir asegurando el abastecimiento regular de todas aquellas materias primas y recursos de que carecía el territorio púnico africano. En todo proceso de cambio, los agentes y elementos más conservadores suelen ser aquellos que fundamentan su posición en la estructura que se pretende transformar. En este sentido, el pueblo cartaginés había participado escasamente de los beneficios de la expansión territorial africana, reducidos a una oligarquía minoritaria. Cicerón afirma la inexistencia en Cartago de una clase de propietarios de tierra (6) - y basaba fundamentalmente su modo de vida en las actividades relacionadas con la industria y el comercio.

La estrategia de Amilcar Barca tendía por lo tanto, en apoyarse en este pueblo de comerciantes y marineros, como - muy bien ha mostrado G. Ch. Picard, a la vez que buscaba las ne cesarias conexiones con los sectores conservadores de la aristocracia (7).

Frente a la transformación económica y política propugnada por la facción de Hanón, que intentaba convertir a Cartago en una potencia africana dirigida por una élite oligárquica que monopolizaría los resortes económicos y el control político derivados de ellos, la estrategia Bárquida pretendía reajustar el mínimo imprescindible, dado el cambio de las circunstancias externas, para consolidar el "antiguo régimen" en Cartago, apoyándose en un pueblo identificado con su tradición mediterránea, que había poco a poco conseguido, como veremos, alcanzar una serie de conquistas políticas. De hecho, el único - cambio que se produjo tras el triunfo de Amilcar Barca sobre - sus oponentes fué aquel que afectaba al modo en que los recursos externos, fundamento de la vieja estructura político-económica y de la riqueza de Cartago, llegaban a la ciudad. Frente al anterior comercio administrativo se desarrolló otra forma de tráfico de estado, institucionalizado mediante la conquista y el control directo de las regiones productoras de los recursos externos. Dos de ellos eran sobre todo fundamentales si se quería garantizar la independencia económica de Cartago: La plata y el hierro, y ambos se encontraban en abundancia en la Península Ibérica (8).

Para realizar este ambicioso proyecto, que no suponía por otra parte una renuncia de los intereses africanos de Cartago, y mediante el cual la vieja estructura económica seguiría funcionando, con lo que a la vez se garantizaría la presencia mediterránea de los cartagineses y se consolidaría su autonomía económica y por consiguiente la independencia política externa frente a los intereses de otros estados, Amilcar Barca

se apoyó en una serie de elementos en los que fundamentaba su influencia política entre sus conciudadanos.

El prestigio ganado entre el ejército, a raíz de su actuación en Sicilia y durante la Guerra de los Mercenarios, fué el primero de ellos. Sustentado, como sugiere G. Ch. Picard en un carisma personal que emanaba de sus éxitos militares y - de la protección que le otorgaba su divinidad dinástica -Melkart, el viejo dios de Tiro-, siguiendo la moda helenística vinculó a sus soldados en torno a su panteón familiar, aprovechando las disputas internas de la oligarquía para conferir a las tropas una función electiva que escapa al control de los Ciento Cuatro y del Senado, en donde los partidarios de Hanon gozaban de cierta influencia (9).

En segundo lugar, se apoyó en los sectores populares garantizando la pervivencia de sus conquistas políticas frente a una oligarquía no muy dispuesta a dejarse arrebatar los resortes del poder. Creemos sin embargo que no se puede hablar de una revolución democrática en el sentido expresado por G. Ch. Picard. La interpretación realizada por este autor se basa en la consideración del papel predominante con que surgen ahora las magistraturas ciudadanas -sufetes-, que se apoya en una serie de datos literarios que por sí solos no demuestran suficientemente la existencia de tan radical cambio (10).

Por lo que respecta a los sufetes, no poseemos una evidencia absoluta de que estos magistrados hayan alcanzado la máxima jerarquía política como resultado de la supuesta revolución democrática desencadenada por Amilcar. De hecho, se encuentran documentos epigráficos en una época anterior y no parece posible negarles desde un principio unas funciones que según el eminente investigador francés sólo habrían alcanzado en el curso del siglo III a. J.C., (11). Por lo demás, la mayor abundancia de información literaria sobre estos magistrados du

rante el periodo que nos ocupa puede venir muy bien determinada por un mayor interés de los antiguos sobre la civilización cartaginesa, en un momento en que esta desempeñó tan activo papel frente a Roma. De hecho, las guerras púnicas, sirvieron para que los autores que las trataron profundizaran más en los aspectos internos de cada contendiente, influenciados por una óptica más universalista de la narración histórica, emergida del espíritu cosmopolita que caracterizó al periodo helenístico.

Por lo que se refiere precisamente a la información literaria invocada por G. Ch. Picard, si bien es cierto que ésta expresa claramente la existencia de una alianza de Amilcar con personajes que gozaban de gran ascendente popular, y el apoyo que éste buscó en los sectores populares de la ciudadanía cartaginesa (12), no lo es menos que estas fuentes nunca presuponen un fin último revolucionario, en lo que al orden político establecido se refiere. Por un pasaje de Polibio sabemos que en la época en que comienza la Segunda Guerra Púnica el pueblo cartaginés tenía mayores prerrogativas políticas que el romano y que esta intervención popular en los asuntos del Estado era más importante ahora que en el pasado (13). Pero nada nos autoriza a pensar, como ya señalaba S. Gsell, que aquello se hubiera realizado al margen de la estricta legalidad establecida y que los derechos políticos de la gran masa del pueblo no hubieran sido importantes en un periodo anterior, con lo que estos no se vieron ahora incrementados, sino que únicamente se tuvo ocasión de ejercerlos en su plenitud (14). La existencia de una asamblea popular en Cartago es conocida ya desde el siglo IV a. J.C. por las diferentes menciones de Justino, Diodoro de Sicilia y Aristóteles (15). Según el último, el pueblo cartaginés poseía prerrogativas importantes, pero únicamente - les estaba permitido ejercerlas con el consentimiento de los magistrados y el Senado o en caso de desacuerdo entre éstos. También señala Aristóteles que entre los cartagineses los dere

chos atribuidos al pueblo eran contrarios a los principios de un régimen aristocrático puro, aún cuando eran más teóricos que prácticos (16).

A la vista de todo esto, es muy probable que los Bárquidas, y en este caso Amilcar, le hayan liberado de las anteriores trabas impuestas por la oligarquía sin necesidad de efectuar un cambio radical del sistema político de gobierno.

Por último, Amilcar buscó el apoyo de determinados sectores de la aristocracia enfrentados con la concepción africana de Hanon y que gozaban de gran ascendente popular. El más importante de ellos parece haber sido un tal Asdrúbal, al que el Bárquida casó con una de sus hijas. (17).

Cimentada su posición en Cartago sobre la base del ejército, el pueblo y determinados elementos de la aristocracia, Amilcar consiguió el mando militar indefinido sobre África, lo que representaba solamente un medio para llevar a cabo sus propósitos (18). Después de una serie de campañas militares contra los Numidas, con las que amplió los territorios africanos de Cartago, desembarcó en Gadir para acometer la conquista de la Península Ibérica (19).

Amilcar se nos presenta, por tanto, como un elemento conservador opuesto a la transformación económica y política propugnada por Hanon y sus partidarios. Convertir a Cartago exclusivamente en una potencia africana, significaba, amén de renunciar a su tradición mediterránea que había sido durante siglos la esencia misma de su existencia, renunciar a las materias primas y recursos de Occidente, que solo podrían ser conseguidos a partir de ahora (y la plata y el hierro eran fundamentales) mediante relaciones con los estados mediterráneos que los controlasen, en una evidente posición de desventaja debido a la pérdida de su poderío marítimo, lo que significaba la dependencia económica externa y por consiguiente una pérdida



de autonomía política. Esto solo favorecía a determinados sectores de la oligarquía, que al cimentar su predominio político en los nuevos supuestos económicos, privaban a gran parte del pueblo de sus tradicionales medios de vida, escamoteándoles los derechos políticos que correspondían a la importancia económica de sus actividades. Y parece evidente que la expansión ultramarina de Cartago durante los siglos V y IV a. J.C. (20). había beneficiado el desarrollo de los elementos industriales y comerciantes que no estaban dispuestos ahora a sacrificar sus prerrogativas económicas y políticas para favorecer los intereses "africanos" de Hanon y sus partidarios.

Sin renunciar a lo uno, ni a lo otro, por lo que no se puede hablar de un encuentro frontal entre intereses económicos opuestos ya que los Bárquidas seguirán defendiendo la política africana de Cartago, Amilcar buscó el apoyo de los -agentes mediterráneos tradicionales, tanto en el pueblo como entre la aristocracia; la política desarrollada para obtener el favor popular, de la que nos informa brevemente Diodoro, con el fin de obtener el mando de las tropas en África, y su alianza con el aristócrata Asdrubal y probablemente, como piensa G. Ch. Picard, con Bomilcar II, lo testimonian (21).

Desde esta óptica conservadora, que pretendía consolidar el sistema económico y político vigente en Cartago se entiende mejor, en nuestra opinión, la empresa de la conquista -de la Península Ibérica, con el fin de establecer un control directo sobre los recursos materiales que garantizaran la independencia externa, económica y política de Cartago. Abastecida directamente en plata, hierro y hombres para sus ejércitos, contando con los recursos agrícolas de su territorio africano y con las manufacturas de su industria, Cartago volvería pronto a ser la gran potencia mediterránea capaz de tratar de nuevo en plano de igualdad con una Roma que la había humillado recientemente .

b. Amilcar y Asdrubal en la Península Ibérica.

En el 237 a. J. C., Amilcar Barca, acompañado de su yerno Asdrubal, desembarcaba en Gadir para emprender la realización de su política ultramarina que implicaba la conquista de los territorios occidentales que antaño se habían encontrado inmersos en el círculo comercial de Cartago. La nueva política de conquista exigía un desarrollo a partir de una base sólida y el mismo hecho de la elección de la vieja ciudad fenicia viene a confirmar nuestras anteriores consideraciones, en el sentido de que los cartagineses no disponían de territorios controlados directamente en la Península Ibérica (22). Gadir, además de constituir un excelente puerto para el desembarco de las tropas, servía de punto de penetración, siguiendo las vías naturales, hacia el Valle del Guadalquivir y las ricas regiones mineras de Sierra Morena.

Conocemos muy mal la actividad que desarrolló el Bárquida en la Península durante nueve años -hasta su muerte acaecida durante el sitio de Malike-, siendo nuestras principales fuentes de información Diodoro de Sicilia, Polibio, Nepote, Justino y Apiano (23). En una primera fase, Amilcar sometió a los pueblos de la costa y a los situados más al interior, iberos y tartesio-turdetanos los primeros, y celtas los segundos, según nos cuenta Diodoro, para lo cual se sirvió de una sabia dosificación de medidas de fuerza y de diplomacia (24). Si nos ceñimos a la parca información de nuestras fuentes, la resistencia indígena parece haber sido mucho menor en las áreas costeras, en contacto desde antiguo con los fenicio púnicos, que en las regiones más interiores habitadas por pueblos de raigambre celta, los cuales organizaron una coalición de tribus dirigida por los caudillos Istolacio e Indortes con el fin de oponerse al avance de los cartagineses (25). A. García y Bellido había estimado que no se habría producido una penetración púnica hasta los territorios ocupados por las tribus celtas, y afirmaba que estos debieron de formar parte de

tropas mercenarias al servicio de los tartesio-turdetanos(26). Sin embargo, del texto de Diodoro parece desprenderse que estas tribus luchaban por su cuenta. Por otra parte, resulta extraño considerar que la política de Amilcar, que intentaba conseguir por medios más directos las riquezas peninsulares que antiguamente habían llegado a Cartago por medio del comercio, no supusiera desde un principio el control de las áreas mineras de Sierra Morena, habitadas algunas por tribus célticas (27). En este sentido, es probable que las tropas de Amilcar se enfrentaran con las tribus que, como ha señalado L. García Iglesias, habitaban la Beturia Céltica, región que hacia el Este no sobrepasaría el trazado de la posterior vía romana que unía Emerita con Itálica (28).

La conquista de los territorios peninsulares se vió momentaneamente distraída por una revuelta de los Numidas en Africa, ante lo cual Amilcar hubo de enviar a su yerno Asdrubal con una parte de las tropas para sofocarla. Finalmente la situación fue restablecida por este, quien reprimió la sublevación y obligó a las poblaciones indígenas al pago de un nuevo tributo (29).

En una segunda fase, los ejércitos cartagineses en la Península Ibérica, después de haber sometido buen número de poblaciones, se dirigieron, según se cree generalmente hacia Levante, donde en las proximidades de la actual Alicante, según la opinión también generalizada, Amilcar fundaría Akra Leuke, que fue a partir de entonces su base de operaciones (30). A García y Bellido ha identificado esta fundación del Barquida con el yacimiento arqueológico del Tosal de Manises, en la Albufereta, que contiene indudables materiales de procedencia púnica, como son los pebeteros figurados de Demeter-Tanit, y las cerámicas y vidrios policromados, semejantes a los de Ibiza (31). Aún cuando F. Figueras Pacheco atribuye la cronología inicial del yacimiento a los años de las campañas de Amilcar, basandose en que esta área quedaba fuera del con

trol púnico en el tratado del 348 a. J. C., su argumentación no nos parece convincente ya que, como vimos, el segundo tratado con Roma era solo restrictivo para los romanos, y no para los cartagineses, cuya presencia se encuentra documentada arqueológicamente mucho más al norte de Mastie Iarseion, por lo que estos objetos podían muy bien haber llegado antes de la presencia del Barquida. O lo que es lo mismo, este autor se basa en consideraciones de carácter histórico cuya inexactitud hemos creído demostrar para proponer una fecha de los materiales, más que en un estudio de los mismos (32). Además, a pesar de la presencia de estos objetos de claro carácter púnico, la tipología de los enterramientos no nos permite identificarlos con las prácticas funerarias semitas, razón por la que no han sido incluidos en el estudio de A. Tejera Gaspar (33). Y aunque su excavador L. Lafuente Vidal sitúa los niveles púnicos del yacimiento en la última mitad del siglo III a J. C., en virtud de la cerámica itálica aparecida, parece evidente que bastantes objetos púnicos son anteriores a la llegada de Amilcar. En todo caso, se trata ciertamente de un yacimiento ibérico con materiales púnicos algunos de los cuales parecen proceder claramente de Ibiza (34).

Desde la nueva base de operaciones, cuyo emplazamiento exacto sigue siendo una incógnita, Amilcar emprendió la segunda fase de su plan de campaña que preveía la dominación de las ricas áreas argentíferas de las regiones de Cartagena y de la de Cástulo, y del mineral de hierro y cobre del litoral de Murcia, Málaga y Almería (35).

En el invierno del 229-228 a J. C., Amilcar moría combatiendo durante el sitio de Helike, en unas circunstancias sobre las que no existe común acuerdo en nuestras fuentes (36). A. García y Bellido ha querido identificar esta localidad con la actual Elche (Ilici), situada a poca distancia de Akra Leuke, para lo cual se ha basado fundamentalmente en un texto de

Tito Livio que menciona la muerte de Amilcar en este último lugar (37). Por nuestra parte, nos encontramos más cerca de la opinión que ya sostenía S. Gsell, quien negaba tal identificación, argumentando que la Helike mencionada por Diodoro debía encontrarse mucho más al interior, ya que entre Elche y Alicante no existe ningún gran río, y nuestra fuente afirma que Amilcar pereció ahogado en un río durante su huida (38). Pero bien podía ser además, como ya ha sugerido G. V. Sumner, que el emplazamiento de Akra Leuke estuviera situado en la Alta Andalucía, en torno a Cástulo, lo que se explicaría mucho mejor dado el interés de los cartagineses por las riquezas mineras de esta área, con lo que la hipótesis de A. García y Bellido quedaría definitivamente descartada (39). Por lo demás, la derrota de Amilcar, que habría de costarle la vida, fue debida a la imprevista intervención de un pueblo que no habitaba en la costa, los Orisises según nuestra fuente, probablemente los Oretanos, que ocupaban las regiones situadas al norte y sur de Sierra Morena (40). La intervención de este pueblo en los hechos, es otro dato más que nos lleva a buscar el emplazamiento de Helike en el interior, lo que explicaría mucho mejor su presencia en los acontecimientos que narramos. Es por consiguiente probable que esta campaña de Amilcar hubiera tenido como objetivo asegurar los pasos septentrionales hacia las áreas metalíferas de Sierra Morena, en caso de aceptar la ubicación levantina de Akra Leuke, eso sí no se trataba ya de dominar directamente los yacimientos de estas regiones (41).

Quédanos por aludir la embajada romana, que según una noticia de Dion Casio, visitó a Amilcar en el 231 a. J.C. El Bárquida recibió cortesmente a los delegados de Roma a los que explicó la necesidad que suponía para Cartago la conquista de la Península Ibérica, como única fórmula que le permitiría saldar su deuda con Roma (42). El hecho de que fuentes más cercanas a los hechos no la mencionen, convierte, a nuestro entender, la existencia de esta embajada como sumamente improba-

ble.

Asdrubal, yerno del desaparecido Amilcar, al que había acompañado desde un principio en sus campañas occidentales y que había estado al mando de la flota, se encargó de continuar la labor del Bárquida en la Península. Después de reunir un gran ejército se dirigió contra los Oretanos, responsables de la muerte de Amilcar (43). Junto a la necesidad de un escaramiento se unía, sin duda, la todavía más importante de controlar los minerales de la vertiente oriental de Sierra Morena, - lo que explicaría, si concedemos algún crédito a las palabras de Apiano, el que llegaran incluso refuerzos de Africa (44).

Una vez pacificada la región, Asdrubal emprendió una hábil política de acercamiento a los autóctonos, que será más detallada en el siguiente capítulo, desposándose con una princesa indígena y siendo posteriormente aclamado como jefe de los iberos. En palabras de Polibio ejerció el mando con cordura e inteligencia, mientras que Tito Livio señala su preferencia por los métodos diplomáticos más que por las medidas militares (45).

Los objetivos que habían marcado la presencia de Amilcar en la Península Ibérica estaban siendo consumados. Las riquezas de la región Tartesio-Turdetana, y entre ellas los minerales de Huelva y probablemente la plata de Sevilla fueron asegurados desde los primeros momentos. Posteriormente, y desde la base de Akra Leuke situada tal vez en Levanta, o tal vez cerca de Cástulo, se controlaban las áreas productoras del Sureste, a la vez que se vigilaban las comunicaciones con los yacimientos metalíferos de la Alta Andalucía. El mismo hecho del desplazamiento de la base de operaciones, tanto si aceptamos la hipótesis levantina, como la propuesta por G. V. Sumner, - viene a indicar una vez más lo que ya ha sido señalado por varios autores: Que Gadir y el Estrecho no eran ni la única ni la más utilizada de las vías en las relaciones entre la Península Ibérica y el Norte de Africa (46).

Por el contrario, una salida levantina de los productos obtenidos de la explotación cartaginesa en la Península, - lo que también se podía producir a través de Villaricos en el caso de que Akra Leuke estuviera situada en las regiones mineras de la Alta Andalucía, acortaba sensiblemente las distancias respecto a Cartago, por lo que resultaba también más ventajosa económicamente hablando.

Fué a partir, sin duda, de estas consideraciones que Asdrubal decidió buscar un nuevo emplazamiento para lo que habría de ser el centro de administración de los territorios conquistados. El lugar elegido fué, en palabras de los antiguos, uno de los mejores abrigos de la costa meridional española, - situado en las cercanías del Cabo de Palos, en donde el sucesor de Amilcar fundó una ciudad que recibió el nombre de Qarthadast, el mismo de su metrópoli, y que los romanos distinguirían de la africana denominándola Cartago-Nova (47). La nueva fundación, situada en el sitio de la actual Cartagena, cumplía además la función, una vez pacificado el Levante y el Sureste ibérico, mediante una hábil mezcla de fuerza y diplomacia (48) de controlar más directamente la producción de las vecinas - áreas argentíferas, de las cuales se habían beneficiado ya los púnicos a raíz de su presencia comercial durante los siglos V y IV a. J.C. (49). Pero además, Cartago-Nova constituía uno de los mejores y más seguros puertos del Mediterráneo, lo que garantizaba las comunicaciones con Africa, dada su proximidad, y se beneficiaba al tiempo de la riqueza salina de sus cercanas costas y de los campos de esparto del interior, material necesario para la industria naval (50). En esta ciudad, que - llegó a contar con cuarenta mil habitantes y que se convirtió en un centro industrial de primera magnitud, construyó Asdrubal un palacio desde donde se administraba y gobernaba los - territorios y poblaciones sometidos (51).

En el 226 a. J.C., Asdrubal recibió una embajada de

Roma, que preocupada ante la inminencia de una guerra con los galos, deseaba asegurarse la neutralidad de los cartagineses establecidos en la Península. El resultado de las negociaciones fué un acuerdo bilateral en el que cartagineses y romanos se comprometían a no atravesar en armas el río Ebro, que de esta manera quedaba fijado como el límite de los territorios sometidos a la autoridad cartaginesa en la Península Ibérica (52).

Cinco años después Asdrubal era asesinado por un autóctono en unas circunstancias bastante oscuras, con lo que concluía un periodo de la presencia cartaginesa en estos territorios occidentales que se había caracterizado más por la atracción pacífica y las buenas relaciones con los indígenas, que por las medidas de fuerza, y durante el cual se procedió a desarrollar una organización administrativa de los territorios conquistados que analizaremos más adelante (53).

#### c. Anibal y los orígenes de la Segunda Guerra Púnica.

Muerto Asdrubal, Anibal, que había llegado a Occidente acompañando a su padre Amilcar, fué elegido general por las tropas, lo que posteriormente sería ratificado por el gobierno de Cartago, iniciando una serie de campañas que habrían de profundizar la presencia cartaginesa en la Península Ibérica (54). El Bárquida luchó en dos campañas sucesivas contra los Olcades, pueblo comprendido en la región situada entre el Tago y el Guadiana, según A. García y Bellido, y contra los Vacceos, cuya capital, Helmántica, cayó en manos de Anibal junto con otra localidad denominada por Polibio Arbúcala (55). De regreso de esta última expedición derrotó, junto al Tago a una coalición compuesta por Olcades, Carpetanos y fugitivos del sitio de Helmántica, victoria con la que se consolidaba la dominación púnica sobre los pueblos de la Meseta hasta la Sierra de Guadarrama (56).



La estrategia de Anibal en estas campañas parece responder al objetivo de controlar los territorios por los que discurría el antiguo camino tartésico, la posterior Via de la Plata romana, que penetraba en la región noroccidental de la Península, rica en oro y estaño, como demostrarían las posteriores explotaciones de época romana, a lo que se debe añadir las riquezas adquiridas en forma de botín y tributos a las poblaciones sometidas que pasaban a engrosar las arcas cartaginesas (57).

Por la información que nos proporciona fundamentalmente Polibio, sabemos que mientras tanto Sagunto, una ciudad ibérica situada en el litoral edetano a unos ciento cincuenta kilómetros al sur del Ebro, había llegado a establecer relaciones con Roma. Del mismo historiador se desprende que tales relaciones eran en algo anteriores a la época de Anibal y que el Bárquida, en sus campañas del 220 a. J. C., había tenido cuidado de no provocar a los saguntinos con el fin de no precipitar una intervención romana (58). El año 220 a J. C. se nos presenta pues como un término post quem evidente, mientras que el término ante quem para el establecimiento de las relaciones entre Sagunto y Roma aparece menos preciso. No obstante, parece bastante significativo que no se mencione a Sagunto en el tratado del 226 a. J. C. Una tradición romana posterior pretendía que aquel garantizaba la independencia de la ciudad ibérica, lo cual era ignorado por Polibio que no lo menciona jamás a lo largo de su discusión sobre las causas de la Segunda Guerra Púnica (59). Si aceptamos, por consiguiente, que el establecimiento de relaciones entre Sagunto y Roma fue posterior a la Firma del Tratado del Ebro, opinión defendida por bastantes investigadores (60), lo que vendría a explicar también la indicación romana durante el sitio de la ciudad por los cartagineses, el término ante quem va adquiriendo mayor precisión. Si, por el contrario, pensamos en una fecha anterior, no deja de resultar extraño comprobar que los romanos habían abandonado

a sus aliados dentro del área peninsular sometida a la autoridad cartaginesa. Debíó de ser, por lo tanto, entre el 225 y el 221 a. J. C., fecha esta última en que Anibal sucedió a Asdrubal al frente de la administración cartaginesa en la Península Ibérica, que se produjo el establecimiento de relaciones entre Sagunto y Roma.

Hacia el 220 a. J. C., los saguntinos, posiblemente confiados en su alianza con Roma, y en la cautela mostrada por Anibal hacia ellos, comenzaron a hostigar a un pueblo vecino aliado de los cartagineses (61). Tal fue la chispa que desencadenó el conflicto. Los de Sagunto, alarmados ante la inminencia de una intervención púnica, solicitaron el concurso de Roma. Una embajada romana se entrevistó con Anibal en Cartago-Nova, quien reprochó a los delegados la mala fe de la actuación de Roma, que aprovechando su arbitrio en una querrela interna de los saguntinos había eliminado a algunos ciudadanos notables amigos de los cartagineses, al tiempo que les recordaba que Sagunto había aprovechado su alianza con Roma para maltratar a pueblos aliados de Cartago (62).

Ante el fracaso de la gestión realizada con Anibal, la embajada romana pasó a Africa, donde al parecer no obtuvo mejores resultados. Ese mismo año del 219 a. J. C. Anibal emprendió el sitio de Sagunto, mientras que Roma se encontraba entretenida con una intervención militar en Illyria. En los primeros meses del siguiente año, cuando las noticias de la caída de Sagunto llegaron a Roma, una nueva embajada se dirigió a Africa, donde el Senado cartaginés eludió las responsabilidades de su general, argumentando que Sagunto no figuraba entre los aliados romanos en el tratado concluido en el 241 a. J. C., único que a su juicio tenía validez, ya que la convención del 226 a. J. C., había sido realizada con Asdrubal, y no con el pueblo de Cartago. El resultado fue el estallido de la Segunda Guerra Púnica (63).

## 2. LA INTERVENCION ROMANA EN LA PENINSULA IBERICA.

Las circunstancias en que se produjo la intervención de Roma en torno a Sagunto y el consecuente desencadenamiento de la nueva guerra contra Cartago permanecen oscuras. A pesar del abundante material bibliográfico sobre las causas del nuevo conflicto, las limitaciones de la evidencia son tales, que, como ha señalado A. E. Astin, cualquier explicación acerca de los orígenes de la guerra contendrá importantes elementos inca-paces de ser probados (64).

### a. Los factores internos en Roma.

Aún cuando una tradición tardía señala la existencia de una delegación romana frente a Amilcar, preocupada por los progresos de los cartagineses en la Península Ibérica, su carácter asilado y la falta de confirmación en fuentes anteriores parece indicar que la primera intervención romana ante los Bárquidas no se produjo hasta el año 226 a J. C. en que, como resultado de las negociaciones con Asdrubal, se concluía el Tratado del Ebro (65). En este caso, Roma parecía a primera vista más preocupada ante el peligro de la inminente invasión gala y por asegurarse la neutralidad de los púnicos, que por defender unos intereses en la Península, cuya existencia, para esta época y entendidos como vinculados al conjunto del estado romano, permanecen bastante dudosos.

La cuestión de Sagunto plantea de nuevo el problema de los intereses romanos en estas tierras, ya que se relaciona directamente con la presencia, por primera vez documentada, de Roma en la Península Ibérica. En relación con este último punto, F. Rodríguez Adrados ha supuesto, basándose en un análisis de diversos textos de Tito Livio, la existencia de una profunda hostilidad entre las poblaciones indígenas del interior y de la costa, en el N.E. de la Península, aprovechada directamente por Cartago y Roma para favorecer sus respectivos intereses (66).

Lo que no parece tan evidente es que la existencia en esta área del Noreste Peninsular de pueblos que habían caído bajo la órbita de la protección romana, para defenderse de la expansión de las tribus del interior, acaudilladas por los Ilergetas, - aliados de Cartago, en una fecha anterior al desembarco de los ejércitos de Roma, como parecen sugerir algunas líneas de Tito Livio, pueda retrotraerse a un momento anterior al ataque cartaginés contra Sagunto, o incluso a la propia firma del Tratado del Ebro, como ha señalado este autor (67), con lo que el problema de los intereses de Roma en la Península Ibérica y de sus relaciones con los saguntinos, continua planteando numerosos interrogantes.

Uno de los principales estriba precisamente en el caracter formal o informal de esta relación. En este sentido la opinión no es unánime dentro de la historiografía moderna. La idea más generalizada corresponde a aquellos autores que consideran la existencia de una alianza formalizada entre Sagunto y Roma (foedus). No obstante, algunas voces se han levantado en contra de esta opinión, como las de J. S. Reid, E. Radian, B.H. Warmington, A.E. Astin y E M. Errington, principalmente. Estos autores consideran el caracter informal de tales relaciones, para lo cual se esgrimen los siguientes argumentos:

- a) El relato de Polibio no contiene ninguna referencia directa a la existencia de un foedus entre Sagunto y Roma.
- b) Aceptando la existencia de éste, es imposible explicar la pasividad de Roma durante el asedio de Sagunto por los cartagineses.
- c) Las relaciones entre las dos partes, tal y como las expresa Polibio (fides), no resultan única y exclusivamente de la existencia de un acto de deditio.
- d) Aún admitiendo la existencia de una clara voluntad por parte de Sagunto para establecer una alianza formal con Roma, lo que supone el conocimiento previo de las prácticas de la diplomacia romana, esto no presupone el paso siguiente en el proce-

"

so: establecer por parte de Roma su aceptación respecto a los dediticii (68).

Otro de los problemas que se plantea es el de a quién correspondió la iniciativa en el establecimiento de estas relaciones. La conexión en el texto de Polibio entre los dos acontecimientos -situación de Sagunto bajo la fides romana e intervención de Roma como árbitro de sus querellas internas- parece evidente y podría venir reforzada por otro pasaje del mismo historiador que pone en boca de Aníbal la acusación hecha a la embajada romana de haber aprovechado un conflicto interno en la ciudad para intervenir, en su papel de árbitro, contra algunos ilustres ciudadanos partidarios de los cartagineses (69). Establecimiento de relaciones con Roma y mediación de ésta en los conflictos internos de Sagunto parecen, pues, estar íntimamente relacionados. Por otra parte, sabemos que la existencia de tales relaciones era anterior a la época de Aníbal, mientras que éste último en su réplica a los embajadores romanos, que en el 219 a. J.C. le instaban a respetar Sagunto, al aludir a la mala fé de Roma, situaba su intervención en los asuntos internos de la ciudad ibérica "poco tiempo atrás" ( $\mu\epsilon\chi\rho\iota\varsigma\ \epsilon\mu\pi\rho\sigma\theta\epsilon\upsilon\ \chi\rho\acute{o}\nu\omicron\varsigma$ ) (70). De este último dato se desprende que el arbitrio romano en Sagunto no era antiguo, lo cual viene a reforzar la relación existente, por lo demás implícita en Polibio, entre el establecimiento de la fides, que como hemos visto se debió de producir después del Tratado del Ebro del 226 a. J.C., y la mediación romana. Además, como ha señalado E. M. Errington, en otro pasaje de Polibio parece indicarse que los romanos no habían intervenido en los asuntos de la Península Ibérica hasta el establecimiento de las relaciones con Sagunto, razón por la cual los saguntinos los eligieron precisamente para que mediaran en sus querellas. "Thus if the Romans were not yet concerned in Spanish affairs at the time of the arbitration, they obviously can not have had a connection with Saguntum before the ar-

bitration" (71).

De todo esto podemos deducir la estrecha relación - entre los dos acontecimientos y que la mediación romana fué consecuencia inmediata del establecimiento de relaciones con Sagunto, y no a la inversa, lo que parece sugerir que la iniciativa partió de la ciudad ibérica, idea por lo demás muy difundida entre los investigadores (72).

Un tercer interrogante se centra en la pasividad romana durante el tiempo en que Sagunto estuvo cercada por los ejércitos de Anibal. Es evidente que después de la embajada del 219 a. J.C., los patres deberían haber concebido por lo menos la posibilidad de que se produjera un ataque cartaginés a Sagunto. Algunos datos apuntan en este sentido: Aún admitiendo como probable que la noticia del ataque de Anibal llegara a Roma cuando los consules L. Emilio Paulo y M. Livio Salinator habían partido ya en campaña contra Demetrio de Pharos (73), esta campaña tuvo apenas unas semanas de duración. A finales de ese mismo verano del 219 a. J.C., cuando las noticias del cerco de Sagunto eran ya conocidas, uno de los cónsules entraba triunfal en Roma, sin que se modificara la actuación de éste respecto a sus aliados ibéricos (74). Se puede objetar que la estación se encontraba ya muy avanzada para el envío de un cuerpo expedicionario por mar, pero no conocemos la existencia de ninguna actividad, siquiera diplomática, destinada a garantizar la libertad de Sagunto. Y es muy probable que ésto pudiera ser debido a un carácter informal de sus relaciones con Roma.

Se puede pensar también que los patres, conocedores tras el retorno de la embajada de la posibilidad de la guerra, decidieran solucionar antes la cuestión de Illyria, pensando, como indica Polibio, que el ataque a Sagunto por Anibal no sería tan inminente (75). Pero aún así cuando este se produjo

la inactividad romana siguió su curso. Como ha señalado E. Badian, no fueron las puras consideraciones militares las que motivaron la intervención romana en Illyria, desmitiendo de esta manera la afirmación de Polibio para el cual esta guerra habría sido decidida por el Senado como una precaución a tomar frente al inevitable conflicto con Cartago que, en palabras del historiador, se entreveía ya como largo y duro (76). Si estas consideraciones estaban ya en la mente de todos los senadores se explica aún menos la pasividad romana en todos los terrenos durante el asedio cartaginés de Sagunto.

Por otra parte, es difícil creer a Polibio cuando afirma que ante la noticia de la caída de Sagunto no se produjo ningún debate en el Senado acerca de la oportunidad de declarar la guerra a Cartago. Además, esta consideración suya no se desprende de una evidencia constatada en los hechos, sino de su propia inferencia personal. ¿Cómo los romanos se preguntan que el año anterior habían amenazado con la guerra a los cartagineses si penetraban en territorio saguntino se iban a haber reunido una vez tomada la ciudad para discutir si procedía combatir contra Cartago? (77). A continuación, Polibio critica a aquellos historiadores que como Cereas y Sosilo afirmaban que el debate había existido y proporcionaban incluso una narración del mismo (78). Todo esto se presenta de una manera bien sospechosa, y nuestras sospechas aumentan cuando consideramos que algunas fuentes tardías han recogido la tradición que proclama la existencia del mencionado debate en el seno del Senado romano (79).

El conjunto de los datos de que disponemos parece señalar, efectivamente, la existencia de una división de opiniones en Roma acerca de sus obligaciones con Sagunto, idea que es aceptada por autores como F. Cassola G. Ch. Picard, J.P. Brissón, A.E. Astin y E. M. Errington. Esto vendría además reforzado por el hecho de que el Senado había rehusado en varias

ocasiones escuchar las demandas de los saguntinos, antes de decidirse por enviar una embajada para entrevistarse con Aníbal (80).

Para comprender mejor la intervención romana en los asuntos de la Península Ibérica en relación a Sagunto, es preciso partir de una óptica más amplia en la que tanto la República como la ciudad ibérica se encuentran inmersas en un juego - de intereses que es necesario detallar.

Normalmente se acepta que Sagunto se encontraba ligada económicamente, al menos en lo que al comercio se refiere, con las ciudades griegas del N.E. Peninsular -Ampurias y Rodas- y a través de éstas, con Massalia. En la propia Roma una facción de la nobilitas se encontraba interesada en una expansión mediterránea, no ajena a los intereses comerciales. Y los miembros de esta facción se mostraban partidarios de una intervención en Sagunto. Quizá resulte significativo que, como ha señalado F.M. Heichelheim, ésta última, en el periodo comprendido entre el 226 y el 220 a. J.C. emitiese moneda uniformándose a la unidad de peso romano y usando tipos massaliotas, lo cual viene a documentar la existencia de tales relaciones comerciales (81).

Numerosos autores han señalado que la intervención romana en la Península Ibérica respondía al influjo de los intereses de Massalia, vieja aliada de Roma, que observaba con temor los progresos de Cartago en estas tierras de Occidente (82). Aunque esta teoría no encuentra del hecho ningún apoyo en las fuentes, puede mantenerse a la vista de las siguientes consideraciones: el avance cartaginés en la Península Ibérica no afectaba a los intereses de Roma, inmersa durante este periodo en una política de expansión agrícola. No obstante, los massaliotas podían considerar con temor las empresas de los Bérquidas, que algún día podían poner en peligro las posiciones grie



gas situadas al norte del Ebro. En este sentido el Tratado del 226 a J. C. garantizaba la seguridad de los enclaves utilizados por Massalia. Al sur de este río la propia Sagunto parece haber caído en la órbita comercial massaliota, como se desprende de las acuñaciones de la ciudad ibérica en el período comprendido entre el 226 y el 220 a J. C. (83).

Aún así, parece evidente que este influjo de Massalia sobre la política exterior de Roma debe haberse apoyado en la existencia de una facción interna interesada en el desarrollo de estas actividades comerciales, para poder cosechar sus frutos. Y el triángulo comercial Sagunto-Massalia-Roma está documentado, como acabamos de ver, en las acuñaciones de la primera, uniformadas a la unidad de peso romano y con tipos massaliotas, acuñaciones que aparecen por vez primera en la vida económica de Sagunto, que anteriormente no había emitido moneda (84).

En Roma el período comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica se encuentra dominado por la facción dirigida por los Fabii, partidarios de ampliar el dominio territorial de la ciudad, política que se manifiesta en la conquista de la Galia Transpadana. de esta manera, observamos que Fabio Máximo fue dos veces consul, en el 233 y en el 228 a. J. C. censor en el 230 y dictador en el 221 a J. C. Esta facción, representaba en Roma una política agraria, desarrollada a costa de los galos cisalpinos, desentendiéndose de cualquier aventura marítima, para lo cual contaba con el apoyo de la plebe rural y los votos de los pequeños agricultores, y con la alianza de determinados hombres, empeñados en una política similar a la propugnada por los Fabii. Uno de ellos fue Claudio Marcelo, perteneciente no a la familia patricia de los Apia Claudii sino a una familia plebeya homónima, consul en el 222 a J. C., que había recibido ese mismo año los máximos honores militares por su victoria en Clastidium sobre los galos. El otro fue Cayo Flaminio, tribuno de la plebe, que en el 232 a J. C. había pro-

puesto distribuir a los ciudadanos menos favorecidos las tierras del Piceno, arrebatadas a los galos de este sector. Fue pretor en el 227 a J. C., y a este título el primer gobernador romano en Sicilia, consul en el 223 a J. C., censor en el 220, consul por segunda vez en el 216 a J. C. (85). La política de este hombre prestigioso, del que Tito Livio ha querido hacer el jefe de un partido popular, coincidía a menudo con aquella de Fabio Máximo, apareciendo los dos numerosas veces asociados. Este último era, por ejemplo, consul en ejercicio cuando Flaminio ocupó el cargo de tribuno de la plebe. Fue, así mismo, jefe de la caballería de Fabio, honor que se reservaba normalmente a los amigos políticos, cuando la dictadura de este. Por lo demás, la censura de Flaminio consagraba la política de expansión agraria de los Fabii, cuyas motivaciones económicas eran evidentes -las tierras que se abrían de esta manera a la conquista romana eran particularmente fértiles en grano y aceite, comenzando para ello la construcción de la vía que ha de llevar su nombre, la cual ponía en comunicación con Roma las tierras sometidas de la llanura del Po, y la construcción de las colonias de Cremona y Placencia, en las tierras que él mismo había contribuido a conquistar durante su consulado del 223 a J. C. (86).

Frete a esta política agraria propugnada por Fabio Máximo, Marcelo y Flaminio, se alzaba una facción de la nobilitas partidaria de una política de expansión mediterránea, apoyada por los negotiatores itálicos y romanos. Estos nobles, a los que las actividades comerciales habían quedado vedadas por la Lex Claudia, estaban todavía interesados en las empresas de los negotiatores y publicanni, muchos de los cuales eran amigos, clientes o libertos de estas grandes familias, no solo en el ámbito romano, sino también en el etrusco, griego e itálico (87).

Los éxitos obtenidos en el 229 a J. C., con ocasión de la Segunda Guerra Illyrica, completados en el 221-220 y en

el 219 a. J. C., marcaban los pasos principales de una expansión romana hacia el Este, cuyas motivaciones económicas hay que buscarlas, como ha señalado F. Cassola, en los intereses de un sector de la nobilitas vinculado directamente con las colonias griegas de las costas balcánicas y con los comerciantes griegos e itálicos que frecuentaban el Adriático. M. Livio Salinator, consul en el 219 a J.C., era uno de sus más claros exponentes (88). Por lo demás, nuestras fuentes afirman explícitamente que los romanos intervinieron en Illyria para garantizar la seguridad del comercio adriático, siendoles impuestos a los vencidos toda una serie de condiciones que no tenían otro fin que controlar sus actividades marítimas (89).

La potencia del clan dirigido por los Fabii había sido además amenazada por una nueva ascensión de los Cornelii y de los Aemilii. Esta facción, orientada en un principio hacia Cerdeña y Corcega - ya hemos señalado la conexión cronológica entre la anexión de estas dos islas en el 237 a J. C. y el consulado de L. Cornelio Escipión- se apoyaba en una vasta clientela comercial, integrada por numerosos elementos de la aristocracia mercantil itálica y de los aliados griegos, se encontraba vinculada con ambientes económicos tanto romanos, como aliados que se desenvolvían en el área de las actividades comerciales, y contaba con la colaboración de un cierto número de nobles, patricios o plebeyos, como fueron los Venturii Filoni y T. Quincio Flaminio, entre los primeros, y M. Livio Salinator y Q. Cecilio Metelo, entre los segundos (90) Después de algunos años de eclipse estas familias lograron algunos consulados: Emilio Papo en el 225 a J. C., Emilio Paulo en el 219 a J. C., Cornelio Escipión (El Calvo) en el 223 a J. C., y Cornelio Escipión (El Viejo) en el 221 a. J. C (91).

A la vista de todo esto puede resultar significativo comprobar que la facción "imperialista" mediterránea dominaba los comicios en la época en que se produjo la intervención

romana frente a Asdrubal. P. Valerio Flaco y M. Atilio Regulo eran los cónsules del 227 a J. C. En el 226, fecha del Tratado del Ebro, fueron elegidos M. Valerio Messala y L. Apustio Fulo, y en el año siguiente eran consules C. Atilio Regulo y L. Emilio Papo (92). La vinculación de los dos Atilii con el Regulo que realizó el desembarco en Africa durante la Primera Guerra Púnica es evidente. Por lo demás, quizá resulte ilustrativo saber que P. Valerio Flaco habría de llevar en el 219 a J. C. un ultimatum a Anibal, en relación con la cuestión de Sagunto, y que M. Valerio Messala era el hijo del conquistador de Messina, al tiempo que L. Apustio Fulo era cliente de los Escipiones (93). El influjo de Massalia, de haber existido, se apoyó en esta facción de la nobilitas empeñada en unos intereses mediterráneos ante los cuales Cartago suponía siempre una latente amenaza.

Enemigos de la política de expansión agraria propugnada por los Fabii y sus aliados políticos, los Cornelii Scipiones, dirigentes a partir de ahora de la aristocracia imperia lista romana que propugnaba una política de expansión mediterránea, se nos presentan, por consiguiente, como los principales adversarios de Cartago en Roma. Otro miembro de esta misma familia, Escipión el Africano, habría de significarse particularmente durante la segunda fase del nuevo conflicto que estallaba contra los púnicos.

Cuando la noticia de la caída de Sagunto llegó a Roma, se produjo en la ciudad una oleada de indignación popular, suficiente para crear un cuerpo de opinión que inclinara la balanza del lado de los intervencionistas. La propia credibilidad en la fides romana y el temor respecto a las intenciones de Cartago fueron sus principales motivaciones (94). Si la cuestión de Sagunto quedaba sin respuesta pronto se manifestarían las reticencias de los aliados frente a una Roma que no era capaz de garantizar la protección prometida. Por otro lado, existía en Roma una especie de mentalidad colecti-

va que veía con recelo todas las actividades de Cartago, consecuencia de la conciencia de haber actuado contra justicia con la anexión de Corcega y Cerdeña. Este sentimiento, consciente o no, de no haber actuado limpiamente con el "amigo" púnico era la causa de que la mayoría de los romanos concibiesen el fantasma del deseo de la revancha que anidaba en el ánimo de los cartagineses. El propio Polibio se hace eco de estas consideraciones al presentar su análisis de las causas de la Segunda Guerra Púnica. Según él, los Bárquidas estarían movidos por un profundo odio a Roma, consecuencia de la injusta pérdida de los dominios sardos de Cartago (95). Esta idea, difundida ampliamente entre los romanos, favorecería la aparición del tema de la "Ira de los Bárquidas" en la historiografía posterior, recogido ya por el mismo Polibio, y sobre el que pesan serias dudas acerca de su autenticidad histórica (96). Tal interpretación, que solo ve a los cartagineses moverse impulsados por deseos de revancha, no habría encontrado tan buena acogida de no haber existido las condiciones aludidas.

Tales fueron las consideraciones que en Roma, tras la caída de Sagunto, influyeron a favor de la postura defendida por los intervencionistas de la facción dirigida por los Cornelii Scipiones. Su posición, sin embargo, no era todavía predominante, como demuestra el hecho de que no se declarase la guerra a Cartago sin intentar antes una última solución de compromiso. Seguramente la embajada que en el 218 a. J. C. reclamaba ante el Senado cartaginés a los responsables de la agresión a Sagunto (97) respondía a una fórmula pactada entre los partidarios de la intervención y los que no deseaban un nuevo conflicto con Cartago. Pero las propias condiciones que portaban los delegados romanos, a todas luces inaceptables para los cartagineses, muestran hasta que punto se había acrecentado la influencia de la facción intervencionista.

La declaración de guerra aumentó el poder de los que buscaban el enfrentamiento con los cartagineses. Los planes mi

litares desarrollados por el Senado romano, en los que curiosamente Sagunto no se encontraba presente, eran claramente ofensivos y preveían el desembarco de un cuerpo expedicionario en Africa y otro en la Península Ibérica (98). En realidad esto obedecía a una estrategia largamente elaborada. Los propios embajadores enviados ante Anibal con anterioridad del ataque de este contra Sagunto preveían ya que la próxima guerra habría de desarrollarse en la Península Ibérica, y los padres consideraban que sería un conflicto duro y largo (99).

Después del éxito de las primeras operaciones navales, T. Sempronio Longo se apoderaba de Malta y exploraba la costa africana para escoger el lugar del desembarco, consciente de la vulnerabilidad de Cartago en Africa, demostrada anteriormente por las expediciones de Agatocles y Régulo (100). La política ofensiva de Roma se confirmaba con el envío de las mejores tropas al mando de C. Cornelio Escipión a la Península Ibérica, en donde habrían de permanecer, aún después de conocerse en Roma la marcha de Anibal hacia Italia (101). La cuestión de Sagunto, que había sido el detonante de la guerra, se encontraba extrañamente ausente, como ha señalado J. P. Brisson, en esta estrategia agresiva, que no pretendía otra cosa que golpear a Cartago en sus puntos neurálgicos (102).

#### b. La conducta de Anibal.

Por parte de Cartago la tendencia favorable a la guerra está representada por Anibal, pero tan solo en un último momento. Ninguna de las anteriores acciones de los Bárquidas se enmarcaba en un plan destinado a preparar una guerra de revancha contra Roma. Se trataba, por el contrario de consolidar el antiguo sistema económico de Cartago, garantizando así su independencia económica y política, mediante un control directo de los recursos necesarios para el desarrollo de su tradicional economía, impuesto por las nuevas condiciones creadas tras el final de la Primera Guerra Púnica (103). Cuando Anibal

asumió el mando de los ejércitos cartagineses en la Península Ibérica se mostró respetuoso con el tratado del 226 a J. C., que situaba los límites de su expansión en el Ebro, y se cuidó de no provocar a los saguntinos con el fin de no irritar las susceptibilidades romanas. Un incidente posterior le llevaría a actuar contra aquellos de los que ya sospechaba que pudieran servir de pretexto para una intervención armada de Roma en los territorios peninsulares sometidos a la autoridad de Cartago(104)

Animados por su amistad con Roma, los de Sagunto entraron, hacia el 220-219 a J. C. en conflicto con un pueblo vecino sometido a los cartagineses. Se trataba de un elemento más que venía a sumarse a las anteriores actuaciones de Roma de cara a Cartago, en la que aquella había mostrado siempre un menor precio total por las convenciones existentes(105). El Bárquida decidió prestar ayuda inmediata a sus aliados marchando contra los saguntinos. Los romanos, alertados por estos, enviaron una embajada que se entrevistó con Aníbal en Cartago-Nova, donde sus ejércitos se encontraban invernando. Allí los legados de Roma le exigieron que respetara a Sagunto, en su calidad de aliada de Roma (106), lo que habría de aumentar aún más las sospechas del cartaginés respecto a las intenciones de aquella.

Con todo un legado a sus espaldas compuesto por el conocimiento de las prácticas romanas durante la guerra anterior y las consecuencias que esta tuvo para Cartago, conocedor de la ambigua postura romana durante la Guerra de los Mercenarios(106) y de la perfidia que entrañaba el pretexto utilizado para la anexión de Cerdeña, no resulta en modo alguno extraño que Aníbal considerara que la embajada romana que le exigía respeto hacia Sagunto era la prueba definitiva de las intenciones de intervención de Roma en los territorios conquistados por los cartagineses en la Península Ibérica (108).

La amenaza se perfilaba con una extraordinaria gravedad en el ánimo del Bárquida. Un nuevo conflicto con Roma po-

dia poner en peligro las conquistas cartaginesas en Occidente, pero ceder ahora a las exigencias de Roma respecto a Sagunto podía ser interpretado, como señala A. E. Astin, como un síntoma evidente de debilidad, tanto por parte de Roma como de las poblaciones autóctonas peninsulares sometidas a la autoridad de los cartagineses (109). Era necesario, por consiguiente, castigar a Sagunto que había osado atacar a un pueblo amigo de Cartago si no se quería perder la autoridad y el prestigio entre los aliados y sometidos de la Península, poniendo en peligro la labor que tantos años y esfuerzos había costado. No era cuestión ni de inhibirse ni de dejar la iniciativa en manos de Roma.

Ante la proximidad de un conflicto que le parecía inevitable, Aníbal decidió actuar primero, privando de esta manera a Roma de lo que podía haber sido utilizado como una buena base de operaciones para su intervención contra los púnicos en la Península Ibérica. Por lo demás, la estrategia meramente defensiva se había mostrado catastrófica durante la guerra anterior (110); era, pues, cuestión de pasar a la ofensiva. El Bárquida estaría además informado de la existencia en Roma de una facción política partidaria de la intervención, lo que le hacía concebir la guerra como antes o después inevitable, lo cual no significa que él mismo la deseara.

Respetar Sagunto para privar a los intervencionistas romanos de su pretexto no tenía sentido, como advierte F. Cassola, ya que otro cualquiera podía ser esgrimido en el futuro (111). Movido por la idea de que en Roma se preparaba una intervención armada en la Península Ibérica, Aníbal decidió anticiparse poniendo sitio a Sagunto, no con el fin de desencadenar una guerra de revancha contra Roma, como demuestra el hecho de que respetara el tratado firmado por Asdrubal en el 226 a. J. C., atravesando únicamente el Ebro cuando le llegaron las noticias de que en Africa, una embajada romana había declarado la guerra a Cartago (112), sino para privar a Roma de la posibilidad de in-



tervenir con la iniciativa en los territorios peninsulares y asegurar el prestigio de la presencia cartaginesa en ellos frente a los pueblos aliados y sometidos. Y que todas estas consideraciones de Aníbal estaban ciertamente fundadas viene demostrado por el hecho de que, cuando tras la caída de Sagunto triunfó en Roma la tendencia intervencionista, el plan de guerra desarrollado, que preveía sendos desembarcos en África y la Península Ibérica, la cual no abandonaron los romanos ni en los peores momentos de la guerra, era puramente ofensivo, y Sagunto fue totalmente olvidada en una actuación militar que se proponía de una manera evidente asestar un golpe mortal al poderío púnico (113).

c. La cuestión de las responsabilidades.

En lo que se refiere a la nueva contienda que acababa de estallar, pensamos con J. P. Brisson y F. Cassola, que después de la paz del 241 a. J. C. un nuevo enfrentamiento entre las dos potencias no era inevitable. Como ha advertido este último autor, la guerra se produjo porque en ambos estados existían corrientes favorables a ella, que terminaron por imponerse a aquellos otros grupos orientados hacia una convivencia pacífica (114). Por parte de Roma, tales corrientes belicistas se identifican claramente, como ya hemos visto, con aquellos nobles partidarios de una expansión mediterránea que desarrollase las actividades de los comerciantes romanos, itálicos y griegos, con los que estaban vinculados, y frente a la cual Cartago constituía una amenaza potencial, por lo menos desde su particular punto de vista. Por la parte cartaginesa, los Bárquidas no eran en sí partidarios de la guerra a ultranza, pero tampoco estaban dispuestos a renunciar al papel mediterráneo que había jugado su ciudad durante siglos.

Como se sabe, el acontecimiento que precipitó la guerra fue la caída de Sagunto en manos de las tropas de Aníbal. En este punto, Roma no poseía parte alguna de razón al esgrimir

la como pretexto para desencadenar las hostilidades, mientras que toda ella se encontraba, creemos, del lado de los cartagineses. Para defender posteriormente sus propios puntos de vista y legitimar una actuación que no poseía de por sí justicia alguna, la historiografía romana llegó a sostener que el Tratado del Ebro hacía excepción de Sagunto, e incluso que esta ciudad ibérica se encontraba situada al norte del Ebro, lo cual es manifiestamente falso (115). De este modo, toda la responsabilidad caía sobre las espaldas de los cartagineses que violaban así abiertamente el tratado firmado por Asdrubal en el 226 a. J. C.

Entre los modernos estudiosos del tema, J. Carcopino, se ha adherido a esta última idea en una tesis sin lugar a dudas ingeniosa, pero imposible de mantener, como al respecto ha mostrado F. W. Walbank. Según Carcopino, existieron dos ríos homónimos, correspondiendo el mencionado por Polibio, no al actual Ebro, sino al Júcar, con lo que evidentemente Sagunto se encontraba situada al norte de la frontera señalada como límite de la expansión cartaginesa en la Península Ibérica (116). Si esto hubiera sido así, y si de la misma manera el Tratado del Ebro hacía una excepción de Sagunto, ideas que, por cierto, se contradicen, no se comprende como la declaración de guerra por parte de Roma no se produjo sino tras la caída de la ciudad ibérica, ni tampoco es fácil de explicar su pasividad durante el prolongado sitio que sufrió por parte de los ejércitos de Aníbal.

Pero el propio Polibio es bastante explícito al afirmar que la caída de Sagunto y el posterior paso del Ebro por las tropas cartaginesas no fueron sino los motivos ocasionales e inmediatos del conflicto. Las verdaderas causas de la guerra serían muy otras, según el historiador, y él las encuentra en el odio hacia Roma que habría suscitado en los Bárquidas la injusta anexión de Cerdeña, odio que se manifiesta en el celebre juramento de eterna hostilidad a Roma realizado a instancias de

Amilcar por su hijo Anibal de nueve años de edad (117). El tema de la "Ira de los Bárquidas", que ha sido cuestionado por E. M. Errington en un excelente trabajo, recogido y desarrollado por Polibio y otros autores posteriores, muestra claramente la existencia en Roma de un sentimiento, consciente o no, de haber actuado injustamente en la cuestión de Cerdeña, el cual provocaba un cierto temor que veía en los cartagineses un deseo de revancha, a la vez que se intentaba justificar las propias posiciones romanas en los orígenes del nuevo conflicto (118).

Mace ya algunos años, W. Hoffman y H.H. Scullard desarrollaron nuevos argumentos con el fin de liberar a Roma de parte de sus responsabilidades en el estallido de la guerra. Según el primero, el acontecimiento que precipitó la declaración de guerra por parte de Roma fue el paso del Ebro por Anibal en la primavera del 218 a J. C. Para el segundo, fue la partida desde Cartago-Nova del Bárquida al frente de sus ejércitos, obviamente con el propósito de atravesar el río (119). Tales interpretaciones de los hechos han sido rechazadas por A. E. Astin quien acertadamente señala que entre las muchas incertidumbres en torno al estallido de la Segunda Guerra Púnica, los autores antiguos están de acuerdo en un punto: el papel jugado por Sagunto en el desencadenamiento de los acontecimientos (220). Después de toda una serie de consideraciones cronológicas sobre el hecho de que entre la llegada a Roma de la noticia de la caída de Sagunto y la partida de la embajada hacia Cartago no había transcurrido probablemente un lapso de tiempo considerable, idea esta última que se encuentra en el fondo de la tesis Hoffmann-Scullard, Astin concluye: "Hay una considerable incertidumbre acerca de cuando la última embajada romana llevó a Cartago el ultimatum y la condicional declaración de guerra; pero en el campo de las posibilidades no existe un impedimento serio para una cerrada conexión cronológica entre los dos acontecimientos. Además, los argumentos cronológicos no pueden ser utilizados para plantear la duda en la conexión causal atestiguada por las fuentes (121).

Esta conexión causal -caída de Sagunto, envío de la embajada romana con el ultimátum a Cartago- viene a ser confirmada por otros testimonios. Los legados no abandonaron Roma antes de la mitad de marzo del 218 a J. C., lo cual es admitido comúnmente; es por ello que entre estos se encontraban los dos hombres cuyo consulado terminaba en ese mismo mes. Esto, unido al hecho de que los otros miembros eran maiores natus, indica la precipitación de la medida, lo cual no es tampoco impedimento para que se haya producido un debate en el Senado (122). Pero también se admite comúnmente que Anibal no abandonó sus cuarteles de invierno en Cartago-Nova hasta finales de abril; y, por último, Polibio señala explícitamente que el Bárquida tuvo noticias de la declaración de guerra en Cartago antes de ponerse en marcha en la primavera del 218 a J. C. (123).

Otro de los argumentos esgrimidos por bastantes autores, de los que M. Helleaux, E. Binkermann, T. Frank G. Gianelli, L. Pareti y P. Veyne, son una muestra significativa, con el fin de liberar parcial o totalmente a Roma de sus responsabilidades jurídicas o morales en el estallido de la guerra, es el de que los orígenes de la Segunda Guerra Púnica deban encuadrarse dentro de una política defensiva practicada por Roma, al menos durante el siglo III a J. C. (124). Tales ideas han sido refutadas por F. Cassola, para quien la conducta de los Escipiones durante el conflicto no deja lugar a dudas en lo que se refiere a la estrategia ofensiva desarrollada por Roma. Representantes de la tendencia imperialista en el seno de la política romana, sus primeras actuaciones tras el desencadenamiento de las hostilidades, muestran claramente que habían concebido desde el principio una guerra de conquista destinada a abatir definitivamente al adversario. El carácter ofensivo de estas medidas -desembarcos en Africa y la Península Ibérica- y de los anteriores preparativos militares han sido señalados también por B. L. Hallward y A. Piganiol (125). Por lo demás, F. Cassola advierte acertadamente que sin la enérgica iniciativa de los

Escipiones y sus partidarios la guerra habría terminado en un compromiso análogo a la paz del 241 a J. C. "Publio invece volle colpire al cuore il nemico assaleundolo nel suo territorio -e induendolo in una posizione d'inferiorita irremediabile. Inoltre la pace del 201 fue tutt'altro obemite; possiamo definirla tale soltanto in rapporto all'unica alternativa possibile, cioè la distruzione completa di Cartagine, alternativa preferita da molti nobili romani per vari motivi, fra cui quello della sicurezza. Ma il trattato sordisfaceva anche questa esigenza, creando un equilibrio inestabile fra Cartagine e la Numidia, che avrebbe impedito ad ambedue di rafforzarsi e la avrebbe costretto a contendersi la protezione di Roma" (126).

Estas consideraciones y la evidencia señalada más arriba, sirven también para rechazar la idea, mantenida por A. E. Astin y E. M. Errington, de que la guerra estalló a partir de un mutuo malentendido, sin que por las dos partes hubiera ánimos de agresión, fruto del recelo hacia Roma de los cartagineses y de su desconocimiento de las prácticas de la diplomacia romana, y por parte de Roma de una obligación moral de asistir a sus aliados y de una incomprensión de los motivos que animaron a Aníbal para atacar Sagunto (125).

En nuestra opinión, es evidente que la responsabilidad de la guerra recae enteramente sobre Roma. Con J. P. Brisson pensamos que la historiografía moderna ha subestimado a menudo el valor jurídico de los argumentos esgrimidos por el gobierno de Cartago ante la embajada romana portadora del ultimatum (126). Ante el Senado púnico los embajadores de Roma inquirieron si el ataque a Sagunto había sido el resultado de una iniciativa personal de Aníbal, o si por el contrario el Bárquida actuaba de acuerdo con las instrucciones recibidas de Cartago. Para los cartagineses, sin embargo, la cuestión era saber si el asalto a Sagunto violaba los acuerdos firmados con Roma. En este sentido rechazaban el tratado firmado por Asdrubal en el 226 a J. C., alegando que no había sido ratificado por el gobierno car-

taginés, para lo cual se apoyaban en el propio precedente romano que había agravado las cláusulas de la paz de Lutacio. Si - Roma no se había sentido obligada por una convención, concluída por uno de sus cónsules ¿por qué Cartago había de estarlo - por la convención concluida por Asdrubal? (129). El único tratado que ligaba a Cartago con Roma era, por consiguiente, el - del 241 a. J.C., que garantizaba el respeto a los aliados mútuos (130). Pero Sagunto no era entonces aliada de Roma y como tal no figuraba en la lista que los especificaba (131). El propio Polibio afirma que ante esta argumentación, los embajadores romanos no supieron qué contestar. El más anciano de - ellos, en un gesto teatral con el que intentaba sobreponerse a su desconcierto, hizo un pliegue de su toga y adelantándose - conminó a los senadores cartagineses a que escogieran entre la paz y la guerra que él portaba allí consigo. Lejos de colocar en un aprieto a los púnicos, éstos le respondieron que escogiere él mismo. La guerra quedaba declarada por parte de Roma (132). Realmente, aquella podía haber buscado un mejor pretexto.

## NOTAS AL CAPITULO VII.

- (1) Polibio, I, 83, 5-11; Tito Livio, XXII, 54, 11; cfr: F. Cassola: - I Gruppi Politici romani nel III secolo a. C., Roma, 1968, p. 52.
- (2) Cfr: Supra p. 227-228 y 330
- (3) S. Gsell. H.A.A.N., II. p. 253. J. P. Brisson: Carthage au Rome? - París, 1973, p. 130.
- (4) Diodoro, XXIV, 13; Polibio, I, 56-63; III, 9, 6.
- (5) Diodoro, XXV, 8, 10; Apiano, Ibérica, 4 y 5. A diferencia de Diodoro que solo menciona que Amílcar fue elegido comandante de los ejércitos de Africa por un período indefinido, Apiano afirma que después de compartirlo con Hanón, este último fue posteriormente apartado del mando, cfr: nota 18.
- (6) Cicerón: De republica II, 4, 7.
- (7) G. Ch. Picard, Hannibal, París, 1967, idem y C. Picard, Vie et mort. de Carthage. París, 1970 p. 206-207.
- (8) R. Martín - A. Rauret: "Las posibilidades metalúrgicas y la distribución de los metales en el área tartésica", V. Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1968, p. 379-388.
- (9) G. Picard "Carthage aux temps d'Hannibal", Studi Annibalicci, Cortona, - 1964, p. 12-14, y 33-35. G. Ch. Picard, Hannibal...P. 72-73, 85 y 88.
- (10) G. Ch. Picard, "Les sufetes de Carthage chez Tito Livie et Cornelius Nepos" R.E.L. XLI, 1963, p. 269-281, Idem. "La revolution de mocratique de Carthage" Conférences de la Société d'Etudes Latines de Bruxelles, 1965-1966 (Col. Latumus LXII) 1968, p. 113-130.
- (11) Cfr: 'Supra p. 146
- (12) Diodoro, XXV, 8, 10, 3; Polibio, II, 1, 9; Tito Livio, XXI, 2, 4, - Apiano, Ibérica, 4, y 6; Cornelio Nepote, Amílcar III, 2.
- (13) Polibio, VI, 51, 6.
- (14) S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 161 y 162.
- (15) Aristóteles, Política, 1273 a, Diodoro XIV, 47, 2; Justino, XVIII, 7, 16-18.
- (16) Aristóteles, Política, 1273 a.
- (17) Diodoro, XXV, 10, 3, 18; Polibio, II, 1, 9; Tito Livio, XXI, 2, 4; - Apiano, Ibérica, 4, Cornelio Nepote, Amílcar, III, 2.

- (18) Diodoro, XXV, 8, 10.
- (19) En la edición de Diodoro de F.R. Walton (Loeb, Tomo XI, p. 152), el término Libia ha sido sustituido por el de Iberia. El editor argumenta esta corrección en dos pasajes de Polibio en los que se dice que después de la Guerra de los Mercenarios, Amílcar pasó a Hispania. De esta manera, y según su opinión, la política desarrollada por el Bárquida en Cartago estaría destinada a conseguir el mando militar indefinido sobre la Península Ibérica. No obstante las afirmaciones de Polibio no implican necesariamente que Amílcar no hubiera conseguido el mando militar de Africa con anterioridad. Si concedemos algún crédito a una información de Cornelio Nepote (Amílcar, II, 5) Amílcar habría efectuado nuevas conquistas en Africa una vez sofocada la revuelta y antes de pasar a la Península Ibérica. Por lo demás en un pasaje posterior el propio Diodoro (XXV, 10) señala que antes de dirigirse a las Columnas de Hércules, Amílcar gozaba ya del mando militar en Cartago. Parece lógico, por otra parte, que Polibio, preocupado por narrar los acontecimientos que atañían de una manera más directa a su exposición de las guerras con Roma, haya pasado por alto esta actuación de Amílcar en Africa. Cornelio Nepote, Amílcar, II, 5.
- (20) Cfr: Supra p. 179 ss
- (21) G. Ch. Picard: Hannibal, p. 26-33 y 64-68
- (22) Diodoro, XXV, 10, 1; Apiano, Ibérica, 5.
- (23) Diodoro, XXV, 10, Polibio, II, 1, 7-8; Apiano Ibérica, 5. Cornelio Nepote, Amílcar, IV, Justino: XLIV, 5, 4.
- (24) Diodoro, XXV, 9, 10, 1-3, Polibio, II, 1, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid, 1942, p. 62.
- (25) Diodoro, XXV, 10.
- (26) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 63 nota.
- (27) Estrabón, (III, 1, 6; 3,5) menciona a los celtas que viven entre el Tago y el Guadiana. Haciéndose eco de Polibio menciona también el parentesco de Turdetanos y celtas (III, 2, 15) y así mismo que Turdetanos y Turdulos son pueblos de origen diferente, aún cuando en la época en que él escribe es imposible apreciar la diferencia (III, 1, 6). Por su parte Plinio menciona una Beturia céltica frente a una Beturia túrdula (N.H. III, 13).



- (28) L. García Iglesias: "La Beturia; un problema geográfico de la Hispania Antigua" A.E.Arq. 44, 1971, p. 86-108, especialmente p. -- 104 ss.
- (29) Diodoro, XXV, 10, 3.
- (30) Diodoro, XXV, 10, 3.
- (31) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses..., p. 64; E. A. -- Llobregat: "Las relaciones con Ibiza en la protohistoria Valenciana", VI Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1974, p. 262-303.
- (32) F. Figueras Pacheco, Acra- Leuca, La ciudad de Amílcar, Alicante, 1931, F. Figueras Pacheco, "Esquema de la necrópolis cartaginesa de Alicante", A.P.L. III, 1952, p. 179 ss. Idem, La necrópolis -- ibero-púnica de la Albufereta de Alicante, Valencia, 1956, p. 15-18; E. A. Llobregat, "Las relaciones con Ibiza... p. 291-305.
- (33) A. Tejera Gaspar; Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental, Sevilla, 1979.
- (34) L. Lafuente Vidal: "Excavaciones en la Albufereta de Alicante -- (antiguo Lucentum)" M.J.S.E. 26, 1934, p. 17 y 25-28; A. M. Muñoz Amilibia, Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina, -- Barcelona, 1963, p. 33.
- (35) Estrabón, III 2, 10; 11; Plinio, N. H. XXXIII, 97; R. Martín, R. -- Rauret: "Las posibilidades metalúrgicas...", p. 384. Un comercio fenicio de los minerales del Sureste parece remontarse a la época arcaica; cfr: supra p. 23-24
- (36) Diodoro, XXV, 10, 3; Tito Livio, XXIV, 41, 3; Apiano Ibérica, 5, -- Zoranas, VIII, 19; Justino, XLIV, 5, 4. Livio afirma que Amílcar murió en Castrum Album, que podría ser Akra Leuke, si aceptamos la identificación propuesta por A. Hübner (cfr: CIL, II, p. 479). Por el contrario Diodoro, seguido por otros autores, afirma que las tropas púnicas se retiraron a esta última localidad después de la muerte del Bárquida.
- (37) Tito Livio, XXIV, 41, 3; cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 64.
- (38) S. Gsell, H.A.A.N., III, p. 131, nota 3.
- (39) G. V. Sumner: "Roman Policy in Spain before the Hannibalic War;" -- H.S.C.Ph. LXXII, 1967, p. 209-215.
- (40) Diodoro XXV, 10, 3; Estrabón, III, 1, 6; 3, 2.

- (41) Acerca de la administración de los territorios conquistados, cfr: *infra* p. 391 ss
- (42) Dion Casio, XII, 48, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 66.
- (43) Diodoro, XXV, 12.
- (44) Apiano, Ibérica, 6.
- (45) Diodoro, XXV, 12; Polibio, II, 36, 2; Tito Livio, XXI, 2; cfr: *infra* p. 448-449
- (46) M. Tarradell: Marruecos. púnico, Tetuán, 1960, p. 37-60; M. Astruc, "Echanges entre Carthage et l'Espagne", R.E.A. 64, 1962, p. 71--82; M. Bendala Galan: La necrópolis romana de Carmona, J. Sevilla, 1976, p. 42.
- (47) Diodoro, XXV, 12; Polibio, X, 8, 2; 10, 1-5, cfr: S. Gsell, H.A.A.N. III, p. 132.
- (48) Diodoro, XXV, 11, 1; Polibio II, 36, 2; Tito Livio XXI, 2, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 67.
- (49) cfr: *Supra* p. 145. ss y 337 ss
- (50) Diodoro, XXV, 12; Polibio, II, 13, 1; Zonaras, VIII, 19, cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 67. Estrabón, III, 4, 9; Plinio, N.H. XIX, 30, cfr: R. Etienne, "A propos du "garum sociorum" Latomus, XXIX, 1970, p. 303.
- (51) Polibio, X, 8, 2.
- (52) Polibio, II, 13, 7; III, 27, 9, cfr: F. M. Heichelheim: "New evidence on the Ebro Treaty", Historia, 3, 1954-1955, p. 213-219, - F. Walbank: A historical commentary on Polybius, I, Oxford, 1967, p. 169, T. A. Dorey: "The treaty with Saguntum" Humanitas XI-XII, (ns 8 y 9), 1959-1960, p. 4; T. H. Liehmann-Frankfort: "Du traité de l'Ebre à la paix de Dardanos" Latomus, XXIX, 1971, p. 509.
- (53) Diodoro, XXV, 12; Polibio, II, 36, 1, Livio, XXI, 2, 6; Apiano, Ibérica, 8, cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 69, nota 3.
- (54) Diodoro, XXV, 15, 1; Polibio, III, 13, 3-5.
- (55) Polibio, III, 13, 5-6; 14, 1; Tito Livio, XXI, 5, 2-4; 5, 6-8, -- cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 70.
- (56) Polibio, III, 13, 7; Tito Livio, XXI, 5, 7.
- (57) Polibio, III, 13, 7.
- (58) Polibio, III, 14, 10; 30, 1-2.

- (59) Tito Livio, XX, 1, 2, 7; 18, 9; Apiano, Ibérica, 7, Zoranos VIII, 21, 4, cfr: T. H. Liebmann Franfort, "Du traité de l'Ebre.. p. - 589-590.
- (60) S. Gaell, H.A.A.N., III, p. 137-138, J. S. Reid, "Problems of the Second Punic War", J.R.S., 3, 1913, p. 179-182, E. Grag, Hannibal als Politiken, Wien, 1929, p. 38-39 y 53-56; E. Badian, Foreign-clientelae, Oxford, 1958, p. 48-52 y 292-293. T. A. Dorey: "The Treaty..." p. 1 ss; A. E. Astin, "Saguntum and the origines of the Second Punic War", Latomus, XXVI, 1967, p. 593; R. M. Errington: "Rome and Spain before de Second Punic War", Latomus, XXIX, 1970, p. 43-44.
- (61) Polibio, III, 15, 8; Tito Livio, XXI, 6; Apiano, Ibérica, 10, Zonaros, VIII, 21.
- (62) Polibio, III, 15, 7-9. Según esta fuente la embajada romana partiría posteriormente hacia Cartago. A este respecto C. V. Sumner - considera que se trata de una equivocación de Polibio que la confunde con la embajada que un año después portaría ante el Senado cartaginés el ultimátum y la declaración final de guerra (cfr: - "Roman Policy in Spain before the Second Hannibalic War", H.S.Ph. LXXII, 1967, p. 240), Contra: E. M. Errington: "Rome and Spain.." p. 50.
- (63) Polibio, III, 16-19; 20, 6.
- (64) E. A. Astin, "Saguntum...", p. 596.
- (65) Los autores que admiten la existencia de la embajada romana que se entrevistó con Amílcar (Dion Casio, XII, 48) consideran en general, que esta se produjo como consecuencia de las presiones de Massalia, alarmada por la actividad cartaginesa en Occidente, -- cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 60; H.A. Sculland, A history of the Roman world, from 753 to 146 b.c. London, 1951, p. 178; B. H. Warmington: Histoire et cilisation de - Carthage, París, 1961, p. 243; C. Ch. y C. Picard, Hannibal, p. - 95, B. Caven, The Punic Wars, London, 1980, p. 70. Nuestras fuentes para el tratado del Ebro son, fundamentalmente, Polibio ( II 13, 7; 22, 9-11; III, 27, 9-10), Tito Livio (XXI, 27), y Apiano - (Ibérica, 7).
- (66) F. Rodriguez Adrados, "Las rivalidades de las tribus del Noreste español y la conquista romana" Estudios dedicados a D. Ramón Menendez Pidal, I, Madrid, 1950, p. 563-587.

- (67) Tito Livio, XXI, 9; 60. De un pasaje de Polibio (III, 30, 1-2), - parece poder deducirse que los romanos no habían intervenido en los asuntos de Hispania hasta el establecimiento de las relaciones con Sagunto, razón por la cual esta ciudad los eligió como árbitros del conflicto interno que enfrentaba a sus ciudadanos, cfr: R. H. Errington: "Rome and Spain...", p. 43.
- (68) J. S. Reid, "Problems..." p. 175-190, E. Badian, "Foreign...", p. 50, R. H. Warrington: Histoire et civilisation... p. 250, A. - E. Astin: "Saguntum..." p. 589-593, R. H. Errington: "Rome and Spain...", p. 41.
- (69) Polibio, III, 15, 6-8; 30, 1-2.
- (70) Polibio, III, 15, 7.
- (71) Cfr: nota 77.
- (72) S. Gsell, H.A.A.N. III, p. 137; G. de Sanctis, Storia del Romani, III, I, Firenze, 1967, p. 405; G. Ch. Picard: Hannibal, p. 95, A. E. Astin: "Saguntum...", p. 593, R. H. Errington: "Rome and Spain...", p. 43; D. Caven, The punic Wars, p. 88-90.
- (73) Cfr: G. V. Sumner, "The chronology..." p. 5-6, A. E. Astin: "Saguntum...", p. 581 y 595-598.
- (74) Polibio, III, 15, 9; 19, 2 ; , y Tito Livio (XX, 15, 3) afirman que el sitio de Sagunto duró unos ocho meses, que serían nueve en opinión de Floro (VII, 22, 6), Acerca de estas consideraciones cronológicas Cfr: A. E. Astin, "Saguntum...", p. 581-582.
- (75) Polibio, III, 16, 5.
- (76) Polibio, III, 16, 1-2; cfr: E. Badian, "Notes on Roman Policy in Illyria", Studies in Greek and Roman History, Oxford, 1964, p. 10-33.
- (77) Polibio, III, 20, 1.
- (78) Polibio, III, 20, 5.
- (79) Zonares, VIII, 22, 1-4; Dion Casio frag. 55, 1-9; 57, 12.
- (80) Polibio, III, 15; F. Cassola, I Gruppi politici... p. 233-240, G. Ch. Picard: Hannibal, p. 97 y 142-148; A. E. Astin: "Saguntum..." p. 580 y 595, R. H. Errington, "Rome and Spain...", p. 52-53; J. F. Brissan, Carthage... p. 153-156.
- (81) S. Mazzarino, Introduzione alle guerre puniche, Catania, 1947, p. 133; E. M. Reichelheim, "New evidence..." p. 211-213, F. Cassola, I

Gruppi politici... p. 234.

- (82) S. Gsell, H.A.A.N., III, p. 135-136, T. Frank, Roman Imperialism, p. 122; G. de Sanctis, Storia dei Romani A, III, 1, p. 400-412, A. Piganiol: La conquete romaine, Paris, 1944, p. 184; F. R. --- Kramer, "Massalian diplomacy before the second punic war", A. J. - Ph., 69, 1948, p. 1-26, F. W. Walbank, A Historical commentary on Polibius, I, Oxford, 1957, p. 169; F. M. Heichelheim, "New evidence...", p. 212; G. Ch. Picard, Hannibal, p. 95; E. M. Errington, "Rome and Spain...", p. 39-41; J. P. Brisson: Carthage..., p. 145-147.
- (83) G. Hill: "Notes on the Ancient Coinage of Hispania Citerior" Nuismatic notes and monographs, 50, 1931, p. 112-116 y fig XXI, 7; F. M. Heichelheim: "New evidence..." p. 212.
- (84) G. Hill, "Notes on the Ancient Coinage..." p. 118-126; F. Cassola: I gruppi politici... p. 234.
- (85) F. Cassola: I gruppi politici... p. 209-232, y 261-275; G. Ch. - y C. Picard: Vie et mort... p. 239-242; J. P. Brisson: Carthage... p. 140-142.
- (86) Tito Livio, XXI, 63, F. Cassola, I gruppi politici... p. 209-229, y 261-275, G. Ch. y C. Picard, Vie et Mort... p. 241; J. P. Brisson: Carthage... p. 141.
- (87) F. Cassola; I gruppi politici... p. 216-217 y 241-242.
- (88) F. Cassola; I gruppi politici, p. 230 y 232-233.
- (89) Polibio II, 8, 2-3; Dion Casio, frag. 49, 2. Polibio (II, 12, 34) y Apiano (Illyrica, 24), añaden que después de la guerra del 229 a. J.C., fueron impuestos a los vencidos toda una serie de condiciones que regulaban sus actividades marítimas.
- (90) F. Cassola; I gruppi politici, p. 381-392, cfr: T. R. S. Broughton, The magistrates of the Roman Republic, J. New York, 1951, - p. 221.
- (91) T. R. S. Broughton, The magistrates... p. 230-236. Algunos autores consideran que Cornelii, y Aemilii, que habían suplantado en la dirección de esta tendencia "imperialista" a los Aprii Claudii, formaban un único clan político en el que las dos familias estaban estrechamente vinculadas, cfr: F. R. Kramer, "Massalian Diplomacy...", p. 1-26; H. H. Scullard: Roman Politics 220-150 B.C. - Oxford, 1951, p. 35-36; G. Ch. y C. Picard: Vie et mort... p. 241,

- J. P. Brissou, Carthage... p. 142. Por el contrario F. Cassola, advierte que no se puede probar que miembro alguno de los Acilii haya prestado su apoyo político a los Scipionii, ni aún durante la guerra, cfr: I gruppi politici... p. 375-378.
- (92) T. R. S. Broughton, The Magistrates... p. 229-230.
- (93) F. Cassola, I gruppi politici... p. 384-385; G. Ch. Picard, Hannibal, p. 97.
- (94) F. Cassola, I gruppi politici... p. 236-237; G. Ch. Picard, Hannibal, p. 148, A. E. Astin: "Saguntum..." p. 596, R. H. Errington "Rome and Spain...", p. 52.
- (95) Polibio, III, 10; 15, 10-12.
- (96) Polibio, III, 9, 6; 12, 2; Tito Livio, XXI, 1, 4-2; 2; Cornelio Nepote, Hannibal, 1, 4; 4, 2, cfr: R. H. Errington "Rome and -- Spain...", p. 26-32.
- (97) Polibio, III, 20, 6-9; Tito Livio, XXI, 18, 1-4.
- (98) Polibio, III, 41, 2; Livio, XXI, 17, 1, 5-8, cfr: F. Cassola, I gruppi politici... p. 239; J. P. Brissou, Carthage... p. 158.
- (99) Polibio, III, 15, 13; 16, 1 y Apiano, Ibérica, 53.
- (100) Polibio, III, 41, 2-3; Tito Livio, XXI, 17, 6; 51, Apiano, Ibérica, 53, Zonaras, VIII, 213, cfr: F. Cassola, I gruppi politici... p. 256.
- (101) Polibio, III, 49, 4; 56, Tito Livio, XXI, 32, Apiano, Ibérica, - 55; Zonaras.
- (102) J. P. Brissou. Carthage... p. 159.
- (103) Cfr: Supra p. 391 ss
- (104) Cfr: A. E. Astin: "Saguntum...", p. 594; R. H. Errington: "Rome and Spain..." p. 594.
- (105) Polibio, III, 15, 8; Tito Livio, XXI, 6; Apiano, Ibérica, 10, Zonaras, VIII, 21, cfr: H. Helleux, Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III siècle, Paris, 1921, p. 137; E. Meyer: Kleine Schriften II, Halle, 1924, p. 362, F. W. Walbank, A historical comentary on Polibius, I, Oxford, 1957, p. 323.
- (106) Polibio, III, 15, 3-6.
- (107) cfr: supra p. 367-368; F. Cassola: I gruppi politici... p. 51-52.
- (108) Cfr: nota 104.
- (109) A. E. Astin: "Saguntum...", p. 595.
- (110) cfr: Supra. p. 373-374

- (111) F. Cassola, I gruppi politici... p. 257
- (112) Cfr: Infra, p.
- (113) Polibio III, 41, 2; 49, 4; 56, 5; Tito Livio XXI, 1, 5-8. 32, - 3-4; Apiano, Ibérica, 55, Zonaras, VIII, 23, 7.
- (114) F. Cassola, I gruppi politici... p. 258; J. P. Brissón, Carthage. p. 127-129. La idea de que una nueva guerra entre Cartago y Roma era a la larga objetivamente inevitable ha sido particularmente desarrollada por E. Meyer (cfr: Kleine Schriften, II, p. 40 y - 368.)
- (115) La idea de que el tratado del Ebro hacia excepción de Sagunto - se encuentra recogida en Tito Livio (XXI, 2, 7), 18, 9. Apiano, (Ibérica 7), y Zonaras (VIII, 21, 4). Hay que decir que Polibio no conoce ninguna cláusula de este tipo, cfr: F. Cassola: I gruppi politici... p. 248, T. H. Liebmann-Frankfort: "Du traité de l'Ebre...", p. 589-590. Sagunto fue localizado al norte del Ebro por Apiano, (Ibérica, 7, 10; Libyca, 6).
- (116) J. Carcopino: "Le traite d'Hasdrubal et la responsabilité de la seconde guerre punique", R.E.A. LV, 1953, p. 258-293; idem, Les étapes de l'imperialisme romain, París, 1961. p. 19-67. Esta interpretación es recogida por G. Ch. Picard (cfr: "Le traité romano-Barcide du 226 a. J.C. Mélanges d'archéologie d'épigraphie et d'histoire offerts à Jérôme Carcopino, París, 1966, p. 747-762, idem, Hannibal. p. 96) Contra F. W. Walbank, J.R.S. LI, 1961, p. 228-229. P. Boch Gimpera (cfr: los dos Ebro de Carcopino) Homenaje a Elías Serra Rafols I, Tenerife, 1970, p. 302-313)
- (117) Polibio, III, 6-12, 30.
- (118) cfr: nota 97.
- (119) W. Hoffmann: "Die Römische Kriegserklärung an Karthago im Jahre 218", Rh. M. 94, 1951, p. 69 ss. H. H. Scullard: "Rome's Declaration of war on Carthage in 218 B.C.", Rh. M. 95, 1952, p. 209, ss.
- (120) Polibio, III, 6-30; Tito Livio, XXI, 1-19, Apiano, Ibérica, 7-13, Libyca, 6; Zonaras, VIII, 21-22; Floro, J. 22, 1-9; Eutropio, - III, 7, 2-3, Orosio, IV, 14, 1-3, cfr: A. E. Astin: "Saguntum..." p. 577.
- (121) A. E. Astin: "Saguntum...", p. 585. Este autor se adhiere a la teoría de E. Meyer, cfr: (Kleine Schriften II, p. 365). según la cual el sitio de Sagunto duró desde Mayo-Junio del 219 a Enero -

del 218 a. J.C.

- (122) Tito Livio, XXI, 18, 1. cfr: H. H. Scullard, Roman Politics, p. 274.
- (123) Polibio, III, 34, 7; 35, 2. Sobre la fecha de la partida de Aníbal en el 218, cfr: F. W. Walbank, A Historical Commentary on Polybius, I, Oxford, 1957, p. 365.
- (124) J. Frank, Roman Imperialism... p. 122-238; G. Giannelli, Roma e l'istória delle guerre puniche, Bologna, 1938, p. 153-155; L. Pargitt, Storia di Roma e del mondo romano II, Torino, 1952, p. 270-272. P. Veyne "Y a-t-il eu un imperialisme romain? M.E.F.R.A., - 87, 2, 1975, p. 827-837, y 852. M. Helleaux, Rome, la Grèce..." p. 136-137, E. Bickermann "Sur les origines de la deuxième guerre punique", R. Ph, X, 1936, p. 284-288.
- (125) B. L. Hallward, G.A.H., VIII, p. 33-34; A. Piganiol, La conquête..., p. 184; F. Cassola, I gruppi politici..., p. 256 y 393-394.
- (126) F. Cassola, I gruppi politici... p. 256
- (127) A. E. Astin: "Saguntum..." p. 593, R. M. Errington, Rome and -- Spain..., p. 46-53.
- (128) J. P. Brissón: Carthage... p. 156-157. Respecto a las responsabilidades J. S. Reid, (cfr: Problems... p. 175-190) A. Piganiol (cfr: Histoire de Rome, Paris, 1954, p. 98-99), F. Cassola (cfr: I gruppi politici... p. 251) y Th. Liebmann-Frankfort (cfr: "Du traité de l'Ebre..." p. 586), entre otros consideran que la posición de Cartago era la única aceptable.
- (129) Polibio, III, 20, 6-10; 21, 1-3. Se recordará que el pueblo romano no había aceptado las condiciones impuestas por su cónsul a Aníbal, agravándolas, cfr: supra p.
- (130) Polibio, I, 62, 8; III, 21, 2; 29, 4.
- (131) Polibio, III, 21, 5, 29, 4. cfr: Th. Liebmann-Frankfort, "Du traité de l'Ebre..." p. 586, que considera que el tratado del 241 no protegía a los futuros aliados de ambas partes, J. P. Brissón, Carthage... p. 157.
- (132) Polibio, III, 31, 1-5.



CAPITULO VIII.

EL ESTADO IBÉRO-PUNICO.

"Usó más de su diplomacia que de su fuerza y aumentó el poderio de Cartago con los lazos de hospitalidad que estableció con los reyezuelos"  
(Tito Livio, XXI,2)

La conquista de la Península Ibérica por los Bárquidas había posibilitado la recuperación económica de Cartago después del desastre de la Primera Guerra Púnica. Los recursos materiales y humanos habían enriquecido las arcas del estado púnico, imposibilitado de ejercer su tradicional comercio en el Mediterráneo, y preparado un potencial que había de aquietar durante bastantes años el peso del nuevo conflicto que estalló con Roma. Pero todo esto fue la obra personal de unos hombres que supieron situar a su ciudad en un papel de primer plano dentro de las nuevas circunstancias históricas creadas.

#### 1. LA ADMINISTRACION TERRITORIAL.

Pocos son los datos con que contamos para realizar este estudio. Sin embargo, el análisis de algunos precedentes y del sistema desarrollado por Cartago en sus territorios africanos puede aportar alguna luz sobre este problema.

##### a. Precedentes

Con la conquista de la Península Ibérica, Cartago se encontró dueño de unos territorios que era preciso adminis

trar. No era esta la primera vez que Cartago se enfrentaba a la tarea de organizar la administración de unos territorios conquistados, pero la imposición de un tributo a las poblaciones y ciudades sometidas y el mantenimiento de algunas guarniciones había bastado en la mayoría de los casos.

Este problema no se había planteado en todas sus dimensiones en Sicilia, donde no se puede hablar de una conquista territorial por los ejércitos cartagineses, sino de una política destinada a mantener el equilibrio de fuerzas en la isla. Los diversos tratados firmados con los griegos reconocían un área de influencia púnica en las cuales las ciudades vencidas debían satisfacer una contribución económica y en donde el orden era garantizado por la permanencia de algunas guarniciones púnicas (1).

En Cerdeña la presencia cartaginesa, que no parece haber alcanzado las tierras más abruptas del interior, parece haber girado en torno a los distintos establecimientos semitas que de este modo ejercerían, apoyados en toda una serie de fortificaciones satélites, un auténtico control sobre sus territorios más próximos. Las ciudades púnicas de esta isla, al igual que en el caso de Sicilia, parecen haber gozado de una auténtica autonomía, sin que podamos apreciar la existencia de ningún particularismo hegemónico impuesta por alguna sobre las demás (2).

Como ha señalado C. R. Whittaker, en contra de la tradición histórica que ve en Cartago una Persia de Occidente, las fuentes no han dejado ningún rastro de la existencia de algún aparato de administración provincial, por lo menos con anterioridad al siglo III a J. C. (3). Existen algunos datos en las fuentes antiguas que afirman la existencia de tributos —que las ciudades derrotadas de Sicilia debían de satisfacer a Cartago. Sin embargo, no existe ninguna referencia concreta —respecto a las ciudades aliadas, mientras que en Cerdeña y

la Península Ibérica no existe ningún indicio que nos permita sospechar la existencia de tributos impuestos por Cartago. De la misma manera, ninguna evidencia sugiere la existencia de un sistema de recaudación de impuestos en todos estos territorios (4).

Por lo que respecta a Africa, la cuestión se plantea de un modo totalmente distinto, ya que desde la expansión iniciada en el curso del siglo V a J. C., los cartagineses consideraron las tierras conquistadas a los autóctonos como de su propiedad. Aún así, ninguna clase de testimonios nos permite afirmar la existencia de un sistema de administración territorial de los territorios conquistados con anterioridad al siglo III a J. C. (5).

Sabemos, por lo demás, que los territorios conquistados por los cartagineses en Africa presentan una diferenciación básica: por una parte aquellas tierras que fueron sometidas a una explotación agrícola directa mediante la aplicación del trabajo de mano de obra esclava, y que debían pertenecer a algunas de las grandes familias de la ciudad, y por otra, las tierras cultivadas por los autóctonos libios, probablemente consideradas como propiedad del estado púnico en virtud del derecho de conquista, los cuales estaban obligados a satisfacer un diezmo de sus cosechas, que en caso de guerra oscilaba entre un cuarto y la mitad de la producción (6), para hacer frente a parte importante de los gastos de Cartago.

Pero en el suelo africano, los púnicos desarrollaron un sistema de administración territorial dotado de toda una jerarquía de funcionarios situados al frente de los diversos distritos en que fueron divididas las tierras africanas, lo que nos permite ya hablar de la existencia de una administración provincial que no se había dado en ninguno de los otros lugares mediterráneos donde Cartago había estado presente, de un imperio territorial cartaginés en Africa.

b. La organización territorial Bárquida en la Península.

La conquista por los cartagineses de las tierras peninsulares constituye un acontecimiento histórico sin precedentes. A lo largo de todos los siglos de su historia Cartago no había conquistado un solo territorio que llegara a convertirse en una provincia púnica, con excepción de los africanos que constituían su hinterland natural de expansión. Los ánimos de conquista habían estado ausentes de la política cartaginesa durante todo el dilatado periodo en que esta se caracterizaba por el desarrollo de las actividades del comercio administrativo. Cuando tal política resultó imposible de ejercer, debido al nuevo panorama político externo y a las transformaciones que se produjeron en el mapa mediterráneo tras el fin de la Primera Guerra Púnica, los soldados de Cartago se encargaron de asegurar el suministro de toda una serie de materias primas y recursos naturales occidentales, necesarios para el desarrollo económico de la metrópoli y su independencia externa, que antaño habían sido proporcionados por sus comerciantes.

Es evidente que el control directo establecido sobre los territorios y poblaciones poseedoras de todos estos recursos hacía necesaria la existencia de alguna forma de administración territorial de lo conquistado para lo cual los cartagineses, a no ser que desarrollasen y aplicasen un nuevo sistema, solo podían inspirarse en su precedente africano.

Cuando después de la expulsión de los cartagineses, Roma se enfrentó a la tarea de proceder a la primera organización administrativa de Hispania, no pareció utilizar, a simple vista, los restos de una estructura administrativa anterior, aún cuando respetó algunos sistemas indígenas pertenecientes al anterior Estado Ibero-púnico. Difícilmente se podría interpretar esto como la ausencia de un sistema de este tipo en la Península durante el periodo de dominación de los Bárquidas. No obstante, aunque esta ha sido muchas veces la impresión que

neral, algunos datos nos permiten al menos sospechar que no ocurrió del todo así.

Por lo que se refiere a la organización territorial, que es el punto que ahora nos interesa, los romanos establecieron el límite entre las dos primeras provincias de Hispania: Hispania Citerior e Hispania Ulterior, en una línea que unía algún punto situado al sur de Cartago-Nova en la costa con el Salvus Castulonensis en el interior, más allá del cual los límites eran imprecisos(7) El límite oriental de la posteriormente creada provincia de la Bética estaba señalado por las estribaciones de los sistemas sub-bético y penibético, con el curso del río Almanzora como jalón final (8). Las primeras divisiones administrativas de la Hispania romana utilizaron, por tanto, los criterios de diferenciación geográfica entre las distintas regiones. Es en esta zona señalada que se puede hablar del término de las características geográficas de la Alta Andalucía, ya que, geográficamente, la costa andaluza del Mediterráneo, las montañas de Sierra Nevada y los territorios relacionados con ellas hasta las vertientes orientales de las montañas de la provincia de Almería forman, en cierta manera, un área homogénea.

Por el trabajo de G. Ch. Picard sobre la administración territorial de Cartago en África, sabemos que estos territorios fueron divididos en una serie de distritos administrativos -los pagi latinos- que normalmente correspondían a las regiones naturales, y dentro de los cuales los distintos núcleos urbanos gozaban en general de una cierta autonomía municipal (9). Ante todo esto y teniendo en cuenta la necesidad ya señalada de proceder a una organización de los territorios conquistados en la Península Ibérica, creemos que está justificado elaborar una hipótesis de trabajo, mediante la cual se reconoce la existencia de un sistema de administración territorial de las tierras peninsulares conquistadas por los Bárquidas, si

milar a áquel del cual tenemos noticias de su aplicación en los territorios africanos de Cartago, por lo menos para el siglo III a J. C. Según esto, sería probable que los romanos hayan utilizado posteriormente, por lo menos en un primer momento, las divisiones administrativas creadas por los Bárquidas en la Península.

De una rápida visión sobre el mapa, en lo que respecta a la existencia de regiones naturales, se desprende la posible existencia de tres distritos administrativos, establecidos con criterios geográficos, al igual que los pagi africanos, y que vendrían a coincidir con tres áreas geográficas bien diferenciadas que presentan, por lo demás, una evolución anterior en cierto modo distinta: La Baja y la Alta Andalucía, y el litoral y Tierras levantinas a partir de Cartagena(10). Y es probable que los Barquidas hayan utilizado los mismos criterios geográficos en la división administrativa, como hicieron los cartagineses en Africa, que posteriormente los romanos. En este caso, la región de Villaricos, vinculada por sus características geográficas a la Alta Andalucía y por el hecho de que el río Almanzora es una excelente vía de penetración natural hacia los yacimientos mineros de la región de Cástulo, podría haber marcado el término oriental de este distrito administrativo. Esta organización del territorio, como probablemente la posterior romana, según han señalado M. Marin Díaz y A. M. Prieto Arciniega, respetaría las líneas generales de la separación indígena, lo que también está documentado en la administración territorial cartaginesa en Africa (11).

De esta manera, Oretanos y Bastetanos quedarían comprendidos en el pagus de la Alta Andalucía, mientras que las tribus ibéricas de las provincias de Murcia, Albaceta y Alicante, Deitenos, Contestanos y otras cuyo nombre no especifican las fuentes, se integrarían en el pagus Levantino (12).

El límite inferior de este distrito de la Alta Anda-

lucía, con sus particularidades geográficas y su individualidad económica centrada en la explotación de la plata de Castulo, habría que buscarlo en nuestra opinión en algún punto situado al E. de Carteia y muy próximo a esta localidad, quizá el Peñón de Gibraltar como accidente topográfico importante, ya que Carteia habría que comprenderla como una posición cartaginesa destinada a garantizar la presencia púnica en las costas del Estrecho, respetando, sin embargo, la autonomía de Gadir (13). A partir de ahí nos encontraríamos en las tierras del pabus de la Baja Andalucía.

La organización territorial interna de estos distritos administrativos estaría por supuesto relacionada con la presencia de los recintos fortificados, estudiados por J. Bernier y J. Fortes, de los que sabemos que existen muchos más todavía inéditos. Estas fortificaciones se extienden a lo largo del valle medio del Guadalquivir y por las estribaciones cordobesas del Sistema Penibético, y según las fuentes literarias parece que existían también en el litoral levantino (14). Muchos de estos recintos amurallados, que cabría identificar con las "Torres de Anibal" mencionadas por los textos antiguos, han sido fechados en el siglo III a. J.C., y su función sería la de vigilar las vías de acceso por las que discurría el tráfico de los recursos obtenidos en la explotación de estas regiones, además de asegurar las comunicaciones entre las distintas áreas, al igual que en el periodo anterior aquellos otros fechados en el siglo IV a. J.C. controlaban el comercio de la plata (15).

Si atendemos ahora a los centros administrativos de los pagi peninsulares observamos que el mismo esquema se repite por lo menos para dos de ellos: los de la Alta y la Baja Andalucía. En ambos asistimos a la presencia de núcleos urbanos con fuerte componente púnico, situados en el litoral y vecinos al límite de separación con los otros distritos. Carteia en la



Baja Andalucía, donde las excavaciones han manifestado una presencia púnica, atestiguada por lo demás en el prefijo CAR, durante el siglo III a.J.C., y Villaricos en la Alta Andalucía (16). Ambas se encuentran situadas en las proximidades de ríos que sirven de vías de penetración hacia el interior. Junto a éstos, la existencia de centros situados mucho más al interior, Carmona en la Baja Andalucía, cuyo componente púnico se documenta en las fuertes pervivencias tipológicas de sus necrópolis de época romana, estudiadas por M. Bendala Galán, y la propia Cástulo, en la Alta Andalucía, de la que las fuentes nos dicen de sus buenas relaciones con los cartagineses (17).

Por desgracia no poseemos ningún dato epigráfico ni literario que nos permita documentar la existencia de funcionarios púnicos encargados de la administración territorial, como sucede en Africa. Aún así, hemos creído necesario plantear la hipótesis de una organización similar en los territorios de la Península conquistados por los Bárquidas, hipótesis bien frágil por ahora, pero que quizá pueda contribuir en el futuro a enriquecer nuestros escasos conocimientos sobre la actuación de estos generales de Cartago en estas tierras occidentales.

## 2. LA ORGANIZACION POLITICA DEL ESTADO IBERO-PUNICO.

Como recientemente ha vuelto a señalar J. P. Brissón, la conquista iniciada por Amílcar no se trataba de una expedición de rapiña, destinada a asegurar un botín que pudiera relanzar la arruinada economía cartaginesa a raíz de la guerra con Roma; se trataba en realidad de una empresa concebida a largo plazo y destinada a proporcionar a Cartago un verdadero imperio (18).

Para asegurar la coexión de los territorios conquis

tados y garantizar la autoridad cartaginesa sobre éstos, la simple presencia militar era insuficiente. Era preciso organizarlos políticamente estableciendo lazos firmes sobre los que basar la adhesión de las poblaciones ibéricas a los representantes del gobierno de Cartago y esto fué la obra personal de uno de aquellos grandes generales: Asdrubal.

a. El poder carismático de los Bárquidas.

Los trabajos de G. Ch. Picard han mostrado hasta que punto los Bárquidas se inspiraron en las características de las monarquías helenísticas para sentar las bases de su influencia en Cartago y de su autoridad sobre sus ejércitos y partidarios. La vinculación personal de esta familia con la antigua divinidad fenicia -Melkart-, asimilada ahora al Heracles helénico, les dotaba de un poder carismático que emanaba de la protección que esta divinidad dinástica extendía sobre todos los miembros de esta familia de generales cartagineses (19). La antigua divinidad de Tiro cuya nueva influencia se encuentra ahora documentada en Cartago, garantizaba de esta manera el éxito de todas las empresas iniciadas por aquellos, lo que constituía el lazo fundamental que vinculaba a los Bárquidas con sus ejércitos y partidarios alrededor de su panteón familiar (20).

Este poder carismático, emanado de una voluntad divina, que según las ideas muy difundidas de la época garantizaba las victorias y el éxito, se manifiesta con un evidente carácter propagandístico en las monedas acuñadas por los Bárquidas en la Península Ibérica. La identificación con los retratos de estos generales, que había sido ya sugerida por A. Beltrán en el año 1947, ha sido definitivamente realizada por el posterior trabajo de E. S. G. Robinson (21). En los retratos de estas monedas hispanas, los Bárquidas aparecen ya identificados con Heracles-Melkart, coronados de laurel y llevando

la maza característica de éstos (22). De esta manera Amilcar, Asdrubal y Aníbal, recuperando en sus tradiciones familiares la mística monárquica de la antigua realeza fenicia, se presentaban ante los pueblos autóctonos sometidos en la Península como auténticas encarnaciones de Melkart, lo que aumentaba la autoridad sobre ellos y sobre las tropas mercenarias que componían sus propios ejércitos (23).

b. El Estado Federal Ibero-Púnico.

Como ya hemos avanzado en distintas ocasiones la tarea de dotar con una organización política a los territorios y poblaciones conquistados en la Península Ibérica por los cartagineses, fué la obra personal de Asdrubal, del que las fuentes dan testimonio de su preferencia por los métodos pacíficos y diplomáticos antes que por las medidas militares (24).

Asdrubal, como los monarcas de los estados helenísticos, se enfrentaba a la labor de sentar las bases de un estado que aglutinara a los elementos colonizadores y a la sociedad autóctona colonizada. En Egipto y Asia el modelo implantado por los sucesores de Alejandro había sido el de la monarquía absoluta de raíces divinas, sistema político que contaba con una vieja tradición de siglos en ambos países (25). La situación en la Península Ibérica era del todo diferente: las poblaciones autóctonas, aún cuando en posesión de una desarrollada cultura material, como es el caso de los iberos, estaban poco evolucionadas social y políticamente. Ningún verdadero estado desarrollado había hecho su aparición en estos territorios que se encontraban divididos en pequeños "reinos" locales, los cuales a veces se organizaban en confederaciones de efímera duración, y dirigidos por una aristocracia fundamentalmente guerrera, a la cabeza de la cual se encontraban algunos jefes, a los que vinculaban con sus seguidores fuertes lazos de fidelidad personal -devotio iberica- de carácter mágico que entraña-

ban una especie de clientela entre el jefe guerrero y aquellos que le seguían incondicionalmente (26).

Asdrubal, conocedor de estas características de los pueblos sometidos, y consciente del gran amor a la libertad e independencia que impregnaba la mentalidad de los autóctonos, rechazó el modelo político empleado en sus imperios coloniales por Seleucidas y Ptolomeos. Sus influencias helenísticas se encontraban en este sentido más cercanas a la monarquía macedónica, de la cual los Bárquidas ya habían tomado el carácter electivo del ejército (27). Inspirándose en el ejemplo de Filipo II y del propio Alejandro, Asdrubal decidió organizar en un sistema federal, que contaba con una cierta tradición entre los indígenas, las poblaciones y territorios conquistados en la Península. Al igual que los dos macedonios había optado por esta fórmula para imponer su autoridad sobre las pequeñas ciudades-estado griegas y evitar las reacciones nacionalistas que hubiera provocado una merma de su autonomía interna (28). Asdrubal relegó el gobierno de las comunidades autóctonas a sus propias instituciones políticas, estableciendo lazos de vinculación personal y federal con la máxima autoridad cartaginesa por él representada.

Los datos que nos proporcionan las fuentes literarias son bastante significativos a este respecto. Asdrubal desposó a la hija de un jefe ibero, según el testimonio de Diodoro de Sicilia (29). Y sabido es que en la Antigüedad los matrimonios entre miembros destacados de dos comunidades distintas, con sus correspondientes lazos de sangre, eran utilizados como una forma recíproca de integración y de vinculación política. Esta misma práctica habría de ser utilizada por Aníbal que casó con una "princesa" de Cástulo (30). Como muy bien ha señalado J. M. Blázquez, todas estas bodas convertían a los Bárquidas en auténticos caudillos hispanos (31).

Pero la política federal desarrollada por Asdrubal

iba mucho más allá de los simples lazos instituidos por la política de los matrimonios mixtos, que por otra parte contaban con una antigua tradición en las relaciones de los cartagineses con los autóctonos de los territorios africanos (32). Según Tito Livio, el Bárquida estableció lazos de hospitalidad con los jefes indígenas y con los pueblos que ganó a su alianza por medio de la amistad de los príncipes (33). Y los lazos de hospitalidad eran entendidos como otra forma de vinculación política en el mundo antiguo. Una vez que se había ganado el apoyo de los caudillos locales, Asdrubal convocó en Cartago-Nova una asamblea de todos los jefes indígenas en la que fue elegido por aclamación "rey" de los iberos (34). A partir de entonces esta asamblea funcionó como el organismo representativo regular del imperio Púnico en la Península Ibérica (35).

Nació de esta manera el Estado federal Ibero-Púnico, gracias a la habilidad e inteligencia política de Asdrubal, que supo emplear para atraerse a las poblaciones autóctonas las prácticas de integración y de vinculación política de los matrimonios mixtos y de los lazos de hospitalidad, que los Bárquidas realizaron también con los príncipes africanos (36), y los lazos de fidelidad personal que implicaba la devotio ibérica. Es así como las diversas unidades político-sociales en que estaban divididos los territorios conquistados, pasaron a integrarse en una unidad política superior, sin perder por ello su auténtico carácter original: el Estado Ibero-Púnico que, a su vez, dependía, por mediación de los generales Bárquidas que constituían el nexo de unión entre ambos, de una unidad política más elevada, representada por el propio Estado Cartagines a través del Senado.

#### " C. Las instituciones políticas administrativas.

La más alta institución política del Estado Ibero-Púnico era la desempeñada por los generales Bárquidas en los

que el Senado de Cartago había delegado con plenos poderes el gobierno y la administración de este imperio de Occidente (37). Este cargo poseía dos vertientes: de cara al gobierno púnico debían de dar cuenta de sus gestiones en la Península, aunque gozaban de una notable autonomía (38). Y esto último era una necesidad impuesta por las circunstancias, ya que nadie mejor que ellos conocía las características de los territorios y de las poblaciones sobre los que actuaban. De cara a los pueblos autóctonos sometidos obraban como auténticos soberanos helenísticos, basando su autoridad en la mistificación de su poder carismático entre sus soldados y los indígenas. Para ello empleaban los lazos de vinculación política antes mencionados y la función electiva del ejército, puesta de manifiesto por vez primera durante la Guerra de los Mercenarios (39).

A partir de aquí, es necesario diferenciar entre las instituciones propias de la sociedad púnica colonizadora y las de las sociedades indígenas colonizadas, con la limitación que nos impone nuestra escasa información literaria y la total ausencia de documentos epigráficos.

En las colonias fenicio-púnicas subsistieron las magistraturas tradicionales -aufetas- documentadas en diversos establecimientos semitas del Mediterráneo (40), y cuya existencia esta documentada en Gadir durante la época Bárquida por el testimonio de Tito Livio (41). Es muy probable la existencia de estos mismos magistrados en Cartago-Nova, encargados de la administración municipal. Otros funcionarios son también mencionados en Gadir, como uno que recibe la denominación latina de cuestor, muy probablemente relacionado con las finanzas, y otro -que es denominada pretor, al que S. Gsell consideraba ya como un comandante militar (42). También esta documentada la existencia de funcionarios encargado del reclutamiento de los mercenarios entre los autóctonos, así como la presencia de intérpretes (43).

La asamblea de los jefes ibéricos, que había elegido "rey" a Asdrubal, era el organismo encargado de conectar la administración indígena con la administración propiamente Bárquida. De esta forma, los pueblos autóctonos conservaron sus propios jefes, conocidos con diversos nombres en las fuentes: reyes, príncipes, duces regulos, y existen una serie de indicios que nos llevan a sospechar de la pervivencia de las instituciones político-administrativas de los indígenas, algo lógico por otra parte, dada la estructura federal del Estado Ibero-Púnico.

Durante la época de Augusto subsisten en la Península unidades administrativas inferiores -populi y civitates- que habían conservado su tradicional sistema administrativo y político. Respecto a las últimas, estas eran las civitates liberae et immunes foederate, las civitates liberae et immunes sine foedere y las civitates stipendiaria (44). Por Plinio sabemos de la existencia en la Bética de tres correspondientes a la primera categoría, una de las cuales, por lo menos, era indígena: Es-pora, seis correspondientes a la segunda, de las que eran indígenas Astigi Vetus, Ostippo, Cartima y Singilia Barba y ciento veinte estipendiarias, de las cuales conocemos Besaro, Belippo, Barbesula, Blacippo, Baesippo, Callet, Cappa, Iptuci, Ibrona, Lascuta, Saguntia, Saudo y Usaepo, todas ellas del Conventus Gadicitanus (45). De la misma manera en la Citerior, Plinio documenta ciento treinta y cinco oppida (núcleos urbanos que no alcanzaban la categoría de ciudades) stipendiariae, algunos de ellos pertenecientes a pueblos del Levante y la Alta Andalucía en el Conventus Carthaginensis (46).

Estrabón habla también de la existencia de ciertas asambleas, como la de Hasta Regia donde se reunían los gaditanos. Estos gaditanos eran probablemente habitantes de la comarca ya que carece hasta cierto punto de sentido que los ciudadanos de Gades se desplazaran dieciocho kilómetros para reunirse en asamblea (47). Por otra parte, en el área habitada por los

pueblos ibéricos, los sistemas políticos tradicionales de carácter monárquico subsistieron hasta la época de las guerras civiles, según se desprende del testimonio de Tito Livio y Polibio (48). Como ha observado J. M. Blázquez: "la existencia de estas asambleas, la presencia de la institución de la monarquía, y el escasísimo número de ciudades que gozaban del status jurídico romano, dentro de una concentración urbanística grande, obligan a admitir que, al final de la República y bajo el gobierno de Augusto, la romanización de la Gética en su aspecto político-administrativo estaba muy atrasada, y que la casi totalidad de los núcleos urbanos se regían por los antiguos sistemas indígenas" (49). Lo mismo se puede aplicar en líneas generales al Levante ibérico. Por nuestra parte, creemos que es lógico considerar que si estas formas político-administrativas perduraron durante tanto tiempo fué debido fundamentalmente a que durante el periodo Bárquida los cartagineses no pudieron o no quisieron transformarlas, como posteriormente los romanos. Nosotros nos inclinamos, a la vista de la organización política desarrollada por Asdrubal, por la segunda de estas soluciones. El Estado Ibero-púnico respetó, por consiguiente, la existencia de estas instituciones político-administrativas entre los autóctonos, como se deduce también de la presencia de la "monarquía" ibérica durante este periodo (50).

Según se desprende de algunas noticias contenidas en nuestras fuentes parece ser que entre los pueblos autóctonos existía una diferenciación en cuanto a su status frente a los cartagineses entre pueblos aliados y sometidos. No sabemos cuáles eran sus respectivas condiciones pero es muy probable que los segundos soportaran un mayor peso de los tributos y cargas fiscales impuestos por los Bárquidas (51).



d. Las relaciones del Gobierno Bárquida con el Senado de Cartago.

Algunos autores antiguos han pretendido que la empresa de los Bárquidas en la Península Ibérica fué iniciada y realizada en su mayor parte a espaldas de las decisiones del Senado de Cartago. Es así que Apiano y Zonaras afirmaban que Amílcar habían desembarcado en Gadir e iniciado la conquista de estas tierras occidentales contra la voluntad del gobierno cartaginés (52). No faltaron quienes como Fabio Pictor y el propio Polibio pretendieron encontrar ambiciones monárquicas en Asdrubal, quien habría incluso intentado, según estos testimonios, derogar la Constitución cartaginesa (53). Fracasado en su empeño de convertirse en rey de Cartago, el Bárquida habría regresado a la Península en donde gobernaría a su gusto, sin ocuparse del Senado. Su sucesor Anibal habría actuado de la misma manera a espaldas del gobierno cartaginés (54). Y Tito Livio nos muestra a una parte de los nobles de Cartago inquietos ante las aspiraciones monárquicas de la familia Bárquida (55).

A partir de todas estas manifestaciones, no son pocos los autores modernos que piesen que los Bárquidas gobernaron en la Península Ibérica con entera independencia de Cartago y casi siempre a espaldas de las decisiones del Senado púnico (56). Pero las propias contradicciones en que en numerosos casos incurren nuestras fuentes hacen sospechar que tal idea se encontraba fundamentalmente inspirada en la fuerte adhesión de estos autores antiguos hacia unos generales que en pocos años fueron capaces de devolver a su ciudad el esplendor perdido tras la primera guerra con Roma, y situar a esta última al borde de la catástrofe. Y parece también que era una manera de descargar sobre los Bárquidas la entera responsabilidad en el estallido del nuevo conflicto, con lo que se venía a justificar indirectamente la intervención de Roma y se libraba a ésta de sus propias e ineludibles responsabilidades.

De esta manera vemos como Tito Livio pone en boca - de Hanon, el jefe de la oposición Bárquida en el Senado de Cartago, un discurso destinado a impedir el envío del joven Anibal a la Península para preparar la sucesión de Asdrubal (57). Como ya había señalado S. Gsell esto no pudo ser posible por - la simple y llana razón de que Anibal habían abandonado Cartago junto a su padre Amilcar y no regresó a su ciudad más que - treinta y seis años más tarde, como indican diversos historia- dores y entre ellos el propio Tito Livio (58).

El mismo autor menciona en otra ocasión que durante el sitio de Sagunto una embajada romana se dirigió a Cartago, habiendo Anibal rehusado recibirla en la Península. Hanon ha- bría tomado entonces la palabra, suplicando al Senado cartagi- nés no violar los acuerdos firmados con Roma y exhortándole a dar satisfacción a los romanos, entregando al hijo de Amilcar que estos reclamaban (59). Pero según el relato que nos ha - transmitido Polibio, la embajada romana fué enviada a la Penín- sula, donde Anibal la recibió, y posteriormente pasó a Africa, todo ello antes del sitio de Sagunto, por lo que los legados - de Roma no podrían haber demandado al Senado de Cartago el cas- tigo de un crimen que todavía no se había cometido (60). De la misma manera, Dion Casio, ante la segunda embajada romana que declara la guerra a Cartago, pone en boca de Hanon un discurso en el que se aconseja al Senado cartaginés satisfacer las exi- gencias de los romanos (61). Y sin embargo, Polibio no mencio- na la menor intervención de Hanon en el curso de esta Asamblea que él narra con detalle (62).

La afirmación de Apiano y Zonaras según la cual Amil- car se habría dirigido a la Península Ibérica sin la autoriza- ción del gobierno cartaginés, es expresamente desmentida por - Polibio quien afirma que el Bárquida fué enviado por Cartago (63). Por el mismo historiador sabemos que Anibal demandó ins- trucciones de Cartago respecto al proceder a seguir con Sagun-

to (64), y que tras la caída de la ciudad, el Bárquida solo - abandonó con sus ejércitos Cartago-Nova, después de recibir de Cartago la noticia de la declaración de la guerra, donde contaba con el apoyo de sus conciudadanos (65). Si bien es cierto - que tanto Asdrubal como Anibal fueron elegidos por sus respectivos ejércitos, no lo es menos que el Senado de Cartago se en cargó de ratificar posteriormente esta elección (66). Del mismo modo, el gobierno de Cartago apoyó a Anibal después de la - caída de Sagunto ante las pretensiones de la embajada romana - (67), cosa insólita si el Bárquida al igual que sus antecesores hubiera actuado por su cuenta, apoyo que se manifiesta, a decir de nuestras propias fuentes, por parte del pueblo y del Senado cartaginés durante el nuevo conflicto que iba a enfrentarlos con Roma (68).

En nuestra opinión, los Bárquidas, si bien contaron con una considerable autonomía en la Península Ibérica, no - obraron nunca a espaldas del gobierno de Cartago ni cuestionaron la legitimidad de éste. El propio Polibio muestra su desacuerdo con Fabio Pictor, quien pretendía que la guerra había - sido provocada por Anibal en contra de el parecer de los cartagineses, argumentando que si esto hubiera sido así éstos habrían reprobado la agresión contra Sagunto y no hubieran rehusado de entregarle a los romanos, como estos demandaban (62).

Igualmente, la fundación de una nueva Cartago en la Península por Asdrubal no debe interpretarse únicamente como - un signo de ruptura con la metrópoli africana. Como ha advertido J. P. Brissón "fundando Cartagena, Asdrubal imitaba a sus - más lejanos ancestros tirios; quizá él quería señalar más claramente su lealtad a la metrópoli dando su nombre a la nueva - ciudad que él creaba. Rompía tan poco con Cartago que de alguna manera implantaba una imagen suya en España" (70).

### 3. LA ACTIVIDAD ECONOMICA.

Las fuentes de que disponemos para trazar un cuadro de la estructura económica del Estado Ibero-púnico son particularmente escasas y no arrojan mucha luz sobre el problema. Aún así, parece desprenderse un hecho con claridad: la autonomía económica era requisito indispensable para el funcionamiento del estado creado por Asdrubal que, como hemos visto, se fundaba en la autonomía política interna de las poblaciones autóctonas. Existirían por consiguiente dos vertientes económicas: una propia de la sociedad autóctona, que ha podido recibir mayor o menor influencia de los púnicos, y otra propia de los colonizadores que pretendía cubrir sus principales objetivos.

#### a. La agricultura.

No poseemos testimonios evidentes de que en la Península se haya desarrollado una colonización agrícola, como la realizada por los cartagineses en Ibiza desde mediados del siglo V a. J.C. (71). Sabemos, por otro lado que en los territorios africanos de Cartago existían latifundios pertenecientes a la oligarquía púnica, como era el mismo caso de las posesiones de los Bárquidas dedicadas al cultivo del olivo cerca de Thapso (72). Sin embargo, no tenemos documento alguno que atestigue la existencia de latifundios púnicos en la Península Ibérica.

Nuestra información literaria se reduce a un texto de Tito Livio que menciona la abundancia de cereales y de esparto que los romanos encontraron en los almacenes de Cartago-Nova después de la toma de la ciudad (73). La información arqueológica no es mucho más abundante: las ánforas púnicas del siglo III a. J.C. halladas en la Tablada, en la Vega de Carmona (Sevilla) (74); las tumbas de pozo de tipo púnico de la ne-

necrópolis ibérica de La Mesa, en Alcolea del Rio, con una cronología que llega hasta la época romana (75) -(esta localidad que corresponde a la antigua Canania llevaría, en opinión de M. Fita, un nombre de origen semita, cfr: Boletín de la Real Academia de la Historia, XXV, p 32)-; las cámaras hipogeas con pozo de Carmona que según G. Bonsor corresponderían a la última fase de la ocupación cartaginesa (76); las propias pervivencias púnicas en la tipología de los enterramientos de la necrópolis romana de Carmona, señaladas por M. Bendala Galan, y que obedecerían a la presencia de un importante sustrato cultural y humano de origen púnico (77), son algunos de los datos que pueden indicar una cierta penetración de los cartagineses durante el periodo Bárquida en el Valle del Guadalquivir, única área en la que nuestra documentación es un poco más abundante.

Aún así, una cierta penetración hacia el interior parece evidente, y vendría a ser confirmada en cierta medida por las campañas de Amílcar en la Beturia Céltica y las de Aníbal en la Meseta (78). El propio autor del estudio citado sobre la necrópolis romana de Carmona ha observado que esta localidad "hubo de contar en su población con un número elevado de "libiofenicios", que convirtieron a la ciudad en un centro cartagines lo suficientemente importante para hacer de sus cercanías, y en especial del "Acebuchal", una de las zonas de yacimientos púnicos más ricas de la Península. Resulta especialmente significativa la presencia del nombre Urbanival, de clara ascendencia púnica, en la poca numerosa prosopografía de la necrópolis carmonense" (79).

¿Pero se puede hablar de una colonización amplia y de una explotación intensiva de los recursos agrícolas de todos estos territorios por parte de los cartagineses en la época que estudiamos? En este sentido, puede resultar ciertamente significativo el hecho de que las menciones en las fuentes literarias acerca de los "libiofenicios", considerados

generalmente como colonos cartagineses norteafricanos, los sitúan invariablemente en las costas mediterráneas andaluzas, a partir del Estrecho de Gibraltar, y nunca en el Valle del Guadalquivir (80).

Ante la parquedad de nuestra información solo nos es permitido movernos en el campo de las suposiciones. Una explotación agrícola intensiva con vistas a la exportación de los productos ibéricos hacia Cartago carecía, en cierta medida, de sentido, ya que los territorios cartagineses de Africa bastaban para satisfacer sus necesidades e incluso para comercializar el excedente. Ahora bien, los recursos agrícolas de la Península Ibérica podían sustituir en este sentido la pérdida de Cerdeña, que había sido utilizada como el granero de emergencia de Cartago (81).

De todas formas, la colonización agrícola cartaginesa no fue muy extensa en Africa, con excepción de las tierras de Cabo Bon, trabajadas en su mayoría por mano de obra servil o esclava. En el resto de los territorios los libios, establecidos en núcleos rurales dispersos, cultivaban directamente las tierras, dedicadas a una producción cerealista, y debían de satisfacer al estado púnico una serie de impuestos que gravaban la producción de sus cosechas (82). Podemos sospechar que algo similar ocurriría en la Península Ibérica durante la ocupación Bárquida.

Los núcleos urbanos de población colonial, Cartago-Nova y Carmona, por ejemplo, poseerían su propio territorio circundante (Chora) en los que el régimen de propiedad y las relaciones de producción no diferirían esencialmente de aquellas observadas en Cartago (83). Es muy probable que algunas tierras, debido a la especial importancia de sus productos, como es el caso del esparto de la zona de Cartagena, material imprescindible para el desarrollo de la industria naval, estuvieran sometidas, siguiendo la práctica helenística, a una for

ma de propiedad más directa relacionada con el gobierno Bárquida, una especie de monopolio puesto, quizá, en explotación mediante la aplicación del trabajo de mano de obra servil o esclava (84).

El resto de los territorios quedaría en manos de las poblaciones autóctonas, prevaleciendo en ellos las formas de propiedad y las relaciones de producción características de estas comunidades indígenas, que, probablemente, satisficieran un impuesto sobre la producción de sus cosechas, necesario para hacer frente a las necesidades del mantenimiento de tropas y otros gastos similares (85).

Respecto a las influencias de la agricultura cartaginesa sobre las poblaciones autóctonas, nuestra información es apenas inexistente. Por el testimonio de las fuentes literarias conocemos el gran desarrollo que había alcanzado la agricultura cartaginesa (86), lo que lleva a sospechar la existencia de un probable impacto sobre las técnicas indígenas. El olivo se considera a menudo como una importación fenicia, cuya introducción en la Península Ibérica no sería anterior al siglo VII a J. C.; de la misma manera, se piensa que los cartagineses fueron los introductores de la palmera (87). De todos modos, la agricultura ibérica estaba ciertamente desarrollada, como demuestra la existencia de un arado de largo timón con dental bien destacado terminado por delante en punta, de alazuelas, escardillos, alcotaras, podaderas, hoces etc..., aperos aparecidos todos ellos en las excavaciones. Como ha señalado F. Presedo, "con estos objetos puede cultivarse la tierra con unas técnicas que llegan al mismo nivel que en la época romana y posteriores, hasta la introducción de la maquinaria agrícola en el siglo XVIII" (88).

Es este desarrollo agrícola de los iberos, que había permitido la eclosión de estos pueblos durante el período anterior, lo que nos lleva a considerar que el impacto de la agri-

cultura cartaginesa debió obrar no tanto sobre las técnicas de cultivo desarrolladas por los autóctonos como sobre la introducción de nuevos productos agrícolas. En este sentido, J. M. Blázquez piensa que los cartagineses introdujeron el cultivo de algunos árboles, como el Grenatum o Malum Punicum, representado en la cerámica de Liria, y algunas máquinas de trillar, que han llegado hasta nuestros días, como el Plostellum Punicum (89).

Aunque la ganadería tenía gran importancia en el Valle del Guadalquivir y Sierra Morena, se desprende de los datos transmitidos por las fuentes que ésta predominaba sobre la agricultura en la Meseta Central y el Norte (90). Seguramente los cartagineses abastecieron a sus ejércitos de los excelentes caballos peninsulares, que habían de alcanzar gran fama en época romana. Y es lógico pensar, aunque no poseemos ningún testimonio que lo especifique, que se procuraran otra serie de recursos procedentes de la ganadería mediante los tributos y el comercio (91):

#### b. La minería y la industria.

Una de las preocupaciones fundamentales de los Bárquidas desde los primeros momentos de la conquista fué la de asegurar el control de las explotaciones mineras de Sierra Morena y del Sudeste peninsular. Se debía esto a la necesidad de Cartago en estos recursos externos, agravada ahora por la indemnización de guerra que debía pagar a Roma, y a la necesidad también de garantizar la autonomía económica de los cartagineses en la Península Ibérica, autonomía cuya ausencia se había mostrado catastrófica durante la anterior guerra en Sicilia contra los romanos (92). De esta manera, apenas un año o dos después del desembarco, Amílcar había hecho acuñar moneda por su cuenta en las cecas de Gadir con la plata obtenida de las minas peninsulares (93). Que la explotación de las minas del Su-



roeste fué pronto organizada viene documentado además por el - hecho de que Amilcar estuvo en condiciones desde el 235 a. J.C de enviar importantes cargamentos de metales preciosos a Cartago (94).

Si admitimos como probable la hipótesis de G.V. Sumner que localiza la fundación de Akra Leuke en la Alta Andalucía, cerca de Cástulo, contamos con un dato más que nos ilustra acerca del interés de Amilcar por controlar la explotación de los minerales de Sierra Morena (95). Las fuentes literarias son unánimes en señalar la importancia de las explotaciones mineras de la Península durante el periodo Bárquida. Diodoro de Sicilia nos informa de que todas las minas que estaban en producción en época romana habían sido anteriormente explotadas por los cartagineses (96). En este sentido, Plinio añade que la explotación de un filón de plata de Cástulo reportaba a Anibal trescientas libras diarias, y habla de otros pozos abiertos - por el Bárquida en la Península que aún continuaban siendo explotados en la época en que él escribía (97). Las minas de plata de la región de Cartagena fueron también explotadas por los Bárquidas. Polibio nos habla de su gran productividad y esta - se puede deducir indirectamente del enorme botín en este metal precioso que consiguió Escipión tras la toma de Cartago-Nova: "pateras aureae fuerunt ducentae septuaginta sex, librae ferme omnes pondo, argenti infecti signatique decem et octo milia et trecenta pondo, vasorum argenteorum magnus numerus" (98). Otro dato más de la riqueza mineral que los cartagineses consiguieron en la Península proviene de la propia Cartago: "la ceca de monedas de Byrsa y de otra que fué establecida en Cartagena, - pudieron emitir entonces dracmas de plata, cuya abundancia en los hallazgos arqueológicos correspondientes a este periodo, - testimonian el desahogo de la tesorería", a observado G. Ch. - Picard (99).

Otros metales, como el hierro del Sureste serían tam

bien explotados durante la época que estudiamos, como se deduce de la industria metalúrgica para la fabricación de armas que existía en Cartago-Nova (100). De la misma manera el estaño lo conseguían los cartagineses a través de Gadir, que durante este periodo controla todavía el tráfico hacia las Cassitéridas (101). Aún así, es probable que los Bárquidas hayan utilizado comercialmente la ruta del estaño de la Galia, como podría desprenderse del hallazgo de una serie de monedas púnicas a lo largo del Valle del Sena (102). Del mismo modo, las campañas de Aníbal en la Meseta bien podían estar relacionadas con la necesidad de asegurar el control del camino interior que penetraba en el Noroeste de la Península, rico en estaño y oro (103).

Por lo que se refiere al régimen de explotación de los yacimientos metalíferos, R. Etienne ha observado que posiblemente se tratara de un monopolio de los Barquidas, tomado de prácticas semejantes desarrolladas por los Estados Helenísticos, como parece sugerir el hecho de que tras la conquista pasaran a ser propiedad del pueblo romano (104). En nuestra opinión, esta hipótesis tiene muchos visos de probabilidad, habida cuenta de la importancia que tenía para los cartagineses el control de estas fuentes de riqueza, cuya productividad satisfacería el mantenimiento de los ejércitos Bárquidas, el desarrollo económico de Cartago después de la Primera Guerra Púnica, y que bastó para financiar el nuevo conflicto que estalló con Roma (105).

Los cartagineses no poseían una tradición propia en lo que a la minería se refiere, debido fundamentalmente a la ausencia de este tipo de yacimientos en sus territorios africanos, por lo que es lógico suponer que habían adoptado las técnicas de extracción utilizadas en los Estados Helenísticos. Es probable, por consiguiente, que los métodos utilizados posteriormente por los romanos fueran ya aplicados por los púnicos, como por ejemplo el "tornillo de Arquímedes" que se aplicaba para drenar las aguas que dificultaban la labor de los mineros,

o los procedimientos para aislar y concentrar la galera argentinifera y aumentar así la producción (106). Las minas serían trabajadas seguramente por esclavos, al igual que en el resto del mundo antiguo, vigilados por capataces indígenas, bajo la dirección de algunos técnicos púnicos, lo que explica que no se hayan encontrado en ellas materiales arqueológicos de procedencia cartaginesa. La posterior explotación sistemática de época romana ha borrado, por lo demás, todas las huellas del periodo Bárquida.

En lo que se refiere ya a la industria, Cartago-Nova parece haber sido un centro de primer orden. En sus proximidades se cultivaban grandes extensiones de esparto (107), material utilizado para la confección de cordajes y velas para los barcos. Una industria de este tipo parece haber existido en la capital de los Bárquidas, como sugieren los materiales para armar la flota de los que se apoderaron los romanos tras su conquista, las cuarenta naves que fueron equipadas en este lugar por Asdrubal una vez desencadenadas las hostilidades, tras la marcha de Anibal hacia Italia, y la alusión que hace Plinio acerca del esparto de Cartagena que, según él, comenzó a utilizarse con la llegada de los Bárquidas a la Península (108). Seguramente había astilleros en Cartago-Nova, como sugiere J.M. Blázquez, localidad que contaba además con un excelente puerto, mientras que otros astilleros son citados por las fuentes en Carteia y Gadir (109).

Del botín capturado en Cartago-Nova, en el que entre otras cosas había armas y hierro, se deduce la existencia de una industria metalúrgica militar en esta ciudad que, según Polibio, era también el almacén de dinero y equipajes para los ejércitos de los cartagineses (110). La fabricación de armas estaba muy adelantada entre los autóctonos y gozaba de una gran tradición. La calidad de las espadas celtibéricas es elogiada por Filón, autor de la segunda mitad del siglo III a J. C., y este tipo de armas fue empleada posteriormente por los romanos (111), lo que

nos sugiere que probablemente los púnicos habrían adoptado ya la técnica de su fabricación.

La actividad industrial de Cartago-Nova viene documentada además por el hecho de que toda la población de la ciudad estaba compuesta de artesanos, menestroles y gentes de mar, entre los que había dos mil obreros especializados (112). En cuanto a la situación jurídica de todos ellos, sabemos que en la propia Cartago las actividades industriales y artesanales estaban servidas frecuentemente por personal libre (113). Una situación similar debió haber existido en Cartago-Nova. Tras la conquista de la ciudad, Escipión dejó en libertad a buen número de ciudadanos, mientras que otros artesanos pasaron a ser esclavos del pueblo romano (114). Probablemente estos últimos eran esclavos o siervos del Estado Bárquida, y quizá empleados en los trabajos de las canteras y arsenales, como también sucedía con este tipo de obreros en Cartago (115).

Una de las industrias más florecientes de este periodo fue la de salazones y conservas de pescado, que ha sido estudiada por M. Ponsich y M. Iarradell (116). Arqueológicamente hablando nuestra evidencia es toda ya de época romana, pero aún así las menciones en las fuentes literarias del garum de Gadir y de Sexi a partir del siglo V a J. C., y la misma distribución de las factorías romanas a ambos lados del Estrecho, superponiéndose de modo evidente a aquellas instaladas tiempo atrás por los púnicos, hacen sospechar un origen mucho más antiguo (117). En cuanto a su régimen de explotación, R. Etienne considera que fue un monopolio de los Bárquidas, al igual que las salinas y minas de sal necesarias para esta industria, muy abundantes en las costas meridionales peninsulares, idea tomada de los monopolios similares de Seleúcidas y Ptolomeos. Según este autor, Cartago-Nova centralizaba, al igual que posteriormente ya en época romana, la producción de las restantes factorías meridionales -Gadir, Sexi, Lixus, Villaricos etc- para comercializarla hacia los mercados mediterráneos. El monopolio de la sal y las

industrias derivadas de esta por los Bárquidas viene a ser indicado por el hecho de que tras la conquista estas fuentes de riqueza pasaron igualmente a ser propiedad del pueblo romano (118).

Otra industria típicamente púnica era la relacionada con la obtención de la púrpura, que sabemos fue introducida por los fenicios en Occidente. En Villaricos, Parazuelos y Gadir, entre otros lugares, han aparecido conchas de murices y de púrpura, como observó L. Siret y recoge A. García y Bellido (119). No poseemos ningún testimonio específico de la época que ahora nos interesa, pero habida cuenta de su gran tradición es sumamente probable, por consiguiente, que esta actividad se haya también dado en el período Bárquida, lo que por otra parte vendría a indicar de modo indirecto la existencia de una industria textil de cierta importancia.

#### c. La economía monetaria y el comercio.

Las primeras acuñaciones locales que aparecen en la Península Ibérica corresponden a la colonia griega de Ampurias, con una fecha en torno al 400 a J. C. Posteriormente, en la segunda mitad del siglo IV a J. C., Rodas comenzó también a emitir moneda (120). Frente a esta área colonial del Noreste, en el Sur la emisión de moneda es mucho más tardía. Gadir fue el único establecimiento semita que acuñó moneda antes de la época Barquida, a comienzos del siglo III a J. C. (121).

La emisión de las monedas Bárquidas en la Península comenzó al poco tiempo de iniciarse la conquista por Amilcar. Fundamentalmente respondía a la necesidad de garantizar la autonomía económica de sus empresas en Occidente, lo que viene a ser confirmado por el hecho de que su circulación estuvo prácticamente confinada a los territorios peninsulares (122). Como ha señalado G. Ch Picard, estas monedas debido a su excelente calidad debieron de servir como un buen elemento de intercambio

con todos los pueblos de la Península. El mismo autor interpreta las evidentes conexiones, señaladas ya por E.S.G. Robinson, de numerosos tipos monetarios de Asdrubal con las monedas romano-campanas como prueba de la existencia de estrechas relaciones económicas (123). De hecho, la cerámica suditalica se encuentra documentada en numerosos yacimientos ibéricos peninsulares, desde la segunda mitad del siglo IV a J. C., y en algunos centros púnicos, como Ibiza, Gadir y la propia Cartago-Nova (124). Por otra parte, que los comerciantes púnicos frecuentaban los puertos italicos se deduce de la lectura de la comedia de Plauto Poenulus. Dejando a un lado la discusión acerca de las fuentes de su inspiración, que muchos autores consideran que provienen de los modelos de la comedia griega, parece evidente que en ella se retrata un personaje familiar para el gran público al que estaba destinado la obra: el "guqa" Hanon.

Un aspecto curioso es el de la presencia de posibles influencias cartaginesas en determinadas monedas de Ampurias, lo que podría significar la existencia de intereses económico mutuos. G. Irias piensa, sin embargo, que no debieron existir tales, ya que, a pesar de que Anibal respetó a la ciudad griega en su marcha hacia Italia, la fidelidad de Ampurias a la causa romana es evidente, puesto que sirvió como cabeza de puente para los desembarcos y punto de partida para la conquista (126). No obstante, esto no impide, en nuestra opinión, la existencia de contactos económicos anteriores. Relaciones de este tipo con el mundo griego de la Galla parecen estar documentadas en el hallazgo de monedas púnicas, algunas de las cuales provienen de la propia Massalia (127).

La introducción de la economía monetaria en los territorios conquistados por los Bárquidas responde, además de a las necesidades comerciales, a la propia necesidad del mantenimiento de los ejércitos empleados por los cartagineses. Soldados y mercenarios eran pagados en moneda, como se venía haciendo desde mucho tiempo atrás en el Mediterráneo Central, hipóte-

sis que viene reforzada por el reciente descubrimiento en la provincia de Sevilla de una ceca móvil con vestigios evidentes de su actividad en la emisión de estas monedas púnicas (128).

Por lo que respecta al comercio, la propia conquista de la Península por los Bárquidas significó la aplicación de una forma de comercio institucionalizado de Estado. Las riquezas obtenidas de la explotación de los recursos peninsulares, además de garantizar la autonomía económica de los cartagineses en estas tierras, fueron destinadas a satisfacer las propias necesidades económicas de Cartago. Cargamentos periódicos de estos productos, entre los que los metales tenían una especial importancia, eran enviados por los Bárquidas a la metrópoli (129), garantizando de esta manera el ideal de Amílcar de consolidar el sistema económico tradicional de Cartago, asegurando su independencia económica externa frente a otras potencias, y por lo tanto su autonomía política en el juego de las relaciones internacionales, y proporcionando trabajo a todos aquellos ciudadanos que desde hacía siglos habían encontrado sus medios de subsistencia -en las actividades ultramarinas -artesanos, armadores, trabajadores de los astilleros, marineros etc- que componían la base social sobre la que se apoyaba el poder político de los Bárquidas (130).

Además de este comercio de Estado existen, como hemos visto antes, algunos datos que nos llevan a sospechar la existencia de relaciones comerciales con Italia y las colonias griegas de Ampurias y Massalia. Los principales puertos de este tráfico exterior fueron Cartago-Nova y Gadir, aunque esta gozó de considerable autonomía, por lo que es lógico pensar que conservó su propio círculo comercial, aunque pudiera participar de las actividades impulsadas por los Bárquidas: El tráfico del esteño atlántico parece haber seguido en sus manos durante este periodo como se deduce del control que ejercía sobre él aún en época romana (131).

En lo que se refiere a los productos de este comercio exterior, es preciso partir de la consideración de que este se incluía en una economía de tipo colonial en la que frente a materias primas y productos derivados de los distintos recursos naturales se importaban determinados tipos de manufacturas. El aprovechamiento de las industrias locales -salazones, púrpura, textiles- y el desarrollo de otras nuevas en Cartago-Nova -metalurgia, esparto, construcción naval- obedecía al motivo tanto de potenciar la autonomía económica, como de lograr un superávit en la balanza comercial.

Entre las exportaciones destacaron sin duda alguna los metales, dirigidos fundamentalmente hacia Cartago, las salazones de pescado y garum, apreciados desde antiguo en los mercados mediterráneos, y materias primas como la sal y el esparto; este último lo tenemos documentado en Sicilia por un texto de Ateneo que hace referencia al esparto de la Península empleado en la flota de Hierón II de Siracusa (132). A cambio se importaban manufacturas procedentes de los talleres de Cartago e Ibiza, destinadas al consumo de la población colonial, y otras procedentes de Italia y de las colonias griegas occidentales, como la denominada cerámica campaniense que era también comercializada entre los autóctonos, como señala su distribución en los yacimientos ibéricos situados en el área sometida a la autoridad de los cartagineses (133).

#### 4. LA SOCIEDAD EN EL ESTADO IBERO-PUNICO.

Toda sociedad nacida de un proceso de conquista es una sociedad de tipo colonial en la que básicamente aparece una dicotomía entre el grupo colonizador dominante y el elemento autóctono dominado que sigue siendo, con mucha diferencia, el más numeroso. Las medidas de dominación varían según las circunstancias históricas y las características socio-económicas y políticas de los grupos que entran en contacto, pero en una situación de este tipo, los beneficios económicos, sociales y



políticos son siempre patrimonio privilegiado del elemento colonizador, y solo en cierta medida de los elementos autóctonos con él asimilados.

a. Los colonizadores púnicos.

El elemento colonial cartagines en el Estado Ibero-Púnico era desde luego francamente minoritario en relación con las poblaciones autóctonas sometidas o aliadas. Este elemento colonial englobaba tanto a aquellos que habían llegado por primera vez a la Península con las campañas de los Bárquidas, como a la población peninsular de origen fenicio-púnico preexistente.

Las evaluaciones demográficas realizadas por M. Tarra dell sobre el número de tumbas de las necrópolis y la superficie habitada posible, arrojan una población aproximada media de cuatro mil quinientos habitantes para Ibiza, más de cuatro mil para Gadir y unos mil doscientos para localidades más pequeñas como Villaricos (134). Ahora bien, es preciso tener en cuenta dos cosas: en primer lugar la presencia de un sustrato autóctono en estos establecimientos coloniales, documentado en el caso concreto de Villaricos, por lo que solo unos seiscientos individuos de esta localidad pertenecerían al elemento foraneo (135). Y parece que desde antiguo los fenicio-púnicos no tuvieron reparo de admitir en sus ciudades y colonias elementos autóctonos que fueron más o menos aculturados. Su presencia está documentada desde muy antiguo en Cartago y en establecimientos coloniales de menor importancia, como Toscanos, lo que nos lleva a pensar que en el período Bárquida no tuvo por qué ocurrir de otro modo, y que en ciudades como Cartago-Nova gran parte de la población artesanal e industrial debía de ser autóctona (136). Esto viene además a ser reforzado por la existencia del fenómeno inverso: esto es, la presencia de un importante elemento colonizador en núcleos propiamente indígenas, como tenemos documentado en el caso de Carmona (137), y probablemente en Cástulo. En segundo lugar, hay que considerar el ambiente cosmopolita de muchos de

estos centros coloniales, como era el caso también de Cartago, por lo menos a partir del siglo IV a J. C., y de Ibiza, según nos informa Diodoro de Sicilia (138). Esto supone la existencia de una población flotante de origen foráneo y de procedencia diversa, y posiblemente el asentamiento de algunos de estos elementos.

En los establecimientos urbanos coloniales se produjo, por consiguiente, una estratificación de acuerdo con un criterio étnico. La clase o estamento dominante estaba compuesta fundamentalmente por los púnicos que se superpusieron a los elementos autóctonos. Pero junto a esta estratificación social de criterio étnico se debió producir otra basada simplemente en la aptitud personal y la riqueza. Habida cuenta del carácter industrial y comercial de los más importantes de estos núcleos urbanos, es lícito sospechar la existencia de una burguesía que fundamentaba su posición en estas actividades. Comerciantes e industriales adinerados se situaban por encima de los pequeños artesanos, obreros, marineros etc... Y es probable que muchos de estos de indudable origen fenicio-púnico se encontraran en una peor situación económica y social que aquella de ciertos autóctonos aculturados, cuyas aptitudes les había valido ingresar en la burguesía industrial y comerciante, o cuyas riquezas les proporcionaba un status análogo, tal y como podemos observar en determinados enterramientos de Villaricos (139). Esta doble estratificación que atiende por un lado a criterios étnicos y por otro a la aptitud y riqueza personal es un fenómeno generalizado en casi todos los procesos coloniales, y como tal se manifestó en el mundo helenístico. No hay razón, por tanto, para sostener que no se haya dado en el Estado Ibero-Púnico habida cuenta de la tradicional gran receptibilidad de los fenicio-púnicos hacia los elementos autóctonos con los que entraban en contacto.

Los Bárquidas respetaron la jerarquización existente en los antiguos establecimientos coloniales semitas de la Península

sula, análoga a la de la propia Cartago, vinculandola a su autoridad, conferida por el gobierno de la metropolis. La administración, ahora igual que antes, estaba en manos de los púnicos. Magistrados, funcionarios, clero y los cuadros superiores del ejército procedían del elemento colonial existente, o de aquel llegado con los conquistadores. El número de individuos ocupado en todas estas cuestiones debía ser pequeño ya que el aparato administrativo de una ciudad-estado en el mundo antiguo, para el caso de las colonias semitas de mayor entidad, era francamente reducido, siendo prácticamente inexistente en los establecimientos coloniales de menor tamaño.

El elemento autóctono debió desempeñar gran peso en la industria y arsenales creados en Cartago-Nova y en los ejércitos movilizadas por los Bárquidas. Es preciso tener en cuenta que en todo proceso colonial, como señala E. Durkheim, se manifiesta una "solidaridad organica" que implica la división del trabajo entre el colonizador y el colonizado. Artesanos y obreros especializados debían de ser de condición libre, al igual que en la propia Cartago, como los dos mil ciudadanos movilizadas por las autoridades cartaginesas durante el sitio de la ciudad por Escipión (140), mientras que los trabajadores de los arsenales, como ocurría también en Cartago, debieron de ser esclavos públicos, que tras la conquista pasaron a ser propiedad del pueblo romano (141). En este sentido, la fuente esencial de la esclavitud cartaginesa en la Península debió estar constituida por los prisioneros de guerra (142).

#### d. La sociedad autóctona.

En general, la sociedad indígea del Estado Ibero-Púnico, aún cuando presenta una cierta estratificación, no se encontraba tan jerarquizada como la sociedad colonial. Una cierta diferenciación social se aprecia ya en la monumentalidad y en los ajueres de ciertos enterramientos ibéricos frente a otros

más pobres (143).

A pesar de sus riquezas, su dominio de la metalurgia del hierro, su conocimiento de la escritura y su capacidad artística, los iberos permanecían retrasados en el dominio político y social. Algunas escasas ciudades, como Sagunto, parecen haber copiado las instituciones de las colonias griegas, o haber desembocado en su proceso político en un estado semejante, pero en su mayor parte las comunidades ibéricas vivían en núcleos urbanos fortificados, dominados por un regulo o cacique que guerreaba con sus vecinos, o admitía la soberanía de un señor más poderoso (144).

En esta sociedad indígena la tribu era el cuadro político de mayor alcance, el cual fue sufriendo una evolución según se desarrollaba el urbanismo. Aún cuando el modo de vida urbano parece haberse implantado de una manera más o menos generalizada entre los iberos, debido a la propia evolución interna y al impacto de las influencias coloniales, no parece que este privara sobre las otras formas de organización político-social propias de la estructura tribal de estos pueblos (145). Esto es válido sobre todo para el Levante y Sureste, mientras que para Turdetania se admite la existencia de la ciudad como marco político que ha sustituido a la tribu, así como de una potente realeza urbana que estaba en condiciones de imponer su autoridad sobre territorios considerablemente extensos, lo que a su vez suponía el control de una ciudad sobre otras ciudades (146)

El sistema político, a juzgar por los oscuros y escasos datos proporcionados por la fuentes literarias, parece haber sido el de unas "monarquías" de tipo primitivo, en el sentido de que un solo individuo gobernaba sobre la comunidad. El poder de estos regulos se fundamentaba sobre la existencia de una nobleza de tipo gentilicio, característica de estas sociedades tribales de régimen patriarcal, y en los propios lazos y vínculos políticos que emanaban de esta organización social (fi-

des y devotio) (147). No estamos en condiciones de afirmar, da do el alcance de nuestra información acerca de la existencia de un Estado más o menos desarrollado entre los iberos. Aún así algunas de las instituciones señaladas parecen puramente pre-es tates. Si bien es cierto que la generalización de la escritura pudiera parecer sintomática a primera vista, conocemos el ejemplo histórico de un estado altamente centralizado que des conocía su uso, como fue el Imperio Inca. Las fuentes litera- rias no nos permiten, por otro lado, afirmar la existencia de un aparato administrativo entre los iberos, ni de un ejército permanente que garantizase el control político de una clase do- minante, lo cual no significa por supuesto que en algunos casos no haya podido existir. Aún así, se daba una vinculación perso- nal permanente entre los guerreros y sus jefes, lo que se algu- na manera fundamentaba el poder de estos, por lo menos en el aspecto militar (148).

Junto a la diferenciación social fundamentada en los lazos de parentesco, es posible advertir un diferenciación de fundamento económico, que seguramente se superponía a la anterior, a patir de los datos proporcionados por las necropolis ibéricas. La gran tumba de Toya y el monumento funerario de Pozo Moro son muy significativos a este respecto (149). De la misma manera en el Cigarralejo, Galera, Baza y el Cabecico del Tesoro, determi- nadas tumbas presentan una abundancia y riqueza de ajuares que denuncia una capacidad económica notable frente a enterramien- tos manifiestamente mas pobres (150).

Es probable que junto a una revolución agrícola mani- fiesta en el uso del arado, y sumamente probable responsable de la eclosión ibérica, la demanda económica del comercio púnico haya constituido, durante los siglos V y IV a J. C., un factor "importante como responsable de la riqueza de estos estamentos su eriores de la sociedad ibérica (151). Como ha señalado recien- temente R. Domech en un trabajo relativo a los Oretanos: "lo ló- gico es pensar que estas clases superiores basaran su poder no

en la posesión de metales, que será solo un signo de superioridad, sino en el control del comercio a su paso por estas zonas. La introducción del comercio y las relaciones internacionales fueron cambiando la estructura tribal de estos oratanos y haciéndola evolucionar hacia formas más perfectas en la línea del Sureste y Levante" (152). Pero no solo contaba el control del comercio, sino también la adquisición de los productos de este. De esta manera, las sociedades ibéricas que se insertaban en estas relaciones comerciales de mercado simple experimentaban una acumulación de riquezas que no hacía sino consolidar a sus grupos dominantes, por la apropiación de los productos obtenidos del comercio con los países lejanos. El poder adquisitivo y económico de estos grupos queda puesto de relieve, no solo por la existencia de ricos ajueres y monumentos funerarios, sino también por la aparición en estas sociedades de grupos de artesanos especializados cuyos productos iban a nutrir la capacidad adquisitiva de las élites dominantes.

Una estructura social de tipo tribal era también la propia de las poblaciones celtas y celtíberas de la Meseta. La evolución socio-política se encontraba aquí más retrasada que en el mundo ibérico, debido al predominio pastoril de su economía y a la ausencia de estímulos coloniales (153). Es por ello que el urbanismo se encontraba poco desarrollado, existiendo pocas ciudades, entendidas como núcleos urbanos de una cierta entidad, frente a una abundancia generalizada de uici y castella, es decir: núcleos de habitación agrupados en torno a una fortaleza (154).

Los celtas occidentales parecen haber conocido una unidad social -gentilitas- superior a la familia e inferior a la tribu o pueblo, cuyos miembros estaban unidos por vínculo natural, al igual que los clanes germanicos. El populus, formado por estas gentilidades era el marco de la comunidad política (155). Los jefes de estas comunidades citados por las fuentes literarias parecen sugerir un régimen aristocrático mi-

litar, más que una verdadera institución monárquica, ya que eran elegidos por asambleas. Otras veces los textos literarios hacen referencia a la existencia de asambleas de ancianos, que normalmente detentan el poder en estas comunidades tribales pas toriles de régimen patriarcal (156).

La existencia de un estamento social superior parece ser sugerida por Tito Livio que menciona a los nobles equites. La diferenciación en los ajuares y las fortalezas de los poblados indican, de la misma manera, la existencia de una cierta estratificación social (157). Las fuentes literarias también nos informan de la existencia de la esclavitud en localidades como Helmantica, Cissa y Talabriga (158). Se trataba, en suma, de so ciedades de fuerte carácter militar, cuya fuerza de cohesión estribaba en los lazos de parentesco de su organización gentili cia, a partir de los cuales se produce también una diferenciación social y la consolidación de determinadas estirpes hereditarias.

La administración colonial de los Bárquidas no trans formó el orden social imperante en todas estas comunidades autóctonas que se encontraban inmersas en un proceso evolutivo que apuntaba hacia la aparición de formas socio-políticas más desarrolladas que consolidarían, desde nuevas bases, el poder de sus élites dominantes, y las cuales conservaron sus propias instituciones hasta bien entrada la época romana (159). La do minación cartaginesa durante este período, que transformó en un mercantilismo las anteriores relaciones comerciales de mercado simple, se apoyaba precisamente en las características de las formaciones sociales ibéricas y en sus grupos dominantes. De esta manera Asdrubal y Aníbal contrajeron matrimonio con "prin cesas" locales, utilizaron los lazos de clientela para vincular a ellos a las poblaciones sometidas o aliadas, y aceptaron ser proclamados reyes por los autóctonos (160). Se consolidaba así el Estado federal Ibero-Púnico creado por Asdrubal con el sentido de asegurar el control directo de los intereses económi-

cos de Cartago en la Península Ibérica. "Pero para que todo ello se de es necesaria la participación del colonizador en la estructura global de la formación social de tal modo que si un Bárquida llegaba un día a ser rey de todos los iberos, ese Bárquida culminaría la estructura piramidal que la transición estaba formando..." ha señalado A. Ruiz Rodríguez (161). En otras palabras: no se trataba de una simple empresa de dominación sobre unas poblaciones extranjeras, sino de una compenetración mucho más profunda que, imitando los modelos helenísticos, tendía a perfeccionarlos para crear una auténtica cohesión en la nueva nación ibero-púnica, algo de lo que Cartago había carecido siempre en sus relaciones con otros pueblos y que puede explicar satisfactoriamente muchos de sus antiguos fracasos.

Estamos muy mal informados acerca de las prerrogativas de estas sociedades indígenas frente a la administración cartaginesa. Por algunos datos extraídos de las fuentes literarias podemos sospechar la existencia de diferentes status para las poblaciones aliadas o sometidas, hecho este que tenemos también documentado en Cartago (162). Si la situación de la metrópoli se reprodujo en la Península Ibérica, y no hay razones serias para pensar que no ocurriera así, los aliados, al igual que los Numidas africanos, gozarían de una total autonomía, cargándose el peso de los impuestos sobre las poblaciones sometidas, que aún gozando de autonomía interna, estaban sujetas a un control más estrecho por parte de las autoridades púnicas. Un elemento de dicho control parecen haber sido los rehenes confinados en Cartago-Nova (163).

Sabemos por Diodoro de Sicilia que en Africa los libiofenicios tenían los mismos derechos matrimoniales que los cartagineses, y por el testimonio de Salustio que en Leptis Magna los matrimonios con los nativos no eran considerados como algo extraño (164). Esto parece indicar que los autóctonos, o por lo menos aquellos situados más cerca de la cultura cartaginesa, gozaban de los mismos derechos civiles que la población colonial



cosa que ocurriría probablemente en la Península Ibérica, en donde púnicos y autóctonos convivían en centros como Carmona, Villaricos o Cartago-Nova. Si consideramos además que tanto Agdrubal como Anibal llegaron a convertirse, como hemos visto antes, en verdaderos jefes hispanicos en virtud de los lazos de matrimonio, hospitalidad y clientela, es logico pensar que no practicaran una politica selectiva frente a las sociedades indígenas que les habían otorgado esta categoria. Tal vez sirva para reforzar esta hipótesis un parrafo contenido en el tratado concluido entre Anibal y Filipo V de Macedonia, en el que se nombran a los pueblos sometidos a la autoridad de Cartago: "que viven bajo las mismas leyes" (165).

## NOTAS AL CAPÍTULO VIII.

- (1) Respecto a los tributos, cfr: Diodoro, XIII, 59, 3, 114, 1; XIV, - 65, 2. Sobre las guarniciones, cfr: Diodoro, XIII, 62, 6; XIV, 8, - 5; XXII, 10, 1. Veasé. G. Gsell. H.A.A.N., II, p. 310-311.
- (2) Cfr: Sup. 139 y 242; C.R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth centuries". Imperialism in the Ancient World, -- Cambridge, 1978, p. 69.
- (3) C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism...", p. 71.
- (4) Cfr: nota 1. C. R. Whittaker: "Carthaginian Imperialism...", p. 72-74.
- (5) G. Ch. Picard: "L'administration territoriale de Carthage", Revue des Études Anciennes, III, París, 1966, p. 1265, Idem y C. Picard, - Vie et mort de Carthage, París, 1970, p. 89, piensa que la administración territorial debió ser acometida en África desde el siglo - IV a. J.C. No obstante ninguno de los documentos epigráficos que lo documentan parece anterior al III. a. J.C, cfr: J. G. Février: "La borne de Nicipsa", Cahiers de Byrsa, VII, 1967, p. 119-121, - (la inscripción es evidentemente del siglo II).
- (6) G. Ch. Picard: La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal, 1958, p. 83-4 y 123. L. García Moreno: "La explotación del agro - africano por Cartago y la Guerra Púnica", N.H.A., II, 1978, p. 74-75.
- (7) A. Albertini, Les divisions administratives de l'Espagne Romaine, París, 1923, p. 9-19.
- (8) R. Thouvenot, Essai sur la province romaine de la Bétique, París, 1940, p. 162, N. Harin Díaz- A. H. Prieto arciniega, "En torno a - un nuevo planteamiento de los límites de la provincia romana de la Bética", Hispania Antigua, IV, 1974, p. 81.
- (9) G. Ch. Picard: "L'administration...", p. 1257-1265.
- (10) Es en efecto que desde el siglo VIII al V a. J.C. La Baja Andalucía muestra una clara eclosión de la cultura autóctona para perder posteriormente importancia frente al desarrollo a partir del - V del Sureste y el Levante Peninsular. En este sentido las manifestaciones culturales de la Alta Andalucía señalan una fase de auge que comienza a documentarse a partir del siglo VI a. J.C., y que -

- alcanzará su plenitud en el V y IV, lo que ponemos en relación con la presencia de estímulos procedentes de la Baja Andalucía, con el comercio de los metales, y con la demanda cartaginesa creada durante la época clásica, cfr: Supra p.23 y 203
- (11) N. Marín Díaz- A. M. Prieto Arciniega: "En torno a un nuevo planteamiento...", p. 81-82". G. Ch. Picard: "L'administration...", - 1259-1264.
  - (12) P. Bosch Gimpera: Etnología de la Península Ibérica, Barcelona, - 1932, p. 342-376.
  - (13) a) Sobre la presencia púnica en Carteia cfr: D. A. Woods: "Carteia and Tartessos" V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, - 1968, p. 251. Recientes investigaciones han documentado en Carteia un establecimiento fenicio desde el siglo VII, a. J.C. cfr: M. Pellicer, L. Menanteau-P. Rouillard, "Para una metodología de la localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: El cerro-del Prado" Habis, 8, 1977, p. 217-251). Acerca de la autonomía de Gadir; cfr: Tito Livio, XXVIII, 37, 1 (Socius et amicus).
  - (14) Tito Livio, XXII, 19, 6. J. Bernier- J. Fortea, Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética, Salamanca, 1970, R. Corzo Sanchez, "La Segunda Guerra Púnica en la Bética", Habis, 7, 1976, p. 215--216.
  - (15) Cfr: Supra p.203-4 J. Bernier. J. Fortea. Recintos y fortificaciones.. p. 127-129
  - (16) M. Astruc: La necropolis de Villaricos I.N.C.G.E.A. . 25, 1951, p. 168; D.A.Woods: "Carteia....." p.251
  - (17) M. Bendala Galan: La necropolis romana de Carmona, I. Sevilla, -- 1976, p. 37-43. Tito Livio, XXIV, 12, 4; Cfr: R. Contreras "La conquista de Castulo por Publio Cornelio Escipión" Oretania, 10, 1962, p. 125-137.
  - (18) J. P. Brissen. Carthage ou Rome?, Paris, 1973, p. 134.
  - (19) G. Ch. Picard: "Carthage au temps d'Hannibal". Studi, Annibolici, Cortona, 1964 p. 13 y 32. idem, "Le probleme du portrait d'Hannibal", Karthago, XII, 1963, 1964, p. 36-37. Idem. Hannibal, p. 87-88, J. M. Blázquez: "Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos bárquidas en las monedas cartaginesas", Numisma, 26, 1976, p. 45-48.
  - (20) G. Ch. Picard, "Cathage...", p. 16-32,

- (21) A. Beltrán, "Aguñaciones púnicas de Cartagena" III, C. Arq. Sud. E. Cartagena, 1948, p. 235-237, Idem: "Iconografía numismática: retratos de los Bárquidas en las monedas cartaginesas de Plata de Cartagena". B.A.T., 49, 1949, p. 119-122. E. S. G. Robinson: "Punic --- coins of Spain and their bearing on the Roman Republican Series", Essays in Roman coinage presented to Harold Mattingly, Oxford, - 1956, p. 34-45.
- (22) E. S. G. Robinson: "Punic coins...", p. 39, 50 y 52. G. Ch. y C. - Picard, Vie et mort... p. 213.
- (23) G. Ch. Picard, "Carthage...", p. 32-33, Idem, Hannibal, p. 87. J. M. Blázquez, "Consideraciones históricas...", p. 45-48.
- (24) Polibio, II, 13; 36, 2, Tito Livio, XXI, 2, 3.
- (25) P. Lévêque: Le monde hellénistique, París, 1969, p. 53-55, J. De-lorme, Le monde hellénistique, París, 1975, p. 355-358, C. Préaux, Le monde hellénistique, II, París, 1979, p. 181-293.
- (26) J. M. Ramos Loscertales: "La devotio ibérica", A.H.D.E., I, 1924, - p. 7 ss. F. Rodríguez Adrados, "La fides ibérica". Emerita XIV, - 1946, p. 187-193.
- (27) N. G. L. Hammond - G. T. Griffith, A History of Macedonia II, Oxford, 1979, p. 208-209.
- (28) N. G. L. Hammond, A History of Greece to 322 B.C. Oxford, 1973, - p. 570-574, Idem y G. T. Griffith: A History... p. 623-646.
- (29) Diodoro, XXV, 12.
- (30) Tito Livio, XXIV, 41.
- (31) J. M. Blázquez: "Consideraciones históricas...", p. 43
- (32) Cfr: C. R. Whittaker: "The western phoenicians: Colonisation and Assimilation", P. C. Ph. S. 200 (NS, 20), 1974, p. 70.
- (33) Tito Livio, XXI, 2, 3.
- (34) Diodoro, XXV, 12, Polibio, X, 10, 9.
- (35) J. P. Brissson: "Carthage..." p. 137.
- (36) Sabemos por Polibio (I, 78, 8) que Amílcar había prometido en matrimonio una de sus hijas a un príncipe Numida. De la misma manera una nieta de Hanibal desposó por 2 veces con príncipes africanos (Tito Livio, XXIX, 29, 12).
- (37) Sobre el gobierno de los Bárquidas en la Península Ibérica, cfr: - J. M. Blázquez: "Las relaciones entre Hispania y el Norte de África durante el Gobierno y la conquista romana": Saltabi, XI, 1961, p. 33-36.

- (38) La autonomía de los Bárquidas es admitida por la práctica unanimidad de los investigadores, cfr: W. Görlitz, Hannibal, Leipzig, - 1935, p. 24. W. Offman, Hannibal, Göttingen, 1962, *passim*. G. K. - Jenknis: Carthaginian gold and electrum coins, London, 1963, p. - 44. G. Ch y C. Picard: La vie quotidienne a.. p. 207-208, Idem. - "Carthage...", p. 13. S. Moscati: The world of the phoenicians, - London, 1973, p. 289, J. M. Blázquez, "Consideraciones históricas. p. 44. En contra de la idea de que los Bárquidas actuasen de espaldas al Gobierno de Cartago, cfr: J. P. Brisson: Carthage... p. 13 137-138.
- (39) G. Ch y C. Picard, La vie quotidienne... p. 207 y 209, Idem, Vie et mort... p. 211-213 y 217. J. M. Blázquez: "Consideraciones históricas...", p. 43 y 46-47, J. P. Brisson: Carthage... p. 137.
- (40) S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 290-292. A este respecto nuestro conocimiento se ha visto considerablemente acrecentado por la nueva documentación epigráfica que demuestra que en Africa, Cerdeña, Sicilia o Malta las ciudades púnicas tenían las mismas instituciones que Cartago (cfr: M. Szymer: "La 'Assemblée du peuple' dans les cités puniques d'après les témoignages épigraphiques", Semitica, - XXV, 1975, p. 68). lo que nos hace suponer que la Península Ibérica, a pesar de la parquedad de nuestra documentación, no habría - de ser una excepción.
- (41) Tito Livio, XXVIII, 37, 2.
- (42) Tito Livio, XXVIII 30, 4. 37, 2, cfr: S. Gsell H.A.A.N., II, p. 290-291.
- (43) Tito Livio, XXI, 11, 13, Plutarco, Moralia, 249 b.
- (44) A. García y Bellido: La España del siglo primero de nuestra era, - Madrid, 1977, p. 212-214, J. Mangas: "Hispania Romana", Historia de España I (Ed. M. Tuñón de Lara), Barcelona, 1980, p. 302-303.
- (45) Plinio, N.H., III 7 ss, cfr: J. M. Blázquez. La Romanización, II, - Madrid, 1975, p. 53.
- (46) Plinio, N.H., III, 18 ss. cfr: A. García y Bellido: La España..., - p. 238, J. M. Blázquez: La Romanización II, Madrid, 1975, p. 54.
- (47) Estrabón, III, 2, 2.
- (48) Polibio, XXI, 2, Tito Livio XXXVII, 25, 9.
- (49) J. M. Blázquez. La Romanización II, p. 56.
- (50) S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 313.

- (51) Polibio, (III, 13, 5) y Tito Livio, (XXI, 5, 2), hablan de pueblos - sometidos y aliados.
- (52) Apiano, Hannibálica, 2, Zonaras, VIII, 17.
- (53) Fabio Pictor, (Apud Polibio, III, 8, 1-5), Polibio, X, 10, 9.
- (54) Polibio, III, 8, 4-6.
- (55) Tito Livio, XXI, 3, 5; 10, 4.
- (56) Cfr: nota 38.
- (57) Tito Livio, XX, 3.
- (58) Diodoro XXV, 10, 4; Polibio, II, 1, 5; XV, 19, 3, Tito Livio, XXX, 35, 10; 37, 9, Cornelio Nepote, Amílcar, III, 1, cfr: S. Gsell, - H.A.A.N. II, p. 263.
- (59) Tito Livio, XXI, 10, 2-11, 1.
- (60) Polibio, III, 15, cfr: S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 265.
- (61) Dion Casio, (Apud Zonaras, VIII, 22)-
- (62) Polibio III, 20, 9; 21, 8; 33, 1-4, cfr: S. Gsell H.A.A.N. II, p. 265.
- (63) Polibio II, 1, 5. Tal posición es seguida fundamentalmente por S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 263, y III, p. 129; F. Bosch Gimpera: "España Romana", Historia de España II (Ed. R. Menéndez Pidal) Madrid, 1955, p. 5, A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 61, H. H. Scullard, A History of the roman world from 753 to 146 B.C., London, 1951, p. 193, J. P. Brissson: Carthage... p. 132. C. Nicolet: "Les guerres puniques", Rome et la conquete du monde Méditerranéen, Paris, 1972, p. 611-612.
- (64) Polibio, III, 15, 8; 35, 5; 34, 7, Apiano: Ibérica, 10.
- (65) Polibio, III, 33, 5; 34, 7.
- (66) Diodoro, XXV, 12; 15, Polibio, II, 1, 9; III, 13, 4.
- (67) Diodoro, XXV, 15, 16, Polibio, III, 8, 9-11, 21, 33.
- (68) Polibio, III, 34, 7, Tito Livio XXX, 20, 3-4, Zonaras, IX, 2, Cornelio Nepote, Hannibal, 1, 2, cfr: S. Gsell, H.A.A.N. II, p. 261.
- (69) Polibio, III, 8, cfr: H. Sznyce: "Carthage et la civilisation punique", Rome et la conquete du monde méditerranéen, Paris, 1972, - p. 567.
- (70) J. P. Brissson: Carthage... p. 138.
- (71) H. Tarradell, et Varis: Necropolis rura les púnicas en Ibiza, Barcelona, 1975. H. Tarradell -H. Font: Elvissa Cartaginesa, Barcelona, 1975, p. 80-102.

- (72) Tito Livio, XXXIII, 48, 1, Plinio N.H, XVII, 93.
- (73) Tito Livio, XXVI, 47, cfr: J. M. Blázquez, "Las relaciones...", p. 29.
- (74) M. Ponsich, Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir I, París, 1974, p. 277-278.
- (75) M. Ponsich, Implantation... p. 132 y 137-139.
- (76) J. Bonsor: "Les colonies Agricoles Pre-Romaines de la Vallée du Bétis", Revue archéologique XXXV, 1899, p. 322-323 y 386
- (77) M. Bendala Galán, La necrópolis... p. 37-43.
- (78) Cfr: Supra p. 400 y 405
- (79) M. Bendala Galán: La necrópolis... p.39.
- (80) Cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 51-55.
- (81) Cfr: Supra p. 294 ss
- (82) Cfr: Supra p. 296-291
- (83) G. Ch. y C. Picard: La vie quotidienne... p. 83-88. A. García Moreno: "La explotación...", p. 73-76.
- (84) Sobre el esparto de Cartagena, cfr: Estrabón, III, 4, 9, Plinio, - N.H. XIX, 30, A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. - 68 y 81, J. M. Blázquez: "Las relaciones...", p. 28.
- (85) Noticias sobre impuestos tenemos en Polibio (III, 13, 5), y Tito-Livio (XXI, 5, 2). Aunque se refieren a las ciudades de los ocaldes sometidos por Anibal, sabemos que en Africa las poblaciones autóctonas pagaban al Estado púnico un impuesto sobre la producción de sus cosechas (cfr: G. Ch. y C. Picard: La vie quotidienne..., - p. 83 y 123), por lo que no sería extraño que en la Península Ibérica ocurriera algo similar.
- (86) J. Heurgon: "L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et grec", C.R.A.I., 1977, p. 441-456.
- (87) A. Balil: "Indígenas y Colonizadores", Historia Económica y Social de España I, Madrid, 1973, p. 122. A. Blanco, "El aceite en los arbores de la Historia de España", Oretania, 10, 1962, p. 147-148. Por el contrario A. García y Bellido cree que el aceite fue introducido por los griegos (cfr: Fenicios y Cartagineses... p. 81).
- (88) F. Presedo: "Economía ibérica", Historia de España Antigua I (Ed. Cátedra), Madrid, 1980, p. 171, cfr: E. Pla Ballester: "Instrumentos de trabajo ibéricos en la región Valenciana", E.E.A.F.I., Barcelona, 1968, p. 146-151.

- (89) J. M. Blázquez: "Colonización cartaginesa en la Península Ibérica", Historia de España Antigua, (Ed. Cátedra), Madrid, 1980, p. 415.
- (90) Estrabón III, 5, 5, 4, 13, cfr: J. M. Blázquez: La Romanización I, Madrid, 1974, p. 34-43.
- (91) J. M. Blázquez, La Romanización II, p. 127-128.
- (92) J. P. Brisson: Carthage... p. 135.
- (93) E. S. G. Robinson: "Punic coins...", p. 36, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 89.
- (94) Apiano, Ibérica, 5-8, Cornelio Nepote, Amílcar, III, 1, cfr: J. M. Blázquez: Las relaciones... p. 25, idem: "Consideraciones históricas...", p. 43, J. P. Brisson: Carthage... p. 134.
- (95) G. V. Sumner, Roman Policy in Spain before the Second Punic War, U.S.C.Ph., LXXII, 1967, p. 209-215.
- (96) Diodoro, V, 38, 2.
- (97) Plinio, N.H., XXXIII, 96, cfr: J. M. Blázquez: "Fuentes literarias referentes a las explotaciones mineras de la Hispania Romana", VI Congreso Internacional de Minería, León, 1970, p. 2.
- (98) Polibio, XXXIV, 9, 9, cfr: Estrabón III, 2, 10, Tito Livio XXIV, -47.
- (99) G. Ch. Picard: La vie quotidienne... p. 187.
- (100) Polibio, X, 17, 9, 18, 5, cfr: G. Ch. Picard, La vie quotidienne... p. 161 y 125, J. M. Blázquez, "Las relaciones...", p. 26.
- (101) Estrabón, III, 5, 11.
- (102) M. Mainjonet: "Les trésors de Puteaux" (Seine), Revue Numismatique IV, 1962, p. 72.
- (103) cfr: Supra p. 405-406.
- (104) R. Etienne: "A propos du 'harum', sociorum", Latomus, XXIX, 1970, p. 305.
- (105) J. M. Blázquez, "Las relaciones...", p. 24, idem, "El impacto de la conquista de Hispania en Roma", Estudios clásicos, VII, 1962, -p. 6-8. No quiere esto decir que la llegada de Amílcar a la Península Ibérica formara parte de un plan que entreveía una guerra de revancha contra Roma, cfr: J. P. Brisson, Carthage... p. 131-132, F. Decret, Carthage ou l'empire de la mer, París, 1977, p. 178-179.
- (106) Diodoro V, 36-38, Estrabón, III, 2, 11, cfr: J. M. Blázquez "Fuentes literarias referentes a las explotaciones mineras de la Hispania Romana", p. 2.



- nia Romana" VI Congreso Internacional de Minería (Separata), Leó 1970, p. 10-13 y 15-16.
- (107) Estrabón, III, 4, 9, Plinio, N.H., XIX, 26-30.
- (108) Polibio, III, 95, Tito Livio, XXV, 47, Plinio, N.H., XIX, 26.
- (109) Estrabón, III, 1, 7, cfr: J. M. Blázquez: "Las relaciones...", p. 28-29.
- (110) Polibio, X, 7, 6, Tito Livio XXVI, 47.
- (111) Filón, Mechanike sintexis, IV-V c, cfr: J. M. Blázquez, La Romanización II... p. 165-166.
- (112) Polibio, X, 7, 6; 17, 9, cfr: C. Ch. Picard, La vie quotidienne.. p. 101.
- (113) S. Gsell, H.A.A.N., IV, p. 54, G. Ch. Picard, La vie quotidienne.. p. 103-117.
- (114) Polibio, X, 17, 7-10, cfr: Tito Livio XXVI, 47, 1-2. G. Ch. Picard La vie quotidienne... p. 125.
- (115) S. Gsell, H.A.A.N., IV, p. 53, G. Ch. Picard, La vie quotidienne.. p. 101-103.
- (116) M. Ponsich - M. Tarradell, Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale, París, 1965.
- (117) Cfr: A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses, p. 82-85. M. - Tarradell, M. Ponsich, Garum et industrie antique de salaison dans la Méditerranée Occidentale, París, 1965, *passim*.
- (118) R. Etienne: "A propos...", p. 302-305.
- (119) A. García y Bellido, Fenicios y Cartagineses... p. 90.
- (120) A. Vives, La moneda hispánica, Madrid, 1926 p. 1-6, O. Gil Farrés La moneda hispánica en la Edad Antigua, Madrid, 1966, p. 37-40, - A. M. Guadán, Las monedas de plata de Emporion y Rhodé I, Barcelona, 1968, p. 176-184 y 402-403.
- (121) A. M. Guadán: Las monedas de Gades, Barcelona, 1963, p. 55.
- (122) E. S. G. Robinson: "Punic coins...", p. 35, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 83 y 89, J. P. Brissot Carthage... p. 135.
- (123) E. S. G. Robinson: "Punic coins...", p. 37-38, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 89-90.
- (124) cfr: Supra p. 221
- (125) Plauto, Poenulus, cfr: G. Ch. Picard, Hannibal, p. 125-126.
- (126) A. M. Guadán, Las monedas de plata... p. 267-272. G. Trias: Las cerámicas griegas de la Península Ibérica, Valencia, 1967, p. XLV

- (127) C. K. Jenkins: "A Carthaginian copper hoard from the South of France", Numismatic Chronicle, 1957, p. 13-14.
- (128) Información verbal proporcionada por J. M. Blázquez.
- (129) Polibio, III, 17, 7, Tito Livio, XXI, 15, 2, Apiano, Ibérica, 5, - cfr: S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 259, J. M. Blázquez, "Las relaciones...", p. 25.
- (130) G. Ch. Picard, Hannibal, p. 75.
- (131) Estrabón, III, 5, 11.
- (132) Ateneo, V, 206, cfr: A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses... p. 82.
- (133) M. Beltrán Lloris, Cerámica romana, Tipología y Clasificación, - Zaragoza, 1978, p. 51, mapa 2.
- (134) M. Tarradell, "Economía de la colonización fenicia", E.E.A.P.1, - Barcelona, 1968, p. 87-91.
- (135) M. Tarradell, "Economía...", p. 90-91.
- (136) Sobre la asimilación del elemento autóctono por los colonizadores fenicios, cfr: C. R. Whittaker, "The western phoenicians...", p. 67-79.
- (137) M. Bendala Galán, La necrópolis romana... p. 37-43, especialmente p. 39.
- (138) Diodoro, V, 16, 3.
- (139) A. M. Astruc: La necrópolis de Villaricos, p. 65-80.
- (140) Polibio, X, 12, 1-2, E. Durkheim: The division of labor in society. London, 1960. p. 131.
- (141) Polibio, X, 17, 7-10, Tito Livio XXVI, 47, 1-2, cfr: G. Ch. Picard, La vie quotidienne p. 125.
- (142) J. Mangas, Esclavos y libertos con la España Romana, Salamanca, - 1971, p. 39-47. en que habla de la esclavitud prerromana y de los esclavos prisioneros de guerra en época romana. Las fuentes citan en algunas ocasiones convertidos en esclavos por los cartagineses cfr: Tito Livio, XXI, 15.
- (143) Veasé como ejemplo E. Cuadrado: "Tumbas principescas del Cigarra lejo", M.H., 9, 1968, p. 148-186.
- (144) J. Hualquer, "pueblos ibéricos", Historia de España I, 3, (Ed. R. Menéndez Pidal), Madrid, 1954, p. 318-324, A. Arribas, The Iberians. London, s. d, p. 118-119, G. Nicotini, Les iberes, art et civilisation, París, 1973, p. 33, A. Bailly, "Indígenas...", p. 155-156, -

- cfr: G. Ch. Picard, Hannibal, p. 82.
- (145) A. Balil, "Indígenas...", p. 155, F. Presedo, "Organización política y social de los iberos", Historia de España Antigua I, (Ed. Cátedra), Madrid, 1980, p. 183-184.
- (146) J. Maluquer: "Pueblos ibéricos", p. 318-324, A. Arribas, The Iberians, p. 116-117, G. Nicolini, Les ibères... p. 31-32. F. Presedo: "Organización...", p. 185.
- (147) J. M. Ramos Loscertales: "La dêvotio..." passim..., F. Rodríguez-Adrados, "La fides...", passim.
- (148) F. Rodríguez Adrados: "La fides...", p. 189.
- (149) J. Cabré, "Arquitectura hispánica. El sepulcro de Toya", A. E. A. Arq. I, 1925, p. 73-102. A. García y Bellido, "La cámara sepulcral de Toya (Jaén) y sus paralelos mediterráneos". A.M.S.E.A.E.P. 14, 1, 1935, p. 67-82, M. Almagro Gorbea, "Pozo Moro una nueva joya del arte ibérico", Bellas Artes, 73, 28, 1973, p. 11-14, -- idem, "Pozo moro y el origen del arte ibérico", XIII, C.N.Arq. - Zaragoza, 1975, p. 671-686, idem "Informes sobre las excavaciones en Pozo Moro, Chinchilla (Albacete)", N. Arq. II.(Preh), V, 1976, p. 377-384.
- (150) J. Cabré, F. Motos: La necrópolis ibérica de Túti, Galera (Granada), M.J.S.E.A. 25, 1920, G. Nieto Gallo: "La necrópolis hispánica del Cabeceo del Tesoro, Verdolay (Murcia)", B.S.E.A.A. X, 4, - 1943-1944, p. 165-175- W. Schüle, M. Pellicer, "Ein grab aus der iberischen nekropole von Galera (provincia, Granada)", M. M. 4, - 1963, p. 39-50, E. Cuadrado, "Tumbas principescas...", passim. F. Presedo, "La dama de Baza", Trabajos de Prehistoria, 30, 1973, p. 157-185.
- (151) Cfr: Supra. p. 245-246
- (152) R. Domech, "Aspectos económicos de los oretanos", M.H.A., IV, 1978, en prensa.
- (153) Diodoro V, 34, 2, Estrabón, III, 4, 13.
- (154) Estrabón III, 4, 13, Tito Livio XL, 33 y 47, cfr: J. M. Blázquez, La Romanización, I, p. 41.
- (155) J. M. Blázquez, "El legado indoeuropeo en la Hispania Romana", I. Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, Pamplona, 1960, p. 343-345.

- (156) Diodoro, XXXI, 39, Apiano, Ibérica, 50 y 93, Floro, I, 34, 3, cfr: A. Bail, "Indígenas y Colonizaciones", p. 172, J. M. Blázquez: - La Romanización, I, p. 41.
- (157) Tito Livio, XL, 47, cfr: V. Kruta: Los celtas, Madrid, 1977, p. - 187.
- (158) Polibio VII, 48, Tito Livio, XXI, 60, 8, Apiano, Ibérica, 75, -- cfr: J. Bangas, Esclavos y Libertos... p. 40.
- (159) Cfr: Supra p. 450-453
- (160) Cfr: Supra p. 440-450
- (161) A. Ruiz Rodríguez: "Las clases dominantes en la formación social ibérica del sur de la Península Ibérica", H.H.A.J., Oviedo, 1977, p. 149.
- (162) Tito Livio, XXI, 5, 2, cfr: recientemente: G. Camps, Herhères, - Toulouse, 1980, p. 146-151.
- (163) Polibio, X, 18, 5-15, Tito Livio, XXVI, 49, 1. S. Gsell, H.A.A.N., II, p. 313, G. Ch. Picard, Hannibal, p. 92.
- (164) Diodoro, XX, 55, 4, Salustio, Guerra de Yugurta, 78, 4.
- (165) Polibio, VII, 9, 5.



Diversas tradiciones recogidas por las fuentes literarias establecen la probabilidad de que los orígenes de la expansión fenicia hacia Occidente se remontan a finales del siglo XI, comienzos del X a. J.C. La evidencia arqueológica nos hace distinguir entre una primera fase de contactos y navegaciones esporádicas en la que los fenicios comenzaron a seguir las rutas abiertas por la talasocracia aquea, y una segunda, datable a partir del siglo VIII a. J. C., y caracterizada por la aparición de numerosos asentamientos de carácter permanente que constituían la infraestructura necesaria - para el desarrollo de las actividades comerciales, cuyo estudio de mercado se había realizado durante la fase anterior. En aquella, - en la que se contaba ya con la existencia de tres fundaciones de - los tirios, Utica, Gadir y Lixus, que servían de punto de apoyo para las navegaciones occidentales, los puertos de comercio visitados por los fenicios no necesitarían más que la existencia de un lugar neutral en que realizar las transacciones, en un primer momento, y la utilización, en una etapa posterior, de los propios centros indígenas, al igual que los fenicios utilizaban los puertos griegos, según el testimonio de Homero, o mantenían una delegación permanente en Menfis.

Durante esta segunda fase se crea en la Península Ibérica una estructura industrial destinada a mantener e incrementar la demanda de materias primas, elemento de control con el que actúan los fenicios para asegurarse los intercambios comerciales con las poblaciones autóctonas. En este sentido, fué preciso también la - aportación de una serie de conocimientos técnicos, relativos a la extracción de los minerales y los procesos metalúrgicos subsiguientes. La organización de la explotación de estas riquezas quedaba - en manos de las élites sociales dominantes de las comunidades indi

genas, que de esta forma, contaron a partir de entonces con un nuevo instrumento susceptible de proporcionar control político.

Una tercera fase es aquella que se desarrolla de una manera paralela a partir del siglo VII a. J. C., y desvinculada totalmente en su origen de las puras consideraciones comerciales. El súbito aumento demográfico que se documenta en los establecimientos fenicios del Mediterráneo Central y Occidental, y la aparición de nuevos asentamientos como Leptis Magna, Sabratha o Guadalhorce, respondió a la existencia de una corriente migratoria que, desde Oriente, escapaba a la amenaza concretizada en la expansión territorial del Nuevo Imperio Asirio. La llegada de estos nuevos colonos a Occidente, que tendían a reproducir sus anteriores condiciones de vida, significó una expansión territorial documentada arqueológicamente en Cerdeña, y también literariamente en Sicilia, así como el establecimiento de pequeñas comunidades en las tierras interiores de la Península Ibérica, -Cruz del Negro, Setefilla, Medallín- de carácter presumiblemente agrícola. A este respecto, es preciso tener en cuenta que fueron los territorios rurales de Siria y Fenicia los que más sufrieron la presión asiria a partir del reinado de Tiglat-Pilases III, que alcanzó su punto culminante bajo Asarhadón - con la incorporación al imperio en forma de provincias de los territorios de Simyra, Sidón y Tiro. mientras que las ciudades comerciales de la costa como Aradus, Biblos y la propia Tiro, lograron conservar su independencia.

La colonización agrícola parece haber sido, pues, una realidad que no es posible subestimar y de cuyo conocimiento y estudio se pueden obtener importantes perspectivas en relación al contacto entre colonizadores y autóctonos.

En este último punto, planteada la cuestión en términos de un complejo proceso de aculturación, y procediendo a un estudio determinado por el carácter exclusivamente arqueológico de nuestra información, de las pervivencias locales y las novedades estructurales. ya que las novedades formales no son por sí solas en modo -

alguno significativas, se extrae la impresión de la existencia de un fenómeno de asimilación de carácter doble. Las pervivencias fueron lo suficientemente fuertes como para que la asimilación, por parte de las poblaciones indígenas del mediodía peninsular, de determinados elementos culturales propios del mundo colonial fenicio fuera incorporada a su propia originalidad cultural, sin que entrañase una transformación de ésta. Por su parte, las comunidades fenicias del interior en estrecha relación con los autóctonos, asimililaron elementos procedentes del mundo indígena local, resultando de esta mezcla de rasgos de procedencia diversa el fenómeno que entendemos como cultura tartésica. Así, las manifestaciones del lenguaje y los ritos funerarios no abogan en favor de una transformación de las estructuras mentales de los autóctonos, sino de la incorporación de elementos prestados del mundo fenicio a los que se reviste de una propia significación local. En este sentido, los denominados objetos orientalizantes -jarras, marfiles, joyas braserillos, etc., - no se pueden emplear para definir el mundo tartésico, ya que se trata en muchos casos de objetos de prestigio y lujo que sólo definen el status de los grupos sociales dominantes - que actuaron como agentes aculturadores internos. No es, por tanto correcto emplear términos como "semitización" u "orientalizante" - para definir el fenómeno global de esta cultura protohistórica peninsular, de la que tan sólo conocemos algunos de sus aspectos parciales.

Estas élites dominantes indígenas fueron las primeras en beneficiarse de la aparición de la demanda fenicia en sus costas. Aquello significó el desplazamiento del eje de las actividades económicas hacia las nuevas formas destinadas a satisfacer el intercambio con los colonizadores y una potenciación del urbanismo acorde con las nuevas actividades económicas. Las élites dominantes - eran las primeras interesadas en el control de los territorios productores de las riquezas que buscaban los fenicios, a cambio de - las cuales, aquellos les proporcionaban toda una serie de elementos que aumentaban su prestigio y categoría social, al tiempo que



se encargaban de organizar la explotación de éstos.

Todo ello aumentaba su poder político sobre sus propias comunidades e incluso sobre las comunidades vecinas, hasta tal punto, que las más potentes, identificadas con el gran foco tartésico de Huelva, estuvieron en condiciones de imponer su autoridad sobre los grupos rurales del interior. Las disparidades geográficas, económicas, culturales y socio-políticas nos obligan a rechazar la idea de un imperio territorial en favor de la probable existencia de una confederación tartésica, una de cuyas cabezas visibles habría sido Argantonio, como medio de controlar indirectamente, desde una estructura política unificada federativamente, fruto de la unificación de la infraestructura económica tras la aparición de la de manda fenicia, las riquezas de los territorios meridionales de la Península Ibérica.

Mientras tanto, Cartago había sido fundada en el último cuarto del siglo IX a J. C. por un grupo de exiliados procedentes de Tiro. Querellas políticas en el seno de la nobleza y realeza de la antigua ciudad fenicia, seguramente relacionadas con la política exterior de cara al imperio Asirio y Egipto, tuvieron como resultado el establecimiento en las costas de Africa, y cerca de la vieja Utica, de Elisa y sus colonos, al margen totalmente de los planteamientos comerciales de la expansión fenicia. Las propias dificultades de estos fenicios en el nuevo territorio, rodeados de poblaciones indígenas que limitaban la extensión de tierra asequi- ble, y la conciencia de pertenecer a una comunidad propia y diferenciada desde sus orígenes, por las mismas circunstancias especiales de éstos, fueron dos de los factores que más contribuyeron en la formación de la particular personalidad cultural, económica y política de los cartagineses.

" Faltos de tierra en que fundamentar poder y prestigio, la nobleza de Cartago, descendiente de los primeros colonos, se volcó desde muy pronto hacia las actividades comerciales en ultramar como medio que garantizase la posesión de riquezas y el control

político emanado de la importación de una serie de productos necesarios para la actividad económica de la ciudad, cuyo abastecimiento aseguraban mediante la financiación de las empresas comerciales y los acuerdos recíprocos con otros estados, facilitando las mutuas transacciones.

Entre ellos, junto a los metales y otras materias primas los productos agrícolas no eran los menos importantes debido a la falta de tierras de los cartagineses, agravada por la llegada de inmigrantes que escapaban de la amenaza asiria. Dentro de esta trayectoria, el comercio cartaginés se centró, en un primer momento, en Sicilia, a lo que hay que añadir la inexistencia de una hostilidad entre los fenicio-púnicos y los griegos de la isla. En lo que a esto se refiere, contactos estrechos entre los dos grupos étnicos fueron cosa corriente y fructífera, siendo los dos primeros incidentes provocados por aventureros griegos - Pentatlo y Dorio-, sin que éstos encontraran apoyo entre la población helénica de Sicilia, gran parte de la cual mantenía buenas relaciones con los establecimientos fenicios, y sin que podamos atribuir a Cartago una participación importante o exclusiva en estos acontecimientos.

De igual manera, las oscuras campañas de Malco en Cerdeña no pueden ser englobadas en un contexto de enfrentamientos generalizados, una vez que la evidencia arqueológica ha documentado la pervivencia en Alalia, después del 535 a. J.C., de la superposición de diversas corrientes comerciales que sugieren más un "entente" económico que competencias y hostilidades. El acontecimiento narrado por Herodoto se limitó a una operación de limpieza contra los piratas focenses que entorpecían el tráfico en el Tirreno, y que, dicho sea de paso, no encontraron ningún apoyo de los restantes griegos occidentales. La misma evidencia arqueológica señala una vez más la inexistencia de bloques étnicos enfrentados por sus intereses comerciales en el Mediterráneo Central y Occidental.

Si esto es un hecho para la época arcaica, lo mismo puede afirmarse respecto al periodo clásico. Cartago no sustituye a -

la metrópolis en la dirección de las actividades comerciales en Occidente, por la simple razón de que ni Tiro ni cualquier otra ciudad fenicia han desempeñado nunca tal papel en ningún momento de la historia de la expansión fenicia.

El desarrollo y extensión progresivos del horizonte comercial cartaginés está por el contrario, mucho más relacionado con sus propias circunstancias internas. Es de este modo, que la intervención en Sicilia a partir del 480 a. J.C. fué motivada por la necesidad de garantizar la seguridad y el acceso a los puertos de comercio de esta isla, frente al expansionismo desarrollado particularmente por los tiranos de Siracusa, y para ello los cartagineses contaron en no pocas ocasiones con la ayuda de otros griegos igualmente amenazados. Es preciso considerar ahora que la aristocracia cartaginesa obtenía garantías de seguridad, libertad de acceso y facilidades para el intercambio en los puertos de comercio siciliotas mediante vínculos políticos con los poderes griegos, - plasmados en lazos de hospitalidad y matrimonio, todo lo cual fundamentaba los resortes del control político que ejercía la aristocracia sobre sus conciudadanos.

Es en este contexto de comercio administrativo que el desarrollo del poder económico y político de la aristocracia cartaginesa impulsó las actividades comerciales hacia Occidente, donde estos púnicos disponían de algunos establecimientos, como Ibiza, Almuñecar (Sexi), Villaricos (Baria) y "Jardín," de cara a inaugurar - su propio círculo comercial en la Península Ibérica.

Pero se trataba únicamente de establecer una demanda con el fin de obtener los minerales del Sudeste peninsular, sin que nada nos permita hablar de una conquista cartaginesa de estos territorios. Por todo ello, la desaparición de Tartessos, entendida ahora como el desmoronamiento de la estructura política desarrollada a partir del impacto de la presencia fenicia en el plano socio-político de las poblaciones indígenas, está vinculada con una serie de circunstancias ajenas a la presencia cartaginesa.

La desviación de la demanda del estaño atlántico, producida tras la fundación de Massalia, significó el desabastecimiento de este metal para los fenicios de Gadir que lo empleaban como importante elemento de intercambio en sus relaciones comerciales con los tartesios. Como consecuencia se produjo una grave distorsión - de éstas, lo que significó una crisis económica para los fenicios, patente en el abandono de las relaciones con las costas atlánticas de Marruecos y en el *hiatus* observado en algunos establecimientos peninsulares. Para Tartessos significó la fragmentación de la estructura política, al verse privadas las élites sociales dominantes de los anteriores medios sobre los que basaban buena parte de su poder político y el control que ejercían sobre los territorios productores de la riqueza que comercializaban con los colonizadores.

Finalmente, la demanda del estaño atlántico fué reorientada tras la expedición de Himilcón pero el control de su tráfico quedó de nuevo en manos de los fenicios de Gadir, quienes habrían de conservarlo hasta época romana, obteniendo a cambio los cartagineses una serie de facilidades económicas en la adquisición de parte del mineral, y convirtiéndose Gadir en el intermediario de la política mediterránea de Cartago en el Extremo Occidente. La consecuencia fué esta vez grave para Massalia que sufrió una aguda crisis económica durante el siglo V a. J.C.

Pero, a parte de esta competitividad económica relativa a la obtención del estaño atlántico, con la que quizá haya que relacionar algunas oscuras noticias de enfrentamientos navales entre cartagineses y massaliotas, las relaciones de griegos y púnicos en Occidente no parecen ahora haberse caracterizado tampoco por la hostilidad.

El panorama arqueológico de Ampurias e Ibiza es bastante concluyente a este respecto. La misma evidencia arqueológica y literaria desmiente toda concepción de monopolios de mercado y política de bloqueos. Por el contrario, podemos documentar la superpo-

sición en una misma área de distintas corrientes comerciales, como es el caso de las costas levantino-catalanas y del Golfo de León.

La idea del cierre de los mercados occidentales para los comerciantes helénicos no puede tampoco sustentarse en los dos primeros tratados concluidos entre Cartago y Roma. A parte de que en ninguno de ellos se restringe la navegación hacia Occidente, sino hacia las Sirtes, como interpretaba el propio Polibio, no es posible mantener sin más evidencia que Roma hablase en nombre de Massalia. Las diferencias son substanciales entre los dos tratados, destacándose un mayor control en el segundo de ellos, lo que una vez más obedece a la transformación de las propias circunstancias internas de Cartago.

Es en efecto durante el siglo V a. J.C. que los cartagineses acometen con éxito una expansión en profundidad por su hinterland africano. La posesión de tierras se convirtió a partir de entonces en un nuevo elemento de riqueza y de poder político, al tiempo que la transformación socio-económica fué afectando progresivamente a todos los niveles de la superestructura ideológica. En el plano político interno ésto se tradujo en una mayor estabilidad del sistema oligárquico, mientras que las relaciones internacionales se vieron afectadas por una paulatina presión hacia los aliados que terminó por entrañar una mayor dependencia de éstos respecto de Cartago, y un control total de los territorios africanos, en los que se prohíbe todo tipo de presencia, ya que se consideraba susceptible de soliviantar el ánimo de las poblaciones sometidas, como ejemplos históricos posteriores vinieron a demostrar. Esto mismo ocurre también en Cerdeña, granero de emergencia de Cartago, a la vez que se prohíbe a los romanos ejercer la piratería, comerciar y colonizar más allá de Mastia Tarseion.

No debe interpretarse esto, sin embargo, como prueba de la existencia de un cerrado monopolio comercial cartaginés sobre los mercados del Sudeste peninsular, sino como un desarrollo de

los mecanismos de control indirecto. De nuevo la evidencia arqueológica y el propio viaje de Pitheas vienen a sugerirnoslo .

Lo que es evidente no obstante, es que existía un control en lo que se refiere a las relaciones comerciales y el acceso a determinados puertos de comercio, que venía determinado por las propias condiciones del tráfico marítimo en la Antigüedad. Su propia condición de potencia marítima habría de brindarle a Cartago los elementos para ejercer tal control, ya que le permitía firmar tratados con otros estados mediterráneos en plano, cuando menos, de igualdad, mediante los cuales definía las relaciones internacionales de sus aliados y de los pueblos con los que traficaba, en beneficio propio. Estos tratados se convertían así en un elemento de control indirecto sobre los puertos de comercio aliados, los cuales habían permitido a Cartago representar sus intereses externos a cambio de la ayuda prestada en situaciones de peligro y de las garantías de seguridad y de acceso en los puertos de comercio controlados directamente por los cartagineses, el más importante de los cuales era, evidentemente, la propia Cartago. Este control se extendía, así mismo, sobre aquellos otros emplazados en los territorios de las poblaciones indígenas, las cuales no poseían la capacidad política necesaria para imponer por su propia iniciativa la orientación de sus relaciones externas en el entramado diplomático internacional.

Tales son los rasgos fundamentales del imperialismo cartaginés, al que una tradición literaria, estrechamente vinculada con los ambientes de la tiranía siracusana y las doctrinas panhelenísticas, ha atribuido una voluntad de conquista y hegemonía sobre los griegos occidentales que no resiste un análisis crítico.

De esta manera el establecimiento del círculo comercial cartaginés en la Península Ibérica, al igual que ocurre en otras áreas, no supone ni una conquista territorial, ni un cierre de estos mercados a las actividades de los griegos, ni una merma de la autonomía de los establecimientos fenicios que, como Gadir, la con

servaron incluso durante el periodo Bárquida. De igual modo, las actividades económicas de fenicios y cartagineses en Occidente, en general y en la Península Ibérica en particular, se desarrollaron de un modo independiente, aún cuando con las lógicas interconexiones.

Durante el periodo helenístico, en que Cartago conservó su propia originalidad cultural de raíces orientales adoptando algunos elementos propios del mundo griego, sin que por ello resultara helenizada, las relaciones económicas parecen haber sido intensas con el imperio hégida en torno a un probable comercio de la plata peninsular. Pero la actividad comercial de Cartago habría de verse yugulada por la pérdida de los elementos de control que la posibilitaban.

La Primera Guerra Púnica, provocada por los elementos procampanos de la nobleza romana, significó, junto a la pérdida de Sicilia y Cerdeña, el fin de la hegemonía marítima cartaginesa, y con ello el derrumbamiento de todo el edificio sobre el que había descansado el comercio administrativo de Cartago en Occidente.

Las consecuencias eran graves tanto en el plano económico como en el político. El mantenimiento de la economía cartaginesa había necesitado de la importación de una serie de materias primas que ya no era posible conseguir por los simples procedimientos comerciales anteriores. Y buena parte de la producción de las industrias cartaginesas estaba destinada a satisfacer las demandas creadas de cara a los mercados exteriores. Ante tal situación, sólo cabían dos posibles alternativas: convertir a Cartago en una potencia africana basada en la explotación de los recursos locales, o sustituir los antiguos elementos de control indirecto por un control directo de los territorios cuyas materias primas se necesitaban. La primera implicaba a la larga una dependencia económica externa respecto de aquellos que controlaran ahora la obtención de dichas materias primas, y por tanto una pérdida de la autonomía política exterior. La segunda, la posibilidad de devolver a Cartago su condición de potencia mediterránea, capaz de tratar de nuevo en

plano de igualdad con las otras potencias internacionales y de orientar sus relaciones externas según su propia conveniencia.

Estas dos alternativas contaban con partidarios y detractores en Cartago. La facción encabezada por Hanón II el Grande, que había impuesto el fin de la guerra con Roma cuando todavía no estaba todo perdido para los cartagineses, representaba la política africana. La tradición mediterránea era recogida por Amílcar Barca y sus partidarios, que sin renunciar a los intereses de Cartago en Africa, pretendían consolidar el antiguo sistema económico y político frente a las transformaciones propuestas por Hanón y sus seguidores.

El prestigio adquirido por este hombre conservador a raíz de su intervención militar en Sicilia y durante la Guerra de los Mercenarios, junto con el apoyo otorgado por el ejército, los sectores conservadores de la aristocracia, y las capas populares vinculadas a las actividades económicas en ultramar, posibilitaron el triunfo de la alternativa mediterránea que representaba, compartida también por una amplia mayoría del Senado de Cartago.

Los antiguos métodos de control indirecto que habían garantizado mediante las relaciones comerciales el abastecimiento de las materias primas producidas en la Península Ibérica fueron sustituidos ahora por la conquista de sus territorios.

El interés de Amílcar se centró en una primera etapa en el acceso a las explotaciones mineras del Suoroeste, con el fin de garantizar la autonomía económica de sus empresas en la Península, irigiendo posteriormente su atención hacia los distritos mineros de la Alta Andalucía.

La tarea de organizar la administración de las tierras conquistadas, del todo imprescindible si se quería garantizar la solidez de la dominación cartaginesa en ellas, correspondió a su hermano Asdrúbal. Este, imitando el ejemplo de Filipo y Alejandro, y echazando las características de las monarquías Lágida y Seléucida, sentó las bases del Estado Federal Ibero-Púnico, aprovechando



para ello las propias instituciones indígenas y vinculándose mediante los lazos de matrimonio y hospitalidad con las élites dominantes autóctonas. Esta estructura político-administrativa de corte federativo situaba en su cúspide la figura del Bárquida en una doble - vertiente: de máxima autoridad del Estado Ibero-Púnico reconocida - por la Asamblea de los pueblos ibéricos, y de representante del Gobierno de Cartago. A la vez reconocía la autonomía política interna de los pueblos indígenas cuyos gobernantes representaban el eslabón intermedio que conectaba con la administración colonial púnica.

Las propias características de esta empresa Bárquida en - la Península Ibérica requerían de una gran autonomía de iniciativa. Pero, en contra de una tradición literaria que mantiene que los Bárquidas actuaron de espaldas al Senado de Cartago, lo cierto es que éste apoyó en todo momento la actuación de sus generales, que por su parte antes de tomar resoluciones importantes solicitaban instrucciones de la metrópolis. Y parece claro que tal tradición no pretende de otra cosa que descargar sobre los Bárquidas la entera responsabilidad en el estallido de la Segunda Guerra Púnica, a fin de justificar la intervención romana y sus propias responsabilidades.

Como en todo estado de corte colonial, en la España Bárquida podemos diferenciar entre la sociedad de los dominadores y la de los colonizados. La interconexión de ambas produce la sociedad - colonial, en la que se da una doble jerarquización que atiende tanto a los principios étnicos como a la capacidad personal y la riqueza de los individuos.

Hay, por lo demás, algunos elementos de juicio que permiten distinguir en este conjunto colonial entre las poblaciones aliadas y las sometidas, y sus correspondientes prerrogativas de cara a la administración cartaginesa, aún cuando en el plano de la jurisdicción civil, esta parece haber sido común a unos y otros.

En el campo de las actividades económicas la etapa Bárquida significó la transformación en un mercantilismo de estado de las anteriores relaciones comerciales de mercado simple, con la aplica

ción de determinados monopolios sobre productos claves, orientado a potenciar la autonomía económica y a conseguir un superavit en la - balanza externa. Con ello, se hacía frente a las necesidades locales y al relanzamiento económico de Cartago.

Pero la aplicación del nuevo imperialismo cartaginés de - dominación directa en la Península Ibérica no implicaba la monopolización de los mercados y de las relaciones comerciales externas. Por consiguiente, hay que establecer una separación entre el comercio de Estado implantado por los Bárquidas y un tráfico comercial - independiente de éste. Ambas formas coexistían complementándose. La evidencia de nuestra documentación sugiere que los fenicios de Gadir, y probablemente los de otros establecimientos peninsulares, con serveron su propia iniciativa en las relaciones económicas externas lo cual implica también una autonomía económica interna que se añade a la autonomía política de que disfrutaron, así como el acceso a los mercados locales de comerciantes helénicos e itálicos.

El nuevo conflicto que estalló entre Cartago y Roma habría de poner fin a la empresa Bárquida en la Península. En el 226 a. J. C. la facción imperialista mediterránea de la nobleza romana dirigida por los Escipiones, que propugnaban una agresiva política ultramarina, apoyados por los negotiatores itálicos y griegos, frente a la cual Cartago representaba una barrera que era preciso eliminar, provocó la primera intervención romana frente a las actividades cartaginesas en la Península Ibérica, cuyo resultado fué la firma del - tratado del Ebro. Al poco tiempo, Sagunto, situada al sur de este río, y por tanto dentro del área sometida a la autoridad cartaginesa, había entrado en relaciones con Roma, cuyo carácter no está - bien establecido, al tiempo que se vinculaba económicamente al círculo comercial romano-massaliota.

En principio nada de esto hizo despertar los recelos de Aníbal. Pero cuando los saguntinos atacaron a un pueblo vecino aliado de los púnicos y, ante la inminencia de una represalia por parte de éstos, una embajada romana conjuró al Bárquida a respetar a los

aliados de Roma, las sospechas de lo que la facción imperialista de aquella tramaba, cundieron en el ánimo del cartaginés. La experiencia había demostrado las trágicas consecuencias de la política defensiva ejercida antaño por Cartago. Era preciso, pues, tomar la iniciativa atacando Sagunto para desbaratar los planes de los intervencionistas romanos. En este punto, Anibal consideraba ya la guerra inevitable a medio plazo, lo que no quiere decir que la deseara.

Durante el sitio de Sagunto, la inactividad de Roma muestra a las claras que la facción imperialista no había conseguido imponer aún sus posiciones. La caída de la ciudad ibérica provocó en Roma un amplio movimiento de opinión que favoreció la postura de los intervencionistas. Aún así, se llegó en el Senado a una solución de compromiso y una embajada partió hacia Cartago para intentar las últimas negociaciones. Pero la facción imperialista consiguió imponer unas reivindicaciones que en modo alguno podían ser aceptadas por las máximas autoridades cartaginesas. Las negociaciones fracasaron y el conflicto estalló bajo la única responsabilidad de Roma. Los planes ofensivos desarrollados por ésta al inicio de la contienda vienen a demostrar que las sospechas no habían estado infundadas, en el ánimo de Anibal.

Durante todos estos siglos de presencia cartaginesa en la protohistoria peninsular, el impacto sobre las poblaciones locales puede resumirse en una eclosión de las culturas ibéricas del Sureste y Levante. En este punto, junto a la existencia de factores internos como aquellos que posibilitaron el desarrollo agrícola, la demanda comercial cartaginesa actuó como estimulante económico al tiempo que influía en la evolución socio-política, consolidando y aumentando las bases de poder de los grupos sociales dominantes autóctonos, tal y como la anterior demanda fenicia había actuado sobre Tartessos. La etapa de dominación Bárquida no transformó sustancialmente ninguna de estas circunstancias, aportando nue-

vos elementos que, como la introducción de la economía monetaria, tendieron a completar el cuadro económico de las poblaciones ibéricas. Aún así, ningún proceso sensible y generalizado de aculturación parece haberse producido al margen de la asimilación de de terminados elementos culturales por parte de los autóctonos, y a excepción de la incorporación de algunos de éstos a los establecimi mientos coloniales, y ello fué debido al carácter estrictamente comercial de las relaciones durante la primera etapa, y a la efíme mera duración de la presencia Bárquida en la Península.

SIGLAS

A.A.:	Achäologischer Anzeiger
A.Af.:	Antiquités Africaines
A.C.:	L'Antiquité Classique
A.C.S.M.G.:	Atti del I convegno di Studi sulla Magna Grecia
A.E.Arq.:	Archivo Español de Arqueología.
A.H.D.E.:	Anuario de Historia del Derecho Español
A.I.E.G.:	Actas del Instituto de Estudios
A.I.I.N.:	Annali delle Instituto Italiano di Numismática
A.J.:	Antiquaries Journal
A.J.A.:	American Journal of Archaeology
A.J.Ph.:	American Journal of Philology
A.M.S.E.A.E.P.:	Actas y Memoria de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria
A.N.R.W.:	Aufstieg und Niederkang der römischen Welt. Festschrift J. Vogt
A.P.L.:	Archivo de Prehistoria Levantina
A.R.I.A.:	Annual Report of the Institute of Archaeology
B.A.C.:	Bulletin Archéologique du Comité de Travaux Scientifiques et Historiques
B.A.M.:	Bulletin d'Archéologie Marocain
B.A.S.O.R.:	Bulletin of American School of Oriental Research
B.C.H.:	Bulletin de Correspondance Hellénique
B.I.E.G.:	Boletín del Instituto de Estudios ses
B.P.H.:	Biblioteca Praehistórica Hispana
B.R.S.G.:	Boletín de la Real Sociedad Geográfica
B.S.E.A.A.:	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid
C.A.N.:	Congreso Arqueológico Nacional
C.A.S.E.:	Congreso Arqueológico del Sudeste Español
C.P.Arq.:	Cuadernos de Prehistoria y de Arqueología

C.R.A.I.:	Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres
E.Arq.E.:	Excavaciones Arqueológicas en España
E.E.A.P.I.:	Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica. Barcelona 1968
H.S.C.Ph.:	Harvard Studies in Classical Philology
I.M.C.G.E.A.:	Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.
J.A.:	Journal Asiatique
J.H.S.:	Journal of Hellenic Studies
J.R.S.:	Journal of Roman Studies
M.E.F.R.A.:	Mélanges d'Archéologie et d'Histoire. Ecole française de Rome.
M.H.A.:	Memorias de Historia Antigua
M.J.S.E.A.:	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
M.F.:	Madridser Forschungen
M.M.:	Madridser Mitteilungen
M.U.S.J.:	Mélanges de L'Université Saint-Joseph de Beyruth
N.Arq.H.:	Noticiario Arqueológico Hispano
N.S.A.:	Atti della Accademia Nazionale dei Lincei Notizie degli Scavi di Antichità
P.A.C.A.:	Proceedings of African Classical Association
P.B.S.R.:	Papers of The British School at Rome
P.C.Ph.S.:	Proceedings of the Cambridge Philological Society
P.L.Arq.V.:	Papeles del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia
P.P.:	Parola del Passato
R.A.:	Revue Archeologique
R.Af.:	Revue Africaine
R.A.A.L.D.A.N.:	Rendiconti della Accademia di Archeologia Lettere e Belle Arti - Naples
R.A.D.M.:	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos
R.A.N.:	Revue Archeologique de Narbonne
R.B.Ph.H.:	Revue Belge de Philologie et d'Histoire.

R.E.A.:	Revue des Etudes Anciennes
R.E.L.:	Revue des Etudes Latines
R.H.:	Revue Historique
Rh.M.:	Rheinisches Museum für Philologie
R.P.A.R.A.:	Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia
R.Ph.:	Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire ancienne
R.S.F.:	Rivista di Studi Fenici
R.S.L.:	Rivista di Studi Liguri
R.S.O.:	Rivista degli Studi Orientali
R.U.C.:	Revista de la Universidad Complutense
S.C.I.E.C.M.O.:	Segundo Congreso Internacional de Estudios de las Culturas del Mediterráneo Occidental. Barcelona-Alger, 1978
S.N.R.:	Revue Suisse de Numismatique
T.A.W.:	The Ancient World
T.C.A.A.S.:	Transactions of The Connecticut Academy of Arts and Sciences

BIBLIOGRAFIA

- ABAD CASAL, L: "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen - de la cultura ibérica" A.E.Arq. 52, 1979
- ACQUARO, E: I rasoi punici, Roma 1971
- "Tharros à la lumière des nouvelles recherches" S.C.I. E.C.M.O., Alger, 1978
- ALBERTINI, A: Les divisions administratives de l'Espagne romain. Paris, 1923
- ALBRIGHT, W.F: "New Light on the Early History of Phoenician Colonisation" B.A.S.O.R., 83, 1941
- "The Eastern Mediterranean about 1060" Studies presented D.M. Robinson. I, St. Louis, 1951
- "The Role of the Canaanites in the History of Civilization" Studies W.F. Albright, London, 1961
- ALMAGRO, M: "El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa" Ampurias, II, - 1940
- Las necrópolis de Ampurias, Barcelona, 1953-1954
- Las fíbulas de codo de la Ría de Huelva, Madrid, 1957.
- "Los thymateria llamados candelabros de lebrija" Trabajos de Prehistoria, 13, 1964
- "Los primeros escudos españoles ¿eran orientales o nórdicos?" S.E.I., I, Madrid 1965
- "Las estelas decoradas del Suroeste peninsular" B.P.H. VIII, 1966
- Excavaciones arqueológicas en Ibiza, (E.Arq.E., 56.) - 1967
- "Depósito de bronce de la Ría de Huelva" Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid 1974
- "Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica" Miscelánea Arqueológica, I, Barcelona, 1974
- "Las raíces del arte ibérico" P.L.A.U.V., 11, 1975
- ALMAGRO, M - ARRIBAS, A: "El urbanismo peninsular del Bronce primitivo" Zephyrus, X, 1959
- El poblado y la necrópolis megalítica de Los Millares, Madrid, 1963.
- ALMAGRO GORREA, M: "Las necrópolis de Las Madriqueras" B.P.H. X, 1969.



- ALMAGRO GORBEA, M: "La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura", N.Arg.H., 16, - 1971
- "Pozo Moro: una nueva joya del arte ibérico", - Bellas Artes, 73, 1973
- "Dos thymiateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica", Miscelánea Arqueológica, 1, 1974.
- "Pozo Moro: y el origen del arte ibérico" C.A.N. XIII, 1975
- "La epigrafía orientalizante en Extremadura", - Homenaje a García y Bellido I, Madrid, 1976
- "Informe sobre las excavaciones en Pozo Moro. - Chinchilla (Albacete)" N.Arg.H. (Preh. V) 1976.
- El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura. Madrid, 1977.
- ALQUIER, J. y P: "Tombeaux Phéniciens à Djidjelli", R.A., XXXI, - 1930.
- ALVAR, J: La navegación preromana en la Península Ibérica. Colonizadores e indígenas. (Tesis Doctoral), Madrid, 1980
- AMIET, P: "Les intailles de la collection Chavannes à Tunis", Cahiers de Byrsa, VIII, 1958
- ANTON, F: "La ciudad de Tartessos-Tarsis. La isla de Saltés en Huelva y el imperio ibero-turdetano", B.R.S.G., LXXVII, 1941
- ANTON FERRANDIZ, M-BARRAS DE ARAGON, F.: "Craneo y restos procedentes de la necrópolis púnica del Cerro de S. Lorenzo en Melilla" A.M.S.E.A. E.P., IX, 1930
- ANZIANI, O: "Necropoles puniques du Sahel tunisien" M.E.R.A., 32 1912
- Les necropoles puniques de Carthage. Paris, 1915
- ARANEGUI, C: "La cerámica gris monócroma. Puntualizaciones sobre su estudio" P.L.Arg.V., 2, 1975
- ARCE, J.J.: "La epístola 37 de S. Jerónimo y el problema de Tartessos igual a Tarshis bíblica". Latomus, XXXIII, 1974
- ARRIBAS, A: The Iberians, London, 1966.
- " - "Nuevos hallazgos fenicios en la costa andaluza mediterránea". Zéphyrus, XVIII, 1967.
- "La Andalucía oriental y el problema de Tartessos" V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969

- ARRIBAS, A: Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina" Monachil (Granada) E.Arq.E., 81, 1974
- ARRIBAS, A - ARTEAGA, O: El yacimiento fenicio de la desembocadura del Río Guadalquivir (Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 2, 1975)
- ARRIBAS, A - WILKINS, J: "La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana-Málaga)" Pyrenae, 5, 1969
- ARTEAGA, O: "Problemática general de la iberización en Andalucía - Oriental y en el Sudeste de la Península" Simposi Internacional, Els Orígens del món Ibèric. (Ampúries) 38-40, 1976-1978
- ARTEAGA, O-PADRO, J-SANMARTI, E: "El factor fenici a les costes catalanes i al Golf de Lio" II Col·loqui Internacional d'Arqueologia - de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978.
- ARTEAGA, O-SERNA M.R: "Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura" C.A.N., - XII, 1973
- "Die Ausgrabungen von Los Saladares (Provincia Alicante)" M.M., 15, 1974
- "Los Saladares -71". N.Arq.H. (Arqueología) 3, 1975.
- "Influjo fenicio en la región del Bajo Segura" C.A.N., XIII, 1975.
- ASTIN, A. E: "Saguntum and the Origins of the Second Punic War", Latomus, XXVI, 1967
- ASTRUC, M: "Nouvelles fouilles à Djidjelli" R.Af., XXX, 1937
- La necrópolis de Villaricos. E.Arq.E., Madrid, 1951
- "Supplément aux fouilles de Gouraya" Libyca, II, 1954.
- "Traditions funéraires de Carthage" Cahiers de Byrsa, - VI, 1956
- "Exotisme et localisme". A.P.L., VI, 1957
- "Empreintes et reliefs de terre cuite" M.E.F.R.A., 1959
- "Echanges entre Carthage et L'Espagne" R.E.A., 64, 1962
- AUBET, M.E: Los depósitos votivos púnicos de la Isla Plana (Ibiza) y Rithys (Cerdeña) Studia Archaeologica 3, Santiago de Compostela, 1969
- "Los hallazgos púnicos de Osuna" Pyrenae, 7, 1971
- "Materiales púnico-tartessos de la necrópolis de Setefilla en la colección Bonaor" B.S.E.A.A., XXXIX, 1973

- AUBET, M.E.: "Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla-Málaga)" Pyrenae, 10, 1974
- "Terracotas púnicas del Puig des Molins (Ibiza)" - A.E.Arq., 48, 1975
- La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla, Barcelona, 1975
- La cerámica púnica de Setefilla (Studia Archaeologica 42) 1976
- "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona-Sevilla)" Simposi Internacional. Els Orígens del Mon Iberic (Ampurias), 38, 40, 1976-1978
- AUBET, M.E.-LINDEMANN, G. Mass-SCHUBART, H: "Chorreras". Eine Phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo Mündung" M.M., 16, 1975
- AUSEJO, S. de: "El problema de Tartessos" Sefarad, II, 1942
- AUTRAN, C: Les Pheniciens, Paris, 1920
- AYMARD, A: "Les deux premiers traités entre Rome et Carthage" R.E.A., 59, 1957
- BACIGALUPO PAREO, E: "I supremi magistrati a Cartagine" Contributi di Storia Antica in Onore di Albino Garzetti, Gênes, 1976
- BADIAN, E.: Foreign Clientelae, Oxford, 1958
- "Notes on Roman Policy in Illyria", P.B.S.R., XX, 1952
- "Two Polybian Treaties" Miscellanea di Studi Classici in Onore di E. Manni, I, Roma (s.d.)
- Roman Imperialism in the Late Republic, New York, 1971
- BALIL, A.: "Un estudio sobre el "garum", A.E.Arq., 26, 1953
- "Los hallazgos monetarios y la influencia púnica en el Levante español", Caesaraugusta, VII-VIII, 1957
- "Indígenas y colonizadores", Historia Económica y Social de España, I, Madrid 1973
- BANDINELLI, R: Leptis Magna, Rome, 1963
- BAQUES ESTAPE, L: "Escarabeos egipcios de Ibiza", Ampurias, XXXVI, 1974.
- BARADEZ, J: "Nouvelles recherches sur les ports antiques de Carthage", Karthago, IX, 1958
- BARAMKI, D: Phoenicia and the Phoenicians, Beyrouth, 1961
- BARNETT, R.D.: "Early Greek and Oriental Ivories" J.H.S., LVIII, 1948

- BARRECA, F: La civiltà di Cartagine, Cagliari, 1964
- "Nuove iscrizioni fenici da Sulcis", Oriens Antiquus, IV 1965
  - Monte Sirai III (Studi Semitici, 20), 1966
  - "Lo scavo del tempio", Ricerche Puniche all'Antas, Roma 1969
  - "Ricerche puniche in Sardegna", Ricerche Puniche nel Mediterraneo Centrale, Roma, 1970
  - "Sardegna", L'Espansione fenicia nel Mediterraneo Roma, 1971
  - La Sardegna fenicia e punica, Sassari, 1974
  - "La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1976
- BARRECA, F.-PESCE, G: Mostra della civiltà punica in Sardegna, Cagliari, 1959
- BASTIDE, R: Anthropologie appliquee, Paris, 1971
- BAYERRI, E: "En busca de la solución del problema de Tartessos" B.R.S.G.; LXXVII, 1941
- BEAUMONT, R.L: "The Date of the first Treaty between Rome and Carthage", J.R.S., XXXIX, 1939
- BEER, J.D: Hannibal. The Struggle for Power in the Mediterranean, London, 1969
- BELEN, M: "Estudios y tipología de las cerámicas griegas en la provincia de Huelva". R.A.B.M., 79,2, 1976
- BELEN, M - FERNANDEZ MIRANDA, M.-GARRIDO, J.P: "Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y la Esperanza" (Huelva Arqueológica, III), 1977
- BELOCH, J: "Die Phoeniker in aegischem Meer", Rh.M., 49, 1894
- "Die Könige von Karthago", Klio, VII, 1907
  - Griechische Geschichte, Berlin, 1923
  - Römische Geschichte zum Beginn der Punischen Krieg, Berlin, 1926
- BELTRAN, A: "La conquista de Cartagena por Escipión", A.M.S.E.A.E.P 21, 1946
- "Acoñaciones púnicas de Cartagena", C.A.S.E., III, 1948
  - "Iconografía numismática: Retratos de los Bárkidas en las Monedas cartaginesas de plata de Cartagena", B.A.I. 49, 1949.

- BELTRAN, A: "De arqueología púnica", A.E.Arg., 24, 1952
- "El plano arqueológico de Cartagena", A.E.Arg., 25, 1952
  - "Acerca de las colonizaciones orientales en España", A.E.Arg. 25, 1952
  - "El alfabeto monetar llamado libio-fenicio", Numisma, 4, 1954
  - "Monedas hispánicas con rótulos púnicos", Numisma, 27, 1977
- BELTRAN LLORIS, M: Cerámica romana: Tipología y clasificación, Zaragoza, 1978
- BERNABOU, M: La résistance africaine à la romanisation, Paris, 1975
- BEDALA GALAN, M: La necrópolis romana de Carmona, Sevilla, 1976
- "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos", Habis, 8, 1977
  - "Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos", A.E.Arg. 52, 1979
- BEN DOR, I: "Phoenicians in Spain and Excavations at Rio Tinto", - A.J.A., 71, 1967
- BENOIT, F: "Relations commerciales entre le monde ibero-punique et le midi de la Gaule de l'époque archaïque à l'époque romaine", R.E.A. LXIII, 1961
- "Les fouilles d'Aleria et l'expansion hellénique en Occident", C.R.A.I., 1961
  - "La compétition commerciale des phéniciens et des hellènes. Ambiance ionienne au Royaume de Tartessos", R.S.L. 30, 1964
  - "Les courants de civilisation en Méditerranée occidentale à l'époque preromaine" R.S.L., 30, 1964
  - Recherches sur l'hellénisation du midi de la Gaule, - Aix-en-Provence, 1965
- BERARD, V.: Les Phéniciens et L'Odyssée, Paris, 1927
- BERCHEM, D. van: "Secteurs d'Hercule-Melgart; contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée", Syria, 44, 1967
- BERNABO BREA, L: "Leggende e Archeologia nella protostoria siciliana", Kokalos, X-XI, 1964.
- BERNIER, J -FORTEA, J: Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética, Salamanca, 1970
- BERTHIER, A.- CHALIER, R: Le Sanctuaire punique. Des Stèles d'El Hofra à Constantine, Paris, 1955

- BICKERMANN, E: "Sur les origines de la deuxième Guerre Punique", R.Ph., X, 1936.
- "An Oath of Hannibal", I.A.P.A., LXXV, 1944
- "Hannibal's Covenant" A.J.Ph., LXXIII, I, 1952
- BISI, A.M: "L'irradiazione semitica in Sicilia in base e i dati ceramici dei centri fenici-punici dell'isola", Kokalos, XIII, 1967.
- Le Stale Puniche, (Studi Semitici, 27), 1967
- "I Pettini d'avorio di Cartagine", Africa, 2, 1968
- "I dischi fittili punici. Sardi e Siciliani", Sefarad, 28, 1968
- La ceramica punica, Nápoles, 1970
- "Nunve prospettive sulla Spagna fenicio-punica", Zephyrus, XXI-XXII, 1970-1971
- "Le terracote figurate di tipo greco-punico di Ibiza", I II y III. R.S.F. I, 1973, II, 1974 y VI, 1978
- BLANCE, B: "Early Bronze age Colonist in Iberia", Antiquity, 35, 1961
- "The Argaric Bronze Age in Iberia", Revista de Guimaraes 74, 1964
- BLANCO, A: "Los marfiles de Carmona", A.E.Arq., 20 1947
- "Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península", A.E.Arq., 29, 1956
- "Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén", B.I.E.G., 22 1959
- "Orientalia II", A.E.Arq., 33, 1960
- "El aceite en los arbores de la Historia de España", Oretania, 10, 1962
- "El problema de Tartessos", Actas del II Congreso de Estudios Clásicos, 1964
- "La colonización de la Península Ibérica en el primer milenio antes de Cristo", Las Raíces de España. Madrid, 1967
- BLANCO, A - KUKAHN, E: "El tesoro del Carambolo", A.E.Arq., 32, 1959.
- BLANCO, A - LUZON, J.M: "Mineros antiguos españoles", A.E.Arq., 39, 1968.
- "Pre-Roman Silver Miners at Rio Tinto", Antiquity, 43, 1969.

- BLANCO, A. - LUZON, J. M.: "Antigüedades de Rio Tinto", Zéphyrus, XIII, 1962
- BLANCO, A. - LUZON, J.M. - RUIZ MATA, D: "Panorama tartésico de Andalucía Occidental", V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, (Rio Tinto, Huelva) (Anales de la Universidad Hispalense, 4 1970)
- BLANCO, C: "El tesoro del Cortijo de "Evora", A.E.Arq., 32, 1959
- "Nuevas piezas fenicias del Museo Arqueológico de Cádiz" A.E.Arq., 43, 1970
- BLAZQUEZ, J. M: "El Herakleion gaditano, un templo semita en Occidente", Actas I Congreso Arqueológico del Marruecos Español, Tetuan, 1953
- "Estatua fenicia de Iruña, Alava" Zéphyrus, VII, 1956
- "La economía ganadera de la España Antigua a la luz de la fuentes literarias griegas y romanas", Emerita, 25, 1957
- "El legado indoeuropeo en la España romana", I Symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1960
- "Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno Bérquida y la conquista Romana", Saitabi, XI, 1961
- "El impacto de la conquista de Hispania en Roma", Estudios Clásicos, VII, 1962
- "Las alianzas de la Península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana", R.I.D.A., XIX, 1967
- "Las explotaciones mineras de Hispania causa de la conquista romana", Raíces de España, Madrid, 1967.
- "Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto", E.E.A.P.I., Barcelona, 1968
- "Relaciones entre Hispania y Africa desde los tiempos de Alejandro Magno hasta la llegada de los árabes", Die Araber in Der Alten Welt, V, 2, (F.Altheim y R. Stienl) Berlin, 1969.
- "Relaciones entre Hispania y los semitas (sirios, Fenicios, Chipriotas, Cartagineses y Judios). en la Antigüedad" Beiträge zur Alten Geschichte und Deren Nachleben, Berlin, 1969

- BLAZQUEZ, J. M.: "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos", V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969.
- "Fuentes literarias referentes a las explotaciones mineras de la Hispania romana", VI Congreso Internacional de Minería, 1970
- "Economía del mundo hel-enístico en Polibio", Estudios sobre el Mundo Helenístico (Anales de la Universidad Hispalense) Sevilla, 1971
- La Romanización, 2 vols. Madrid. 1974-1975
- "Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía", P.L.Arq.V, 11. 1975
- "Aspectos económicos y demográficos de la colonización fenicia", XV International Congress of Historical Sciences. St. Francisco, 1975
- Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente, Salamanca, 1975
- "Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos Bárquidas en las monedas cartaginesas", Numisma, 26, 1976
- Imagen y Mito, Madrid. 1977
- "Últimas aportaciones al problema de los orígenes de la colonización fenicia en Occidente", S.C.I.E. C.M.O., Barcelona, 1978
- BLAZQUEZ, J.M. - LUZON, J.M.: "La factoría púnica de Aljaraque, en la provincia de Huelva", N.Arq.H., XIII-XIV, 1971
- BLAZQUEZ, J.M.-LUZON, J.M.-GOMEZ F.-CLAUSSE, K: Huelva arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva 1978.
- BLAZQUEZ, J.M.-REMESAL, J: "Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo", C.A.N., XIII, 1975
- BLOMQUIST, J: The date and origin of the Greek Version of Hanno's Periplus, London, 1979
- BOARDMAN, J: The Greeks Overseas, London . 1964
- BOITANI-VISENTINI, F: "Comunicazione sui risultati delle primete campagne di scavo (1969-1970) effettuate nell'area dell'antica Gravisca", Simposio de Colonizaciones, Barcelona 1976
- BONSOR, J: "Les colonies Agricoles pre-romaines de la Vellá du He tis", R.A., XXV, 1899.
- Early Engraved Ivories, New York. 1928



- BONSOR G.- THOUVENOT, R., Necropole iberique de Setefilla, Paris, 1928
- BOSCH GIMPERA, P., "I rapporti fra le civiltà mediterranee nella fine della Età del Bronzo", Convegno Archeologico Sardo, Reggio nell'Emilia, 1929
- "Problemas de la colonización fenicia", Revista de Occidente, IX, 1928
  - Etnologia de la Península Ibérica. Barcelona, 1932.
  - El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España, Mexico, 1944
  - "Una guerra fra Cartaginesi e Greci in Spagna: la ignorata battaglia d'Artemision", R.F.C., XXVIII, 1950
  - "Problemas de la Historia fenicia en el Extremo Occidente", Zéphyrus, III 1952
  - "Los dos Ebro de Carcopino", Homenaje a Elias - Serra Rafols, I, Tenerife, 1970
  - "Les Pheniciens: leurs prédecesseurs et les étapes de leur colonisation en Occidente", C.R.A.I. 1972.
  - "Precedentes y etapas de los fenicios en Occidente", Anales de Antropología V, 1973
- BOUCHER-COLOZIER. Et "Ceramique archaïque d'importation au Musée Lavigerie de Carthage", Cahiers de Byrsa, III 1953
- "Les étrusques de Carthage", M.E.F.R.A., 45, 1953.
- BREGLIA, L: "Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete e pesi", R.A.A.L.B.A.N., XXX. 1955
- BRISSON, J.P: Carthage ou Rome?, Paris, 1973
- BROUGHTON, T.R.S.: The Magistrates of the Roman Republic, New York, 1951
- BRUVEL, J.: "Une tradition milérien et la légende marseillaise de Catumandas", B.S.H.A.N.G., I, 1933-1934
- BUCHNER, G: Origine e passato della Isola d'Ischia, Napoli, 1948
- BUNGARD, J.A.: "Why did the Art of Writing Spread to the West? Reflexions on the alphabet of Marsilliana", A.R.I.D., III, 1965
- BUNNENS, G: L'expansion pheniciénne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur un analyse des traditions littéraires, Bruxelles-Rome, 1979

- CABRE, J - MOTOS, F: La necrópolis ibérica de Tutuqi, Galera (Granada) (M.J.S.E.A. 29) 1920
- CALDERONE, S: "Livio e il secondo trattato romano-punico di Polibio" Miscellanea di Studi Classici in Onore di E. Manni, II, Roma (s/d.)
- CAMPS, G: "Aux origines de la Bérénice-Massinisa ou les débuts de l'Histoire" Libyca, XIII, 1960
- "Les numides et la civilisation punique" A.Af., 14, 1979
- Berberes, Toulouse, 1980
- CARCOPINO, J: Le Marco antique, Paris, 1948
- "Le traité d'Hannibal et la responsabilité de la Seconde Guerre Punique", R.E.A., LV, 1953
- Les étapes de l'impérialisme romain, Paris, 1961
- "Grandeur et faiblesse d'Hannibal", Profils de Conquérants, Paris, 1961
- CARDOZO, M: "Os caminhos do mar: fatores primordiais da civilização ibérica", Revista de Guimarães, 76, 1966
- CARPENTER, R: "The Phoenicians in the West", A.J.A., 62, 1958
- CARRIAZO, J.M.: Las joyas y excavaciones del Carambolo (Archivo - Hispalense, XXX) 1959
- El mensaje de Tartessos, (Anuario de la Universidad Hispalense XXI) 1960
- "El Cerro del Carambolo", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo (E.Arq. E., 60) 1970
- Tartessos y el Carambolo, Madrid, 1963
- CARTER, T.H: "Western Phoenicians at Lepcis Magna", A.J.A., 69, 1965
- CARTON, L.: "Documents pour servir à l'étude des Ports et de l'enclavement punique de Carthage", Revue Tunisienne, 1911-1912
- Un sanctuaire punique découvert à Carthage, Paris, 1929
- CARUZ, A: "La localización de la ciudad de Tartessos". V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- CASARIEGO, J.E.: El Periplo de Hannón de Cartago, Madrid, 1947
- Los grandes periplos de la Antigüedad, Madrid, 1949
- CASSOLA, F.: I gruppi politici romani nel III sec. a. C., Roma, 1960
- CAVALEIRO, A.M.: "O recente adrado de três escravados na necrópole de Senhor dos Martires em Alcacer do Sal."

Actas del II Congreso Nacional de Arqueología,  
Coimbra, 1971

CAVEN, B.: The Punic Wars, London, 1980

CECCHIN, S.: "Les steles du tophet de Sulcis", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978.

CERDAN, C - LEISNER, G.V.: "Sepúlcros megalíticos de Huelva", Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1974

CIASCA, A.: Mozia IV, Roma, 1970

- "Mozia (Sicilia)" AfO, XXIV, 1973

- "Scavi alle mura di Mozia", R.S.F., VII.2, 1979

CINTAS, P.: Ammulettes Puniques, Tunis, 1946

- "Fouilles puniques à Tipasa", R.Af., 92, 1948

- Céramique punique, Paris, 1950

- "Deux campagnes de fouilles à Utique", Karthago II, 1951

- "Une ville punique au Cap Bon", C.R.A.I., 1953

- "Céramique rouge brillante de l'ouest méditerranéen et de l'Atlantique", C.R.A.I., 1953

- Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc, Paris, 1954

- "Nouvelles recherches à Utique", Karthago, V, 1954

- "La céramique de Motye et le problème de la date de la fondation de Carthage", B.A.C., 1966

- "Laurentianus, LXIX, 22 ou la torture d'un texte", Mélanges Piquetot, III, Paris, 1966

- "Tarsis, Tartessos, Gades" Semítica, 16, 1966

- "Les carthaginois dans leur cité" Archeologie Vivante, 1, 2, 1968

- "Le signe de Tanit. Interpretation d'un symbole" Archeologie Vivante, 1, 2, 1968

- Manuel d'archéologie punique, 2 vols. Paris, 1970 -76

CLAVEL -LEVEQUE, M.: "Das Griechische Marseille. Entwicklungstufen und Dynamik einer Handelsmacht", Hellenische Poleis, II (Ed. E. Cb. Welkopf) Berlin, 1974.

" CLEMENTE MARTIN, J.: El Corte F del Cerro Macareno, La Rinconada (Sevilla) (C.P.Arq. 3.) 1976

COLOMINES ROCA, J.: Les terracuites d'Évissa, Barcelona, 1938

-COMPERNOLLE R.Van: "Le clause territoriale du traité de 306-5 conclu entre Agathocles de Syracuse et Carthage"

R.B.Ph.H., 32, 1954

COMPERNOLLE, R. Van.: Étude de Chronologie et d'historiographie siciliotes, Bruxelles-Rome, 1959

CONTENAU, G.: La civilisation phénicienne, Paris 1949

CONTRERAS, R.: "La conquista de Cástulo por Publio Cornelio Escipión" Oretania, 10, 1962

CORZO SANCHEZ, R.: "La Segunda Guerra Púnica en la Bética", Habis, 7, 1976

CUADRADO, E.: Excavaciones en el Santuario ibérico del Cigarralejo, (I.M.C.G.E.A. 21) 1950

- "Los recipientes rituales metálicos llamados "braserillos púnicos", A.E.Arq., 29, 1956

- "Braserillos metálicos del Mundo Ibérico", C.A.N., IV, 1957

- "El momento actual de las cerámicas de barniz rojo", C.A.N., V, 1959

- "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica", Trabajos de Prehistoria, VII, 1963

- "Repertorio de los recipientes rituales con "asas de manos" de la Península Ibérica", Trabajos de Prehistoria, 21, 1966

- "Tumbas principescas del Cigarralejo", M.M., 9, 1968

- "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico", V, Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969

- "Penetración de las influencias colonizadoras griegas-phenicias en el interior peninsular", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1974

CULICAN, W.: "Aspects of Phoenician Settlements in the West Mediterranean", Abr. Nahrain, I, 1961

- "Quelques aperçus sur les ateliers phéniciens", Syria, 45, 1968

- "Almuñécar, Assur and Phoenician penetration on the Western Mediterranean", Levant, 2, 1970

- "A phoenician bronze from Spain", A.E.Arq., 44, 1971

CHABOT, A.: "Sur un epigraphie imprimée en relief au dos de Brô-le-Parfums en Terra cuita découvert par M. Siret près de Villaricos", B.A.C., 1933

CHELBI, F.: "Decouverte d'un habitat punique sur la flanc sud-est de la Colline de Byrsa", C.E.D.A.C. Carthage, 3, 1980

DEBERGH, J.: "La port punique de Carthage sur une intaille du Musée du Bardo", Latomus, XXXIC, 1975

- DEBERGH, J.: "Intaille de Carthage figurant un port", Latomus, XXXVI 1977
- DECRET, F.: Carthage ou l'empire de la mer, Paris, 1977
- DE HOZ, J.: "Un grafito griego de Toscanos y la exportación de aceite ateniense en el siglo VII", M.M., 11, 1970
- "Notas sobre las fuentes para la Historia Antigua de Hispania," Habis 2, 1971
- "La epigrafía pre-latina meridional en Hispania", Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Pre-romanas de la Península Ibérica, Salamanca, 1976
- "Escritura de influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península", A.E.Arq., 52, 1979
- DEL AMO, M.: "Enterramientos en cista de la provincia de Huelva" Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1974
- DELATTRE, A.L.: Necropole punique de la Colline de St. Louis, Lyon 1896
- "La necropole punique voisine de la Colline de Sainte Monique, le troisième mois des fouilles", (Extrait de Cosmos) 1899
- Les tombeaux puniques de Carthage, Lyon, 1890
- Une favissa à Carthage, Tunis, 1923
- DELORME, J.: Le Monde hellénistique, Paris, 1975
- DEMARGNE, P.: "La céramique punique", R.A., XXXVIII, 1951
- DENEAUVE, J.: Lampes de Carthage, Paris, 1969
- DE SANCTIS, G.: Storia de i romani, Torino, 1916
- DESANGES, J.: "Etude et importance du Byzacium", Cahiers de Tunisie 1963
- "Remarques critiques sur l'hypothèse d'une importation de l'or africain dans le monde phénico-punique", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978
- Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique, Roma, 1978
- "L'Afrique romaine et libico-berbere", Roma et la conquête d'un monde méditerranéen, Paris, 1978
- DE VAUX, R.: "La Phénicie et les peuples de la Mer", M.U.S.J. XLV, 1969
- " DIAZ, F.: "Dos nuevas inscripciones púnicas hispanas", Sefarad, 25 1965.
- DION, R.: "Le problème des Cassiterides", Latomus, XI 1952

- DION, R.: "Tartessos. L'Océan homérique et les travaux d'Hercule", R.H., 224, 1960
- DI VITTA, S.: "Influences Grecques et tradition orientale dans - l'art punique de Tripolitainz", M.E.F.R.A., 80, 1968
- DOREY, T.A.: "Contributory Causes of the Second Macedonian War", A.J.Ph., LXXX, 1959  
 - "The Treaty with Saguntum", Humanitas, XI-XII. (NS 8 y 9), 1959-60
- DOREY, T.A. - DUOLEY, D.R.: Rome against Carthage, London, 1971
- ORIOTON, E. - VANDIER, F.: Historia de Egipto, Buenos Aires, 1977
- DUNBABIN, T.S.: The Western Greeks, Oxford, 1948  
 - "Rock tomb at Cahjm Gajjet, near Rabbat, Malta", P.B.S.R., XXI, 1953
- DURKHEIM, E.: The Division of Labor in Society, London, 1960
- DUSSAUD, R.: "Le rôle des phéniciens dans la Méditerranée primitive", Scientia, XIII, 1913  
 - Les origines cananéennes du sacrifice chez les is- raelites et les phéniciens, Paris, 1914  
 - "La notion d'âme chez les Israélites et les Phéniciens" Syria, 16, 1953
- DUPPRONT, A.: "De l'acculturation", XII Congrès International du Sciences Historiques, vol. I, 1965
- DUVAL, G.: "Mise au jour de l'enceinte de Carthage punique", C.R. A.I., 1950
- ERRINGTON, R.M.: "Rome and Spain Before the Second Punic War", Latomus, XXIX, 1970
- ESTEVE GUERRERO, M.: "Asta Regia, una ciudad tartésica", V. Sympo- sium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- ETIENNE, R.: "A propos du 'qarum sociorum'", Latomus, XXIX, 1970
- EVANS, J.D.: "Two Phases of Prehistoric Settlement in the Western Mediterranean", A.R.I.A., 13, 1955
- FALSONE, G.: "Il simbolo di Tanit a Mozia" R.S.F., VI, 2, 1970
- FANTAR, M.: "Pavimenta punica" et signe de Tanit dans les habita- tions de Kerkouane", Studi Maqinebiri I, 1966  
 - "Le cavalier marin de Kerkouane", Africa, I, 1966  
 - "Recherches puniques en Tunisie", Ricerche Puniche nel Mediterraneo Centrale Roma, 1970  
 - Eschatologie phénicienne punique, Tunis, 1970

- FANTAR, M.: "Presence punique au Cap Bon", Kokalos, XVIII-XIX, 1972-1973
- Carthage, la prestigieuse cité d'Elissa", Tunis, 1973
- Le Dieu de la Mer chez les phéniciennes et les puniques, Roma, 1977
- FANTAR, M - PICARD, G.Ch.: "Steles puniques de Carthage", R.S.F., III, 1, 1975
- FERNANDEZ MIRANDA, M.: "Cabezo del Castillo de San Pedro y problemas del poblamiento de la actual ciudad de Huelva durante el 1º milenio", Huelva: Prehistoria y Antigüedad, Madrid, 1975
- "Avances sobre los trabajos realizados en el Cabezo del Castillo de San Pedro, de Huelva" C.A.N., XIII, 1975
- FERNANDEZ MIRANDA, M - CABALLERO ZOREDA, L.: Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería) (E.Arq.E. 85) 1975
- FERNANDEZ NIETO, J.: "Los griegos en España", Historia de España Antigua. Protohistoria (Ed. Catedra) Madrid, 1980
- FERRON, J.: "Le caractere solaire du Dieu de Carthage", Africa, I, 1966
- "Apropos de la civilisation phenicienne d'Occident", Latomus, XXIX, 1970
- "Las inscripciones votivas de la plaqueta de Es Cuyram", Trabajos de Prehistoria, 26, 1969
- "La inscripción cartaginesa de una urna de Almuñecar", Trabajos de Prehistoria, 27, 1970
- "Un traité d'alliance entre Caere et Carthage contemporain des derniers temps de la royauté étrusque à Rome ou l'événement commémoré par la quasi-bilingue de Pyrgi" A.N.R.W., I, 1, 1972
- FERRON, J. - PINARD, M.: "Fouilles de Byrsa: 1953-1954", Cahiers de Byrsa, V, 1955
- FEVRIER, J. G.: "Un sacrifice d'enfant chez les numides", Mélanges I. Lévy, Paris, 1955
- "Paralipomena punica", Cahiers de Byrsa, VI, 1956
- "A propos du serment d'Hannibal", Cahiers de Byrsa, VI, 1956
- "La borne de Micipsa", Cahiers de Byrsa, VII, 1957
- "Remarques sur le Grand Tarif dit de Marseille", Cahiers de Byrsa, VII, 1958-1959

- FEVRIER, J.C.: "Essai de reconstitution du sacrifice molk", J.A.  
CCXLVIII, 1960
- "L'inscription punique de Pyrgi", C.R.A.I., 1965
- FIGUERAS, F.: "Griegos y púnicos en el Sureste de España", C.A.S.E.  
III, 1947
- "Esquema de la necrópolis cartaginesa de Alicante",  
A.P.L., III, 1952
- "Los cartagineses en el iberismo del Sudeste", C.A.N.  
II, 1952
- Acra-Leuca. La ciudad de Amílcar, Alicante, 1956
- La necrópolis ibero-púnica de la Albufereta de Ali-  
cante, Valencia, 1956
- FINLEY, M.I.: Ancient Sicily, London, 1968
- Ancient Economy, London 1973
- The World of Odysseus, London, 1977
- "Empire in the Graeco-Roman World", Review, II 1978
- FONTANA, M. J.: "Fortuna di Timoleonte-Rassegna delle fonti lette-  
rarie", Kokalos, IV, 1959
- FORRER, E.O.: "Karthago wurde erst, 663-673 v. Chr. Gegrundet",  
Festschrift Franz Dörseiff, Leipzig, 1953
- FORTEA, J - BERNIER, J.: Recintos y fortificaciones ibéricos en la  
Bética. (Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueo-  
logía de la Universidad de Salamanca, 2) 1970
- FOUCHER, L.: Hadrumantum, Tunis, 1964
- FRANK, T.: Roman Imperialism, New York, 1929
- FRANKENSTEIN, S.: "The Phoenicians in the Far West; a Function of  
Neo-Assyrian Imperialism", Power and Propaganda.  
A Symposium on Ancient Empires (Mesopotamia.) 7  
1979.
- FREZDOULS, E.: "Une nouvelle hypothèse sur la fondation de Cartha-  
ge", B.O.H. LXXIX, 1955
- "Hieron Carthage et Rome: Polybe o Philinos",  
Miscellanea di Studi Classici in Onore di E. Manni,  
III, Roma, (s/d)
- FREYER-SCHAUENBURG, R.: "Kokalos und die Westphönizischen Elfenbei-  
ne", M.M. 7, 1966
- Elfenbeine aus dem Samischen Heraion, Ham-  
burg, 1966
- GARBINI, G.: "L'espansione fenicia nel Mediterraneo", Cultura e  
Scuola VII 1963



- GARBINI G.: "Le Stele", Mozia-I, Roma, 1964
- "Scavi nel santuario etrusco di Pyrgi", A.C., XVI, 1964
  - "I fenici in Occidente", Studi Etruschi, XXXIV, 1966
  - I fenici Storia e Religione, Napoli, 1980
- GARCIA IGLESIAS, L.: "La Beturia, un problema geográfico de la España Antigua", A.E.Arg. 44, 1971
- "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico", A.E.Arg., 52, 1979
- GARCIA MORENO, L.: "La explotación del agro africano por Cartago y la Guerra Líbera", M.H.A., II, 1978
- "Justino 44, 4 y la Historia interna de Tartessos", A.E.Arg. 54 1979
- GARCIA Y BELLIDO, A.: "La cámara sepulcral de Toya (Jaén) y sus paralelos mediterráneos", A.M.S.E.A.E.P. 14, 1 1935.
- "Fenicios y cartagineses en España", Sefarad 2, 1942
  - Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid 1942
  - España Graeca, Barcelona, 1948
  - "Expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo", A.E.Arg. 27 1954
  - "Españoles en el Norte de Africa durante la Edad Antigua", Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español, Tetuán, 1955
  - "Materiales de arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce", A.E.Arg. 29, 1956
  - "Inventarios de Jarros púnico-tartésicos", A.E.Arg. 33, 1960
  - Protohistoria: Tartessos, Colonización púnica, Historia de España I (R. Menéndez Pidal) Madrid, 1960
  - "Deidades semitas en la España antigua", Sefarad, 24, 1964
  - "Hercules gaditanus", A.E.Arg. 37, 1964
  - "Nuevos jarros de bronce tartésicos", A.E.Arg. 37 1964
  - "Los bronce tartésicos" V. Symposium de Pre historia Peninsular, Barcelona, 1969

- GARCIA Y BELLIDO, A.: "El Tartesio Chalkos y las relaciones del Sudeste con el Noroeste de la Península en la época tartésica" VI Congreso Internacional de Minería, León 1970
- "Algunas novedades sobre la arqueología púnico-tartésica" A.E.Arq. 43, 1970
- GARCIA SANCHEZ, M.: -SPAHNI, J.C.: "Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe, (Granada)" A.P.L. 8, 1959
- GARDEN, V.: War in the Ancient World: A Social History. London, 1975
- GARELLI P. -NIKIPROWETZKY, V.: El próximo Oriente asiático. Los Imperios mesopotámicos. Israel, Barcelona 1977
- GARRIDO, J.P.: "La tumba orientalizante de "La Joya" Huelva", Trabajos de Prehistoria, 11, 1962-1963
- Excavaciones en Huelva. El Cabezo de la Esperanza (E.Arq.E. 63.) 1968
- Excavaciones en la necrópolis de "la Joya" (Huelva) (E.Arq.E. 71) 1971
- "Las nuevas campañas de excavaciones arqueológicas en la necrópolis de "La Joya" en Huelva", C.A.N. XII, 1973
- "Poblados de la Edad del Bronce y otros elementos culturales", Huelva: Prehistoria y Antiquedad, Madrid, 1974
- Excavaciones en la necrópolis de "La Joya" Huelva II (E.Arq.E. 96) 1978
- "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel", A.E.Arq. 52, 1979
- GARRIDO, J.P. - ORTA, E.M.: Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva (E.Arq.E. 91) 1978
- GAUCKLER, P.: Nécropoles puniques à Carthage, Paris, 1915
- GAUTHIER, Ph.: "Grecs et phéniciens en Sicile Pendant le période archaïque", R.H., 1960
- "Le parallèle Himère-Salamina", R.E.A. LXVIII, 1966
- "L'Ebre et Sagonte: Défense de Polybe", R.Ph. 1968
- Symbola, Nancy 1972
- GENIERE, J. de la: "Saggi sull'Acropoli di Selinunte. Relazione preliminare", Kokalos, XXI, 1975
- GERMAIN, A.: "Qu'est ce que le périple d'Hannon?", Hesperis, LXIV 1957

- GIANNELLI, G.: Roma nell'età delle Guerre Puniche, Bologna, 1938  
 - La Repubblica romana, Milano, 1955
- GIL FARRÉS, A.: La moneda hispánica en la Edad Antigua, Madrid, 1966
- GLOTZ, G. - COHEN, R.: Histoire Grecque, Paris, 1931
- GOBERT, E.G.: - CINTAS, P.: "Les tombes puniques de Jbel Miezza", Revue tunisienne, 38-40, 1939
- GONZALEZ PRATS, A.: "Nota preliminar sobre el yacimiento proto-ibérico de Crevillente, provincia de Alicante", G.A.N. XIV, 1975  
 - "El tesorillo de tipo orientalizante de Crevillente", Simposi Internacional. Els Orígens del món iberic (Ampurias 38-40) 1976-1978
- GÖRLITZ, W.: Hannibal, Leipzig, 1939
- GOSSE, G.: "Las minas y el arte minero de España en la antigüedad", Ampurias IV, 1965
- GRAND AYMERICH, J.J.M. y E. - SAADE, W.: "Cerca Niebla-El Vado, 1972", N.Arq. H. (Am.3) 1975
- GRASS, M.: "A propos de la bataille d'Alalia", Latomus, XXXI, 1972  
 - "Les importations du VI siècle avant J.C. à Tharros (Sardhigne). Musée Cagliari et Antiquarium Arborense d'Oristano", M.E.F.R.A., 86, 1974
- GRASSO, F.: "Ermocrate di Siracusa", Kokalos, XII, 1966
- GRIFFITH, G.T.: The Mercenaries of the Hellenistic World, Cambridge, 1935
- GROAG, E.: Hanibal als Politiker, Wien, 1929
- GSELL, S.: Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord, vols. 1-4, Paris, 1913-1920
- GUADAN, A.M.: Las monedas de Gades, Barcelona, 1963  
 - Las monedas de plata de Emporion y Rhode, Barcelona, 1968
- GUADAN, A.M. - VILLARONGA, L.: "Las corrientes económicas del Nordeste hispánico a la luz de las fuentes numismáticas" I Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica (P.L.Arq.V,V) 1968
- GUIDO, M.: Sardinia, London, 1963
- GUSI JENER, F. - SANMARTI-GRECO, E.: "Asentamientos indígenas pre-ibéricos con materiales fenicio-púnicos en el área costera del Baix Maestrat (Provincia de Castellón de la Plana)", Simposi Internacional. Els Orígens del món iberic (Ampurias 38-40) 1976-78

- GUZZO AMADISI. M.G.: Le iscrizioni fenici e Puniche delle Colonie in Occidente, Rome 1967  
 -"Catálogo delle terracotta", Moza V. Roma, 1969
- HANDS A.R.: "The Consolidation of Carthaginian Power in the Fifth Century", Africa in Classical Antiquity (C. Thompson. -I. Ferguson) Ibadan 1969
- HAHN, I.: "Die Hellenisierung Karthajahr hundert", Hellenische Po- leis, II Berlin. 1974
- HAMMOND, N.G.L.: A History of Greece to 322 B.C., Oxford, 1973
- HAMMOND, N.G.L. - GRIFFITH, G.T.: A History of Macedonia II, Oxford. 1979
- HARDEN, D.: "The Pottery from the Praecinct of Tanit at Salammo, Carthage", Iraq, 4 Londres, 1937  
 -"The Phoenicians on the West Coast of Africa", Antiqui- ty, 22, 1948  
 -The Phoenicians, London 1962
- HARRIS, M.: Caníbales y Reyes. Los orígenes de las culturas, Barce lona. 1978
- HARRIS, W.V.: War and Imperialisms in Republican Rome 327-70 B.C., Oxford, 1979
- HAWKES, C.: "Las relaciones en el Bronce Final entre la Península Ibérica y las Islas Británicas", Ampurias XII, 1952  
 -"Las relaciones atlánticas del Mundo tartésico", V. Sym- posium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- HEICHELHEIM, F.M.: "New Evidence on the Ebro Treaty", Historia, 3 1955
- HERNANDEZ, F.: "Excavaciones en el Castro de las Villasviejas del Tamuja, Botija (Cáceres)", C.A.N. XI, 1970
- HEURGON, J.: Recherches sur l'Histoire la religion et la civili- sation de Capue Preromaine, Paris, 1942  
 -"Les inscriptions de Pyrgi et l'alliance etrusco-puni que autour 500 av. J.C.", C.R.A.I., 1965  
 -"The inscriptions of Pyrgi", J.R.S. LVI, 1966  
 -"La Carthage primitive en Méditerranée Occidentale" Archeologie Vivante, I, 2, 1968  
 -Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las Guerras Púnicas, Barcelona 1976  
 -"L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en Latin et en Grec" C.R.A.I., 1977

- HEURST. H.: "Excavations à Carthage 1974. First Interim Report", A.J. 59 1975
- HEUSS, H.: "Der Erste Punische Krieg und das Problem des Römischen Imperialismus", Historische Zeitschrift, 169, 1949
- HILL, G.: "Notes on the Ancient Coinage of Hispania Citerior", Nuismatic Notes and Monographs, 50 1931
- HITTI, P.K.: History of Syria, London 1951
- HOFFMANN, W.: "Die Römische Kriegserklärung an Karthago in Jahre 218", Rh.M. 95. 1951  
-Hannibal, Göttingen, 1962
- HOLLEAUX, M.: Rome, La Grèce et les Monarchies hellénistiques au III siècle, Paris, 1921
- HOURS-MIEDAN, M.: "Les représentations figurées les steles de Carthage", Cahiers de Byrsa, I, 1951  
-Carthage, Paris, 1959
- HUBAC, P.: Carthage, Paris, 1946
- HUBNER, H.: "Objetos del comercio fenicio encontrados en Andalucía", R.A.B.M. 1900
- HUMPHREYS, S.C.: Anthropology and the Greeks, London, 1978
- ISSERLIN, B.: "Preliminary note on Archeological Trial Excavations Undertaken in Málaga (1974-1975)", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978  
-"Motya 1955" P.B.S.R. XXVI, 1958
- JEHASSE, J.: "Les nouvelles données archéologiques d'Aleria et la persistance des courantes commerciales grecs en mer Tyrrhénienne aux V. et IV siècles av.J.C.", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1974  
-"La nécropole pré-romaine d'Aleria", XXXV Supplement à Gallia Paris 1973
- JEHASSE, J.: -BOUCHER, J.P.: "Les Fouilles d'Aleria", Etudes Corées XXII, 1959
- JENKINS, G.K.: Carthaginian Gold and Electrum Coins, London, 1963  
-"Coins of Punic Sicily I", S.N.R., 1971,  
-"Coins of Punic Sicily II", S.N.R., 1974
- JODIN, A.: Mogador. Comptoir phénicien du Maroc Atlantique, Rabat, 1966  
-"L'archéologie phénicienne au Mogador", Hesperia, VII 1966  
-"Les grecs d'Asie et l'exploration du littoral marocain" Homenaje a García y Bellido, II (R.U.C. XXV) 1976

- JULY, J.J.: "Le marché du métal en Méditerranée occidentale au premier âge du fer: semites et étrusques", Opuscula Romana VI, 1968
- "Céramiques anglo-armoricaines et céramiques puniques voi maritime punique de l'étain", C.A.N. X, 1969
- "La Monédière. Factorie du commerce étrusco punique et grec au VI siècle avant J.C.", Archeologia 48, 1972
- "Koine commerciale et culturelle phénico-punique et ibéro-languedocienne en méditerranée occidentale à l'âge du fer", A.E.Arg. 48, 1975
- "Rapprochements avec Motya (Nécropole) et Carthage (tophet): céramiques", Simposi Internacional. Els Orígens del món iberic (Ampurias 38-40) 1976-1978
- KARAGEORGIS, V.: "Les fouilles de Kitlion en 1968" C.R.A.I. 1969
- KATZENSTEIN, H.J.: The History of Tyre, Jerusalem, 1973
- KORNEMANN, E.: Römische Geschichte I. Die Zeit der Republik, Stuttgart, 1934
- KRAHMALDOV, G.: "A Carthaginian Report of the Battle of Agrigento 406 B.C. Cis I 5510. 9-11", R.S.F. II 2, 1974
- "Notes on the role of the Sphrtim in Carthage", R.S.F. IV, 2, 1976
- KRAMER, F.R.: "Massilian Diplomacy before the Second Punic War", A.J.Ph. 69, 1948
- KUKHAN, E.: "El sarcófago sidonio de Cádiz", A.E.Arg. 30, 1951
- "Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos", Caesaraugusta, 19, 20, 1962
- "Unas relaciones especiales entre el arte oriental - griego y el Occidente", Simposio de Colonizaciones, Barcelona, 1974
- KUKHAN, E. - BLANCO, A.: "El tesoro del carambolo", A.E.Arg. 32, 1959.
- LAFUENTE VIDAL, J.: Excavaciones en la Albufereta de Alicante (M.J.S.E.A. 126) 1934
- "Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los iberos del sudeste español", A.P.L., 3, 1951
- LÆYRE, G.G.-PELLEGRIN, A.: Carthage punique Paris, 1942
- LAUNEY, M.: Recherches sur les Armées Hellenistiques. 2 vols, Paris, 1949
- LAZA, M.: "En busca de Mainake", A.E.Arg. 20, 1955

- LEGLAY, M.: Saturne Africain Historia. París. 1966
- LEVEQUE, P.: Pyrrhos, Paris, 1957
- "De Timoleon à Pyrrhos", Kokalos, XIV-XV, 1968-1969
  - Le monde hellénistique, Paris, 1969
- LEZAIN, A.: "Resistance à l'hellenisation de l'architecture religieuse de Carthage", Cahiers de Byrsa, 26-27. 1959
- Architecture punique. Recueil de Documents. Paris, 1962
  - Carthage. Utique Etudes d'architecture et d'urbanisme, Paris. 1968
  - Utique, Tunis, 1970
- LIEBMANN-FRANKFORT, T.H.: "Du traité de l'Ebre à la paix de Dardanos", Latomus. XXX. 1971
- LILLIU, G.: "Rapporti fra la civiltà nuragica e la civiltà fenicio-punica in Sardegna", Studi Etruschi, 18, 1944
- LINDEMANN, G. - H.G. NIEMEYER-SCHUBART H.: "Toscanos, Jardín und Alarcón. Vorbericht über die Grabungs Kampagne 1971", M.M., 13, 1972
- LINDEMANN, G. - SCHUBART, H.: "Jardin-Vorbericht über die Grabung 1974 in der Nekropole des 615 Jhs.V.Chr." M.M., 16, 1975
- LLOBREGAT, E.A.: "Un hallazgo de moneda púnica en la provincia de Alicante" Caesaraugusta 27 y 28, 1966
- "Una aproximación a la circulación monetaria de la costa levantina antes del cambio de era", Comunicaciones a la I Reunión de Historia de Economía Antigua de la Península Ibérica (P.L.A.V., V). 1968.
  - "Hacia una desmitificación de la Historia de Alicante. Nuevas perspectivas sobre algunos problemas" Revista del Instituto de Estudios Alicantinos, 1, 1969
  - Contestania ibérica, Alicante, 1972
  - "Las relaciones con Ibiza en la protohistoria valenciana", VI Symposium de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 1974
  - "El papel de los cartagineses en la Historia Antigua del País Valenciano a la luz de los estudios recientes", Cuadernos de Historia, V, 1975
  - "Orígenes de la cultura ibérica en la Contestania" Simposi Internacional. Els Orígens del món iberic (Ampurias 38-40) 1976-1978

- LOPEZ MONTEAGUDO, G.: "Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica", R.S.F. V, 1977
- LOPEZ ROA, C.: "La cerámica con decoración bruñida en el Suroeste peninsular" Trabajos de Prehistoria. 34, 1977
- LORIMER, H.L.: Homer and the Monuments, London 1950
- LUCKENBILL, D.D.: Ancient Records of Assyria and Babylonia. Chicago, 1926
- LUQUET, A.: "Prospéction punique de la côte atlantique du Maroc", Hesperis, 43, 1956
- LUZON, J.M.: "Tartessos y la Ría de Huelva", Zephyrus, XIII, 1962  
 -"Instrumentos mineros de la España antigua", VI Congreso Internacional de Minería, León, 1970
- LUZON J.M. - RUIZ MATA, D.: Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de Los Quemados, Córdoba, 1973
- MACWHITE, E.: Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce, Madrid, 1951
- MAINJONNET, M.: "Les trésors de Poteaux (Seine)", Revue Numismatique IV, 1962
- MALUQUER, J.: "El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares", Zephyrus VI, 1955  
 -"El tesoro tartésico del Carambolo", Lisboa, 1959  
 -"Pueblos ibéricos" Historia de España I, 3 (R.M. Pidal). Madrid 1959  
 -"Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos", I Symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona 1951  
 -"Descubrimiento de la necrópolis de la antigua ciudad de Sexi en Almuñécar (Granada)", Zephyrus, XIV 1963  
 -"Introducción al problema de Tartessos", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969  
 -"Tartessos y su historia", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona 1969  
 -"Los fenicios en Cataluña", V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona 1969  
 -"Tartessos. La ciudad sin historia", Barcelona 1970
- MANGAS, J.: Eslavos y libertos en la España romana. Salamanca, 1971
- "Hispania Romana", Historia de España I (Ed. M. Tuñón de Lara) Barcelona 1980



- MANNI, E.: "Roma e Cartagine (Κατά τὴν Πύρρου Ἀπαρίσις)" Kokalos, IV. 1959
- "Tra Mozia e Imera" Melanges A. Piganiol. 1968
- "Imera nella leggenda e nella storia" Atti del II Convegno del Centro Internazionale di Studi Numismatici, Nápoli, 1969
- "Agatocles" Kokalos, XII. 1966
- MAÑA, J.M.: "Sobre tipología de ánforas púnicas" C.A.S.E., VI. 1950
- La Isla Plana Ibiza 1954
- MARCONI, J.: "Palermo necropoli punica" F.A., IX, 1954
- MARIN DIAZ, N - PRIETO ARCINIEGA, A.M.: "En torno a un nuevo planteamiento de los límites de la provincia romana de la Bética" Hispania Antiqua IV. 1974
- MARTIN, G.: "La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion. Estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea" P.L.Arq.V., V, 1968
- MARTIN, R.: L'urbanisme dans la Grèce antique Paris 1956
- MARTIN DE LA CRUZ, J.C.: "El corte F del Cerro Macareno" C.P.Arq. 3, 1976
- MARTIN ORTEGA, N.A.: "Los orígenes de la iberización en la zona costera del Nordeste de Cataluña" Simposi Internacional. Els Orígens del món ibèric (Ampurias 38-40) 1976-1978
- MARTIN. M.A.-SANMARTI, E.: "Aportaciones de las excavaciones de la "Illa d'en Reixach" al conocimiento del fenómeno de la iberización en el norte de Cataluña" Simposi Internacional. Els Orígens del món ibèric (Ampurias 38-40) 1976-1978.
- MARTIN, R. - RAURET, A.: "Las posibilidades metalúrgicas y la distribución de los metales en el área tartésica" V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona 1969
- MASSE, C.: La fin de la démocratie athénienne Paris. 1962
- MASSON, O.: "Recherches sur les phéniciens dans le monde hellénistique" B.C.H., 93. 1969.
- MASSON, O. - SZNYCER, M.: Recherches sur les phéniciens à Chypre, Gênes-Paris. 1972
- MATILLA, E.: "Surgimiento y desarrollo de la esclavitud cartaginesa y su continuación en época romana" Hispania Antiqua, VII 1977
- MAUNY, R.: "Notes sur le Périples d'Hannon" Comptes Rendus de la Conférence Internationale des Africanistes de L'Ouest II. 1951

- MAURIN, L.: "Himilco le Magonide. Crises et mutations à Carthage au début du IV siècle av. J.C.", Semitica, XII 1962
- MAZZARINO, S.: Introduzione alla Guerra Puniche, Catania, 1947
- MEIGGS, R.: Roman Ostia, Oxford, 1960
- MEISTER, K.: "Das Persisch-Karthagische Bündnis von 481 a.Chr." Historia 5, 1970  
 -"Der Sogenaunte Philinosvertrag" R.F., 1970
- MELIDA J.R.: Tesoro de Aliseda, Madrid, 1921
- MELONI, P.: "La cronologia della campagna di Malco", Studi Saudi, 1947
- MELTZER, O.: Geschichte der Karthager, Berlin 1878
- MERANTE V.: "Malco e la cronologia cartaginese fino alla battaglia d'Himera", Kokalos, XIII 1967  
 -"Sui rapporti greco-punici nel Mediterraneo Occidentale nel VI secolo a. C.", Kokalos XVI 1970  
 -"La Sicilia e Cartagine del V secolo alla conquista romana" Kokalos XVIII-XIX, 1972-1973
- MERRITT, D.D.: "Athens and Carthage" H.S.C.Ph Supp. vol. I, 1940
- MERLIN, A. - DRAPPIER L.: La necropoli punique d'Aro e-Kheràib à Carthage, Paris 1909
- MEYER, E.: Kleine Schriften II, Halle 1924
- MEYER, P.: Der Ausbruch des Ersten Punischen Krieges, Berlin, 1968
- MITCHELL, R.E.: "Roman-Carthaginian Treaties: 306 and 279/0 B.C.", Historia, XX 1971
- MOGLIANO, A.: "Linee per una valutazione di Fabio Pittore" Terzo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico, I Roma, 1966
- MONTEAGUDO L.: "Cassitérides", Emerita, 18, 1950  
 -"Oestrymides y Cassitérides en Galicia", Emerita 21, 1953
- MONTENEGRO, A.: "Colonización de la Península Ibérica por los Pueblos del Mar", Arbor, CLXII 1962  
 -"Los Pueblos del Mar en España y los orígenes históricos de Tartessos", B.S.E.A.A., XXXVI, 1970
- MOSSE C.: La colonisation dans l'Antiquité, Paris 1970
- MOREL, J.P.: "La Céramique archaïque de Vella et quelques problèmes connexes", Symposio de Colonizaciones, Barcelona 1974

- MOREL, J.P., "Kerkouane. Ville punique du Cap Bon", M.E.F.R.A., 81, 1969
- "L'expansion phocéenne en Occident, dix années de recherches (1964-1975)", B.C.H., 99, 2, 1975
- MOSCATI, S., "Un pilastro di Tas Silg", R.S.O., XXXIX, 1964
- "Il sacrificio dei fanciulli", R.P.A.R.A., XXXVIII, 1965-1966
- "Alcune colonette di Tas Silg", Oriens Antiquus, V, 1966
- Fenici e Cartaginesi in Sardegna, Milano, 1968
- "Statuetta puniche da Narbolia", R.A.N.Z., 22, 1968
- "La Sicilia nel mondo punico", Kokalos, XIV-XV, 1968-1969
- "Un avorio di Tas Silg", Oriens Antiquus, IX, 1970
- Tra Cartagine e Roma, Milano, 1971
- L'épopée des Phéniciens, Paris, 1971
- I Fenici e Cartagine, Torino, 1972
- The World of the Phoenicians, London, 1973
- Problematica della civiltà fenicia, Roma, 1974
- "Interazioni culturali nel mondo punico", R.S.F., II, 1974
- "L'expansion phénico-punique dans la Méditerranée Occidentale", S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978
- "Tanit in Fenicia", R.S.F., VII, 2, 1979
- MOVERS F.C.: Die Phönizier, Bonn y Berlin 1849
- MUHLY J.D.: "Homer and the Phoenicians", Berytus, IXI 1970
- "Cooper and tin. The Distribution of Mineral Resources and the nature of the Metals Trade in the Bronze Age", I.C.A.A.S., 43, 1973
- MUÑIZ COELLO, J.: "Málaga y la colonización púnica en el Sudeste peninsular" Abis, 5, 1974
- MUÑOZ A.M.: Decoroplastia ibérica I. Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina, Barcelona 1963
- "Sobre el comercio cartaginés en España", Pyrenae, 4, 1968.
- "El Tell púnico de Aljorno, Herrera (Sevilla)" C.A.N XIII, 1974
- "Comenar púnico", C.A.N., XIV, 1975
- MUÑOZ J.M.: "Poblado ibérico-púnico del Cerro de la Tortuga, Tartessos (Málaga)", C.A.N., VIII, 1965

- MUNOZ, M.: "La civilización pretartésica Andaluza durante la Edad del Bronce". V Symposium de Prehistoria Peninsular. Barcelona 1969
- NAVASCUES, J.M.: "Ni Bárquidas ni Escipión" Homenaje al profesor Cayetano Merqueline, Murcia, 1961-1962
- NENCI, G.: "La relazione de Mansiglia nella politica estera romana", R.S.L., 24, 1958  
 -"Il trattato romano-cartaginese κατά τῆς ἑξῆς ἀπαρίθμησης", Historia VII, 1958
- NICKELS, A.-GENTY P.Y.: "Una fosse à offrandes du VI siècle avant notre ère à la monédière Bessan (Hérault)" R.A.N. 1974
- NICOLET, C.: "Les Guerres Puniques", Rome et la Conquête du monde Méditerranéen Paris 1972
- NICOLINI, G.: Les Iberes. Art et Civilisation, Paris 1973
- NIEMEYER, H.G.: "Toscanos: Campañas de 1973- y 1976" N.Arq.H., 6. 1979.  
 -"Ein asthōneikischer Thyumiaterron von Cerro del Peñón (Maála)", M.M. 6. 1965
- NIEMEYER, S.H.-SCHUBART H.: "Untersuchungen zur Altpunischen Archäologie von Torre del Mar, 1967" A.A. 1968  
 -"Toscanos. Die Altpunische Faktorei an der Mündung des Rio Velez. Ueferung 1<sup>o</sup> Grabungskampagne 1964" M.F., 6. 1969  
 -"Toscanos und Trayamar. Vorbericht über die Grabungskampagne 1967" M.M., 9. 1968  
 -"La factoría paleopúnica de Toscanos" V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969  
 -"Toscanos (Spanien) Arbeiten zur Westphönizischen archäologie in der Zone von Torre del Mar seit 1971", R.S.F. 1., 1973  
 -"Trayamar. Die Phönizischen Kammergräber und die Niederlassung an der Algarrobo Mündung" Madrider Beiträge, 4, 1979,
- NIEMEYER, H.G.-PELLICER, M.-SCHUBART H.: "Altpunische Funde von der Mündung des Rio Algarrobo" M. M., 5. 1964  
 -"Eine Altpunische Kolonie am Rio Velez" Archäologisch-epigraphische Anzeiger, III, 1964
- NIETO GALLO, O.: "La necrópolis hispánica del Cabeceo del Tesoro Verdolay (Murcia)" B.S.E.A.A. X, 1944
- NORDSTRÖM, S.: Los cartagineses de la costa alicantina, Alicante, 1961

- DIKONOMIDES A.N.: "The Alleged "Carthaginian Blockade" of the Western Mediterranean and the Adventures of a Massaliot "Tramp Ship" Demosthenes XXXII "Contra Zenotenus" T.A.W. I 1. 1978
- OLIVA PRAT M.: "Excavaciones arqueológicas en la ciudad ibérica de Ullastert " (Separata de A.I.E.G.) 1950
- OLMOS, R.: "Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de la cultura material (cerámica y bronce) griegos o de estímulo griego, hallados en España", A.E.Arg. 52, 1949
- ORTIZ GARCIA E.: "Excavaciones en la necrópolis de "La Joya". Huelva II. (A.E.Arg.E. 96) 1978
- OSTEMBERG C.E.: Luni sul Mignome e Problemi della preistoria d'Italia Lund, 1967
- OZIOL .T.J. - POILLOUX J.: Salamine de Chipre, I. Les Lampes, Paris, 1969
- PAIS E.: Storia de Roma durante la Guerre Puniche, Torino 1936
- PALLARES, F.: "Exploración sistemática del pecio del Sec", R.E.L. 38, 1972
- PALLOTINO M.: "Scavi nel Santuario etrusco de Pyrgi", Arg.C. XVI 1964  
-Etruscología Milán 1968
- PARETI M.: "Su i primi commerci e stanziamenti fenici nel paesi Mediterranei e specialmente in Sicilia" Archive Storico per la Sicilia Orientale, XII 1934
- PARETI L.: Storia di Roma e del Mondo romano Torino 1952  
-Sicilia Antica Palermo 1959
- PARIS, P.: Essai sur l'art et l'industrie de L'Espagne primitive Paris, 1903
- PASQUALI G.: La lettre du Platon, Firenze 1938
- PECKHAM, B.: "The Nora Inscription", O.N.S. XLI 1972
- PEDECH P.: "Sur les sources de Polybe: Polybe et Philinos" R.E.A LIV 1952
- PELLICER, M.: Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristobal (Almuñecar) (C.Arg.E. 17) 1962  
-"Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristobal de Almuñecar, en el Mediterráneo Occidental", C.A.N. VII, 1963  
-"Ein Altepunisches Gräberfeld Bei Almuñecar" M.M. 4 1963  
-"Historiografía tartésica" Habis, 7. 1976

- PELLICER M.: "Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental" Símpozi Internacional Els Orígens del món ibèric (Ampurias 38-40) 1976-1978
- PELLICER M. - BENDALA M.: La estratigrafía del Cerro Macareno y sus contribuciones a la cronología de la Protohistoria tartésica" VIII Symposium de Prehistoria Peninsular. Barcelona 1969.
- PELLICER M.-MENANTEAU L.-ROUILLARD P.: "Para una metodología de localización de las colonias fenicias en las costas ibéricas: El Cerro del Prado" Habls. VIII 1977
- PELLICER M.- NIEMEYER H.G.-SCHUBART H.: "La factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Algarrobo", C.A.N. IX 1966
- PELLICER M.-SCHULLE W.: El Cerro del Real. Galera (Granada) (E.Arg.E. 12) 1962  
- El Cerro del Real (Granada). El corte estratigráfico IX (E.Arg.E. 52) 1966
- PEMAN C.: Las fuentes literarias de la antigüedad y la fundación de Cádiz Madrid 1954  
- "La ubicación de Tartessos vista desde la Tartésida" V Symposium de Prehistoria Peninsular Barcelona 1969
- PENA M.J.: "La (supuesta) cláusula referente al Sudeste y al Levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago" Símpozi Internacional Els Orígens del món ibèric (Ampurias 38-40) 1976-1978
- PEREIRA J.: "La cerámica griega procedente de Ioya (Peal de Bacerro Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional", Trabajos de Prehistoria 36. 1979
- PEREZ ROJAS M.: "El nombre de Tartessos" V Symposium de Prehistoria Peninsular Barcelona 1969  
- Estudio Estructural de las Instituciones Civiles a través de la epigrafía hispanica (Tesis Doctoral) Madrid 1978
- PERICOT L.: La España primitiva Barcelona 1950
- PESCE G.: Sardegna punica Cagliari. 1960
- PETTINATO G.: "I rapporti politici di Tiro con l'Asiria alla luce del "Trattato tra Assarhaddon e Baal", R.S.f. III 1975
- PETZOLD K.: "Die Beiden Ersth Römische-Karthagischen verträge und das foedus Cassianum" A.N.R.W. I Berlin 1972
- PICARD C.: "Vestiges d'un édifice punique à Carthage" Karthago. III 1951  
- "Notes de chronologie punique: le problème du V siècle"

Karthago, XII, 1965

PICARD, C.: "Themes hellénistiques sur les steles de Carthage"  
Antiquités Africaines, I, 1967

- "Les représentations de sacrifices molks sur les ex-voto de Carthage" I y II, Karthago, XVII, 1973-1974 y XVIII, 1975-1976

PICARD, G.Ch.: Les religions de l'Afrique antique, Paris, 1954

- Le monde de Carthage, Paris, 1956

- "Un quartier de maisons puniques à Carthage", R.A. I, 1958.

- "Le problème du portrait d'Hannibal", Karthago, XII 1963

- "Les sufetes de Carthage chez Tite Livie et Cornelios Nepos", R.E.L., 41, 1963

- "Carthage aux temps d'Hannibal", Studi Annibalici, Cortona, 1964

- "Les influences classiques sur le relief religieux africain" VIII Congrès International d'Archeologie Classique, Paris, 1965

- "L'Administration territoriale de Carthage" Mélanges A. Piganiol III, Paris, 1967

- "Le traité romano-barcide du 226 av.J.C.", Mélanges D'Archeologie D'Epigraphie et d'Histoire offerts à Jérôme Carcopino, Paris 1966

- "Authenticité du Periple D'Hannon", Cahiers de Tunisie, XV, 1967

- Hannibal, Paris, 1967.

- "La révolution démocratique de Carthage", Conférences de la Société d'Etude Latines de Bruxelles, (Col. Latomus, LXII) 1968.

- "De la fondation de Carthage à la révolution Barcide" Archeologie Vivante, I, 1, 1968

PICARD, G.Ch. y C.: La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal, Paris, 1958.

- Vie et Mort de Carthage, Paris, 1970

PIGANIOL, A : La Conquête romaine, Paris, 1944

" Histoire de Rome, Paris, 1954

PIRENNE, J.: Historia de la civilización del Antiguo Egipto, II Barcelona, 1963

- PLA BALLESTER, E.: "Instrumentos de trabajos ibéricos en la Región Valenciana" E.E.A.P.I., Barcelona, 1968
- POLANYI, K.: Origins of Our Time. The Great Transformation, New York, 1944
- Trade and Market in the Early Empires, Glencoe 1957
  - Primitives, Archaics and Modern Economies (Ed. G. Dalton) New York, 1968
- POLANYI, K. -AREMBERG, C.M.-PEARSON, H.W.: Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos, Barcelona 1976
- PONSICH, M.: "Fouilles puniques et romaines à Lixus" Hesperis, VI, 1966
- Necropoles Phéniciennes de la Région de Tanger, Rabat, 1967
  - "Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région du Tanger" V. Symposium de Préhistoire Peninsular, Barcelona 1969
  - Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région Paris, 1970
  - Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir, 2 vols., Paris, 1974-1976
- PONSICH, M.-TARRADELL, M.: Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale, Paris 1965
- POULSEN, F.: Der Orient und die fruhgeschichtliche Kunst Berlin-Leipzig 1912
- PREAUX, C.: Le Monde Hellénistique Paris 1979
- PRESEDO, F.: "La Dama de Baza" Trabajos de Prehistoria, 30, 1973
- "Economía ibérica" Historia de España Antigua, Protohistoria, (Ed. Cátedra), Madrid, 1980
- PRITCHARD, J.B.: Recovering Sarepta, a Phoenician City, Princetown 1978
- PUGIESE CARRATELLI, G.: "Prima fasi della colonizzazione Greca in Italia" A.C.S.M.G. Taranto, 1961
- PY, F. y M.: "Les amphores étrusques de Vaunage et de Villevielle" M.E.F.R.A., 86, 1974
- QUINTERO, P.: La necrópolis anterromana de Cádiz, Madrid, 1915
- RAMIN, J.: Le problème des Cassiterides, Paris, 1963
- RAMON, J.: "Necrópolis del Puig des Molins d'Eivissa: solar nº 40 del carrer Via Romana" Fonaments, 1, 1978
- RAMOS FOLQUES, A.: "Influencia del arte griego, etrusco y púnico sobre el ibérico" C.A.S.E. VI, 1950



- RAMOS LOSCERTALES, J.M.: "La devotio ibérica", A.H.D.E., I, 1924
- REBUFAT, R.: "Les phéniciennes à Rome", M.E.F.R.A., 78, 1966
- REID, J.S.: "Problems of the Secondo Punic War", J.R.S., III, 1913
- RELIGION FENICIA, LA.: (Atti del Colloquio in Roma, 6 Marzo 1979)  
Roma, 1981
- REMESAL, J.: "Cerámicas orientalizantes andaluzas", A.E.Arg. 48, 1975
- "Gerión Habis et Arganthonios: le peuplement proto-historique d'Andalouse", Caesarodunum, 13, 1978
- RENFREW, C.: Before Civilisation, New York, 1975
- RICHARD, Dr.L.: Etude médico-légale des urnes sacrificielles puniques et de leur contenu, (Thèse pour le Doctorat en Médecine) Lille, 1961
- RIPOLL, E. - SANMARTI, E.: "La expansión griega en la Península Ibérica" S.C.I.E.C.M.O., Barcelona, 1978
- RIZZO, F. P.: "La prospettiva diodorea sugli l'inizi del Primo Conflitto punico", Miscellanea di Studi Classici in Onore di E. Manni, VI, Roma (s/d)
- ROBINSON, E.S.G.: "Punic Coins of Spain - and Their Bearing on the Roman Republican Series" Essays in Roman Coinage Presented to Harold Mattingly, Oxford, 1956
- RODRIGUEZ ADRADOS, F.: "La Fides ibérica", Emerita, XIV, 1946
- "Las rivalidades de las tribus del N.º. español y la conquista romana" Estudios dedicados a D. Ramón Menéndez Pidal, I, Madrid, 1950.
- ROMERO MASIA, A.: 'El habitat castreño', Santiago, 1976
- ROSENSTINGL, A. y R.: "Astartés ibicencas de rito cananeo" Amurías XXXI-XXXII, 1969-1970,
- ROSENSTINGL, R.: "Mainake: El enigma de un emporio" C.A.N., IV, 1977
- ROSTOVITZEFF, M.I.: Social and Economic History of the Hellenistic World, Oxford, 1941
- ROUILLARD, P.: "Les coupes attiques à figures rouges du IV s. en Andalousie" M.C.V., XI, 1975
- "Brève note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'Ouest, à l'embouchure du Rio Guadarranque (San Roque, Cádiz)" M.M., 19, 1978
- ROUSSEL, D.: "Les Siciliens entre les Romains et les carthaginois à l'époque de la première Guerre Punique. Essai sur

l'Histoire de Sicile de 276 à 241" Annales Littéraires de l'Université de Besançon. Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 3, Paris 1970

- RUIZ MATA, D.: "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)" M.M., 16. 1975
- "El Bronce Final en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas" A.E.Arq. 52, 1979
- RUIZ RODRIGUEZ, A.: "Las clases dominantes en la formación social ibérica del Sur de la Península Ibérica" M.H.A., I, 1977
- SANMARTI-GREGO, E.: "El Taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica" Ampurias, XXXV, 1973
- SANMARTI, E-PADRO, J.: "Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las costas meridionales de Cataluña" Simposi Internacional. Els Orígens del món ibèric (Ampurias 30-40), 1976-1978
- SAN NICOLAS PEDRAZ, M.P.: "Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio púnicas en la Península Ibérica y Baleares" C.P.Arq. 2, 1975
- Las terracotas figuradas de la Ibiza púnica. (Tesis Doctoral) Madrid 1981
- SARTORI F.: Problemi di Storia Costituzionale italiana, Roma, 1953
- SCULLARD H.H.: A History of the Roman World, from 753 to 146 B.C. London, 1951
- Roman Politics 220-150 B.C. Oxford, 1951
- "Romé's Declaration of War on Carthage, in 218 BC" Rh.M., 95, 1952
- SCHUBART, J.: "Atalaja" Archivo de Beja, XII, 1965
- "Acerca de la cerámica del bronce tardío en el sur y oeste peninsular" Trabajos de Prehistoria, 28, 1971
- "Mediterrane Beziehungen der El Argar-Kultur" M.M., 14, 1973
- "La cultura del Bronce en el Sudoeste peninsular. Distribución y definición" Miscelanea Arqueológica I, 1974
- "Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica" P.L.Arq.V XI, 1975
- Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberis-

- chen Halbinsel." M.F., 9, 1975
- SCHUBART, H.: "Cronología relativa de la cerámica sepulcral de la cultura del Argar" Trabajos de Prehistoria, 32 1975.
- "Jardín, informe preliminar de las excavaciones de 1976 en la necrópolis de los siglos IV-V a. J.C." N.Arq.H., (Arq.-6), 1979
- "Morro de Mezquitilla" Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1976" N.Arq.H. (Arq.-6) 1979
- SCHUBART, H.-GARRIDO, J.P.: "Probegrabuns auf dem Cerro de la Esperanza in Huelva" M.M., 8, 1967
- SCHUBART, H.-LINDEMANN, G.: "Jardín. Informe preliminar sobre las excavaciones de 1974" N.Arq.H. (Arq.-6) 1979
- SCHUBART, H. - NIEMEYER, H.G.: "La factoría paleopúnica de Toscanos" V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- "Excavaciones paleo-púnicas en la zona de Torre del Mar" N.Arq.H. 13-14, 1971
- Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del Río Algarrobo (E.Arq.E. 90) 1976
- SCHUBART, H.- NIEMEYER, H.G.-PELLICER, M.: Toscanos 1964 (E.Arq.E. 66) 1969
- "Toscanos, Jardín y Alarcón" N.Arq.H. (Arq.1) 1972
- SCHÜLE, G.: "Tartessos y el hinterland" V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- SCHÜLE, W. -PELLICER, M.: "Ein Grab aus der Iberischen Nekropole von Galera (Provincia de Granada)" M.M., 4, 1963
- SCHULTEN, A.: "Los Tirsenos en España" Ampurias, II, 1940
- Tartessos, Madrid, 1945
- SELTMAN, C.: Greek Coins. A History of Metallic Currency and coinage down to the Fall of the Hellenistic Kingdoms, London, 1955
- SESTON, W.: "Remarques sur les institutions politiques et sociales de Carthage, d'après une inscription latine de Thugga" C.R.A.I., 1967
- "Des "Portes" de Thugga à la "Constitution" de Carthage" R.H., 237, 1967
- SIRET, L.: Villaricos y Herrerías, Madrid, 1908
- SOLE, J.M.: "Inscripciones fenicias de la Península Ibérica" Sefarad, 15, 1955

- SOLA SOLE, J.M.: "Tarshish y los comienzos de la colonización fenicia en Occidente" Sefarad, 17, 1957
- SOLER, J.M.: El tesoro de Villena (E.Arg.E. 36) 1965
- SOLIER, Y.: "Céramiques puniques et ibero-puniques sur le littoral du Languedoc du VI<sup>e</sup> siècle au début du II<sup>e</sup> siècle avant J.C." Omaggio a Fernand Benoit, (R.S.L. 34 1968)
- "La culture ibero-languedocienne aux VI<sup>e</sup> - V<sup>e</sup> siècles" Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric (Am-puries 38-40) 1976-1978
- STROHEKER K.F.: "Die Karthager-Gesandtschaft in Athen 406 V.C.", Historia, III, 1954-1955
- SUMNER, G.V.: "The Cronology of the Outbreak of the Second Punic War" P.A.C.A., IX, 1966
- "Roman Policy in Spain before the Second Hannibalic War" H.S.Ph., LXXII, 1967
- "Rome, Spain and the outbreak of the Second Punic War" Latomus, XXXI, 1972
- SUREDA CARRION, N.: "El mundo de las colonizaciones y Tartessos" S.C.I.E.C.M.O., Barcelona 1978
- SZNYCER, M.: "Mythes et Dieux de la religion phénicienne" Archeologie, XX, 1968
- "La "Assemblée du Peuple" dans les cités puniques d'après les témoignages épigraphiques" Semitica, XXV, 1975
- "Carthage et la civilisation punique" Rome et la Conquête du monde Méditerranéen, Paris, 1978
- "L'expansion phénico-punique dans la Méditerranée Occidentale (Problèmes et Methodes)" S.C.I.E.C.M.O Alger, 1978
- TACKHOLM, U.: "Tartessos und die Säulen des Herakles" Opuscula Romana V, 1965
- "El concepto de Tarshich en el Antiguo Testamento y sus problemas" V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- TAMBOURELLO, I.: "Punici e Greci a Palermo nell'età arcaica?" Kokalos, XII, 1966
- TARN, W. - GRIFFITH, G.I.: La civilización helenística, México, 1969
- TARRADELL, M.: "Cerámica de tipo ibérico en Marruecos" C.A.S.E. VI, 1950
- "La Península Ibérica en la época del Argar" C.A.N., I, 1950

- TARRADELL, M.: "Sobre el presente de la arqueología púnica" Zephyrus, III, 1952
- "Sobre la última época de los fenicios en Occidente" Zephyrus IV, 1953
- "Las excavaciones de Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenico-cartaginesa en el Extremo Occidente" Crónica de V. Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954
- "La Necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo en Melilla" I Congreso Arqueológico de Marruecos Español, Tetuán, 1956
- "Aportaciones a la cronología de la cerámica de barniz rojo" C.A.N., V, 1957
- "Notas acerca de la primera época de los fenicios en Marruecos", Jamuda, VI, 1958
- "El impacto colonial de los pueblos semitas" I Symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1959
- Lixus, Tetuán, 1959
- Marruecos púnico, Tetuán, 1960
- La ciudad de Lixus, Tetuán, 1961
- "Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos", Saitati, XI, 1961
- Historia del País Valencià. Prehistoria y Arqueología, Barcelona, 1965
- "Economía de la colonización fenicia", E.E.A.P.I., Barcelona, 1968
- Necrópolis rurales púnicas en Ibiza, Barcelona, 1975
- TARRADELL, M.- FONT, M.: Eivissa cartaginesa, Barcelona, 1975
- TATLI, S.: La Carthage punique. Etude urbaine, Paris, 1978
- TAYLOUR, W.: Mycenean Pottery in Italy and Adjacent Areas, Cambridge, 1958
- TEJERA GASPAR, A.: "Orígenes y paralelos de las tumbas fenicias y púnicas en Andalucía", Habis, 6, 1975
- Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental, Sevilla
- THIEL, J.H.: A History of Roman Sea-Power before the Second Punic War, Amsterdam, 1954
- THOUVENOT, R.: Essai sur la Province romaine de la Bétique, Paris 1940

- TITONE, E.: Civiltà di Motya, Trapani, 1966
- TIXERONT, J.: "Reflexions sur l'implantation ancienne de l'agriculture en Tunisie" Karthago, X, 1959-1960
- TORRELLI M.: "Gravisca" o Nuovi tesori della antica tuscia, Viterbo, 1970,  
 -"Il santuario di Hera a Gravisca" P.P., CXXXVI, 1971
- TORRELLI, M.-BOITANI, F.-LILLU G: "Gravisca (Tarquinia) Scavi nella città etrusco-romana", N.S.A., 1971
- TOVAR, A.: "Tartessos en la historia y en la epigrafía". Actas del II Congreso de Estudios Clásicos, 1964  
 -"El oscuro problema de la lengua de los tartesios" V. Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 1969
- TOYNBEE, A.: Hannibal's Legacy, New York, 1965
- TREU, M.: "Athen und Karthago um die Thukydideische Darstellung" Historia III, 1954-1955
- TRIAS, G.: Las cerámicas griegas de la Península Ibérica, Valencia 1967
- TUSA, V.: "La questione fenicio-púnica in Sicilia", Studi Annibali-ci, Cortona, 1964  
 -"Testimonianze fenicio-puniche in Sicilia", Kokalos, X-XI 1964-1965  
 -"Ricerche puniche in Sicilia" Ricerche Puniche nel Mediterraneo Centrale, Roma, 1970  
 -"Ritrovimenti monetari ad Himera e nel suo territorio nel periodo arcaico. Loro significato", A.I.I.N., 15-16, 1971  
 -"La necropoli arcaica e adiacenze", Mozia VII, Roma, 1971  
 -"Selinunte púnica" R.I.N.A.S.A., XVIII, 1971  
 -"I centri punic della Sicilia", Kokalos, XVIII-XIX, 1972-1973
- TYLOCH, W.: "Le problème de Tarsis à la lumière de la philologie et de l'exégèse" S.C.I.E.C.M.O., Alger, 1978
- VALIENTE, J.: Las cerámicas del Bronce Final de la Alta Andalucía; (Tesis Doctoral) Madrid, 1976
- VALLET, G.: Rhegion et Zencle, Paris, 1958
- VALLONE, A.: "I marmertini in Sicilia", Kokalos, I, 1955
- VATTUONE, R.: "Alleanza fra Atene e Cartagine alla fine del V secolo a. C." Epigraphica, XXXIX, 1977
- VERCOUTTER, J.: Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois, Paris, 1945

- VEYNER, P.: "Y a-t-il en un imperialisme romain?", M.E.F.R.A., 87  
2, 1975
- VILLARD, F.: "La chronologie de la céramique protocorinthienne"  
M.E.F.R.A., 60 1948  
- "Céramique grecque du Maroc" B.A.M., 4, 1960  
- La céramique grecque de Marseille. Essai d'Histoire  
Economique, Paris, 1960
- VITA, A. di.: "L'elemento punico a Selinunte nel IV - e III seco-  
lo a. J.C." A.C., V, 1953
- VIVES, A.: La necrópolis de Ibiza, Madrid, 1917
- VOGT, J.: Rom und Karthago, Leipzig, 1943  
- Römische Geschichte, Freislung, 1951
- VUILLEMONT, G.: "Fouilles puniques à Mersa Madakh" Libyca, II,  
1954  
- "La necropole punique du Phare dans l'île Rachgoun  
(Oran)", Libyca, III, 1965  
- Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie, Au-  
tum, 1965
- WALBANK, F.W.: "Polybius, Philinus and the first Punic War", Clä-  
ssical Quaterly, 39, 1945  
- A Historical Comentary on Polybius, Oxford, 1957
- WALLIS BUDGE E.A. - KING C.W.: Annals of Kings of Assyria, 1902
- WARD, W.A.: "The Role of the Phoenicians in the interaction of  
Mediterranean Civilisations" Papers Presented to the  
Archeological Symposium of the American University of  
Beiruth, 1968
- WARMINGTON, B. H.: Histoire et Civilisation de Carthage, Paris,  
1961
- WARNING TREUMANN, B.: "West-Phoenicians Presence on the Iberian  
Peninsula" I.A.W., I, 1978
- WATTENBERG, F.: "Saltés, La isla de la Atlántida y Tartessos" B.  
SEA.A., XXXV, 1969
- WERNER, J.: "La Chora massaliota d'après les fouilles recentes"  
L'Antiquité Classique, XXXV, 1966
- WESTAKLE, H.D.: "The Purpose of Timoleon's Mission" A.J.Ph. LXX  
1949
- " WHITAKER, J.J.S.: Motya. A Phoenician Colony in Sicily, London,  
1921
- WHITTAKER, C.R.: "The Western Phoenicians: Colonisation and Assi-  
milation" P.C.Ph.S., 200 (NS, 20) 1974

- WHITTAKER, C.R.: "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries" Imperialism in the Ancient World (P. D. A. Garsney-C.R. Whittaker), Cambridge, 1978
- WILCKENC, V.: "Ein Sosylus Fragment" Hermes, XII, 1906
- WILL, E.: "Ophéllas, Ptolomée, Cassandre et la Chronologie" R.E.A., LXVI, 1964  
-Histoire politique du Monde Hellénistique. 2 vols., Nancy, 1966-1967
- WOODHEAD, A.G.: The Greeks in the West, London, 1962
- WOODS, D.A.: "Carteia and Tartessos" V Symposium de Prehistoria Peninsular, Barcelona 1969
- XELLA, P.: "Un testo Ugaritico recente (R.S. 24.266. Verso 9-19) e il "Sacrificio del primo nato" R.S.F., VI 2, 1970
- YON, M.: Salamine de Chypre II. La Tombe I.I du XI<sup>e</sup> siècle avant J.C., Paris, 1970



INDICE

INTRODUCCION .....	1
I. LA EXPANSION FENICIA EN OCCIDENTE .....	4
1) <u>Los orígenes de la expansión fenicia</u> .....	5
a) Las fuentes literarias .....	5
b) Los documentos arqueológicos .....	7
c) Las fases de la expansión fenicia .....	9
2) <u>Los fenicios en Occidente</u> .....	14
a) Tras las rutas de los metales .....	14
b) La Península Ibérica y la fundación de Gadir ...	18
c) La expansión comercial .....	22
d) La actividad industrial .....	34
e) La colonización agrícola .....	38
3) <u>Tartessos: El impacto sobre el elemento indígena...</u>	47
a) Precedentes.....	49
b) El impacto socio-económico .....	51
c) El impacto socio-político .....	56
d) El impacto cultural .....	66
NOTAS AL CAPITULO I .....	78
II. NACIMIENTO Y DESARROLLO DE CARTAGO .....	103
1) <u>Fundación y orígenes</u> .....	104

2) <u>La época oscura. Siglos VIII y VII</u> .....	112
a) Desarrollo demográfico. Sus causas .....	112
b) Formación de una personalidad propia .....	122
c) Situación interna y relaciones con el exterior .....	127
3) <u>El periodo arcaico. Siglo VI</u> .....	133
a) Malco. El comienzo de la Dinastía Magónida y la intervención en el Mediterráneo Central ..	133
b) ¿Reyes o sufetes? .....	142
c) La expansión focense y la alianza con los etruscos .....	148
NOTAS AL CAPITULO II .....	162
III. LA EXPANSION CARTAGINESA EN ULTRAMAR .....	178
1) <u>La intervención en Sicilia</u> .....	179
a) La batalla de Himera y sus consecuencias .....	180
b) Segesta y Selinunte. La intervención cartaginesa del 410-406 a. J.C. ....	188
c) Las guerras con Dionisio I de Siracusa .....	196
2) <u>La expansión de Cartago en la cuenca occidental mediterránea</u> .....	201
a) Los cartagineses en el Extremo Occidente y la cuestión del Estrecho .....	201
b) Las exploraciones oceánicas .....	225
c) El problema de la desaparición de Tartessos ..	231
d) Los cartagineses en la Península Ibérica .....	238
3) <u>El imperialismo cartaginés en el Mediterráneo</u> ...	250
a) La tradición imperialista de Cartago en la historiografía antigua .....	250
b) Los factores internos en Cartago .....	254
c) Definición y características del imperialismo de Cartago .....	256
NOTAS AL CAPITULO III .....	264

IV. LA EXPANSION CARTAGINESA POR AFRICA .....	284
1) <u>La conquista del territorio africano</u> .....	285
a) Los precedentes .....	286
b) Las conquistas de Hanon .....	288
c) La organización del territorio africano .....	289
2) <u>El imperio territorial y sus consecuencias para</u> <u>Cartago</u> .....	294
a) La explotación agrícola y la nueva situación económica .....	294
b) Los nuevos valores religiosos .....	297
c) Las transformaciones políticas y el nuevo impe- rialismo de Cartago .....	301
NOTAS AL CAPITULO IV.....	307
V. CARTAGO Y EL MUNDO HELENISTICO .....	312
1) <u>Introducción: El helenismo en Cartago</u> .....	313
a) Influencias griegas en Cartago .....	314
b) Un punto de vista crítico en torno a la supuesta helenización de Cartago .....	317
2) <u>Las relaciones externas de Cartago en época helenís-</u> <u>tica</u> .....	327
a) El imperio Lagida .....	327
b) La intervención en Sicilia desde Agatocles a Pirro .....	330
c) La Península Ibérica y Massalia .....	337
NOTAS AL CAPITULO V .....	341
VI. CARTAGO FRENTE A ROMA .....	351
1) <u>La primera guerra con Roma. Causas y consecuen-</u> <u>cias</u> .....	352
a) El incidente de los Mamertinos y el desencade- namiento de las hostilidades .....	353

b) La guerra en Sicilia y la expedición de Regulo .....	361
c) El fin de la guerra. Revuelta de los mercenarios y pérdida de Cerdeña .....	365
2) <u>Los factores internos en Roma y Cartago</u> .....	370
a) Los factores internos en Cartago .....	370
b) Los factores internos en Roma .....	375
NOTAS AL CAPITULO VI .....	383
VII. LOS BARQUIDAS EN OCCIDENTE .....	390
1) <u>Del imperialismo indirecto a la conquista territorial</u> .....	391
a) Causas de la conquista de la Península Ibérica	391
b) Amilcar y Asdrubal en la Península Ibérica ...	399
c) Anibal y los orígenes de la Segunda Guerra Púnica .....	405
2) <u>La intervención romana en la Península Ibérica</u> .	408
a) Los factores internos en Roma .....	408
b) La conducta de Anibal .....	419
c) La cuestión de las responsabilidades .....	422
NOTAS AL CAPITULO VII .....	428
VIII. EL ESTADO IBERO-PÚNICO.....	438
1) <u>La administración territorial</u> .....	439
a) Precedentes .....	439
b) La organización territorial Bárquida en la Península .....	442
2) <u>La organización política del Estado Ibero-Púnico</u>	446
a) El poder carismático de los Bárquidas .....	447
b) El Estado Federal Ibero-Púnico .....	448
c) Las instituciones políticas administrativas..	450

d) Las relaciones del Gobierno Bárquida con el Senado de Cartago .....	454
3) <u>La actividad económica</u> .....	457
a) La agricultura .....	457
b) La minería y la industria .....	461
c) La economía monetaria y el comercio .....	466
4) <u>La sociedad en el Estado Ibero-Púnico</u> .....	469
a) Los colonizadores púnicos .....	470
b) La sociedad autóctona .....	472
NOTAS AL CAPITULO VIII .....	479
CONCLUSIONES .....	490
INDICE DE SIGLAS .....	506
BIBLIOGRAFIA .....	509
INDICE .....	550

